

TODOS MIS DEMONIOS



VERÓNICA A. FLEITAS SOLICH

*Todos buscamos a alguien
cuyos demonios
se entiendan con los nuestros.*

1. A cinco días de la noche buena.

Descargué el peso de mi cuerpo sobre el mostrador invadido por cajas de galletas navideñas mientras echaba un vistazo a mí alrededor sin poder evitar resoplar de tedio.

A cinco días de la noche buena, el local rebosaba de mercadería recién llegada, que el chico nuevo llevaba toda la mañana acarreado hasta el depósito en el sótano justo debajo de mis pies; lo cual me recordó que me encontraba parada sobre el vacío en más de un sentido.

Sin clientes a la vista, decidí ocuparme del papeleo que tenía frente a mí.

El caos que me rodeaba se me había contagiado y apenas si podía pensar, menos que menos razonar, y ni que hablar de lograr encontrar coherencia a todas aquellas facturas cuyas cifras se burlaban de mí en cuanto intentaba compararlas con las de la orden de compra que tenía entre las manos.

A mi lado, Susana perdida en la pantalla de su celular, escribía un mensaje de texto a su intermitente novio, con el cual acababa de reconciliarse después de su tercera pelea en menos de un mes.

En cuanto el carillón de la puerta sonó, ambas levantamos la vista.

Una bocanada de aire caliente y húmedo, impregnado con los olores de la calle atestada de tránsito, nos golpeó con desagradable contundencia; dio de plano sobre nuestros rostros, junto con la imagen de alguien a quien ninguna de las dos deseábamos ver.

El hombre de prominente barriga permitió que la puerta se cerrara sola, a su espalda, mientras se llevaba las manos al vientre; ni diciendo “jo, jo, jo, feliz

navidad”, ni disfrazado de rojo y con una barba postiza de la mejor calidad, pasaría por Papá Noel; al menos no para alguien que no tenga una visión extremadamente bizarra y retorcida de ese personaje.

- Es tu turno- me susurró Susana sin soltar su celular-, lo atendí la última vez.

- ¡Mentirosa!- repliqué sin desdibujar la sonrisa de bienvenida que se suponía debía aflorar naturalmente en mis labios, cada vez que un potencial comprador ponía un pie en el local-. Antes de ayer lo atendí yo y lo sabes. Me tuvo media hora dando vueltas entre las botellas de whisky y al final no compró nada-. La miré de reojo-. Es tu turno.

- Te pago el almuerzo si lo atiendes.

Negué con la cabeza. El tedioso papeleo resultaba muchísimo más atractivo que la mole libidinosa de carnes flácidas, que se nos venía encima, devorándonos con sus pequeños ojos oscuros, los cuales tenían una expresión que me hacían sentir desnuda en medio de una multitud.

Susana suspiró al tiempo que lanzaba el celular al interior de su cartera.

- Te odio- masculló por lo bajo al comenzar a alejarse del mostrador.

- Sí, sí, yo también- le contesté por lo bajo alzando la mano para saludar a nuestro desagradable visitante.

- Eliza- entonó el recién llegado a modo de saludo.

- Señor Sufár- dije devolviéndole la cortesía.

Susana y él cruzaron un par de palabras y luego se dirigieron a la sección de puros.

La cara de resignación de Susana me causó gracia. Sentí lástima por ella, era sabido que cada vez que Sufár venía a comprar sus cigarros pasaba al menos una hora dando vueltas sin decidir qué llevar; quizá no deseaba decidirse muy pronto a causa de un propósito muy preciso que nada tenía que ver con su habito de fumar, lo contradictorio -no se puede decir que fuera gracioso, por que no hay quien no pueda evitar no perder la paciencia- es que siempre, indefectiblemente, terminaba escogiendo los mismos: tres largos habanos cubanos que cuestan un ojo de la cara.

Me disponía a volver a lo mío cuando el chico nuevo apareció por la puerta trasera para empezar a acarrear las cajas de un carísimo champagne francés. Le pedí que tuviera mucho cuidado. En realidad no había razón para remarcarle que debía ser cuidadoso, él ya lo era, y de sobra; es que me traicionó el subconsciente, la torpe que siempre deja caer todo por más que ponga su vida en evitarlo, soy yo.

- No te preocupes- me contesto en algo que sonó a rezongo. Levantó una caja

del suelo y se fue por dónde había llegado.

Regresé a mis números en el exacto momento en que mi mente amenazaba con traer de regreso los recuerdos amargos que venía suprimiendo desde hacía días. Mi cerebro batallaba con ambas cosas cuando sentí algo extraño que comenzó con un cosquilleo en mi nuca. Percibí una corriente de aire...

Alcé la vista.

Detecté una silueta al otro lado de la puerta, la cual un segundo después, se abrió.

Esperé que el vaho caliente me golpease otra vez, contaminando de polución y ruido, el microclima que reinaba aquí, gracias al potente equipo de aire acondicionado; eso no sucedió.

El hombre que empujó la puerta trajo consigo una brisa ligeramente perfumada que me trasladó mentalmente a mitad de un campo virgen. Podía jurar que olía a bosque o a lavanda tal vez.

No pude quitar la vista de su persona mientras él avanzaba en mi dirección, con paso firme y un asomo de sonrisa en los labios. Jamás en mi vida, había tenido la oportunidad de contemplar a un ser semejante, no al menos, en persona.

Si bien iba impecablemente vestido y tenía unas facciones que podías pasar horas admirando, lo más atrayente en su persona era su porte. La seguridad en su andar, la vista en alto... desparramando tras sus pies, una estela de perfección tan sublime que el resto del mundo se encogía de vergüenza, incluyéndome a mí.

Intenté mirarlo a los ojos para decidir si era real. No logré sostenerle la mirada que me devolvió con descaro y casi sin parpadear, en un gesto demasiado extraño para dos personas que no se conocen. Tuve la sensación de que intentaba medirme o quizá desafiarme.

Ganó. Enrojecí.

Para no huir de mi puesto de trabajo, y en esa carrera, tropezar con mis propios pies, me aferré del canto de madera del mostrador.

Alcé á vista otra vez, continuaba taladrándome con la mirada.

Se plantó frente a mí, al otro la del mostrador, con su espalda muy recta y la cabeza en alto. Resultaba tan intimidante cuando podía serlo encontrarse frente a frente, con el David de Miguel Ángel con sus cinco metros diecisiete centímetros alto y sus cinco mil quinientos setenta y dos kilogramos de mármol blanco.

Intenté saludarlo y para mi vergüenza, las palabras salieron de mi boca,

entrecortadas e ininteligibles.

Me sonrió con benevolencia, seguramente debía pensar que yo era una pobre desgraciada, que alguien había contratado por caridad, por lástima.

De ese ánimo me encontraba por estos días, ni falta hacía su aparición para que yo me sintiese poca cosa.

Una carcajada estridente proveniente del otro lado del local me obligó a volver a la tierra, lo cual resultó terriblemente desagradable. Eché un vistazo y vi que Sufár toqueteaba, con sus regordetes y cortos dedos, un cortador de puros mientras sonreía a Susana con descaro sin prestar atención a nada más. Me sentí mal por haberla enviado a atenderlo. De repente me entraron ganas de agarrar a Sufár por las solapas de su costoso traje sedoso y arrastrarlo hasta la salida, mientras con palabras poco educadas, le expresaba mi opinión sobre su desagradable persona.

Tuve que contenerme, resultó más fácil cuando Susana lo puso en su lugar, arrancándole el cortador de las manos, para devolverlo a su sitio, interponiendo entre ambos, una caja de la marca de puros que Sufár compraba siempre.

Al regresar la vista al frente algo más aliviada, me di cuenta que el recién llegado también había estado contemplando la escena.

Volvió la vista hacia adelante apenas un segundo más tarde que yo, y por la expresión en su rostro, fue evidente que lo visto no le agradaba ni un poco. Torció la boca en un gesto que no logró opacar del todo su magnificencia puesto que duró apenas una fracción de segundo. Fracción de segundo que me permitió reparar en el color de sus ojos: un gris acero denso y contundente.

En un raptó de delirio, me permití admirarlo más allá de mi vergüenza... sus pestañas, el perfecto arco de sus cejas, la amplitud de su frente, los remolinos en el nacimiento de su cabello. Las líneas de su mandíbula...

Inspiré hondo, el aroma que percibí cuando entró, todavía perduraba; me pregunté si sería su perfume. Me dieron ganas de hundir la nariz en la piel tensa de su cuello tironeando de paso, del cuello de su camisa, para descubrir un poco más de piel, más de su...

- Busco un buen *Pinot Noir*- soltó frenando en seco mis delirios.

Me aclaré la garganta.

Por alguna razón no pude moverme de detrás del mostrador, tenía la misma sensación que experimenta un paracaidista a punto de lanzarse al vacío, la salvedad es que yo tenía la impresión de estar a punto de lanzarme sin paracaídas. En síntesis: iba a estrellarme contra el suelo.

- Disculpe, ¿tiene algún *Pinot Noir*?- insistió él, ante mi ridículo silencio. Terminando por confirmar que mi cerebro acababa de convertirse en polvo que quedó atrapado en el filtro del aire acondicionado.

Alzó las cejas en una mueca inquisitiva sin dejar de enseñarme esa media sonrisa que comenzaba a parecerme tensa y sintética.

- Sí- terminé exclamando más fuerte de lo necesario, tanto que Susana y Sufár se giraron para verme. Volví a enrojecer; me ardieron las orejas-. Por aquí- le indiqué, señalándole la sección de vinos que se hallaba a mi izquierda.

Salí de detrás del mostrador y él me cedió el paso. Me incomodó tenerlo detrás. No poder verlo me mortificaba todavía más que la babosa mirada de Sufár, por razones muy distintas; esta nueva presencia en el local me hacía sentir insignificante, más diminuta y sin importancia que en cualquier momento de depresión que hubiese podido pasar en la vida, además de terriblemente llena de defectos y porqué no admitirlo: poco atractiva.

Me maldije a mí misma por no haber puesto un poco más de énfasis en mi aspecto aquella mañana. De todos modos no creo que hubiese afectado el modo en que me veía a mí misma ahora. Ni siquiera la modelo de piernas kilométricas, piel perfecta libre de cicatrices o cualquier rastro de acné y puntos negros, ojos azules y leónica cabellera dorada, que figuraba en la tapa de la revista de moda que Susana ojeaba ayer, le hubiese hecho justicia al adonis que tenía detrás.

- Estos son- articulé lo mejor que pude, poniendo una mano sobre el borde del estante en el que encontraban los vinos que pedía, a la altura de mis ojos, no de los suyos, me llevaba al menos una cabeza y media.

- Éste es el que quiero.

Su mano pasó por encima de la mía, muy cerca, sin tocarla, aun así, percibí el calor que emanaba de su cuerpo. Bajé la mano con algo de brusquedad, su súbito avance me tomó por sorpresa.

Tomó una botella del más costoso de todos. Le llevó un instante leer la etiqueta y asentir con un movimiento de cabeza.

- Quiero seis.

- Bien- respondí con seguridad. Para mi trabajo era buena, sabía que tenía disponibilidad de esa misma cosecha en la bodega-. ¿Puedo ofrecerle algo más?

Sin contestarme, se dio vuelta y tomó una botella de champagne francés, otra vez, el más caro de todos, y no exagero, esa botella era tan cara aquí cuanto podía serlo en cualquier otra parte del mundo.

- ¿Algo más?

Sus ojos volvieron a quedarse unidos a los míos. Tenía él un problema o lo tenía yo. Más de una vez me había tocado atender a clientes de comportamiento extraño, sin embargo con este hombre, no lograba determinar cuál era el problema, por un momento me pregunté si no estaría drogado o algo loco. Quizá simplemente fuese víctima de un exceso de ego... quizá su cabeza se encontrase al igual que la mía, turbia de males. Imaginé que sus problemas debían ser más importantes que los míos.

- No, creo que no- contestó por fin quedándose quieto en su lugar sin apartar la mirada de mí. ¿Dudaba?

Otro lapso de silencio que duró más de lo humanamente soportable. No es normal que un cliente se quede así, quieto, contemplándote sin decir nada, ni siquiera era algo normal en Sufár, quien podía devorarte con los ojos por largos minutos sin el menor remordimiento, pero siempre hablándote, entreteniéndote, llenando cada momento con una verborrágica catarata de palabras de tono meloso, que tendía siempre a resultar por demás empalagosa y nauseabunda.

- ¿Pueden enviarme el vino a mi domicilio?- me consultó de repente, saliendo de su ensimismamiento.

- Sí, por supuesto. Podemos enviárselas esta misma tarde.

- Perfecto.

- ¿Desea que le envíe eso también?- le consulté refiriéndome a la botella que tenía en la mano.

- No, si no hay problema me gustaría llevármela conmigo-. Al decirlo aferró el cuello de la botella con ambas manos; parecía que le daba miedo que se la arrebatará.

- Sí, claro, es decir... no hay problema-. Alcé la misma mano que él estuvo a punto de tocar y le indiqué el camino a la caja registradora. Por suerte, esta vez, él tomó la delantera. Me limité a seguirlo, contemplando su espalda, más bien la espalda de su saco sport, el cual a todas luces era de estreno; no es que fuese demasiado observadora, ni que me importasen ese tipo de detalles, pero sus zapatos sin duda también eran nuevos, así como sus pantalones y sin duda la camisa blanca que llevaba también lo era; y si no acababa de salir de la peluquería era pura casualidad. Ni uno de sus cabellos castaños cobrizos se encontraba fuera de lugar, pese a que iba peinado imitando no estarlo, un artificio fríamente calculado para lograr el efecto deseado: convencernos a todos los demás mortales que no importa cuanto tiempo le dediquemos al

espejo, jamás nos veremos así de perfectos, maravillosos y devastadoramente abrumadores.

En cuanto llegué al mostrador apareció Matías, el chico nuevo, le pedí que recogiese del depósito, seis de los vinos que debía enviarle al desconocido que aún aferraba la botella de champagne igual que si fuese un madero al que se sujeta alguien que no sabe nadar, en medio del mar, después de un naufragio.

Me dispuse a facturar su compra, solamente entonces colocó la botella en el mostrador pero no le quitó la vista de encima.

Con birrome en mano me disponía a preguntarle la dirección a la que debía enviarle las botellas cuando sacó de no sé dónde, una tarjeta personal que dejó caer frente a mis manos.

- Es mi dirección...

Levanté la vista.

- También está mi número- añadió.

Yo había tomado la tarjeta sin siquiera mirarla antes.

- ¿Llegarán esta tarde?- inquirió.

Por alguna razón, desde que tomó en el corredor de los vinos, la botella de champagne francés, no pudo recuperar ese gesto amable que tenía cuando entró en el local y ahora me miraba de un modo todavía más extraño, podía aventurar que era posible captar ciertos rastros de enojo en sus ojos grises que parecían de hierro forjado. Temí haber hecho algo fuera de lugar; sinceramente, más que mi torpeza inicial no recordaba nada que pudiese haberlo ofendido o quizá exasperarlo, si acaso eso no hubiese sido suficiente para sacarlo de quicio.

De repente se me cruzó por la cabeza que podría haber peleado con una perfecta novia de estilizadas piernas y cabello de peluquería, tan perfecta cuanto él, y que yo no era nada más que alguien con quien descargar su mal humor.

- No se preocupe, las botellas le llegarán esta misma tarde.

- Bien, muchas gracias.

- No hay por qué, fue un placer-. Todavía sostenía su tarjeta personal entre las yemas de los dedos.

Él tomó la bolsa que le entregaba, dio media vuelta y se echó a andar en dirección a la salida. En el momento no reaccioné: el carillón no sonó cuando abrió la puerta para salir a la calle, ni cuando la soltó y ésta se cerró. De repente el moderno carillón de diseño, había enmudecido. Como si algo me

golpear en la cabeza, recordé que tampoco lo oí sonar cuando él entró.

Lo que jamás hubiese podido pasar por alto fue lo que quedó luego de su salida. El aire parecía enrarecido, igual que si súbitamente del Paraíso, hubiésemos descendido en picada al Infierno y estuviésemos rodeados de nubes de azufre y llamas altas hasta el techo.

Su figura, se perdió entre los demás cuerpos que iban y venían por la calle frente a nuestras amplias y llamativas vidrieras. Se esfumó abandonándome con la sensación de que su imagen no había sido otra cosa que una alucinación. Me quedé con las ganas de seguirlo por las calles para averiguar de dónde había surgido... para preguntarle si no podía llevarme con él, muy lejos de aquí, lejos de todo. Bajé la vista hasta la tarjeta. La cartulina era ligeramente sedosa, sin brillo, suave al tacto, tanto cuanto puede serlo la más pura seda. En elegantes y sobrias letras negras, un nombre: Vicente F. Campo; una dirección: una calle cuyo nombre me resultaba familiar pero la cual ciertamente no podría ubicar en un mapa, y un número de teléfono: el de un celular.

Aquella extraña experiencia finalizó abruptamente, tal cual había empezado.

- Lo mismo de siempre- gruñó Susana metiéndose por detrás del mostrador. En la mano cargaba tres habanos cubanos.

No necesité decirle a Sufár el monto de su cuenta, él ya lo sabía y además jamás pagaba en efectivo, siempre hacía gala de su tarjeta de crédito de platino, la cual en ese momento extendió en dirección a mis manos, las cuales todavía estaban ocupadas con la tarjeta de Vicente Campo, fue entonces que se me ocurrió que parecía un nombre un tanto pasado de moda, Vicente podría haber sido el nombre de mi abuelo, no el de alguien que no daba la impresión de tener muchos más años que yo.

El trámite fue rápido, en menos de dos minutos Sufár quedaba fuera de nuestra vista.

- ¿Qué fue eso?- curioseó Susana haciendo caso omiso del pitido de su celular el cual indicaba que acababa de entrarle un mensaje de texto de su novio.

- ¿Qué fue, qué?

- ¡Eso!- exclamó ella señalando hacia el sector de vinos-. ¡Esto!- se recostó sobre la caja que Matías había dejado para pegarle la etiqueta que debía completar con los datos del envío a domicilio-. Y esto otro- añadió con una sonrisa burlona para finalmente manotear la tarjeta del resguardo de mis manos posadas sobre el mostrador de madera oscura-. ¿Vicente Campo?- entonó enarcando las cejas-. Tienen nombre de esos que juegan al polo-. Hizo

una pausa-. ¿Te invitó a salir?

- ¡¿Qué?! ¿Te volviste loca?- le arranqué la tarjeta de las manos y me dispuse a completar los datos en la etiqueta sin poder parar de pensar-. ¿Por qué habría de invitarme a salir?

- ¿No te diste cuenta del modo en que te miraba?

- Sí, me miraba como si fuese una pobre descerebrada, mi conducta fue de lo más patética.

- Nada de eso- apartó mi argumento dando un manotazo al aire-. Más bien diría que se lo notaba sumamente interesado.

- En entender porqué me comportaba igual que si no supiese cómo relacionarme con otros seres humanos.

- Eso que entró y se fue llevándose consigo una botella de la bebida más cara que vendemos no era un ser humano. No podría serlo, era demasiado perfecto-. Su celular volvió a sonar una y otra vez, ya no eran mensajes, era una llamada, y por la música con que lo hacía, Susana supo que era su novio-. Sin comparación a eso- añadió lanzándole una mirada a su cartera, dentro de la cual sonaba el celular.

- Sí, sin dudas no era un ser humano, lo más probable es que fuera una alucinación.

- Una perfecta y hermosa alucinación en masa provocada por el tedio de un trabajo aburrido y de relaciones insatisfactorias- añadió ella rebuscando en su cartera para pescar el celular que por lo visto se había perdido entre la cantidad de cachivaches que cargaba allí.

Con la intención de olvidarme del asunto, me dediqué de lleno al trabajo de papeleo y a de completar la etiqueta, la cual pegué en uno de los costados de la caja que luego bajé al suelo para dejarla con el resto de los envíos que la camioneta de reparto pasaría a buscar después del mediodía.

...

- Que día- se lamentó Susana volviendo de cerrar la puerta y bajar las persianas mientras yo terminaba con el arqueo de la caja-. Estoy agotada- con todo el peso de su cuerpo se dejó caer de la cintura para arriba sobre el mostrador. Su cabeza quedó colgando hacía adentro, para donde yo estaba-. Deshecha- insistió todavía con la cara entre las manos y los codos sobre la superficie del mostrador-, así no vamos a llegar a la noche buena. Parece que todo el mundo decidió regalar vinos y whisky para las fiestas. Es que acaso no

tienen imaginación- rezongó incorporándose sobre los codos y me miró-. Existen tantas cosas más originales que regalar.

- Siempre fue así, es típico, además esto recién empieza- le dije con ánimo de hacer que juntara valor, solamente sirvió para deprimirla todavía más. Así como se levantó se dejó caer otra vez gimiendo.

- Vamos, pasamos por esto antes- yo lo había sufrido tres años, el tiempo que llegaba trabajando aquí, para Susana era su segunda vez-, sabes cómo es, durante el verano tendremos un buen descanso, esto se convierte en un edén olvidado en época de vacaciones.

- Por suerte- levantó la cara-. Si no fuese así no estaría aquí.

Mi espalda se quejó con una fuerte punzada al intentar enderezarla.

- ¿Qué es eso?

Soltándome la cola en que tenía sujeto el cabello me di vuelta para ver a qué se refería; se me cayó el alma a los pies.

- Mierda. No puedo creerlo-. Intuyendo lo peor, me agaché para corroborar lo que suponía encontraría.

- ¿Es la caja del adonis?- curioso se Susana estirando el cuello en un intento de alcanzar a leer el nombre que figuraba en la etiqueta.

- Sí-. Se me hizo un nudo en el estómago.

- ¿Qué vas a hacer?

No le respondí, me puse de pie y abrí el cajón largo que ocupaba la mitad del ancho del mostrador, mis manos encontraron solas sin la ayuda de mis ojos la tarjeta de comprador que por estas alturas no estaría nada feliz ni satisfecho con el servicio que se suponía debía brindarle.

- Bien pensado, vas a llamarlo- Susana de bajó de un salto-. Es una buena oportunidad para invitarlo a salir- dijo sonriendo feliz como si fuese la oportunidad de mi vida.

La ignoré por completo, no con mala intención, simplemente porque estaba convencida de que a estas alturas, él debía estar no furioso, sino al menos enojado por haber pagado un dineral algo que jamás recibiera.

Mis nervios saltaron a flor de piel por tener que enfrentarlo, incluso a través del teléfono. Sin equivocarme puedo asegurar que no lograría juntar el coraje suficiente para tenerlo cara a cara si es que algún día decidía volver a comprar aquí, a ojos de cualquiera, incluso a los míos, era una reacción un tanto exagerada, sin embargo no podía evitar sentirme igual que si hubiese faltado a mi palabra, a un juramento hecho a alguien, sobre el cual dependía su vida.

Estoy volviéndome loca- repetí dentro de la cabeza una y otra vez mientras el teléfono llamaba y llamaba. Por suerte, o quizá no tanto, saltó el contestador, no dejé mensaje... no pude hablar.

Susana se dio cuenta de que algo me pasaba. Antes de darle tiempo a preguntarme nada volví a marcar, esta vez sí dejé un mensaje, disculpándome, de todos modos, no me satisfizo simplemente dejar un mensaje en el que me comprometía a realizar la entrega al día siguiente, sabía que él tampoco estaría satisfecho.

Miré el teléfono y miré la caja. Jamás en lo que llevaba atendiendo el local había pensado en hacer semejante cosa; no se me ocurría nada más.

- ¿Qué?- curioseó Susana contemplándome desorientada.

- Puedo llevarle la caja a su casa.

- Lo sabía- me gritó dejándome sorda-. Quiero ver eso- lanzó proponiendo algo que yo ni siquiera pensaba considerar.

- Ni loca voy a permitir que me acompañes, simplemente me subiré a un taxi, le entregaré el pedido, me disculparé, volveré a subirme al taxi y con un poco de suerte no tendré que volver a cruzármelo en mi vida.

- Nada de eso, Sebas viene con el auto a buscarme, él nos llevará.

- ¿Vas a hacer que tu novio nos lleve a dónde él vive, para entregarle la caja?

- ¡Por supuesto!- exclamó ella como si fuese lo más razonable del mundo.

- ¿No te parece demasiado?

- ¡No, que va!, nada de eso, forma parte del castigo por habérmelo hecho pasar tan mal en nuestra última separación.

- No me refería a Sebastián, aunque me parece que el pobre no tiene por qué hacer de chofer y menos para algo del trabajo; me refería a él- miré la caja de reojo-, que vayamos todos a su casa a entregarle algo que se suponía ya debería tener en sus manos no creo que...

- No te preocupes tanto, si estuviese desesperado por sus botellas, habría llamado; tiene la boleta, ¿no es así?

- Sí.

- Y ahí figura nuestro número.

- Sí, sabes que sí.

- Si estuviese tan enojado como piensas ya habría llamado para reclamarnos.

- ¿Estás sugiriendo que se las mande mañana?-. Volvió a parecerme lo mejor y lo más coherente también.

- ¡¿Y perderme la oportunidad de ver dónde vive?! ¡Ni loca!

Alguien golpeó con los nudillos sobre el vidrio de la puerta, desvié la vista y

comprobé que no era otro que Sebastián.

- ¡Justo a tiempo!- vitoreó Susana sonriendo. Corriendo fue a abrirle a su novio y después de darle un escueto beso le ordenó que recogiera la caja de detrás del mostrador- vamos a dar un paseo- añadió entusiasmada.

No tuve las fuerzas para volver a negarme, por lo que para cuando me di cuenta, ya me encontraba en el destartado auto del novio de Susana, acomodada en el asiento trasero junto a la caja de *Pinot Noir* rumbo a la casa de un desconocido, delante del cual había pasado suficiente vergüenza por un día, para además someterme a esto.

Si la calle en la que el “adonis”, tal como Susana lo llamaba, me había sonado a algo, no era a nada parecido a esto, sin duda mi imaginación no era tan fructífera para idear una imagen ni parecida por asomo a la que contemplaba.

Las casas que pasaban por las ventanillas del automóvil con una lentitud pasmosa -ya que estábamos buscando la altura que figuraba en la etiqueta- daban la impresión de ser salidas del mismo lugar que él, todas tenían esa apariencia de irreales, o era él la que la tenía a causa de salir de aquí.

- ¡Ahí!- exclamó Susana apuntando a la derecha, tan fuerte y con tanto entusiasmo que casi se me para el corazón, y de hecho, por un instante creo que se me detuvo cuando vi la casa. Entendí que no iba tener el valor para llamar a su puerta, es decir portón, ya que aquello era lo suficientemente grande para dejar pasar a un camión de remolque o a cualquier cosa que pudiese contener mi diminuto departamento dentro.

De la casa en sí, se veía poco y nada, una arboleda la tapaba, salvaguardando la intimidad de sus habitantes.

No me equivoco al asegurar que era el caserón más grande de toda la manzana, incluso de todo el barrio.

- Sigue por ahí- comentó Susana apuntando más adelante.

- Pequeña casita- murmuró Sebastián en tono irónico-. Esa debe ser la puerta de servicio-. Sosteniendo el volante del auto con una sola mano, apuntó con la otra a un portón más pequeño-. Supongo que deberíamos ir por ahí.

- No somos el servicio- replicó Susana ofendida.

- Es cierto- dije yo apoyando a Sebastián, desde que nos subimos al auto ya habían reñido tres veces por insignificancias; además creo que tenía toda la razón, jamás había vivido, ni pasado remotamente cerca de una casa similar a aquella, pero podía comprender que cualquier entrega debería realizarse por aquella puerta y no por el portón principal-. Vamos por ahí- le indiqué a Sebastián.

Él guió el vehículo en dirección al portón no más grande que una puerta común y corriente, y lo detuvo junto al cordón, sin estacionar demasiado bien, después de todo no íbamos a quedarnos, es más, tenía pensado bajar sola, tocar el timbre, esperar ser atendida, disculparme, dejar la caja y largarme de allí lo antes posible.

- Te acompaño.

- Déjala tranquila- le dijo Sebastián.

El pobre, sin querer -su intención era apiadarse de mi cara de espanto- inició una nueva disputa. No sé si estuvo bien: aprovechando que discutían me escapé cargando la caja y caminé lo más rápido que el peso de las botellas y mis torpes piernas me permitieron, sin llegar al punto de arriesgarme a tropezar y terminar el día del peor modo posible.

Mi dedo índice presionó el botón del moderno aparato empotrado en la pared junto a la puerta, antes de que me sintiese realmente lista para ser atendida.

La voz que contestó del otro lado del audífono sonó más familiar, juvenil y desenfadada de lo que hubiese podido especular. Eso me descolocó, sinceramente esperaba la voz de una empleada doméstica, del ama de llaves y en esa casa, incluso de un mayordomo o alguno de esos hombres de seguridad que más se parecen a orangutanes a hombres.

Le expliqué al aparato cual era el motivo de mi visita y me pidieron que esperara. La voz continuó sonando amable y desenfadada. Si no me equivocaba parecía la de un adolescente. ¿Acaso el adonis tenía la edad suficiente para tener un hijo adolescente o sería la voz del hijo de alguno de sus empleados, o a caso un empleado?

Susana me saludó con una sonrisa desde el auto y luego alzó el pulgar con intención de darme ánimo. No tengo idea de qué esperaba que fuese a suceder, evidentemente sus expectativas eran demasiado altas, por supuesto que “el adonis” no atendería la puerta, es más, deseaba que fuese así.

Un chasquido metálico sonó a mi espalda, luego algo que zumbaba igual que un pequeño motor. La puerta se abrió sola.

- Buenas noches- saludé automáticamente.

Quien me devolvió el saludo con un simple “hola” no debía tener más de veinte años, a mi entender, unos diecisiete o dieciocho máximo. Era delgado, alto y de aspecto desgarbado, por lo que las ropas de costosa apariencia que lucía, colgaban de su cuerpo igual que de una percha. Descarté que fuese un empleado y suponiendo que podría ser hermano del “adonis” o al menos un pariente, procuré buscarle un parecido sin ser capaz de hallarlo. El muchacho

tenía la tez más oscura, sus ojos eran prácticamente negros, pese a ello irradiaban un brillo muy particular, y el cabello oscuro que en hebras, le flameaba a los costados del rostro, evidenciaba que distaba mucho tiempo desde su última visita a una peluquería.

- Te ayudo con eso- dijo avanzando en mi dirección.

- Lamento que no llegara antes-. Permití que cargara el peso sobre sus delgados y en apariencia quebradizos brazos los cuales soportaron el peso de las seis valiosas botellas mucho mejor que los míos. No di más explicaciones, el muchacho no parecía demasiado preocupado por la demora.

- Está bien, no hay problema- aseguró con una sonrisa divertida-. Son cosas que pasan.

Quede ingrávida, sintiendo que se me escapaba algo; esa fue la señal para darme cuenta de que estaba lista para largarme de allí, antes de correr el riesgo de cruzarme con Vicente. Sin saber por qué, me animé a pensar en él por su nombre de pila.

Saludé al muchacho y prácticamente corrí hacia el auto. La verdad es que huí despavorida.

Patético, simplemente patético.

La puerta de la casa se mantuvo abierta hasta que nos alejamos.

- Es una pena que no te atendiera él- se lamentó Susana.

Yo daba gracias de no habérmelo cruzado.

2. Cuatro días y contando.

Primero no pude conciliar el sueño, di tantas vueltas en la cama que acabé arrancando las sabanas del colchón; todo me molestaba, el calor, el cosquilleo del aire caliente al ser empujado por el ventilador de techo, la remera vieja, desteñida y agujereada que usaba a modo de camisón, el reflejo de la luz de la calle que entraba y que no podía evitar si no quería asfixiarme dentro de la

habitación por haber bajado las persianas y cerrado la cortina.

Tuve pesadillas... me corrijo no fueron exactamente eso, sino sueños muy extraños en los que regresaba a la casa, mejor dicho: mansión, de Vicente Campo. Una y otra vez llamaba a su puerta, en mitad de la noche; la calle estaba vacía, es más, me daba la sensación de que todas las casas a mi alrededor también lo estaban, la desolación resultaba opresiva, lo único vivo y palpitante, rebosante de calor, en toda la manzana, era la casa a la que desesperadamente deseaba entrar, no para entregar unas estúpidas botellas de vino... únicamente para verlo a él. Ansiaba verlo, no era una cuestión de querer por capricho simplemente, sino una necesidad, igual que si no pudiese respirar hasta encontrarme en su presencia, por consiguiente: me asfixiaba.

Todo, salvo su casa y su persona se me antojaba frío, helado y algo tétrico.

La necesidad que sentía era tan acuciante, que al no recibir respuesta del portero eléctrico luego de llamar cientos de veces de un modo maníaco, comenzaba a patear la puerta y a darle puñetazos hasta lastimarme las manos, hasta sacarme sangre que luego imprimía horribles marcas en el perfecto portón.

Todo se desvanecía en una nube de humo maloliente, la casa, la arboleda y finalmente el portón, para abandonarme con la certeza de haber sido dejada fuera de todo privilegio, es decir, del gozo, de la felicidad y de la eterna paz que puede esperarse del Paraíso. Tenía la impresión de haber muerto y que por una razón que no lograba comprender (lo único que se me ocurría era que estaba siendo castigada por algo muy malo que había hecho) antes siquiera de haber experimentado aunque sea un fugaz segundo de paz, era enviada de vuelta al Infierno o mejor dicho, a la Tierra.

Este sueño que se repetía una y otra vez, resultaba inquietante, no al grado de llegar a asustarme, lo único pavoroso de su contenido era la incertidumbre que me embargaba cada vez que despertaba. Por más que intentara encontrarle un sentido, no podía, simplemente me quedaba en ascuas, encallada frente a aquel portón, frente a aquella sensación de pérdida y desolación, y peor aún, frente a un deseo que no tenía ni pies ni cabeza.

Por último, y como piadoso regalo de algo supremo, me dormí profundamente y no oí el despertador, consecuencia: llegué tarde al trabajo.

Susana y Matías me esperaban en la calle, a merced del ruido del atestado tránsito y de la humedad ambiente que vaticinaba un día sofocante. Los vi parados frente a la puerta del local luego de sacar las llaves de dentro de mi

cartera. Susana parecía feliz y expectante (seguro tenía algo en mente), Matías fastidiado por tener que aguardar en la calle a que su jefa llegara.

Otro día caótico, pensé mientras insertaba la llave dentro de uno de los candados que mantenían cerrada la persiana de metal. Mis compañeros entraron detrás de mí y se pusieron a trabajar; fue una mañana agotadora. Obviamente Susana no gozó de unos deseados quince minutos, que tanto hubiera gustado tener, para interrogarme por tercera vez, sobre lo sucedido a la puerta de la casa de Vicente Campo; la primera había sido dentro del auto de camino a mi casa: tuve que explicarle paso a paso, segundo a segundo, el modo en que todo sucedió, y se lo repetí por segunda vez cuando me llamó por teléfono pasada la media noche en tanto yo intentaba atraer el sueño con una mala película de terror. Ella estaba convencida de que algo se escondía detrás de las palabras del muchacho que me atendió, algo así como un mensaje secreto, codificado, misterioso, sólo que si era tal, no tenía ni la menor idea de cuál era el código que debía utilizar para descomponer sus palabras y obtener un mensaje cuerdo que significara, al menos por asomo, lo que Susana pretendía que significara.

Al medio día estábamos los tres agotados y sin ganas de hablar, con un humor de perros: debo añadir.

Para desesperación de quien ansiaba tener un momento para beber un vaso de agua y sentarse cinco minutos, el espectáculo no terminó allí.

Ví el automóvil negro avanzar frente a local sin embargo no le presté demasiada atención, fue un simple segundo de distracción sin importancia que acabó cuando el vehículo se detuvo justo delante de nuestra puerta. Bajé la vista y continué con lo mío hasta que un reflejo se cruzó por delante de mis ojos, atrayendo mi atención. Un haz luz bailoteó en mis manos. Buscando la fuente de aquello, la encontré en los cromados del automóvil negro. El sol del verano le arrancaba reflejos que formaba astillas de luz blanca en las paredes del local, sobre las botellas de vino transformando el vidrio en esmeralda y en mi propio cuerpo, iluminando detalles ínfimos, como un botón o la esquina del cuello de mi camisa.

La carrocería hacía las veces de espejo para el cielo.

Debo admitirlo jamás había visto nada similar.

Matías soltó un silbido de evidente encandilamiento. Con pasos torpes avanzó hasta la vidriera y echó un vistazo afuera; creo que se contuvo de pegar la nariz al vidrio igual que un niño en una juguetería, para así tener una mejor vista. Hizo un comentario sobre el automóvil, sobre el motor, la velocidad que

alcanzaba, lo seguro que era, y otras cosas que se me escaparon, lo único que retuve fue que mencionó que era tan nuevo que ni siquiera tenía las chapas de patente colocadas.

- Regresó- entonó Matías en tono incrédulo.

Pese a que los tres habíamos corrido toda la mañana sin parar, Susana tuvo el tiempo suficiente para ponerlo al tanto sobre nuestro “adonis” y la caja de *Pinot Noir* sin darles mayores detalles (tales como: que lo creía perfecto para mí y demás tonterías sin sentido en las cuales prefería no pensar para no volver a vivir el calvario de la noche anterior, tenía propuesto olvidarme de él, de sus profundos ojos grises, de su cabello castaño, de su exquisito perfume).

Susana me tironeó de la manga, es que yo no lograba reaccionar. Quería verlo y al mismo tiempo rogaba que la tierra me tragara para no tener que enfrentarlo.

- Volvió. Está aquí- me urgió entre emocionada, angustiada e intrigada, conteniéndose de dar saltitos en el lugar-. Viene hacia aquí.

Vicente atravesó la vereda con paso ágil, desde el lujoso automóvil hasta la puerta del local.

El alma se me cayó al suelo, intuí que estaba a punto de pasar un mal momento, sin duda venía a quejarse y ciertamente yo no me encontraba de ánimo para recibir una queja, menos de él, no lograría hacerte frente con la misma facilidad con la que resistía a otras personas y menos luego de la mala noche, la pésima mañana y el repentino malestar estomacal que acababa de asaltarme, producto de su aproximación. Iba a vomitar, lo sabía, vomitaría frente a él. Se me reblandecieron las rodillas y me boca se entumeció, las yemas de mis dedos se helaron. Empezó a costarme respirar.

Matías se apartó de la puerta y desapareció entre los vinos, lo perdí de vista por completo; ¿se habría agachado detrás de los estantes de mercadería? ¿Acaso sería capaz de una cosa así? ¿Acaso Vicente era capaz de provocar una reacción semejante en un adulto responsable?

De hecho, por lo visto sí era capaz de eso y mucho más. Susana también se esfumó. Lo hizo con tal rapidez que no me animé a aventurar hacia dónde había corrido con tal de abandonar la escena antes de que Vicente entrara por la puerta justo frente a mí, a mi modo de ver, a muy escasos metros. Hubiese deseado que la distancia fuese de kilómetros, para así tener suficiente tiempo para recomponerme y prepararme.

El corredor entre los productos de importación, que nos separaba, se tornó

todavía más estrecho y corto, cuando empujando la puerta de cristal, con un gesto grácil y despreocupado, entró.

Me atrevo a decir que no estaba enojado, pero quién podía saberlo con certeza, debajo de ese rostro de piedra, magistral, podía suceder cualquier cosa sin que se notara el menor cambio en sus facciones, en su estructura.

Si el carrillón llamó, no lo escuché.

Armándome de valor, en un acopio de las neuronas que me quedaban, me propuse no volver a hacer el ridículo del día anterior.

- Buenas tardes- saludé antes de darle tiempo a empezar a quejarse.

- Buenas tardes.

- Lamento mucho la demora en la entrega de sus vinos, espero no haberlo incordiado... ni con la demora ni con la posterior entrega- añadí esto último ya que durante mis horas de desvelo llegué a la conclusión de que aquello que había hecho para subsanar mi error podía haber sido tomado, sin demasiado esfuerzo, como una irrupción en su privacidad, un descaro de alguien con muy poco tacto, algo que seguro no entraba en su concepción de las formas y las reglas de comportamiento de alguien tan correcto y refinado como él.

- No se preocupe-. De repente sus rasgos tensos hasta entonces, se ablandaron y relajaron-. De cualquier modo agradezco que me hiciera llegar los vinos con tanta premura, no era necesario que fuera hasta mi casa para entregarlos.

Esas últimas palabras dieron en el blanco, no sé si fue su intención regañarme, de cualquier modo se incrementaron mis ganas de que le tierra me tragara; que volvía a ponerme roja.

Me disculpé otra vez, no se me ocurría qué otra cosa hacer.

- ¿Qué puedo hacer por usted esta vez?- articulé con dificultad ante un nuevo silencio suyo que me recordó demasiado al del día anterior. Pasaron unos segundos en los que me miró fijo como si le divirtiera hacerme sentir incomoda. Durante esos segundos que duró el lapsus, imagine que tenía la capacidad de leer la mente con sus ojos, si hasta podía sentirlos perforando mi cráneo con la contundencia de una hoja bien afilada. Parpadeó y asintió con la cabeza. - Necesito un buen vino tinto, algo que pueda acompañar el chocolate; sé que hay un vino que se dice va muy bien, no recuerdo el nombre.

En cuanto mencionó el chocolate tuve una fugaz visión de una situación que nada tenía que ver con mi vida: volvió a aparecérseme una posible novia de tipo modelo, flaca, escultural, de esas que dudan de mirar el chocolate por miedo a engordar por el simple hecho de contemplarlo, o peor aún, de esas que pueden comerlo sin miedo a que se les vaya directo a la cadera.

Me sentí ridícula por enésima vez. ¿Por qué insistía en compararme? ¿Qué sentido tenía hacerme eso a mí misma y sobre todo, por qué seguía delirando con alguien a quien no conocía realmente? Llegué a la conclusión de que comenzaría el nuevo año encerrada en un manicomio si continuaba así.

- ¿Un Merlot? ¿Quizá alguno de Saint-Émilion...? Al menos sería una buena opción, sino, podría ser un champagne rosado o quizá un vino dulce, el Oporto...- él no me dejó terminar la frase.

Meneó la cabeza frunciendo levemente el entrecejo. - No, me inclino por un Merlot.

- Bien- le sonreí, pasado el primer momento de inercia, en el que no sabía qué sucedería, tomé las riendas de la situación y me comporté con normalidad, estaba en mi salsa, si todo continuaba así no tendría de qué preocuparme, es más, quizá pudiera sentirme satisfecha de ganar otro buen cliente fijo para el negocio (si bien todavía no estaba segura de querer tenerlo muy seguido por aquí, me contentaba con esperar que al verlo seguido terminara por inmunizarme contra el efecto estupidizante que causaba en mi persona), lo único que todavía me inquietaba, eran sus ojos, su mirada penetrante y su presencia ineludible, que no importaba cuanto empeño pudiese poner uno en obviar el encanto que desparramaba al hacerse presente, resultaba imposible no sentirse al menos contrariado por este imán de miradas.

Pensé que tenía la victoria, me equivoqué. En cuanto me cedió el paso para guiarlo hacia dónde se exponían los vinos, se me erizó el bello de la nuca, volví a sentirme desarmada, ínfima; al menos pude mantener la compostura hasta llegar a mostrarle el vino que me parecía más acertado, pese a que su perfume copó todos mis sentidos inutilizando mi cerebro por completo.

Prácticamente me arrebató la botella de las manos -o quizá yo haya tardado más de lo necesario en soltarla, no lo sé-, le echó un vistazo sin ponerle demasiada atención y luego me dijo que lo llevaba. No preguntó el precio.

Y allí nos quedamos los dos, él con la botella en la mano y un gesto indescifrable en el rostro, yo con las manos vacías y trémulas, y el cuerpo lívido.

Oí el teléfono sonar, no lo tomé en serio, sonaba como en otro planeta... en uno muy distante, completamente ajeno a mi persona y a la persona que tenía delante; y luego a Susana llamarme.

Esta vez yo también había sido cómplice de aquel transe silencioso.

- Eliza, teléfono, es Julio- dijo Susana asomándose por detrás del largo mostrador con el teléfono en la mano. Su cabeza apareció por detrás del

extremo de una de las góndolas en las que se exponían conservas de hongos, ajos, quesos, centros alcauciles, tomates confitados, diminutas zanahorias y otras cosas que ya no puedo recordar.

- Le dije que estabas ocupada- añadió mirando a mi acompañante-, insiste en que es urgente- completó ahora con sus ojos fijos en mí.

Julio era el dueño del negocio, supuse que Susana había intentado todo cuanto se le ocurrió para no tener que interrumpir; para su desgracia no logró su cometido.

El rostro de Susana desapareció de mi vista, la cual se llenó de repente con los ojos grises de quien tenía delante.

- Disculpe, si desea mi compañera puede continuar atendiéndolo- le dije atragantándome con mis propias palabras. Nada en mí funcionaba correctamente cuando lo tenía delante.

- No, está bien, esto es todo lo que llevaré hoy.

Además de mi paz y tranquilidad- recité dentro de mi cabeza.

Nos quedamos en silencio otra vez mirándonos, sin parpadear. Me sonrió y con su sonrisa terminó todo. El “momento” se interrumpió y me sentí ridícula.

- Bien, entonces ella puede cobrarle si desea- recité bajando los ojos al suelo.

- Sí, claro- convino él apartándose.

Atendí a Julio, no era nada tan urgente, es más, era por algo que ya había resuelto en el correr de la mañana, pese a la cantidad de trabajo que había tenido; resultó frustrante ver que cuando colgué el auricular, Vicente ya no estaba allí. Me embargó una angustia que nunca antes experimenté, ni siquiera en la noche pasada. En lo que sí ya tenía experiencia es en ese desagradable olor que lo impregnaba todo otra vez. Al menos no fui la única en sentirlo, Susana y Matías mencionaron que también lo olían.

...

Puse la música a todo volumen para evitar oír mis propios pensamientos (ni mis vecinos tampoco podrían oír los suyos en el modo en el que la melodía que salía de los parlantes de mi pequeño equipo reproductor, atacaba el aire a su alrededor; el aparato se sacudía con cada acorde del piano ideado en la mente de Chopin, ejecutado). Pese a mi intención de aturdir a mi cerebro, no lo logré. Bajé el volumen de la música antes de que los vecinos comenzaran a quejarse y antes de provocarme sordera.

En cuanto bajé el volumen, sonó la alarma del microondas, la pizza estaba

lista.

No con sorpresa, sino con resignación, comprobé que las porciones que había puesto a calentar, se convirtieron en una masa gomosa, blanda y deforme, gracias al queso en parte, gracias a la acción del microondas otro tanto. Sinceramente poco me importaba, mi única intención era no sentir hambre; la certeza de que ya no poseía la capacidad de gozar de nada en absoluto se instaló en mí desde que asomé la cabeza por la vidriera del local, escondiéndome detrás de los embalajes vacíos de pan dulce, para comprobar que el majestuoso automóvil negro ya no estaba estacionado frente a la puerta del local.

Pensado en comida, recordé el chocolate; Vicente debería estar disfrutando del chocolate que mencionó y del vino que compró, mientras yo aquí le arrancaba un pedazo a la pizza, con un gesto similar al de un perro rabioso, procurando no quemarme los dedos con el queso que aún chirriaba pegado al plato caliente.

Mientras comía, miraba hacia la calle por la ventana de la cocina, dos pisos más abajo, la gente se paseaba lenta y perezosa por las veredas perfumadas con el exquisito aroma de los tilos y los jazmines.

Me serví un buen vaso de agua fría, mi intención era ayudar a que la pizza bajara por mi garganta, lo que logré fue escupir todo, tanto el agua, cuanto la pizza, en la pileta de la cocina. El agua tenía un gusto tan repulsivo que me provocó arcadas. Desesperada me enjuagué la boca con el agua que salía de la canilla; me llevó un par de segundos, sino un minuto, lavar el sabor a podrido de mi paladar y lengua. Fue como beber de la cloaca misma y no de una botella de agua mineral recién abierta.

Cerré la canilla y me enderecé, todavía nauseosa; tenía el estómago en la garganta. Me sequé los labios con el dorso de la mano y luego me llevé esa misma mano a la frente, me sentía arder, igual que si estuviese afiebrada, sin embargo, mi piel tenía una temperatura normal.

Sujetándome de la pileta con la mano libre, alcé el vaso de agua y lo contemplé a la fría y azulina luz del bajomesada. Estaba limpia, clara, cristalina y fresca, tanto que el vaso se había empañado al contraste con la temperatura ambiente. Al ver esto se me ocurrió que quizá hubiese imaginado el mal sabor, después de todo no venía comportándome con demasiada normalidad.

Retando a mis sentidos, me llevé el vaso a los labios, inspiré hondo y volví a beber.

El vaso se me cayó de las manos, en cuanto el agua bañó mi boca, y se estrelló contra el piso convirtiéndose en añicos peligrosamente cerca de mis pies descalzos; escupí el agua mojando todo lo que me rodeaba, no pude evitarlo, fue la cosa más asquerosa que probé en mi vida. Esta vez me llevó unos cuantos minutos quitarme el gusto de la boca, solamente lo logré cepillándome los dientes por tercera vez.

No cené, la mera idea de probar bocado me producía una oleada de arcadas. Comencé a sentirme tan mal que tuve que acostarme, incluso me dio tanto frío, que pese a los treinta grados de sensación térmica que acusaba la televisión, tuve que taparme con las sabanas y al no conseguir entrar en calor, finalmente con el acolchado. Tenía los pies helados y empecé a temblar igual que la hoja de un árbol sometida a los fuertes vientos invernales. Entré en una especie de sopor, ya no controlaba ni mi mente ni mi cuerpo. No recuerdo exactamente en qué momento me quedé dormida, sólo sé que cuando desperté de madrugada, empapada de sudor, con el pelo enmarañado, pegado en la cara y en el cuello; y con las mantas enroscadas entre las piernas, la música había terminado y la calle se encontraba en silencio.

Caí rendida para despertar un par de horas más tarde cuando el despertador sonó perforándome los tímpanos, al arrancarme del sueño que se repetía una y otra vez desde la noche anterior siempre.

...

- ¡Que cara!- soltó Susana.

Su rostro me asustó. Me había visto al espejo pero con el correr de los minutos, desde que me levantara, había logrado acostumbrarme a mi raro aspecto. Estaba pálida, ojerosa y mi piel se veía reseca.

Matías todavía no llegaba y la calle estaba prácticamente desierta, supongo que debido a que a unos metros de distancia, una cuadrilla del servicio de agua, destrozaba tanto la vereda cuanto la calle, con un martillo neumático; a causa de un caño pinchado corría un río que formaba borbotones en la alcantarilla.

- Pasé una muy mala noche- dije a modo de introducción y a los gritos, para que pudiese oírme por encima del estruendoso ruido de las maquinas y de las bocinas de los autos afanosamente tocadas por los señores conductores que se acumulaban en la otra esquina, desviándose todos por la única calle libre al paso.

- Debiste quedarte en casa.

Su veredicto no era desacertado, sin embargo quedarme en casa se me antojaba insoportable. No quería estar sola, además, lo peor ya había pasado, si hasta incluso había podido beber media taza de té y pasar dos galletitas.

- Ahora estoy mejor- expliqué-, tuve nauseas, eso es todo. Debe haber sido algo que comí.

Susana alzó una ceja escrutándome con incredulidad.

- ¿Estás segura?

Entendí lo que insinuaba; no existía ni la más remota posibilidad de que fuese otro, el motivo de mi malestar. Cristian y yo habíamos terminado hacía más de tres meses y todo había sido completa y absolutamente normal desde entonces.

Asentí con la cabeza

El rostro de Susana se relajó. Las persianas llegaron arriba de todo. En cuanto el motor se paró, las dos, automáticamente comenzamos a caminar por el corredor rumbo al mostrador.

- Me alegro que no sea otra cosa, igual sigo creyendo que deberías haberte quedado en tu casa.

- No, ya se me va a pasar. No te preocupes.

Susana me golpeó el hombro con el suyo. - ¿Viniste esperando a que el adonis aparezca otra vez? ¿No te lo querías perder no es así?- me miró con picardía alzando las dos cejas-. No te culpo, es un bombón. Es tan elegante...

Me paré en seco. -Te parece que tengo ganas de que se aparezca ahora. Si me ve así voy a asustarlo. Va a salir corriendo sin comprar nada- bromeé; eso era lo que menos me preocupaba.

- Nadie quiere eso- sonrió -, en dos días lleva gastado aquí mucho más que cualquiera de nuestros otros clientes. Debe tener muchísimo dinero.

- Desearía que no volviera- murmuré por lo bajo. Susana no me oyó, estaba tirada atrás del mostrador encendiendo las luces y el aire acondicionado. Lo que dije no era la verdad, dentro de mi ser se libraba una batalla entre las ganas de no volver a verlo nunca más, ya que descalabraba todo en mí, y un deseo ardoroso de estar otra vez ante su presencia.

Susana se fue al depósito para buscar unos productos que debíamos poner en exhibición y yo me dediqué a abrir, ya era hora.

Viendo las agujas de mi reloj moverse, tomé conciencia del retraso de Matías, esperaba que fuera sólo eso, uno menos para atender a los clientes convertiría el día en uno de esos que pasan a la historia y no precisamente por ser buenos, además, hoy más que nunca, necesitábamos ayuda ya que yo funcionaba a

media máquina y faltaban solamente tres días para la noche buena. En síntesis, el caos estaba a unos minutos de distancia.

- Buenos días.

Di un salto. El corazón casi se me escapa por la boca, no esperaba a nadie y menos a él. La voz sonó demasiado cerca de mi hombro derecho, por lo que casi me da un infarto; tal cosa no sucedió, la única reacción de mi cuerpo fue el erizado que comenzó por la piel de mi nuca y se extendió igual que una peste en los tiempos en que no existían los antibióticos, ni las nociones de higiene que tenemos hoy en día, por toda mi espalda hasta las piernas. Se me aflojaron las rodillas. No había escuchado la puerta, el carillón no había sonado, y no fui consciente de las pisadas que se aproximaban a mí.

Me di vuelta y lo pisé, por supuesto, sin querer. Nos chocamos, mi frente dio en su mentón; él retrocedió y yo perdí el equilibrio; no caí, ya que diligentemente me atajó por ambos codos. Fue extraño, el tacto de su piel contra la mía ardió igual que si estuviese siendo expuesta directamente a la flama viva.

Juraría que notó mi desconcierto y por eso me soltó sin previo aviso, sin siquiera preguntarme si me encontraba lo suficientemente bien para sostenerme en pie por mis propios medios.

- Lo siento mucho.

¿Se disculpaba por asustarme, por el golpe, o por haberme quemado los brazos con sus manos?

- No pretendía asustarla-. Hizo una pausa, supongo que para darme tiempo a responder; la verdad es que a mí no se me ocurrió qué decir-. ¿Está abierto, no es así?- me preguntó sonriendo abiertamente. Mi silencio debía resultarle tan incómodo como a mí los suyos, los míos por ridículos, los suyos por sublimes.

- Sí, claro- balbuceé-. Buenos días.

Me pasé las manos por la camisa pretendiendo recomponerme. ¡Como si eso fuese a ser de ayuda!

- En qué puedo ayudarlo.

- Tengo que hacerle un obsequio a alguien.

- Estaba pensando en algo particular o...

Él se movió indeciso sobre sus pies, mirando a su alrededor dándome la impresión de que no lograba localizar aquello que quería, o quizá yo esté confundida y simplemente no supiese qué regalar.

- La verdad es que esta vez creo que necesito algo de ayuda- contestó sonriendo inocentemente. Su mirada y facciones relajadas ayudaron a que me

aflojara un poco, aun así, continuaba sintiéndome atolondrada ante su presencia.

- Bien, no hay problema. ¿El presente es para un familiar, un amigo o es algo de negocios?

- No es para un amigo- contestó con sequedad- podría decirse que es por negocios- meneó la cabeza como si la idea le desagradara- ...no estoy seguro.

- ¿Tiene pensado gastar una suma en particular?

- No, no importa lo que cueste.

- Podría ser una canasta- señalé las canastas envueltas que estaban a mis pies- están contienen una amplia variedad de productos que van desde champagne, vinos hasta bocadillos *gourmet*...- el gesto que hizo frunciendo la boca me invitó a detenerme-. Si tiene alguna idea de cuales son los gustos de quien desea agasajar, podríamos buscar algo más preciso, incluso podemos armarle una canasta con cosas que sabemos que pueden llegar a gustarle.

- Sí, es posible-. Se metió las manos en los bolsillos de su impecable saco y volvió a mirar a su alrededor. Me pregunté qué buscaba.

- ¿El agasajado es un hombre o una mujer?- inquirí en un acto suicida. Si no controlaba mi cerebro, todavía menos lo conseguía con mi lengua.

- Mujer- soltó casi con rudeza.

- Bien-. Hubiese preferido que me dijera que era un hombre. La imagen de la modelo perfecta volvió a mí y me golpeó en la nuca desbaratando el castillo de desvaríos que mi mente había levantado en unos pocos segundos.

- ¿Es un regalo de navidad o por otro tipo de conmemoración?

Negó con la cabeza. - No, no tiene nada que ver con la navidad.

Supongo que le costaba expresarse, tanto como a mí en su presencia.

- Es por... por el comienzo de una nueva vida- añadió.

Un enorme anillo de brillantes brilló en el dedo de la imaginaria modelo.

Lo poco que desayuné trepó por mi garganta mezclado con jugos gástricos.

- Bien- por un momento tuve el horrible impulso de adrede, escoger cosas que sabía que a una mujer no terminarían de agradarle, luego me arrepentí, aquello era estúpido e infantil, además ni él, ni la modelo perfecta tenían absolutamente nada que ver conmigo-. ¿Sabe si prefiere las cosas dulces o las saladas o cual es su vino preferido?

- Dulce, *Shiraz*- en menos palabras imposible.

Me causó gracia que el vino preferido de la modelo perfecta con la roca brillante en el dedo del corazón fuese el mismo que el mío, incluso así, algo no coincidía; fue similar a cuando uno se prueba una prenda de ropa en esas

grandes tiendas que promocionan sus modelos en catálogos elaboradísimos en que todo está controlado, al comparar el modo en que le queda la ropa a uno, frente al espejo, con como le queda a la modelo del catálogo... uno termina por darse cuenta de que hay algo que no está funcionando bien.

- Perfecto, tenemos una exquisita variedad de chocolates y bombones, además de galletas típicas de navidad, panes dulces y un mazapán alemán que es de los mejores; podríamos agregarle a la canasta unas avellanas y almendras...

- No nueces.

No entendí si me estaba preguntando si no pondría nueces o si me estaba diciendo que no las quería.

- ¿Perdón?

- Digo que sin nueces, le dan alergia- me aclaró.

Se me escapó una carcajada. Las nueces me daban alergia a mí también.

Vicente me observó fijo, parecía estar conteniéndose... no sé qué contenía exactamente, pero juro que daba la impresión de encontrarse a punto de estallar.

- No nueces- aseguré aparentando seriedad, lo cierto es que no podía hacer nada para dejar de sonreír. De repente, me di cuenta de que me sentía mucho mejor.

- Podemos agregar algunos quesos si lo desea, quizá algún queso suave y dulce, y también un vino blanco o rosado.

- Sí, eso estaría bien- aceptó sin la menor emoción.

- ¿Algún champagne?

Frunció la nariz. - No, no hará falta.

Bien, no va a brindar- pensé yo.

- También tengo para ofrecerle una amplia gama de turrónes españoles- se los enseñé ya que estaban a menos de un paso de distancia de nosotros; él los miró.

- Sí, puede ser- entonó frunciendo la boca ligeramente.

Sus ojos grises volvieron a los míos y allí se quedaron por un instante eterno.

- Puede prepararme una canasta para mañana con todos esos productos que mencionó.

- Sí, seguro, no hay ningún problema-. Estaba decidida, no se porqué, a que aquello le costara un ojo de la cara. Torturarme tres veces con su presencia tendría su precio.

- Pasaré a buscarla por la tarde.

- Si lo desea puedo hacérsela llegar a su casa.

- No gracias- contestó él. Qué otra respuesta podía decir después de la primera y última vez que me comprometí a enviarle un pedido a su hogar. ¿Quién podría culparlo por negarse?

Inmediatamente sus ojos grises se alzaron por encima de mi hombro izquierdo. Oí los pasos, Susana estaba de regreso.

- Como guste.

Él sonrió. - Hasta mañana en la tarde.

- Hasta mañana- contesté yo.

En cuanto cerró la puerta Susana soltó un grito de emoción; saltó y avivó con los brazos sin dejar de gritar, incluso improvisó una especie de bailecito conmemorativo mientras insinuaba todo tipo de cosas, como que había vuelto solamente para verme y demás delirios. Ni siquiera me prestó atención cuando intenté explicarle que había venido a hacer en realidad.

Pronto, comenzaron a llegar los clientes. Las horas fueron pasando, llevándose consigo mi malestar. Al mediodía, cuando mermó un poco la afluencia de público, me dediqué, con todo entusiasmo y libertad, a preparar la canasta que Vicente Campo había encargado. Sin darme cuenta la llené de todas aquellas cosas que a mí me hubiese gustado recibir; sin escatimar en gastos, cargué aquello en lo que jamás hubiese pensado en gastar. Mientras escogía los bombones belgas que eran mis preferidos, pensaba en cual era mi queso favorito y con que galletas lo acompañaría. Tomé varias botellas de vino sin siquiera pensar en su valor. Cuarenta minutos más tarde, tenía sobre el mostrador, una canasta cargada con un valor irrisorio, en cosas que se ingieren para convertirse en... nada.

Me gustaría decir que dormí plácidamente, no fue así. Tuve todo tipo de pesadillas horribles. Soñé que mis padres morían en un accidente de auto, soñé que estaba embarazada y perdía al bebé, soñé a Vicente de la mano de una modelo perfecta con su roca perfecta y brillante en la mano entre otros tantos delirios a los que no lograba encontrarle sentido cuando me despertaba entre pesadilla y pesadilla. Terminé con el pecho oprimido de tristeza, los sueños parecían tan reales que mi sufrimiento se sentía así también, real.

3. Cambio de plantas.

El teléfono empezó a sonar un segundo antes que el despertador. Sobresaltada, apagué el despertador, le di tal manotazo, que voló por los aires para chocar contra la pared justo en la esquina de la habitación, entre la mesa de luz y la ventana que daba al balcón.

El teléfono siguió sonando.

Me incorporé, todavía con los ojos entrecerrados; atendí.

- Cambio de planes- anunció mi mamá excitada-. Tu tía Sandra nos invitó a pasar la navidad en su casa, ¡en el campo!- informó después de llenarme los oídos, con sus reclamos de madre abandonada y despechada, sus concejos para hijas que no saben manejar su propia vida, y sus interminables peroratas sobre lo que debía hacer para que mi vida profesional despegase de una buena vez.

- Que bien- contesté sin el menor interés al tiempo que me levantaba de la cama y me dirigía a la cocina para encender la cafetera. La verdad es que este año las fiestas de fin de año no me inspiraban ni una pizca alegría; a diferencia de otros años, tan solo deseaba que enero llegase lo antes posible, para dejar atrás un año caótico que sin duda había tenido más cosas malas que buenas.

- Nos vamos en una hora- añadió mi madre justo en el exacto momento en que la cafetera comenzó a emitir sus sonidos típicos. El agua hirviendo ya ascendía a borbotones rumbo al café molido-. Papá quiere salir con tiempo para manejar tranquilo; las rutas en esta época del año son un infierno.

- Sí, sí- convine en un tono lacónico que fastidió a mi madre.

- ¡¿Estás prestándome atención?!- rugió desde el otro lado de la línea.

- Todavía estoy dormida, mamá.

Mi madre chasqueó la lengua. - Ni modo, la tía Sandra me pidió que te dijera que también estás invitada. Toda la familia se reunirá en su casa.

- No puedo ir, tengo que trabajar, además seguro que me resultaría casi imposible conseguir un pasaje para el fin de semana, y sí o sí tengo que estar aquí de vuelta el lunes por la mañana.

- Puedes pedirle a tu jefe unos días, te los debe, eres su mejor empleada, sin duda, si lo manejas del modo correcto no podrá negarse. Y si no funciona por las buenas puedes decirle que renunciarás si no lo hace- dijo subiendo el tono. Comenzaba a pelearse sola.

Suspiré al tiempo que negaba con la cabeza. - Sí, claro, voy a darle un motivo para que me eche, total, qué problema hay si me quedo sin trabajo, las cuentas y el alquiler pueden pagarse por sí solos.

- No hace falta que seas sarcástica conmigo, Eliza, solamente intento decirte que no quiero que pases la navidad sola en ese lúgubre y decrepito departamento.

Mi departamento no era ni lúgubre ni decrepito. Chiquito y antiguo sí, pero en contrapartida tenía su estilo y además era mi hogar, nada que objetarle a eso, este era mi territorio y estaba orgullosa de él. Además, ¿realmente esperaba que creyera que le preocupaba si no tenía con quién pasar la nochebuena y la navidad? Si en verdad le importara un poco, no habría hecho las maletas y acordado un horario de salida; en vez de eso, me habría llamado antes para consultarme si yo podía o no, conseguir un par de días libres para viajar con ellos.

- No te preocupes mamá, no me quedaré sola.

- ¿Tenías pensado pasarlo con Susana?- inquirió usando un tono de víctima dolida por el engaño. El revés que siempre encontraba para echarme la culpa de las situaciones incómodas, no tardó demasiado en llegar, ella siempre, de un modo u otro, lograba descargar la responsabilidad en alguien más; así lo había hecho durante toda su vida, o al menos durante toda la mía. Seguro que pretendía estar convencida de que yo ya había urdido un plan a sus espaldas para no pasar con ella las fiestas.

- No, sólo digo que quizá pueda pasarlo con ella, eso es todo- dije procurando mantener la calma. Me recordé que todavía era demasiado temprano para estar de mal humor y al día le quedaban muchas horas por delante.

Ansiosa miré la cafetera, aún faltaba que la mitad de la cantidad de agua pasara por el filtro. La espera me puso ansiosa.

- Bien, procura no quedarte sola-. Fue una recomendación que sonó a reto.

Tuve ganas de preguntarle qué más le daba si en la noche buena cenaba comida china y me iba a dormir temprano, en vez de atiborrarme de comida en la mesa de unos desconocidos, gozando de su lástima por ser la abandonada por sus padres en una fecha tan emotiva. Sin duda el título no me calzaba en lo más mínimo, no pensaba decirle a Susana que mis padres pasarían fuera el fin de semana, no tenía ganas de que insistiera en que me reuniera con los suyos, de hecho, me sentía aliviada, me vendrían como anillo al dedo unos días de verdadera tranquilidad y soledad en casa.

Pensé que cortarí la comunicación, en vez de eso me pidió que esperara un segundo, que mi padre quería saludarme. Mientras esperaba me serví café y bebí un buen sorbo, inmediatamente me sentía mejor y más despierta.

- Hola.

Oír la voz de mi padre me cambió el humor. - Lamento que tu madre no te avisara antes. ¿De veras no puedes arreglarlo? Nos gustaría verte allí.

- No papá. Pero no te preocupes. Voy a estar perfectamente bien, además vengo teniendo unos días fatales en el trabajo y necesito descanso, la idea de viajar diez horas de ida y diez de vuelta en el incomodo asiento de un micro no me entusiasma demasiado.

- Podrías aprovechar el viaje para tomarte unas vacaciones. Trabajas demasiado.

Vacíé la taza de café con leche. - Quizá tengas razón...de cualquier manera ya es un poco tarde para planearlo- hice una pausa, sabía que mi papá realmente deseaba que pudiese unirme a ellos en el viaje, de modo que pensé en hacer lo mejor para que no se sintiera culpable de dejarme en la ciudad sin más compañía que mi propia persona-. Voy a estar bien. Será una navidad diferente... voy a sobrevivir-. Mi comentario no le gustó. Gruñó y se quedó callado. Sería la primera vez en mi vida que pasaba la nochebuena y la navidad sin ellos y el hecho de que esto se diera justo después de un año pésimo en que mi vida parecía haber amenazado con caerse a pedazos, no era motivo para broma. Sacudí la cabeza en un esfuerzo por ahuyentar los recuerdos. Lo logré a medias.

- Te llamaré en cuanto lleguemos.

Fui por mi segunda taza de café con leche. - No es necesario. Estoy bien...- me costó decirlo- ...voy a estar bien.

- Te llamaré en cuanto lleguemos- repitió él-. Quizá para la noche lo hayas pensado mejor y decidas reunirte con nosotros.

No quise decirle que no tenía intenciones de darle más vueltas al asunto, no viajaría a ninguna parte y menos para pasar las fiestas en compañía de gente a la que le importaba poco y nada sobre mi persona, mi bienestar y mi felicidad. En cambio de eso, me despedí deseándole buen viaje y felices fiestas.

Dejé el teléfono en la base del cargador, apuré lo que me quedaba de café con leche y me metí en la ducha, todo eso sin dejar de pensar en que si las cosas hubiesen acabado tal como fueron planeadas, estaría a días de contraer matrimonio. Pero como nada puede planearse con demasiada exactitud, y en ocasiones, los planes no son más que ideas susceptibles a borrarse de un plumazo por una simple casualidad de la vida: alguien sale una noche, entra a un bar, conoce a una persona y luego se da cuenta de que eso que pensó que sentía no es ni tan fuerte ni tan valido cuanto creía; aquí me encuentro yo, debajo de la ducha, todavía en mi viejo departamento, preparándome para ir a

trabajar.

De camino al trabajo, sentada junto a la ventanilla en el colectivo, no pude dejar de imaginar en lo feliz que se suponía debería sentirme ahora, todo debería haber sido perfecto y sin embargo no lo era. No pretendía sentirme miserable, desde hacía tres meses me proponía no apiadarme de mí misma, no derrumbarme frente a la realidad, sin embargo la tristeza era palpable.

Supuse que recién comenzaba a asumir que aquello no había resultado, que por más que me propusiera que las cosas se iban a resolver, no se resolverían, no al menos del modo en que hasta esta mañana, yo esperaba... o deseaba, que se resolvieran. Cristian no volvería a mí, no formaríamos una familia, no compartiríamos un hogar ni nada de lo que soñamos para nosotros... es decir, lo que se suponía habíamos soñado para nuestro futuro. La realidad era otra, y si bien no era tan mala, era de lo que yo había intentado escapar aceptando su pedido de matrimonio.

Creo que nunca estuve realmente convencida de amarlo lo suficiente para desear pasar el resto de mi vida a su lado, pero presuponía que nunca estaría segura de sentir algo semejante, o mejor dicho: no me creía con la capacidad de sentir tal cosa.

...

- ¿Persisten las nauseas?- curioso se Susana, mientras envolvía una caja de madera que contenía dos botellas de vino espumante italiano, que un cliente esperaba al otro lado del mostrador.

- No, estoy bien-. Contesté mientras le tendía al señor, el ticket de la tarjeta de crédito para que lo firmara.

- Estás muy silenciosa hoy- Le pegó un enorme moño dorado a la caja ya enfundada en papel verde y rojo.

- Mentirosa- me espetó-. Vas a contarme qué te pasa o voy a tener que adivinarlo.

Tomé la birome y el ticket que el cliente me devolvió y le entregué su comprobante. - No me pasa nada.

Despedimos a nuestro cliente deseándole felices fiestas. En cuanto nos quedamos solas, arremetió con su interrogatorio.

- ¿Hablaste con Cristian por el asunto de la casa?

La boca se me secó de inmediato. - No, no hay nada de qué hablar, la casa es

suya, no mía, nunca me permitió poner un peso para la remodelación por lo tanto no me corresponde nada de su venta, y lo que me correspondía por el gasto de los muebles ya me lo devolvió. No tenemos nada que discutir-finalice para zanjar el asunto de una buena vez.

- La casa iba a ser para los dos- replicó. Evidentemente, esa mañana no era la única en recordar que las invitaciones para mi boda tenían una fecha no demasiado distante.

- Iba, pasado; además, por si ya lo olvidaste, no estamos juntos y no vamos a volver a estarlo. Cada cual ha seguido con su vida y es mejor así.

- Te engañó y te abandonó- bramó enojada.

- Es parte del pasado. Carece de importancia y sinceramente no tengo más ganas de pensar en ello.

- Sé que todavía te duele.

Deseé con todo el corazón que Susana cerrara la boca. Usualmente no me molestaba discutir mi vida con ella, sin embargo hoy no gozaba del ánimo para soportarlo, ni eso ni nada más pesado que una banal conversación sobre el clima.

- Voy a estar bien- me limité a decir rogando para que entrase un cliente que pusiese fin a una discusión en la que no tenía ganas de participar ni, siquiera de presenciar.

Para mi suerte, y por desgracia, ya que no tenía ni las más mínimas ganas de verlo, entró Sufár. En contra de mis instintos, le dije a Susana que me hacía cargo, y ella aceptó gustosa sin siquiera darse cuenta de que prefería atenderlo antes de continuar hablando con ella.

- Buenas tardes, Eliza- me saludó Sufár, abriendo desmesuradamente sus ojos brillantes, los cuales cada vez se me antojaban más iguales a los de una rata.

- Buenas tardes, señor Sufár, qué puedo hacer por usted hoy.

- Buscaba un buen vino tinto, tengo una cena esta noche y deseaba llevar algo.

- Se llevó ambas manos al abultado vientre, daba la impresión de estar degustando ya, lo que cenaría, supongo que se le hacía agua la boca.

- ¿Sabe que van a servir?

- Es un asado- me informó curvando los labios hacia arriba, no sé si la mirada libidinosa era por mí o por la carne que cenaría. En todos los aspectos aquel hombre, sin duda era un amante de la carne.

Se inclinó sobre mí, pretendido una complicidad entre ambos que en realidad no existía, al menos por mi parte.

- Hoy es noche de hombres. Nada más que amigos, buena comida y buena

bebida.

- Sí, claro- acoté sin tener nada que agregar. Sin que mediara ninguna otra palabra lo guíé hasta el sector de los vinos. Sufár me siguió de cerca, de demasiado cerca, fue entonces cuando noté que despedía un fuerte olor a alcohol, por lo visto había comenzado temprano a festejar, era evidente que no le importaba esperar a sus amigos.

Saber que había bebido, probablemente de más, me puso incomoda, no voy a decir que me asustó, pero si Sufár casi no tenía límites para su comportamiento estando sobrio, seguro menos los tendría con unas copas de más.

Procuré no preocuparme, hasta ahora se comportaba relativamente bien, de modo que sin duda podría soportarlo unos cuantos minutos más, tenía pensado no permitir que me hiciera dar demasiadas vueltas, con firmeza y decisión le ofrecería un buen *cavernet sauvignon* y lo despacharía enseguida.

Eso fue lo que hice, al menos en un principio. No sé cómo, un segundo la situación se me fue de las manos.

- Sí, creo que este vino es el adecuado- dijo Sufár en un susurró mirando la botella, luego sus ojos se fijaron en mí- fuiste tú quien lo eligió para mí, de modo que debe ser bueno.

Esquivé sus palabras con una sonrisa. - A sus amigos sin duda les gustará. ¿Cuántas botellas quiere llevar?- pregunté lo más rápido posible. Soltaba una palabra detrás de la otra para evitar que él metiera bocado.

- Eso depende- fue su respuesta. En su mirada había implícita una desagradable insinuación que no tardó en plasmarse en palabras-. Si quieres... si me lo pides, puedo saltarme la noche con mis amigos para pasar un buen rato contigo, de modo que no necesitaríamos más que una botella...- sonrió de un modo repulsivo- ...o quizá podamos llevar más- añadió entre dientes apenas despegando los labios-, eso depende de qué ideas tengas. Estoy abierto a nuevas experiencias.

Se me acercó tanto que su aliento a alcohol casi me voltea, evidentemente había bebido algo más que unas cuantas copas.

- ¿Qué me dices Eliza, continuarás pretendiendo que no lo entiendes o por fin aceptarás mi ofrecimiento?- bajó la mano en que tenía aferrada la botella y acercó la otra al lado izquierdo de mi cabeza para acariciar un mechón de cabello que me caía por encima del hombro-. Sabes que puedo darte todo lo que desees y mucho más.

Si hubiese tenido algo en el estomago le habría vomitado encima, por

desgracia llevaba horas sin probar bocado.

- No tienes más que pedirlo- me susurró al oído.

Estaba paralizada, congelada, en una situación normal le hubiese propinado un buen rodillazo en la entrepierna, pero simplemente no podía moverme. Tenía miedo... un tipo de miedo que jamás experimenté antes, totalmente irracional, y no era capaz reaccionar.

Sufár respiró en mi cuello. Aspiraba profundamente y soltaba el aire entre mi cabello. Comencé a sentir el calor de su cuerpo y eso tornó las arcadas más intensas.

- Ese muchacho inútil y estúpido no te trató del modo que te mereces... no importa, lo mejor que te pasó es que desapareciera de tu vida. Jamás habría podido darte lo que la vida reserva para ti- añadió en un tono tan libidinoso que me hizo sentir asco de mí misma- acepta venir conmigo y lo tendrás absolutamente todo.

Pensé que me desmayaría.

Sufár se alejó unos centímetros y me miró a los ojos. Sin duda esperaba una respuesta; yo apenas si podía respirar, de hecho apenas jadeaba, creo que me estaba ahogando, es como si hubiese olvidado cómo respirar. Las piernas se me aflojaron, la visión se me tornó borrosa.

- ¿Llevará ese vino?- preguntó una voz que nos arrancó a ambos de la situación. Su tono fue tan duro y cortante que imprimió una marca en el ambiente.

Verlo fue similar a contemplar un claro en el cielo encapotado de un día tormentoso, como ser testigo de una brizna de aire fresco en medio del desierto sofocante. No me sentí ni incomoda, ni acomplejada de estar en su presencia, sino todo lo contrario, agradecí que él estuviera parado ahí mismo, a unos pasos de mí, mirándome de arriba abajo como si pretendiese asegurarse de que mi integridad no había sido mancillada.

Al contemplarlo, por esos fugaces segundos antes de que mis ojos volviesen a mirar a Sufár esperando una respuesta, me di cuenta de su enojo; más que eso, parecía furioso y no creo equivocarme al asegurar que había adoptado una actitud más que posesiva hacia mí. Su pregunta sin duda, no era acerca del vino, sino acerca de mi persona y dejó eso marcado en las miradas que me lanzaba.

El rostro de Sufár se turbó de irritación, ira y desconcierto. No le contestó, simplemente se volvió hacia él en silencio. Pensé que iba a iniciarse una pelea; estimo que Sufár lo habría pensado dos veces antes de lanzarle un

puñetazo a un hombre que no solamente era unas cuantas cabezas más alto que él, sino que también más atlético, más joven y más ágil.

- ¿Va a llevarse ese vino o no?- inquirió Vicente ahora con mucha más tranquilidad. Su tono rayaba casi en la burla, lo desafiaba. Si esta situación hubiese ocurrido unos doscientos años atrás, lo habría retado a duelo, ahora simplemente se limitaba a ponerlo en su sitio con su perturbadora e imponente presencia.

Sufár giró otra vez hacia mí. Me lanzó una mirada de odio y me devolvió la botella estrellándola contra mi vientre. Todavía no sé cómo, logré atajarla; y no se me cayó. Acto seguido, sin añadir más nada, dio media vuelta y se largó prácticamente corriendo.

Tardé un momento en reaccionar.

- ¿Se encuentra bien?

En cuanto habló se me aflojaron las piernas. Mis rodillas no soportaron el peso de mi cuerpo. Caí en picada y me había estrellado contra el piso de no ser por él, que me atrapó con una mano mientras que con la otra ponía a buen resguardo la botella de vino.

Me sentó en el piso y se arrodilló a mi lado, fue entonces cuando empecé a hiperventilar, y por desgracia a llorar. Toda la angustia, el miedo, el dolor, la sensación de pérdida y de fracaso que pretendí ignorar durante estos últimos meses, finalmente afloraron y las lágrimas se me salían sin que pudiese evitarlo, mojándome las mejillas y las manos, detrás de las cuales pretendía esconderme.

No era la idea hacer una escena frente a un cliente y menos frente a él, pero ya nada parecía importar.

- ¿No le hizo daño, o sí?

Negué con la cabeza. Quise dejar de llorar. Sentía un horrible dolor en el pecho, el cual, estaba segura, no pasaría en los próximos minutos.

- Debe calmarse, se ha ido.

Bajé las manos e intenté agradecerle con la mirada, ya que no podía hablar.

Él se metió una mano en el bolsillo del saco con aspecto de nuevo y extrajo un pañuelo que también daba la impresión de ser tan nuevo cuanto el resto de su conjunto.

Sequé mis lágrimas, al segundo volvieron a brotar nuevas sin que pudiese evitarlo.

Vicente no dijo nada más, simplemente se limitó a quedarse allí a mi lado, sin dejar de mirarme.

Poco a poco fui recobrando la tranquilidad al punto de darme cuenta del patético espectáculo que daba.

Me puse de pie; él me siguió.

- Discúlpeme- le dije con la voz tomada, limpiándome la cara con las manos.

- No tiene por qué pedir disculpas, es completamente razonable su reacción.

No, no lo era y yo no pretendía ponerme a explicarle que la mayor parte de mi llanto no se debía a Sufár, sino al resto de mi vida.

- Muchas gracias.

- No tiene que agradecerme.

Alcé el pañuelo empapado y lo contemplé un instante, no podía devolvérselo así. No sé si adivinó mi pensamiento o qué, dijo que me lo quedara, volví a agradecerle.

Vicente se quedó con los ojos fijos en los míos, su mirada no era menos fuerte que la de Sufár, todo lo contrario, era potente y decidida, igual que un rayo láser, aun así, por alguna razón que desconozco, o no logro comprender, no resultaba ni la mitad de hiriente que la anterior.

Fue como si todos mis miedos desapareciesen de una sola vez... fue un instante perfecto, sin interrupciones, sin palabras sin nada más que sus ojos grises viéndome directo a los míos, metiéndose dentro de mi cabeza, llegando hasta lo más profundo de mi ser. No estoy segura de cuánto tiempo duró, bien podría haber sido una eternidad. Sin embargo, todo tiene un final, y aquel perfecto momento acabó.

- Vine a recoger la canasta que le encargue ayer- entonó en voz muy baja, seguro temiendo alterar mi inestable estado de ánimo.

Sus esfuerzos no fueron del todo efectivos, era demasiada realidad para mi estado mental.

- Sí, por supuesto-. Intenté sonreír, creo que me salió una mueca horriblemente grotesca. Me sequé la cara con el pañuelo y lo metí en el bolsillo trasero del pantalón. Inspiré hondo-. Enseguida se la traigo-. Fui prácticamente corriendo en dirección al depósito.

Cuando regresé a la superficie, Vicente estaba al otro lado del mostrador, parado en silencio, esperando. Susana atendía a una cliente y Matías todavía no regresaba de buscar el almuerzo. Haciendo un gran esfuerzo puse la canasta sobre el mostrador. - Ésta es.

Vicente la miró de reojo, con una suprema indiferencia. De repente, después de tanta amabilidad, se me antojaba que se había convertido en un trozo de hielo, ya ni siquiera me miraba a la cara.

- Perfecto- su voz sonó rasposa y seca. Sin preguntarme el valor del regalo, me tendió unos billetes. En tanto y en cuanto su mano deslizó el dinero por encima del mostrador, apartó la cara y siguió en lo suyo igual que si yo no estuviese allí. No podía culparlo por sentirse incómodo, después de todo no tenía ninguna obligación de convertirse en mi paño de lágrimas.

Conté el dinero y me dispuse a darle su cambio cuando dijo, más bien soltó o escupió, que conservara el cambio.

- ¿Ya está?

En respuesta le entregué su recibo.

- Gracias- entonó sin gracia alguna al tiempo que tomaba la canasta por el asa.

- No hay porqué, gracias y felices fiest...- él no me dejó terminar de desearle felices fiestas, se fue dando grandes trancos.

Desde el mostrador vi que se subía a su impresionante automóvil negro, estacionado frente a la puerta del local. Juraría que salió quemando las llantas. Sin duda lo había espantado.

Debe pensar que estoy completamente loca- pensé mientras ponía el vuelto de su compra en el frasco que usábamos a modo de caja de empleados.

Como una tonta me quedé mirando, obnubilada, el lugar en el que su automóvil había estado estacionado. Entonces recordé que tenía su pañuelo en mi bolsillo. Lo saqué y me lo llevé al rostro. Inspiré hondo procurando captar todos y cada uno de sus olores. Detrás del aroma de mi propio perfume, podía percibirse un dejo del suyo. Resultó embriagador, creo que las piernas volvieron a aflojarseme, por un motivo mucho más agradable y placentero que unos minutos atrás, claro está. Inhalé otra vez y cerré los ojos para perderme en su aroma; por unos segundos logré trasladarme a un universo paralelo que no se regía por las leyes de la lógica sino por mis descomunales desvaríos.

El carillón de la puerta sonó. Abrí los ojos y alcé la vista con el corazón en un puño. Fue una reacción infantil la mía, pero esperaba que fuese él que estaba de vuelta para pedirme... para decirme... Apreté los parpados sin poder creer que esperara tal cosa. Matías se me acercó alzando las bolsas blancas de plástico que contenían nuestros sándwiches y bebidas.

- ¡Está la comida!- exclamó feliz sin percatarse de que había un cliente en el local.

De todos modos, aquella mujer se iría sin comprar nada.

Al entrar en mi departamento oscuro y vacío, sin más ocupantes que los muebles, mis libros, mis discos y demás cachivaches, llegué a la conclusión

de que estaba a punto de volverme loca. No cabía duda, ya no existía coherencia en vida y mucho menos en mi comportamiento. Pensé que lograría evitar la llegada de este momento, sin embargo allí estaba y me dio la impresión de no tener la capacidad de escapar de él, y mucho menos de resolverlo de manera satisfactoria.

Cerré la puerta empujándola con el pie y solté el aire de mis pulmones al tiempo que me recostaba sobre la puerta. Al encerrarme dentro del departamento me quedé casi por completo a oscuras, el único resplandor que provocaba grandes sombras todo alrededor de mi living era la luz de la calle, la cual entraba por la ventana de la cocina.

Me quedé allí parada, sola, sin saber qué hacer. Sentía frío a pesar del calor del verano, incluso se me puso la piel de gallina. Me abracé a mí misma desconsolada.

Esa noche, dormí en el sofá, vestida tal cual estaba, sólo me quité los zapatos, no cené ni me quité el maquillaje, solamente me tendí allí, con el pañuelo entre las manos. En algún momento, no puedo precisar cuando, oí que el teléfono sonaba, sabía que debía ser mi padre, cumpliendo lo prometido; no tenía fuerzas para levantarme, ni ganas de atenderlo, simplemente no podía enfrentarlo.

4. Un regalo inesperado.

Debo haber saltado al menos diez centímetros sobre los almohadones del sillón al sonar el timbre del portero eléctrico.

Pese a la incomodidad del sillón había dormido toda la noche sin interrupciones.

En cuanto intenté sentarme sentí en la espalda y en el cuello, las consecuencias de no tumbarme en la cama. Me dolía absolutamente todo. Tenía el cuerpo agarrotado de pies a cabeza, y mi cabeza... bien, ese era un punto aparte, daba

la impresión de que fuese a partirse en cientos de miles de pedazos; me latían las sienas y experimentaba una fuerte presión en la base del cráneo tanto es así que un insoportable dolor reflejo en mi frente apenas si me permitía mantener los ojos abiertos.

El timbre volvió a sonar con una insistencia imposible de pasar por alto.

Contesté levantando el auricular. La voz de un hombre me informó que tenía una entrega para mí, lo cual me sorprendió, no tenía ni idea de quién podía querer mandarme algo; le pregunté si estaba seguro del nombre y de la dirección, él me repitió mis datos, no cabía duda.

Tal como estaba: con cara de dormida, los ojos hinchados de llorar, y con las usuales pequitas que me salían alrededor de los ojos cada vez que lo hacía, con mi ropa arrugada y el pelo enmarañado, bajé a atender; después de todo, quién luce bien a las siete y cuarto de la mañana.

Vicente probablemente lucía bien a esa hora y a todas las demás.

El hombre que me esperaba al otro lado de la gran puerta de vidrio de la entrada del edificio se mordió el labio para no reírse de mí, y no lo culpo; al pasar delante del enorme espejo que cubría toda la pared lateral del hall de entrada, me di cuenta de lo ridícula que me veía. Daba lástima y sin duda también podía llegar a causar gracia.

- Buenos días- me saludó en cuanto aparté la puerta y la sostuve con el pie para que no volviese a cerrarse.

Supongo que estaba demasiado dormida y atontada para haberla visto antes, ahora que la tenía delante de la nariz no podía evitar notarla.

La canasta se encontraba a menos de veinte centímetros de mi rostro. Era la misma; la que armé, aquella que Vicente se había llevado ayer a minutos de socorrerme de las garras de Sufár.

Quedé boquiabierta; no podía estar sucediendo.

Ante mi inmovilidad, el mensajero insistió.

- Tiene que firmar aquí- me tendió un formulario luego de bajar la canasta al suelo, justo delante de mis pies-. ¿Se encuentra bien?

Sacudí la cabeza. - Sí, gracias. Disculpe- miré la hoja sin verla-. Dónde debo firmar.

- Aquí- apuntó-, y aquí tiene que completar con sus datos, por favor- explicó señalando los lugares en que había tres enormes curses rojas que saltaban a la vista.

No sé qué escribí, pero el mensajero se dio por satisfecho y se alejó deseándome felices fiestas, dejando a mis pies aquel presente.

Alcé aquella cosa del suelo. Todavía no podía creerlo. Miles de preguntas se amontonaban en mi atolondrado cerebro, que ya de por sí, funcionaba a media máquina. ¿Cómo consiguió mi dirección? ¿Por qué me enviaba la canasta? ¿Qué había pasado con la modelo perfecta de la roca en el dedo? ¿Quién era él y de dónde había salido justo ahora? ¿Por qué ahora, por qué a mí? ¿Por qué?

Me metí en el ascensor cargando la canasta con ambos brazos; mis ojos buscaban una nota, una tarjeta o cualquier cosa que explicara su presencia; no hallé nada, lo cual resultó todavía más desconcertare.

Susana iba a armar un terrible escándalo cuando se lo contara.

Entré al departamento y coloqué la canasta sobre la mesa; aparté una de las dos sillas y me senté a contemplarla. De seguro debía dar la apariencia de quien contempla un objeto de culto, es que simplemente no podía creer que esa cosa estuviese allí mismo, en mi departamento, a unos metros de mi nariz.

Me sentí víctima de una broma pesada.

Apoyé la cabeza sobre los talones de las manos, de otro modo se me hubiese caído. Estaba completa y absolutamente... ni siquiera encuentro las palabras para describir el modo en que me sentía: anonadada, impresionada, algo asustada.

Se me pasó por la cabeza que quizá Vicente fuese un acosador, un perverso o peor: un asesino. Después de todo había averiguado mi dirección, luego se infiltró poco a poco en mi vida laboral, visitando en reiteradas ocasiones el local, para finalmente encárgame un presente que se convertiría sin saberlo yo, en un regalo para mí, un regalo inesperado. Casi una burla, tenía la impresión. Esto era demasiado retorcido para ser una conquista común y corriente, a una persona a la que le gustas simplemente te invita un café, al cine, pero no hace todas esas cosas. No, esto no era normal. Ese hombre perfecto, ese desconocido impactante tenía mi dirección... medité mirando fijo la botella de vino.

Pero yo también tengo la suya... y Susana sabe dónde vive, también su novio. Si aparezco muerta en mi departamento ella podrá decirles dónde encontrarlo-cavilé especulando lo que pudiese llegar a pasarme si realmente Vicente era un criminal.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza. Mis delirios iban demasiado lejos, más allá de lo recomendable para mi salud mental y emocional.

Me levanté apartando la silla con las piernas y atravesé mi pequeño departamento en unas cuantas zancadas en dirección al baño.

Abrí la ducha. Prácticamente me arranqué la ropa dejándola caer en el piso del baño sin que me importase un cuerno el desorden.

Dejé que el agua simplemente cayese sobre mi cabeza y mi rostro a la espera de que ésta borrara los rastros de la mala noche y de mi sórdido amanecer.

Con tiempo de sobra, ya que me había levantado más temprano de lo acostumbrado, llegué al local mucho antes de la hora. Tranquila y sin apuro, entré y levanté las persianas, dejando el cartel de cerrado en su sitio, no deseaba que nada, ni nadie interrumpiese mi tranquilidad.

Me dediqué a acomodar parte del papeleo atrasado que según me dio la impresión, se había reproducido durante la noche, completamente fuera de control. Terminé con el trabajo antes de lo esperado, de modo que me acerqué a la improvisada cocinita que estaba debajo de la escalera que llevaba a la parte inferior del local y preparé la cafetera y la encendí. Necesitaba una tercera dosis de cafeína para seguir adelante con la mañana.

Estaba parada como una tonta, cruzada de brazos y con la mirada perdida en las ondas concéntricas que formaba cada gota de café al caer dentro de la jarra de vidrio de la cafetera cuando escuche que alguien llamaba a la puerta. El vidrio de la puerta de local sonó de un modo muy particular.

Atravesaba el hueco de la puerta, cuando volvieron a llamar. Otra vez aquel sonido sordo, opaco, igual que si estuviesen golpeando algo poroso y grueso, no un cristal fijado a un armazón de metal.

En cuanto mis ojos buscaron la puerta, se encontraron con algo que no esperaba. Hasta entonces había creído que Susana había llegado, o incluso podía ser Matías, pensé, me equivoqué... me equivoqué rotundamente. La presencia al otro lado de la puerta era algo... más bien: alguien, tan inesperado que me sorprendí; de un modo grato, todavía no entiendo porqué.

El muchacho sonrió al tiempo que me saludaba con la mano de un modo más que efusivo. Le sonreí de vuelta, qué más podía hacer, además, mi sonrisa salió completa y absolutamente espontánea y sincera. Era el chico que me recibió la otra noche en la casa de Vicente.

Tal como aquella vez, y como siempre lucía, quien no sabía si era su jefe, su pariente o qué, el muchacho se veía igual que si recién salido de la portada de una revista de modas. Impecablemente vestido y perfectamente combinado de los pies a la cabeza. Parecía muy seguro de sí mismo lo que me hizo sentir imperfecta; el efecto no era exactamente el mismo que causaba en mí Vicente, es decir, no tenía la misma intensidad.

Inserté la llave en la cerradura, él se llevó las manos a la espalda y se apartó un paso. El gesto me llamó la atención, sin duda me daba espacio para no resultar incómodamente invasivo.

- Buenos días- saludó en cuanto abrí la puerta.

- Buenos días.

El tránsito en la calle, tanto el de automóviles como el de transeúntes, se había incrementado con el correr de los minutos. Las oficinas comenzaban a funcionar y los locales comerciales a abrir, la ciudad le daba el puntapié inicial a un nuevo día.

- Lamento molestarte tan temprano- entonó con soltura igual que si nos conociésemos de toda la vida. No me importó demasiado que se sintiera tan familiarizado conmigo, lo que yo quería era una explicación e intuía que él venía a dármelela-. ¿Estabas ocupada?

- No. Todavía no abrimos.

- Sí, claro-. Enderezó la espalda y con un movimiento de hombros se acomodó el saco sobre el torso. Aun así, éste continuaba dando la impresión de que le quedaba grande, no lo suficiente como para que luciese ridículo, sino quizá algo moderno y desestructurado.

- ¿Quisieras...?- lo invité a pasar.

- Muchas gracias, no debo.

No, por supuesto, tu jefe- o lo que sea de ti- y tú no funcionan de ese modo, prefieren hacer todo por detrás de un velo misterioso- pensé yo; no se lo dije por supuesto, no quería parecer agresiva antes que fuese realmente necesario y justificable, cosa, que todavía determinaba, de modo que me salí por la tangente, esperando sonsacarle una razón, o al menos un indicio de la razón de la presencia de la canasta que Vicente me había encargado, sobre la mesa de mi departamento.

- Por supuesto. Bien...- me moví indecisa, parecía estar pisando uvas para vino- ...esta mañana recibí...

El muchacho suspiró aliviado; volvió a relajarse. No sé por qué intuía que había sido él el encargado de hacerme llegar la canasta y ahora respiraba tranquilo al comprender que ésta había llegado a destino.

- Vicente...- comenzó a decir entusiasmado y luego se cortó en seco-. Es decir, el señor Campo espera que le agradara el presente-. Completó en un tono formal que no le calzaba nada bien-. Lo lamento, solamente vine a verificar que todo estuviese bien.

Lo miré sin comprender muy bien a qué se refería. Me figuro que intuyó mi

desconcierto, ya que enseguida se puso a la defensiva, retrocediendo un primer paso que daba inicio a su retirada.

- Tengo que irme. No se preocupe, muy pronto...

- Muy pronto qué- inquirí saliendo a la calle, el muchacho no me contestó-. ¿El señor Campo vendrá hoy?

- No, no lo creo.

Atraída por el vistazo que echó hacia atrás sobre su hombro, me percaté de la presencia del enorme y lujoso vehículo negro estacionado junto al cordón, el mismo que el otro día, arrancó de Matías, un monólogo de elogios. Era un Mercedes Benz, uno que parecía un acorazado, sólo que más aerodinámico y ostentoso; no debía de haber muchos de esos en la ciudad, ni siquiera en el país, y dudaba que hubiese muchos siquiera en el mundo, era una cosa nunca vista.

- Está de viaje- completó el muchacho al tiempo que abría la puerta trasera.

Alcancé a ver a alguien al volate, alguien que sin duda no era Vicente. Además de esta persona, creo que no había nadie más en el vehículo.

- De viaje- repetí yo como si eso fuese asunto mío-. Oye, cómo consiguieron mi dirección. Todo esto es muy raro, la gente no va por ahí haciéndole regalos a los desconocidos, y menos que menos enviándoselos a sus domicilios privados sin...

- ¡Debo irme!

Corrí en vano, pidiéndole que no se fuera. El auto arrancó. Las gomas chirriaron en el pavimento dejando una estela de humo. El conductor debía tener mucha prisa, ya que aprovechado que el semáforo estaba con su luz amarilla encendida, amenazando con la roja, pasó tres automóviles que avanzaban a una velocidad prudencial, en una maniobra más que audaz y luego giró a la izquierda, cortando la distancia de la curva igual que si estuviese corriendo una carrera.

Permanecí allí, mirando en dirección a la esquina tras la cual desapareciera el automóvil, sin percatarme de que había dejado la puerta del local abierta, y que la gente pasaba junto a mí mirándome intrigada.

Al final, me moví decidida a esperar, después de todo, no era la primera vez en mi vida que simplemente me limitaba a ser espectadora de mi propia existencia, sin intervenir. No tenía nada que perder, las explicaciones llegarían tarde o temprano.

El carillón sonó estrepitosamente cuando entré, ya que azoté la puerta con un poquito de furia. Una décima de segundo más tarde, golpearon otra vez sobre

el cristal. Me di vuelta sobresaltada, y al mismo tiempo esperanzada, ilusionada con que fuese otra vez aquel muchacho. No era él, sino Susana.

En cuanto le vi los ojos comprendí la razón de su mala cara, los tenía rojos de tanto llorar. Con un poco de suerte, ella no se percataría de que los míos no estaban mejores condiciones.

Mientras nos ocupábamos de las labores diarias, la escuché relatarme su nueva pelea con Sebastián. El corazón se me cerró en un puño cuando a la hora del almuerzo, ella se echó a llorar desconsoladamente así de la nada.

Si hasta entonces había conservado las esperanzas de que en algún momento del día, podría contarle lo que me había pasado, se esfumaron en cuanto la voz se le quebró y las lágrimas empezaron a correrle convertidas en un río de angustia.

El resto del día pasó de un modo extraño. Atendimos a un cliente tras otro, sin embargo, una vez más, todo me pasaba cerca pero sin tocarme, igual que si me encontrase dentro de una burbuja impermeable que mantenía todo a distancia, incluso al cansancio. Fue como estar sumergida en una gran piscina de anestesia.

Dicho efecto duró hasta que llegué a casa y encendí de un manotazo, la luz del ambiente en el que se repartían casi la mayor parte de los pocos metros cuadrados de mi vivienda, el living, la cocina y el diminuto comedor, y vi allí, en el mismo lugar en el que la había dejado, la canasta enviada por Vicente.

Todo dentro de mí se revolvió, las emociones renacieron en un gran estallido, no por la canasta en sí... acababa de darme cuenta de lo mucho deseaba volver a verlo, pese a lo mucho que me turbaba su presencia. Me aterró sentirme tan necesitada de alguien justo en un momento en que todo en mi vida se encontraba tan fuera de lugar, tan desordenada e inestable. Sobre todo comprendiendo que ese alguien, era un perfecto desconocido.

Sufrí un arranque de ira, pateé la puerta para cerrarla y me abalancé sobre la mesa, de un empujón la volé por los aires.

La botella de vino se estrelló contra la heladera dejando un gran reguero rojo su paso, salpicado por gemas verdes que hasta un momento atrás habían formado parte de la botella. Los frascos de conservas se hicieron trizas, las bandejas de queso se partieron, desparramando su contenido por todas partes. Los bombones belgas llegaron hasta debajo de la cajonera de los cubiertos, la elegante caja dorada que los contenía quedó abollada, la base, junto a la mesita del café y la tapa en el pasillo que conducía al baño y a la habitación. Todo lo demás quedó repartido por el piso, goteando o chorreando su

contenido sobre los cerámicos entibiados por las altas temperaturas que habían azotado la ciudad durante todo el día y que aún la mantenían tan calurosa y pegajosa como un baño sauna.

Me tomó un momento tomar conciencia de lo hecho. Nunca antes en mi vida había tenido una reacción semejante. Vivía conteniéndome, siguiendo las formas... en este momento se me antojaba que continuar viviendo así, era imposible; era peor que asfixiarse lentamente. Al igual que Susana ese mismo mediodía, me eché a llorar empeorando lo desacompasado de mi respiración, los temblores de mi cuerpo y la crispación de mis manos. Acabé en el suelo, observando entre lágrimas, los destrozos sin conseguir quitármelo a él de la cabeza. Igual que fotografías, imágenes de Vicente, regresaban a mi mente una y otra vez.

La noche me encontró en el suelo, convertido en aquello que hasta ahora me había prohibido; todos decían que había manejado tan bien mi ruptura con Cristian. Mentira, no podía manejarlo, no tenía ni idea cómo seguir adelante, no porque en realidad lo extrañase demasiado, porque me hiciese falta lo que éramos juntos, más bien porque no tenía idea de quién ser de ahora en más. No alcanzaba a pellizcar con las puntas de los dedos, una noción de futuro siquiera; cada día era un vacío absoluto... al menos lo fue hasta que él apareció. Vicente me había dado algo que sabía no duraría, aun así, necesitaba aferrarme a eso... Si él supiese lo que provocaba en mí... Probablemente no le importaba. Seguro que la canasta no significaba nada... no significaba nada.

...

El sábado por la mañana, el despertador sonó al igual que cualquier otro día laboral, la única diferencia residía en que esa noche sería noche buena y yo no tenía otros planes que quedarme en casa sola, quizá comiendo frente al televisor, presenciando la felicidad ajena desde mi ventana mientras los fuegos artificiales estallaban en el cielo justo a las doce. Sin voluntad y con pocas -poquísimas ganas de enfrentarme a la realidad otra vez- abrí los ojos y contemplé el techo de mi habitación; el ventilador daba lentas y perezosas vueltas que servían para poco más que para remover el aire caliente.

Me refregué la cara procurando despabilarme; había dormido mal, de forma intermitente, soñando toda la noche sin descanso.

Resignada, me senté en la cama. La pálida luz de la mañana entraba por los resquicios entre las tablas que conformaban la persiana. Era temprano y ya

hacía calor; sería un día sofocantemente insoportable, supuse, mientras despegaba mis piernas de las sábanas arrugadas de tanto removerme sobre el colchón. No me llevó mucho tiempo arrastrarme hasta el baño para higienizarme; hice todo igual que un autómatas: preparar el café, desayunar, vestirme...

Mientras levantaba las persianas y dejaba abiertas las ventanas para permitir que el departamento se ventilase ya que todavía oía a los restos del contenido de la canasta, me convencí de que tenía todo el derecho del mundo a sentirme mal, pero que bajo ningún concepto podía derrumbarme al punto de llegar a convertirme en un ente irreconocible hasta para mis propios ojos. No permitiría que se repitiese una escena como la de anoche. Este no era el fin del mundo, ni el de mi vida; no sé de qué modo, pero tenía la certeza de poseer la fuerza para recomponer mi existencia. Me prometí que a partir de este instante, haría a un lado sentimentalismos y lucharía porque la lógica se impusiese en mis decisiones. Decidida a tomar las riendas, anudé la bolsa de basura, no sin antes observar con cierta angustia los restos de la canasta, no pude evitarlo; y en cuanto lo hice, el rostro de Vicente se apareció igual que una alucinación frente a mis ojos; no me llevó más que una décima de segundo borrar su recuerdo. Saqué la bolsa del cesto de la basura, manoteé las llaves y la cartera con la mano libre, y salí de mi departamento.

En cuanto pisé la calle me sentí mucho mejor, si hasta respiré hondo sin que me importara el humo de los automóviles y el calor amenazante. Estaba dispuesta a sonreírle a la vida aunque ésta estuviese decidida a no hacer otra cosa que darme de bofetadas en el rostro. Lo sorprendente, es que dio resultado. Llegué al local con suficiente tiempo para tener un momento a solas y así terminar de organizar mi mente. Susana llegó cuando el café terminaba de colarse, por un instante, en cuanto escuché la puerta, tuve una sensación de *deja vú*.

Susana lanzó de inmediato buenas noticias: durante la noche, Sebastián había irrumpido en su casa y le había propuesto matrimonio, ¡ella había aceptado!

Sabía muy bien que ninguno de los dos podía vivir sin el otro pese a sus interminables peleas.

Matías llegó cuando brindábamos con café, lo invitamos a participar.

Quince minutos más tarde, el trabajo siquiera nos permitía hacer memoria de que habíamos estado disfrutando de un muy buen momento, tan poco tiempo atrás. El local estuvo lleno toda la mañana, daba la impresión de que no quedaba en la ciudad otro lugar donde, aquellos que se habían dado cuenta que

les faltaba un regalo para tal o cual persona, pudieran solventar ese error u omisión, comprando cualquier cosa, desde una botella de champagne, hasta una caja de cigarros.

Ese día sufrimos dos ausencias entre nuestros clientes, bien, no lo lamentaba no haber visto a Sufár, si extrañé la visita de Vicente... probablemente fuese mejor que no volviese a verlo, su realidad y su vida, sin duda nunca se cruzarían más que por un fugaz momento con la mía, momento que ya había experimentado y que intuía, no volvería a repetirse. No había explicación posible, no podía pedir las, sin miedo a equivocarme creo que puedo aseverar que todo, fuese lo que fuese que pasara entre nosotros, estaba terminado, acabado, *finitto*; y si bien ahora me hacía falta, sabía que en el futuro, vería todo aquello como una época un tanto bizarra de mi vida, una simple anécdota que guardaría solamente para mí.

Nos despedimos frente a las persianas bajas del local, en una calle prácticamente desolada ya que un calor sofocante hacía arder la vereda y el pavimento.

Con una sonrisa tirante, les desee felices fiestas y buen fin de semana a ambos mientras me alejaba rumbo a la esquina en dirección a la parada del colectivo.

...

Resultó más fácil de lo esperado. Fui al supermercado en busca de víveres, regresé a casa. La tarde empezó a caer, la calle se llenó otra vez de autos, de gente que iba de un lado para el otro transportando bolsas con regalos y bandejas de comida. Yo en cambio, me quité mi uniforme de trabajo, abrí la ducha y me di un buen baño. Fue un alivio, al salir, no tener que pensar en qué ponerme para verme más o menos elegante. Simplemente me calcé una camiseta blanca, un short de jean que comenzaba a deshilacharse de viejo.

Escurrí mi pelo sin tomarme demasiado trabajo y me lo recogí en un rodete para evitar que me diera calor, y desclasa, me dispuse a prepararme la cena; antes de empezar, subí el volumen de la radio, no me preocupaban los vecinos, sabía perfectamente bien que era una de las pocas que había quedado en el edificio.

Al ritmo de la música, bajo cuyo embrujo incluso improvisé unos pasos y hasta llegué a seguir la letra con mi horrible y desafinada voz, cociné disfrutando del mero acto en sí, sin mayores expectativas acerca de lo que

pudiese deparar la preparación.

Mientras la comida se cocía, preparé cantidad y variedad para un batallón (culpa de mi gusto por cocinar). Puse la mesa, con copas y todo, solamente para uno, con vista a la ventana por la cual comenzaba a filtrarse la noche estrellada y el olor a pólvora de los petardos y los fuegos artificiales que poco a poco aparecían en el azul del cielo junto con las risas de los niños de mi calle.

No me privé de descorchar una botella de vino.

Cuarenta minutos más tarde, todo estaba listo... listo, no sé para qué, por que no tenía apetito.

Por un instante contemple la escena: el plato, las copas, los cubiertos, la botella de vino, las bandejas con comida y las dos sillas vacías. A un paso me encontraba de flaquear; parpadeé unas cuantas veces para disipar el exceso de humedad en mis ojos.

Me mordí el labio inferior, no pude evitarlo, los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez y no hubo parpadeo que pudiese evitarlo. Debería estar festejando la navidad en plenos preparativos para la boda y no así, no aquí. Eran mis planes, los que habían cambiado, no los de los demás, no podía echarle la culpa a mis padres por viajar a casa de mi tía, ni a Susana por no invitarme a pasarlo con su familia. Estaba allí porque al menos en parte, así lo había elegido.

5. El trato.

- Quince minutos pasaron ya de las nueve de la noche; hace mucho calor en Buenos Aires, la temperatura actual es de treinta y dos grados centígrados y la sensación térmica... oigan bien esto- dijo el locutor de la radio para luego darle paso a una pausa con la que pretendía darle más emoción a la noticia: es de treinta y siete grados. ¡Sí, señoras y señores, treinta y siete grados!- repitió con énfasis mientras una lágrima se me escapaba del ojo derecho para rodar por mi mejilla ardiente hasta precipitarse desde la mandíbula al pecho de la musculosa.

- Por la tarde llegamos a una sensación térmica de cuarenta, y el pronóstico del servicio meteorológico nacional advierte que mañana la situación será muy similar a la de hoy- exclamó el hombre con una efusividad que rayaba en lo descarada, probablemente él estuviese metido dentro de una cabina insonorizada y con aire acondicionado sin percatarse de que las veredas soltaban calor igual que las piedras de un horno de pan. Comencé a enfurecerme con el locutor, tenía la impresión de que se burlaba de mí, además, su voz era la única compañía que tenía. No podía enojarme con nadie más que con él.

- Pero todavía no se preocupen por mañana- continuó diciendo- a este día todavía le queda mucho más. ¡Es noche buena, señoras y señores! Faltan poco más de dos horas y media para las doce de la noche y estaremos con ustedes hasta entonces, incluso después, brindaremos juntos y compartiremos las primeras horas del nuevo día, del día de navidad, siempre con muy buena música... música que pueden pedir desde sus casas al teléfono de la radio o por email...

Dejé de oír la radio, di media vuelta, y con la firme intención de apuntalar mi propio derrumbe, abrí el agua fría y me lavé la cara.

- Y para aliviar el sofocante calor aquí va nuestro segundo refrescante tema de la noche, es el grupo revelación de...

Me harté. Pondría un CD y escucharía la música que a mí me gusta mientras cenaba tranquila.

En dos trancos llegué hasta el aparto y pulsé el botón que cambiaba al modo de reproductor de CD. El lector reconoció el disco que ya estaba dentro de la bandeja, y apreté el botón de *play*. La música empezó a sonar al instante, fue entonces, y no por causa del primer acorde que lanzaron los parlantes sino por un sonido que provino de detrás de mi espalda, cuando casi se me sale el corazón por la boca.

- Buenas noches- me saludó con toda tranquilidad.

La piel de los brazos y de la nuca se me erizó en cuanto reconocí su voz, lo cual fue instantáneo, no tuve que ni pensar en ella para identificarla.

Al darme vuelta me llevé por delante el equipo de música y las torres de CDs que estaban junto a éste, el equipo se salvó por milagro de caer, no así, los CDs. Fue un desparramo de tapas y discos sin embargo no me preocupé por levantarlos. Había un extraño en mi departamento, un extraño a menos de dos pasos de mí y yo ni siquiera lo había oído entrar y menos que menos acercárame. Bien, en realidad no era un completo extraño, había visto a Vicente en otras ocasiones pero siempre en ambientes seguros y completamente ajenos a mi verdadera vida. Tenerlo aquí, en mi departamento, en mi refugio, sin haberlo invitado, sin saber que vendría, sin esperar que me visitara y sin demonios saber cómo había hecho para entrar sin que lo notara, no era algo que me agradara y mucho menos que me hiciera sentir segura.

En mi cabeza se instaló la certeza de que estaba a punto de ser asesinada o quizá algo peor. Ese hombre que me dedicaba una sonrisa perfecta, de dentadura perfecta, vestido con saco y camisa sin el menor rastro de sufrir calor o siquiera de sentirlo, peinado igual que si hubiese acabado de salir de la peluquería, con su porte seguro y sus poderosos ojos grises podía ser un maniático, quizá hasta era más peligroso que el propio Sufár luego de haber tomado de más. Antes de que ninguno de los dos pronunciase otra palabra, me volví loca intentando recordar si había notado algo extraño al entrar, algún indicio de que la cerradura hubiese sido forzada. No estaba segura de que hubiese irrumpido en mi departamento antes que yo llegara, ciertamente no existen muchos lugares en los que esconderse más que el armario o debajo de la cama, mi departamento es demasiado pequeño. Sabía que no se había escondido en el ropero, había sacado ropa limpia de allí antes de ir a bañarme; en ningún momento había mirado debajo de la cama, jamás imaginé que debía hacer tal cosa al llegar a casa para asegurarme de no contar con un intruso escondido debajo de ésta. Por otro lado, cabía la posibilidad de que hubiese entrado mientras me bañaba, idea que me impresionó y asustó todavía

más. Nunca en mi vida me había sentido ni tan vulnerable ni tan cerca de la muerte cuanto ahora.

En busca de socorro, eché un vistazo en dirección a la mesa sobre la cual se encontraba el teléfono, junto a la lámpara que había sido de mi abuela paterna -dicho sea de paso, una de las pocas posesiones suyas que logré heredar luego de que mi madre, en su afán de vaciar la casa para alquilarla, al morir ella, le vendiese todo, incluidos muebles y hasta su ropa, a un vendedor de una feria de pulgas sin siquiera preguntarnos a mi padre y a mí si deseábamos conservar algo-; para mi sorpresa el teléfono estaba allí, pero la ficha que supuestamente debería conectar el aparato al enchufe en la pared, yacía con el extremo del cable sobre el aparato mismo, partida a la mitad.

Sé que puse cara de pánico porque Vicente sonrió todavía más. Le causaba placer saberme cada vez más asustada.

De inmediato intenté hacer memoria de dónde había dejado mi cartera, dentro tenía el teléfono celular. Al no verla por ninguna parte recordé que la había llevado a la habitación en mi manía por ordenar, me había olvidado de ponerlo a cargar.

Vicente dio un paso adelante.

El corazón acabó por desbocárseme, podía oír la sangre latir en mis oídos. No vi que estuviera armado, pero era más alto y más corpulento que yo, sin duda también mucho más fuerte, seguro que no necesitaba un arma para dejarme fuera de juego, solamente bastaba con que me propinara un golpe con una de sus fuertes manos para sacarme de combate. Además, quién oíría mis gritos, el edificio estaba casi vacío, y afuera explotaban uno tras otro los petardos y los fuegos artificiales.

La boca se me secó y las manos se me pusieron frías. No iba a tener la menor oportunidad de salir con vida de mi departamento.

Apretando los puños, y sin respirar me lancé en dirección a la mesa. No iba a entrégame con tanta facilidad, si deseaba matarme o hacerme cualquier daño, debería pelear. Apreté los dientes e inspiré hondo. Logré, todavía no sé cómo, moverme más rápido que él. Salté en dirección a la pequeña mesa y manoteé el cuchillo de trinchar y el de mesa, y me di vuelta para enfrentarlo, las copas y la botella de vino se volcaron, la mesa se tambaleó sin embargo la comida permaneció en su lugar. Él se lanzó sobre mí esquivando hábilmente la vieja poltrona verde y luego la mesa. Se movió con la gracilidad de un felino; cayó sobre mí con la imponentia de una mole de roca. Pesaba una enormidad, parecía hecho de piedra, ambos caímos al suelo después de chocar contra una

de las dos sillas, la cual se cayó sobre nosotros mientras forcejeábamos por la tenencia de los cuchillos.

No puedo explicar con palabras la fuerza con que me apretó las manos para que los soltara. Me tenía aprisionada contra el piso y su cuerpo. Apenas si podía respirar y mucho menos, resistir el dolor que me causaban sus dedos que igual que garras se clavaban en los dorsos de mis manos. Solté un grito de dolor y el cuchillo de trinchar se me escapó de la mano izquierda para rebotar contra el suelo de cerámica. No pude evitarlo, me estrujaba la mano sin el menor remordimiento.

Grité, él aflojó la presión en ambas manos. Ahora simplemente me sostenía la izquierda por la muñeca y la derecha, para mantener apartado el filo del cuchillo de su mejilla izquierda. Me impactó la pasividad de su mueca, era como si no estuviese haciendo nada, como si le diese igual que pelease por mi vida mientras él intentaba arrebatarme el arma que me quedaba.

- Suéltalo- me dijo de buen modo pero con un tono firme y decidido. Sus ojos miraron el cuchillo y luego se fijaron en los míos.

No le contesté; no me entregaría por una sola de sus palabras.

- ¡Suéltalo!- esta vez fue una orden, no un pedido. Me mantuve firme.

No podía moverme, de modo que hice lo único que se me ocurrió para conseguir sacarme de la situación. Empecé a gritar a todo pulmón pidiendo ayuda. Grité una y otra vez con tanta fuerza que me dolió la garganta. Al ver su cara desesperación ante mis gritos entendí que hacía lo correcto y le imprimí todavía más potencia a mis alaridos desesperados. Por desgracia, no esperaba su siguiente reacción. Soltó mi muñeca izquierda y me tapó la boca. Su mano caliente me dejó momentáneamente sin aliento. No me consideré perdida: separé las mandíbulas y con todas mis fuerzas le di un mordisco. Le clavé los dientes con saña, mas su reacción fue echarse a reír con la misma soltura con la que lo haría, si acabasen de contarle una anécdota graciosa. Furiosa apreté mis dientes alrededor de su carne hasta que empecé a sentir gusto a sangre sobre la lengua.

Algo no andaba bien. El gusto de su sangre era... ni siquiera puedo describirlo, todo el mundo a probado el sabor de la sangre propia, cuando se pincha un dedo o se lame una pequeña herida, la sangre no es sabrosa, la de él mucho menos, tenía un sabor horrible, era amarga y extremadamente fuerte, bien podía ser veneno.

Mi rostro se contorsionó por el asco. De haber probado bocado de mi cena estaría ahora vomitando encima de él. Algo en la situación cambió

inesperadamente. Sus ojos grises se abrieron de par en par, su rostro se puso rígido, tenso, desencajado; la sonrisa se le borró de la cara.

No sé por qué lo hizo; quitó su mano de mi boca, aflojó la presión sobre mi mano derecha y se levantó lo suficiente para que pudiera zafarme de él. Juro que creo que me dedicó una última mirada de pánico, supongo que no esperaba que me escapara.

Todavía con el cuchillo en la mano, corrí hasta la puerta. Tenía que salir de allí o no llegaría a la Navidad. Me arrepentí tanto de no haberle contado a Susana que Vicente Campo me había envidado aquella maldita canasta; tenía la certeza de que si moría, nadie descubriría quién había sido el asesino.

Supuse que correría detrás de mí y me equivoqué, esperé que en cuanto llegase a la puerta se produciría una lucha. No hubo tal cosa. Aliviada comprobé que las llaves colgaban de la cerradura superior. Hice girar la llave para abrir, luego, con las manos temblorosas, inserté la segunda en la cerradura inferior y presioné la manija.

La puerta no se abrió.

Desesperada volví a intentarlo. Nada.

Creando que en vez de abrir la puerta acaba de cerrarla, volví a pasar llave. Me percaté de que los cerrojos se movían contra los agujeros del marco de la puerta. Estaba cerrando, no abriendo. Hice girar las llaves en sentido contrario y tironeé de la manija. La puerta no se movió ni un ápice.

Jadeando de desesperación, le eché a Vicente, una mirada por el rabillo del ojo, se estaba levantando del suelo con toda tranquilidad. En su mano derecha tenía aferrado el cuchillo de trinchar. Por un súbito instante me vino a la mente una imagen de mi departamento, con las paredes bañadas de sangre, mi cuerpo destrozado y la cena de noche buena todavía esperando sobre la mesa, junto a la silla caída y al vino derramado en el piso.

Vicente acabó por enderezar la espalda y luego, para mi sorpresa, colocó el cuchillo sobre la mesa. Se acomodó la ropa, y caminó en dirección a mí. Se lo veía tranquilo, de seguro sabía que la puerta no se abriría, que yo no podría escapar, debía haberla trabado de algún modo. No tengo duda de lo divertido que debía resultarle verme peleando con las malditas llaves para intentar abrirla.

Reinicié mi pedido de auxilio a los gritos, volví a tironear de la puerta, incluso, le di unas cuantas patadas con mis pies descalzos (lo cual resultó bastante doloroso). La puerta no se inmutó.

- Déjala ya, no se abrirá- entonó con calma.

- ¡Vete al carajo!- le grité en respuesta sin dejar de pelear con la maldita puerta.

- No voy a hacerte daño- aseguró él sonriendo mientras avanzaba lentamente esquivando la poltrona y la mesita del teléfono. Lo vi hacerlo y pensé que debía de tener mucha sangre fría para afirmar tal cosa luego de meterse en mi casa, aplastarme contra el piso y pelear conmigo por la tenencia de los cuchillos.

- Es la verdad, no tengo intenciones de causarte daño.

Me di la vuelta y aplasté la espalda contra la puerta. - No puedo decir lo mismo- lo amenacé, alzando el cuchillo de mesa.

- Eso no va a servirte de mucho.

El modo en que afirmó aquello hizo que otra vez se me pusiera la piel de gallina. O estaba demasiado confiado de su fuerza o tenía serios problemas mentales. Quizá fuese a razón de un poco de ambos.

- ¡Te equivocaste de persona, no pienso permitir que me hagas daño sin retribuirte un poco de lo mismo!-. Alcé el cuchillo con el brazo extendido dando un pequeño paso al frente, ya no tenía demasiado sentido continuar peleando con una puerta que no se abriría. Mi única esperanza era que alguien hubiese oído mis alaridos.

Vicente sonrió sin despegar los labios e hizo algo en apariencia inofensivo. Alzó con la palma para arriba, la mano que le había mordido hasta sentir el desagradable sabor de su sangre. No había nada en allí, ni una gota de sangre, ni la menor marca de mis dientes, nada, estaba clara, limpia y firme.

- Ves lo que te digo- entonó lentamente clavando sus ojos en los míos.

Se me atascó el cerebro; lo había mordido, él había sangrado. Comencé a creer que alucinaba, que él no estaba allí... esa sensación se evaporó en cuanto me tomó con firmeza la mano por la muñeca y dándome un tirón, hizo algo completa y absolutamente inexplicable e irracional: mi mano- la que aferraba el cuchillo de cocina-, enfundada en la suya, se dirigió a toda velocidad hacia su abdomen. Pude sentir el modo preciso y firme con el que el filo del cuchillo penetraba la carne. Casi me desmayo a causa de la impresión. Todo el cuerpo se me aflojó. Sin duda, el Vicente que tenía delante era real, pero estaba totalmente loco, nadie se clava un chuchillo en el vientre así porque sí.

La sangre empezó a manar de la herida avanzando por la hoja de acero del cuchillo y me mojó los dedos con suave tibieza.

Vicente tiró de mi mano arrancando el cuchillo de su cuerpo. Su rostro no se

perturbó, ni su respiración tampoco. No daba signos de sentir dolor alguno. No se había puesto pálido, ni daba la impresión de estar al borde de la muerte, en cambio yo sí.

En cuanto me soltó la mano dejé caer el cuchillo. Tenía que llamar a la policía y a una ambulancia, lo primero para él, lo segundo para mí.

No sé cuanto tiempo pasó; sin poder moverme me quedé allí mirando su camisa teñirse de rojo; la sangre le llegó a los pantalones y luego... luego simplemente dejó de brotar. Vicente me sonrió divertido. Sus manos se movieron y yo retrocedí, pensé que iba a atacarme otra vez, en vez de eso, se sacó el saco, lo arrojó sobre el sillón y luego tiró de los faldones de la camisa para liberarla de la cintura de los pantalones, en cuanto me di cuenta, la estaba desabrochando. Con parsimonia, soltó uno a uno los botones de los ojales, y luego la abrió. Su torso, al igual que su rostro daba la impresión de estar esculpido en mármol, era perfecto y mi primera comparación con el David de Miguel Ángel no alcanzaba para hacerle justicia ante tanta majestuosidad.

Mis ojos bajaron lentamente hasta su abdomen, allí, la piel dejaba entrever unos músculos perfectamente ejercitados y ninguna, pero absolutamente ninguna herida.

- Por Dios- fue lo único que atiné a balbucir casi sin aliento.

Vicente sonrió. Era una sonrisa irónica, a medias, con un dejo de melancolía.

- No, no por Dios- comenzó a decir dando otro paso hacia delante-, por el otro.

No entendí a qué se refería.

- ¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres y por qué...?- no pude terminar la pregunta, me costaba horrores articular cada palabra. Todo mi cuerpo estaba flojo y comenzaba a ver destellos de luz delante de mis ojos. Iba a desmayarme.

- Vine a proponerte un trato muy interesante. Te dije que la canasta era por un asunto de negocios.

Lo contemplé impávida.

- Es una lástima que no la aprovecharas, supuse que si contenía todo aquello que te gusta, la disfrutarías más. Fue un verdadero desperdicio- ladeó la cabeza-, no tiene importancia, puedo darte mucho más que eso- afirmó sonriente.

Me pregunté cómo sabía que la canasta había volado por el aire.

- ¡Vete!- procuré sonar convincente con mi orden; él no me prestó atención-. Voy a llamar a la policía- le advertí.

- Realmente no deseas que me vaya, de otro modo, no estaría aquí.

Yo ya no sabía lo que quería. Todo lo sucedido hasta ahora era mucho más de lo que mi pobre cerebro podía procesar.

- No quiero hacer tratos contigo- solté sin saber qué más decir, empezaba a creer que realmente no deseaba que se fuera.

- Ni siquiera sabes de qué se trata esto.

- ¡Y no deseo saberlo!

Vicente parpadeó lentamente, luego se dio media vuelta y enfiló en dirección a la mesa. Igual que si estuviese en su casa, recogió los cristales de las copas rotas y la botella de vino. En cuanto puso ésta última sobre la mesa, me percaté de que aún quedaba algo de líquido dentro-. Cómo estás tan segura de que no quieres hacer tratos conmigo si ni siquiera sabes lo que voy a proponerte. Sé bien en qué condiciones se encuentra tu vida. Espero que no haga falta repetir en voz alta todo aquello que te ha sucedido últimamente; te lastima recordarlo y no soy de esos que apelan a ese tipo de recursos para convencer a la otra parte de que la mejor decisión que puede tomar para sacar sus vidas del pozo en que se encuentran, es aceptar lo que les proponemos.

Aterrada me pregunté quién era esta persona que se movía por mi cocina amenazando con destrozar sin piedad lo que yo intentaba mantener en pie.

- No sé de qué hablas- musite helada de miedo.

- Vamos Eliza- soltó los vidrios dentro del cesto de basura y se volvió hacia mí-, tu novio te abandonó llevándose consigo el futuro que creías era tuyo, no tienes amigos, vives en un departamento minúsculo y viejo porque es lo único que puede pagar con tu sueldo... sueldo que proviene de un trabajo que te resulta sino fastidioso, al menos aburrido y sin mayores emociones, no tienes otra meta que sobrevivir a cada día, no tienes vida profesional, esta realidad te avergüenza porque siempre soñaste que lograrías mucho más, creías que podrías desprenderte de un camino familiar del que no has podido moverte por que básicamente no te has esforzado lo suficiente pese a que intentas convencerte de lo contrario, y tus padres tampoco...

- ¡Vete!- rugí a sabiendas de que las lágrimas que tenía agolpadas en los ojos se derramarían de un momento a otro sobre mis mejillas.

- No.

- Eres una alucinación- murmuré tapándome los oídos, no tenía intenciones de continuar oyéndolo-. Me estoy volviendo loca-. Cerré los ojos y apreté los párpados tan fuerte como pude, necesitaba que aquello terminara.

Me agarró por las muñecas y con fuerza, pero sin hacerme daño, me sacó las manos de sobre las orejas. Abrí los ojos. Lo tenía justo delante, a pocos

centímetros, tan cerca que tuve que alzar el mentón para poder mirarlo a la cara.

- No soy una alucinación- me aseguró mirándome fijo sin parpadear. Sus ojos grises brillaban con intensidad. - Y no te estás volviendo loca, soy tan real como tú.

Sentí su perfume. Sin duda, no alucinaba.

- ¿Quién eres?- pregunté tan bajo que apenas si pude oír mis propias palabras.

- Sabes cual es mi nombre, pero lo importante no es quién soy, sino, qué soy.

Meneé la cabeza confundida.

- Soy un demonio y he venido a ofrecerte todo lo que quieras, todo lo que desees... el mundo mismo, a cambio de tu alma.

Lo dijo con tanta seriedad que no pude reírme, aun así, no le creí. ¿Un demonio, por quién me toma? No soy tan ilusa ni estoy tan desesperada para creerme algo así. Pero... cómo hizo el truco del cuchillo y lo de la herida de la mano. No pude encontrar una respuesta coherente. La única solución a tan bizarra situación era admitir que ambos estábamos algo locos. O tal vez no... quién se da una cuchillada en el estomago y en menos de un minuto sana por completo, quién es capaz de ser mordido, sangrar, curarse y quedar sin una sola marca en cuestión de segundos.

Entré en pánico, aquello no era normal, pero sin duda, no podía estar hablando en serio.

- Sé que no resulta fácil de creer, algunos se convencen antes que otros... hay quienes incluso, hasta el último momento, no me creen; tarde o temprano, todos lo saben.

- No me interesa quién seas o qué seas, te quiero fuera de aquí...- la voz me tembló- ¡ahora!- añadí con toda la firmeza que me fue posible juntar. Resultó tan poco creíble que ni pude convencerme a mí misma.

Vicente me dio la espalda y con un gesto seguro, caminó hacia el sector de la cocina, abrió la segunda puerta de la alacena y sacó otras dos copas, las llevó a la mesa; vertió un poco de vino en cada una.

- Crees que mereces un aumento...- dijo en un susurró con un tono levemente cantarín mientras levantaba las copas, una en cada mano- será tuyo- completó avanzando en mi dirección-. Sientes que tu madre se porta como una harpía contigo...- se detuvo a un metro de mis pies- ...haré que te ame como te lo mereces... como siempre quisiste que te quisiera-. Alzó una copa en mi dirección-. Quieres que se arrepienta de haberte dejado... deseas verlo arrastrándose de dolor hacia ti...

Trague en seco, todas aquellas cosas las había pensado y deseado un día sin esperar llegar a tenerlas, eran tonterías, sueños vanos, fundados solamente en el dolor, en el rencor, no en creencias verdaderas, eran producto del sufrimiento y realmente no las deseaba. No al punto de querer verlas un día convertidas en realidad... ¿o sí? Me pregunté cómo sería experimentar aquellas cosas que me prometía. Negué con la cabeza, era una locura, además, los demonios no existen.

No es otra cosa que un deliro, yo ni siquiera estoy segura de creer en la existencia del alma y mucho menos en la de demonios que andan por ahí ofreciéndote tratos de este tipo, a cambio de tu alma- pensé.

- Deseas dejar de sentirte imperfecta, tanto a los ojos de tu madre, como a los ojos de todos lo que te ven... quieres sentirte segura de ti misma... quieres tener esa confianza que nunca tuviste para así poder conseguir todo lo demás... puedo darte eso y todo lo demás. No tienes más que pedirlo.

Me miró con una profundidad y agudeza tal, que me dio dolor de cabeza.

- Sí tienes un alma, no crees en ello pero la tienes...- sorbió un poco de vino de su copa mientras me ofrecía la otra. No la tomé, no podía moverme-. Si tan poco te importa, por qué no me la entregas y ya. Si lo haces, desde mañana, tu vida será otra, después de todo, no es eso mismo lo que te prometiste a ti misma esta mañana... ¿no juraste que no volverías a derrumbarte, no prometiste que no te lamentarías de ti misma ya más?- hizo una pausa-. Este es el momento de escoger un nuevo camino. Si me das tu alma, desde este día, hasta el día en que mueras, tendrás al alcance de la mano todo lo que deseas.

Sin una sola mirada de por medio, se llevó la copa a los labios y la vació completa dentro de su boca. Luego bajó sus ojos hacia mí y empujó la otra copa contra mi pecho.

Estaba asustada pero había una única respuesta que yo podía darle, no porque creyera realmente en lo que decía, no porque temiese que mi alma ardiera en el Infierno después de la muerte, sin duda jamás pensé que existiese nada peor que la propia vida en la Tierra, sino porque no se me ocurría que otra cosa decirle para que se fuera, su presencia continuaba resultándome igual de turbadora.

- No.

Vicente despegó la copa de mi pecho y bebió el vino. Regresó a la mesa en silencio.

- Esa no es una respuesta muy original, es la primera respuesta de casi todos. La gente usualmente no cree que realmente podamos darle todo aquello que les

prometemos y lo peor en algunos casos es que la mayoría tiene miedo de tener todo aquello que siempre ha deseado, no tienen el valor suficiente para tener el poder al alcance de la mano.

- No quiero nada... ni necesito nada.

Vicente me dedicó una mirada incrédula, levantó la silla del suelo y se sentó.

- Eres terriblemente mala mintiendo- me contempló como si fuese yo la persona más ingenua del universo.

Sí, es verdad, mentía pero no estaba dispuesta a darle la razón, todavía no terminaba de creermelo lo que me sucedía.

Con suma tranquilidad, se sirvió comida.

- Eres tan mala mintiendo que ni Susana creyó que pasarías las fiestas en casa de tus padres, te dijo que les mandarás saludos sin embargo sabe perfectamente bien que esta noche estarás sola- cortó un trozo de carne y lo alzó en dirección a sus labios trinchado en el tenedor.

Oír esas palabras me provocó una herida que no sangraba pero que dolía más de lo imaginable.

- No fue por maldad, esa muchacha realmente te aprecia, lo que sucede jamás recibió de tu parte más que el trato en horas laborales y no estaba segura de que quisieras compartir con ella su felicidad. Eres tan distante con todo el mundo que la gente duda que realmente les gustes. Tienen la impresión de que tú no los consideras lo suficientemente buenos para ti. ¿Te suena conocido eso?

Tuve ganas de darle de cuchilladas aunque eso no le hiciese el menor daño, no al menos a largo plazo tal cual yo deseaba.

- Sé que la aprecias... sé que pese a todo amas a tu madre y disfrutas de lo que haces, pero prefieres creer que todo te desagrada... que nada realmente te importa, con tal de no resultar herida...

- Sal de mi casa ahora.

- Sé también que no quieres que me vaya. No lo dices en serio- bajó la vista y cortó un trozo más de carne pero no se lo llevó a los labios, en cambio, volvió a mirarme y con el tenedor en el aire añadió-. En estos días que no me has visto has pensado en mí a cada momento.

Sus palabras volaron por los aires las pocas paredes de resistencia que me quedaban. Sentí que me ponía roja de vergüenza y lo peor de todo es que no podía evitarlo, ante la verdad que pretendía ocultar, era la única reacción posible.

- Ven, toma un plato y siéntate a comer conmigo. Prometo no volver a

pronunciar nada desagradable. Es que en ocasiones, las personas necesitan que les recuerden aquellas cosas que prefieren no recordar, para traerlas otra vez a la vida. ¿No te sientes viva otra vez?

Yo no me sentía viva, pero sí, extrañamente mucho más liviana.

- Vamos, siéntate a comer, todo se ve muy apetitoso y huele de maravilla. Me que compartieras la mesa conmigo- esperó un momento y al ver que yo no me movía de mi lugar añadió:- ¿Voy a tener que rogarte para que me acompañes?

- O podrías usar la fuerza o hacer lo que se supone que haga un demonio.

Vicente sonrió, bajó el tenedor y lo apoyó en el borde del plato.

- No me gustan los trucos de feria- contestó poniéndose de pie, girando en dirección a la alacena.

- ¿Y qué se supone que fue lo de recién?

Giró el torso y me miró por encima de su hombro. - Admito que fue una demostración un tanto desagradable- arrugó la nariz en un gesto terriblemente infantil-, la sangre y todo eso...- tomó un plato de la alacena. Sabía exactamente dónde encontrar cada cosa. Lo colocó sobre la mesa y abrió el cajón de los cubiertos para tomar un cuchillo y un tenedor.

- No me refería a la sangre... la sangre no me impresiona- mentí.

- Mentirosa, a punto has estado de desmayarte.

- Me refería a todo lo que dijiste, eso fue bajo y...- no pude terminar. Apreté los dientes-. Qué más se puede esperar de un demonio que algo bajo, vil y desagradable. Es posible que no estés tan loco... es posible que realmente seas un demonio-. Pretendía que aquello fuera un insulto pero no sé si dio resultado.

Vicente guardó silencio, en su rostro leí que no le había gustado lo que acaba de decirle, ¿es que herí sus sentimientos? Si era cierto que era un demonio, porque le molestaba que jugara yo con la misma cruda realidad que él.

- Lo soy- dijo con voz áspera, por fin tomando asiento otra vez-. Ahora me crees o tengo que llenar tu casa de llamas para convencerte...- hizo un gesto desdeñoso con la mano- quizá deba traer unas cuantas almas en pena para que sus gritos te convenzan.

- ¿Almas en pena?

Me miró. - Lo de las llamas puede hacerse- aseguró y bajó la vista. Se llevó el bocado de carne a la boca y empezó a masticarlo lentamente.

Mi cuerpo se movió de *motus proprio*, sin gobierno. Llegué hasta la silla libre y en ella me senté. Vicente me sirvió comida y luego se levantó, tomó otra botella de vino, la abrió sacando el destapador del imán que estaba

atornillado a la pared y llenó las dos copas hasta un dedo del borde. Alzó la suya.

- Por nuestro trato- entonó.

- No tenemos trato- retruqué yo.

Sonrió. -Tarde o temprano lo tendremos.

- ¿Tan seguro estás de que voy a entregarte mi alma?- Aquello sonó en extremo ridículo. De no ser porque tenía la certeza de no estar dormida, hubiese creído que todo esto era un sueño, uno muy extraño, producto de mi obsesión por su persona.

Me miró con los ojos entornados. Esperaba que no adivinara lo que pensaba, lo que sentía. Pese a lo ridículo, a lo loco y a lo violento de la situación, todavía me resultaba increíble y al mismo tiempo placentero, tenerlo sentado frente a mí, disfrutando de la cena que había preparado.

- Así como sabes cuando un cliente va a llevar la botella de vino que le ofreces, yo sé, cuando alguien va a aceptar lo que le estoy ofreciendo.

- Puede ser... no siempre logro vender lo que ofrezco.

- Yo siempre vendo lo que ofrezco. Nadie jamás ha rechazado una oferta mía. Soy el mejor.

Sin que hubiésemos llegado a brindar se llevó la copa a los labios y bebió un largo trago.

- ¿Tan bueno eres en lo tuyo?

Sonrió con picardía. - Soy mejor que bueno- dejó la copa sobre la mesa-. Soy el mejor.

- Modestia aparte- me burlé.

- No necesito ser modesto. Soy un demonio, la modestia no forma parte de mi personalidad. Simplemente soy el mejor, siempre consigo lo que quiero, y tú- alzó la copa y me apuntó con ella- me venderás tu alma. Puede que me cueste un poco más que otras, pero será mía. Ya lo verás.

- Lo único que voy a ver es como te vas con las manos vacías.

- Eso no va a suceder.

- Qué pasa si de verdad termino negándome-. No sé por qué me emperre en llevarle la contra, sobre todo, después de ver que ni mis dientes, ni el filo de un cuchillo, podían hacerle daño, sobre todo, habiendo comprobado en carne propia la fuerza de sus manos y del resto de su cuerpo, no me cabe la menor duda de que podría ser capaz, si lo quisiera, de estrellar mi cabeza contra la pared de un único golpe.

- Eso no sucederá- dijo muy creído de sí mismo mientras juntaba con el

tenedor un poco de ensalada de papas.

- No voy a darte mi alma... no bromeo, no voy a dártela. No quiero nada que puedas darme.

- Quizá todavía no sepas qué es lo que tu corazón realmente anhela; cuando lo descubras, me la venderás por ese precio, y yo, lo pagaré gustoso.

- Puedes sentarte a esperar si quieres, esto nos llevará hasta el fin de los tiempos.

- No hay problema, no tengo apuro, dispongo de todo el tiempo del mundo.

Como si nada, continuó disfrutando de su comida.

Permanecimos en silencio por unos veinte o treinta minutos o quizá fuese una hora. Perdí por completo la noción del tiempo. Vicente disfrutaba de la cena, acompañándola con vino. Yo no pude probar bocado, ni bebí, estaba idiotizada observándolo. Con el correr de los minutos empecé a creer que mi embelesamiento, era producto de algo que él hacía, sin embargo, él no daba señales de reparar en mi persona.

Si realmente creía que le daría una respuesta esa noche, me refiero a una diferente a la que ya le había dado, iba muerto. Todavía no acaba de asimilar que frente a mí se encontraba el “adonis”, sentado a mi mesa, comiendo mi comida, luego de haberme ofrecido el mundo, a cambio de mi alma.

Una y otra vez esperaba despertar de ese sueño, pero ya estaba despierta y no acababa de creerlo. Vicente Campo era un demonio... un demonio... pero parecía un ángel.

De tanto mirarlo me convencí de su perfección, es más, creo que me aprendí cada curva de su rostro, de su cuello, de la forma de sus hombros debajo de la camisa blanca, de sus manos. Reconocí sus gestos, muecas, su modo de tomar los cubiertos, su forma de masticar y el ritmo de su respiración. Pese a que lo miraba con una insistencia que rayaba en lo descortés, él no me prestó atención ni se molestó. Simplemente se dedicó a comer y yo, a convencerme de que él era de carne y hueso.

De repente, soltó los cubiertos sobre el plato.

- ¡Casi lo olvido!- exclamó saltando de la silla.

- ¿Qué, vas a buscar tu cola puntiaguda, tu capa negra y tu tridente?- ahí volvía otra vez, a la carga con mis provocaciones.

- Búrlate todo lo que quieras. Deberías usar ese tono cuando realmente lo amerite. Deberías haberlo usado cuando él te dijo que no estaba seguro de tu amor, o cuando tu madre te anunció que iría a pasar las fiestas con tu tía Sandra... no aquí, no ahora, no conmigo- se inclinó sobre la mesa-. ¿Todavía

no entiendes con quién te metes?

Ahora lo entendía. Sin duda me amedrentó con su tono seco e imponente. Me asusté. Había tirado demasiado de la cuerda y ahora, por eso, ardería el resto de mi vida en el Infierno. Debo haberlo mirado con pánico ya que de inmediato aflojó el rostro.

- No llevamos tridentes, comemos, bebemos, respiramos, y caminamos por las mismas calles que aquellos que un día pueden querer vender lo único que realmente poseen, a cambio de lo que desean tener... a cambio del poder que pocos pueden controlar-. Hizo una pausa-. Entiende que lo que te ofrezco, no está al alcance de todos.

Apreté los labios.

- Ahora cierra la boca y espérame aquí.

Como si estuviera en su casa, se metió en mi cuarto y apareció otra vez frente a la mesa unos segundos después cargando dos bolsas de una reconocida y no menos costosa casa de ropa italiana. - Ten, es para ti.

- ¿Es un regalo de navidad?- solté sarcástica.

- Sí ponerle ese título te hace feliz, pues que así sea, feliz navidad.

- No sabía que los demonios festejaran la navidad- hice brevísima pausa en la que esquivé sus ojos-. Todavía no son las doce- solté mientras él tomaba asiento.

- ¿Te gusta molestar a las personas?- no esperó mi respuesta-. Puedes ser muy fastidiosa cuando te lo propones.

Dejé las bolsas en el suelo, me intrigaba descubrir qué había dentro sin embargo no deseaba aceptar nada que me ofreciera un demonio y menos, a cambio de mi alma-. Gracias, no lo quiero.

- Lo quieras o no, lo necesitarás para mañana.

- ¿Necesitarlo?

- Sí, mañana pasaré por ti a las siete, espero que estés lista a tiempo y ni se te ocurra no estarlo, no me gustaría tener que vestirme a la fuerza y menos que menos, llevarte a la rastra.

- No pienso ir contigo a ninguna parte.

- No te preocupes, la fiesta no forma parte del trato-. Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia mí-. Te propongo otra cosa, de aquí en más, te daré una... cómo podemos llamarlo...- revoleó los ojos- una especie de muestra gratis de lo que puede ser tu vida si me vendes tu alma. Sin compromiso de compra, aunque sé que tarde o temprano me venderás tu alma, puedes echar un vistazo a la vida que viste en mí la primera vez que entré en el local en que

trabajas. Te ofrezco experimentar lo realmente bueno, aquello con lo que el resto de los mortales solamente pueden soñar.

- No, gracias- repetí.

- Sí no lo haces por ti, al menos, ¿podrías hacerlo por mí?

- ¿Por ti?

- Acompáñame como mi amiga.

- Nosotros no somos amigos.

- Yo no aseveraría eso con tanta seguridad, sé más de ti de lo que nadie en este mundo sabe. Conozco cada una de tus miradas, de tus gestos, sé exactamente que estás pensando a cada momento... te he estado observando desde hace mucho. Sé quien eres... sé qué quieres, sé a que le temes y que te hacer reír. Te he visto cuando estás sola y cuando estás acompañada. No puedes ocultarme nada.

- Lo que dices no va a ayudarte a ganarte mi confianza- me levanté de la mesa crispada. La conversación ya no me gustaba-. Espiar a las personas es algo muy diferente a ser su amigo, puede que me conozcas, pero eso no te convierte en mi amigo sino en un psicópata en un...

- En un demonio- se puso de pie-. Te lo repito, esto es lo que hago. Mañana vendrás conmigo, sino porque tienes curiosidad por ver esa vida que jamás probaste, lo harás por mí.

Rodeó la mesa, pasó junto a mí. Tomó su saco de encima del sillón, caminó hacia la puerta. Esta se abrió sola antes de que él la tocara. Aquello hizo que se me erizara la piel, ni bien salió, la puerta se cerró a su espalda.

Tardé un momento en recobrar la movilidad en los músculos; en cuanto me sentí segura de poder caminar sin tropezar con mis propios pies, corrí hacia la puerta y espíe por la mirilla, ya no estaba en el pasillo. Como una loca atravesé el departamento en dirección a la ventana, en la calle atronaban los petardos, en el cielo, los fuegos artificiales brillaban más que las estrellas, me asomé hacia abajo esperando verlo salir. Tardó... no salía, no salía. Temí que se estuviera ocultando en el hueco de las escaleras. Con los ojos busqué su gran automóvil negro y no lo encontré. Deben haber pasado otros cinco minutos, no salió. Corrí otra vez hacia la puerta, tire de las llaves y luego la abrí, salí al pasillo y me asomé por la escalera, tanto hacia el piso superior como al inferior, no estaba por ninguna parte, me volví hacia la puerta del ascensor, se encontraba parado en mi piso.

Volví a asomarme al hueco de la escalera. Llamé su nombre, no con la esperanza de que me contestara, sino para asegurarme de que no estuviese allí.

No contestó, la única respuesta que recibí fue la del eco de mi propia voz, retumbando contra las frescas paredes.

Temblando a causa de los nervios entré a mi departamento, cerré con llave, dejé todo tal como estaba y me encerré en la habitación. Abrí el placar, saqué el celular, lo puse a cargar en el enchufe que junto a la mesa de luz, encendí la televisión, y me senté en la cama. Veía la pantalla sin mirar. Tenía algo de miedo, pero más que nada, estaba atontada por lo que acaba de vivir.

No puedo precisar el momento en qué me quedé dormida.

6. La fiesta.

Dormía profundamente cuando el teléfono sonó.

Me sentía tan narcotizada que apenas si tenía posibilidad de reacción.

El teléfono probablemente sonó al menos unas cinco veces hasta que finalmente pude abrir los ojos y estriar el brazo para atender.

Mi voz brotó opaca, ronca, parecía un quejido de ultratumba.

- ¡Feliz navidad!- me deseó mi padre después de que le diera el hola.

- Feliz navidad- contesté sin la menor pizca de efusividad. Estaba más que confundida y desorientada. No tenía idea de la hora.

- Por tu voz noto que tuviste una noche ajetreada- entonó feliz y satisfecho formándose una idea cien por ciento errada de lo que mi voz insinuaba.

Trepé sobre las almohadas y abrí los ojos definitivamente para terminar de despertarme. Sentí un horrible peso sobre la nuca cuando mi cabeza quedó en posición vertical.

- ¿Pasaste la noche buena con amigos, corazón? ¡No sabes cuanto me alegro! Me figuro que debes haberte acostado muy tarde... le dije a tu madre que no lo pasarías sola- añadió con entusiasmo-, ella insistía en que te quedarías en casa

amargándote, pero yo estaba seguro que no sería así, tú eres una chica muy buena y simpática, quién no querría compartir la noche buena contigo- mi padre guardó silencio un instante, entonces, me llegó por el auricular el coro formado por las voces de mis familiares y los sonidos previos al almuerzo... sonó a sillas al ser corridas sobre el piso, a platos y a cubiertos al ser manipulados, incluso se coló entre éstos, algún que otro estallido de petardo, gritos de retos y la lejana melodía de una música.

Debo admitir, aquella confesión me dolió en el alma... o en lo que fuere que a uno le duele cuando lo hieren, adrede o no, en sus sentimientos. Sabía que mi padre lo decía porque realmente anhelaba verme feliz. Supongo que más que todo, me molestaba ser un motivo de preocupación, desearía ser feliz solamente para que él no tuviera que preocuparse por mí. Desde dónde se la mirase, la situación era doblemente angustiante.

- Lamento despertarte, quería llamarte antes de que nos sentáramos a almorzar, sabes cómo son las cosas por aquí, festejo tras festejo y mucha comida.

- Sí, lo sé.

- ¿Qué harás hoy, tienes planes para más tarde?

Lo único que deseaba con todas mis fuerzas era poder dormir toda la eternidad, no tenía voluntad para levantarme de la cama y mucho menos vestirme y salir a la calle a socializar. Fue entonces cuando recordé que Vicente vendría por mí a las siete para llevarme a no sé dónde... es decir, si todo lo que recordaba había sido cierto y no un delirio de mi mente afectada por la demencia.

- Seguro que sí- contestó mi padre por mí, antes de darme tiempo a inventar una excusa o soltar una mentira-. Bien corazón, te dejo dormir; que lo pases bien esta tarde, me figuro que te divertirás a lo grande...

¿Esta tarde? ¿Acaso sabía él que yo tenía una cita esta tarde o lo decía por decir?

- Mamá te manda saludos- agregó. Ahora era su turno de mentir.

Musité un "gracias".

- Hablaremos mañana.

- Claro- mi voz sonó monótona, carente de vida. ¿Abría perdido ya mi alma sin darme cuenta?

- Hasta mañana. Feliz navidad.

- Feliz navidad, papá.

Mi padre colgó y en mi oído quedó sonando el tono de la línea.

Colgué y me desparramé en la cama otra vez. Tenía calor, dolor de cabeza y en

el estomago, una angustia que no percibía desde hacía mucho tiempo.

Debo haber permanecido tirada sobre la cama al menos unos quince minutos, con los ojos abiertos fijos en la pared lateral blanca sin decoración alguna; hasta que junté fuerzas para levantarme, no por que quisiera, sino porque tenía sed y hambre, de hecho las tripas me crujían de un modo tan descarado que daban la impresión de estar completamente vacías, igual que si hubiese sufrido una semana de ayuno en vez de una noche. Rodé sobre las sabanas arrugadas y le eché un vistazo al despertador, eran casi la una de la tarde.

Me costó trabajo levantarme de la cama, simplemente no tenía fuerzas para moverme. En cuanto me senté en el borde del colchón me sobrevino un mareo impresionante. Toda la habitación dio vueltas a mí alrededor. Cuando todo se quedó quieto en su sitio otra vez, me arrastré hasta el espacio que se repartían la cocina, el comedor y el living. Allí comprendí que lo de la noche no había sido un sueño. Sobre la mesa cuadrada estaban los dos platos servidos, uno sin tocar, otro a medio comer, las dos copas, una llena, la otra vacía. Las evidencias de la pelea eran una presencia comprometedora. Los CDs desparramados por el suelo, el vino, algunos vidrios. No fue un sueño, ni parte de un delirio- lo cual era un alivio en cierto modo-; sí una realidad mucho más grave aún. A mi mente regresaron imágenes que prefería olvidar: mi mano enterrando el cuchillo en su abdomen y la sangre esparciéndose por su camisa y mis dedos; el sabor de su sangre en mi boca... su implacable mirada...

Me sentí perdida. Necesitaba pedir socorro pero sabía perfectamente bien que nadie me creería, no al menos nadie que estuviese en su sano juicio.

Cavilé llamar a Susana y luego comprendí que lo único que lograría era romper con lo poco que nos unía, luego tuve un arranque necesidad de llamar a mi padre para relatárselo, qué podía hacer él desde allí, solamente lo preocuparía; viajaría a toda velocidad en su automóvil hasta la ciudad no para defender a su hija de un demonio, sino para intentarla en un psiquiátrico. Seguro que mi madre le diría: te lo dije. No dudaba que ella esperaba que todo terminara así al final. Descarté la idea de inmediato, sobre todo, porque si me creía y procuraba defenderme, terminaría envuelto en algo que se me antojaba un tanto peligroso.

Un momento después se me ocurrió una idea más loca todavía: llamar a Cristian, él comprendería que no estaba mintiendo, bueno, al menos eso esperaba... entré en razón y entendí que él solamente podría pensar que inventaba aquello para arruinarle las fiestas. Seguramente haría que sintiese lástima por mí.

Me recosté contra el costado de la heladera y permití que mi espalda patinara hasta quedar sentada en el suelo. Me abracé las rodillas y me agarré la cabeza, no tenía escapatoria a menos que deseara que me internaran.

Estaba sola, era él contra mí, sin intermediarios. Tenía decidido defender la poca integridad que me quedaba... mi única posesión: mi alma. No me entregaría con facilidad ni mucho menos. Si me habían arrebatado todo lo demás... si yo lo había dejado ir... esto, lo guardaría para mí a cómo diese lugar. No se quedaría con mi alma ni por todo el oro del mundo, ni por todo el amor comprado que pudiese dar. Sí algo ganaba en lo que me quedaba de vida, sería por merito propio, no por un trato con el demonio. Vicente no había tomado algo en consideración: yo no estaba dispuesta a continuar viviendo del modo en que había vivido hasta entonces. Mi antigua vida... la vieja Eliza, había muerto la mañana anterior; él había llegado tarde, si me hubiese propuesto su trato un día antes es posible que hubiese aceptado, pero ahora no. De todos modos, mientras buscaba un modo de librarme de su presencia, cosa que por un lado anhelaba y por otro lado me dolía terriblemente- la sola idea de no volver a verlo me volvía loca- le seguiría el juego. Dejaría que creyera que podía convencerme. Tarde o temprano se cansaría de mí.

Giré la cabeza y busqué las bolsas que Vicente me había dado en la noche. Gateé hasta ellas y las abrí. En una había una caja rectangular, larga y plana. Casi se me cae la mandíbula al apartar el papel de seda y descubrí la delicada gasa color cobre. Un vestido, el más hermoso que hubiese visto antes.

Me levanté del suelo y con sumo cuidado lo coloqué sobre la vieja poltrona de pana verde.

La otra bolsa contenía una caja de forma indiscutiblemente evidente. Era un par de sandalias de delicadas tiras, que del mismo tono del vestido, tenía enhebrados cientos de cristalitas facetados, de los que el sol, arrancó destellos de todos los colores del arco iris los cuales se movieron por el techo siguiendo el movimiento de mis manos, unos metros más abajo.

Aparté los zapatos para ponerlos a buen resguardo y me puse a limpiar y ordenar la cocina. Trabajé a toda velocidad, si quería verme presentable con aquella ropa y con aquellos zapatos debía de disponer del tiempo suficiente para recomponer mi persona en un ser humano otra vez.

Imposible negarlo: me emocionaba la idea de salir con él pese a que anoche le tuve miedo; es extraño, al mismo tiempo su presencia me insuflaba cierta valentía que creía perdida.

En mi vida le puse tanto esmero a mi aspecto. Creo que pase cuarenta minutos debajo de la ducha. Puse especial ahínco en desenredar cada hebra de mi largo y rebelde cabello. Me lavé los dientes y al salir del agua me pasé crema de los pies a la cabeza, incluso, abrí un perfume francés que me había regalado Cristian hacia una eternidad y me puse algo en el cuello y en las muñecas.

Hasta ahí fue todo relativamente bien, el problema se presentó cuando intenté maquillarme. Ante dos intentos fallidos- exasperada por mi torpeza y poca pericia de un acto que se suponría debería ser intrínsecamente femenino- me lavé la cara y después de secarme, me puse apenas un poco de rubor, mascara de pestañas y un brillo sutil. Contemplé la imagen que me devolvía el espejo, era ligeramente mejor de lo que esperaba que fuera.

Conforme, puse manos de algo que me llevaría un poco más de trabajo: mi cabello. Con un gesto desolador, solté el gancho que lo mantenida recogido a media altura y éste cayó cuan largo era sobre mis hombros y mi espalda. Debo admitir que no tenía demasiado con lo que trabajar. Tomé un par de horquillas que tenía sobre la repisa de vidrio del espejo en el que me contemplaba, y alzando un mechón pequeño de cada lado, los enganché por detrás, procurando ocultarlas. No estaba muy convencida del resultado pero sabía que si sacaba las horquillas de su lugar y lo intentaba otra vez, me arrepentiría. Era suerte de principiante que me hubiese quedado relativamente bien, de modo que mejor no tentar al destino.

Salí del baño para percatarme de que mi tiempo de gracia había expirado, faltaban solamente quince minutos para las siete de la tarde.

Enloquecida como si fuese a llegar tarde a mi propia boda, corrí en toalla por el departamento. Frente a frente con el vestido por segunda vez, llegué a la decepcionante conclusión de que de ningún modo entraría dentro. Era ese vestido o nada, no tenía otra cosa que ponerme; y sinceramente, no deseaba que Vicente, creyendo que mentía con respecto a esto con tal de no ir dónde se suponía que fuese a llevarme, intentara ponerme el vestido a la fuerza; eso sería por demás embarazoso.

La prenda tenía un solo hombro, el cual no era más que una angosta banda de tela que ascendía por la parte frontal, y delicadamente trabajada se fruncía hasta unirse con otra banda que subía por la parte posterior para terminar en una especie de nudo que guiaba los dos vaporosos extremos al aire; por el costado opuesto, un cierre escondido debajo de los pliegues de sedosa gasa cobriza. Sin mayores esperanzas, bajé el cierre lateral, el cual corrió suave.

Dejé caer la toalla y puse un pie dentro del vestido, luego otro. Suponiendo que las delicadas costuras se quejarían, comencé a subirlo lentamente por mis piernas hasta mis caderas. Debo admitir que el vestido calzó perfectamente bien sobre mi figura, tanto que parecía estar confeccionado a medida. Entusiasmada y feliz, corrí a mirarme al espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación. Me sorprendí, tanto, que solté un insulto. Sé que debe sonar ridículo, pero no podía parar de sonreír.

Para completar mi atavío, corrí por los zapatos.

Me costó un poco ponérmelos. Las sandalias tenían demasiadas tiras y a mi modo de ver, deberían traer un instructivo para que uno sepa por dónde pasar cada una. Finalmente, logré sujetarlas alrededor de mis tobillos. No estoy segura de que la forma en que las coloqué fuese la correcta, ni modo, al menos estaban sujetas a mis pies.

Ahí no terminaron las complicaciones. Cuando me quise poner de pie. Llegué a una conclusión: no estaba, para nada acostumbrada a los tacos y menos, a unos con más de diez centímetros de alto.

Casi me rompo el cuello al intentar dar el primer paso. Por suerte, pude atajarme de la vieja poltrona verde evitando así, caer y romper el vestido. Había entrado en él pero sabía que las costuras no resistirían a una de mis caídas desparradas.

Andando igual que sobre de zancos -sin el debido entrenamiento- volví a la habitación para comprobar el resultado final. Con todo, si no me movía demasiado, podía verme bien.

Mientras me miraba al espejo, así vestida y arreglada, volví a tomar conciencia de las razones de todo esto. Convivían dos fuerzas sumamente opuestas en mí, por un lado, había llegado hasta este punto, porque no me quedaba otra salida, tenía la impresión de no estar en condiciones de desobedecer las órdenes de un demonio, al menos no por el momento, no hasta que se me ocurriera una idea de conseguir que dejara de intentar comprar mi alma, y por otro lado, una embriagadora sensación que me provocaba cierto hormigueo en el estómago: estaba ansiosa por volver a ver a Vicente incluso, bajo estas condiciones, incluso sabiendo quien era... es decir, qué era... si es que era eso en realidad. Supongo que tampoco me molestaría descubrir que lo de la sangre y las heridas había sido un truco y que no era más que un ser humano... un tanto desequilibrado sí; sin embargo, lo que me hacía sentir, no lo había conseguido nadie antes. Entre lo malo y lo bueno, su presencia surtía el mismo efecto sobre mí, que una droga, sin duda, la más potente de todas.

Desvié la vista del espejo y le eché un vistazo al reloj despertador. Eran las siete en punto. En mis oídos repiquetearon unas campanadas imaginarias. Se me hizo un nudo en el estómago, él, el “adonis”, el David, el demonio... Vicente, estaba por llegar.

Andando igual que en la cuerda floja, fui hasta el baño, manoteé de la repisa el brillo labial, el rubor y la mascara de pestañas, tenía pensado llevar todo eso conmigo pero luego me di cuenta de qué no tenía dónde meter todas estas cosas. Al final, opté por dejarlas, lo cual no suponía un verdadero problema, sí lo era dónde metería mis llaves y demás cosas que sí debía llevar, tales como algo de dinero y mi documento.

No suelo ahogarme en un vaso de agua, es que los nervios y la ansiedad me tenían estúpidamente paralizada.

- Sólo llevaré las llaves escondidas en alguna parte del vestido- me dije a mí misma en voz alta luego de estar parada por un par de segundos en el mismo lugar sin moverme-. Tienes que tranquilizarte, Eliza- me mordí el labio inferior y en cuanto recordé que tenía aplicado brillo me arrepentí de haberlo hecho. Dando cortos pasitos fui hasta el baño y ante el espejo me retoqué los labios.

Los minutos seguían corriendo... Vicente no llegaba.

Las palmas de las manos se me humedecieron al tiempo que se enfriaban como dos cubos de hielo pese a que hacía un calor sofocante.

Miré por sobre mi hombro, el reloj del microondas marcaba las siete quince.

Apreté los dientes. ¿No vendría?

Mi cerebro se puso a andar a toda máquina. Lo de la noche, sin duda, no había sido otra cosa que una broma pesada, Vicente no vendría, de seguro debía estar festejando con sus amigos, riéndose de mí, mofándose de mi ingenuidad, de mi desesperación...

Le hincé las uñas al respaldo de la poltrona verde.

Cada vez estaba más convencida que lo sucedido no era otra cosa que producto de mi locura. Es posible que yo sola hubiese tirado los CDs en la noche, pretendiendo pelear con alguien. Es posible que derrumbara la silla y las copas, que colocara los dos platos sobre la mesa y que comiera lo que uno de éstos contenía. Sin duda, en un momento de delirio que no conseguía recordar, había ido a una casa de ropa y había comprado un vestido y unos zapatos que me tomarían una eternidad pagar.

- ¿Qué estoy haciendo?

Estaba a punto de derrumbarme otra vez, cuando sonó el portero eléctrico.

Recogí la falda y me abalancé sobre el auricular.

- Soy Vicente, lamento llegar tarde. ¿Me imagino que ya estás lista, no es así? No quisiera tener que subir por ti para vestirme a la fuerza.

- Estoy lista- contesté yo con toda la calma que me fue posible fingir. Mi corazón se había disparado enloquecido.

- Bien, mejor así- en su tono de voz, se notaba que sonreía.

- ¿Quieres subir?- en cuanto se lo pregunté me arrepentí, acaso no recordaba yo a quién estaba invitando a pasar.

- Gracias, sé que debería... es tarde. ¿Te molestaría bajar sola por favor?

¿Gracias, sé que debería...? ¿Te molestaría? ¿Por favor?- repetí yo dentro de mi cabeza. ¿Qué está pasando aquí?

- Enseguida bajo.

Dejé todo, y con las llaves en la mano, abandoné mi departamento en aquella calurosa tarde de navidad.

Elegantemente vestido, Vicente, quien me observaba desde el otro lado de la puerta de vidrio. Llevaba puesto un traje negro, la tela era algo satinada, de un modo delicado, no demasiado ostentoso. Tenía puesta una camisa blanca, con gemelos- me percaté en cuanto di otro paso-, y llevaba una corbata del exacto color de mi vestido. Igual que siempre, lucía perfectamente acicalado.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta.

- Buenas noches.

- Buenas noches- hice una pausa-. Llegas tarde.

Sonrió alzando una ceja. - Ya me disculpé por eso.

Di un paso al frente y permitiendo que la puerta se cerrara. - Ser un demonio no te da licencia para hacerme esperar.

Vicente bajó el primer escalón. - Surgieron algunos imprevistos.

- Si quieres cancelar...- canturreé tal si no me importara en lo más mínimo al tiempo que reambulaba alzando las llaves con pretendida intención de volver a abrir la puerta.

Me las arrebató de la mano.

- No vas a librarte de mí con tanta facilidad- se guardó las llaves en el bolsillo interior del saco y luego me tendió la mano.

- Vas a acabar rindiéndote- dije ignorando su gesto-, mi respuesta continua siendo la misma de ayer, es más, hoy estoy más segura de que no pienso venderme mi alma de lo que estaba ayer en la noche.

- No te tomará ni cuarenta minutos cambiar de opinión.

Le cedí mi mano, al menos, momentáneamente. En cuanto me la estrechó entre sus dedos, tembló la tierra debajo de mis pies.

- Lamento no haberte comprado un sobre que pudieses usar con el vestido, creo que se me pasó por alto.

Noté que en su disculpa por algo tan trivial, se escapaba cierta ansiedad, tengo la impresión de que lo que realmente le molestaba no era que yo no tuviera un sobre en el que llevar mis llaves, ni siquiera, haberlo olvidado, sino algo más profundo, algo que sin duda no podía intuir y menos que menos saber, sin embargo allí estaba, tan claro y evidente que apartó sus ojos grises de los míos igual que si quisiese escaparse.

- ¿Lista?

- Esto no va a cambiar nada, te digo, pierdes tu tiempo.

Él entornó los parpados. - Por aquí- con la mano libre y en un gesto ligero me enseñó el camino hasta él inmenso Mercedes Benz negro que desentonaba tanto en la calle de mi barrio cuanto él mismo con su perfección.

Vicente apretó un botón del control que tenía entre los dedos y el automóvil se abrió al sonar el pitido de la alarma liberada.

No esperaba que me abriera la puerta, no estoy acostumbrada a que nadie lo haga por mí, esas cosas ya no se ven hoy en día, por lo que extendí el brazo para presionar la manija; Vicente se me adelantó. Con sutileza me obligó a retroceder.

- Permíteme- abrió la puerta y me cedió el paso al interior de cuero y madera, que olía a nuevo tanto como sus ropas-. Adelante.

- Antes...- me frené en seco-. Quiero saber a dónde vamos.

- Es un secreto. Además si llegaste hasta aquí sin saberlo no veo que diferencia...

- No voy a entrar en el automóvil contigo sin saber a dónde vamos.

- Intentas hacerme enojar. Pongamos en claro algo, existen ciertas cosas, en este tipo de tratos, que no son negociables-. Su tono era calmo pero a la vista saltaba que hablaba en serio.

- Simplemente quiero saber a dónde vamos. Para mí, tampoco es negociable-. Me crucé de brazos-. O es que vas a obligarme a subir al automóvil por la fuerza, así, sin más, delante de toda esta gente-. Hice una pausa, no sé de dónde salió todo eso, empezaba a sentir en mí, otra vez, la valentía de la noche anterior-. Voy a empezar a gritar si me pones una mano encima- lo desafié-. Esta vez, tendré testigos, puede que anoche nadie me escuchara, pero- fruncí la nariz- ¿tendrás esa misma suerte hoy?

Vicente me miró fijo, apretó los labios.

Apuesto que no se esperaba eso... ni yo lo que hizo a continuación. Con toda calma, empujó la puerta, la cual se cerró.

- Mira...- se pasó las yemas de los dedos de la mano derecha por los labios-. No me gustaría tener que dar muestras de lo que soy capaz, de veras me agradas, creo que tienes un gran potencial...

- No me comprarás con eso.

Abrió los ojos de par en par.

- No te tengo miedo y si decides matarme antes de quedarte con mi alma, el único que pierdes eres tú.

- Existen otras cosas más dolorosas que la muerte- susurró.

Admito que me incomodaron sus palabras, me amenazaba abiertamente y sin pelos en la lengua, de todos modos, le plante cara.

- ¿Dónde vamos? Dilo, o aquí termina todo-. Me desconocí. Quién era esta persona, que enfundada en un vestido hecho a mano a catorce mil quilómetros de distancia, se emperraba en hacerle frente a una criatura del mal, a un enviado del ángel caído. Allí estábamos los dos, una débil humana y un demonio con la fuerza suficiente para quebrarme el cuello con un puño.

Vicente se apartó, abrió la puerta del auto y dijo en voz baja. - Vamos a una fiesta.

No me moví de mi lugar. - ¿Eso es todo?

- ¿Qué más quieres saber?

- ¿A una fiesta en dónde?

Se removió en su sitio, visiblemente incómodo. - En las afueras de la ciudad- anunció.

- ¿Qué tipo de fiesta es?

- ¿Cómo que qué tipo de fiesta es?- soltó impacientado por mi molesto comportamiento que no tenía otro objetivo que empujarlo perder el control de la situación.

- ¿Con motivo de qué?- añadí con suma tranquilidad. Fingida, por supuesto, por dentro era un manojito de nervios, de emoción y un poco de temor.

Vicente resopló. - No siempre se necesita un motivo para festejar. ¿Podemos irnos ya?- inquirió impaciente. Los nudillos se le pusieron blancos de la fuerza con la que apretaba el marco de la ventana de la puerta de vidrios oscuros.

- ¿Voy a volver?- pregunté sería. Me cuestionaba eso desde que comenzara a vestirme. ¿Iba yo a regresar con vida de esta salida?

Mi pregunta le arrancó una sonrisa espontánea.

- Si vuelves a comportarte así, no- me exhortó sonriendo a medias.
- No puedo prometer nada.
- Entonces yo tampoco- me hizo una seña para que ingresara en el auto-. Entra por favor- pidió de un modo y con una mueca a la cual no pude negarme. Le sonreí con displicencia y me metí en el auto; él cerró la puerta tras de mí, con suavidad.

¿Retrocedimos un siglo?- me pregunté mientras él rodeaba el auto para entrar por la otra puerta. Esperó a que pasara una camioneta que venía en sentido contrario y luego abrió la puerta para entrar.

- El cinturón de seguridad- me indicó con el dedo índice apuntando hacia mi derecha. En cuanto me vi cautiva de la cinta que atravesó mi pecho de un lado a otro, acariciando con suavidad, pero con firmeza, la tela del vestido, metió la llave en el encendido. El motor apenas si pronunció sonido alguno, pero al pisar el acelerador, se movió con la misma pericia y sagacidad que una fiera que ha estado contenida por una jaula, lanzándose por la calle a una velocidad tal que todo se puso borroso para mí.

Manejó un rato en silencio mientras yo iba reconociendo las calles por las que guiaba su llamativo automóvil.

Las casas se hicieron cada vez más bajas, el tránsito disminuyó poco a poco a medida que nos alejábamos de la ciudad. Los edificios desaparecieron y se presentó en el horizonte, la autopista con sus estructuras teñidas de dorado a causa del sol que descendía hacia el poniente, en un crepúsculo digno de ser plasmado en una obra de arte.

Vicente se movió, estirando el brazo, encendió el reproductor de música, al instante, el sonido suave de los violines emergió por los parlantes, que repartidos por cada rincón del vehículo, incluso en las puertas, provocaban un efecto envolvente, tanto es así que daba la sensación de estar sentado dentro de la orquesta misma. La calidez, candidez y calma de la tonada no condecía con el contexto que nos rodeaba: los puentes de concreto, los kilómetros de asfalto, los camiones de carga; mejor hubiese combinado con un anochecer en la campiña con un firmamento en el que comienzan a brotar estrellas, con un campo sobre el cual empiezan a cantar los grillos, con árboles mecidos por la brisa veraniega y una buena botella de vino.

En cuanto la flauta y el arpa empezaron a sonar, creí reconocer a su autor.

- ¿Mozart?- pregunté. No tenía idea del título de la pieza.

Vicente asintió con la cabeza mientras ponía un cambio en un movimiento mecánico, casi automatizado podría decirse, el motor aceleró y así dejamos

atrás a dos o tres vehículos que circulaban por la parte central de la autopista. Sus ojos no se despegaban del camino. Cambio de carril y tomó una desviación-. Si no te gusta puedes cambiarlo- me dijo en voz muy baja.

- No, está bien.

Él acomodó las manos sobre el volante y las dejó allí posadas tranquilamente. No volvimos a cruzar palabra hasta unos diez minutos después, cuando la tercer pieza dio inicio, con unas notas de piano melancólicas y lentas que al poco rato fueron acompañadas por violines que cortaron el aire y que segundos más tarde lo abandonaron, dejando al piano triste otra vez en soledad.

- ¿Siempre oyes Mozart o solamente tratas de impresionarme?

Vicente me miró de reojo. - ¿Te impresiona?

- En lo más mínimo.

- Bien, porque no es por ti, me gusta.

- Ahh...- ladeé la cabeza comprendiendo que quizá no le importaba demasiado mi presencia o es posible que simplemente me ignorara adrede. No le sé, estaba sentado a mi lado pero tenía la certeza de que su mente divagaba a kilómetros de distancia.

Mutismo otra vez, por parte de ambos. Lo único que se oída, además de la música, era el susurró del aire acondicionado al pasar por las ventilaciones.

- La música tranquiliza las fieras- comenté yo como si tal cosa.

- Eso es un mito, te aseguro que no siempre da resultado.

- Qué, testeaste el mito con leones.

Sus manos descendieron por el volante hasta quedar ancladas en la curva inferior. - No, con demonios y te repito, no siempre funciona-. Ciñó los dedos alrededor del volante.

- Entonces... no me queda claro, ¿la pusiste porque te gusta o porque estás alterado?

- ¿Perdón?- me lanzó una mirada fugaz.

- La música no es por mí, es por ti, ¿porque necesitas calmarte o porque te gusta?

No respondió. Sospechoso.

El ritmo de la música se alteró y él, de un manotazo, apagó el equipo. Debo admitir que me sobresaltó aquel brusco movimiento.

- ¿Puedo hacerte una pregunta?

- Puedes preguntar todo lo que desees... lo cual no significa que me sienta obligado a responder.

Lo miré con alzando las cejas, su rostro, continuó impertérrito.

- ¿Por qué no viniste a mi casa directamente? No entiendo porqué te molestarte en comprar tantas cosas en el local y en enviarme aquella canasta, ¿de verdad creíste que podrías comprarme con eso? Admito que fue una demostración de poder...

- La cual te impresionó- soltó, bajando un cambio; nuestro andar se había ralentizado-. ¿Y sabes por qué causó esa impresión en ti?

Negué con la cabeza.

- Por que esa es la vida que deseas. Lo que yo tengo- bajó otro cambio y dobló a la derecha-, es lo que quieres tener.

Sus palabras me ofendieron, si me había impresionado, con sus despliegues de grandeza, perfección y dinero, pero no pasaba de un encandilamiento que más que nada, estaba reforzado por su imagen y su presencia, no por el dinero que pudiese gastar en vino, en ropa, o en un auto. A mí me gustan ciertas cosas que él representaba pero no lo suficiente para morir por ellas, o con mayor exactitud, para entregar mi alma por ellas.

- Te equivocas- aseguré cruzando los brazos por encima del cinturón de seguridad con la esperanza de cubrir el vestido, comenzaba a molestarme llevarlo puesto. Me molestaban los zapatos y sobre todo, me molestaba estar en aquel despampanante auto al lado de un demonio que pretendía comprarme.

- No, no me equivoco. No creas que no me di cuenta del modo en que me mirabas- dijo mientras giraba el volante todo a la derecha-. Llegamos.

Admito que me quedé sorprendida. El camino de gravilla por el que el automóvil se movía despacio, bordeado de pequeños farolitos, los cuales pendían a la altura de las ventanillas del Mercedes, desde estacas clavadas en la tierra.

La doble hilera de luces guió mi visión hacia delante, hacia el final del camino, el cual concluía en una rotonda en cuyo centro, resplandecía una fuente de por lo menos unos quince metros de diámetro. El mármol blanco de las figuras, hombres y mujeres, los primeros con torsos potentes y brazos musculosos alzados al cielo, los cuales acompañaban la dirección de sus ojos perpetuamente abiertos, las segundas de anchas caderas, cinturas de sílfide, bustos de amplias curvas y cabelleras abundantes. Las figuras resplandecían ante la luz de los reflectores. Cintas de agua caían aquí y allá en un chorro continuo que más parecía hecho de cristal que de líquido.

Había varios vehículos momentáneamente detenidos alrededor de la fuente. Todos eran tan espectaculares como el de Vicente, o incluso mucho más

llamativos; creí reconocer una Ferrari.

Los automóviles se detenían por un breve lapso de tiempo en el que sus ocupantes descendían de los mismos, las damas, ayudadas por hombres de chaquetas rojas y pantalones negros, los mismos, que luego se dirigían a quienes conducían para hacerse cargo de los vehículos. La Ferrari se movió y yo la seguí con los ojos hasta las hileras de autos estacionados sobre el césped.

- ¿Quién vive aquí?

- Hermosa casa, ¿no?

Yo todavía no la había visto, de hecho, no sé cómo no reparé en la gigantesca construcción que parecía un castillo sacado de alguna capital. Con tres plantas, el caserón sobrepasaba la altura de los pinos y la de los cipreses que rodeaban la propiedad.

- ¿Te gusta?- curioseó con picardía ante mi silencio.

Yo acababa de quedarme muda.

- Espera a verla por dentro. Sus dueños tienen un gusto impecable.

- ¿Quién vive aquí?- volví a preguntar. Los nervios me carcomían por dentro, tenía la sensación estar clavada al asiento del auto, sabría que no podría bajar al menos que me insuflara el suficiente valor para hacerlo. Todo esto me apabullaba. Deseaba con todas mis fuerzas que rodeara por completo la fuente y que me llevara de vuelta a casa.

- ¿Qué importancia tiene quién viva aquí?

- ¿Acaso no estamos invitados a la fiesta?

Vicente soltó una carcajada.

- ¿Te parece que tengo el aspecto de alguien que necesita entrar a una fiesta de polizón?

- No, pero las apariencias engañan. Yo creí que tú eras un...- me detuve en seco, estuve a punto de confesar más de lo debido, me guardé para mí que lo había creído un ángel, cuando era todo lo contrario.

- ¿Qué creíste que era?

- No tengo nada que hacer aquí- solté esquivo mirando para otro lado.

- Sí, sí tienes-. Detuvo el Mercedes detrás de un automóvil descapotable plateado, de pequeñas proporciones pero de aspecto veloz-. Quiero presentarte a unas personas.

- ¿A quiénes?

- ¿Cuestionarás todo lo que diga?

Un hombre de chaqueta roja se detuvo frente a mi puerta. Yo seguía quieta, con

el cinturón de seguridad puesto.

- No van a comerte, te lo prometo. Es una fiesta como cualquier otra.

- ¿Quién te invitó?

- No necesitas saberlo-. Dijo y abrió su puerta.

- ¿Sabe quién eres en realidad? Él que te invitó... digo...

No contestó, simplemente se quedó mirándome.

- ¿Encontraré a otros como tú aquí?

Vicente me ignoró y azotó la puerta dejándome sola. El muchacho de chaqueta roja dio un paso al frente y abrió la puerta de mi lado.

- Buenas noche y bienvenida, señora. Espero que disfrute de la velada.

Ante mi parquedad, seguía sin desabrochar el cinturón de seguridad y sin moverme ni un ápice, se quedó viéndome a la espera de que decidiera bajarme; su mano tendida en mi dirección era un signo de interrogación mucho más grande del que él pudiera imaginar, tenía la impresión de que si bajaba, no habría marcha atrás. No sé qué relevante significado podía tener la diferencia entre bajar o no, ya había llegado hasta allí, aun así, se me antojaba un paso demasiado abismal para darlo.

Las perfectas facciones de Vicente aparecieron por detrás del muchacho. - ¿No vienes?- me preguntó divertido-. El champagne se calienta mientras estás ahí sentada.

Inspiré hondo y me saqué el cinturón de seguridad.

Vicente esquivó al muchacho y se plantó ante mí al tiempo que yo salía del vehículo clavando los altísimos tacos de las sandalias en la gravilla.

- Permíteme ayudarte.

- Muy atento- me aferré a su mano-. Esto parece una trampa mortal.

Sonrió.

- No me refiero únicamente a mis tacos en la gravilla- añadí.

- Qué prejuiciosa- murmuró mirándome por el rabillo de los ojos.

Apiadándose de mi inestable posición, me guió por el camino hasta las escaleras, y sin soltarme me ayudó a remontar los escalones.

La gente a nuestro alrededor, debía ser media docena de personas que se disponían a entrar, nos miraban, es decir, lo miraban a él, admirando su perfecta imagen, una composición puntillosamente puesta en escena para representar la exquisitez con forma humana.

- ¿Por qué estás tan nerviosa?- me preguntó por lo bajo.

¿Por qué? De mi brazo va un demonio que quiere mi alma, ni siquiera sé dónde estoy o de quién es esta casa. ¿Acaso no son esos motivos suficientes

para alterar a cualquier persona por más firme voluntad que tenga?

- No estoy nerviosa- articulé con los ojos fijos en el piso.

Vicente se rió bajito. - Necesitas una copa de champagne y yo también.

Poner un pie dentro de la casa, supuso entrar a otro mundo. Del suelo al techo todo estaba revestido en lujo. Sin escatimar ostentación en la decoración ni en las lámparas y mucho menos en los muebles, todo era perfecto, de un gusto impecable. Los cuadros deberían valer un dineral, así también la mullida alfombra en la que se clavaron los tacos de mis sandalias.

Tanto las paredes del hall principal abarrotado de gente vestida con todas sus galas, como la sala a la que Vicente me arrastró del brazo, estaban enteladas, la suavidad y calidad de las telas saltaba a la vista gracias a la iluminación de los gigantescos candelabros de cristal y bronce que colgaban del techo. Las lámparas eran de un tamaño tal que una sola de ellas hubiese ocupado la mitad de mi departamento.

- Te dije que era una casa hermosa.

- ¡Vicente!- exclamó una voz que provino de detrás de nuestras espaldas.

Vicente me soltó y de inmediato me sentí como si acabase de ser arrojada en mar abierto en mitad de una tormenta. Me di vuelta detrás de mi acompañante.

Un hombre de cabello cano, tez bronceada y ojos castaños, con un porte que lo hacía eje de todas las miradas, avanzaba directo a nosotros con los brazos extendidos, seguido por dos hombres con espaldas del tamaño de roperos y auriculares en los oídos, los cuales miraban a todos los presentes como si fuesen potenciales asesinos a punto de saltar sobre las espaldas de quién, evidentemente, tenían como misión proteger.

- Alfredo- saludó Vicente caminando hacia él.

Lo seguí a una distancia prudencial, todavía no sabía quién era quién aquí, y mucho menos en quién podía o debía confiar y quién no.

- Feliz navidad- le deseó Vicente al tiempo que le estrechaba la mano.

El hombre le devolvió el apretón con efusividad. - Feliz navidad para ti también-. Me alegro que vinieras.

Me detuve junto a Vicente, ligeramente por detrás de él, los dos orangutanes que seguían al hombre llamado Alfredo, hicieron lo propio por detrás de éste.

Las manos dejaron de moverse pero no se soltaron. Noté que era nuestro anfitrión quien mantenía esa unión, y no Vicente, quien de hecho, parecía ansioso por zafarse de la situación.

- Te agradezco tanto que estés aquí- añadió el hombre visiblemente conmovido. Su mano izquierda se posó por encima de la de Vicente. Aquel

gesto y el brillo en sus ojos me intrigó-, sabes que significa mucho para mí. Vicente se removió a mi lado. - No hace falta que...

- Sí, sí hace falta-. Insistió el hombre desviando su mirada hacia mí. Soltó la mano de Vicente y me sonrió.

- Lo siento- se disculpó Vicente luego de aclararse la garganta. Retrocedió y me tomó del brazo-. Eliza, te presento al señor Alfredo Ruiz, nuestro anfitrión.

- Un placer.

- Es un placer para mí también- dije yo. Alfredo Ruiz me estrechó la mano.

- Bueno, pues bienvenidos sean ambos. Disfruten de la fiesta-. Sonrió-. Diviértanse.

- Gracias, eso haremos- aseguró Vicente mientras el hombre se alejaba para saludar a otros invitados.

- ¿Quién es?- curioseé.

- Acabo de presentártelo.

- No soy sorda, escuché su nombre. Lo que quiero saber es quién es en realidad, qué hace, cómo es que tiene esta casa y porqué estamos aquí, de dónde te conoce y por qué está tan agradecido de que vinieras.

- ¿No son esas demasiadas preguntas?

- ¿No puedes responder a mis preguntas con algo que no sea una pregunta o un silencio?

- Si lo que quieres saber es si es un demonio la respuesta es no. ¿Satisfecha?

- No del todo.

- Te sentaría muy bien no ser tan demandante.
- No soy demandante.
- Bebe- dijo tendiéndome una copa de champagne que acaba de robarle a uno de los camareros.
- Emborracharme no te va a librar de mis preguntas.
- No, ya sé que no va a ser tan fácil- dijo echándose a andar por entre la gente. Me arrastró consigo guiándome por el brazo.
- No es un demonio, entonces debe ser alguien que te vendió su alma y creo saber que fue lo que le diste.
- No apostararía mucho a eso. Tengo el presentimiento de que estás muy mal orientada.
- Esta casa- empecé a decir mirado a mi alrededor, entramos en otro salón todavía más imponente, debía haber más de trescientos invitados-, estos cuadros, estos muebles, estas copas.
- Lo dije y lo repito, eres prejuiciosa.
- ¡No, no lo soy!- me atraganté con el champagne en mi apuro por defenderme. Me dio un ataque de tos. Vicente esperó a que me repusiera para seguir hablando.
- Sí, lo eres, crees que el dinero es el único motivo por el cual alguien puede querer entregar su alma.
- ¿Dices que ese hombre no te vendió su alma por dinero?
- Alfredo Ruiz no necesitó de mí para tener todo esto.
- ¿Qué le diste a cambio de su alma?
- No lo adivinarías ni en un millón de años.

La verdad es que no se me ocurría nada.

- ¡¿Vicente?!- exclamó una voz femenina.

Es que acaso todo el mundo lo conoce- me pregunté buscando al cuerpo al que pertenecía esa voz. Al verlo, me dio ganas de no haber desvelado el misterio.

Una rubia despampanante, tan alta como Vicente y no a fuerza de tacos de más de diez centímetros, enfundada en un vestido rojo sangre, se lanzó en nuestra dirección esquivando a los invitados casi sin reparar en ellos, creo que para ella no eran más que piezas de mobiliario, incluso con menos importancia que éstas, y lo digo a razón de que se tomó más cuidado en esquivar una mesa redonda de marquetería sobre la que se lucía un enorme florero de cristal conteniendo lo que parecían ser cuatro docenas de rosas rojas que hacían perfecta combinación con el entelado de las paredes, que en esquivar a una pareja de ancianos que debían precisar bastones para caminar.

- ¡Vicente que sorpresa verte!- exclamó la mujer en un tono que no supe identificar, se la notaba realmente sorprendida, mi duda era si lo estaba agradablemente sorprendida o lo contrario; más me inclino por lo último.

Mi acompañante frunció la boca en una mueca que nunca antes le había visto hacer.

- Carolina- Vicente pronunció el nombre apenas despegando los labios.

- Que bueno tenerte-. La joven rubia de piel blanca y ojos celestes tomó a Vicente por los hombros y le estampó un beso en cada mejilla, y luego se apartó. Ni siquiera me miró pese a que era obvio que yo no formaba parte de la escenografía y que sin duda, estaba con él.

- Alfredo me contó que te había invitado, yo le dije que no vendrías, que tendrías cosas mucho más importantes que hacer. Sinceramente- se llevó una mano al pecho- permíteme decirte que nos honra tu presencia.

Vicente sonrió sin gracia.

- ¿Alfredo te vio ya?- preguntó mirando por encima de nuestras cabezas, me figuro que en búsqueda de Alfredo Ruiz.

- Sí, acabo de verlo.

- ¡Ah, bien!- entonó ella complacida.

Se hizo un silencio. La mujer no despegó sus ojos celestes de los de Vicente, lo cual no me gusto ni un poco. Menos me gustaba su perfección, ¿sería ella también un demonio? Si empezaba a desconfiar de todo el mudo para el final de la noche terminaría por perder la poca cordura que me quedaba.

- Disfruten de la fiesta y no duden en pedir lo que quieran a los camareros.

- Gracias- le contestó Vicente.

La mujer desapareció de nuestra vista antes de que tuviese oportunidad saludarla.

Vicente me planto cara, parándose frente a mí. - Qué cara. Parece que acabas de ver un fantasma.

- ¿Acaso un demonio?

Vicente sonrió divertido. - No, ella no es un demonio, no sé qué te ha dio la idea de que lo fuera-. Hizo una pausa y miró en la dirección que tomara la mujer-. Es Carolina Ruiz, la esposa de Alfredo.

- ¿Su esposa?- resoplé-. Tiene edad para ser su hija.

- Por tercera vez, eres una prejuiciosa.

- ¿Le diste a ella a cambio de su alma?

Vicente se rió en mi cara sin reparo alguno.

- ¿Crees que Alfredo Ruiz me vendió su alma por una mujer?

No contesté, cuando lo dije no me pareció una idea tan ridícula, ahora, en boca de Vicente se había transformado en la mayor estupidez que se me hubiese ocurrido jamás.

- Que tienes ideas locas- dijo entre risas. Me di cuenta de que procuraba sofocar las carcajadas; no tuvo demasiado éxito.

Sobre mí se ciñó una oleada de debilidad que me hizo sentir otra vez imperfecta e insignificante. Abandoné mi copa sobre la mesa, debajo de las flores y me crucé de brazos.

- No, no fue eso lo que le di a cambio de su alma, te dije que jamás lo adivinarías. Ahora quieres relajarte un poco para poder disfrutar de la fiesta en vez de estar intentando adivinar si hay algún otro demonio aquí o porqué alguien me vendió su alma. No fue para eso para lo que te traje.

Tragué salvia. Quería irme a casa pero no quería pedírselo, no deseaba que supiera cuan vulnerable me sentía. - ¿Por qué me trajiste entonces?- pregunté.

- Para que veas la casa.

- ¿Qué, vas a dármela si te la pido a cambio de mi alma?

- Puede arreglarse- soltó con un aire de suficiencia.

Descrucé los brazos y lo miré a la cara. - La casa es hermosa pero no me interesa. Yo no tengo nada que hacer aquí, entre estos muebles, dentro de estas paredes y bajo estas lámparas, menos que menos, en compañía de esta gente. No, gracias, no quiero ni necesito esta casa. Ahora, puedes llevarme de regreso a la mía.

- La fiesta recién empieza.

- No me importa, quiero irme.

Vicente me miró en silencio un momento.

- Puedes pasarlo muy bien si te relajas.

- No, no creo poder hacer ni lo uno ni lo otro.

Miró a un lado y al otro. - No podemos irnos en este exacto momento.

- ¿Por qué, a quien más quieres que conozca? Me trajiste aquí diciéndome que querías que conociera a unas personas, acaso no eran Alfredo Ruiz y su esposa o es que hay alguien más.

Vicente apretó los dientes. - Lo lamento, no podemos irnos ahora.

- Por qué no.

- Dame quince minutos.

Negué con la cabeza. - No voy a venderte mi alma, no importa lo que me muestres ni cuanto insistas, eso no va a pasar. Nunca sucederá.

- Si tan decidida estás, quedarte aquí otros quince minutos no modificará en

nada tu decisión. No veo por qué tienes tanto miedo.

Me estaba poniendo a prueba. - Bien, quince minutos.

Sonrió satisfecho. - No te arrepentirás.

¿Quién me lo asegura?- pensé yo.

Vicente tomó mi copa de la mesa y me la devolvió.

- Ven, demos una vuelta- me dijo echándose a andar sin siquiera esperar a que aceptara con un gesto o con una palabra su propuesta.

La sala en la que entramos estaba llena de gente, supongo que porque aquí se encontraba la barra.

Vicente comentó algo sobre el hermoso y gigantesco hogar de mármol que era el foco de atención del salón; no le presté atención, para mí lo único de interés aquí era él, y suficiente tensión me causaba como para lograr pensar en nada más.

Avanzamos hasta la barra, él pidió algo y yo me perdí admirando las molduras del techo.

- Ten- me tendió una copa- *Shiraz*, uno de los mejores.

- Gracias, no quiero vino.

Vicente me quitó la copa de champagne de la mano y la reemplazó por la de vino tinto.

- Quieres hacer el favor de probarlo al menos- soltó en apariencia algo fastidiado.

Me demoré un momento en decidir si llevarme el cristal a los labios o arrojarle el contenido a la cara.

- No tiene veneno, y beberlo no afectará de modo alguno tu decisión de no venderte tu alma. Simplemente quiero que lo pruebes...- me miró a los ojos-, es perfecto- acotó-, ya lo verás.

Consciente de que debía exagerar, bebí un sorbo, que aunque pequeño, empapó mis sentidos de un aroma que calificaría más allá de perfecto, así como concebía... o había concebido antes de saber que realmente era un demonio, a quien ahora tenía adelante.

- Muy bueno, ¿no te parece?

Asentí con la cabeza al tiempo que sorbía otra vez.

- Alfredo tiene su propio viñedo. El Shiraz es su vino preferido, por lo que pone especial interés y dedicación en su producción-. Hizo una pausa-. Qué coincidencia, ¿no?

Viniendo de él, estaba convencida de que aquello no era una mera coincidencia. Revoqué los ojos y continué disfrutando de mi copa de vino.

- Te dije que si te relajabas un poco lograrías disfrutar de la fiesta-. Entonó muy orgulloso de sí mismo un par de minutos después (minutos que habíamos pasado en completo silencio, observando a la gente y bebiendo pequeños sorbos). Yo no estaba disfrutando de la fiesta, el vino era muy bueno, perfecto tal vez, pero aún continuaba deseando con todo el corazón, poder largarme de allí cuanto antes. Comenzaba a sentirme algo incomoda, ataviada con aquel vestido que tenía la impresión, era demasiado llamativo, expuesta a las miradas de las personas que pasaban junto a nosotros.

- Te ves muy bien en ese vestido- soltó Vicente sin mirarme, sé que no me miraba porque yo lo estaba mirando a él, mejor dicho, lo contemplaba hipnotizada, él ajustaba perfectamente entre esa gente, en la casa-. Muchos hombres te miran- acotó.

- Burlarte de mí no te ayudará.

- No me burlo. Estoy seguro de que muchos de los presentes se interesan por ti; se preguntan quién eres y si al final de la fiesta podrán irse con tu número de teléfono.

- Pensé que los golpes bajos no eran una táctica aceptable para ti.

- Por qué actúas a la defensiva. Lo que dije no tenía la intención de ser un golpe bajo, es la verdad, además no veo por qué te molesta tanto que lo diga. Es un elogio...

Mi corazón se cerró en un puño.

- ...por parte de ellos- completó.

¿Creía que yo me veía bien o no? ¿Por qué estaba esperando que me diera su aprobación?

- ¿Pasaron los quince minutos ya?

- ¿Tan ansiosa estás por irte?

- Quiero irme, eso es todo.

- ¿A qué le tienes miedo?- inquirió sin despegar sus ojos grises de los míos.

- A nada.

- ¿Me tienes miedo?

- Eso quisieras tú- lancé de un modo despectivo mirándolo de reojo.

- Pues permíteme decirte que deberías temerme. No es bueno que olvides quien soy.

Le dediqué una sonrisa llena de doble sentido y sorna. - No me olvido- aseguré. Era la pura verdad. Jamás olvidaría el pequeño detalle de que es un demonio, pero para ser justa, debo admitir que le tenía más miedo cuando lo creía un simple mortal que ahora. Supongo que saber que es un demonio sirvió

para justificar él que me hiciera sentir tan insegura, tan imperfecta, tan desprotegida. Ahora comprendo que su magnífico rostro, su imponente porte, sus fascinantes ojos, su suave y profunda voz, su embriagante perfume no son más que un arma para atraer a los hombres. Él es como una flor carnívora, como un espejismo, como una trampa de estacas de bambú oculta debajo de hojas secas, un imán para almas que puede convertirse en tu perdición si no tienes el juicio necesario para mantenerte a distancia prudencial, libre de sus garras... de su mirada... de su perfume... de la maldición de su cuerpo instalado a menos de un paso del tuyo.

- ¿Te molesta que la gente se percate de que existes?

- ¿Por qué me preguntas eso?

- ¿Qué tiene de malo en que noten aquello que tú no tienes la capacidad de notar en ti misma?

- No sé de qué hablas.

Bebió lo que le quedaba de vino y dejó la copa en la barra.

- Entiendo perfectamente que no todo el mundo desee- hizo una pausa- no, me corrijo, que todo el mundo esté preparado para ser el centro de atención. Muchas personas prefieren fundirse con la multitud, sin embargo apuesto cualquier cosa a que tú preferirías menos que eso. Te mueres por evitar que te vean. Andas por la vida escondiéndote de todos y de todo.

Aquello me cayó mal. Había asegurado que no habría golpes bajos y sin embargo no hacía otra cosa que pegar duro dónde a mí más me dolía. Su presencia comenzaba a molestarme.

- No todos se creen pieza de exhibición.

- ¿Perdón?- dijo alzando las cejas. En el rostro se lo notaba que lo tomaba como una chanza y yo hablaba en serio.

- Te crees mucho más que todos.

- No, no más que todos...

No lo dejé terminar por lo que puso cara de sorpresa. - ¡Sí, con tu perfección, con tu ropa de diseñador recién salida de las pasarelas, tus zapatos brillantes, con tu peinado perfecto, tu auto impresionante y tu porte de adonis!- esto último le arrancó una sonrisa, que aunque temerosa, me hizo hervir la sangre. ¡No eres el David de Miguel Ángel sabes! De hecho, no tienes nada de ángel ni de angelical. Sí la gente supiese quien eres en realidad no te mirarían con tanta admiración. No dedicarían tantos minutos a intentar adivinar qué pueden hacer para que les agrade o al menos para que gozar del beneplácito de una de tus miradas. ¡Prefiero vivir escondida en el agujero más profundo y negro

del universo que ser perceptible a los ojos de los demás por ser lo que tú eres! Vicente se quedó mirándome en silencio. Se relamió el labio inferior y luego se lo apretó por un instante, entre los dientes.

- Me voy a casa- anuncié esperando haberlo dejado sin posibilidad de reacción. No esperé, solté la copa sobre la mesa más próxima, di media vuelta y enfilé por el camino que supuse me llevaría a la puerta de entrada. No tenía ni idea de cómo regresaría a casa, o de cómo haría para entrar en ella ya que Vicente tenía mis llaves, pero en ese momento precisaba de una sola cosa: apartarme de él lo más posible.

Había tanta gente a mi alrededor que no noté que me seguía. Tampoco me había dado vuelta para comprobarlo, tenía miedo de verlo y arrepentirme de escaparme de su lado.

- La gente también te mira.

Su voz hizo que se me erizara. Mis pies se detuvieron y no pude hacer que volvieran a marchar.

Cuando me alcanzó repitió la misma frase.

- Lo dudo, pero si incluso fuese así como dices, existe una gran diferencia entre ambos, a mí no me importa que la gente me mire, no necesito que las personas queden embelezadas ante mi presencia en cambio tú- apreté los labios- lo necesitas tanto como al aire que respiras.

Vicente sonrió. - Yo no tengo la necesidad de respirar.

Su respuesta me confundió y sacó de quicio.

- Me voy.

- No te lo recomiendo.

- ¡¿No me lo recomiendas?! ¿Y eso por qué? ¿Intentarás matarme o hacerme algún daño si desobedezco tus órdenes? ¡Por favor! Busca a alguien más a quien asustar. Esto se terminó.

- Te equivocas, acaba de empezar.

- No sé de qué hablas y no me importa. Me largo de...

Vicente me agarró del brazo.

- Un segundo- apuntó con su dedo en alto.

- No me interesa nada de lo que puedas decirme-. Tironeé de mi brazo.

- No deberías afirmar eso con tanta soltura- inspiró hondo y luego:- mira- me ordenó girando el rostro en dirección a la puerta principal, la cual estaba a escasos metros del pasillo que conectaba el hall de entrada y la sala de la chimenea por medio de dos enormes arcadas, en donde estábamos nosotros.

Seguí su mirada y mis ojos oscuros dieron con una mujer que en ese mismo

instante entraba por la puerta y enfilaba en dirección al salón por el que nosotros también habíamos pasado en una primera instancia.

- ¿Sabes quién es?

- ¡Claro que no, cómo podría saberlo!-. Mis ojos siguieron a la joven mujer de lacios y cortos cabellos negros que le rozaban los hombros con la liviandad y suavidad de la seda, por entre su lustrosa cortina negra aparecieron unos largos aros de un brillo imposible de imitar; ese mismo brillo le decoraba la muñeca y alguno de los dedos creo. Pasó caminando apurada, de su actitud se desprendía una sola idea: huía. A pesar de su rápida carrera pude notar que su piel era blanca como la leche y contrastaba enormemente con el traje fucsia que arrastraba en una pequeña cola detrás de sus pasos apurados-. ¿Por qué debería saberlo?- inquirí pese a que presumía que él tenía pensado explicármelo. La mujer desapareció por entre las puertas de doble hoja y se perdió entre la gente. Me dio la impresión de que estaba algo alterada, como si acabase de discutir con alguien.

- Su nombre es Ana. Su padre es dueño de un gran conglomerado de empresas, algunas de esas empresas trabajan conjuntamente con las empresas de Alfredo Ruiz. El padre de Ana y Ruiz son buenos amigos, ambos han hecho mucho dinero juntos.

- ¡Bien por ellos!- exclamé burlándome de él con un tono cínico que si hubiese sido dedicado a mi persona, me habría hecho enfurecer-. No me importa, me largo de aquí-. Con toda la intención de apartarme de Vicente, di un paso para rodear la mesa de centro engalanada con azucenas extremadamente perfumadas.

- Yo que tú no iría a ninguna parte en este preciso instante, al menos no en este exacto momento- me advirtió Vicente sin moverse de su lugar.

No hizo más que terminar de pronunciar aquellas palabras cuando un rostro demasiado familiar para mí, apareció por la puerta y sin siquiera reparar en mi persona, corrió tras los pasos de la joven mujer llamada Ana. Mi cuerpo quedó desarmado allí mismo.

Cristian la llamó por su nombre. Por su tono de voz, comprendí que esperaba congraciarse con ella, era el mismo tono que usaba conmigo cuando reñíamos por algo realmente sin importancia. Eso me trajo demasiados recuerdos. Sin duda, había sido con él con quien ella había discutido lo que me llevaba a una única conclusión: Ana era la mujer por la que él...

- Van a casarse- anunció Vicente apuñalándome por la espalda mientras yo veía la espalda de Cristian perderse entre la gente- o al menos esa es la

intensión. Están comprometidos. Se conocieron hace seis meses. Cristian trabaja para una de las empresas del padre de Ana. Ana y él empezaron a trabajar juntos en un proyecto a mediados de año. En un principio él no quería trabajar con ella, le dijo a sus compañeros que no soportaría ser mandado por una mujer y menos que menos si esa mujer era una nena de papá, la hija del dueño. Se mofó de ella hasta el cansancio; las cosas cambiaron cuando la conoció. Ana es una mujer agradable y agraciada también- comentó Vicente así sin más.

A mí las lágrimas se me agolpaban en los ojos. La historia del bar era una asquerosa mentira, ¿o sería Vicente quién mentía?

- Al poco tiempo todo cambió. Después de trabajar se quedaban tomando un café juntos conversando de cosas que nada tenían que ver con el trabajo, se hicieron buenos compañeros y finalmente amigos. El proyecto fue todo un éxito.

Eso ya lo sabía, había ido a la fiesta que la empresa en la que trabajaba Cristian dio para festejar la venta del proyecto de construcción de un complejo habitacional de lujo en las afueras de la ciudad. No recordaba que Cristian me hubiese presentado a Ana, supongo que evitó ponernos frente a frente, la fiesta había sido poco antes de que termináramos y supongo que para ese entonces, él ya me engañaba con ella. Debo haber hecho el perfecto papel de estúpida esa noche, ignorando lo que corría a mis espaldas sin percatarme de lo más mínimo. No pude evitar que se me escaparan las lágrimas que hasta entonces, había procurado contener en vano.

- A los dos meses de conocerse empezaron a salir y no se han separado desde entonces.

Mi mano derecha dio de lleno en la mejilla izquierda de Vicente. Le pegué con todas mis fuerzas y el golpe sonó como un edificio siendo demolido; casi me rompo todos los dedos, su rostro más que de piedra, parecía de ser de hormigón armado.

No se inmutó ante mi golpe, por una fracción de segundo, se quedó viéndome sin saber qué hacer. Lo que yo hice, fue soltar un aullido de dolor, el cual atrajo la atención de varios invitados. La mano me latía y unas punzadas agudas me subían por el brazo hasta el hombro descubierto pasando dolorosamente por el codo.

Por un momento creo que perdí la conciencia. Vicente me sacó de la fiesta a toda prisa cubriéndome con su cuerpo, su brazo izquierdo me rodeaba la espalda, gesto que en mi fuero interno agradecí, no deseaba que Cristian me

viera, no podía enfrentarlo en este preciso instante, con la mano rota y el corazón hecho pedazos.

Las suaves pero potentes manos de Vicente rodeaban la mía. Tengo la impresión de que si no hubiese sostenido mis dedos entre sus palmas, los habría perdido por el camino.

Lloré a causa del dolor físico y del dolor de un corazón astillado que amenazaba con desmoronarse.

Al llegar afuera me apartó de las miradas.

- Permíteme echar un vistazo- me susurró.

Con mi mano envuelta en las suyas, la acerqué en dirección a su rostro. Él levantó la mano izquierda. Su brazo liberó mi cuerpo. Tanto movimiento me hizo ver las estrellas.

- Procuraré no hacerte doler.

- Es un poco tarde para eso, no te parece- le recriminé sin poder cesar mi llanto.

Vicente me sonrió con benevolencia sin despegar los labios. Sus ojos estaban enternecidos, supongo que por mi dolor.

Sus dedos toquetearon los míos con suma delicadeza, igual me hizo soltar algún que otro quejido.

- No hay nada roto- alzó la vista y me sonrió abiertamente-, creo- añadió alzando las cejas-. Se apartó y acercó mi mano herida a mi pecho y me la cubrió con mi mano libre al tiempo que alejaba las suyas-. Pediré el auto. Espera aquí.

Tuve ganas de responderle que a dónde pensaba que iría con la mano destrozada y unos tacones que se hundían en el césped cada vez que me movía igual que si estuviese yo en una trampa de arena movediza.

En menos de un minuto regresó a mi lado, me tomó por los hombros y me guió hasta el auto.

Como pude, entré y me senté sobre el asiento de cuero sin preocuparme en lo más mínimo por el vestido, ya no importaba si se arrugaba o no. El muchacho de chaqueta que me había abierto la puerta cuando llegamos fue el encargado de cerrarla ahora mientras Vicente rodaba el vehículo para luego ascender por la puerta del otro lado.

- ¿Cómo estás?- quiso saber cuando nos encontramos a solas dentro del Mercedes con las puertas cerradas, ocultos debajo de los vidrios oscuros.

Le lancé una mirada de odio, o al menos esa fue mi intención. - No tengo tu poder para curarme en cinco segundos. ¡Tengo la mano destrozada!- le grité a

la cara.

- Eso no es exacto- me corrigió el divertido-, no tienes ningún hueso roto.

- ¡¿Cómo lo sabes?!- estallé-. ¿Acaso eres médico?

- Vas a estar bien- me dijo con suma tranquilidad dando marcha al motor-. Lamento no habértelo advertido, fue un error de mi parte. Disculpa.

- ¡¿Que te disculpe?! ¿Qué se supone que deberías haberme advertido?, ¿qué estás hecho de piedra tanto por fuera como por dentro y que no te causa el menor remordimiento lastimar a las personas ni en lo físico ni en lo sentimental? ¡No sé por qué me sorprende!- chillé-. ¡Eres un maldito demonio y no entiendo cómo es que accedí a venir contigo! Debo estar loca... esto se acabó, no quiero volver a verte. ¡¿Te quedó claro?! ¡No quiero volver a ver tu cara nunca más!

- Sí, muy claro, creo que para ellos también está claro que no deseas volver a verme. Tus gritos se deben haber oído a cinco kilómetros de distancia- me dijo con voz calma apuntando en dirección a los dos muchachos que estaban a menos de un metro de distancia de la puerta de mi lado.

- ¡¿Ahora te importa que la gente te preste atención?!

- No, no me importa, pensé que te importaba a ti, por eso lo dije.

- ¡Púdrete!

- Sí, tarde o temprano lo haré, pero antes, déjame ponerte algo en claro-. Se acomodó sobre el asiento para quedar de frente a mí luego de apagar el motor-. Te traje aquí para que lo vieras a él, para que la vieras a ella, he intentado hacer esto del mejor modo posible- arrugó la frente-, tú insistes en ponérmelo cada vez más difícil, en sacar de mí lo peor. La idea era que Cristian no te viera y casi lo arruinas todo con esa escena. ¿Me pegaste? ¿Sabes cuánto has arriesgado con eso? ¿Acaso eres una temeraria o realmente estás loca? ¡Qué más da!- exclamó lazando las manos-. No tienes, ni nunca has tenido cordura. Sabes qué, se necesita un poco de locura pero tú siempre la aplicas en el momento y en el lugar errado, jamás hiciste una locura cuando lo ameritaba. No tienes ni idea de lo que es la pasión ni la entrega, de lo que realmente significa tener coraje y ese ex novio tuyo tampoco.

- ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

- ¡Todo! Es la razón de que yo esté aquí, es la razón de que tú estés aquí. ¡¿Sabes por qué te dejó?! Y con esto me refiero a las excusas que él te dio cuando terminó contigo.

Apreté los dientes, no podía responder porque no sabía que responder.

- Este es el momento para que seas prejuiciosa y optas por guardar silencio.

La verdad es que no te entiendo- me escupió a la cara de un modo horripilante-. Te dejó por dinero. Ella es hija única, heredará más de lo que puedas imaginar. Cristian eligió entre tú y el dinero de ella y se quedó con el dinero de ella sin que le importara en lo más mínimo lo que estaba despreciando.

- Sin duda no es el primer ser humano que hace semejante elección- dije yo, fue lo único que se me ocurrió.

Vicente meneó la cabeza. - No, sin duda no es el primer ser humano que hace semejante elección- se mordió el labio inferior-; lo que intento hacerte entender no es que él escogiera el dinero sobre la mujer con la cual iba a casarse, sino que escogió el dinero sobre la mujer de la cual todavía está enamorado; esa es una diferencia bastante remarcable creo yo.

Mi primer impulso fue creer que Vicente solamente lo afirmaba para engañarme, acaso esperaba que creyera que si le vendía mi alma por dinero podría recuperar a Cristian. No estaba mal pensando, si Cristian todavía me amaba volvería a mí si yo podía darle lo mismo que Ana en términos monetarios. Luego, algo me hizo sentir que no era un engaño, Vicente no despegó sus ojos de los míos y allí, frente a frente añadió:

- Su elección fue un claro ejemplo de cobardía, de falta de pasión.

- No te entiendo.

- A la semana de empezar su relación con Ana, Cristian recibió una muy buena oferta de trabajo, un puesto que podría haberle hecho hacer carrera por su cuenta, un ofrecimiento que nadie con lo que se debe tener, hubiese rechazado jamás. De aceptarla, le habría ido muy bien, pero él, como tú, no tiene la suficiente confianza en sí mismo. En cuanto Ana le dijo que lo quería a su lado para siempre, renunció a todo lanzándose a lo seguro sin molestarse en arriesgarse por ti o por su carrera. Simplemente se entregó al dinero, a la codicia.

- ¿Para qué me lo cuentas?

- Porque te ama y tú todavía lo amas-. Hizo una pausa-. Puedo hacer que vuelva a tu lado, puedo volver el tiempo atrás, puedo hacer que esa oferta de trabajo se le presente otra vez, sé perfectamente bien que él no podrá rechazarla por segunda vez, y también sé, que si la acepta, Ana desaparecerá de su lado porque la compañía que le ofrece trabajo es la mayor competidora de la empresa del padre de ella, y además porque es una empresa extranjera y el trabajo que le ofrecen implica dejar el país para instalarse en el extranjero. Ella nunca dejará a su padre.

Aferrando la mano dolorida con la sana, contra mi pecho, me relamí las lágrimas de los labios y parpadeé para aclarar mi visión. Intenté recomponerme, no deseaba darle entender que mi próximo movimiento no era seguro. Tenía que lograr que él comprendiera que no deseaba nada de lo que pudiese ofrecerme. - No me interesa. Llévame a casa por favor.

- ¡Ella no está enamorada de él y sabe que él tampoco la ama!- exclamó alzando la voz-. Solamente le interesa tener a alguien al lado. Ella compró su propio anillo de compromiso. Gastó una fortuna en él, lo hizo porque sabía que él no podía pagar demasiado; no estaba dispuesta a andar con algo insignificante, al menos insignificante a su modo de ver, en el dedo, y mucho que menos lucir eso entre sus amistades. No te preocupes, nadie saldrá herido si se separan.

- ¡¿Qué?!

- Nadie podrá echarte la culpa de su separación. No tiene que remorderte la conciencia si lo aceptas.

- ¡¿Aceptar qué: venderte mi alma a cambio de que Cristian regrese a mí?!

- Sé que cometió un error al elegir el dinero antes de a tu persona; todo el mundo comete errores, nadie está exento. ¡Tienes que poder perdonarlo!

- ¡No se trata de si lo perdono o no! No es que no pueda. No es que sea prejuiciosa. Soy tan dura con los demás como conmigo misma. ¡Y no lo defiendas! ¡Ni siquiera por intentar quedarte con mi alma, simplemente no lo defiendas!- me limpié la cara con la mano sana-. Lo nuestro fue un error desde el principio, un error que sería muy estúpido cometer dos veces. Ya no importa lo que él sienta por mí o lo que yo sienta por él. Se acabó-. No pude continuar hablando, me ahogaba en lágrimas-. Simplemente se terminó- concluí después de tragar-. No quiero volver con él... no voy a venderte mi alma por él- apreté los labios, dos semanas atrás hubiese dado el mundo por la posibilidad de tenerlo otra vez a mi lado-. Ahora sácame de aquí.

Vicente me miró en silencio. Un segundo después estaba sobre mí, abrochándome el cinturón de seguridad.

Hicimos todo el viaje de vuelta a casa en un silencio sepulcral, sin música, sin palabras.

7. Llorando de vergüenza.

Vicente abrió la puerta y me cedió el paso. Atravesé el living a oscuras sin mirar atrás; oír que cerraba la puerta de un portazo. Continuábamos sin cruzar una palabra, yo lloraba de vergüenza y no podía perdonarle el presenciar la caída de esas lágrimas, simplemente me resultaba insoportable saberlo testigo de cada uno de mis sentimientos, de los momentos más oscuros de mi vida.

Uno sueña con encontrar a alguien que te entienda a la perfección, que sepa exactamente qué pasa por tu cabeza a cada momento, que pueda adivinar qué sientes y cuando lo sientes, pero cuando lo encuentras, cuando esa persona, o en mi caso: ese demonio, está frente a ti y te mira igual que si viese a través de un cristal, no es nada agradable. Lo único que quería era que se fuera, que me dejara sola, que se olvidara de mí.

Vicente por lo visto, no parecía dispuesto a alejarse y mucho menos a darse por vencido. Me siguió hasta mi habitación, a la cual prácticamente me arrastré hasta llegar a los pies de la cama para tenderme en ella, así tal cual como estaba, con sandalias puestas, con el maquillaje corrido, con las horquillas clavándoseme en la cabeza y la mano hinchada y dolorida.

Ya era de noche, la persiana estaba levantada y entraba una suave brisa cálida. Acostada boca abajo, con la cara enterrada en la almohada noté que el colchón se inclinaba y hundía cerca del lugar en que tenía los pies, él debía haberse sentado en el borde de la cama.

Esperaba que de un momento a otro comenzara otra vez, con sus discursos, para intentar convencerme de entregarle mi alma... simplemente se quedó allí

en silencio, sin moverse ni un ápice, lo sé, porque la cama no se movió ni un poco.

Me quedé dormida y al despertar en plena madrugada Vicente ya no estaba allí.

La luz de la mañana dio de lleno en mi rostro despertándome antes de que el despertador de molestos chillidos aturciera mis tímpanos.

Mientras me estiraba en la cama tuve la impresión de que lo sucedido en la noche no había sido más que una horrible pesadilla; la realidad volvió a mí cuando vi el vestido sobre la silla en la esquina de la habitación. Verlo no resultó amargo en lo absoluto, podía haber sido doloroso- de hecho lo había sido- , gracias a eso, ahora yo sabía la verdad, completa, cruel, pero la verdad. Ya no guardaba esperanzas tontas sobre una reunión con Cristian.

Vicente podía ser un verdadero demonio sin corazón, frío y desalmado, y por ello, me había abierto los ojos de un modo en que nadie más lo había hecho antes. Con su crueldad logró abatirme, derrumbarme; eso ya no importaba, me parecía mucho mejor reconstruir mi vida de cero que sobre cimientos mal hechos que a la larga ningún peso podrían soportar.

...

El trabajo me ayudó a mantener la mente clara. Durante las primeras horas de la mañana me costó un poco no sentir cierto miedo, temía que Vicente apareciera otra vez en mi vida desbaratando todo otra vez. El miedo fue remitiendo poco a poco y llegué a convencerme de que no volvería a verlo, de que no quería volver a verlo. En mi cabeza estaba segura de no necesitarlo y mi corazón se encontraba demasiado confundido para poder manejar más problemas de los que ya lo abrumaban.

Fue un día agitado. Debido a la proximidad del fin de año, con sus respectivos festejos, vendimos más bebidas alcohólicas que en medio año. Los proveedores entraban y salían, los repartidores no daban a basto con los pedidos y los clientes nos volvieron locos a los tres.

...

En mi departamento el tiempo parecía no haber pasado. El vestido y los zapatos continuaban exactamente donde los había dejado; cambié eso de

inmediato. Eché todo dentro de las bolsas en que Vicente me los había dado y lancé todo al fondo del armario.

Preparé algo de cenar y me tiré en la cama frente al televisor, cuando me disponía a tomar el primer bocado sonó el teléfono.

- ¿Qué tal te fue anoche?

Era mi padre, parecía tan emocionado que me dio la impresión de que no estaba esperando oír mi voz sino la de alguien más.

- Bien papá, me fue bien.

- ¿Eso es todo? ¿A dónde fuiste, con quién fuiste?

- Fue una fiesta, papá, en casa de un amigo de alguien. No fue gran cosa. ¿Ustedes qué tal lo pasaron?- pregunté asumiendo que ya estaban de vuelta en la ciudad.

- Bien, estuvo bien, comimos hasta reventar igual que siempre... lo normal. El viaje de regreso fue un caos y a tu madre le dio dolor de cabeza- suspiró- ya estamos en casa y con un poco de suerte esto no se repetirá hasta el año que viene.

Su comentario me arrancó una risa suave.

- Cuándo vendrás por casa a saludarnos. Tenemos tus regalitos de navidad.

Bajé el volumen del televisor, esto iba para largo. - No estoy segura, en cuanto pueda escaparme del trabajo. Sabes que es un manicomio en esta época del año.

- Sí, ya lo sé, por eso te lo pregunto.

Inspiré hondo. - Estoy bien, papá- aseguré.

- ¿No supiste nada de Cristian últimamente?

De pronto todo se me puso negro. La luz del televisor desapareció, las paredes se tornaron borrosas.

- ¿Por qué preguntas?

Hubo un silencio.

- Si no hubiese pasado lo que pasó te casarías en dos días- una nueva pausa-, quizá él...

- ¿Él, qué?- inquirí medio de mal modo recuperando la visión.

Mi padre chasqueó la lengua. - La gente en ocasiones toma malas decisiones y después se arrepiente- recitó en tono conciliatorio.

Sentí algo extraño, acaso Vicente se había apartado de mi lado para ir a llenarle la cabeza a mi padre.

- ¿Hablaste con Cristian?

Mi papá enmudeció.

- ¡¿Papá?!
- Me llamó en la tarde, me pidió que no te lo dijera.
El corazón me latía con fuerza. - ¿Y qué quería?
- No lo sé exactamente. Me preguntó cómo estábamos todos, cómo estabas tú.
- ¿Y qué le dijiste?- empezó a dolerme el pecho además de la mano, es más, casi me olvidé de dolor de ésta.
- La verdad.
- ¿Eso qué significa?
- Pues nada...que te cuesta superar lo sucedido, que no estás del todo bien. Nadie esperaría nada diferente, no tienes por qué avergonzarte. De hecho creo que él tampoco está bien, y menos que menos feliz. Me contó... no sé si lo sabes, sé que será difícil de aceptar pero...
- ¡Va a casarse!- solté sin pensar. Ni se me ocurrió que tendría que justificar cómo lo sabía.
- ¿Cómo lo sabes?
- Lo intuí- mentí. Mi padre pareció aceptar la mentira sin problemas.
- ¿Y qué opinas de eso?
- No tengo nada que opinar, es su vida.
- Cristian no está enamorado de esa muchacha.
- ¿Cómo lo sabes, acaso te lo dijo?
- No, no me lo dijo, simplemente lo sé, me di cuenta. En todos los años que Cristian y tú salieron llegué a conocerlo bien. Sé que llamó porque no quiere casarse, estoy seguro de que su intención era saber si era correcto volver a acercarse a ti. No lo preguntó pero sé que quería conocer cuales son tus sentimientos por él.
- Yo...- balbuceé unos ruidos sin sentido ante la imposibilidad de decir nada más. Solamente podía rogar que todo aquello fuese una coincidencia, que Cristian no hubiese presenciado la escena que representé con Vicente, que no hubiese sido testigo de mi penosa huida.
- Todavía lo amas- no era una pregunta, mi padre estaba seguro de ello.
Me costó un momento asegurarle que eso ya no importaba.
- Las cosas cambiaron papá y te ruego, por favor, no se lo digas. No quiero volver a ver a Cristian. Si se equivocó, ya no es tiempo para volver atrás. Se terminó.
- Podrías estar dejando pasar al amor de tu vida.
- Gracias por el consejo, prefiero correr el riesgo, se terminó.
- Bien, como digas; que conste que creo que cometes un error.

- Puedo vivir con eso.
- Pero quizá Cristian no. Te prometo que no le diré nada, pero es posible que él ya lo sepa. No le di esperanzas con respecto a ti, aun así me parece que él las conserva por incentivo propio. No te sorprendas si uno de estos días te llama.
- Si vuelves a hablar con él dile que no lo haga.
- No pienso hacer tal cosa. Es un asunto de ustedes, no me interpondré en el camino de ninguno de los dos.
- ¡Pero papá!- estallé yo.
- Yo también te quiero corazón. Ven a verme pronto, si puedes durante la semana, sino nos veremos el fin de semana para las fiestas. Besos y que descanses.

Mi padre no me dejó meter bocado y al terminar de hablar cortó, dejándome así, con el teléfono en la oreja dándome la señal de tono.

Me asusté. Mi única, tonta y pobre reacción fue dejar el teléfono descolgado y apagar el celular, evitaría por cualquier medio que Cristian se comunicara conmigo.

8. Una segunda oportunidad.

Ni bien desperté colgué el teléfono y encendí el celular. Suspiré aliviada cuando en este último, constaté que no había mensajes pendientes. Cristian no había intentado ponerse en contacto conmigo. Por suerte, tampoco había señales de Vicente, lo cual era un respiro importante; lo imaginé muy lejos de aquí intentando convencer a algún pobre infeliz de venderle su alma.

Anoche, antes de dormir, estuve pensando en cuál sería el motivo por el que alguien de la talla de Alfredo Ruiz podría aceptar vender su alma al Diablo. Ese hombre tenía mucho, y más aún, de lo que muchos hombres pueden desear tener, e incluso así, algo que le faltaba, algo lo suficientemente importante y

valioso, que es posible que no pudiese comprar con dinero.

No se me ocurrió qué podía ser. Lo que sí comprendí, es que Vicente tenía en sus manos un poder que no muchos podían permitirse ignorar, y sin embargo yo lo había hecho... lo estaba haciendo. Podría haberle pedido cientos de cosas, cualquier cosa... y sin embargo, cuando me encontraba frente a él, no se me antojaba pedirle absolutamente nada. Mi mente se quedaba en blanco ante su presencia.

Sonreí al recordar el modo impáctate en que se presentó ante mí, la forma en que capturó mi atención y en cómo atolondró mis sentidos. A mí me deslumbró con su presencia, con su perfección pero sabía que eso no debería haber impresionado a Ruiz. Sentía curiosidad por saber qué le había dicho o hecho para convencerlo. ¿Con qué armas habría jugado ante él? ¿Habría sido cruel o diplomático, y cómo podía darse el lujo de presentarse en su casa en una fiesta, conocer a su mujer y codearse con sus amigos y conocidos?

Un trueno estalló con una potencia todopoderosa. El ruido reverberó en la densa y gruesa capa de nubes negras. Diluviaba, y me empapé por caminar las dos cuadras que separaban la parada del colectivo del local.

Susana me esperaba oculta debajo de un enorme paraguas rojo, su pelo y sus hombros estaban secos, no como los míos, pero de las rodillas para abajo estaba tan empapada como yo. El agua caía con fuerza tal, que rebotaba casi con furia sobre las veredas mojando todo con la misma contundencia con la que lo hacía al caer del cielo.

Otro trueno sonó con violencia sacudiendo la vidriera. El resplandor blanco se reflejó en el vidrio y luego en nuestros rostros.

Por la calle, los automóviles pasaban levantando olas de agua de lluvia que trepaban sobre el cordón y se extendían por las baldosas hasta la mitad de la vereda.

- Qué tiempo- comentó Susana luego de darme los buenos días. Se acercó a mí y me cubrió con su paraguas mientras yo abría los candados y sacaba el pequeño rectángulo de reja que me dejaría vía libre a la puerta, y eso, que yo ya estaba bien empapada. Igual le agradecí el gesto, poco se podía ver con la lluvia cayéndote en los ojos igual que si te estuviesen tirando baldadazos de agua en la cabeza sin piedad.

- Al menos no hace tanto calor- dije yo apartando la puerta de reja a un lado para buscar la llave que se suponía debía meter en la cerradura.

- Sí, pero tengo la impresión de que me saldrán agallas con tanta humedad.

Me reí y le cedí el paso al interior del local.

Una vez adentro nos pusimos a trabajar con toda tranquilidad, sabía que con un día así el trabajo no sería tanto.

Tal cual lo predije fue una mañana sumamente tranquila.

Daba la impresión de que estábamos solos en la tierra, las pocas personas que pasaron por la vereda lo hicieron corriendo refugiadas debajo de sus paraguas o pilotos. Los automóviles brillaban por su ausencia, la calle estaba inundada y por lo tanto intransitable. El teléfono tampoco sonó y no se presentó ningún proveedor.

Conté el dinero que juntamos entre los tres para pagar el almuerzo. Matías estaba abajo acomodando unas cajas de snacks salados que siempre quedaban por el medio ya que nunca les encontrábamos un lugar apropiado para que no se aplastaran y arruinaran, Susana deambulaba en el otro extremo del local, pasando un paño a las cajas de puros con la mirada perdida en la pared y la cabeza en cualquier parte.

No me percaté de que la puerta se había abierto hasta que la oí cerrarse. El carillón no sonó, y eso provocó que instantáneamente se me hiciese un nudo en el estomago.

Recé que fuese el chico con nuestras hamburguesas, pero la persona que había entrado no tenía el tipo de adolescente lleno de granos que prueba suerte con su primer trabajo.

Mis ojos se cruzaron con los suyos. Parpadeé varias veces para convencerme de que no alucinaba. Pretendía con mis párpados borrarlo de mis retinas; Vicente no desapareció. Me sonrió y caminó hasta mí sin titubear. Me di cuenta de que estaba muy seco, me pregunté cómo lo había logrado si aún continuaba lloviendo a cantaros. La caminata desde la puerta de su insultante Mercedes Benz negro, hasta la puerta del local era suficiente para quedar chorreando agua y no veía que llevase paraguas alguno con el cual pudiese justificar verse tan perfectamente seco, prolijo y bien como siempre.

- ¡¿Qué haces aquí?!- mis palabras no pretendían sonar amables ni mucho menos. Fui grosera pero sinceramente, no esperaba ni deseaba volver a verlo.

- También me alegro de verte- me contestó él sonriendo.

- Vete- mascullé entre dientes procurando que Susana no me oyera. No quería tener que dar explicaciones ni inventar ninguna mentira.

- ¿Así recibes a tus clientes?

- Aquí no hay nada a la venta que tú puedas comprar, no al menos nada que te

pueda interesar-. Esperaba que le quedara claro que lo que le había dicho la otra noche era muy en serio. Me plante lo más firme que pude sobre mis pies y enderecé la espalda, rogaba que el gesto me hiciese ver más decidida y segura.

- Te equivocas- aseguró-. Voy a dar una fiesta y he venido en busca de bebidas. Voy a gastar una buena suma- añadió.

- No me interesa, no gano a comisión. Puedes irte, no pienso venderte nada.

- Sí, creo que ya te escuché mencionar eso- torció la boca a un lado-, pero me pareció que quizás tuvieses algún que otro motivo para cambiar de opinión.

Me incliné sobre el mostrador y lo amenacé con mi mano sana.

- No sé qué fue lo que hiciste, no lograrás convencerme. No me importa que pongas al mundo en mi contra, no dará resultado- mascullé entre dientes destilando furia.

- No tengo idea de qué me acusas.

- Vete.

- No, realmente no quieres que me vaya-. Se inclinó sobre mí, por lo que me aparté-. No soy malo, realmente no lo soy, por eso, para demostrarte que te equivocas, te daré una segunda oportunidad.

- No la quiero- dije con un hilo de voz. No iba a permitir que me deslumbrara una vez más, lo quisiera o no él, lo estaba logrando, su sola presencia, incluso si no hubiese pronunciado ni una sola palabra, era suficiente para borrar de un plumazo mi voluntad.

- ¿Qué tal si se la doy a Cristian?

Así rompió el encanto. - ¿Vas a pedirle que te venda su alma?

Ladeó la cabeza. - No sería mala idea.

- Él puede hacer lo que quiera con su vida- entoné para hacerle creer que no me importaba en lo más mínimo. Mentira.

- Sí, por supuesto que puede- entornó los parpados y se cruzó de brazos-, ¿no te importa que de su alma al diablo por tenerte a su lado?

- No me incluyas en el plan.

- Es eso lo que él quiere. Te quiere a ti- dijo el desviando la vista por un segundo en dirección a Susana. Desde dónde yo estaba no podía verla pero intuía que sí ella veía a Vicente de seguro no vendría a interrumpirnos por miedo a dar al traste con sus planes de juntarnos.

- No te atrevas a meterte con él- le advertí apuntándolo con un dedo de mi mano sana.

- ¿Por qué, temes que su alma se pudra en el Infierno, no quieres que él se

arriesgue por ti, porque realmente te importa tanto como para desear salvarlo para toda la eternidad, porque no quieres que su alma pase el resto de la eternidad en el Infierno y la tuya en el cielo? Todo eso puede arreglarse, puedo darles a ambos lo que desean y así pasaran juntos sus existencias hasta el fin de los tiempos.

- ¡Lárgate!- le escupí a la cara.

Vicente inspiró hondo, se le dilataron las aletas de la nariz. Descruzó los brazos y apoyó las palmas de las manos sobre el mostrador. Al hacer esto sus hombros se alzaron, por lo que su espalda se me antojó más ancha y grande. Así en esa pose parecía muy capaz de partir el mostrador al medio sin el menor esfuerzo.

- Empiezas a hacerme enojar- gruñó.

- No te tengo miedo.

Fijó sus ojos de acero en mí, apretó los labios y meneó la cabeza en señal de desagrado. - Te dije que deberías temerme.

- Púdrete.

Vicente bajó la cabeza.

- Vete o llamo a la policía.

- ¿Quieres que dé un espectáculo?- me preguntó con una voz ronca que sonó igual que si proviniese de ultratumba, sin levantar la cabeza ni la vista del borde externo del mostrador. Sus dedos estaban a punto de hincarse en la pulida y suave superficie del roble.

- A que no te atreves- tragué saliva-. Si quisieses hacer algo en mi contra ya lo habrías hecho...- al oír en voz alta las palabras que había pensado, me resultaron demasiado provocadoras y por ende, peligrosas. ¿Por qué no terminaba de asumir que él era realmente un demonio y que más me valía no hacerlo enfadar, no al menos hasta que no supiese de lo que era capaz de hacer?

- Cierra la boca- entonó en ese mismo escalofriante tono de voz, el cual no condecía con su imagen.

Su tono autoritario me sacó de quicio, me olvidé de mi reciente resolución de no hacerlo enojar, no estaba dispuesta a permitir que me amedrentara con sus amenazas vanas que no nos llevaban a ninguna parte.

- No quiero cerrar la boca, no voy a venderte mi alma y te juro que si tocas a alguno de mis seres queridos voy a...

Su mano se me vino encima tan rápido que no pude esquivarla, es más, ni siquiera sabía que tenía intención de hacer con ella, es por eso que cuando la

cerró sobre mi mano dolorida grité, más por sorpresa que por dolor. El sonido no salió de mis labios, ya que la otra mano de Vicente tapó mi boca al tiempo que clavaba sus dedos en mis mejillas y mentón. El truco que había utilizado la vez que me tiró al piso de mi cocina no pudo ser llevado a cabo otra vez, intenté despegar las mandíbulas para darle un buen mordiscón pero tenía sus dedos hincados en la carne. Su mano cumplía a la perfección la función de una mordaza, de la cual no me podía librar y no podía moverme para desembarazarme de él ya que aún presionaba mi mano dolorida entre sus dedos, tanto que el más mínimo movimiento de mi parte me hacía ver las estrellas de dolor. El corazón me latía a cien kilómetros por hora y apenas si podía respirar, lo peor de todo, es que el poco aire que lograba inspirar por la nariz rozaba la piel de su mano, trayéndome el perfume de su piel.

- No te estoy preguntando si deseas o no venderme tu alma, tendrás que hacerlo te guste o no. Así son las cosas- me susurró al oído-, simplemente necesito que me digas qué es lo que quieres a cambio. Dilo- se apartó un poco, lo suficiente para poder mirarme a los ojos-, y desapareceré de tu vida para siempre-. Me soltó la mano y la boca-. Me estoy cansando de esperar- concluyó.

Dio un paso atrás y se acomodó las ropas, luego, se metió la mano debajo del saco y extrajo del bolsillo interno, un papel que de mal modo estrelló contra la superficie del mostrador.

- Esta es la lista de lo que necesito para el sábado, quiero todo en mi casa cuanto antes. Tienes la dirección, pagaré la cuenta en efectivo contra entrega...- dio otro paso hacia atrás-. En cuanto tomes una decisión házmelo saber, no me gustaría tener que volver a buscarte. Puedo darte una segunda oportunidad, no una tercera. No tengo tanta paciencia.

Vicente dio media vuelta y salió del local. Desapareció de mi vista debajo de la cortina de lluvia. Del mismo modo que la lluvia se precipitaba afuera, las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. No pude evitar derrumbarme detrás del mostrador.

Me llegó desde muy lejos, el sonido del carillón de la puerta.

- Hola- llamó una voz juvenil a la que nadie respondió-. ¿Hola?- el muchacho subió el tono de voz. Yo lo oía pero no era capaz de responderle. No tenía fuerzas para contestar, además no me era posible dejar de llorar. Estaba acurrucada entre el mostrador y la pared, con el pecho sobre los muslos y las manos en la cara hecha un manojito de nervios. El miedo por fin me había vencido pese a todos mis estúpidos e inútiles planes de darle un giro de ciento

ochenta grados a mi vida. Supongo que por fin comprendí que me enfrentaba a un demonio, el cual tenía la capacidad para hacer de mí lo que quisiera. Me impresionó que con tanta soltura pudiese controlar los hilos de mi vida con el fin de lograr su cometido.

- ¡Ah, hola!- exclamó Susana al otro lado del mostrador.

- Tengo su pedido.

- Sí, gracias- Susana hizo una breve pausa-, aquí está el dinero- supuse que ella lo había encontrado sobre el mostrador allí mismo, donde quedara cuando Vicente llegó-, ¿pero dónde...?

Susana debe haber oído mis penosos sollozos. Sentí que se inclinaba sobre el mostrador, pude adivinar, que al igual siempre, cada vez que trepaba con los brazos debajo del pecho sobre la superficie de madera, sus pies colgarían a varios centímetros del piso.

- ¡Eliza!

Alcé la cabeza y la miré con los ojos inundados en lágrimas.

El chico de la casa de comidas rápidas lanzó una mirada curiosa en mi dirección, por encima del hombro de Susana.

- ¿Se encuentra bien?- preguntó de un modo indiferente, como si yo no fuese consciente de lo que me sucedía.

- Sí, creo que sí. Muchas gracias por todo. Yo me haré cargo.

- ¿Seguro?- el muchacho me miró otra vez-, ¿puedo llamar a una ambulancia? ¿Tan mal me veía?- me pregunté mientras me limpiaba las lágrimas de la cara con las manos, completa y absolutamente en vano, ya que no podía dejar de llorar.

- No, no hará falta. Puedes irte- le dijo Susana empujándolo para rodear el mostrador y llegar a mí.

Oí el carillón en el exacto momento que Susana me rodeaba los hombros con un brazo sin decir nada. En un gesto cariñoso y maternal, me apartó el pelo de la cara y me acarició la cabeza.

- Cuanto lo lamento- me susurró-. Sé que debe dolerte pero eres fuerte, lo superarás. Un día encontrarás a alguien realmente bueno para ti, alguien que te haga olvidar a ese maldito cretino... a alguien que por nada del mundo se atreva a lastimarte de ese modo, a alguien que termine odiando a Cristian por haberte hecho sufrir tanto. Ya verás, llegará el momento en que esto te parezca un mal sueño y nada más. Terminarás por olvidarlo... lo harás- remarcó estrechándome contra su cuerpo.

Comprendí que ella no tenía ni idea de la razón de mi llanto, o mejor dicho,

equivocaba los motivos, debía pensar que lloraba por mi compromiso frustrado, por lo que se suponía debían ser las vísperas de mi casamiento.

Dejé que me reconfortara. Necesitaba de una amiga más que nunca. Me dejó llorar en su hombro el tiempo suficiente para que mi respiración se recuperara, luego se apartó y me hizo mirarla a la cara.

- El mejor amigo de Sebastián acaba de romper con su novia, ella lo engañó. Qué te parece si organizamos una cita de parejas para que ustedes dos se conozcan. Es muy buen muchacho, todo un encanto, un poco tímido pero super inteligente. Todo un caballero. No es como nuestro “adonis” pero tiene lo suyo- añadió sonriente, pero con ojos tristes.

Mis ojos se anegaron en lágrimas una vez más ante la mención de Vicente. Susana volvió a malinterpretarme.

- No te preocupes, si se porta mal contigo al menos tendremos la seguridad de que alguien te vengará. Sebastián puede darle una buena paliza si yo se lo pido.

No pude evitar reírme.

- Gracias, lo pensaré.

- ¿Llegó la comida?- preguntó Matías con un grito desde el depósito.

- ¡Sí!- gritó Susana en respuesta aturdiéndome.

Rebuscó algo en su cartera y sacó un paquete de pañuelos de papel. - Ten.

Tomé uno y me sequé la cara con cuidado de no estropear todavía más mi aspecto, esperaba no tener toda la máscara de pestañas corrida por la cara.

- ¿Vas a estar bien?

- Creo que sí.

- Sí quieres hablar de ello...

No podía hablar de ello. No me figuraba de qué modo podía explicarle lo que en realidad me tenía en ese estado sin que me creyese una demente perdida.

Quizá algún día- pensé esperanzada.

- Gracias-. Me limpié la cara e hice el ademán de ponerme de pie. Ella se levantó primero para dejarme lugar.

- ¿Dónde se metieron?

Matías debía haber llegado.

- ¡Aquí estamos!- exclamó Susana saliendo a la superficie.

- ¿Qué estaban haciendo ahí aba...? - Matías se cortó en seco cuando me vio. Su ceño fruncido se relajó de inmediato. No preguntó nada, no necesitaba ser adivino para saber que pasaba; él estaba al tanto de mi historia, nos había oído hablar a Susana y a mí en varias ocasiones. Matías sonrió y dijo algo sobre la

comida, sobre el hambre que tenía.

Sin más nos sentamos los tres alrededor del mostrador.

- ¿Qué es esto?- preguntó Susana desplegando la hoja doblada que Vicente había dejado sobre el mostrador mientras Matías repartía las hamburguesas, papas y gaseosas, desparramando entre medio los sobres de ketchup, mostaza y mayonesa. Sus ojos se abrieron como platos-. ¡Madre de Dios!- exclamó llevándose una mano al corazón-. ¿Qué es esto?

Le arrebaté la hoja de las manos sin contestar. Mis ojos bajaron rápidamente por la lista de bebidas y otros productos que Vicente pretendía que le fuesen entregados en su domicilio.

- ¿Qué es?- curioso Susana.

- Un pedido de Vicente Campo.

- A ver- Matías me sacó la hoja de las manos.

- ¡Guau! Ese tipo debe estar forrado en dinero-, bajó la hoja, esto va a sumar un dineral- me devolvió la lista-. Linda forma de vivir, se lo debe pasar a lo grande.

- ¿Cuándo vino?

Me quedé mirando la hoja atontada. - ¿Qué?

- ¿Qué cuándo vino?, no lo vi entrar-. Giró el cuerpo sobre la banqueta para mirar hacia fuera ya que estaba de espaldas a la puerta-. Me lo perdí- rezongó lástima.

- Se fue hace cinco minutos- expliqué.

- ¿Y, cómo estuvo?- curioso Susana. Sus ojos chispeaban-. ¿Todavía no te invitó a salir? Seguro que se muere porque le des una señal que le permitía hacer un movimiento.

Matías le arrancó con los dientes, un trozo al sobre de ketchup y luego lo descargó sobre las papas fritas.

- No- dije abstraída con la mirada fija en las papas cubiertas de ketchup.

Susana abrió la caja de su hamburguesa. - Y no notaste nada, no te insinuó nada.

Vicente había hecho bastante más que insinuarme algo, sólo que ese algo nada tenía que ver con lo que Susana pretendía para él y para mí.

Tuve que hacer un esfuerzo para lograr que la comida bajara por mi garganta, aun así, parte de mis papas fueron devoradas con fruición por Matías cuando se las cedí, aduciendo que ya estaba llena. Él me miró con ojos agradecidos mientras abría con los dientes otro sobre de ketchup.

...

La lluvia no paró de caer, ni siquiera amainó. Llegué a casa empapada. La penumbra era dueña de mi hogar, otorgándole un aspecto desolador.

Caminé entre la mesa y el sillón y encendí la lámpara de la mesita del teléfono. Le eché una ojeada al visor del contestador automático, el contador marcaba cero. Suspiré aliviada, era una buena señal no tener mensajes ni de mi padre ni de Cristian. No podía tomar una decisión bajo presión, de hecho, no podía tomar decisión alguna.

Durante todo el viaje de camino a casa, le di vueltas al asunto una y otra vez. No podía ni imaginar de lo que era capaz Vicente por quedarse con mi alma, de lo que sí estaba segura era de no estar dispuesta a permitir que lastimase a nadie por obtenerla. No me hacía la idea de cómo detenerlo, de cómo sacarle de la cabeza su emperrada actitud. Ciertamente ni imaginar, ni mucho menos entender, qué pasaba por la mente de un demonio, no tenía idea de si podía tener algún tipo de remordimiento o reparo ante el dolor y la desesperación ajena.

Por el modo en que se comportó hoy es evidente que no. Se me antojaba imposible poder razonar con alguien así, más allá de que había sido categórico, muy en claro dejó que mi alma sería suya a cualquier precio.

Tiré la cartera sobre la poltrona verde y me desparrame sobre el sillón. Me saqué los zapatos empujando uno con otro y me tendí en la oscuridad.

¿Por qué quería mi alma?- me pregunté una y otra vez sin encontrar respuesta-. ¿Qué había hecho yo para que un demonio la pretendiera con tanto ahínco?

A punto de explotar, me senté con un movimiento brusco agarrándome la cabeza.

- ¡Un demonio tratando de convencerme de venderle mi alma!- mientras pronunciaba esas palabras se me ocurrió una idea que no me había venido a la mente antes. No tenía a quién más recurrir, incluso no estaba segura de que ellos creyeran en mí. Tenía que encontrar a un párroco, uno de confianza, alguien que de antemano supiera que no era una loca que se escapó de un manicomio, para que así me brindara al menos un corto margen de credulidad antes de terminar de oír lo que tenía que contar. Si alguien conocía la existencia de este tipo de criaturas dando vueltas por la tierra debían ser los que se supone son predicadores de Dios. ¡¿Pero de donde iba a sacar yo un sacerdote de confianza?!

Me propuse que eso sería lo primero que haría en la mañana. Había una

iglesia a menos de dos cuadras de mi casa, pasaría por allí antes de ir al trabajo.

Esa noche no dormí demasiado bien, a pesar de haber cerrado puertas y ventanas, no me sentía segura, Vicente ya se había colado una vez en mi departamento sin forzar ninguna entrada y sin duda era capaz de repetir su acto cuantas veces quisiera, por lo que amanecí junto con la claridad del amanecer, mucho antes de mi horario habitual para despertarme. No eran ni las siete de la mañana y yo ya estaba en pie, contra la mesada de la cocina, esperando que el café terminara de colarse.

Roí una galletita sin el menor interés por saborearla mientras miraba por la ventana. El mundo continuaba girando con normalidad. Me pregunté cuantas personas allí afuera sabían de la existencia de demonios caminando entre nosotros, cuantos habrían pasado por esto mismo... ¿acaso alguno de ellos había conseguido negarse a lo que ellos ofrecían? Si nadie había podido, esperaba poder ser la primera.

Bebí el café cuando todavía estaba demasiado caliente y a toda prisa me preparé para salir.

Mientras caminaba las escasas calles que me separaban de la iglesia, empezó a tronar otra vez, por suerte no cayó ni una gota; la humedad ambiente se ocupó de pegotear el uniforme que llevaba puesto, contra mi piel. El cielo tenía un aspecto amenazador. Las nubes continuaban agolpadas unas contra otras. Eran tan oscuras que parecían una coraza de hierro.

No sabía mucho de iglesias y de su funcionamiento, pero tal como supuse, estaba cerrada, de modo que me dirigí a una puerta lateral que noté alguna vez al pasar por allí, apreté el timbre de un viejo portero eléctrico.

No sé si es que la ansiedad era dueña de mi ser o que realmente tardaron mucho en contestar. Para mi sorpresa, la voz que emergió de la caja de metal era una voz femenina, en apariencia de una mujer mayor.

- Buenos días- saludé al aclararme la garganta-, mi nombre es Eliza Pérsico y...-iba a lamentar esto, estaba segura-, necesito ver al párroco, por favor.

Del otro lado se produjo un silencio más largo de lo esperado.

- El padre José todavía no está disponible; ¿es por alguna urgencia?

Me mordí el labio, no sabía qué contestar. Para mí era urgente, tenía un demonio pisándome los talones, respirándome en la nuca; no me pareció que sacar a aquel hombre de la cama, o interrumpir lo que fuese que estuviese haciendo, por más que fuese un hombre de la iglesia y de Dios con toda la buena voluntad del mundo, me granjearía muchos puntos a mi favor para que

luego me escuchara con la atención y la mente lo suficientemente abierta para no juzgarme de antemano-. No, está bien, le agradezco- no podía explicarle a esa mujer lo que me sucedía-, regresaré en otro momento.

- Como guste. A las diecinueve hay misa, si quiere volver, para entonces el padre podrá atenderla.

- Claro, gracias. Que tenga buen día- dije y salí corriendo. Mi coraje se había acabado allí.

Me detuve al llegar a la esquina, era demasiado temprano para ir a trabajar. No tenía donde ir y no quería regresar a casa. El cielo no pronosticaba nada bueno por lo que no me pareció buena idea caminar. Miré alrededor. La calle estaba semi desierta. Pasaba algún que otro automóvil, y un par de personas caminaban rumbo a sus trabajos.

En ese momento no me percaté del auto negro que se me venía encima. Tomé conciencia cuando éste desaceleró en la boca calle y poco a poco, se acercó a la esquina en la que yo permanecía parada muy quieta, igual que un poste de luz.

El Mercedes-Benz se paró muy cerca de mí, peligrosamente pegado al cordón de la vereda, la puerta del conductor quedó justo delante de mi cuerpo. Adiviné la cara de Vicente debajo del vidrio oscuro, debía reírse de mi patético intento de buscar ayuda.

El vidrio se deslizó hacia abajo lentamente. Vicente asomó la cabeza.

- Buenos días- me saludó tranquilamente, sonriendo.

- ¿Me sigues?

Puso cara de ofendido.

- Desconocía esa faceta tuya.

- ¡¿Qué faceta?!

- ¿No es un poco temprano para asistir a misa?

Tragué saliva.

- ¿Crees que ese hombre puede ayudarte?-. Hubo un momento en silencio, de seguro no esperaba que respondiera, supongo que solamente no añadió nada más para remarcar lo tonta de mi idea-. El padre José no es más que un hombre; no podrá hacer nada por ti más que recomendarte que reces por tu alma y ese tipo de cosas que dicen los sacerdotes-. Volvió la vista al frente. El motor del auto todavía estaba encendido-. Suerte para ti que no le gusta que lo molesten cuando desayuna, sino habrías pasado una gran vergüenza. Te hubieses puesto en ridículo de una manera espectacular.

No necesitaba la ayuda de nadie, me ponía en ridículo yo sola.

No hizo falta preguntarle cómo sabía todo eso. Podía afirmar que no le gustaban los trucos de feria pero mencionar todas esas cosas era sin duda, un truco de feria mucho más real e impresionante que cualquier puesta en escena con llamas, lava ardiente o cualquier otra cosa a la que los demonios pudiesen recurrir para atemorizar a la gente. Quedaba claro que no se perdía ni un solo aspecto de mi vida, nada de lo que hiciese o dejase de hacer se le pasaba por alto.

- Sube- dijo. No sonó como un orden, pero resultaba evidente que lo era. Vicente tenía la extraña facilidad de ordenarte cosas en el mejor y más ameno de los tonos, así y todo, podías darte cuenta de lo contundente de su pedido, y de que si no hacías lo que tan amablemente te ordenaba... bien, mejor que supieras que deberías atenerte a las consecuencias de no hacerlo.

- Para qué, si tienes algo más que decirme puedes decirlo ahora... aquí.

- ¿Estás enojada por lo de ayer?

Le dediqué una mirada cargada de ira. Todavía me dolía la mano de la bofetada que le di el fin de semana y junto con lo de la noche anterior era suficiente para que me dieran ganas de comérmelo vivo.

- Perdí los estribos. No es mi manera de reaccionar, es que me sacas de quicio- explicó con tranquilidad, sonriendo como si estuviésemos discutiendo la cosa más trivial del universo-. Es preciso que te quede claro que todo lo que dije va muy en serio. Tu alma va a ser mía, eso está fuera de discusión, por otro lado, te repito que mi paciencia puede agotarse. No pretendo presionarte pero te agradecería que no me hagas perder el tiempo y que te decidas de una vez.

- ¡¿No pretendes presionarme?!- estallé yo-. ¡¿Coaccionar a la gente tanto física como mentalmente no te parece presión suficiente?!

- Ayer no...

- ¡Me importan un cuerno tus disculpas!

Abrió los ojos de par en par. - Esa no es forma de hablarme.

- Estoy cansada de tus amenazas. De que me sigas, de que me espíes. ¡De que te metas en mi vida! ¡No voy a darte mi alma! Tendrá que venir el mismísimo Diablo por ella si es que lo quiere.

- Cuidado con lo que pides.

- ¡Deja de amenazarme!- le espeté y en un arranque de furia tomé envión y le propiné una patada a la puerta de su flamante, lustroso y excesivamente caro automóvil. Para luego, cojeando, dar media vuelta y regresar a casa.

Oí que a mis espaldas la puerta del auto se abría y luego cerraba.

- Siempre tuviste problemas en aceptar la autoridad- me dijo. Me seguía a pocos pasos de distancia-. Puede que hasta ahora eso no tuviera mayores consecuencias- su voz sonó más próxima-, la realidad es otra- me agarró del brazo obligándome a detenerme.

Le plante cara.

- Vindrás conmigo te guste o no.

Me desembaracé de su brazo de un sacudón, mejor dicho, él permitió que me soltara, sé que de otro modo jamás me hubiese librado de su mano.

- Sube, por favor- me pidió con serenidad.

Giré la cabeza y le eché una ojeada a su automóvil, el cual había quedado en la esquina, prácticamente tirado en la calle, con la ventana abierta.

- No puedo llegar tarde al trabajo.

- No llegarás tarde a trabajar- me aseguró con una sonrisa indulgente plasmada en sus perfectas y angulosas facciones-. Lo prometo- añadió llevándose una mano al corazón e inclinando la cabeza hacia adelante-; no entiendo porqué te preocupa tanto tu trabajo, si aceptaras mi propuesta ya no tendrías que ni moverte de tu casa si así lo quisieras.

- Solamente quiero llegar a tiempo para abrir el local, no existe nada más que pueda querer de ti.

- Puede que en una hora no opines lo mismo.

Resoplé molesta; su excesiva confianza en sí mismo me exasperaba.

Vicente me guió hasta el automóvil. Una de sus firmes manos se mantenía a cierta distancia prudencial de mi espalda, sin tocarla, apenas rozando la tela de la camisa que llevaba puesta, en un gesto que hacía evidente que temía que diese media vuelta e intentara escapar, así él, estaba listo para impedírmelo. Sinceramente me pareció una tontería, dudaba que pudiese escaparme de sus garras y mucho menos de su veloz vehículo, y si con suerte, lograba llegar a mi casa, ni las paredes ni la puerta de ésta, podrían mantenerlo alejado de mí.

Vicente rodeó el Mercedes conmigo, me abrió la puerta y esperó a que me sentara en la confortable butaca de cuero, para cerrarla. Recorrió al trote el trayecto hacia el otro lado y entró en el automóvil, sonriente, supongo que feliz de haber logrado su cometido.

- El cinturón- me recordó mientras quitaba el freno de mano.

- Tú no te pones el tuyo.

Me oyó pese a los ruidos que emitió el motor del auto en respuesta a la presión de su pie sobre el acelerador. Rió, pude notar cierta picardía en el sonido que emergía de su garganta.

- No lo necesito- se jactó.

Mi cinturón soltó un chasquido al quedar asido en la hebilla. - ¿No lo necesitas?

Negó con la cabeza.

- Es decir que si chocamos y sales volando por el parabrisas nada te sucederá al chocar de cabeza contra el pavimento- precisé yo.

Arrugó la frente mirándome ceñudo. Tenía una mano sobre el volante y la otra en la palanca de cambio.

- No eres ningún angelito, ¿no es cierto? Sin duda deseas verme con el cráneo aplastado sobre el pavimento con tal de librarte de mí. ¿A que eso no te causaría el menor remordimiento?

Se equivocaba, pero no pretendía desengañarlo. - No creas que eso nos pone a la misma altura. Lo mío sería en defensa propia.

Soltó el embrague para dejar que el automóvil se moviera. Puso un cambio y luego me miró fugazmente. Un relámpago resplandeció en sus ojos.

- ¿Cómo estás tan segura de que yo no actúo en defensa propia?- me preguntó poniendo cara de circunstancia.

- Vamos, si eres un demonio por algo ha de ser.

- ¡Auch!- exclamó frunciendo la nariz. Se burló de mí simulando que mis palabras le habían dolido.

- ¿Acaso te ofende oír la verdad?

- No, la verdad no debería ofender a nadie, pero tú no tienes ni idea de cómo son las cosas.

Noté cierta melancolía mezclada entre sus palabras; no permití que aquello me afectara, si lograba encontrar un punto débil en él lo atacaría.

- ¡Sí, sí tengo! No pedí esto, es más, intento que comprendas que no quiero hacer tratos contigo, creo que eso marca una diferencia bastante substancial entre ambos. Simplemente quisiera poder recuperar mi vida y que tú desaparezcas de ella.

- Eso mismo es lo que te estoy ofreciendo.

La tranquilidad con la que pronunció aquellas palabras provocó que enrojeciese de ira.

- ¡No te burles de mi!

Su rostro se enmascaró con un gesto torvo, duro y frío.

- No me burlo- me aseguró frenando bruscamente ante el semáforo en rojo, ninguno de los dos nos habíamos percatado de las luces. El automóvil dio una fuerte sacudida, tanto que yo con cinturón de seguridad y todo, me despegué

del asiento. La gruesa tira se me clavó en el pecho y en el costado del cuello, en cambio él, asido al volante, no se movió ni un ápice. Sus manos eran de hierro, igual que sus ojos.

Giró la cabeza en mi dirección.

- Intento ofrecerte un buen trato a cambio de tu alma... el mejor que puedas conseguir. Entiende que no puedes negarte.

- ¿Por qué no? ¿Acaso existe una ley para los tratos con demonios que indiquen que uno no puede rechazar su oferta?

- Nadie jamás se ha negado o se ha podido negar a lo que yo el ofrezco.

- ¿Quieres decir que...- me costaba entonar aquellas palabras- todas las personas a las que les has ofrecido algo a cambio de sus almas, aceptaron?- me pregunté cuántas habrían sido, el detalle podía parecer insignificante, por la mueca en el rostro de Vicente, pude adivinar que sin duda, no eran pocas. Se me antojó que sin duda, aquel número pesaba mucho para él, y no en un buen sentido, como un record, una marca a batir, sino más bien a modo de un insoportablemente pesado lastre.

¿Sería eso cierto o solamente era lo que él deseaba que yo creyera? Por un instante, además de asustada por lo rotundo de aquel gesto, me sentí turbada por verme tan afectada de algo parecido al síndrome de Estocolmo. ¿Habría algo similar que provocara que demonio y humano en tratos formasen un lazo semejante? ¿Pretendía que me apiádese de él con tal de que le entregase mi alma?

- Así es- entonó-. Nadie se ha negado jamás.

De pronto la mañana de verano se me antojó helada.

El semáforo se puso en amarillo.

- Debido a tu poder de convencimiento o por que...

- O por qué el Diablo ha metido su cola en ello- completó él-, la verdad es que no estoy muy seguro, lo que sí sé con certeza es que todos han acabado tomando lo que les brindaba-. Hizo una pausa-. Mira, no sé de nadie que no haya sucumbido a lo que un demonio le ofrece, todos y cada uno de los que han sido visitados por un demonio siempre ha aceptado hacer trato con ellos y si no han aceptado de buen grado al menos lo han hecho por la fuerza, porque saben que no les queda otra opción.

- Lo dices para asustarme-. Esperaba que así fuese, que sus palabras fueran una vil mentira articulada para asustarme.

El estridente sonido de una bocina me sobresaltó. Giré sobre el asiento y vi que teníamos toda una fila de automóviles con conductores enojados haciendo

todo tipo gestos -nada amables por cierto- a la cola del negro Mercedes.

- No lo digo para asustarte- afirmó después de lanzar una mirada displicente a la fila de automóviles-, lo creas o no es la verdad- se acomodó sobre el asiento-, por eso, te recomiendo que tomes lo que te ofrezco de una buena vez. Sin duda yo no soy lo peor que puede sucederte.

- Y continúas amenazándome.

Vicente sacudió la cabeza, parecía fastidiado. Sin contestar a mi aguijoneo aceleró. Las ruedas patinaron sobre el asfalto húmedo chirriando enloquecidas.

- A dónde me llevas- le pregunté cuando perdí rastro de nuestro rumbo. Hasta entonces ambos habíamos permanecido en silencio sin siquiera mirarnos.

- Ya lo verás.

Ni cinco minutos después, detuvo el Mercedes-Benz a la entrada de una moderna y lujosa torre de departamentos. La entrada estaba hecha íntegramente en vidrio, el hall era enorme y luminoso, por a través de los cristales podía verse el florido y verde jardín que rodeaba la planta baja, sobre dos entradas laterales que sin duda correspondían al garaje. Lo único que interrumpía la vista eran los cuatro ascensores de acero y dos escaleras que parecían flotar desde el suelo hasta el primer piso, uno a cada lado de cada una de las dos filas de ascensores. Literalmente el edificio parecía suspendido sobre un cubo de cristal, sostenido por cuatro pilares pintados de gris claro, el mismo color que se extendía por la fachada, todo a lo alto de la gigantesca torre.

- ¿Qué hacemos aquí?- le eché un vistazo a mi reloj, todavía tenía tiempo de sobra para llegar al trabajo pero quería que él recordase que no pensaba llegar tarde al trabajo, mi intención era pasarle mi pretendida urgencia.

- Deberías ejercitar la virtud de la paciencia. Te hace falta-. Detuvo el motor y se asomó por delante de mí en dirección al edificio. Cuando lo hizo, su perfume invadió todo mi ser, embriagándome. Lo tuve más cerca que nunca antes y eso me hizo estremecer.

- ¿Qué hay?- le pregunté con voz temblorosa procurando no moverme para no tocarlo.

Vicente se apartó.

- Compruébalo por ti misma-. Señaló hacia afuera con un dedo.

Allí terminaba su participación.

Todavía no comprendo por qué me volví a ver hacia dónde él había apuntado. En un principio me costó reconocerla; cuando se aproximó a las puertas no me quedó ninguna duda de quién era.

La prometida de Cristian apareció del brazo de un hombre que no era Cristian y con el cual sin duda se sentía muy familiarizada, o tal vez, algo más que eso, ya que antes de llegar a la puerta le estampó un fogoso beso sobre los labios, el cual me hizo bajar la vista. Al alzar la vista otra vez, la pareja ya estaba de este lado del cristal, bajaban las escaleras tomados de la mano; se separaron al llegar a la calle, no sin antes besarse otra vez. Debo admitir que agradecí que los vidrios fuesen lo suficientemente oscuros para que nada de mi imagen pudiese filtrarse al exterior del automóvil, de otro modo, no hubiese tenido el coraje de mantener mis ojos fijos en ellos. El espectáculo que daban resultaba hipnótico para mí.

Mientras los veía, algo se generó en mí. Sabía lo que significaban esos besos, esa despedida a esta hora de la mañana, y por haber sufrido de eso mismo, me sentí furiosa, sobretodo con ella. Debo admitir que la odié. No sé si era un odio sincero, no lo creo, simplemente me enloquecía ver que arrastraba por tierra lo que me había arrebatado... lo que yo había permitido que me arrebatase. Esto era todavía peor que haber sido engañada, que haber abandonado algo quizá de un modo inconsciente, pero al fin y al cabo, haberlo hecho. Ella no solamente se había aprovechado de mi error, de mi flaqueza sino que tenía el descaro ahora, de pisotearlo tal si nada valiese. Tenía la impresión de que sus elegantes zapatos con tacos de diez centímetros me pisaban el pecho, clavándoseme en el corazón, en el abdomen así, sin anestesia, descaradamente, dañando todos y cada uno de mis órganos vitales.

Tuve el impulso de salir del auto y enfrentarla; al ver de refilón, me percaté de que la traba de la puerta estaba baja; ya fuese porque me creyera capaz de sacarle sus zapatos para con ellos arrancarle los ojos o porque temiese que me escapara de él, Vicente había mantenido las puertas cerradas. Es evidente que me creía lo suficientemente débil y tonta; estos sentimientos revivieron la oleada de complejos que se cernía sobre mí cada vez que lo tenía cerca. La angustia fue todavía peor.

Sin duda Vicente sabía lo que hacía al traerme aquí. De repente necesité con desesperación correr a los brazos de Cristian y advertirle que su prometida había pasado la noche en brazos de otro y que sin duda, continuaría haciéndolo cuando estuviesen casados.

- Es un ex empleado de una de las compañías de su padre. Su salida de la empresa fue algo escandaloso, llegó hasta los periódicos. No se fue por las buenas, lo despidieron. Cometió un gran fraude; lo hizo bien, no se quedó con las manos vacías, ahora tiene un montón de dinero y a la chica. Aún continúa

alegando que no tuvo nada que ver con el desfalco, es tan cobarde que le echó la culpa a dos de sus compañeros.

- ¿Ella está con alguien que le robó dinero a su padre?

- Convengamos que a su padre no le ha afectado demasiado, tiene más de lo que puede necesitar, sin duda Ana y hasta sus nietos tendrán más de lo que puedan precisar.

- ¿Pero a ella no le molesta que él...?

- Cosas del amor- soltó Vicente en un suspiro-, está enamorada de él desde hace mucho tiempo-. Hizo una pausa-. El amor hace que seamos más permisivos, que perdonemos hasta lo inimaginable.

El que se incluyera en tal afirmación me sorprendió. Se le había escapado o fue algo completamente adrede.

- Ella le perdonó que le robara dinero a su padre y aún continúa amándolo; es una relación que no tiene futuro alguno, al menos en tanto y en cuanto su padre siga vivo y la gente recuerde lo que sucedió.

- Y para qué va a casarse con Cristian.

- Ya te lo dije, necesita a alguien a quien pueda mostrar en sociedad. No creo que a sus amigas les agrade que lleve a un ladrón a sus casas por más que éste venga del brazo de ella-. Hizo una pausa-. En ocasiones las personas hacen cosas que no tienen sentido alguno.

El comentario me pareció que era más para él que para mí.

Parpadeé y busqué a Ana, se subía a un automóvil rojo fuego a unos metros por delante de nosotros.

- No sé por qué te sorprende tanto que ella se case con una persona a la que no ama, Cristian hará lo mismo.

Vicente movió la llave del encendido. El motor se puso en funcionamiento con un suave ronroneo. - Bien, ya no tenemos más nada que hacer aquí. Deseas que te lleve a desayunar, todavía es temprano para que te deje en tu trabajo y conozco un lugar en el que preparan el mejor desayuno de la ciudad. Es un lugar realmente bueno- comentó un entusiasmo que no condecía para nada con lo que acababa de suceder.

No le contesté, mi cerebro estaba trancado y mi pecho dolorido. No tenía ni idea de lo que quería hacer... es decir, sentía cientos de impulsos y al mismo tiempo temía lanzarme en cualquier dirección por miedo a estrellarme dolorosamente contra una pared de concreto, yo no tenía la resistencia por la que Vicente fanfarroneaba, el golpe para mí, una simple humana resultaría sino mortal, al menos lo suficientemente grave para dejarme en coma o algo

parecido.

Ante mi silencio, Vicente optó por tomar su propio camino, su decisión. Cuando me pidió que bajara nos encontrábamos delante de un lindo y pintoresco café con amplios ventanales, mesas en la calle.

Me cedió el paso para atravesar la puerta vaivén que sostuvo para mí, y casi inmediatamente su mano regresó a su lugar, por detrás de mi espalda, para guiarme hasta un punto específico, un reservado de asientos de cuero verde apretujado entre la barra y los ventanales que daban a la calle.

El cuero verde despedía un agradable aroma, una mezcla entre el propio olor del cuero, el perfume del café y el olor a pan recién horneado o algo similar; las tripas me crujieron de hambre. El nudo en mi garganta no me dejaría tragar bocado.

Vicente se sentó frente a mí, nos separaba una pequeña mesa rectangular de oscura madera, tan angosta que sus manos y las mías casi se rozaron cuando ambos, instintivamente, las pusimos sobre la mesa.

Yo, para disimular mi turbación entrecrucé los dedos, pero él fue menos delicado: apartó las manos sin más, y pegando la espalda contra el respaldo de su lado del sillón, las posó sobre sus muslos mientras estiraba el cuello en busca de una camarera, al menos, eso suponía, quizá simplemente deseara apartar sus ojos de mí.

Titubeé; también acabé bajando las manos de encima de la mesa. Desde que vi a aquella mujer salir del edificio comencé a sentirme más frágil, más susceptible a su presencia. Sin duda sentía lástima por Cristian, pero también, lástima por mí. Quise olvidar todo lo que sucediera hasta este día, se me antojó que lo mejor que podía pasarme es que mi vida volviera a ser lo que era, junto a Cristian. Esperaba que fuese un simple momento de debilidad o incluso algo engendrado en el propio Vicente con el fin de incitarme a sucumbir ante sus deseos; él me estaba dando demasiado espacio para pensar, el hecho de que no me presionara resultaba sospechoso.

- Buenos días.

La melodiosa voz femenina me arrancó de mis cavilaciones, sonaba demasiado fuera de lugar en el contexto de mi amargura y mis preocupaciones. Alcé la vista, una mujer de edad madura que bien podría ser mi madre, entrada en carnes, con un rostro amable y dulce, enmarcado por unos rulos color canela que apuntaban en distintas direcciones sin acierto ni concierto, y unos amables ojos celestes, le sonreía a Vicente. Tenía las mejillas sonrosadas, no sé si debido al calor de la cocina o a la presencia de Vicente; por el modo en

que lo miraba, creo que se debía a esto último.

-Buenos días- le contestó él sonriente.

Me pregunté una vez más, si tenía idea del efecto que causaba en las personas. La mujer alzó en alto un lápiz y un pequeño anotador sin siquiera percatarse o molestarse por mi falta de respuesta ante su saludo, no es que yo no pretendiera saludarla, pero la interacción entre ella y Vicente me descolocó, tenía la impresión de que uno de los tres sobraba y esa era yo.

Bien, por lo que se veía, no creo que a la mujer le haya preocupado mi aparente falta de educación. Tengo la impresión de que no lograba verme pese a que me encontraba a menos de cincuenta centímetros de Vicente.

- ¿Qué puedo servirte hoy?- la mujer le sonrió solamente a él y luego gruñó-. ¿Qué puedo servirles?- se corrigió dando por fin señales de notar mi presencia-. ¿Lo mismo de siempre o deseas que te traiga el menú?

Allí hallé la razón de que le agradara ese lugar, la mujer se hubiese desvivido por complacerlo si él se lo hubiese pedido.

- ¿Puedo ordenar por ti?- me preguntó Vicente emocionado.

La mujer bufó y se removió sobre su lugar, molesta.

Me hincó de hombros.

- ¡Perfecto!- exclamó Vicente complacido. Un mohín infantil quedó plasmado en su rostro. Parecía un niño al que acaban de regalarle un juguete, estaba feliz. Alzó sus ojos grises a los de la mujer y comenzó a ordenar un montón de comida.

- ¿Algo más cielo?

Vicente esquivó mis ojos.

- No gracias.

- Muy bien- la mujer arrancó la hoja del block y le dedicó una sonrisa todavía más amplia- enseguida regreso con tu pedido.

- Gracias.

Vicente giró y quedó frente a mí; sin prestarme atención, estaba muy ocupado, o según creo, fingía estar muy ocupado examinando el menú del día, impreso en un cartón colocado sobre una base de alambre que sostenía las servilletas de papel de un lado y el azúcar, la miel y el edulcorante del otro; mientras lo observaba me pregunté si la mujer lo miraría del mismo modo si supiese que es un demonio o lo miraba así precisamente por ello. Tomé consciencia de que nada sabía de su vida, si es que la tenía, ni de cómo había llegado hasta mí; nada sabía de los demonios ni de su presencia sobre la tierra, mucho menos me atrevía a aventurar nada sobre su pasado ni sobre qué podía estar

pasándole por la cabeza en este momento.

No creía que yo fuese lo suficientemente importante o significativa para él, se me antojó que mi existencia debía valer para él lo mismo que para mí una de las botellas de vino que estaban puestas para la venta en el local; quizá fuese una botella costosa, pero sin duda, sin la mayor influencia en mi existencia o en la suya. Supongo que después de todo no me equivocaba tanto cuando al verlo por primer vez, supuse lo perfecta que debía ser su vida: se movía en un entorno que sin duda era envidiado por muchos, contaba con el beneplácito de los hombres y la admiración y devoción de las mujeres, y según lo que me dio a entender (y por lo que yo misma había tenido oportunidad de presenciar), no le afectaban físicamente las mismas cosas que a un ser humano, por lo tanto, básicamente no tenía a qué temer. Vicente era todo lo que uno puede soñar ser: fuerte, bello, poderoso, indestructible, seguro de sí mismo, dueño de una personalidad fuerte y decidida, rico y al menos, exteriormente perfecto.

- ¿En qué piensas?

Me sobresaltó que se dirigiera a mí, así sin previo aviso, y me sorprendió todavía más, que me preguntarse por mis pensamientos.

- ¿Para qué quieres saberlo?

- Me interesa.

Desvié la vista en dirección a la puerta detrás de la cual se perdiera la mujer que tomara nuestro pedido, es decir “su” pedido, yo no había pedido nada y técnicamente no estábamos juntos. Yo solamente lo acompañaba porque no podía separarme de él con tanta facilidad, es como si él fuese un enorme planeta y yo simplemente un pequeño e insignificante asteroide atraído por el efecto gravitatorio de su órbita.

- Esa mujer... -comencé a decir sin poder terminar, no encontraba las palabras para preguntarle lo que deseaba saber; él lo adivinó, si no por tener la capacidad de leer la mente, por instinto.

- A Ada le gusta consentirme- sonrió-, creo que se puso un tanto celosa. Siempre vengo solo.

- Sabe quién eres... es decir, qué eres.

Vicente apretó los labios y soltó el soporte de las servilletas. Hizo una mueca. Finalmente no me contestó.

- Eso significa que no- esperé, él no dio impresión de reaccionar-, supongo que no te haría ningún favor decírselo ¿no es así?- lo que dije me dio ganas de morderme la lengua cuando él me miró con los ojos sorprendidos.

Vicente inspiró hondo.

- Hablemos de negocios- dijo plantando los antebrazos sobre el borde de la mesa-. No quieres ayudarlo a no cometer la mayor equivocación de su vida, la cual por cierto, sería también un gran desperdicio para ti. Su infelicidad es también la tuya. Cristian y tú podrían ser muy felices. No necesitan más que un pequeño empujoncito. Sabes cual es el plan, le presento otra vez una oferta que no podrá recusar... por casualidad, apareces otra vez en su vida...

- ¿Cómo averiguas todas esas cosas? Me refiero a... tienes algún informante, sigues a la gente a sol y a sombra, tienes poderes extrahumanos o el Diablo te susurra al oído dónde debes estar a cada momento- dije yo para desviar la conversación hacia otro tema.

- ¿Qué importancia tiene eso para ti?

- Soy curiosa.

- Pues no debieras, la curiosidad mató al gato.

- Pues si este gato se muere, no tendrás lo que deseas.

Vicente apretó los labios.

- ¿Cuántos como tú existen?

Se reclinó otra vez sobre el asiento.

- No tengo idea del número exacto y no sé a cuantos podrías llamarle tú muchos o pocos.

- ¿A cuántos conoces? Es decir, están todos en el mismo rubro: la compra de almas. Me figuro que debe haber cierta competencia sobre quién se queda con cual o cada quién tiene un área de trabajo para que no existan disputas.

Vicente sonrió a medias, luego se relamió el labio inferior y finalmente apretó los labios.

- Según dijiste, estoy condenada, no me queda otra opción así es que puedes contestar con tranquilidad.

- Conozco a unos cuantos, y sí, tienes razón, cada quien trabaja en su área pero no es un área física como una ciudad o algo así... es difícil de explicar y la verdad es que no viene al caso-. Se turbó-. Esto no tiene sentido, no deberíamos discutirlo. Simplemente necesito que me digas lo que quieres y todo esto se terminará para ti de una buena vez.

- Nada, no quiero nada.

Vicente abrió la boca para decir algo, no se lo permití.

- ¿Por qué vienes aquí tan seguido?

- ¿Presumes que lo hago?

- Te atendieron con demasiada familiaridad, conoces el nombre de la persona que te atendió y dices que le gusta consentirte.

- Me gusta el lugar. La comida y la atención son buenas.

- ¿La comida? ¿Necesitas comer? Me refiero a que si técnicamente no te causaría el menor daño salir despedido del automóvil en un choque y no te afectó en lo más mínimo lo del...- me interrumpí para no pronunciar lo de la cuchillada que le había dado yo la otra noche, teníamos demasiada gente cerca- ...tu cuerpo no funciona del mismo modo que el de un ser humano común y corriente, y por lo tanto me figuro que...

- No necesito la comida pero me gusta comer- explicó en voz muy baja.

- Bien, eso queda claro, no necesitas comer entonces podemos, considerando que te gusta la buena comida, los vinos caros y todo eso, como un placer muy humano. ¿No es acaso eso una debilidad?

- No es debilidad cuando puedes prescindir de todo eso.

- Pero no prescindes de eso, por qué te gusta y el hecho de que sucumbas a esos gustos...

- ¿Qué quieres probar?- gruñó él molesto-. O simplemente quieres enojarme.

- ¡Válgame Dios!, quién quisiera despertar la ira de un demonio. No, simplemente intento comprender qué eres y cómo es que eres eso.

- No necesitas saber nada de eso. Creo que no fue una buena idea traerte a desayunar.

- ¿Qué pasa, te cuesta enfrentarte a la verdad, pensé que habías dicho que la verdad no ofende? Entonces, si es así, porque no me cuentas qué es precisamente ser un demonio, de qué eres capaz, de qué estás hecho y...

- Se terminó.

- ¡¿Vas a dejarme en paz?!-. De pronto visualicé una brillante luz al final del camino.

- No hasta que me des tu alma- pronunció en el exacto momento en que la mujer llegó con nuestra orden de comida, semejante desayuno era suficiente para alimentar a dos personas durante todo el día.

La luz se extinguió en una cerrada oscuridad.

Vicente se apartó incómodo para permitir que la mujer nos sirviera. Creí adivinar un ademán ansioso en sus manos al pasarlas con los dedos despegados, por entre su cabello.

No volvió a pronunciar ni una sola palabra en lo que duró el desayuno, es decir, en lo que tardó en tomarse el café que Ada, nuestra camarera, le puso enfrente.

Yo no probé bocado ni toqué la taza de café pese a que olía maravillosamente bien. No estaba dispuesta a ceder a ninguna de sus tentaciones. Él se levantó

de la mesa, pagó y nos fuimos. Ada me dedicó una mirada furibunda cuando salíamos, debe haberle ofendido que dejásemos toda la comida sin tocar, sobre la mesa.

Me dejó en el local quince minutos más temprano de lo que yo solía llegar. Agradecí que ni Susana ni Matías estuviesen allí esperándome, no deseaba tener que dar explicaciones sobre mi chofer, el cual, por cierto, prometió que volvería por su respuesta.

Esa tarde le envié a su casa, el pedido que me había dejado el día anterior, no deseaba que volviese a visitar el local, mi intención era mantenerlo lejos de mí el mayor tiempo posible, después de cada momento pasado con él, precisaba de unas cuantas horas para reponerme del efecto que causaba sobre mi persona. Por suerte, el repartidor regresó con el dinero de la factura y no emitió comentario alguno, lo cual me permitió respirar aliviada. Me satisfizo gratamente haber ganado aquella pequeña batalla, después de todo, le estaba demostrando a Vicente, que yo era y continuaría siendo un hueso duro de roer. No iba a quedarse con mi alma así tan fácilmente.

9. Un día para el olvido.

El despertador sonó irrumpiendo en mi sueño con su agudo pitido; el escándalo no fue suficiente para obligarme a despegar los párpados. Rodé sobre la cama y me quedé boca abajo, con la cara enterrada en la almohada.

Hacía calor, por las rendijas de la ventana, además de entrar el tenue resplandor del sol, se filtraba una suave y cálida brisa que en pocas horas se convertiría en un sofocante sople, que ahora simplemente me hacía cosquillas en las piernas y brazos desnudos.

La lluvia era ya parte del pasado. El sol brillaba otra vez en el cielo.

El despertador volvió a sonar taladrándome los tímpanos.

Bufé. Arqueando la espalda, apuntalando todo el peso de mi torso sobre un brazo, le di un manotazo al aparato, el cual, además de apagarse, salió volando para caer debajo de la cama.

Me derrumbé otra vez sobre la almohada. El agotamiento era dueño, amo y

señor en mi cuerpo; de ser por mí, me habría quedado todo el día allí tendida, sin hacer otra cosa que vegetar con la mirada perdida en las paredes blancas. Estiré las piernas hasta los pies y me abrasé el torso con las manos. Una insipiente molestia comenzaba a apoderarse de mi pecho. No llegaba considerarla un dolor, sin embargo, sabía que la sensación se incrementaría con el correr de las horas al igual que el calor, hasta convertirse en algo más que un simple malestar.

Me dolería como si tuviese un puñal clavado: hoy hubiese sido el día de mi boda.

Me di vuelta y me quedé tendida en mitad de la cama con los ojos clavados en el techo. Todavía tenía los párpados tan hinchados que no podía ver bien, esto a causa de algo que no pude evitar, durante la noche había tenido una pesadilla que se repitió una y otra vez, siempre del mismo modo, sin variación alguna, y la angustia producida por este divague que tenía sus fundamentos en la realidad, me había arrancado un mar de lágrimas cada vez que despertaba al final del sueño, en que yo, frente al altar, de la mano de Cristian, luciendo el vestido que había escogido de las páginas de una revista, justo antes de dar el sí... de entregarle mi alma al hombre que amaba, aparecía Vicente para irrumpir en la ceremonia, reclamando a gritos mi alma, la cual según aseguraba él, alzando algún tipo de documento con la mano derecha, ya no me pertenecía a mí, sino a él, y por consiguiente al Diablo.

En ese preciso instante, una profunda vergüenza se apoderaba de mí, yo sabía que estaba allí con Cristian porque le había entregado mi alma a Vicente y eso me hacía sentir como toda una farsante. Las miradas que me lanzaban los presentes, entre ellos mis padres, los padres de Cristian y el propio Cristian resultaban insoportables. Por suerte, no me veía obligada a soportarlas ni por un segundo más, antes siquiera de que me propusiese dar una explicación, Vicente llegaba a mí y aferrándome por un brazo, me arrastraba fuera de la iglesia.

Lo que un segundo atrás creía era la luz del sol en un magnífico y claro día, colándose por las puertas abiertas de la casa de Dios, se convertía, al traspasar éstas últimas, en el brillo de vivas llamas que amenazaban con devorarme en vida. Entonces allí, ante el inminente ardor del fuego eterno, me despertaba.

Dejé escapar un suspiro de resignación. Sin duda éste, sería un día para el olvido. Tan solo podía pedir que terminara lo antes posible.

Convencida de que si me quedaba en casa se tornaría interminable, me levanté

de un salto, corrí directo a la ducha.

Con una taza de café en la mano, todavía en ropa interior y el pelo mojado chorreando agua por la espalda divagué en mi cocina buscando algo que me mantuviese ocupada, sin otra mejor opción a la vista, me puse a hacer la lista del supermercado, mi heladera y alacena se encontraban en un punto crítico de desabastecimiento.

Hurgaba en el fondo del estante en el que guardaba las latas de conserva, cuando el teléfono sonó; me extrañó, no debían ser ni las ocho. Una punzada de ansiedad se sumó a la angustia latente que había tratado de reprimir a base de ocupar mi cerebro con pensamientos sin importancia.

- ¿Estás bien?- fue lo primero que sonó por el auricular; no unos buenos días, no un simple hola, mi madre por lo visto no estaba dispuesta a andarse con rodeos, fue directamente al grano dando por sentado que yo, a esta altura, no era más que una piltrafa humana, una pila de desechos abandonados y en proceso de putrefacción, una herida infectada que ella presumía ser capaz de curar. Sin duda le hubiese gustado que le permitiera meter sus manos en la herida latente, para extraer el pus y raspar los tejidos humorosos sin importar cuanto dolor eso pudiese causarme.

- Perfectamente- mentí con descaró-. Buenos días, mamá, cómo estás tú.

- No puedes engañar a tu madre, Eliza.

- No pretendo...

- Por qué no me permites que me acerque en estos momento tan dolorosos- sollozó en tono afectado tomando el papel de la víctima en una situación en la que no tenía parte; la que había roto su compromiso, la que había sido engañada, la que se había quedado sola, la que hoy debía estar casándose era yo, no ella.

- Mamá, por favor- le pedí cerrando la puerta de la alacena de un golpe.

- Haces lo posible por apartarme de tu lado. Eres mi única hija.

- Y tú mi única madre.

- ¡¿Cómo puedes decir eso!? ¡Te gustaría tener otra madre para correr a sus brazos en busca de consuelo!-. Por el pitido en que se transformara su voz me di cuenta que estaba a punto de echarse a llorar. Sentí lástima por mi padre, en el peor de los casos yo tendría que soportar que me hiciera sentir culpable por unos quince minutos más, él se llevaría la peor parte, sobre sus hombros recaerían los reclamos, los sollozos cada cinco minutos, los quejidos y las lamentaciones junto con las jaquecas que la tornaban una carga, las cuales siempre la aquejaban luego de una de nuestras discusiones, que en realidad

jamás eran tal cosa, sino que ella discutía sola mientras yo intentaba calmarla y frenarla para detener el torbellino en que se convertía cada una de nuestras conversaciones.

- Eso no es cierto- esperé a que mi madre terminara de sollozar para proseguir-, simplemente no quiero que te preocupes por mí.

- Por qué pretendes aparentar ser de acero- se sonó la nariz, yo aparté el aparto de mi oído para no tener que oírla-, es por eso que lo tuyo con Cristian no funcionó: nunca dejas que nadie se te acerque lo suficiente, mantienes a todo el mundo a raya.

Era demasiado temprano para esto.

- Sí, mamá, quizá ese sea mi problema, no dejo que la gente se me acerque lo suficiente- solté en un tono irónico.

- ¡María Eliza Pérsico!- trinoó mi madre.

Odiaba con todo mi ser que me llamara por mi nombre completo.

Guardé silencio, sabía por experiencia que si replicaba, aquello no terminaría más.

- Deberías ir a un psicólogo.

Otra vez lo mismo- me dije a mí misma revoleando los ojos mientras dejaba la taza en la pileta.

- No necesito un psicólogo mamá, voy a estar bien.

- Pues no te hará daño alguno hablar con alguien. Conversar este tipo de cosas con amigos puede ser beneficioso. No entiendo por qué no tienes amigos.

Y ahí vamos a la carga otra vez- pensé yo para mis adentros.

La batalla estaba perdida.

- Mamá, se me hace tarde para ir a trabajar, todavía me tengo que vestir y...- dije caminando hacia mi habitación.

- Sí, por supuesto, tu trabajo, tu bendito trabajo, ¿esperas que te den una medalla de honor por tu esfuerzo?

- No mamá, solamente intento cumplir con mis obligaciones.

- Te escondes debajo de ese trabajo- me acusó.

- No, intento aprender algo, eso es todo- aduje en mi defensa.

- Aprender qué, ¿a como vender botellas de vino?

El tono despectivo que usó me enervó, al instante me arrepentí de intentar explicarle que esperaba poder usar la experiencia que pudiese obtener de mi trabajo para un día, en un futuro más que perfecto, poder tener mi propio viñedo.

- Tengo que colgar.

- Bien- soltó con un tono ofendido-, ¿es mucho pedir que vengas a pasar el fin de año con nosotros?

- No, mamá, no es mucho pedir, tenía pensado hacerlo, es más, hacia la lista del supermercado cuando llamaste y pensaba en llamarte para ver si necesitabas que compre algo, que cocine algo o cualquier cosa.

- No, no hace falta nada, ya he comprado todo.

- Puedo llevar el vino y el champagne, sé cuales les gustan a ustedes- dije en un intento de complacerla. Podíamos llevarnos como perro y gato, pero yo, cuando la paciencia me lo permitía, procuraba mantener los buenos términos entre ambas.

- Si quieres- entonó indiferente.

Metí una pierna dentro de los pantalones. - Perfecto, llevaré el vino y el champagne. ¿Segura que no hace falta nada más?

- No nada.

- Bueno, entonces nos vemos el sábado. Llámame sí...- mi madre no me permitió terminar.

- De hecho- dijo- te esperamos esta noche.

Otra costumbre que se seguía con religiosidad. Todos los veintinueve de diciembre, con motivo del fin de año, mi madre acostumbraba hacer una cena para sus amigos. El menú consistía en ñoquis, los cuales amasaba durante todo el día- todavía recuerdo cuando de pequeña, para estas fechas, la veía trabajar al pie de la larga mesa de madera, la cual todavía preside la cocina de la casa de mis padres, con su delantal puesto, amasando hasta el cansancio sin permitir que nadie meta mano; tampoco se me ha borrado de la mente el exquisito aroma de las salsas que borboteaban dentro de las cacerolas por horas y horas, que a mí me parecían una eternidad.

Si mi compromiso estuviese todavía en pie, si la ceremonia se realizara hoy, seguro que la fiesta hubiese sido otra; era tonto pensar que mi madre suspendería su famosa reunión por la minucia de la disolución de mi compromiso. Una fiesta de casamiento era razón suficiente para posponerla, no el luto que quedó en su lugar, por más que fuese producto de una gran desolación y dolor no iba a frenar sus planes.

- Claro, nos vemos esta noche- dije en sus suspiro mientras me abrochaba los pantalones.

- Puedes traer a algún amigo si quieres... puedes traer a quien gustes- me aseguró en un insinuante tono del cual no logré comprender su fundamento.

- No tengo a quien llevar- contesté en busca de los zapatos sin prestarle

demasiada atención.

- Podrías invitar a Cristian.

- ¡Mamá!- el grito me salió del alma.

- ¿Qué tiene de malo? El hecho de que hayan terminado no quiere decir que no puedan ser amigos, después de todo, Cristian ha asistido a esta reunión en cuatro ocasiones, sería completamente normal que venga. Él ha seguido con su vida y tú...

- No voy a llamarlo y te pido que no lo invites.

- Pues si llama no veo porqué no puedo decirle que venga. Llamó el otro día y es probable que vuelva a hacerlo, ha hablado mucho con tu padre, sabes que ellos se llevan muy bien.

- Sí, ya lo sé- murmuré calzándome el zapato izquierdo y renguéé hasta el derecho; mi papá y Cristian siempre tuvieron una relación de padre-hijo, su verdadero padre había muerto cuando él tenía diez años, y si bien con su padrastro tenía una relación aceptable, jamás habían conseguido ser lo suficientemente cercanos, en mi papá, Cristian encontró desde un primer momento, lo que había perdido hacía tanto tiempo atrás.

- Nos vemos esta noche.

En la voz se la notaba satisfecha.

- Hasta esta noche-. No me quedaba ni la menor esperanza de que mi madre me hiciera caso. La sola idea de encontrarme con Cristian en la casa de mis padres me ponía la piel de gallina.

Todavía mareada, cada vez que mi madre irrumpía en mi vida yo quedaba como si acabase de salir de un tornado, con la cabeza dándome vueltas y el estomago revolucionado; terminé de vestirme y una vez en condiciones dejé el departamento con la pesadez de saber que el día sería todavía más largo de lo supuesto.

Susana me contempló en silencio luego de saludarme; sentí sus ojos clavados en mi nuca mientras abría los candados para liberar la puerta.

- No voy a desmoronarme- le aseguré poniéndome de pie.

Susana dio un respingo. - No, claro que no- me sonrió a medias-. ¿Seguro que estás bien?

- Lo estaba- puse la llave en la cerradura- o algo así, hasta que me llamó mi madre.

La pobre de Susana oyó en silencio la historia mientras poníamos todo en condiciones para abrir.

- ¿Y qué vas a hacer?

La miré en silencio, ¿qué se suponía que debía hacer?

- Podrías llevar a alguien contigo... digo, por las dudas.

- ¿Por las dudas?

- Una buena pareja puede serte útil en cualquiera de los dos casos.

- ¿Qué me estoy perdiendo?- inquirí al no comprender de qué hablaba.

- Que tanto si quieres regresar con Cristian como si no, tener a alguien a tu lado puede ser de mucha ayuda.

Palidecí, no tenía ni la menor idea de lo que realmente quería. Eso no importaba tanto, ya que no tenía a quien llevar.

- ¿Por qué no invitas al “adonis”?, aparecerte con alguien así puede causar celos en cualquiera. Es perfecto para nuestro cometido.

- ¿¡Te volviste loca!?

- Vamos, ¿te parece que viene aquí por lo que vendemos?

En cierto modo sí- pensé yo.

- Viene porque le gustas. Puede ser que te quedaras ciega con lo que te sucedió, pero yo no estoy, el modo en que te mira es más que evidente. Te come con los ojos y sin duda se desvive por agradarte.

Puede que yo me hubiese quedado ciega, que realmente no notara aquello, pero no era tan tonta como para comprender que si Vicente hacía todas esas cosas, era por un motivo que Susana nunca adivinaría.

- Si no te animas a llamarlo, yo puedo hacerlo... puedo hacerme pasar por ti... Me dirigí al otro lado del mostrador. - Eso no es necesario, voy a ir sola y si Cristian está allí... bien, ya veré que haré; no voy a meter a un extraño en la casa de mis padres.

Susana se colgó del mostrador, sus pies quedaron en el aire. - ¿Tienes miedo de que sea un psicópata? No tiene apariencia de psicópata.

- En ocasiones las apariencias engañan.

Susana se bajó de un salto. - Sí, es probable que no sea tan perfecto como luce en el exterior, creo que le podemos perdonar uno o dos defectos, ¿no te parece?

- Todo depende de cuan grandes sean esos defectos.

- Por qué tengo la impresión de que hay algo que no me has contado.

- Buenos días- saludó Matías. Su voz sonó junto con el carillón de la puerta.

- ¿Seguimos después?- sugirió Susana dedicándome una mirada de complicidad.

- No hay nada más que decir-. Aseguré. Ella no se lo creyó.

Susana me guiñó un ojo y se fue abajo a preparar café.

Pronto los clientes comenzaron a llegar, el trabajo me ayudó a olvidarme de todo. Sabía que la realidad, junto con la llegada del fin de mi jornada laboral me recordaría que aquel era un día que hubiese preferido que se borrara del almanaque; mientras duró la tregua, procuré disfrutarla.

Cuando lo vi entrar, se me antojó que estaba alucinando. Sufár caminó directo hasta mí, enarbolando en alto, un ramo de azucenas que de inmediato perfumaron todo el local, y que sin duda, por lo generoso del ramo, atrajeron la atención de los clientes que pululaban entre las góndolas y estanterías.

Sufár llegó al mostrador y me tendió las flores. Me quedé de piedra.

- Lo lamento mucho Eliza, creo que te debo una disculpa.

Tomé las flores sin poder articular palabra.

- Mi comportamiento no tiene excusas. ¿Deseaba preguntarte si puedo volver a comprar aquí sin que te sientas molesta por mi presencia?- esperó-. ¿Es eso posible?

Le sonreí.

- Eso significa que sí. De verdad lo lamento mucho- añadió compungido-, había bebido de más y no sé qué me sucedió. Tú eres una muchacha tan amable, siempre me atiendes tan bien... No quiero que pienses que soy un cretino. Apelo a tu buena voluntad para que comprendas que fue un momento de estupidez.

- Yo...

- ¿Puedo? Sinceramente lo lamento. Lo que hice me ha atormentado todos estos días. Espero tú amigo y tú, puedan perdonarme, no quisiera que ninguno de los dos guarde una mala impresión de mí.

No entendía nada, por qué no simplemente comenzaba a hacer sus compras en otro sitio, que importancia podía tener que le perdonase lo del otro día, que le diera mi permiso para volver a hacer sus compras aquí.

- Claro- dije todavía confundida.

Sonrió aliviado. - Muchísimas gracias. Espero que te gusten las flores y no me malinterpretes, no tienen ningún significado oculto, simplemente esperaban que me ayudaran a congraciarme contigo. Si lo deseas puedes arrojarlas a la basura.

- No voy a tirarlas, me gustan mucho- inhalé su perfume, era exquisito, fresco y al mismo tiempo extremadamente dulce-. Gracias, son muy bonitas y no voy a malinterpretarlas.

- Me alegro, no estaba seguro de traerlas.
- No eran necesarias pero me alegra que me las haya traído.
- Bien- Sufár dio un paso atrás-, gracias por perdonarme.
- No tiene que agradecerme nada.
- Que empieces bien el año.
- Gracias, feliz año nuevo para usted también.

Dio otro paso atrás. - Nos vemos pronto.

- Hasta pronto.

Sufár dio media vuelta y se fue.

- ¿Qué fue todo eso?- curioseó Susana tendiéndome los productos que el cliente que había estado atendiendo, se había decidido a llevar.

- La semana pasada no se comportó muy bien y vino a pedirme perdón.

A Susana se le escapó una risita tonta.

- Si no quieres pedirle a Vicente Campo que te acompañe a lo de tu madre, puedes pedirselo a él.

Le di un codazo en las costillas mordiéndome el labio para no reírme.

Justicia de la vida, o una ilusión, todavía no lo sé, pero esas dos cosas me inspiraron energía para regresar a casa, darme otra ducha, cambiarme de ropas y salir en camino de la casa de mis padres, dispuesta a enfrentar a las fieras, es decir: a mi madre, y también, a todos los amigos de ella y de mi padre, que sin duda me dedicarían más de una mirada de lástima.

Para ser completamente sincera conmigo misma, no me molestó tanto ponerme unos jeans, unas chatitas y una remera, recogíendome el cabello con un gancho, en vez de tener que calzar un vestido de novia, zapatos altos y un peinado elaborado que seguro estaría deseando arrancarme a los quince minutos a causa de las orquillas que se me clavaban en el cráneo. No es que no me doliera que mis planes de futuro se hubiesen desvanecido de un plumerazo, el fracaso no le agrada a nadie, pero si no era eso, en mi camino aparecería otra cosa.

...

Las seis botellas de vino espumante cargadas en las dos bolsas me cortaban los dedos debido al peso, sobre todo, en la mano, que debido al golpe que le di a Vicente, todavía me dolía. No era mucha la distancia entre mi departamento y la casa de mis padres, sin embargo esas cuadras bastaron para que los dedos se me pusiesen blancos gracias a las tiras de plástico.

Apenas anochecía, el aire olía a jazmines y a tilo, y por suerte, el calor había remitido un poco, no lo suficiente para que me diera frío estar con una blusa sin mangas de una tela tan fina como la seda, pero sí lo necesario para que no llegara a la casa familiar con la espalda empapada en sudor.

En la única avenida que tenía que cruzar para llegar a mi destino, me detuve ante el semáforo para peatones, el cual titilaba en rojo. Unos muchachos pasaron por mi lado, reían, tiraban petardos y cantaban, no eran más que unos adolescentes, eso no evitó que me dedicasen un par de miradas que no tenían nada de inocentes.

Algo incomoda, volví la vista al frente. Los autos pasaban a toda velocidad en uno y otro sentido. Las luces de los faros me encandilaron. Mi cabeza flotaba cerca de la luna cuando alguien me tocó la espalda. No pude menos que sobresaltarme, una de las bolsas- la que llevaba en la mano dolorida, para ser exactos-, con tres de las botellas, se me resbaló de los dedos. Las botellas de vino estallaron contra el cordón de la vereda.

- Lo lamento, no pretendía asustarte.

Alcé la vista. Vicente era al menos, una cabeza y media más alto que yo, por lo que obligadamente debía levantar la vista cada vez que quería mirarlo a la cara.

Él me sonreía con total naturalidad. De repente desapareció de mi vista. Se agachó para comprobar los daños. Yo estaba segura de que no había nada que rescatar de la bolsa.

- Se rompieron las tres- confirmó estirando las piernas para recupera la postura erguida.

De la bolsa rota chorreaba el líquido de un rojo tan oscuro que parecía casi negro. Se dio vuelta y arrojó la bolsa dentro del contenedor de basura a su espalda.

- ¿Crees que podemos conseguir más por aquí?- miró a un lado y al otro de la calle.

- ¡¿Qué haces aquí?!-. No sé por qué todavía me sorprendía que se apareciese así de la nada en los lugares más impensados.

Noté que por primera vez, no vestía uno de sus elegantes trajes, sino un pantalón de jean de un color similar al que yo llevaba puesto y una camisa de mangas cortas, de un tejido ligero del mismo neutro color beige que la mía. ¿Qué es esto, una broma?- pensé para mí después de su examinarlo de pies a cabeza. Ahora los dos parecíamos salidos de una publicidad.

- ¿Dónde está tu auto?- rugí todavía no comprendo muy bien por qué. Qué

importancia tenía dónde pudiese haber dejado su Mercedes-Benz negro, lo único que realmente importaba era que verlo sin la presencia de su transporte habitual, me hacía suponer que tenía en mente algo, y eso me aterraba. ¿Qué estaría tramando ahora?

- ¿Qué, te molesta que no haya traído mi auto?- me preguntó divertido soltándose-. No creí que ya te hubieses acostumbrado a subirme a él, es más, juraría que me dio la impresión de que te molesta mi Mercedes.

- Por qué lo mencionas como si fuese algo... como si fuese una extensión tuya. Es algo que tiene que ver con la testosterona o simplemente es una característica de los demonios.

Vicente soltó una risotada ronca. - Yo no hice tal cosa- me respondió-, eres tú la que crees que estoy demasiado unido a mi auto como para no poder trasladarme a pie.

Gesticulé como loca. - Nada de esto importa- exclamé-. Dime qué haces aquí. ¿Me seguías?- lo increpé sin recatos.

Negó con la cabeza. - Me dieron ganas de conocer a tus padres, además, los ñoquis del veintinueve de diciembre de tu madre son famosos en el barrio.

- ¿Acaso tienes intervenido mi teléfono?

Soltó una carcajada en la que enseñó todos sus perfectos y blancos dientes. Realmente mi idea le hizo gracia, a mí no me resultó jocoso en lo más mínimo, es más, me aterraba que pudiese oír cada una de mis palabras porque eso básicamente significaba que yo no tenía escapatoria.

- ¡¿Tienes micrófonos en mi casa o qué?!- el dolor que reprimí todo el día se tradujo en ira que se me escapó por los ojos y la boca. - ¡Ya deja de reírte de mí!- grité llamando la atención de un par de transeúntes que pasaban cerca de nosotros.

Apretó los labios procurando dejar de reírse. - Lo siento- se llevó una mano a la boca.

Por lo visto yo, a sus ojos, era un bufón.

- Lo siento mucho, es que tienes unas salidas que...- volvió a reírse.

El semáforo de peatones se puso en verde y me eché a andar, él me siguió a la carrera y me alcanzó enseguida.

- No quiero que vengas a casa de mis padres- le dije, pretendía que no sonara a ruego pero eso mismo era lo que era y definitivamente sonó como tal.

- No importa lo que tú quieras, no deseo ser rudo, es que en de momento no estás en condiciones de elegir, además, prometo comportarme. No voy a dar evidencias de lo que realmente soy y te juro que no voy a lastimar a nadie ni a

intentar comprar las almas de los amigos de tus padres ni las de ellos. Podemos considerar esta noche como mi noche libre. No estoy trabajando.

Lo miré pasmada. Me arrebató la otra bolsa de las manos antes de que terminásemos de cruzar la avenida.

- No queremos llegar con las manos vacías- me dijo sonriente guiñándome un ojo-. Supongo que deberé disculparme con tu madre por la pérdida de las otras tres. ¿Crees que su perdón me cueste caro?

No, no lo creía, en cuanto mi madre lo viera se olvidaría de mí, de las botellas de vino y de todo lo demás, sin duda, convertiría a Vicente en su mascota de la fiesta, en su invitado de honor y no perdería la oportunidad de presentarle a esta magnífica creación de Dios o del Diablo, de la naturaleza o de una fuerza nunca antes vista, a todos sus amigos y conocidos, los cuales sin duda, lo contemplarían igualmente maravillados que yo, la primera vez que lo vi.

Sacudí la cabeza para aclarar mis ideas.

- ¿Si esta noche no trabajas, qué es lo que haces aquí?

- ¿Deberíamos comprarle unos chocolates o algo?- preguntó a modo de respuesta-. ¿A tu madre le gustan mucho los chocolates no es así?

No sé para qué me lo preguntó, seguro que tenía la certeza de que así era.

No se me pasó por alto que se hiciese el tonto ante mi pregunta; ya no podía discutir con él, nos encontrábamos a menos de una cuadra de la casa de mi madre y pude ver, que frente a su puerta, se agolpaban los primeros invitados en llegar.

- Por favor- rogué en un hilo de voz, no me importaba rebajarme, puesto que me aterraba aún más, que se metiese en mi vida, o mejor dicho, en la vida de mi familia.

- ¡Maria Eliza!- me gritó una vieja vecina de mi madre, sacudiendo los brazos al tiempo que me saludaba con las manos, completamente dispuesta a darme uno de sus abrazos de oso, esos que odio desde que tengo uso de razón. La mujer era la madre de tres muchachos que solían jugar conmigo en la calle cuando era pequeña. Los tres eran mayores que yo, y los tres se convirtieron en perfectos candidatos para mí, según su madre, cuando me hice adolescente.

Carmen- ese era su nombre- se apartó de su robusto marido, cuya barriga había crecido de forma considerable desde la última vez que lo vi, hará unos tres meses, y se abalanzó en mi dirección dispuesta a recibirme.

Vicente me lanzó una mirada por el rabillo del ojo, sonreía de costado ya que se contenía de burlarse de mí, supongo.

- ¿Qué pasa?- le espeté de mal modo y por lo bajo, moviendo los labios lo

menos posible para que no nos oyeran los que nos esperaban a unos cuantos metros de distancia.

- ¿Maria Eliza?- preguntó pretendiendo ponerse serio.

- ¡¿Qué?! Ahora vas a decirme que no sabías mi nombre completo.

Vicente alzó las cejas y negó con la cabeza.

Aquello me llamó la atención pero no le hice caso. Carmen caminaba hacia mí con los brazos extendidos, parecía pretender abrazar al mundo entero y no sólo a mí.

En cuanto di un par de pasos más logró atraparme entre sus gruesos y carnosos brazos, y me apretujó con fuerza hasta casi quitarme el aliento. Me apartó de su lado tomándome por los hombros y luego me estampó un beso en la mejilla.

- ¿Cómo te encuentras corazón?- me preguntó todavía sin soltarme, con cara de perro apaleado despidiendo un torrente de compasión desde sus ojos ambarinos.

- Bien, gracias-. Me zafé de sus manos con la mayor discreción posible.

- Me alegra- sonrió. De inmediato, desvió la mirada en dirección a Vicente, quien sonreía plácidamente a la espera de ser presentado.

- ¿Y quién es este joven tan buen mozo?- curioseó examinando a Vicente de pies a cabeza de un modo que se podía considerar más que descarado.

Vicente le tendió una mano sin inmutarse, debía estar acostumbrado al efecto que causaba en la gente, o al menos, según mi experiencia, en las mujeres.

- Vicente Campo- entonó él con una voz suave y aterciopelada; estrecharon manos- es un placer conocerla señora...

- Soy Carmen... llámame Carmen-. Se sonrojó al tiempo que tropezaba con sus propias palabras.

Me hubiese gustado poder propinarle un buen codazo en las costillas para que dejase de hacer lo que fuera que estuviese haciendo. No lo hice por varios motivos, primero porque no quería parecer una novia celosa delante de Carmen, no deseaba dar una idea errada de la presencia de Vicente esta noche; y segundo, porque temía romperme el brazo contra su duro cuerpo a prueba de cuchilladas y accidentes automovilísticos.

- Todos se pondrán muy felices de verte- exclamó Carmen sin dejar de mirar a Vicente.

¿Se refería a él o a mí?

Carmen suspiró aparatosamente.

- Después de todo lo que pasó pensé: si las cosas entre Maria Eliza y Cristian no se resuelven entonces quizá alguno de mis muchachos pueda levantarle el

ánimo a la niña; veo que ya no hacen falta-. Me sonrió con picardía y luego volvió a posar sus ojos en los de Vicente.

Vicente sonrió en vez de negar los alegatos, por lo que recayó en mí la responsabilidad de aclarar las cosas.

- ¡No, no, Carmen! Vicente y yo no...

- ¡Claro que no!- me interrumpió ella en un tono dándome unas palmaditas en el brazo-. Ven, tu madre te espera. Se pondrá muy contenta de verte. Se preocupa tanto por ti. Pero ya no tienen por qué- me guiñó un ojo y luego asomó la cabeza por delante de la mía para espiar a Vicente-, muchacho, harás muy feliz a Noemí.

Vicente articuló una sonrisa que se me antojó terriblemente falsa, es más, apartó sus ojos grises de los nuestros al instante, como si todo aquello le hubiese dado vergüenza, o quizá, simplemente le fastidiaba que nosotros, simples mortales fuésemos tan sensibleros, crédulos y susceptibles a sus encantos y dones de demonio.

Lo que siguió, fueron al menos cinco minutos de besos, abrazos y saludos algo embarazosos, todos dieron por supuesto que Vicente era mi novio y eso gracias a las poco veladas insinuaciones de Carmen.

Intenté explicarme, no me lo permitieron, las tres parejas que arribaron juntas a la puerta segundos antes que nosotros, estaban felices de no verme sola y amargada. ¡Con qué facilidad pueden engañar las apariencias!- pensé. - Si ellos supieran que yo continuaba sola y también, algo amargada y corriendo el riesgo de vivir condenada al Infierno por toda la eternidad...

Todos los invitados que esperaban en la puerta de la casa de mi madre, a que ella atendiera, se agolparon alrededor nuestro, o mejor dicho, alrededor de Vicente, no dejaban de presentarse ante él, de explicarle cual era su relación con la familia y de cuanto tiempo me conocían. Tanto era el alboroto que cuando mi madre abrió la puerta para recibirlos, engalanada en un fresco vestido de verano.

- Noemí, ¿ya viste a tu hija?- chilló Carmen agarrando a mi madre del brazo para arrastrarla hasta mí, igual que lo había hecho conmigo unos minutos atrás. Mi madre quedó paralizada en cuanto sus ojos saltaron de mi rostro al de Vicente, quien se encontraba detrás de mí. Por un momento, por el gesto de preocupación, asombro y desconcierto que plasmó su rostro, pensé que había adivinado la verdad, que sabía que Vicente era un demonio y lo peor de todo, que yo lo había traído a su casa. Me odiaría por siempre, supuse; me equivoqué. Le tomó un segundo reaccionar, y cuando lo hizo, sonrió de oreja a

oreja y los ojos empezaron a brillarle de un modo que yo nunca les había visto hacer.

- Mamá, él es Vicente Campo.

- Vicente, ella es mi madre, Noemí.

Vicente pasó por mi lado, luego de apartarme con delicadeza.

- Es un placer, señora- le tendió una mano.

Mi madre tardó otro tanto en reaccionar a su saludo. Sin duda estaba aturdida, embelesada, hipnotizada por su presencia.

- Mucho gusto-. Sus ojos saltaban de los míos a los de Vicente, creo que no podía creer que viniese acompañada de alguien como él, supongo que para ella había sido menos sorprendente haberme visto llegar arrastrándome de dolor.

- Lamento presentarme sin avisar antes, fue una decisión de último momento. Espero no incomodarla, la verdad es que no deseaba perderme de probar sus famosos ñoquis.

La sonrisa de mi madre se tornó todavía más amplia.

- No, no es molestia, por favor, hay comida suficiente para uno más- las mejillas se le enrojecieron-, además, no tienes por qué explicarte, sé perfectamente cómo es mi hija.

¿Qué culpa tenía yo si ni siquiera lo había invitado?! Supongo que para ella Vicente debía ser demasiado perfecto para decidir asistir a una reunión sin haber sido invitado. En cambio yo calzaba como anillo al dedo, para cometer aquel tipo de desaciertos, si a sus ojos no era más que un puñado de defectos.

- Le aseguro que Eliza no tiene nada que ver, se suponía que estuviese de viaje hoy, a último momento mis planes cambiaron y... bien, ella tuvo la amabilidad de ofrecerme acompañarla.

Mi madre me echó una mirada suspicaz.

- Tenga- Vicente le tendió la bolsa con las tres botellas de vino-. Son de parte de Eliza.

Mi madre tomó la bolsa.

- Eran seis botellas...es que tuvimos un accidente de camino aquí.

Ahora los ojos de mi madre tenían un claro tinte acusatorio que ni a Vicente se le pasó por alto.

- Otra vez mi culpa- dijo él-. Pero las compensaré si me lo permiten, creo que lo más justo es que las invite a ambas, una de estas noches, a cenar. Por su puesto, su marido también está invitado. Conozco un lugar muy agradable en el que sirven una comida deliciosa y unos vinos todavía mejores.

- No es necesario- solté antes de que mi madre aceptara, sabía que lo haría sin más-, ¿verdad que no hacer falta, mamá?

Mi madre lo dudó un instante. - No, no hace falta- contestó a desgano-, pero nos complacería mucho si pasaras el fin de año con nosotros. ¿No es verdad, Eliza?- inquirió mi madre vengándose por haberla obligado a recusar la invitación de Vicente.

Me dieron ganas de pegarme un tiro en el pie. ¿Por qué había abierto la boca?!

- Nada me agradaría más- respondió él sonriendo satisfecho-; siempre y cuando me permita hacerme cargo de los vinos. La bebida irá por mi cuenta, ¿le parece bien?

- Como gustes. Pero con una condición, no me trates de usted, me hace sentir vieja- dijo mi madre en un arranque de veleidad.

- Claro Noemí, como quieras.

Sonrió oreja a oreja. - Perfecto, ahora entren todos por favor, no hace falta que nos quedemos aquí en la calle. Vamos, vamos.

Mi madre entró a la cabeza seguida por Carmen quien de inmediato se le prendió del brazo y le susurró algo.

Permití que todos los demás pasaran primero y en cuanto me quedé a solas con Vicente en la calle le dejé en claro que no tenía que venir el fin de semana.

- Ya sé que no tengo qué, es que quiero venir.

- Por favor.

- No voy a comerme a tus padres.

- Acaso no tienes compasión. ¿Tengo que ponerme de rodillas?

- No, por supuesto que no. No te comportes como una neurótica. Te aseguro que exageras, además es en vano que me lo pidas, voy a venir de todas formas, tu madre me invitó y acepté, sería descortés no asistir luego de comprometerme.

- Vas a romperle el corazón pero lo resistirá.

- ¿De qué tienes tanto miedo? Ya te lo dije, no voy a hacerles daño alguno... Lo prometo. Tú serás buena chica y no me darás motivos para hacer nada de aquello que no deseo hacer.

Su macabro sarcasmo oprimió mi pecho.

- ¿Vicente?

Él se volvió hacia mí.

- No hablemos de negocios esta noche, ¿sí?- me dijo.

Sin esperar mi respuesta, giró en dirección a la puerta y entró.

A mí me costó un poco seguirlo. Entré y cerré la puerta de un portazo sin percatarme de que al otro lado estaba la hermana de mi padre saludándome.

...

- Es un bombón- me susurró al oído mi tía al pasar por detrás de mí, cargando dos cazos de porcelana con queso rallado para ubicarlos en la larga mesa que ocupaba casi todo el ancho del patio, mientras yo, ante ésta, acomodaba las copas teniendo mucho cuidado de no romperlas, eran las mejores copas de mi madre y me ganaría un buen regaño si arruinaba alguna. El cristal de éstas brillaba alegremente a la luz de las cientos de lucecitas diminutas que colgaban sobre nuestras cabezas enredadas en la pérgola. Ante su comentario, pegué un salto y una de las copas se me escapó de los dedos, no sé cómo, logré atajarla antes de que golpeará contra el borde del plato vacío. Por un instante me quedé sin aliento.

Mi tía se alejó hasta una de las cabeceras de la mesa para colocar allí uno de los cazos. Me sonrió y rodeó la mesa por el otro lado. Al quedar a mi altura, se inclinó sobre la mesa esquivando el candelabro.

- ¿Cómo te atreviste a traerlo?, yo que tú lo mantendrías encerrado por miedo a que puedan robármelo- añadió en un cuchicheo desviando fugazmente la mirada en dirección a dónde se encontraba Vicente conversando con un grupo de personas. Mi mirada también se desplazó hacia él; mi tía tenía razón, visto de lejos era imposible creer que le permitiesen andar suelto por la calle, incluso sabiendo lo que yo sabía, todavía continuaba causándome una fuerte impresión su imagen.

Fue extraño ajustar su presencia al contexto formado por la casa de mis padres, nuestros amigos y familiares, a pesar de que cargaba una copa de vino en la mano, al igual que todos los demás, y que conversaba animadamente, y que no vestía sus ostentosas prendas de siempre quedaba tan fuera de lugar allí, como puede estarlo un anillo brillante engarzado en platino en una caja de *bijouterie*.

Debo admitir, que continúo tan vulnerable a él cuanto antes: se me aflojaron las rodillas, no pude evitarlo, y se me abrió caído la mandíbula también de no haber tenido los dientes apretados de tanta ansiedad.

Como si supiese que lo mirábamos, Vicente ladeó la cabeza en nuestra dirección, parpadeó y nos dedicó a ambas una lánguida mirada cargada de fuerza, no de una fuerza repelente que tuviese por fin, hacernos bajar la vista,

sino el poder de un potentísimo imán, de un imán aterciopelado, dulce y exquisitamente perfumado.

Nos sonrió; di vuelta la cara y enrojecí de vergüenza. Casi me desnucó a causa de la brusquedad del movimiento. ¿Cómo podía permitir que causara esa reacción en mí? Todavía no lo comprendo, debería odiarlo por pretender mi alma para entregársela al Diablo, sin embargo, en lo más profundo de mi ser, ansiaba que se sentara a mi lado esa noche para que pudiésemos hablar de cualquier cosa, o de nada incluso. Tal cual había prometido unos minutos atrás, deseaba fervientemente que esta noche, no fuese una noche de negocios...

- Un bombón- suspiró mi tía-. ¿Dónde lo encontraste?

Sacudí la cabeza para aclarar un poco mis pensamientos. No sirvió de mucho, últimamente no podía ni pensar con claridad y dudaba pudiese volver a hacerlo.

- Es alguien del trabajo tía- la atajé-, él no está conmigo, no somos...

- Pues si no lo son, deberían. No pretenderás hacerme creer que no pasa nada allí. Noté el modo en que se miran. Tu padre me dijo hace unos días que no estabas nada bien pero es evidente que lo superas

- No, tía, realmente entre él y yo...

Mi tía manoteó una bandeja con canapés de la mesa y me la clavó en el estomago.

- Ve a ofrecerle algo de comer- me ordenó-, terminaré aquí. Tu madre ya tiene todo más que organizado. Con un par de manos que la ayuden es suficiente-. ¡Ve!

No quería que mi tía me arrastrara hasta él, ya había pasado suficientes momentos embarazosos en su presencia. Di media vuelta y arrastrando los pies, caminé hasta Vicente rodeado de un grupo de hombres y mujeres, de los que por supuesto era el centro de atención, incluso, más que eso, parecía un dios al cual estuviesen adorando.

Esperé un segundo y cuando me aseguré de no interrumpir ninguna conversación importante, di un paso al frente.

- ¿Algo para engañar el estómago hasta que esté lista la cena?

Varios tomaron un bocadillo, Vicente no se sirvió nada, se limitó a mirarme inexpresivo tal si no me conociese.

- ¡Muy buenos!, ¿los preparaste tú?- me preguntó uno de los amigos de mi padre después de engullir uno de los canapés de un bocado empujándolo con un largo trago de vino que dejó su copa vacía.

- Como sea, están buenísimos- me sonrió y se volvió en dirección a Vicente-. Tienes suerte muchacho, Eliza es una magnífica cocinera.

- Es cierto-. Su esposa me sacó la bandeja de las manos-. Sin duda lo heredó de su madre, así como también heredó esa manía de estar siempre ocupada con algo- me dedicó una mirada de soslayo y ofreció la bandeja a los presentes-. Ve a servirte una copa de vino y relájate, desde que llegaste no haces otra cosa que ir de aquí para allá atendiendo a todo el mundo.

- No hace falta, estoy bien, además no me apetece...

Vicente me interrumpió agarrándome con suavidad por la muñeca. El contacto de sus dedos sobre mi piel hizo que se me acelerara el corazón. Su exquisito aroma me cubrió por completo. ¿Por qué la brisa no podía soplar para el otro lado?- rezongué en silencio. Hubiese jurado que su mano estaba más caliente de lo normal, quizá solamente unos pocos grados por encima de la temperatura de un ser humano, de cualquier modo, la diferencia era notable, sobre todo, por la sensación que ese calor suave, constante y sedoso enviaba a mi cerebro luego de desatar una tormenta eléctrica en los millones de nervios que lo percibían. En mi cabeza, me imaginaba estar siendo tocada por una llama de fuego sin quemarme. Era extraño... agradable.

- No se preocupe Graciela, me ocuparé de que no trabaje tanto y disfrute un poco- le aseguró al tiempo que me sonreía enseñando su blanca y pareja dentadura.

Creo que lo miré con odio; nadie lo notó. Cuando la gente quiere creer en algo no importa cuantas pruebas de lo contrario le pongas frente a la nariz, seguirán creyendo en lo que quieren creer. A mi modo de entender, en este momento, todos deseaban creer que Vicente y yo, formábamos la pareja perfecta, o al menos, que él, con su perfección, lograría traspasarme algo que pudiese mejorarme, que pudiese hacerme feliz.

- Me parece bien- convino la mujer mirándonos a ambos por turnos con los ojos relucientes de emoción- disfruten de la noche.

- Lo haremos.

Todos se pusieron a murmurar en cuanto nos alejamos, no llegué a discernir las palabras que pronunciaron, realmente no necesita oírlas, sabía que hablaban de nosotros, o al menos, de él.

Contra mi voluntad, Vicente me arrastró hasta la otra punta del patio, en dirección a la improvisada barra que mi madre había armado delante de la parrilla, guiando mis pasos igual que si yo fuese una muñeca de porcelana que pude romperse en cientos de miles de pedazos si tropieza y cae. El gesto no

me pasó desapercibido, en cambio los motivos que lo engendraban eran todo un misterio para mí; que un día me amenazara y al siguiente me pidiera disculpas y luego asegurara que no me haría daño ni a mí, ni a ninguno de mis seres queridos, resultaba desconcertante, no tenía ni idea de si creer que jugaba con mi mente, o que realmente su intención era no hacerme daño alguno.

En cuanto nos detuvimos frente a la barra me soltó la muñeca, tomó una copa y me sirvió un poco de vino.

El viento movió las llamas de las velitas que flotaban sobre el agua dentro de una bola de cristal.

- Lo siento, no hay *Shiraz*- se disculpó al tenderme la copa.

Hiné un hombro, mi madre jamás compraba ni una botella de vino del que a mí me gustaba ya fuese porque realmente le desagradaba, por molestarme o por simple desidia, jamás lo sabré.

- Está bien- respondí tomando la copa que me ofrecía-. Un momento, como supiste que me...- me interrumpí sola, qué caso tenía preguntarle cómo sabía que mi vino preferido era el *Shiraz*, era evidente que él sabía mucho más sobre mí de lo que yo jamás llegaría a conocer sobre su persona.

Vicente miró por encima de su hombro derecho, mi madre, a unos pocos metros de él, salía de la cocina cargando otra bandeja de bocadillos. Sin decir nada, volvió la vista al frente y bebió un sorbo de vino.

Hasta entonces no me había apetecido beber nada, en ese momento, con la copa en las manos, Vicente a un paso, y mi madre a unos pocos metros, sonriendo orgullosa al contemplar lo que una vez más sería un evento memorable, me entraron ganas de zambullirme en el vino. Me tragué la mitad del líquido color borgoña de un único trago y sin respirar. El vino me hizo arder la garganta, sentí el calor desparramándose por mi pecho y su perfume y sabor copando mi mente.

- Despacio, tranquila. ¿No querrás que te cargue hasta tu casa esta noche?

Me estremecí de sólo pensarlo. Ni de lejos- me dije a mí misma apartando la copa de mis labios con tal brusquedad que parte del líquido que quedaba en ella se volcó sobre el pasto en una ola púrpura.

- ¿Por qué viniste? Si esto no forma parte de tu trabajo, dime entonces: qué es lo que haces aquí.

- Sentía curiosidad. Quería conocer a tu familia.

- Para qué, tenemos aspecto de ser ratones de laboratorio. ¿Nunca viste a los humanos reunidos celebrando? ¿Tan raro te parece todo esto?

Revoleó los ojos. - No, no es eso, quería ver dónde creciste.

- Qué importancia podría tener eso para ti.

- Es simple curiosidad.

Bebí un sorbo más. - ¿Y bien, qué conclusiones sacaste?

- ¿Sobre qué?- preguntó algo distante.

- Sobre nosotros, obviamente, ¿no estamos hablando de eso?

- Estamos hablando de ti- me corrigió.

- ¿Me estás psicoanalizando?- pretendí que le seguía el juego, pero realmente me incomodaba que me estudiara.

- ¿Te molestaría que lo hiciera? Se me da muy bien analizar a las personas, digamos que tengo un don particular para eso. Nunca me equivoco- afirmó contundente.

- No me cabe duda de que tienes muchos dones escondidos- evoqué irónica.

- ¿Se me acusa de algo?- me preguntó con una mirada picara.

- Necesitas que lo diga en voz alta.

Se sonrió.

- No sé de qué hablas- contestó alzando una mano para tocar las flores del jazmín de leche que colgaban sobre nuestras cabezas desde la pérgola igual que las lucecitas. Tomó un ramillete de campanillas con las yemas de los dedos, con sumo cuidado para no romperlas ni arrancarlas de la planta y estiró el cuello para inhalar su perfume.

Se hizo el tonto sin duda.

- No tiene importancia-. Gruñí para llamar su atención, él soltó las flores y me miró, yo aparté la vista y esperé un momento-. Bien, vas a decirme o no, cuales son tus conclusiones, sobre mi persona, hasta ahora.

- Es muy pronto para emitir un veredicto; continuaré con mi estudio el fin de semana- respondió contemplando las flores.

Resoplé, no me hacía la menor gracia que insistiera con eso de pasar el fin de año con mi familia y conmigo.

- Si deseas saber algo no tienes más que preguntármelo- dije esperando que con eso considerara innecesario meterse en nuestra vida familiar.

- Sin duda hay cosas que a ti se te pasan por alto y que al ojo experto no. Además, las cosas suelen verse de un modo diferente cuando se las contempla de lejos.

Me pregunté que habría adivinado con sólo verme.

- No es agradable que me consideres objeto de estudio.

- No te considero de ese modo.

- No, para ti no soy más que un alma más.

Se removió sobre su sitio. - Pensé que habíamos acordado que no hablaríamos de negocios esta noche- dijo y apuró el resto de su vino.

- Disculpa es que para mí resulta un poco difícil olvidarme de eso; en tanto y en cuanto me rondes, no podré hacerlo-. Era mentira, podría soportar tranquilamente su presencia si dejaba de insistir con eso de que le vendiera mi alma para entregársela al Diablo.

- ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

Parpadeó; no pretendía con eso ni decir que sí ni que no, que interpretase mi gesto como quisiera.

- ¿Te molesta que la gente piense que nosotros...?- insinuó sirviéndome más vino.

Le eché un fugaz vistazo a quienes nos rodeaban.

- Que piensen lo que quieran, de todos modos los únicos decepcionados serán ellos.

- Si no hubiese venido, en este instante, en vez de estar conversando conmigo estarías soportando todos esos comentarios lacrimógenos sobre tu...- Vicente tuvo la delicadeza de no terminar la frase- esos que tanto te molestan- concluyó por fin.

- ¿Debo agradeceréte? ¿Acaso es esta una actitud completamente desinteresada?

- No pierdes oportunidad para marcar tu posición y la mía, ¿no es así? Cuantas veces tendré que repetirte que esta noche no tiene nada que ver con los negocios.

Hiné los hombros para restarle importancia. Me costaba creer que fuese puro desinterés, dudaba que los demonios hiciesen tales cosas.

- Esta podría haber sido una noche muy diferente- siguió diciendo.

Asentí. - Igual es una noche diferente. Un tanto más bizarra de lo que la imaginaba pero...- hice una pausa-. Puedo preguntarte algo... por curiosidad.

- Claro.

- Tu ropa y la mía- nos señalé a ambos por turnos-, ¿fue casualidad o sabías lo que iba a ponerme?

Soltó una carcajada y no contestó, en vez de eso me sirvió más vino. Bebí un pequeño trago y bajé la copa.

- También siento curiosidad- le dije un segundo más tarde. La sinceridad se me escapó, delante de él me resultaba difícil esconder sentimiento alguno.

Se relamió los labios luego de beber. - ¿Sobre qué?

- Jamás había conocido a nadie de tu clase... bueno, no al menos que yo sepa.
- No, nunca has conocido a ninguno- confirmó.

Si él lo decía es porque probablemente era así.

- En fin, mencionaste que comes y bebes porque te gusta, que eres más resistente que cualquier mortal y que posees ciertos dones, entre ellos, la facilidad para sacar cómo es cada persona... ¿Qué otras cosas puedes hacer?
- ¿Otra vez con lo de los trucos de feria?
- No, hablo en serio.

Vicente me puso una mano en la espalda y me apartó de la barra, unas personas venían directo hacia nosotros. Caminamos hasta pasar la mesa y nos detuvimos muy cerca de inmenso jazmín en pleno proceso de floración. Allí nadie nos molestaría y estábamos lo suficientemente lejos de todos los demás como para que no pudiesen oírnos.

- Sé que hablas en serio; no entiendo para qué quieres saberlo.
- No me hará ningún daño saberlo.

Vicente soltó un profundo gruñido que retumbó en su amplio pecho, el cual, obviamente, denotaba desagrado; entornó los parpados, sus ojos se convirtieron en dos muescas oscuras cinceladas en su perfecto rostro.

- Esa afirmación es discutible.

Lo miré seria, estaba firmemente decidida, él titubeó un momento, finalmente se removió en su sitio, resopló y abrió la boca para hablar.

- Qué es exactamente lo que quieres saber- me preguntó con un tono indulgente.
- No sé, cualquier cosa, supongo que sea lo que sea me sorprenderá.

Sonrió a medias. Sus ojos brillaron otra vez con vivacidad abandonando el tono sombrío de unos momentos atrás.

- Hagamos un trato: yo te digo algo, tú me dices algo.
- ¿Acaso hay algo sobre mí que no sepas ya?- consulté irónica cruzándome de brazos para enfrentarlo. Así me sentía más segura, más protegida.
- Por supuesto, ¿qué crees?, que soy adivino, que puedo leer tu pasado en una bola de cristal- soltó divertido.
- De hecho tenía la impresión de que podías hacerlo... o algo así.
- Pues no, no puedo y no sé todo sobre ti.
- Bien, el mito queda desmentido, leer lo que dicen las bolas de cristal no es lo tuyo- dije y luego enmudecí. Me dio miedo. No olía a trampa, pero qué pasaría si dejaba que me conociese tan a fondo, supongo que si sabía todo sobre mí, eso me tornaría más vulnerable ante él, ¿no lo era ya?

- ¿Hacemos el trato?- preguntó entusiasmado.

Antes de que pudiese contestar nada añadió: - lo lamento, utilice la palabra errada, no me refiero al trato de... te cuento algo sobre mi y tú me cuentas algo sobre ti, lo que quieras, lo que sea...sin obligaciones. ¿Qué me dices?

Iba a arrepentirme, sabía que lo haría... no pude resistirme.

- Está bien- convine medio a regañadientes, ciñendo mis brazos alrededor de mi pecho por miedo a desbaratarme.

Sonrí complacido. - Las damas primero- entonó caballeroso haciendo gala de su gentileza y cortesía, en realidad deseaba aprovecharse de mí, eso es todo, sabía perfectamente, que él, así como yo, no se sentía del todo cómodo con este trato, al menos, en lo tocante a decir verdades, supongo que aceptó al igual que yo, por curiosidad para conocer cosas de mí que no pudiera adivinar a simple vista.

Le sonreí haciéndome la tonta.

- Te sedo el turno- le dije esquivando el golpe. No iba a dejarme vencer con tanta facilidad.

Me miró de reojo.

- ¡Yo pregunté primero!- exclamé. Era completa y absolutamente cierto, me debía una respuesta-. Lo justo es justo- agregué dispuesta a no ceder ni un paso.

- ¡Como eres!- se quejó. Puso mala cara. Inspiró hondo y se quedó con la mirada fija en la distancia.

- ¿Vas a decirme algo o no?- lo apuré. Tenía mariposas revoloteando en el estomago.

- Estoy pensando- soltó con falso enojo.

- Tanto te cuesta- me burle haciendo un esfuerzo por no sonreír.

- No- soltó-, ya lo tengo. Seguro que esto va a gustarte -hizo una brevísima pausa-: recuerdas esa noche en tu departamento, cuando te dije lo que era y te pregunte si me creías o si debía llenar tu departamento de llamas para que lo hicieras.

Por supuesto que me acordaba, más de una vez había rememorado aquel momento con lujo de detalle; sin duda había quedado grabado en mi memoria para siempre.

- Sí, me acuerdo, qué hay con ello- dije simulando cierta indiferencia.

- Es un truco de feria, uno que me sale muy bien- dijo algo compungido e incómodo.

- No te entiendo.

Bebió un poco de vino de su copa. - Puedo generar fuego con sólo desearlo-explicó.

- ¿Cómo?- no estaba bebiendo nada pero aún así me atraganté-. Es decir, puedes crear fuego de la nada, con sólo pensarlo o algo así, ¿a eso te refieres?

- Exacto.

- ¿Sobre cualquier superficie o debe ser algo inflamable?

- ¡¿Qué?!- se me rió en la cara.

- Hablo en serio, no te burles. ¿Eres algo así como un encendedor?

Vicente soltó una carcajada sincera.

- ¡Por Dios!, esta sin duda va a ser una noche muy peculiar- continuó diciendo sin dejar de reír.

- ¿No vas a contestarme?

- Es que...- no pudo terminar, volvió a reírse.

Yo me enfurruñe.

- Sí, soy algo así como un encendedor.

- Es algo referente a los de tu especie o...

Súbitamente dejó de sonreír, la luz se esfumó de sus ojos otra vez. Me impactó la velocidad con que su rostro podía cambiar del día a la noche evidenciando cada sentimiento.

- No, es algo que yo puedo hacer- entonó categórico.

Intenté asimilar aquello, ¿acaso él era único también entre los suyos, así como tan particular parecía entre los simples mortales?

- Bien, gracias por contestar- dije entrecortadamente apartando la vista.

Vicente se puso serio. - No hay por qué. Ahora te toca a ti.

- ¡La cena está lista!- anunció pomposamente mi madre.

- Tendrá que ser más tarde-. Suspiré aliviada, bendita fuese mi mamá por interrumpirnos en ese preciso instante.

- Bien, no te preocupes, no se me olvidará recordártelo.

Seguro que no, al menos, hasta que llegara el momento de la verdad, podría decidir qué sería lo menos riesgoso de contarle.

Deben haber pasado diez minutos hasta que finalmente nos sentamos a la mesa. Acomodar a esa cantidad de gente resultaba complicado, sobre todo, porque todos, insistieron en que Vicente y yo debíamos sentarnos uno junto al otro, por lo que costó encontrarnos dos sillas vacías juntas entre los que ya habían tomado un lugar.

Luego de muchas vueltas, idas y venidas, acabamos a la derecha de mi padre. Estábamos mi tía, mi padre, Vicente y yo, en ese orden, sentados todos a un

lado de la mesa, entre un montón de amigos de la familia. En cuanto los platos empezaron a pasar de mano en mano hasta llegar a mi madre y unas de sus amigas quienes se ocupaban de servir, mi padre y Vicente se pusieron a hablar y no pararon cuando se les colocó delante de las narices sus respectivos platos de ñoquis humeantes. El aire veraniego se perfumó con el olor de la salsa de tomate condimentada con laurel y otras especias, adquirió el sonido de las risas y las conversaciones, y se refrescó con el borboteo del corpulento vino tinto al ser vertido en las hermosas copas de cristal de mi madre.

Todo mundo estaba feliz, se comía y se veía disfrutando de cada segundo, de cada sensación. Ante aquel despliegue de alegría, no pude más que alegrarme también. Pronto me olvidé de que esta noche, debía ser la noche de mi boda, lo cual me hizo preguntarme si realmente lo que había sucedido no había sido lo mejor para todos. Qué hubiese sido de mí si contraía matrimonio cuando en realidad no estaba segura de amar lo suficiente a Cristian como para querer pasar el resto de mi vida a su lado.

Me olvidé de quién era Vicente en realidad, de qué era lo que quería de mí, ignoré las miradas de mi madre cada vez que me llevaba el tenedor a la boca y me dediqué a disfrutar de la comida, dejé que el vino me soltara la lengua e incluso me reí cuando alguien le contaba a Vicente alguna que otra ridícula anécdota sobre mi niñez, sin sentirme tontamente avergonzada.

10. ¿Real?

La velada pasó volando... ayudaba a mi tía a levantar los platos mientras mi madre preparaba el café y las masas para servir las entre los invitados que se había dispersado por el jardín, apartando las sillas de la mesa para buscar un

lugar al fresco sobre el pasto o en algún rincón, debajo de la maravillosa cúpula azul estrellada.

Desde la ventana de la cocina, atisé a Vicente y a mi padre, ambos estaban parados junto a la escalera que llevaba a la terraza, charlando; habían conversado animadamente durante toda la noche, me preguntaba sobre qué.

Supongo que me quedé más tiempo del prudente espiándolos ya que Vicente se percató de lo que hacía y me lanzó una disimulada mirada por encima del hombro de mi padre. Bajé la vista y me aparté la mirada. Al retroceder me llevé por delante a mi madre. A poco estuve de causar un desastre, ella cargaba en sus manos la cafetera rebosando del oscuro y caliente líquido.

Mi madre soltó un alarido. No había necesidad.

Me disculpé dando un paso atrás para liberar el camino en dirección al jardín. Mi madre no contestó, me dedicó una mirada avinagrada y salió por la puerta otra vez sonriendo para sus amigos.

- ¿Y bien?- me preguntó mi tía mientras descargaba sobre el tacho de basura los residuos que habían quedado en los platos-. ¿Te diste cuenta o no? Creo que él todavía tampoco lo sabe.

No pude despegar los labios.

- Pronto se dará cuenta- añadió sonriéndome. Se me acercó y me dio un beso en la frente-. Ya te diste cuenta- me susurró y luego se fue.

En cuanto me dejó allí sola en la cocina, de frente a la heladera, rodeada de los platos sucios de las mismas cosas que me habían acompañado desde mi más tierna infancia hasta el día en que me fui de casa, me di cuenta de que mi tía tenía razón, o al menos en parte. Acertó en lo tocante a mí, había perdido la razón.

Mi sangre se solidificó en las venas, todo mi cuerpo súbitamente se puso rígido. Se me cerró el pecho y se me hizo difícil respirar. Ahora sí me dio miedo porque me di cuenta de que algo poco normal me sucedía. - No, no puede ser...- me dije a mí misma-, este debe ser uno de sus trucos... un truco para que me sienta tan atraída como una mosca a una planta carnívora-. Tenía que ser un truco, nadie en su sano juicio puede empezar a sentir algo parecido por alguien como él... no, no es posible.

- Esto no es normal- dije en voz alta con el fin de intentar materializar algo de cordura-, es simple atracción, simple, vana y burda atracción, nada más-. Se me cayó el alma a los pies desparramándose por el suelo en pequeños trozos-. No me puede estar pasando, no puedo estar sintiendo esto. No es real, no es real, no es real- tragué saliva-. No importa cuan real se sienta, no lo es.

¿Cómo iba a salir de esto en una sola pieza, es decir, con cuerpo y alma juntos?

Se me cayeron los brazos al costado en el exacto momento en que alguien llamó a la puerta abierta de la cocina, con un suave golpe de sus nudillos para anunciar su llegada.

La intempestiva llegada de Vicente casi me hace caer.

Lo miré sin poder decir nada, sabía que mi cara era una máscara de horror, podía sentir que mis facciones tensas.

- ¿Interrumpo algo?- me preguntó con una sonrisa que rápidamente se le borró del rostro en cuanto se percató de la apariencia del mío-. ¿Te encuentras bien?

- dio un paso dentro de la cocina.

No pude contestarle.

Ante mi silencio dio un paso más extendiendo una mano en mi dirección. Me aparté para que no me alcanzara. Su rostro también se tensó con lo que supuse sería una falsa preocupación.

- ¿Sucedió algo?- me preguntó con voz áspera bajando la mano-. ¿Te sientes bien? Te ves pálida.

Apreté los labios e inspiré lo más hondo que la presión en mi pecho me permitió. Hice un esfuerzo por sonreír.

- Estoy bien.

- ¿Segura? ¿Quieres que llame a tu padre?- me preguntó tendiendo su mano otra vez hacia mí.

Me puse rígida y se dio cuenta. Bajó la mano y retrocedió otra vez.

- No, no hace falta. Fue el vino, eso es todo-. Me pasé las manos por el pelo, de repente sentía mucho calor y la cocina empezaba a girar a mi alrededor-. Estoy...- el resto de las palabras se me quedaron atoradas en la garganta. Todo se me puso negro. Sabía que me daría un buen golpe contra el suelo pero no llegué a tocarlo, unas cálidas y suaves manos, cuyo tacto se sentían igual que tocar el almidón de maíz, igual de suave, igual de terso, me atajaron en la caída.

Todo se apagó y cuando volvió a encenderse estaba yo recostada en mi vieja cama, en mi viejo cuarto, con la cabeza sobre una pila de osos de peluche que me habían pertenecido y que mi madre se había negado a regalar luego de mi partida, con un paño húmedo sobre la frente. Parpadeé, la luz proveniente del velador a mi derecha hirió mis ojos.

Me costó recordar qué se suponía que hacía allí.

En cuanto logré separar del todo los parpados, vi a mi padre sentado a los

pies de la cama, me tomaba por los tobillos en tanto me miraba sin despegarme los ojos de encima ni por un segundo.

- ¿Puedes oírme cielo?

Podía oírlo sin embargo no tenía fuerza para contestarle pese a que deseaba hacerlo, sentí una punzada de culpabilidad, su cara de preocupación me partía el alma. Qué clase de hija era yo, cómo podía hacerle aquello, cómo había sido capaz de permitir que un demonio maligno y tramposo se metiera en su casa y conversara con él así como si nada. Cuando me acordé de él fue cuando empecé a buscarlo a mi alrededor. Mi tía se me acercó, me quitó el paño de la frente, lo enjuagó y volvió a colocarlo en su sitio. La frescura de la tela resultaba agradable. Mi tía se movió y entonces lo vi, Vicente hallaba parado junto a la puerta, con la espalda pegada al marco, tenía los brazos detrás de la cintura y me miraba fijo, su expresión no denotaba sentimiento alguno; cuando fije mis ojos en él bajó la vista y la clavó en el suelo.

Mi madre apareció en el cuadro, tapándome su imagen.

- ¿Qué te pasó?- inquirió con un tono de voz que sonó igual a un disparo de escopeta. No parecía que creyese utilizar un tono más cálido, supongo que mi desmayo había arruinado su fiesta.

- Estoy bien- mentí incorporándome. El mundo se estremeció a mí alrededor, otra vez todo dio vueltas y caí otra vez sobre los ojos de peluche clavándome en la nuca narices y ojos de plástico, me llevé una mano a la parte posterior de la cabeza. Solté un quejido que arrancó una única risa: la de Vicente. Abrí los ojos y le lancé una mirada de odio, él, apretando los labios, hizo un esfuerzo para dejar de reír, sobre todo, porque mi padre también lo miraba con cara de pocos amigos.

- ¿Corazón, te sientes mal?- quiso saber mi papá dándole la espalda a Vicente.

- Creo que tomé demasiado vino.

Mi madre resopló. - Eso es todo- exclamó-. Bien, lo mejor será que regrese con el resto de los invitados.

- Sí, yo iré a cambiar el agua- dijo mi tía levantando el bowl de vidrio que estaba sobre la mesa de luz-. Vicente, por qué no me das una mano- le dijo en un tono obviamente insinuante (pretendía dejarnos solos a mi padre y a mí) al pasar por su lado después de seguir a mi madre.

- Sí, claro- contestó él despegando la espalda del marco.

Y así, se fueron los tres. Cerré los ojos y suspiré aliviada pese a que sabía lo que se me venía encima. Tenía la certeza de que todos creían que mi desmayo tenía una única causa, el estrés causado por una noche que debería haber sido

muy distinta.

- ¿Cómo te sientes?

- Estoy mejor- contesté sin despegar los parpados.

- ¿En verdad bebiste tanto vino?

Abrí los ojos. La hora de la verdad había llegado. - Más o menos.

- Me lo suponía.

- Pero estoy bien. No fue tan malo cuanto suponía que iba a ser. De veras papá, voy a estar bien.

Mi papá se metió las manos en los bolsillos del pantalón, eso hacía cuando asaltaba la incomodidad, de modo que adiviné que nuestra discusión no terminaría aquí. Dio un paso al frente, y luego después de dudarlo un instante, se sentó otra vez, junto a mis rodillas.

- Ese muchacho... Vicente... ¿sabe lo de...?

Me hizo gracia que nadie mencionase aquello, por lo visto ninguno de nosotros se animaba a pronunciar “el suceso”, sin embargo todos pensábamos en él, lo teníamos tan presente como a un familiar cercano que hubiese pasado a mejor vida recientemente. Dejé escapar un suspiro. Sí, lamentablemente Vicente sí sabía de mi ruptura con Cristian y mucho más. Asentí con la cabeza.

- Quizá él pueda ayudarte con todo esto...- mi padre apoyó las manos sobre el colchón y se me acercó, yo todavía estaba recostada sobre los almohadones y muñecos- ...no debería decirte esto, sabes que jamás me metí en tu vida o al menos hago el intento de no hacerlo...

Le devolví la sonrisa.

- ...no me gusta emitir opiniones que contradigan tu criterio, y eres libre de elegir lo que quieras para tu vida... la verdad es que...- su rostro se ensombreció.

- ¿Qué?

Mi padre me miró directo a los ojos y soltó la bomba para la cual no había contraataque posible. - Ese muchacho no me gusta... no me gusta nada.

Abrí la boca para hablar, en realidad no tenía nada que decir, se suponía que debía replicar en su defensa -al menos eso creo-, y así me quedé, sin poder decir nada.

- Sé que en apariencia es perfecto; es amable, educado, viste bien, tiene buenos modales y parece todo un caballero pero- torció la boca- hay algo en él que no...

- ¿Que no qué?-. ¿Sería posible que él intuyera que Vicente no era un simple y común ser humano, sino algo más, algo tan especial como maligno?

Mi padre se apartó. - No tengo idea de qué es lo que me molesta- se palmeó los muslos y luego se levantó.

Continuaba ansioso, lo sabía.

- Es posible que simplemente no me agrade del todo a causa de cuan perfecto y adorable que lo cree tu madre. No dejó de hablar de él con todas sus amistades. ¡Ahí lo tienes!- exclamó sonriendo otra vez sin gracia-: tú padre está celoso de tu novio porque tu madre lo idolatra demasiado.

- ¡Él no es mi...!

- Vamos cielo- me lanzó una mirada compasiva-, a mí no me engañas, sé que dices que es alguien del trabajo, ¿un cliente?

- Es que eso es lo que es: un cliente, y nada más. De hecho...

- No estoy ciego, cielo. Tan solo deseaba recomendarte que antes de empezar nada serio con él te cerciores de quién realmente es, no me gustaría que sufrieses otro desengaño. Sé que Cristian siempre me gustó y que quizá no te haya defendido con él lo suficiente por ese motivo... no voy a cometer el mismo error dos veces, es más, si seguimos esta lógica es posible que como él no me gusta, sea perfecto para ti, todo lo que te mereces y demás; aun así, ten cuidado, no quisiera verte lastimada una vez más, no quiero que tengas que volver a pasar por todo eso... no quiero volver a verte otra vez aquí, en esta cama, luego de un desmayo, estresada y confusa. Sea como sea, ten cuidado, eres mi única hija y te amo demasiado para soportar verte herida una vez más.

- Voy a tener cuidado- le prometí sin saber cómo se suponía que iba a cuidarme de Vicente.

- Bien, te dejaré para que él pueda venir, me figuro que debe desear estar contigo- me miró y me sonrió-, no te preocupes, le diré a tu tía que lo deje traer el agua fría.

No me dejó replicar. Salió por la puerta dejándome sola.

Rendida, cerré los ojos, hubiese deseado quedarme dormida allí... allí y para siempre para así escapar de la locura en la que estaba metida.

Procuré relajarme, olvidarme de todo, incluso de mi propia respiración.

- ¿Dormida?- me preguntó con voz suave.

No lo había oído llegar y no me sorprendió, cuando entraba al local carillón de la puerta no sonaba.

- No- le contesté en voz baja procurando no salir del cálido rincón entre el sueño y la vigilia, en el que me encontraba.

Susurró algo que no llegué a entender. Se sentó en la cama, lo sé porque el colchón se inclinó y porque percibí, más cerca que nunca, su exquisito

perfume y la calidez de su cuerpo. Escuché el sonido del agua al ser removida y posteriormente el de las gotas al caer dentro del cuenco cuando escurrió el paño que luego, con delicadeza apoyó sobre mi frente.

- ¿Mejor?

El sí se me escapó atrapado en un profundo suspiro. Estaba al borde de algo mucho más placentero que el sueño. El mareo y el malestar quedaron en el olvido. Un escalofrío, uno agradable casi refrescante, me corrió por completo. De repente me sentí liviana, como si ya no tocara la cama y al mismo tiempo tan llena que estaba a punto de explotar. Fue algo inexplicable... divino, casi una epifanía.

...

Abrí los ojos, el sol de la mañana entraba tenue por las rendijas de la ventana a mi izquierda. Oí a los pájaros cantando en el jardín. Me desparramé todavía más sobre la cama. Creí que aún continuaba en el paraíso. El aroma del aire era dulce, a flores y a pan dulce siendo leudado. Sí, definitivamente debía haber muerto y revivía ahora aquellos placenteros recuerdos de mi infancia. Apreté los párpados y suspiré exhalando todo el aire de mis pulmones; al abrirlos, giré hacia mi derecha y allí, sobre la mesa de luz, vi la prueba irrefutable de que aún me encontraba en la Tierra: el cuenco con agua.

Me incorporé sobre el respaldo de la cama, pasando revista a mí alrededor me percaté de que sin darme cuenta había empujado todos los osos de peluche al piso, el paño que refrescaba mi frente durante la noche había caído sobre estos.

- Buenos días- me saludó mi padre asomando la cabeza por la puerta.

- Buen día.

- ¿Mejor?

- Supongo, todavía no lo sé, creó que aun estoy algo dormida.

- Tú madre me manda decirte que el desayuno está listo y que te des prisa o llegarás tarde al trabajo.

- Sí...

- Se quedó contigo hasta que todos se fueron- entonó mi papá con cierto tono de culpabilidad.

- ¿Cómo?

- Vicente se quedó contigo mientras dormías. Estuvo sentado en el piso al menos dos horas, viéndote dormir. Parecía un perro guardián. No se quiso

mover de tu lado ni cuando lo invitamos a brindar con nosotros. Simplemente se quedó aquí en la oscuridad.

Se me hizo un nudo en la garganta.

- Se fue cuando ya no quedaba nadie, no por que quisiera, según me dio la impresión, sino más bien porque le daba vergüenza quedarse aquí con nosotros, de otro modo habría pasado la noche a tu lado-. Hizo una pausa-. Quizá me equivoqué con él.

Intenté tragar saliva y no pude, tenía la garganta cerrada por un fuerte nudo.

- Date prisa o tu madre nos regañará a ambos-. Puso los ojos en blanco al oír el ruido de cacerolas proveniente la cocina. Sí, evidentemente mi madre quería que me levantara ya, por eso armaba tanto escándalo.

Me costó horrores levantarme de la cama, tenía la impresión de que al dejar aquella habitación me internaba en un peligro sin paragón, me sentía igual que un gladiador a punto de entrar en la arena copada por leones hambrientos. Sabía que era más bien escasa la posibilidad de no ser devorada viva.

Casi no articulé palabra durante todo el desayuno, sentía que tenía una estaca clavada en el corazón; en cambio mi madre, no dejó de hablar de Vicente mientras se movía de un lado al otro de la cocina preparando los majares que degustaríamos para la cena de fin de año y el almuerzo de año nuevo. Me preguntó una y otra vez sobre sus gustos, deseaba complacerlo, hacerlo sentir como en casa, estaba tan entusiasmada porque viniese a pasar las fiestas con nosotros que ni se percató de que debía existir una buena razón para que yo no pudiese responder a sus preguntas, por lo visto no le importaba que no lo conociese en lo más mínimo, tampoco se molestó en prestarle atención a mi padre cuando a cada uno de sus insistentes cuestionamientos que me dejaban sin palabras, resoplaba fastidiado. Por suerte, tenía una buena excusa para largarme de allí rápido, tenía que regresar a casa y cambiarme de ropas para ir a trabajar.

El camino de vuelta a casa fue diferente, a pesar de conocer aquellas calles de memoria, todo se me antojó distinto, era como si me hubiesen insertado -a la fuerza y de un segundo para el otro- en un mundo paralelo, similar al mío, mas con ciertas diferencias tan tenues que eran casi imperceptibles; a pesar de su ínfimo tamaño, me molestaban tanto como una espina clavada debajo de la uña. Esa pequeña molestia me tenía alterada.

Sabía que no era el mundo el que había cambiado, era yo: me sentía diferente porque sentía algo que no debía sentir, algo que no podía sentir, algo que aunque artificial y creado por manos maliciosas, palpataba dentro de mí, y no

podía ignorarlo. No tenía ni idea de cómo me desembarazaría de aquella sensación y me asustaba la necesidad resultante de este sentimiento.

Tuve ganas de arrancarme el corazón, de arrojarlo a la alcantarilla por la que se iba el agua sucia y jabonosa que corría desde la vereda que una mujer lavaba afanosamente. Mi corazón ya no era mío, acababa de caer en manos de ese ejercito de miles, una de las ultimas fortaleza había caído, de nada importaban ya, los altos muros, las paredes almenadas y el poderoso puente levadizo, el castillo sin protección estaba ahora en manos del enemigo que se alzaba victorioso en la torre más alta, o más precisamente, en su automóvil negro, estacionado delante de la puerta de mi departamento, según pude ver, cuando alcé la cabeza.

Rápido, metí la mano dentro de la pequeña cartera que me colgaba en bandolera y saqué las llaves. Con esa misma rapidez, Vicente salió del auto y subió a la vereda y se quedó allí esperándome. Intenté no mirarlo; eso no era nada fácil de lograr.

Me percaté de que llevaba una gran bolsa elegante colgando de la mano derecha de la cual salían extremos de papel de seda negro.

- Buenos días- me saludó sonriente.

Ignorándolo por completo igual que si fuese una estatua a la que ya he contemplado demasiado como para conocerme todos sus detalles de memoria, tanto así que podía evocarla a la perfección en cualquier momento y en cualquier lugar con sólo cerrar los ojos, le pasé por al lado sin respirar -para no percibir aquel dulce aroma que me resultaban tan tortuoso- y subí los escalones para abrir la puerta.

No tuve que esperar ni dos segundos para tenerlo a los talones.

Me puse nerviosa, no lograba encontrar la llave correcta entre el manajo que contaba con las del departamento, las de la casa de mis padres y las del local.

- Buenos días, Eliza- me susurró al oído inclinándose sobre mi hombro izquierdo.

Su aliento y sus palabras hicieron que se me erizara la piel. Las llaves se me resbalaron de la mano; él las atajó en el aire en una reacción humanamente imposible.

Apreté los dientes y me di vuelta, no me quedaba otra opción, a diferencia de él, yo necesitaba de las llaves para entrar en mi casa.

Vicente sacudió las llaves sobre mi cabeza.

- ¿Perdiste el habla durante la noche?- me preguntó alzando las cejas con un gesto distendido. Parecía no tener idea de todo lo que pasaba por mi cabeza en este momento y eso suponía un alivio, uno ínfimo. De todas maneras, no pude contestarle, estaba demasiado cerca de mí para no perder el autocontrol de un modo tan estrepitoso. Ni siquiera se me ocurrió arrebatarse las llaves de la mano, aunque creo que eso no habría servido de mucho, estaba probado que ni puertas ni paredes lo detenían.

- ¿Contienes el aliento?- curioseó divertido mirándome con los ojos entornados y bajando las llaves para encerrarlas en su fuerte puño.

Hubiese perdido por completo la cabeza de inspirar su perfume, y la cabeza, era el último refugio seguro que me quedaba, pese a que las tropas enemigas pugnaban a fuerza de martillo por derrumbar mi muros de defensa, empleando alguna que otra vez, disparos de catapulta.

Liberé mis pulmones a regañadientes, permitiendo que se llenaran de su fragancia y el efecto fue inmediato.

- ¿Te encuentras bien?

¡No, ¿cómo abría de estarlo?!- grité dentro de mi cerebro y las palabras

reverberaron en los muros que temblaban a causa de los golpes del acero.
¡Creo que te amo!- grité dentro de mi cabeza,

- Necesito estar sola. ¿Te molestaría...?

La picardía se le escapaba por los ojos. - ¿Quieres que me vaya, es eso?

- Fui lo suficientemente clara.

Vicente me contempló por un momento, luego me tendió las llaves y las tomé de inmediato por miedo a darle tiempo de arrepentirse. En cuanto las tuve entre los dedos me di vuelta y metí la correcta en la cerradura al tiempo que le agradecía.

- No me lo agradezcas, no iré a ninguna parte, tenemos que hablar. Entremos-. Empujó la puerta y me cedió el paso.

No pude hacer otra cosa que cerrar la puerta y caminar hacia los ascensores arrastrando los pies igual que un condenado a la horca, siempre procurando evitar sus ojos, si los veía una vez más acabaría rindiéndome, aceptando que él era mi verdugo y no quería eso.

- Tus padres son muy agradables- comentó mientras esperábamos el ascensor.

Lo miré de refilón para ver qué cara ponía al decir eso pero no detecté ninguna mueca particular.

- Tu madre me adora; lamentablemente, pese a sus esfuerzos, tu padre me odia. El corazón se me disparó de puro miedo. Lo miré alarmada, ahora sí, directo a los ojos.

- Deja a mi padre en paz, por favor, él no tiene idea de qué eres... simplemente- se me llenaron los ojos de lágrimas y no pude seguir.

Vicente soltó una mezcla de risa y resoplido. - Claro que no lo sabe.

- Ellos no tienen nada que ver en todo esto. No les hagas daño, te lo ruego.

¿Cómo podía amar tanto a alguien que amenazaba así a los que yo más amaba?
¿Con que lo amara esperaba conseguir que le entregara mi alma?, ¿deberás pensaba que iba a ser tan fácil?, si este amor era solamente comparable al lacerante dolor que me causaba.

- Sé que no va a ser necesario- afirmó lacónico.

Yo también lo sabía, al final, cualquier condena eterna era preferible a ir al Cielo sabiendo que era la responsable del dolor de mis seres queridos.

Me di cuenta de que pese a todo el empeño que pusiese en negarme a entregarle mi alma, si por un segundo, amenazaba seriamente con dañar a mis padres, acabaría dándole no solamente mi alma, sino también mi vida.

El ascensor llegó cuando entre ambos, reinaba un pesaroso silencio. Vicente abrió la puerta y me dejó pasar. ¿Jamás perdería sus buenos modales?

Supongo que sí, después de todo, era él un demonio, no debía querer demostrar de qué estaba realmente hecho hasta que no fuese imperiosamente necesario, me figuro, que para obligar a alguien a entregarle su alma luego de que las negociaciones diplomáticas no dieran resultado debía convertirse en una verdadera bestia, en una de esas criaturas de película de terror que no escatima a la hora de provocar dolor y pánico, una criatura tan horrible que podría morir de miedo con sólo mirarlo... algo tan distante a lo que ahora tenía delante que resultaba todavía más atemorizante tomar conciencia de ello. Vicente me miró y yo desvíe la vista.

- ¿Qué objeto tenía la pantomima de anoche?-. Saber que en cierto modo estaba entregada aplacaba el miedo. Había perdido una batalla y probablemente, a menos que él desistiera o que pudiese convencerlo de desistir, perdería también la guerra. Era una cuestión de tiempo, nada más.

Con un poco de suerte, si lo hacía enojar lo suficiente, se las tomaría conmigo y me mataría sin tomar revancha contra nadie más, así, yo me iría al cielo con mi alma intacta, si es que tal cosa como el alma y el cielo existen, y mis padres seguirían sus vidas sin ningún peligro pisándoles los talones.

- No fue ninguna pantomima, lo pasé muy bien, acabo de decirte que tus padres son personas muy agradables. Tu madre es una esplendida cocinera y anfitriona; y tu padre es una de las personas más francas que haya conocido jamás, la verdad se desprende de sus ojos y no puede evitarlo.

Mi único soldado alzó su espada dispuesto a contraatacar.

- No soy tan estúpida como te parezco, de veras esperabas que me creyese todo eso de que anoche no trabajabas. ¡Por favor!, es obvio que fuiste allí con un motivo muy preciso.

- Sí, pasar una buena noche- soltó en un tono contenido con la vista fija en la puerta del ascensor.

- ¡Deja eso de una buena vez!- le grité harta de esa mansedumbre que no le quedaba a la que yo suponía, era su verdadera personalidad demoníaca.

El ascensor se paró abruptamente entre dos pisos con un estruendo que no auguraba nada bueno. Las luces parpadearon.

Me quedé sin aire. Estaba por entrar en pánico, incluso así no atiné a detenerme siquiera a pensar si él había sido el causante o si simplemente se trataba de un fallo mecánico.

- ¡Admite que en ningún momento has dejado de intentar comprar mi alma! Admite que eres un maldito demonio y deja de pretender que mi familia te agrada- chillé exasperada-. Lo único que quieres es tenerlos lo

suficientemente cerca para que yo tema por su seguridad y así entregarte lo que quieres-. Me mordí el labio, estaba a punto de estallar-. ¡Y deja de pretender ser tan condenadamente perfecto! ¡¿Por qué no te muestras tal como realmente eres de una buena vez?!

Algo en el aire cambio, estaba enrarecido. El perfecto perfume de Vicente desapareció para ser reemplazado por un desagradable vaho a putrefacción, mezclado con una acidez inusual que me hacía doler la parte posterior de las fosas nasales mientras él apretaba los parpados y los puños, quieto, tan quieto que no era normal. Di un paso atrás. Con ambas manos me tapé la boca y la nariz y me apreté contra una esquina de la cabina para apartarme del tiro de su mano izquierda. ¡Que cosa tan inútil!, no tenía más que estirarse un poco para alcanzarme y aplastarme con la facilidad con la que se mata a un molesto mosquito.

Comprendí que quitarle el seguro a la granada no era algo que debía hacerse tan a la ligera, no al menos, si no se tiene hacia dónde correr para estar a salvo y yo no tenía lugar al que escapar, estaba dentro de un diminuto ascensor encerrada con un arma peligrosa y mortal.

Como si con las nauseas de la noche anterior no hubiese sido suficientes para una semana, la cabeza empezó a darme vueltas; las arcadas se me agolpaban en la garganta. Maldije haber aceptado el copioso desayuno que me sirvió mi madre.

Por suerte, casi de inmediato, el olor comenzó a remitir, el ascensor volvió a ponerse en marcha y eso ayudó a que el aire se removiera y fluyera, trayendo el fresco de la oscura columna por la cual ascendíamos a ritmo normal otra vez.

Vicente continuaba sin moverse. De repente despegó los labios igual que si fuese a aspirar todo el aire que lo rodeaba; abrió los ojos y su pecho se ensanchó debajo de la chaqueta de cuero que llevaba puesta y de la fina camisa que le cubría la piel.

- Tengo muy claro lo que soy- entonó en un tono más digno de ultratumba que nada en este mundo-. Eres tú la que no termina de entenderlo-. Volvió su rostro hacia mí hiriéndome con su mirada-. Harías bien en comprender que esto no es un juego. Esta noche, asistirás a la fiesta que daré en mi casa, no te lo estoy pidiendo, te lo ordeno. No tienes elección Eliza, simplemente quiero que vengas para que veas en lo que se convertirá tu vida cuando todo termine.

El ascensor se detuvo en mi piso, él abrió las dos puertas pero no salió. Me tendió la bolsa que llevaba.

- No tienes que usarlo si no quieres.

Estiré el brazo y tomé la bolsa, era pesada.

- A las ocho, en mi casa. No faltes.

Se apretó contra la pared del ascensor.

- Hasta esta noche- me dijo.

Sin pronunciar palabra me escurrí hacia fuera del ascensor haciendo todo lo posible por no tocarlo y por suerte lo logré; no llegué muy lejos, me quedé parada junto a la puerta todavía abierta.

- Se te acaba el tiempo- pronunció en claro tono de advertencia cuando lo enfrenté.

Las puertas se cerraron ante mí.

...

- ¿Y bien, a qué hora pasamos por ti?- quiso saber Susana ni bien terminó de contarme los planes que había hecho para lo noche, tenía ganas de que despidiésemos el año juntas, aunque fuese una noche por adelantado. Ella, ajena a todos mis problemas, me sonreía no solamente con la boca, también con los ojos.

- Esta noche no puedo-. Contesté bajando la vista. Me sobrevino una nueva oleada de arcadas, tenía la impresión de que vomitaría mi estómago ya que éste nada contenía.

- ¿Cómo es eso? ¿Tienes planes para esta noche?

¿Cómo explicarle?

- ¿No estarás intentando engañarme?- puso los brazos en jarras y me miró de reojo-. Confío en que no te molestaría tanto salir con Sebas y conmigo.

- No, para nada- intenté sonreír-, me encantaría poder salir con ustedes; tengo un compromiso previo del cual no puedo librarme.

Susana aflojó los brazos. - Suena como si tuvieses una cita con una maquina de tortura. ¿La cena en casa de tu madre no fue ayer?

Asentí con la cabeza.

- ¿Entonces qué es?

- Nada importante.

El cliente único cliente que había estado dando vueltas por el local por los últimos cinco minutos finalmente se fue.

- ¿Voy a tener que arrancártelo a golpes?

Me mordí el labio.

- ¿Y bien?

- Tengo una fiesta- dije esperando que se conformara con esa mínima porción de información.

- ¡Qué bien! ¿Dónde?, ¿quién te invitó?, ¿con quién vas a ir?- paró para inspirar-. ¿Por qué es eso tan malo?

- Es que no tengo ganas de ir pero tampoco pude decir que no-. Era la verdad explicada de un modo más sutil y ameno. Susana se quedó observándome a la espera de las respuestas a sus preguntas. Decidí acotarme a la verdad lo más posible, no me resultaba fácil mentir y sabía que se me notaba cuando lo hacía, o al menos, a mí me parecía que se me notaba-. La fiesta es en casa de Vicente Campo, fue él quien me invitó y no voy ir con nadie.

- ¡¿No vas a ir con nadie porque él es tu pareja para la fiesta?! ¡Eso es genial!

- No Susana, no...

- ¡Cuanto me alegro!

- No es lo que te imaginas, él no...

- ¡Es genial, es perfecto, ustedes dos hacen la pareja perfecta!

¿En qué mundo?

- Susana, no tiene nada que ver con eso, es... es... es por negocios- otra vez la retorcida verdad-. Es más, supongo que él debe tener pareja. Nunca hablamos de eso... entre él y yo no hay absolutamente nada. Es más, espero que dentro de muy poco desaparezca de mi vida.

- Repite eso mirándote al espejo y te darás cuenta de que no te puedes convencer.

Entró otro cliente.

- ¿Por qué no me dijiste que te veías con él?, me hubiese encantado saberlo. Es más, espero que decidas contarme todo con pelos y señales.

Matías fue a atender a la mujer a la cual acompañó hacia el sector de vinos.

- No hay nada que contar... él no es lo que parece y la verdad es que preferiría que...

- Dale una oportunidad, no es Cristian, es alguien diferente y no todos los hombres son iguales.

Susana no se imaginaba cuan equivocado tenía su rumbo.

- Espero que te diviertas.

Se me cerró el estómago todavía más.

- ¿Qué vas a ponerte?

Yo intenté no pensar en el lujoso vestido negro, los zapatos y el sobre haciendo juego que habían quedado encima de mi cama, mientras me encogía

de hombros restándole importancia.

- ¿Esto es real?- le pregunté. Se me escapó. Me dolía el corazón y tenía impresión de estar a punto de partirme en dos.

- ¿Real?- Susana me sonrió, sin duda malinterpreto mi pregunta, lo que yo deseaba saber era si aquello era una pesadilla, si mi amor no era más que un truculento truco para vencerme-. Sí, es real... muy real, no estás soñando- aseguró sonriente.

Iba en el taxi -enfundada en el lujosísimo vestido negro, llevaba puestas las sandalias que hacían juego y entre mis manos trémulas se hallaba el flamante sobre de raso bordado con cientos de azabaches- viendo pasar las calles por delante de la ventanilla cerrada y todavía no lo podía creer.

Sentía que tenía gusanos dentro del estómago, que daban vueltas de un lado para el otro. Tenía miedo, de hecho, estaba aterrada. Me asustaba no tener ni idea de con qué me iba a encontrar y tampoco me hacía feliz tener que volver a ver a Vicente después de lo de esta mañana. Hubiese deseado morir en el transcurso del día antes de tener que verme obligada a pasar por esto, sin embargo ahí estaba yo, lo suficientemente viva para percibir con pasmosa claridad la confusa y variopinta variedad de sensaciones que tenían a maltraer a mi cuerpo, tanto es así, que me daba la impresión de que ya no me encontraba en control de mi cerebro.

En cuanto reconocí las opulentas casas empecé a hiperventilar.

Me llevé una mano al estomago, el vestido era ceñido, no tanto como para no permitirme respirar, si lo suficiente, para que en este momento de descontrol emocional me diera claustrofobia.

Creí que iba a darme un ataque.

- Usted dígame dónde- me dijo el taxista luego de comentar sobre lo elegante del barrio y lo costosos que debían ser los caserones que nos rodeaban.

Mis ojos encontraron la casa con suma facilidad, parecía que había sido ayer cuando vine a traerle el pedido que había quedado olvidado en el local.

- Es esa casa de allí- apunté en dirección al extenso paredón- a mitad de cuadra.

El hombre soltó un silbido de asombro.

Resultaba obvio que en la casa se celebraba una fiesta.

El frente iluminado, la puerta principal abierta de par en par... franqueada por cuatro hombres enfundados en trajes negros, recibían a la gente que se bajaba de los automóviles y a los que llegaban a pie o taxi como yo.

- Qué fiesta tan elegante- exclamó mientras detenía el reloj.

Gruñí en respuesta y le pagué.

Con mi tambaleante paso y mi postura encorvada avancé en dirección a la puerta principal. A los pocos metros, me percaté de una situación desagradable: los hombres que custodiaban la entrada recibían las invitaciones que luego cotejaban con una larga lista. También noté que

llevaban audífonos en uno de los oídos y algo que parecían micrófonos en los puños izquierdos de las camisas.

No tenía invitación.

Alarmada me pregunté qué sucedería si no me permitían entrar. Vicente pensaría que había decidido no asistir a la fiesta y sin duda tomaría represalias contra mi negativa.

La pareja que me antecedía entró y llegó mi turno.

- Buenas noches-. El hombre me miró de arriba abajo.

Me quedé muda, petrificada.

Una mujer tan alta como el hombre que tenía la lista en la mano, se acercó por detrás de éste y me contempló con curiosidad.

- Su invitación por favor- me pidió el hombre tendiéndome una mano vacía.

- Yo...

El hombre me miró.

- ¿Tiene invitación?- quiso saber la mujer hablando en un tono poco amable. Tomaba el mando de la situación. Sin duda ella se encontraba a cargo de la organización o algo así; también llevaba una lista entre sus manos y ostentaba los mismos artilugios tecnológicos en una de sus orejas, por encima de un hermoso aro de un brillo espectacular que le rozaba el hombro descubierto y sobre el pecho del vestido azul sin tirantes que marcaba su envidiable figura de un modo poco sutil.

- Yo... Vicente me invitó-. Eso sonó mal hasta para mí.

La mujer me miró torcido, estaba a punto de sacarme a patadas.

- Mi nombre es...

- ¡Por fin llegas!- la exclamación cortó el cálido aire nocturno atrayendo la atención de todos los invitados que aguardaban para entrar.

Los tres, el hombre, la mujer con mala cara y yo, nos dimos vuelta. El muchacho de pelo revuelto y ojos oscuros que me había recibido aquella vez, cuando el repartidor se olvidó de cargar la entrega de Vicente, y yo me vi obligada a hacerla en persona, caminaba a toda velocidad en nuestra dirección.

- Te esperaba- exclamó mirándome a los ojos. No había duda, se dirigía a mí.

Carraspeé para aclararme la garganta pero al final no dije nada. Miré a la mujer y ella me devolvió una mirada cargada de fastidio y de algo más que no terminé de adivinar qué era, luego se apartó para dejarle lugar al muchacho.

- Esta bien, Fernanda- soltó el muchacho entre jadeos mientras me sonreía sin quitarme los ojos de encima-, ella no está en la lista pero yo me haré cargo.

- ¿Vicente sabe de esto? Lucas, no quiero tener un problema, sabes que a él no le agradan estas cosas y esta noche es muy importante. Todo tiene que salir perfecto.

El muchacho le sonrió y luego me sonrió a mí.

- ¡Claro! No hay problema. Todo va a estar más que bien.

La mujer no se convenció con aquellas palabras en cambio el hombre de chaqueta larga perdió el interés por nuestra discusión.

- Mejor le aviso a Vicente.

- ¿Vas a molestarlo por semejante nimiedad?

- ¿Te haces responsable de esto?- El decir la palabra “esto” me miró de reojo, haciéndome sentir como una cosa molesta y luego posó sus ojos en los oscuros ojos del muchacho.

- Por supuesto. No hay problema.

- Sí, sí, no hay problema- lo remedó imitando su tono despreocupado.

El muchacho sonrió abiertamente, su sonrisa me recordó a la de alguien que prefería no tener que recordar. Eso me provocó una punzada de dolor en el pecho.

- Te debo una, Fer- le dijo chasqueando los dedos para luego apuntarle con el índice.

- Me debes más de una, no creas que no llevo la cuenta.

- Te pagaré cuando quieras- le contestó al tiempo que me agarraba por la muñeca y tiraba de mí. Su mano estaba tan caliente como las de Vicente, por lo que temí lo peor, sin duda aquel muchacho también era uno de ellos.

Me apartó de los demás a paso raudo sin pronunciar ni una sola palabra. En vez de guiarme a la entrada por la cual se perdían de vista todos los invitados y se escapaba la música, las risas y las voces, me llevó por el costado de la casa.

Maldije que el empedrado terminase allí. Nos internamos en lo que daba la impresión de ser la entrada de autos. Dos bandas de cemento que comenzaban en la galería, se internaban en lo profundo del jardín. Por la pared lintera trepaban tupidas enredaderas podadas con prolijidad y esmero, y sobre nuestras cabezas se alzaba la planta alta de la casa flotando en el aire para sostener hermosos faroles de bronce, los cuales estaban apagados, igual que los reflectores semi ocultos entre las exuberantes plantas florecidas.

Las amplias ventanas del costado de la propiedad estaban a oscuras, y con las celosías cerradas. La penumbra reafirmó mi sensación de estar metiéndome de polizón.

A razón de haber tropezado unas cuantas veces, procuré andar sobre el cemento mientras mi cerebro se debatía en si pedir una explicación o simplemente dejarme guiar a dónde fuese que el muchacho pretendiese llevarme. Tropecé una vez más, de forma tanto más aparatosa y él se vio en la obligación de atajarme.

- ¿Estás bien?- me preguntó con su rostro tan cerca del mío que pude percibir su perfume el cual era casi tan exquisito como el de Vicente, mucho más tenue y dulce.

Me quedé mirando fijo, sé que así fue. Simplemente no podía parar de examinarlo. Sabía que era insultante el modo en que lo observaba, pero tener la certeza de que me rodeaba no un demonio, sino dos me hacía sentir doblemente en peligro. Tenía la impresión de haber entrado en el mismísimo Infierno. ¿Era eso lo que iba a encontrar cuando entrara en la casa: una fiesta de demonios?

El muchacho se percató de mi miedo. Se le borró la sonrisa. En silencio, me ayudó a recuperar la verticalidad.

- No te preocupes Eliza, todos se sienten así en su primera visita al averno- al decir esto me guiñó un ojo-. Soy Lucas, y no te preocupes, no voy a hacerte ningún daño, estoy a tu servicio y eso incluye protegerte.

-¿Protegerme?

- No te preocupes por nada. Vamos, entremos, Vicente te espera. Me alegra que por fin nos conozcamos, la vez pasada no tuvimos mucho tiempo para hablar.

Por suerte, el muchacho no volvió a tomarme de la muñeca, lo que me permitió caminar lo suficientemente apartada de él para sentirme un poco más tranquila. La casa sin duda era inmensa. La recorrimos toda por su costado hasta que el jardín se abrió en un parque inmenso con una arboleda impresionante, delicadamente iluminado, detrás de una muralla de lavandas en flor podadas a la altura de mi cintura. Al fondo, oculto entre pinos añosos, había un anexo con el mismo estilo de edificación que el resto de la casa, sin puertas ni ventanas, solamente con dos portones levadizos; el garaje.

Justo donde empezaban a crecer las lavandas, había una amplia puerta de vidrio de doble hoja a la que se accedía por tres escalones.

- Espero que no te moleste- me dijo el muchacho empujando la puerta. Era la entrada de la cocina-. Después de ti- me conminó a pasar.

Recogí la falda de mi vestido, no quería que fuese necesario que se viera en la obligación de volver a atraparme.

Entré, y mi entrada atrajo la atención de todos los presentes: cocineros, mozos, lavaplatos y demás personal agolpado en la enorme, especiosa, lujosa, bien iluminada y moderna cocina la cual era casi tan grande como todo mi departamento.

El muchacho se robó un canapé de una de las bandejas que estaba sobre la larga mesa de aspecto medieval, la cual podía albergar al menos a una docena de personas holgadamente, y se lo metió en la boca entero.

- Es por aquí- me indicó con la boca llena, tapándose con la mano para que no tuviese que ver lo que todavía masticaba.

El chico empujó la puerta vaivén, esta vez él pasó primero lo que hizo que me salvase de cometer un desastroso accidente que él evitó gracias a sus cualidades tan particulares.

Casi choco con el mozo que se disponía a entrar en la cocina transportando una bandeja cargada al máximo de copas usadas. No hubiese podido esquivarlo, pero él, moviéndose con una destreza felina, se apartó de su camino llevándome consigo hacia el otro costado para dejarle el paso libre. Todo ocurrió en una fracción de segundo. Nos movimos tan rápido que perdí la estabilidad y casi choco con el mozo que salía por la otra puerta -de la cual yo no había tomado conciencia de su existencia hasta ahora-. El chico me agarró por la cintura y yo giré como una perinola; me salvé por segunda vez. Cuando recuperé la estabilidad las dos puertas vaivén seguían sacudiéndose pero los mozos habían desaparecido.

- Disculpa, en ocasiones me olvido que ustedes no tienen nuestros reflejos- me susurró sonriéndome.

Apretada entre sus brazos sentí cómo todas las miradas se fijaban en nosotros. Habíamos entrado a la fiesta. Estábamos en un inmenso salón que daba al parque a través de amplísimos ventanales abiertos de par en par, donde la claridad y la luminosidad resultaban hirientes. Todo era blanco o casi blanco allí, desde el piso de piedra color hueso, las paredes color de la porcelana tan pulcras que parecían recién pintadas y los techos de molduras impecablemente blancas, pasando por casi todo el mobiliario menos aquel que estaba confeccionado de madera de un rojizo oscuro y las obras de arte que colgaban de las paredes. Incluso las flores que decoraban las mesas eran blancas.

- Vaya entrada- canturreó el muchacho apartándose de mi-. Ven, mezclémonos entre la multitud-. Volvió a agarrarme, tomándome de la mano en vez de la muñeca, en un gesto que podía considerarse hasta cariñoso por su delicadeza- al hacerlo me guiñó un ojo, esperaba mi complicidad sin duda, sólo que yo no

entendía para qué-. A quién se suponía que debíamos engañar y con qué objetivo.

Mientras me guiaba entre los invitados intenté detectar si alguno o todos ellos, era demonio. Sé que sonará ridículo: esperaba percibir por el ínfimo roce con sus cuerpos, un calor fuera de lo normal, ese mismo calor que desprendía el cuerpo de Vicente y el del muchacho que me sostenía la mano.

La sala impecablemente blanca quedó atrás, y con ella los invitados cuya apariencia podía desgajarse en lujo, dinero, ostentosis y poder, para internarnos en un living un tanto más acogedor, donde la luz no superaba el brillo de las velas. Había sillones por todos lados. Las paredes eran de un color mucho más cálido, allí tampoco nada era más oscuro que el color de la arena, pero la luz tenue hacía que resultase mucho más acogedora. No me equivoco al asegurar que el ambiente allí era otro. Se oía música suave, la misma que había percibido casi de lejos en la otra sala, pero aquí si podía escucharse con claridad ya que las conversaciones de los invitados, que en su mayoría estaban sentados cómodamente en los desproporcionadamente grandes sillones, no superaban el tono de un murmullo.

No se me pasó por alto que la mayor parte de los presentes eran hombres y mujeres vestidos de un modo mucho más sobrio. Se los notaba más serenos-creo que ese es el mejor modo de describirlos-, al mismo tiempo, flotaba sobre ellos un detalle inexplicable, una cierta tensión que no conseguía cuadrar con la descripción anterior. Un par de ojos nos siguieron curiosos mientras pasábamos junto a la chimenea encendida, la cual daba al otro lado de la sala también.

Rodeamos la chimenea, la sala se hundía en una especie de foso dentro del cual estaban cuatro sillones de cuero negro y una mesa baja. Los que se acomodaban en los sillones eran en su mayoría hombres, debían ser una veintena de personas y a simple vista, no identifiqué más de media docena de mujeres. Era imposible no notar también, la perfección con que todos ellos vestían.

En cuanto Lucas y yo quedamos expuestos en lo alto de los escalones, al grupo que conversaba en susurros, me sentí horrible. Todos los ojos se centraron en nosotros de una forma alevosa. Una de las cabezas que se dio vuelta para mirarnos fue la de Vicente.

Mi última neurona se calcinó al cruzarse sus ojos con los míos. Tenía la seguridad que iba a derretirme allí mismo y no a causa del calor que desprendían las llamas del hogar, sino a causa del calor que emitía mi propio

pecho. No sé si realmente existe tal cosa como la combustión espontánea, pero de seguro si es así, debe sentirse igual que como me sentí en ese momento.

Vicente se puso de pie de un salto. Sin excusarse, abandonó a los demás, rodeó el sillón y remontó los escalones que nos separaban en menos de cinco segundos.

La mano de Lucas me soltó, y la de Vicente me recogió igual que si fuésemos un grupo de trapevistas, para sacarme de allí a los trompicones sin siquiera decirme hola.

Para esta altura, ya creía que me había convertido en una muñeca de trapo que se disputan dos niños.

- ¿Qué te dije?- rugió Vicente entre dientes indudablemente enojado.

Creí que me hablaba a mí, al instante me di cuenta de que no era así, Lucas nos seguía a paso apretado. Los tres dejamos atrás la fiesta al cruzar una puerta lateral que no había visto antes. La casa se me antojaba enorme y con demasiados vericuetos para mi gusto. Entramos en una sala completamente vacía y en penumbras.

- Me dijiste que querías que la llevase directo a ti- contestó el muchacho algo compungido antes de que Vicente abriese la siguiente puerta y me arrastra tras él hacia la siguiente habitación. También a oscuras.

Lucas entró y ni bien lo hizo, Vicente dio un golpe sobre la llave de luz, para encenderla y cerró la puerta de portazo.

Deduje que estábamos en el lateral de la casa, creí reconocer las celosías cerradas. Me llamó la atención que ni cortinas tenía la habitación. No había absolutamente ningún mueble y la luz sobre nuestras cabezas era la de una miserable lamparita que colgaba del cable sin más preámbulos.

Vicente me soltó y se pasó ambas manos por el pelo. - Eso no incluía que interrumpieses la reunión.

Aquello a todas luces era un regaño.

- Lo lamento, no me di cuenta.

Vicente sacudió la cabeza. - Está bien, ya no importa.

Por el tono áspero de su voz me dio la impresión de que sí importaba.

Estaba en ascuas y no entendía por qué, es más, no tenía ni la menor idea de lo que sucedía.

- ¿Crees que...?

- No- lo cortó Vicente. Todo está bien... ¿no?

El muchacho cerró los ojos un momento y luego los abrió. - Sí, creo que todo está bien.

- Perfecto entonces- convino Vicente para luego desviar la vista en mi dirección-. Nos darías un momento- le pidió sin dejar de mirarme.

- Sí, por supuesto.

Nos quedamos solos.

- Buenas noches- me saludó con voz tenue como si recién nos viéramos.

- No tienen nada de buenas.

- Lamento lo de recién, fue un simple malentendido.

- Lo de recién no fue más que una nimiedad, me molesta haber tenido que venir, eso es todo- mascullé cruzándome de brazos. Algo en su mirada me hizo sentir incómoda, hubiese deseado tener algo con que cubrirme.

- No tenías opción.

- Eso es lo que me molesta- gruñí removiéndome sobre mi lugar.

Me observó en silencio. - El vestido te queda perfecto.

- ¿Esperas convencerme con halagos?

- No era un halago para ti sino que me estaba elogiando a mí mismo, por escoger el vestido indicado en la talla precisa.

Hubiese querido darle un golpe pero no tenía ganas de terminar la noche con una mano enyesada, me limité a apretar los puños.

- ¿Por qué no terminamos con esto de una buena vez?- le espeté de mal modo.

Vicente abrió los ojos de par en par.

- Te decidiste; me alegra oírlo.

Le sonreí con sorna. - Ni en tus sueños, simplemente dime para qué querías que viniera. No estoy de ánimos para fiestas.

- Pues cuanto lo lamento, para eso mismo viniste, para ser parte de la fiesta.

- No pienso quedarme mucho tiempo.

- Para nosotros tres o cuatro horas no es mucho tiempo- soltó con sorna jactándose de si mismo.

- Para nosotros tres o cuatro minutos tampoco.

- Bueno, como sea, pero resulta que no vas a irte en tres o cuatro minutos. Lucas, el muchacho que te trajo hasta aquí, va a ser tu guía esta noche.

- ¿Mi guía para un paseo por el Infierno?

- Tómalo como más te guste, aunque te sugiero que le pongas mejor cara a la realidad, o de otro modo lo pasarás todavía peor.

- ¿Dónde vas a estar tú?-. Sonó como lo que parecía, una replica de alguien haciendo un estúpido despliegue de celos.

- Tengo cosas que hacer- me contestó esquivando el tono de mis palabras-. Esperaba poder ocuparme de ti esta noche... surgió un asunto que no puedo

demorar, de modo que Lucas tomará mi lugar a tu lado, él está bien capacitado para hacerlo.

- Me imagino- mascullé entre dientes.

- Quizá congenies mejor con él que conmigo.

- Dudo que pueda congeniar con ninguno de los dos.

- Te repito que esa actitud no va a servirte de nada. Hazme un favor y hazte un favor a ti misma, acepta que no tienes otro camino.

- Púdrete- le contesté con mi mejor sonrisa.

Vicente me ignoró, dio media vuelta, abrió la puerta y llamó a Lucas.

El chico se plantó entre nosotros.

- Eliza te presento a Lucas, Lucas ella es Eliza.

Lucas me sonrió, yo le lancé una mirada fulminante.

- Nos vemos más tarde.

Dicho esto, nos dejó solos.

- ¿Vienes?- me preguntó apuntando con la cabeza la puerta por la cual acababa de irse Vicente.

Lo seguí, no tenía más remedio.

Regresamos a la fiesta; en vez de volver al living en el que encontráramos a Vicente, Lucas me guió por una serie de habitaciones, salas -todas ellas vacías, sin amoblar y en penumbras- que desembocaron en un pasillo que terminaba en una puerta que cortaba al sesgo el espacio rectangular. Detrás de la pesada puerta, la cual se abrió succionando el aire exterior igual que si fuese la puerta de una cripta cerrada por siglos, se expandía el espacio en un enorme salón que debía de ser tan largo como el ancho de la casa, también pintado y decorado en tonos crudos pero más cargado de muebles y elementos decorativos -y también de personas-.

La sala, era un enorme hall de entrada. A mi derecha estaba la bella puerta de doble hoja y aspecto antiguo con vitrales por la que había visto ingresar a los invitados mientras Lucas me arrastraba por el costado de la casa.

Había flores por todos lados, flores que perfumaban el ambiente colmado de aromas, entre ellos, el de los bocadillos que llevaban los mozos en bandejas de aquí para allá por encima de las cabezas de los cientos de invitados que disfrutaban del animado evento. En un rincón a mi izquierda se ubicada la barra que atendían dos chicas jóvenes con peinados estrafalarios. Las dos tenían el cabello decolorado, de un rubio más claro que el platinado, con rastas, recogidas en una cola alta. Sus orejas estaban perforadas (hasta en rincones impensados), así también sus narices, en estas ambas lucían un

diminuto piercing de oro con una única diferencia, una lo llevaba del lado derecho de la nariz y la otra del izquierdo. Al mirarle las caras me di cuenta de que debían ser sino mellizas, al menos hermanas, eran muy parecidas entre sí. Lo que tampoco se me pasó por alto fueron las enormes cruces plateadas que ambas llevaban colgando del cuello de unas cintas negras.

- ¿Quieres beber algo?- me preguntó Lucas. Evidentemente me las quedé mirando más de lo prudente y él malinterpretó mi curiosidad.

Negué con la cabeza.

- Son Marie y Anita- explicó Lucas-. Les encanta llamar la atención, creo que se morirían si pasaran desapercibidas.

- ¿Las conoces?- mi pregunta en realidad era una que no me atrevía a pronunciar en voz alta entre toda la gente que nos rodeaba.

Lucas alzó una ceja y me observó por un instante en silencio. Finalmente me sonrió. - Sí, las conozco bien- confirmó por fin.

¿Había captado la intención de mi pregunta?

- Lindo detalle el de las cruces ¿no te parece?- añadió zanjando el asunto-. Les encanta hacer ese tipo de cosas. Son dos rebeldes... son peores que yo.

- ¿A qué te refieres?

- Empujan todo a los extremos. Apuesto a que jamás hubieses creído que uno de nosotros podría usar algo así colgando del cuello sin derretirse o convertirse en ceniza o al menos sin soltar horripilantes alaridos de dolor- me cuestionó divertido.

Para mí no resultaba divertido, mi esperanza de recurrir al padre José, el párroco de la iglesia cercana a mi casa de repente se antojó la más obsoleta de las ideas.

Lucas le arrebató un bocadillo al mozo que pasó por nuestro lado. Se movió con tal rapidez que creo que el hombre ni se percató de que ahora le faltaba una galleta con caviar.

- ¡Exquisito!- exclamó chupándose los dedos-. ¿No se te apetece nada?

- No, no creo que pueda comer.

- ¿Perdiste el apetito por mi culpa? Vicente dice que tengo muy malos modales, intenta enseñarme... no es fácil borrarle las rayas al tigre- dijo encogiéndose de hombros.

Sin duda no era su forma de comer la que me quitara el apetito. Cuatro demonios en lugar de dos, era todavía mucho peor.

- Segura que no se antoja beber nada, Marie y Anita preparan los mejores tragos de la tierra y tienen una cerveza que es lo mejor de lo mejor, ellas

mismas la elaboran.

Sí que eran unos personajes- pensé yo- cuántas personas, corrección: demonios, elaboran su propia cerveza.

Qué alguien me pellizque, debo estar soñando.

Lucas alzó una mano y saludó a las muchachas, ambas le devolvieron el saludo con la mano y amplias sonrisas, no debían ser mucho mayores que él.

- ¿Quieres que te las presente?, son geniales- me preguntó entusiasmado. Las chicas seguían mirándonos.

- En otra oportunidad.

- ¿Segura que no quieres? Las cautivaste. Se mueren por conocerte y son inofensivas.

No me animaba ni a aventurar el alcance que podían tener aquellas palabras.

- Vicente no va a enojarse.

- No me preocupa que Vicente se enoje.

- De eso ya me di cuenta- soltó entre risas.

Su sonrisa se disolvió en el ir y venir de la gente que pasaba por alrededor nuestro. Nos quedamos en silencio por unos minutos. Yo no podía parar de pensar en cuanto deseaba largarme de allí, no me incomodaba la presencia del muchacho pero no por eso no dejaba de preguntarme si así él, tanto cuanto las dos jóvenes que atendían detrás de la barra, no estarían deseando también, quedarse con mi alma. Vicente había explicado claramente que Lucas estaba allí para protegerme... esto no tenía ni pies ni cabeza.

Me sentía inquieta, mi miedo me mantenía en un estado de tensión casi insoportable, lo peor de todo era no saber si las otras personas que nos rodeaban eran también potenciales clientes en el intercambio de almas o si eran de los que podían encender llamas de la nada y evitar a mozos apurados con la agilidad de una criatura sobrenatural.

- Eres muy especial- la voz de Lucas brotó de la nada-, tan particular como ellas... de un modo diferente claro.

- No-, no lo soy y ni deseo serlo. Si Vicente te instó a que intentases convencerme de que le venda mi alma ni te molestes.

Lucas se rió.

- No, nada de eso. Ni me lo pidió ni lo haría aunque me lo pidiera. Cada quien cuida sus negocios. Además. Si él no puede convencerte dudo que yo pueda hacerlo, estás muy por fuera de mi rango- soslayó con un ademán.

No entendí eso último pero no me demoré en meditarlo. - No intentes aplicar psicología inversa conmigo.

- Te aseguro que no hay nada de eso. Esta es una simple y amistosa conversación. Además me divierte ser por una vez un simple espectador.

- Diversión un tanto morbosa la tuya-. No pude dejar de sentirme igual que una res a punto de entrar al matadero.

- No me malinterpretes. Es que todos sabemos que Vicente va a terminar logrando lo que se propone, siempre lo hace; pero nos agrada ver que de vez en cuando, alguien se lo pone difícil. Creo que es la primera vez que le pasa algo así.

- ¿Es la primera vez que alguien le dice que no?

- Bueno, para el resto de nosotros es moneda corriente que nos cueste un poco más de trabajo, no para él, usualmente la primera respuesta es siempre “no”, pero Vicente jamás tardó más de cuatro días en conseguir un “sí”.

- Juegas conmigo- las palabras me salieron junto con un moribundo jadeo.

- Sería incapaz. Lo que te digo es completamente cierto.

Parecía sincero. Intenté tragar saliva, no lo logré. - ¿Se supone que deba confiar en un demonio?-

- No puedo hablar por el resto de los míos, sí por mí: puedes confiar en lo que te digo; no tengo ninguna razón para querer engañarte.

Revoleé los ojos para demostrar mi incredulidad.

- Permíteme que te de un consejo- se me acercó demasiado- no lo saques de sus casillas... no lo provoques. No somos ángeles. Si él golpeó a tu puerta es porque es lo que más te conviene. Sabes, estas cosas no pasan porque sí. Mi única recomendación al respecto es que elijas con cuidado lo que deseas a cambio.

- Y que si no quiero nada a cambio.

Lucas se apartó bruscamente. Me fulminó con sus ojos. Me di cuenta de que estos eran tan negros como el traje y la delgada corbata que llevaba puestos en combinación con una camisa blanca que le colgaba por fuera de los pantalones y un par de zapatillas.

- Si vas a entregar tu alma asegúrate de recibir a cambio algo que valga lo suficiente para ti.

- No voy a darle mi alma.

- No tienes elección.

Las manos empezaron a sudarme otra vez.

- Me agradas Eliza, tienes algo que no es corriente de ver en estos tiempos- hizo una pausa-. Eres una persona razonable e inteligente, no cometes una tontería de la que puedas arrepentirte luego.

- Ustedes son maestros en el arte de amenazar.
- No, somos sabios concededores de un mundo que tú ni alcanzas a atisbar de refilón.

Tragué en seco.

- Creo que necesitamos unos tragos-. Me dijo y luego me dejó sola.

No lo medité ni dos segundos, en cuanto Lucas llegó a la barra y se puso a hablar con las dos chicas que lo recibieron con afectuosos abrazos y besos, di media vuelta y enfilé en dirección a la puerta. Tenía que largarme de allí cuanto antes, en esa casa no podía ni respirar, de hecho, me asfixiaba y el ajustado vestido que llevaba puesto no me lo ponía más fácil.

A paso firme me abrí camino entre la gente que parecía no percatarse de mi presencia hasta que los pisaba o me los llevaba por delante; no escatime en propinar codazos a diestra y siniestra con tal de hacerme sitio para pasar. No me sobraba el tiempo de modo que me apuré lo que más pude, tomando en consideración que caminaba en unos zapatos que tornaban tan riesgoso el andar como si estuviese sobre la cuerda floja sin un cable de protección. Intenté no preguntarme si Lucas correría detrás de mí para obligarme regresar. Esperaba que no. Estaba a punto de quebrarme y no deseaba tener testigos.

De la puerta abierta no me distanciaba más que unos pocos pasos cuando alguien llamó mi nombre. En un principio no reconocí la voz, solamente cuando me llamaron por segunda vez creí haberla oído en el pasado, en un pasado no muy lejano. Me di vuelta tan solo para comprobar lo que ya sabía.

- ¿Eliza?

Alfredo Ruiz me sonrió, no así su mujer, la cual iba prendida de su brazo. Ella no parecía feliz, de hecho creo que le molestaba estar en esa fiesta tanto como a mí, o quizás fuese algo más lo que la incomodaba, lo cierto es que su rostro tenso desentonaba enormemente con lo bello de su atuendo.

- ¿Me recuerdas?- me preguntó con una sonrisa.

- Sí, claro que sí lo recuerdo señor Ruiz- le estreché a toda prisa la mano que me tendía.

Su esposa no hizo ni el ademán de saludarme.

- Es un placer volver a verte.

- Sí, lo mismo digo-. Le lancé una mirada desesperada a la puerta abierta, al otro lado se abría la perfecta noche que yo añoraba tanto como a mi libertad.

- ¿Ibas de salida?- me preguntó con curiosidad y algo de sorpresa.

- De hecho sí, ya me iba.

- Es una lástima, confiaba en que pudieses guiarme hasta Vicente. Quería

saludarlo para agradecerle que nos invitara, lo he estado buscando por todas partes sin poder dar con él.

- No sé dónde está Vicente.

- Me imagino, ustedes están siempre tan ocupados.

¡¿Nosotros?!- el grito reverberó dentro de mi cráneo. Acaso pensaba que yo era uno de ellos, que yo era un demonio. ¡¿Por qué?! ¿Cómo?

- ¡Ahí estás!- exclamó mi protector y carcelero en un tono por el que se filtraba un dejo de histeria, apareciendo por detrás de Alfredo Ruiz con dos vasos llenos con unas bebidas de un color rojo anaranjado que en ningún momento, gracias a su agilidad, amenazaron con volcársele.

- ¡Lucas!- nuestro interlocutor se apartó para hacerle un lugar dentro de nuestra pequeña reunión. Para mi sorpresa, su cara evidenciaba cuan feliz estaba de verlo.

Lucas se detuvo en seco, él no tenía la misma cara de alegría. - ¡¿Señor Ruiz?!- intentó borrar ese gesto de su rostro-. Señor Ruiz- dijo en un tono que pretendía ser normal.

Ruiz le sonrió.

- ¡Buenas noches!

- Buenas noches, Lucas-. Ruiz hizo avanzar a su mujer-. ¿Recuerdas a mi esposa?

- Sí, claro, por supuesto. ¿Cómo está usted?- la saludó haciendo una casi imperceptible reverencia con la cabeza ya que no podía tenderle la mano, aún tenía ambas ocupadas por los tragos que había ido a buscar.

- Muy bien, gracias.

- ¿Y cómo se encuentra el más pequeño de la familia?

El rostro de la mujer se descompuso en cambio el de su marido se iluminó.

- Muy bien, creciendo a pasos agigantados, gracias por preguntar. De hecho, pronto será su cumpleaños y estamos en pleno proceso de organización de la fiesta- le sonrió a su mujer pero ella no cambió la cara-, desde luego Vicente y tú están invitados- Ruiz desvió la cabeza en mi dirección- y por supuesto usted también está invitada a participar de la celebración. Queremos compartir nuestra alegría con todos ustedes- se le empañaron los ojos- ...les debemos mucho.

- Bueno, será un honor asistir.

- Espero no estén demasiado ocupados para no poder ir.

Lucas soltó una carcajada seca. - Eso nunca se sabe, sin duda haremos nuestro mejor intento para poder asistir.

- Hablando de personas ocupadas, ¿tienes idea de dónde se encuentra Vicente?, me agradecería cruzar unas palabras con él.

- Lo lamento, ahora está un tanto ocupado, no se preocupe, no creo que tarde mucho más en liberarse.

- ¡Claro, claro! Bien, no te preocupes, lo esperaremos por aquí mientras disfrutamos de la fiesta.

- Adelante, sean bienvenidos, aprovechen la barra, Marie y Anita obran verdadera alquimia con esas bebidas.

Ruiz se rió. - Gracias por tu recomendación Lucas, probaremos algo. Nos vemos luego.

Lucas le sonrió en respuesta.

- Hasta luego, Eliza.

De mi garganta no salió otra cosa que un sonido rasposo horrible.

En cuanto nos quedamos solos otra vez, Lucas me tendió uno de los vasos.

- No vuelvas a intentar escaparte- me recomendó entre dientes mientras le sonreía a Ruiz y a su esposa quienes se habían detenido frente a la barra para ordenar bebidas. En cuanto ellos dejaron de mirarnos se puso delante de mí-. Sé que apenas si me conoces, pero podrías apiadarte de mí, ¿sabes lo que me haría Vicente si algo te sucede?

No pronuncie palabra. Durante lo que duró el silencio, mi silencio, Lucas se bebió la mitad de su trago sin detenerse a respirar siquiera. Yo lo probé y me quemó la lengua de tanto alcohol que tenía, evidentemente era una bebida ideal para demonios, ningún ser humano común y corriente hubiese podido beber la mitad de aquella infernal combinación y seguir en pie como si nada.

Lucas se relamió el labio superior y volvió a sonreírme. Los demonios debían de ser todos muy felices porque no paraban de enseñar los dientes.

- Ruiz cree que eres uno de los nuestros- soltó él de sopetón-. Es más, arriesgaría a asegurar que está convencido de ello- comentó divertido.

- ¿Cómo lo sabes?

- Oí lo que dijo, acaso no me viste parado aquí a tu lado.

- Sí, claro.

- Bien, bien, no te quedes así tan compungida, esa no es toda la verdad.

Alarmada, levante la mirada. - ¿De qué hablas?

- ¿No enloquecerás?

- ¿Debería?

Revoleó los ojos. - No sé, creo que soportaste bastante bien cuando Vicente te contó lo de las llamas.

- ¿Él te cuenta todo?

- No exactamente- admitió.

Tragué saliva. - ¿Perdón?

- Cada quien tiene lo suyo. Además, no soy el único en esto, Vicente también lo tiene, sólo que él no logra ver las cosas con la misma claridad que yo. Para serte sincero, lo que yo hago no es ninguna novedad entre los nuestros. Es un don bastante común.

- ¿De qué hablas?

Lucas se dio unos golpecitos sobre la frente.

- ¡¿Ustedes pueden leer la mente?!- estallé yo. Me aterraba que cualquiera de ellos tuviese la capacidad de hacerlo.

Lucas soltó una carcajada. - No, no es eso. Que yo sepa nadie puede leer la mente, es decir, no podemos saber con exactitud lo que una persona está pensando en cada segundo. Es...- sacudió la cabeza-, es algo así como un sexto sentido. Podemos percibir con mayor agudeza que un ser humano lo que una persona está experimentando, es decir, lo que tú piensas refleja emociones y eso sumado a una interpretación del contexto y demás te proporciona de buenos indicios para adivinar con gran exactitud lo que una persona está pensando en determinado momento. Más que nada sabes con claridad si una persona está enojado, o feliz o lo que sea. Vicente logra eso a un nivel promedio para nosotros, lo mío va un poco más allá.

- ¿Qué tanto más allá?

- Puedo captar frases sueltas- explicó- y si me concentro...

Puse cara de pánico. Estaría ahora intentando adivinar lo que yo pensaba.

- No lo hago todo el tiempo- agregó para tranquilizarme-. Es agotador-. Se metió una mano en el bolsillo del pantalón-, a veces cuando estoy aburrido... bien, es una forma de pasar el tiempo. El caso es que Ruiz acaba de pensar que eres una de los nuestros.

- Tus pasatiempos son uno más saludable que otro; ¿espíar a la gente?

- No pretendía invadir su intimidad ni la tuya, es que cuando regresó a casa esa noche...

Se me paralizó el corazón. - ¡¿Qué?!- increpé-. ¿Cuándo llegó a casa esa noche, qué?

- Nada, no me hagas caso y por favor, no le digas a Vicente que te conté todo esto, enloquecería.

Intenté no pensar en ello, mi corazón no me permitiría olvidarme del asunto, latía enloquecido dentro de mi pecho.

- Nuestra primera parada está a punto de terminar.
- A qué te refieres.
- Nuestra visita guiada al Infierno, esta fue la primer parada, solamente falta aclarar un pequeño detalle.
- ¿Cuál?
- Como no gozas de mil años para adivinarlo voy a decírtelo.
- ¿Cómo?- lo de los mil años me resultaba vagamente familiar.
- Querías saber a cambio de qué Ruiz le vendió su alma a Vicente.

El vaso casi se me resbala de los dedos y no solamente a causa de que estuviese empañado gracias a la diferencia de temperatura entre el líquido y la brisa veraniega que entraba por la puerta, sino porque me internaba cada vez más en ese mundo del que deseaba desesperadamente escapar. Por lo visto, era tan difícil cuanto intentar salir de arenas movedizas. - Ya no estoy tan segura de querer saberlo.

- Ruiz y su esposa estuvieron intentando tener hijos durante cinco años. Ella quedó embarazada cuatro veces, ninguno de los niños sobrevivió más allá de la semana de vida, otros siquiera llegaron a nacer, tenían una malformación congénita en el corazón o algo así...

- No sigas...

- ... lo que sí sé bien es que ese niño que en un par de semanas cumplirá su primer año de vida es aquello que Alfredo Ruiz recibió a cambio de su alma. Él entregó lo único de lo que cada uno de nosotros es verdaderamente dueño, para darle vida a un niño sano y salvo. Ese chiquillo era lo que su mujer y él más deseaban en este mundo.

El que Vicente entregara a cambio de un alma, algo que tenía un valor imposible de calcular en términos monetarios me afectaba más de lo esperado, inspiró en mí, cierta esperanza sobre la bondad que pudiese morar en su corazón. ¿Existía la posibilidad de que eso fuera así o simplemente me hacía ilusiones? Lo más probable es que simplemente fuera lo que yo necesitaba creer y nada más.

...

Lucas me dejó sentada en un sillón, se llevó consigo su trago potencialmente mortal y al rato volvió con un vaso de agua sin gas.

- Esto es más adecuado para ti.

Le agradecí y bebí un gran sorbo. Resultó refrescante, pero todavía me sentía

lívida.

Lucas se desparramó a mi lado.

- En ocasiones es a cambio de algo que deseamos, otras, algo que necesitamos. De ese deseo o de esa necesidad aparecemos nosotros. Sé que no nos vemos como el genio de la lámpara de Aladino...

- No, para nada.

- Debe haber algo que quieras o necesites.

Mis ojos y los de Lucas se juntaron, nos miramos por un momento.

- ¿Intentas leer mis pensamientos?

Lucas no contestó.

- Sí encontrases algo escondido en mi mente, algún deseo o una necesidad por la que vendería mi alma, ¿se lo dirías?

- Ya te dije que no me meto en los negocios ajenos.

- Esa no es la respuesta correcta, de hecho, no respondiste a mi pregunta.

- Segunda parada: no esperes de ningún demonio más de lo estrictamente necesario.

- Cuantas paradas tiene esta visita.

- De hecho ya casi está por terminar, ahí viene Vicente.

Lucas apuntó con la cabeza en dirección a la arcada a nuestra derecha. Lo vi avanzar con paso tranquilo, atrayendo todas las miradas hacia su perfecta persona.

- Solamente me resta mostrarte un último punto de interés cultural-. Se puso de pie.

- Temo preguntar cual es-. La voz brotó de mi garganta era temblorosa y apenas audible, poco digna del demonio que me suponía Ruiz; ciertamente yo no tenía ni la perfección, ni la destreza, ni la fuerza de ellos, ni la deseaba al costoso precio de arruinarle la eternidad a todo humano que se me cruzase por delante.

Lucas se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y encorvo la espalda.

- Y haces bien en temer- dijo con un tono tajante y helado-, lo que haces es más peligroso de lo que te imaginas. No dilates esto mucho más- meneó la cabeza-, por el bien de todos no lo hagas.

Iba a preguntarle qué significaba eso pero se fue dejándome con la boca abierta.

Jadeé en busca de oxígeno, igual que un pez fuera del agua.

- Estás pálida- fueron las primeras palabras de Vicente-. ¿Estás bien?- me

preguntó ante mi súbito mutismo-. ¿No irás a desmayarte otra vez?

¿Pretendía ser gracioso?

- Necesito aire- dije con un hilo de voz.

Me tendió una mano.

- Ven, salgamos al jardín.

12. Deseos y necesidades.

- ¿Mejor?- me preguntó Vicente después de regalarme unos minutos de silencio y tranquilidad en el fresco parque. Habíamos caminado hasta los árboles y allí nos detuvimos, junto a un hilo de agua que brotaba de la boca de un pez escondido entre las plantas y caía dentro de un espejo de agua, entre nenúfares.

- Estaría mejor si me permitieses partir. Este lugar no es para mí.

- Te equivocas, y lo lamento, no puedo dejarte ir.

Me encogí de hombros, me entró un frío glacial que me llegó al corazón.

- Lucas me contó que fue lo que le diste a Ruiz a cambio.

Vicente se pasó una mano por la boca. - Ya veo- hizo una pausa-. ¿Y bien, qué opinas?- preguntó con voz suave y baja.

Si lo hubiese gritado igual nadie lo hubiese oído, los invitados que se paseaban por fuera de la casa no se alejaban de ésta más allá de donde estaban colocadas unas tarimas con sillas y mesas

- ¿Qué se supone que deba opinar? ¿Haberle dado al hijo que tanto deseaba te hace una mejor persona, un peor demonio? ¿Es eso lo que debo creer?

Vicente me miró en silencio, sus ojos estaban casi negros.

- Es lo que es y nada más.

- Lucas también mencionó algo que creo que no logro comprender del todo bien.

- ¿Qué cosa?

- Algo sobre las necesidades y los deseos de una persona y que de ellos surgen ustedes. ¿Es una simple metáfora o tiene sus fundamentos?

- Tiene sus fundamentos sin embargo no es algo que debas tomar al pie de la letra tampoco.

Me lo quedé mirando para darle pie a que se expusiera.

- Estos son temas un tanto espinosos y no necesitas saber nada más allá de lo que ya sabes.

- Sí tengo que tomar una decisión me gustaría tener todas las herramientas para

hacer la elección correcta.

- ¿Me estás diciendo que estás reconsiderando tu negativa?

No asentí ni negué, que creyera lo que más le gustara, yo bien sabía que no estaba dispuesta a ceder ni un paso, aún me sentía como una tonta por haberme permitido a mí misma enamorarme de él.

- ¿Vas a explicármelo o no?

- Es simple, aparecemos en la vida de las personas porque éstas necesitan o desean algo con mucha fuerza. Es más o menos eso.

- Eso suena como que ustedes son unos oportunistas.

- No le robamos nada a nadie, es un intercambio.

- ¿Un intercambio? ¿Te parece justo arrebatarse a alguien su alma a cambio de algo que supuestamente quiere o necesita?

- Todo depende de lo que necesites o quieras. Muchas veces, ese objeto de deseo o necesidad -y con ello no me refiero a algo que sea necesariamente un bien material- es mucho más importante que tu propia alma.

- Yo no necesito ni deseo nada con tanta desesperación como para entregar la mía.

- Lamento disentir contigo pero es evidente que sí, sino yo no estaría aquí-remató con dureza-. El que un demonio entre en la vida de una persona no es algo que suceda así, a la ligera- añadió gesticulando-, es algo que sucede porque debe suceder- afirmó plantándose sobre la tierra con la misma solidez de una estatua de mármol.

- No te entiendo.

- Nadie que no esté dispuesto a entregar su alma por algo recibe la visita de uno de nosotros, imagínate que no iríamos por ahí golpeando puertas cual vendedores ambulantes.

Tragué en seco.

- Estoy aquí porque de un modo u otro tú me llamaste- me apuntó con un dedo acusador que se me clavó en el pecho dolorido con la contundencia de una espada muy afilada-, de modo que te agradecería que no me sigas haciendo perder el tiempo. Tienes que decidirte de una vez, debes decirme qué es lo que necesitas o quieres.

- Yo quiero conservar mi alma y nada más- musité en un tono lastimero.

Vicente resopló. - ¡Vamos, ni siquiera estás segura de que tengas una!

Algo comenzaba a desmoronarse en mi interior a causa de la lucha en la que se enfrentaban el odio y el amor. Me sentí ridícula y estúpida por experimentar esto.

- Aun así no estoy dispuesta a venderla!

- ¿No has comprendido lo que acabo de explicarte?- gruñó exasperado.

- ¡Te oí perfectamente pero eso no es cierto!- solté al borde de la histeria-. ¡Yo no te llamé! ¡No te quiero en mi vida!- esta última exclamación tenía un doble sentido que prefería no tener que explicar-. Lo único que deseo y que necesito es que me dejes en paz.

No pude evitarlo, me largué a llorar desconsoladamente.

Para no tener que ser testigo de cómo me veía llorar, me tapé la cara con las manos. En ese momento necesitaba un abrazo pero lo que menos deseaba es que él me tocara. Pareció entenderlo así, ya que se limitó a mantenerse a una distancia prudencial de mí, mientras yo hipaba.

- No soy un desalmado oportunista, si lo fuese, en este momento estaría aprovechándome de tu debilidad y no lo hago- se defendió utilizando su sedosa y meliflua voz.

Me saqué las manos de la cara. Su imagen se presentó turbia ante mis ojos, debido a las lágrimas que lo empañaban. ¿Desde cuando era yo tan moco flojo, para ponerme a llorar delante de un desconocido, delante de mi enemigo?

Como pude me sequé las lágrimas de las mejillas y lo enfrenté.

- Oye, esto no es tan malo como parece- me dijo ya más calmado.

- ¿Condenar mi alma a una eternidad en el Infierno no lo es?

- Si me lo preguntas a mí, la verdad es que debo contestarte que creo que no, jamás puse un pie en el Infierno y sinceramente, al igual que el cielo, dudo que exista. Toda esa patraña de los atroces tormentos eternos, del fuego abrasador siempre me pareció una gran tontería, un mito creado por la iglesia con el único fin de por medio del temor, recibir obediencia de sus fieles. No sé qué hay más allá de la tierra, lo único que conozco está aquí...- su mandíbula se puso rígida por un instante- dudo que haya nada peor que esto... confía en mí, sin duda no hay nada peor que esto.

Algo en sus ojos me hizo pensar que no estaba del todo convencido de lo que decía.

- No pienso arriesgarme-. Me arme de coraje y apretando los dientes tanto que rechinaron, solté una mentira solamente comparable a la suya-. No quiero hacer tratos contigo-. La verdad es que si hubiese propuesto corresponder a lo enloquecido del sentimiento que me embargaba ahora le hubiese dado hasta mi propia vida, incluso sabiendo que posiblemente, lo que yo sentía fuese un truco suyo para incitarme a rendirme a sus pies.

Sin duda, esta noche no era yo misma.

Vicente abrió los ojos de par en par, sus pupilas se tragaron toda la luz que nos rodeaba.

- ¡No vuelvas a decir eso!- me apremió apuntando con un dedo al cielo y el resto de puño apretado con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos; luego echó un fugaz vistazo en dirección en la casa. - ¡No tienes idea de lo que dices!- exclamó volviendo a mí, ahora apretando ambas manos. - ¡¿Piensas que yo soy lo peor que te puede suceder?!- añadió trastornado- ¡Pues te equivocas!

No me dejó contestar.

La atmósfera se tornó un tanto violenta. A mi nariz llegó un mal olor que ya experimentara con anterioridad, un desagradable olor acre que borró por completo el exquisito aroma que emanaba de Vicente.

- ¡Eliza estás metida en un lío de proporciones descomunales! No te estoy amenazando ni pretendo asustarte para que te decidas de una vez, la verdad es que deberías estar asustada. Al menos eso sería lo más razonable.

¿Me tildaba de irrazonable y absurda?

Vicente me dio la espalda al tiempo que murmuraba:- esto se está saliendo de control- gruñó entre dientes.

No entendí si se refería a él o a mí o a toda la condenada situación.

Vicente se tironeó del pelo con ambas manos, dio un cuarto de vuelta y me miró directo a los ojos. - Le pediré a Lucas que te lleve a tu casa ahora mismo- soltó dejando que los brazos le cayeran a los costados del cuerpo al igual que pesadas bolsas imposibles de sostener en alto-. Te ruego encarecidamente que no te muevas de aquí, él vendrá por ti- pidió echándose a andar por el pasto.

Yo estaba clavada a la tierra, es más, creo que había echado raíces en aquel sitio. Pese a lo aturdida que me sentía, noté algo de lo que no había sido testigo jamás, en el lugar en que estuviera parado Vicente hasta unos segundos atrás, había ahora un gran manchón negro que representaba vagamente la forma de la huellas de sus zapatos, el pasto antes verde, estaba ahora negro y mustio, tanto que la tierra podía verse por entre los brotes semi descompuestos, y de esa tierra, comenzaron a brotar lombrices, hormigas y otros bichos, los cuales no llegaron a andar muy lejos, ninguno de ellos llegó vivo mucho más allá del contorno verde.

Quedé impresionada.

...

Bajé de la nube en la que me encontraba cuando Lucas pisó el acelerador para que el semáforo no nos frenara. El motor soltó un rugido furioso y el automóvil se lanzó a toda velocidad contra el aire nocturno, dando un brinco por encima de la honda cuneta.

Me agarré del asiento asustada, mejor dicho, le clavé las uñas. No sé porqué me asustaba morir estrellada, ¿no era mejor eso que la realidad?

- Disculpa- murmuró con voz áspera, supongo a causa de no haber pronunciado ni una sola palabra desde que nos juntamos en la penumbra del pequeño bosque de la casa de Vicente. El automóvil se desaceleró al instante. Las agujas en el salpicadero regresaron a niveles normales y el motor dejó de gruñir para dar paso a un suave ronroneo.

Desclavé los dedos de la butaca de cuero y volví a respirar.

- Espero no haber hecho mal en contarte todo eso.

Negué con la cabeza, nada de lo que dijera o pudiese decir haría gran diferencia en mi situación actual.

- Realmente me caes bien... espero que tomes la decisión correcta.

Lo miré de reojo, sonreía y si mentía, no se le notaba.

- Si lo deseas puedo darte una mano.

Aguardé.

- Me refiero a que sí quieres, puedo ver qué es lo que necesitas o deseas.

- ¡¿Qué?!- mi grito brotó de mi boca agudo como un aullido de dolor.

- ¡Era broma, era broma!- dijo sonriendo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez.

- Fue una tontería, solamente quería hacer que te sintieras mejor-. Hizo una pausa-. Puedes quedarte tranquila, jamás me atrevería a hacer una cosa así sin tu permiso, de verdad.

Aparté la mirada y la fijé en los negros adoquines de la calle.

Mantuvimos el silencio mientras doblábamos en la esquina de mi calle.

- Mi ofrecimiento continúa en pie, no me refiero a ver dentro de tu mente... pero si realmente necesitas algo de mí, no dudes en pedirlo.

- Convéncelo de dejarme en paz.

Sonrió sin enseñar los dientes.

- ¿Te crees que tengo ese poder de convencimiento? Si así fuese, probablemente sería yo y no Vicente quien estuviese intentando comprar tu alma.

- ¿Por qué insistes en ponerte un escalón por debajo de él como si fueses inferior?- le espeté mientras desaceleraba para finalmente detenerse frente a la puerta de mi departamento. Debo admitir que no me sorprendió ni un poco que supiera exactamente dónde vivía.

- No me engañó- soltó la palanca de cambio para dejarla en punto muerto-, simplemente sé que lo soy. Vicente es...- frunció la nariz apagando el motor-, es complicado- terminó diciendo con una mueca que tironeó de su rostro hacia la izquierda.

- Ya me di cuenta de que él es complicado.

Se rió. - No, no me refiero a él, sino a la situación. Es difícil de explicar. Yo simplemente estoy en un nivel diferente a aquel en que él se encuentra.

- Pues grítale fuerte desde abajo, quizá te oiga.

- ¿Realmente quieres que lo intente?- me preguntó girando el cuerpo sobre la butaca para quedar de frente a mí. Apoyó un brazo sobre el respaldo y sonrió.

- Sí, me gustaría que lo intentaras- contesté yo sin pensar.

- ¿Segura?

Asentí con la cabeza y me desabroche el cinturón de seguridad.

- Para verificar- sus ojos brillaron tanto como los azabaches de mi sobre:- entonces no hay nada que puedas querer o necesitar tanto como para dar tu alma a cambio.

Lucas me agradaba cada vez más. - No, no hay nada que yo necesite o desee- aseguré mientras me quitaba el cinturón de seguridad.

- ¡Bien!- exclamó al tiempo que se enderezaba sobre el asiento-. Lo intentaré.

El corazón se me desbocó una vez más esa noche.

- ¿Me engañas?- pregunté casi sin aliento. No cabía en mí de felicidad y al mismo tiempo de incredulidad. ¡Simplemente era increíble!

Refrené todas mis emociones por un momento. - Fue demasiado fácil- me dije a mí misma.

- No, claro que no- contestó él frunciendo el entrecejo igual que si lo hubiese insultado con mi duda-. Si te digo que lo voy a intentar es porque así es; no te prometo nada, ya te dije que no soy quien para obligarlo a hacer nada, es más, no tiene que escucharme siquiera. Es más, es probable que...

- ¡¿Pero sí lo intentarás?!-. Era de noche, aún así yo creía ver una luz al final del camino.

- Te lo prometo, voy a intentarlo- dijo llevándose una mano al corazón-. Ahora bájate de mi auto, quiero largarme de aquí para poder disfrutar del final de la fiesta.

- ¡Sí, por supuesto! ¡Claro, ya mismo!- exclamé feliz de la vida recogíendome la falda del vestido para no enredarme con ella al salir. Mi corazón latía con fuerza otra vez. Sin darme mucha cuenta de lo que hacía le estampé un beso en la mejilla y me bajé del auto.

Corrí hacia la entrada casi a los saltos, no cabía en mí misma. Es posible que fuese recomendable que me hiciera tantas ilusiones respecto a la promesa de Lucas, pero si había logrado llegar a lo más blando de un demonio, no veía razón por la cual no poder llegar al de otro también.

Antes de poner un pie dentro del palier de entrada oí que me llamaba, di media vuelta y bajé los escalones. Lucas había bajado la ventanilla del lado de la vereda y asomaba la cabeza por ésta.

- ¿Quieres saber qué es lo otro que Alfredo Ruiz piensa de ti?- me preguntó. No contesté creía que era mejor no oírlo. A Lucas evidentemente no le importó sí yo deseaba oírlo o no, lo soltó igual.

- Ruiz cree que Vicente y tú están juntos- gritó sonriendo y luego metió la cabeza dentro del automóvil para desaparecer de mi vista en unos cuantos segundos entre el chillido de las gomas y los rugidos del motor.

Esa noche no me costó tanto dormirme, sin embargo hubiese preferido no poder pegar un ojo en toda la noche. Las pesadillas me torturaron sin piedad, tanto es así, que cuando sonó el despertador en la mañana, las vi pasar otra vez delante de mis ojos tal si hubiesen quedado grabadas a fuego en mi retina.

Las imágenes recurrentes que habían vuelto una y otra vez a las tortuosas y enredadas invenciones de mi cerebro; esos individuos -hombres y mujeres tan perfectos cuanto lo era el propio Vicente- sentados junto a él, en esa sala similar a un foso, a un anfiteatro... sus miradas... sus ojos... ellos no hacían otra cosa que mirarme pero yo estaba aterrada; sus rostros aparecieron en distintos contextos, siempre acompañados con la presencia de Vicente. Los vi en el local, en la casa de mis padres, en mi departamento, a las puertas de la iglesia a la que había concurrido en busca de ayuda, incluso en el colectivo del camino al trabajo, y ahora, con los ojos abiertos y despierta, los veía reflejados en el techo blanco de mi habitación.

La fugaz esperanza que me brindara Lucas de tan buen grado unas horas atrás estaba a punto de expirar.

Fue difícil -más de lo que esperaba- no pensar en esas pesadillas una y otra vez, su recuerdo aguardaba a que cerrara los ojos para atacarme, es más, cada

vez que parpadeaba veía atisbos de los peores momentos de éstas y se me erizaba la piel.

Procuré relajarme debajo del agua fresca que caía de la ducha; casi entro en pánico cuando el cuarto de baño se quedó a oscuras. En un principio pensé que algo malo -realmente malo-, y con ello me refiero a algo en lo que pudiesen estar involucrados uno o más demonios, estaba pasando. Lo peor de todo, fue cuando salí de la ducha a las corridas, con el cabello todavía chorreando agua jabonosa, envuelta en una toalla y casi me rompo el alma al resbalar en el piso húmedo del baño y todo para qué: para comprobar que no era otra cosa de un corte de luz que afectaba a todo mi edificio, y según me enteraría más tarde, a toda la manzana.

Sin duda, este último día del año, sería uno de los peores. La verdad es que no veía la hora de que el año realmente terminara. Necesitaba desesperadamente que aquel tormento atroz terminase de una vez, éste iba a ser un año que preferiría no tener que recordar, un año que si me esforzaba lo suficiente, quedaría como un gran agujero negro, dentro del cual se pierde la materia y el tiempo.

Cuando pude volver a tragarme el corazón, el cual se me había subido a la garganta a causa del miedo, me metí en la ducha otra vez y terminé de bañarme. A las corridas me vestí y salí del departamento, no soportaba estar sola, temía que Vicente regresara de un momento a otro y sabía que si estaba al menos en compañía de una persona más, no se atrevería a hacerme nada ni a volver a insistir. Aún no tenía ni idea de cómo haría para evitar que fuese en la noche a casa de mis padres a festejar el fin de año, no me quedaba más que rogar porque en el colectivo y quizá durante el día de trabajo, se me ocurriese una genial idea que me ayudase a liberarme de su turbadora presencia

...

- ¿Entonces?- me preguntó Susana apretujando una botella de costoso champagne francés entre otras dos de vino -una blanco y otro tinto-, cuando juntas, armábamos una enorme canasta que uno de nuestros mejores clientes encargó por teléfono esa misma mañana-. ¿Qué tal te fue anoche?- curioseó haciendo girar la botella para que la etiqueta quedase mirando al frente. Me sonrió. Tenía los ojos entornados. Sin duda esperaba que le soltara algo succulento y divertido, algo emocionante tal vez.

Yo había estado esforzándome por evitar esa conversación durante toda la

mañana. Me encogí de hombros a modo de respuesta y acomodé la caja de galletas alemanas entre un pan dulce italiano y una lata de algo similar a turrónes que provenían de algún país árabe, no recuerdo cual.

- ¿Eso qué significa? ¿No lo pasaste bien?

- No-. No levanté la vista, seguí trabajando, me estaba costando poner orden dentro de la canasta, no conseguía acomodar dentro todo lo que se suponía, debía caber.

- ¿Tan mal te fue? ¿Qué pasó?- Susana dejó de ayudarme y se quedó mirándome.

- Nada, simplemente él no me agrada, eso es todo.

- Je, je, me parto de risa. ¿Es broma?- se puso seria-. ¿Se supone que debo creerte? ¿Te estás burlando de mi María Eliza Pérsico?

La miré de reojo y me di vuelta para tomar el frasco de surtido de frutas secas.

- Solamente mi madre me llama así y lo hace cuando me regaña.

- ¡Pues eso mismo es lo que tú necesitas! ¡Un par de golpes para entrar en razón!

- ¡Susana, de veras que no tengo ganas de discutir esto!-. Le contesté de mal modo arrojando el frasco dentro de la canasta, harta de intentar acomodar todo para que se viera bien, acababa de decidir que pondría todo así nomás, ya no me importaba si los productos se lucían o no.

Susana me miró con los ojos desorbitados, jamás le había hablado de ese modo.

- ¡No quiero volver a hablar de Vicente! ¡Si viene por aquí, dile que no existo, si llama y pregunta por mi dile que me he muerto, si alguna vez te lo encuentras en la calle, da media vuelta y aléjate de él lo más rápido que puedas!-. Soy consciente que la pobre no se merecía que le hablase de aquel modo, pero necesitaba que comprendiera la urgencia de mis palabras, aquello no era un juego, incluso ella misma podía estar en peligro.

Creo que la asusté. No sé si realmente hice que le temiera a Vicente o que me temiera a mí. Probablemente fuese lo último.

El teléfono empezó a sonar. Las dos dimos un salto ya que después de mis gritos neuróticos, nos habíamos quedado en completo silencio.

Por suerte que el local estaba vacío y Matías había ido por el almuerzo.

Susana alargó el brazo, manoteó el aparato y contestó.

- ¿Hola?- fue todo lo que le salió a cambio del acostumbrado discurso con que solíamos contestar.

Una pausa.

- Ah, hola, sí, ¿cómo está usted señora Noemí?

Resoplé molesta, mi madre no podía llamar en peor momento. ¿Tenía un radar para detectar mis peores momentos y así tornarlos todavía más insoportables? Desesperada le hice señas para hacerle entender que no deseaba hablar con ella, que le dijera que había salido, que estaba ocupada o lo que fuese, no me importaba, pero que no me pasara la comunicación, ¡por amor de Dios que no lo hiciera!

- No, ella no puede atenderla ahora- contestó haciéndose eco de mis ruego y luego dudó un segundo-, ella...- parpadeó varias veces-, ella está algo ocupada en este momento.

Esperé con un nudo en el estomago a que mi madre le contestara. Alcanzaba a escuchar muy bajito, su voz distorsionada por el aparato, mas no llegaba a comprender qué tanto le decía.

- Sí, por supuesto, se lo preguntaré, espere un segundo- entonó Susana cuando mi madre paró de parlotear-. Susana tapó el auricular del teléfono con la mano y lo bajó sobre su falda. Luego me contempló con un gesto torcido-. Tu madre dice que va a ir a comprar el postre para esta noche y desea saber qué sabor de helado es el preferido de Vicente.

No debí haber sonreído. Mi gesto no denotaba comicidad alguna, sino pánico. Me quedé muda.

- ¿Y bien?

No me salió ni una palabra.

- No me dijiste que no deseabas saber más nada de él, ¿cómo es entonces que va a ir a cenar esta noche a la casa de tus padres?

Tragué en seco. Necesitaba un buen trago de agua fresca, algo me ardía en el estómago.

- ¿Qué debo decirle?- me apuró, todavía tenía a mi madre entre sus manos y la sostenía como a una bomba a punto de estallar.

Me quedé allí, pintada, dura, sin posibilidad de reacción.

Susana se llevó el aparato al oído otra vez. - Dice que no sabe- le contestó al tubo.

Ya me imaginaba a mi madre despotricando contra cuan desinteresada era su hija.

- Sí, claro, no se haga problema. Se lo diré en cuanto se desocupe- dijo, y luego le deseó feliz año nuevo y cortó.

- ¿Qué fue lo que te pidió que me dijeras?- increpé en cuanto me prestó atención otra vez.

- Que si tú no lo sabes ella misma se lo preguntará.
- ¡¿Qué dijiste?!- como un flechazo, me atravesó el cerebro toda una serie de posibilidades que esa afirmación podía implicar. - ¿Cómo que se lo va a preguntar ella?
- Sí, eso fue lo que dijo: que se lo preguntaría ella misma.
- ¿Acaso...?
- Sí, supongo que debe tener su número.
- ¿Cómo?
- Sí, ¿cómo?- me remedó ella.

Recordé que no le había dicho ni una sola palabra de la visita de Vicente a casa de mis padres, probablemente estuviese preguntándose a parte de cuantas cosas la había dejado. Seguro que se sentía herida por mi supuesta falta de confianza o algo similar sin imaginar que lo único que pretendía con mi silencio, era mantenerla a salvo.

Susana empujó la última botella dentro de la canasta y me dejó sola para que terminara de envolver todo en papel celofán, justo había entrado un cliente y pareció desvivirse por ir a atenderlo en vez que querer quedarse a mi lado. No la culpé, por estos días, mi compañía no parecía ser algo demasiado seguro y mucho menos agradable.

En cuanto me dejó, corrí al teléfono y marqué el número de mi madre. Con el corazón en la boca comprobé lo que más me temía, daba ocupado: debía estar hablando con Vicente. Lo dejé sonar un par de veces, no hubo cambio. Con la sensación de caer por un interminable túnel, hacia el centro de la tierra o mejor dicho, hacia el Infierno, colgué- más bien- incrusté el teléfono contra su base con tal fuerza que amenazó con quebrarse en inservibles pedazos de plástico y metal, y en cuanto levanté la vista, lo vi a él, parado a menos de dos metros de mí, tan perfecto como siempre. Sonreía abiertamente; tenía su celular al oído y asentía con la cabeza una y otra vez, sin duda parecía divertido, quizá hasta feliz. Me saludó con la mano y se detuvo frente al mostrador.

Alarmada, busqué a Susana con la vista, estaba a unos metros de distancia, rodeada de un matrimonio que a todas luces, la mantendrían ocupada por un buen rato. Me lamenté de no haber tenido el coraje suficiente para mantener una conversación sino sincera, al menos más clara, con ella. Después de lo de recién, sin importar cuantas muecas o gestos le hiciera, no vendría por mí a socorrerme. En cuanto volví la vista al frente él pronunció la respuesta que mi madre deseaba.

- Chocolate amargo- dijo mirándome con los ojos entornados. Apartó la mirada y soltó una carcajada-. Le agradezco el interés, Noemí. De verdad que no tiene que molestarse por mí- una pausa-, si eso es cierto, es el preferido de Eliza también- me lanzó una mirada de complicidad.

Sentí que se me escurría la sangre de la cara.

- Cualquier cosa que usted cocine sin duda me va a gustar- alzó los ojos otra vez.

Mi madre debía de estar diciéndole algo porque esperó en silencio.

- Eso suena exquisito- dijo con voz aterciopelada. Parecía que estaba paladeando algo sabroso, sublime.

Otra pausa.

- Espero que no se esté tomando tantas molestias solamente por mi causa.

Me entraron ganas de arrebatarse el celular pero no quería armar una escena en mitad del local y menos con testigos a unos pocos pasos de distancia.

- Bueno, en este momento tengo a Eliza delante mío- sonrió-, sí, sí- añadió- es que he venido a comprar la bebida para esta noche- se enserió-. No puede culparla sólo a ella, es también mi culpa, en ocasiones soy poco comunicativo- pausa-, no, no se lo pregunté, ni fue ella quien me lo dijo, simplemente lo adiviné, es que tengo un sexto sentido o algo así- me sonrió con descaro-. Por supuesto. Hasta esta noche Noemí.

Vicente cortó la comunicación justo delante de mi cara, como si con ello pretendiese desafiarme.

Se metió el celular en el bolsillo del saco. - Hola- me saludó con soltura.

- ¿Le diste a mi madre tu número de teléfono?!

- Ella fue quién me lo pidió, qué se supone que debía hacer, ¿negarme? Me parece que eso no hubiese sido educado y mucho menos elegante.

- ¡A quién le importa!

- A mí me importa. ¿Puedes atenderme tú o debo esperar a que tu compañera se desocupe?

- ¿Qué quieres?

- No me oíste, tengo que comprar los vinos y el champagne para llevar a casa de tu madre esta noche.

- No necesitas hacer tal cosa, no irás a casa de mi madre.

- Sí, sí voy a ir- afirmó sonriendo.

- No.

- Sí- contrapuso imprimiéndole contundencia a sus palabras con un movimiento de cabeza.

- No tienes que hacerlo.
- No, no tengo, quiero.
- Ya basta Vicente, no crees que esto se está pasando de gris oscuro. No necesito que también me arruines el festejo de fin de año.
Sus labios se curvaron hacia un costado.
- ¿Qué pasó entre Lucas y tú anoche?
- ¿Cómo?- me sacó de contexto dejándome confusa.
- Sí, quiero saber qué hicieron de camino a tu casa. ¿De qué hablaron?
Me dieron palpitaciones. Temí que algo malo le hubiese sucedido a Lucas. Tenía la impresión de que algo había salido mal, de que por mi culpa, el muchacho se hubiese metido en un gran lío. Me remordió la conciencia saber que había sido yo la que le pidiera que intercediese por mi bien. ¿Qué tanto poder podía tener Vicente sobre él?
- No hablamos de nada en particular.
- Eso mismo dice él; a mí no me lo parece. Está muy raro desde entonces y creo que tienes algo que ver.
- Déjalo en paz. No crees que la razón de que él esté raro puedas ser tú. ¡Por que no dejas que la gente viva en paz! ¡¿Tienes que gobernarlo todo?!
- ¿De qué hablas?
- Eres... eres...- no podía encontrar la palabra exacta-. ¡Exasperante!- solté por fin. Susana y el matrimonio de clientes se dieron vuelta para mirarme.
- No te haría mal mirar un poco para tu lado- me espetó.
- No soy yo quien va por ahí tornando insoportable la vida de los demás.
- Pues tienes una salida fácil para escapar de mí, dime qué quieres y no volverás a verme.
- Quiero que te vayas, que desaparezcas.
- Sabes que eso no lo puedes tener a menos que me des tu alma- dijo en voz baja.
- No voy a darte nada, ahora hazme el favor y lárgate- le indiqué la puerta con la cabeza.
- Quisiera poder hacerlo pero no puedo-. Inspiró hondo y dio un largo parpadeo-. Óyeme, no vine aquí para tener otra discusión de esas en las que acabamos siempre dando vueltas sin sentido sobre un mismo centro. Esto no puede durar eternamente. No importa cuanto intentes dilatarlo... de hecho, ya no podemos dilatarlo más, no debemos dilatarlo más- aclaró.
- ¿Por qué?-. Esperaba que me diese una buena razón, que se atreviera otra vez a usar trucos bajos y amenazas, quería que se diera cuenta de lo que era.

Vicente apretó los labios.

- Piensas matar a mis padres esta noche, o quizá desees torturarlos delante de mí para así infundirme un poco de miedo. ¿Qué es lo que vas a hacer, exterminar todo lo que me rodea para así obligarme a venderte mi alma a un precio irrisoriamente bajo?

- El precio que deba pagar por un alma jamás ha sido un problema- soltó luego de un largo silencio.

- Me imagino que no- entoné en un tono burlón-. Eres tan poderoso y tan perfecto. Tú todo lo puedes ¿no es así? Pues déjame decirte algo: métete tu poder y tu perfección donde mejor...

Sonó un teléfono. Por un instante creí que era el que tenía a menos de diez centímetros de mí. Pero fue Vicente, quien contestó el llamado del celular que sonaba sobre su pecho.

- ¿Noemí?- su voz sonó áspera, cruda. Carraspeó-. No, todo está bien. Sí, todavía estoy con ella-. Dio media vuelta-. No se preocupe-. Me lanzó una mirada por el rabillo del ojo-. Hasta esta noche- cortó y guardó el celular-. Tu madre me ha pedido que no te deje sola- anunció exhalando aire.

Su perfume me invadió.

- ¿Qué?

- Eso fue lo que dijo, me pidió que no te deje sola ni un momento.

Se me puso la piel de gallina. - ¿Por qué?

Vicente no contestó, bien porque no sabía la respuesta o porque por alguna razón no deseaba decírmelo.

- ¿Puedes tomar mi pedido ahora?

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

- ¿Puedes?

No, de hecho no me creía capaz ni de moverme, ni de parpadear.

Vicente manoteó el cuaderno que se encontraba junto a la canasta que se suponía debía enviar, allí mismo, había anotado yo el pedido que ahora se encontraba dentro de esta.

Con trazo firme y una letra y prolijidad que me provocaban envidia, anotó una lista de productos. Ni bien terminó, soltó el cuaderno y la lapicera, se llevó una mano al sacó y de uno de los bolsillos interiores sacó un fajo de dinero que estampó contra el mostrador.

- Esto será suficiente para pagar la cuenta-. Se guardó el resto del dinero en el bolsillo-. Vendré por ti a la hora de cierre para recoger esto y para llevarte a entregar eso- dijo apuntando la canasta. Dio un paso atrás-. Nos vemos más

tarde.

Salió del local sin que el carillón sonara. Siempre sucedía eso, era como si el mismísimo mundo enmudeciese a su paso.

El resto del día fue de mal en peor. La tarde resultó decididamente insoportable, Susana no me hablaba y Matías estaba demasiado ocupado en conversar con sus amigos por celular, se pasó horas haciendo planes para la noche, sin duda se lo pasaría de festejo en festejo. En cambio yo, estaba imbuida en un aura de desesperación de la que no lograba zafarme, creo que por primera vez desde que esta locura diera comienzo, me sentía realmente entre la espada y la pared.

El sol bajando por el horizonte no hizo otra cosa que instalar en mi dolorido y confuso pecho, un lago de incertidumbre. Simplemente no podía dejar de observar la puerta de entrada y su carillón, a la espera de que Vicente regresara una vez más para completar aquella pesadilla.

13. El ultimátum.

La pesadilla no estaba por terminar, todo lo contrario: recién empezaba.

Susana y Matías se habían ido hacia no más de cinco minutos atrás, me encontraba sola, en medio de la penumbra, ya había cerrado por lo que casi todas las luces, menos algunas que iluminaban el mostrador, estaban apagadas, cuando el descomunal Mercedes negro se detuvo en la calle, justo en línea recta a mi posición. Vicente se bajó por la puerta del conductor, rodeó el auto y caminó hacia la puerta, la cual, yo ya había cerrado con llave. A través de la oscuridad me miró fijo y sin parpadear; yo podía sentir sus ojos en los míos como si su mirada tuviese materia, como si por medio de ella nos uniese un lazo perenne, una cadena imposible de romper.

Puso una mano sobre la manija y abrió, así como así, sin forzar la cerradura, sin hacer ningún pase mágico, simplemente abrió la puerta ignorando las trabas que a fuerza de pasar llave nos mantenían separados. Por supuesto, el carillón permaneció mudo.

Cerró la puerta detrás de su espalda y dio un par de pasos en dirección a mí.

- ¿Lista?- quiso saber. No alzó la voz ni se mostró rudo.

Tomé mi cartera de debajo del mostrador y avancé hasta él, su pedido y la canasta que debía entregar estaban junto a la entrada.

Vicente me abrió la puerta, tomó la canasta con una mano, y los cajones de botellas con la otra sin demostrar el mínimo esfuerzo por levantar ambas cosas al mismo tiempo, cuando a Susana y a mí nos había costado un buen trabajo llevar la canasta hasta la puerta; salimos en silencio. Obviamente ni se molestó en preguntar la dirección a la cual se suponía debíamos dirigirnos para entregar la maldita canasta, ya lo sabía y no tenía caso disimular que mi vida, para él era igual que un libro abierto, uno un tanto aburrido y quizá un poco previsible también.

Condujo en silencio y a una velocidad razonable; incluso me ayudó a bajar la canasta cuando llegamos a la casa en que debía entregar el pedido. Se mostró cortés y amable con el personal domestico que nos atendió, pero luego de que nos fuésemos, se puso rígido y distante otra vez. En su rostro había una expresión ruin nada propia de él.

Con el sol muriendo en un crepúsculo de un rojo intenso, nos dirigimos a mi departamento, me concedía la posibilidad de poder recomponerme en casa antes de ir a reunirnos con mi madre. En silencio, se lo agradecí, necesitaba meterme debajo de la ducha, el caso es que creía no poder hacerlo con

tranquilidad si él rondaba por ahí.

Detuvo el automóvil justo en frente de la puerta, lo que atrajo un par de miradas curiosas que todavía no terminaban de acostumbrarse a la presencia de semejante cosa en el barrio. Se bajó y me abrió la puerta antes de que pudiese terminar de pelearme con el cinturón de seguridad para quitármelo.

Tal como me lo temía, no se me despegó de al lado. Subió los escalones de la entrada conmigo y esperó a que abriera la puerta para entrar. Me siguió por el palier hasta los ascensores sin siquiera hacer ni el más mínimo ruido. Era como si no estuviese realmente allí, pero estaba.

En cuanto entramos al ascensor me apreté contra el fondo, él se limitó a darme la espalda todo el tiempo. No verle la cara no me ayudó a calmarme, presentía que algo estaba mal, muy mal.

Entré a mi departamento y me siguió. Cerró la puerta y se quedó en el living, entre los sillones y la mesa, yo no miré atrás, convertida un zombi fui directo a mi cuarto. Di vueltas y más vueltas buscando algo que ponerme, nada me parecía apropiado porque ni siquiera quería tener que ir a reunirme con mis padres. Debo haber estado yendo de un lado al otro del placard durante unos quince minutos, supongo que mi paseo no era otra cosa que un intento de hacer tiempo para que él desapareciera.

Manoteé unos jeans, una blusa blanca de delgados tirantes y unas sandalias blancas de taco muy bajo y salí de la habitación. En cuanto puse un pie en el pasillo lo vi, su nuca sobresalía por encima del respaldo de la vieja poltrona verde. No podía verle la cara... estaba tan quieto que parecía dormido. Supongo que oyó que yo abría la puerta de mi cuarto y sin embargo no se volvió para verme y se lo agradecí. A los apurones me metí en el baño.

Debo admitir que me costó tomar coraje para desvestirme sabiéndolo a pocos metros de donde me encontraba. Finalmente, el sonido del agua cayendo resultó más tentador, y terminé cediendo a la ducha. Dejé que el agua corriera largamente por mi cuerpo antes de salir y vestirme. No había forma de que tomara más valor para enfrentar lo que me esperaba en el living.

Recogí mi cabello y me vestí acomodándome lo mejor que pude, pretendía poder disimular delante de mis padres de modo que tenía que hacer un esfuerzo por verme lo mejor posible.

Otra vez lo sorprendí en la misma posición, muy quieto, con la vista fija en la puerta.

- Estoy lista- le dije con un hilo de voz- ya podemos irnos.

Vicente se puso de pie; me miró de arriba abajo, lo cual hizo que me sonrojase

y luego apartando sus ojos de mí, dijo: - No, no podemos.

- ¿Por qué, ahora qué sucede?

La poca moral que me quedaba se me cayó a los pies.

Se pasó una mano por el pelo y luego se llevó esa misma mano a la cintura. Hizo el amago de hablar, no dijo nada, lo intentó otra vez y la voz le salió rasposa.

- ¿Qué, mataste a mis padres mientras me duchaba?- le espeté con odio.

Negó con la cabeza.

Se relamió los labios. - Tienes...- se detuvo- ...tienes...

- ¡¿Tengo qué?!- le grité.

- Tienes hasta el martes para decirme qué es lo que quieres a cambio de tu alma- contestó en voz baja.

- ¿Cómo?- no me lo podía creer, me estaba dando un ultimátum.

- Tienes cuarenta y ocho horas para decidirte- explicó con la misma suavidad de antes.

- ¿Me estás dando un ultimátum?

- Así es.

Solté aire por la nariz. - ¡No puedes!

- Te advertí que esto sucedería tarde o temprano. No puedes jugar con algo así, si juegas con fuego lo más probable es que te quemes.

- Linda moraleja- resoplé.

- No es broma- dijo con aire compungido, no le hice caso, no permitiría que me engañase; sin importar cuanto me costara sobreponerme a lo que sentía, saldría de ésta.

- No importa, no vas a asustarme- para mi desgracia, la voz me salió algo temblorosa.

Vicente se me acercó y yo me aparté.

- Escúchame bien, deja de actuar como si fueses una niña malcriada, no importa cuanto te niegues...

- ¡No voy a venderte mi alma!- chillé, me importaba un comino que me oyeran los vecinos.

Vicente sacudió la cabeza. - Sabía que no lo entenderías.

- ¡Claro, qué más podría esperarse de mi!

- Sinceramente no sé cómo hacerte entender.

La campanilla del teléfono casi me provoca un infarto.

Vicente se apuró a contestar.

- ¡Ah!, buenas noches Noemí- se acercó a la mesa y encendió la vieja lámpara

de mi abuela, yo apenas si me había percatado de que estábamos casi a oscuras-, sí, íbamos saliendo, nos vemos en unos minutos- se pasó una mano por el cabello alborotándolo-. Sí, ella está bien, nos demoramos porque se dio una ducha.

El que mi madre preguntara por mí otra vez me extraño, jamás se me hubiese ocurrido que podía preguntarle a él por mí con tanta insistencia, sin duda era algo raro, muy raro, pero ya nada en este mundo podía sorprenderme tanto.

- Claro, adiós- colgó-. Tu madre dice que nos demos prisa.

No le contesté. Salí del departamento y él me siguió. Tampoco cruzamos ni una sola palabra de camino a casa de mis padres.

...

- Estás muy bonita, cielo- me dijo me padre en cuanto abrió la puerta.

Nos abrazamos. Me quedé más tiempo del normal entre sus brazos, añoraba tanto mi niñez. Mi papá me estampó un beso en la mejilla y me apartó con dulzura.

- Vicente- le tendió la mano-, ¿cómo estás? Bienvenido otra vez.

- Gracias por invitarme.

- No hay por qué. Ahora entren... entren.

- Esto es para acompañar la cena- dijo lanzándole una mirada a los cajones que cargaba debajo del brazo.

- Pues no deberías haberte molestado. ¿Quieres que lo lleve adentro?

- No, está bien, yo lo cargaré.

Mi padre cerró la puerta y Vicente me empujó hacia adentro poniéndome una mano en la espalda. Los tres nos apretujamos en el pasillo.

- Tu madre estaba ansiosa porque llegaran- soltó mi papá apareciendo por detrás de Vicente.

- Sí, lo sé, llamó a casa hace unos minutos- dije mientras caminábamos hacia adentro-. ¿Todo está bien?

- Sí, creo que sí. Al menos me parece que al igual que siempre tiene todo bajo control-. Se encogió de hombros-. No sé qué le pasaba, estuvo un poco inquieta toda la tarde.

- ¿Es que se siente mal o algo así?

- No, se lo pregunté y me dijo que estaba bien, pero hace un rato- bajó la voz- la encontré en tu cuarto en medio de la oscuridad... sola...

Vicente quitó su mano de mi espalda y se retrasó un poco tras nuestros pasos

para darnos algo de intimidad o quizá simplemente no le interesara aquello por considerarlo demasiado aburrido y poco importante para su gran vida de demonio.

- ¿Qué hacía allí?

Mi papá me pasó un brazo por los hombros.

- Nada, eso es lo que me preocupa, estaba simplemente allí, junto a tu cama, en la oscuridad. Creo que está un poco deprimida.

Miré a mi papá por el rabillo del ojo, su cara de preocupación me provocó una punzada en el corazón.

- Por qué no vas a verla primero tú sola, está en la cocina; me llevaré a Vicente afuera para presentarle a la familia.

Mi papá me soltó y me dio un empujoncito hacia la puerta que conducía a la cocina.

- Ven conmigo Vicente, llevemos todo eso afuera, te presentaré a la familia.

- Sí, claro.

Vicente siguió a mi padre antes echándome una mirada cuya intención no pude captar.

En cuanto puse un pie bajo el umbral de la puerta, vi a mi mamá parada frente a la mesada, justo al lado de la heladera, acomodando su famoso arrollado en una linda bandeja, enfrente, tenía un plato con frescas hojas de lechuga y rodajas de tomate. Verla así me hizo retroceder al menos diez años. Ella no había cambiado mucho desde entonces, continuaba usando la misma talla de ropa, tenía talvez un par de canas más pero lo cierto era que eso es algo que ni yo ni nadie podía saber con certeza ya que ella no dejaba pasar más de diez días entre visita y visita a la peluquería, y su rostro no enseñaba ni una sola arruga más que por aquel entonces, esto gracias a la genética, mi madre jamás había usado cremas para el cutis en toda su vida y aun así tenía un piel esplendida, mucho mejor que la mía quizá.

Yo sí había cambiado, y mucho, diez años atrás era una persona no sólo llena de sueños, sino esperanzada en un día poder concretarlos, hoy en cambio, no tenía rumbo fijo para mi vida y lo peor de todo es que no concebía otro modo de continuar adelante que preocuparme por mi futuro más inmediato, es decir, encontrar un modo de salirme del brete en que me encontraba.

Con los nudillos, llamé sobre el marco de la puerta.

Mi madre me miró por encima del hombro. Iba íntegramente vestida de blanco, tal cual era tradición en la familia para recibir el año nuevo, lo único de color en ella era el verde del delantal que llevaba puesto para no mancharse la ropa,

el cual le hacía juego con el color de sus ojos, ojos cuyo color siempre me lamentaba no haber heredado.

Solté la cartera sobre una de las sillas que estaban alrededor de la vieja mesa de formica y avancé hacia ella.

En el más pleno silencio, mi madre caminó hasta mí. Nos encontramos a mitad de camino y nos abrazamos como hacía años que no lo hacíamos. Me quedé prendida de su pecho mucho más tiempo que de los brazos de mi padre porque simplemente no podía creer que estaba allí otra vez, temía que de un segundo para el otro todo se esfumara de mis manos igual que humo. Temía verla desaparecer a ella, a la cocina y a la casa misma, tragadas por una misteriosa y tenebrosa fuerza.

- Llegas tarde- me regañó deshaciéndose de mí.

- Lo lamento, tuve que hacer una entrega de última hora.

- Tú y tu trabajo, siempre lo mismo.

No acoté nada, no tenía ganas de pelear, no después de semejante abrazo.

- ¿Viniste sola? Pensé que Vicente había dicho que...

- No, no vine sola, Vicente está afuera con papá.

- Me da gusto que viniera, lástima que tú no lo aprecies como se merece.

¡Y de vuelta a la normalidad!- exclamé dentro de mi cabeza. Sin duda la tregua había terminado.

- ¿Puedo ayudarte en algo?

- Sí, ve y dile a tu tía Sandra que venga a ayudarme con las ensaladas.

- Yo puedo...

- No- me apartó con una sacudida de sus manos-, tú ve a ocuparte de lo tuyo y déjanos a nosotras con la comida.

- Bien, como quieras. ¿No necesitas que lleve algo afuera?

- Sí, de hecho sí-. Mi madre dio media vuelta y de la mesada lateral manoteó la bolsa de pan y las paneras de paja-. Lleva esto, es algo que no puedes romper.

Me mordí la lengua para no contestarle y salí de la cocina cargando la enorme bolsa de pan y las paneras, es más, para descargar parte de mi furia, mientras iba de camino al patio, saqué una figaza de pan de la bolsa y la devoré arrancándole con los dientes trozo a trozo igual que si fuese un animal salvaje que devora a su presa recién cazada luego de un largo periodo de hambruna.

Más que mi apetito, estaba saciando mi sed de venganza.

Cuando llegué afuera, encontré a Vicente rodeado de buena parte de mis familiares. Mi padre y mi tía Sandra pasaron por mi lado en dirección

contraría, cargando las botellas de champagne y de vino blanco que necesitaban frío. Le avisé a mi tía que mi madre la buscaba y seguí con mi camino haciendo caso omiso a las sonrisitas de mi tía.

Luego de saludar a toda la familia, lo cual me llevó un par de minutos porque no fue sólo intercambiar besos y abrazos sino que también tuve que responder a un par de preguntas maliciosas sobre Vicente y su presencia allí, me ocupé del pan y las paneras. En todo ese tiempo padecí la mirada de Vicente pegada a mi nuca igual que si fuese una cámara de seguridad, lo que me hizo sentir igual que una ladrona, una usurpadora en mi propia casa. Es increíble con cuanta facilidad podía él dar vuelta una situación; sería ese, al igual que las llamas, otro de sus malignos dones.

- ¿Todo en orden?

Me hizo dar un salto y casi se me escapa el corazón por la boca. Así no iba a llegar al año nuevo en una sola pieza. La panera se me escapó y los panes volaron por el aire desparramándose por mitad de la mesa. Mi accidente no despertó interés en ninguno de mis parientes, todos estaban bastante acostumbrados a mi torpeza.

Enfurecida, me le planté delante.

- ¿Cómo podría estarlo?- gruñí cual lobo rabioso, igual que al pan, me hubiese gustando arrancarle un buen pedazo, pero temía envenenarme con su ponzoña de demonio.

- Me refería a tu madre- contrapuso con total calma. Por supuesto, porqué iba a molestarse por mi insignificante e irrelevante mal humor sustentado por el odio que me provocaba su condenada presencia.

Le di la espalda y me puse a recoger los panes.

- Sí, supongo que sí- farfullé entre dientes masticando la bronca que me invadía en este momento.

- ¿Puedo ayudarte en algo?

Involuntariamente le clave las uñas a uno de los panes.

- No, no te molestes, además supongo que estás más acostumbrado a que te sirvan que a servir.

Vicente se me puso al lado y comenzó a recoger panes también.

- Es posible que lo que dices sea cierto, eso no quita que no pueda darte una mano.

Me detuve en seco.

- La verdad es que no te entiendo, sinceramente: me confundes con tu comportamiento errático- sacudí la cabeza-. Por momentos eres amable y en

otros completa y absolutamente despreciable. ¿De dónde sale semejante variedad de actitudes? ¿Es que tienes una doble personalidad o simplemente eres muy buen actor?

Vicente se quedó duro, con un pan en la mano y la panera en la otra.

- Es decir, ¿es esa tu intención? ¿Desorientarme, confundirme? ¿Es eso lo que pretendes? ¿Crees que así te será más fácil?

Arrojó el pan dentro de la panera y continuó trabajando sin decirme nada.

- Por lo visto así es.

Recogí un par de panes más pero no pude contenerme, mi mecha ya estaba encendida.

- ¿Para qué viniste hoy? Es decir, podría haberme simplemente dado el ultimátum y regresado a tu gran mansión y nada más. Supongo que no tenías miedo de que me escapara ya que quedó claro hace rato que no puedo liberarme de tu presencia.

- Le di mi palabra a tu madre, dije que vendría y aquí estoy.

- Claro, tenías que cumplir tu palabra- lo remedé-. Eso debe ser sumamente importante para ti y para los tuyos. Cumplir con lo prometido, ¡por supuesto!- me golpeé la frente-. ¡Que tonta soy!- lo miré procurando desprender por los ojos el odio corrosivo que él engendraba en mi ser en estos momentos-. ¿También cumplirás con tu palabra cuando llegue la hora de hacer el intercambio?

Noté que se ponía rígido.

- Tu tampoco eres un ángel, ¿eh?

- Al menos yo no pretendo lo contrario.

- Yo no hago tal cosa.

- Entonces explícame de una buena vez, por qué es que estás aquí, pero sé sincero, eso de que debías cumplir con la palabra que le diste a mi madre no es más que pura mierda.

Una de mis primas, que probablemente me oyó soltar aquello, nos miró intrigada; en cuanto la fulminé con la mirada dio vuelta la cara y siguió charlando con su hermana.

- ¿Te quedaste mudo?- le espeté de mal modo. Tenía la impresión de que podía destrozarlo usando simplemente mis palabras.

Vicente dejó la panera entre los platos y las copas.

- No tengo porqué darte explicaciones.

- No, por supuesto que no- bramé yo.

- Esto me gusta tan poco como a ti.

- Me figuro que te resulta insoportable estar en mi presencia.

- No te imaginas cuanto- me contestó frunciendo el entrecejo.

El corazón se me estrujó en un puño. Urgida por un dolor insoportable, me di media vuelta y me alejé con la otra panera cargada. Vicente no me siguió lo cual resultó un alivio, acaba de comprobar que lo que sentía no era otra cosa que un engaño, un truco para hacerme caer. Me sentí horrible, estúpida, rematadamente zopanca y extremadamente torpe, insulsa, infantil, crédula e ingenua. ¿Cómo podía haber caído en eso, es que no me bastaba con lo que me había pasado unos meses atrás?

Los ojos se me inundaron de lágrimas por lo que me vi en la necesidad de parpadear un par de veces para tragarlas. No podía permitirme ser débil, no ahora. Ya todo quedaba claro, éramos uno contra el otro y no los dos juntos... nunca seríamos eso.

Empezó a faltarme el aire y las rodillas se me aflojaron. Todo empezó a darme vueltas.

Dejé la panera encima de la mesa y disimulando mi prisa, pero sin perder tiempo, me metí otra vez dentro de la casa. Una vez que supe que ya estaba fuera del alcance de sus ojos me eché a correr en dirección a mi habitación, y una vez allí, me encerré dando un portazo y me tiré boca abajo sobre la cama para sofocar los gritos de desesperación y angustia en la almohada.

- Tu padre te busca.

Su voz brotó de la oscuridad igual que si proviniese del más allá.

Despegué la cara de la almohada. Ya no lloraba pero todavía estaba enrojecida y alterada y continuaba jadeando. Lo busqué a mí alrededor sin poder encontrarlo.

- ¿Me escuchaste?

Entonces escuche que la persiana de madera crujía, Vicente me hablaba desde el otro lado, en el jardín, por entre las hendijas.

- ¿Estás ahí?

Me incorporé y me senté de rodillas sobre el colchón.

- Creo que tu padre piensa que tuvimos alguna suerte de riña de enamorados o algo así.

- ¿Y porqué no le aclaraste cual es la realidad?

- Realmente no quieres que haga eso.

No, no quería.

- Sal ya, todos empiezan a preocuparse por ti.

Noté que gracias a las luces del jardín, podía ver el contorno de su figura contra la persiana. Así, con su imagen recortada entre las tablas me quedé pensando en lo que habíamos hablando unos minutos atrás, me pregunté hasta que punto estaría obligado a darme exactamente aquello que yo le pidiese a cambio de mi alma. Ahora no se me ocurría nada pero tenía la impresión de que sí así era, quizá podía yo intentar algo para engañarlo, para hacerlo caer en una trampa que me permitiese quedarme con mi alma y librarme de él. Era consciente de que no tenía mucho tiempo para idear un plan pero no me quedaba más opciones que intentarlo, no podía simplemente rendirme. No, no podía ni lo haría, iba a pelear con uñas y dientes hasta las últimas consecuencias. Tenía que encontrar algo que él no pudiese darme, algo imposible, sólo que no se me ocurría qué.

Me relamí los labios, me limpié la cara con las manos procurando quitarme la mascara de pestañas que estaba segura, se me había corrido por toda la cara, y acercándome a la ventana, respiré hondo.

- ¿Prometes darme exactamente lo que te pida?-. El corazón me latía a cien kilómetros por hora.

Hubo un largo silencio. De no ser porque podía ver su contorno aureolado por las luces de fuera, hubiese creído que ya no estaba allí.

- ¿Lo prometes, me darás cualquier cosa que te pida?

- Eso te dije cuanto te expliqué de qué modo eran las cosas- puntualizó con un tono rígido.

- Prométemelo- le urgí-, promete que me darás exactamente lo que te pida a cambio y jura que respetarás ese trato.

- ¿Qué es esto?

- Quiero que me lo prometas- insistí.

- ¿Me entregarás tu alma?- noté que no estaba complacido, sino más bien sorprendido.

- Prométemelo- repetí una vez más. Necesitaba que dijera que me lo prometía, necesitaba que me diese su palabra.

- ¿Qué es lo que quieres?- su voz se tornó fría, sus palabras secas y breves.

- ¡Hazlo!

Un insoportable vaho acre comenzó a entrar por la ventana arrastrado por la el suave y calido viento que corría afuera.

- Vicente, prométemelo. Di que lo harás.

Hubo otro largo silencio. Por un momento llegué a convencerme de que no lo haría.

- Está bien. Te daré lo que me pidas... exactamente lo que me pidas

- ¿Lo juras?

- Lo juro- se comprometió.

Esperaba que su palabra valiese realmente algo.

- Qué es lo que quieres a cambio de tu alma- pregunto con un hilo de voz.

El aire se cargo de una especie de extraña enérgica, de estática. Fue como si el mundo entero hubiese desaparecido menos él y yo.

- Este no es el momento ni el lugar- le dije. Me entró un miedo que jamás había sentido antes, el cual se mezclaba con la adrenalina que mantenía a mi cuerpo en un nivel de sobreexcitación casi insoportable, un paroxismo próximo a la epifanía tan incontenible que creía que iba a estallar, tenía la impresión de estar parada justo en el borde de un impresionante precipicio rodeado del más maravilloso paisaje, tenía ganas de dar un paso, mejor dicho de saltar y de gritar hasta quedarme afónica pero abajo, todo era oscuridad y desconcierto y eso me contenía en mi lugar.

- ¿Cómo?- inquirió él turbado.

- Después de todo, tengo cuarenta y ocho horas- articulé como pude, todavía me gobernaba el vértigo y la emoción.

Vicente se acercó a la persiana, lo sé porque su aliento me llegó a la nariz y a la boca.

- ¿Me darás una respuesta?

- Dile a mi padre que enseguida salgo-. Fue lo que solté a cambio de lo que él esperaba oír. No le di tiempo a replicar, me levanté de la cama y fui directo al baño. No podía enfrentar a todos, y menos a él, con la apariencia que me imaginaba tener.

Me costó pero logré mantenerme alejada de él hasta que finalmente nos sentamos a comer y mi madre lo instaló a mi lado, obligando a uno de mis primos, con el que yo conversaba animadamente, a levantarse para cederle su lugar a Vicente; situación que resultó bastante embarazosa al menos para mí, creo que mi primo también se incomodó un poco, pero ante los pedidos de mi madre no había quien tuviese el coraje suficiente para oponerse; Vicente por su parte, no dio señales de nada, simplemente tomó la silla y se acordó a mi lado, demasiado cerca para mi gusto; qué más remedio, estábamos todos apretujados alrededor de la mesa. En fin, durante lo que duró la comida, procuré ni siquiera mirarlo y no cruzamos más palabras de las estrictamente necesarias, es decir, para pedirnos tal o cual bandeja de comida y cosas por el

estilo, obviamente no volvimos a tocar el tema de mi alma, allí había demasiados testigos.

Al momento del brindis, justo a las doce, con los fuegos artificiales estallando sobre nuestras cabezas y el sonido de los petardos aturdiendo nuestros oídos fue muy diferente. Con su copa de champagne en la mano izquierda, Vicente se me acercó todavía más.

- Feliz año nuevo- me deseó chocando su copa contra la mía.

Yo le dediqué mi mejor peor cara perro, como no cabía esperar otra cosa, él simplemente la ignoró y acercando sus labios a mi cuello me susurró: - que todo lo que deseas se haga realidad.

Su aliento en el cuello hizo que se me erizara la piel.

- Lo lamento, no puedo ni quiero desearte lo mismo- le dije en cuanto se apartó.

Vicente me dedicó una sonrisa condescendiente.

- No te preocupes, ya me lo imaginaba.

La cosa más ridícula sucedió a continuación. Uno de mis primos, pasado un poquito de copas, sin querer me dio un empujón, clavándome el codo en las costillas. El golpe provocó una especie de avalancha de sucesos: yo tropecé con mis propios pies, mi copa se me cayó de las manos estrellándose contra el suelo para convertirse en polvo de cristal flotando en el dorado líquido espumoso, y al tropezar me llevé por delante a Vicente, él no pudo esquivarme, el brazo en que sostenía su copa de champagne quedó entre ambos y cuando lo goleé se derramó sobre su impecable camisa y sobre mi blusa.

- ¡Upss!- soltó mi primo tapándose la boca cuando nos vio a ambos chorreando champagne-. Disculpen- dijo entre risas.

- Está bien, no fue nada- lo tranquilizó Vicente mientras procuraba secarse con una servilleta de papel.

- ¡Qué fue lo que pasó!- chilló mi mamá contrariada fulminando a mi primo con la mirada. Todavía llevaba su copa en alto. Todos seguían brindando y los fuegos artificiales continuaban estallando.

- No fue nada- repitió Vicente-. Un poco de champagne, es todo.

- ¡Mira nada más que desastre!

Mi mamá lo miraba solamente a él, yo, en este momento era completa y absolutamente invisible para ella. Dejó su copa sobre la mesa y tomando un par de servilletas más lo ayudó a secarse. Debo admitir que no sirvió de mucho, él se había llevado la peor parte y tenía la camisa y los pantalones empapados.

- Ven, busquemos algo de Augusto para que puedas cambiarte.
- No, Noemí no se moleste, no es necesario.
- Sí, sí es, no es justo que por culpa del inútil de mi sobrino pases el resto de la noche oliendo a borracho.

El aludido se escabulló ágil y sabiamente entre el resto de nuestros parientes.

- Tú también deberías cambiarte- me espetó mi madre lanzándome un fugaz vistazo de escrutinio y luego se le prendió del brazo a Vicente-. Ven conmigo, tiene que haber algo que te quede.

Para mi sorpresa, ni Vicente pudo hacerle frente a sus designios. Mi madre lo arrastró adentro. Los dos se perdieron en la oscuridad del interior de la casa. De repente alguien hizo caer otra copa llena en mis manos. Brindé con aquellos que no había tenido oportunidad antes, bebiendo un poco de cada vez hasta que ya no me quedó champagne y me escurrí hacia mi habitación en cuanto pude, la blusa se me pegaba a la piel y comenzó oler como si hubiese estado bebiendo desde la mañana.

Iba tan imbuida en mis propias cavilaciones que ni me detuve a pensar que si la puerta de mi cuarto estaba cerrada por algo debía ser. Abrí la puerta de par en par.

Debo admitir que se me cortó la respiración. Se me escapó un grito; sé que esa no era la reacción más coherente, es que me entró tal vergüenza verlo allí, en mi propio cuarto en ropa interior y con unos viejos pantalones de mi padre en las manos, que creo que me puse color escarlata, sobre todo, en las orejas, las que me ardían igual que si se hubiesen prendido fuego. Vicente se quedó duro y me figuro que no volvió a moverse hasta que salí de la habitación y volví a cerrar la puerta. Atontada, apoyé la espalda contra la pared y cerré los ojos. Fue lo peor que podía haber hecho, eso ayudó a que la imagen de su torso desnudo, tan perfecto como yo lo suponía, o pero aún, se enraizó en mi cerebro.

- Eliza, qué pasó, creí haberte oído gritar.

Abrí los ojos rogando porque mi madre no notara el rubor de mis mejillas.

Se me escapó una risita tonta.

- Me agarré los dedos con la puerta- mentí.

- ¿La ropa le fue bien?

- ¿Cómo... qué?

- Quizá tu también debieras dejar de beber- me espetó mi madre-. ¿Qué si la ropa le fue bien a Vicente, Eliza?- inquirió exasperada.

- No sé.

- ¡Ay Dios!- exclamó exasperada y luego llamó a la puerta.

Vicente abrió. Llevaba puesto un pantalón deportivo que mi madre le había comprado a mi padre hacia unos cinco años con la ilusión de que siguiera el consejo del médico y se pusiera de una buena vez por todas, a hacer ejercicio. Un rápido vistazo me sirvió para darme cuenta de las diferencias físicas entre mi padre y él, los pantalones le quedaban demasiado cortos y anchos, y la remera le quedaba demasiado holgada, parecía un *raper* mal vestido.

- Al menos estás seco- entonó mi mamá conteniendo la risa.

Vicente puso mala cara.

- Bien, regresemos afuera, es hora de comer el pan dulce.

Mi madre nos dio la espalda y se largó al instante.

- Parezco un idiota- masculló entre dientes.

- ¿Sólo pareces?- me cruce de brazos a esperar una respuesta.

- Al menos yo no me asusto de alguien en ropa interior.

Eso hizo que volviera a ponerme roja.

- Te veo afuera- me dijo y luego siguió los pasos de mi madre.

...

- Es lo último.

Vicente colocó los vasos limpios y secos sobre la mesada. Llevábamos al menos cuarenta minutos intentando poner un poco de orden en la cocina.

Me sequé las manos con otro repasador y lo colgué de la manija del horno.

- Entonces terminamos.

- Eso parece-. Se cruzó de brazos y me miró, todavía llevaba puesta la ropa de mi papá pero ya parecía haber asumido que se veía de lo más ridículo.

Ladeó la cabeza en dirección a la puerta de la cocina que daba al jardín y luego volvió su rostro hacia mí.

- ¿Vas a decírmelo ahora?

- Qué es lo que debo decirte.

- No te hagas la tonta, sabes de qué hablo, necesito saber qué es lo que quieres.

- Todavía no.

- Creí que mi presencia te molestaba, ¿sabes que en cuanto me digas qué es lo que deseas a cambio me largaré y jamás volverás a verme?

- Sí, lo sé- tragué saliva, lo sabía muy bien y no podía dejar de pensar en ello por motivo muy disímiles-, todavía no es el momento, tengo que pensarlo bien.

- ¿No lo tenías decidido?, entendí que sí.
- Más o menos.
- ¿Cuándo me lo dirás?
- Cuando dejes de molestarme. Es tarde y quiero irme a casa; necesito dormir un poco, estoy agotada.
- Bien, yo te llevaré.
- No gracias.
- No te parece que a tus padres les resultará extraño que no nos vayamos juntos.
- ¿No te parece que más raro les va a resultar que de un día para el otro, desaparezcas tal si te hubiera tragado la tierra?- no respondió-. Apuesto que no pensaste en eso. Seguro que no y no te culpo, dudo que tengas la posibilidad de mirar mucho más allá de tu nariz-. Hice una pausa-. Te atrapé, no es cierto, el señor considerado no había pensado en ese diminuto detalle. Es que esperabas poder torturarme por toda la eternidad con tu presencia. No importa-. Proferí chasqueando la lengua-. Qué te importa lo que suceda con nuestras intrascendentes vidas humanas.

- ¡¿Lavarón todo?!

Mi papá no se percató de que interrumpía.

- Sí, ya terminamos.
- Exacto- convino Vicente- le decía a Eliza que ya es hora de que nos vayamos y los dejemos a ustedes tranquilos para poder descansar.

Mi madre apareció por detrás de mi padre.

- No nos molesta tu presencia, Vicente, puedes quedarte aquí cuanto quieras.
- Se lo agradezco; Eliza se levantó temprano hoy y como trabajó todo el día está cansada, creo que es hora de que la lleve a casa.
- No hace falta, puedo caminar- salté para demostrar que estaba presente y que todavía tenía voz y voto sobre mi vida.
- ¡No seas ridícula, Eliza! No vas a irte caminando a tu casa a esta hora.
- No se preocupe Noemí, no la dejaría hacerlo. Me aseguraré de que llegue a casa sana y salva.

Sí, para que allí me ataque un demonio vestido con ropa demasiado holgada y corta.

Intenté convencerlo a él y a mis padres de que lo mejor sería quedarme a dormir allí, no pude. La corriente me llevó hacia la puerta de calle sin importar cuanto yo intenté remar en sentido contrario. Contra mi madre y Vicente se necesitaba más que un remo, incluso más que un motor fuera de borda. Eran

uno más terco que el otro.

- Entonces hasta mañana- lo saludó mi madre cuando llegamos a la calle.

Vicente se detuvo con las llaves del automóvil en la mano.

- Bueno, la verdad es que... surgió algo y lamentablemente mañana no podré venir a almorzar.

Mi madre no fue la única sorprendida.

- ¡Qué pena!- se lamentó mi mamá poniendo cara de compungida-. Eliza no me dijo nada al respecto.

- Es que todavía no se lo había dicho a ella tampoco. Fue algo de último momento.

- Bien, que no puedas venir mañana no quiere decir que no vuelvas a regresar- le dijo mi mamá lanzándome una mirada de las suyas, debía suponer que yo había hecho algo mal y que finalmente había logrado apartar a Vicente de mi lado. ¡Ojala!

Casi de inmediato mi papá me miró, supongo que estaba buscando alguna respuesta en mis ojos. Sí supieran ambos, que lo más probable, y que lo mejor que les podía pasar tanto a ellos como a mí, era no volver a verlo nunca jamás.

Vicente le sonrió.

- Feliz año para ambos y gracias por todo- les repitió por enésima vez antes de meterse en el automóvil-. Les devolveré la ropa en cuanto pueda.

- No te hagas problema, Vicente- canturreó mi mamá con voz melosa.

- Hasta mañana.

- Hasta mañana cielo- me despidió mi papá-. Cuídate.

Abrí la puerta del automóvil.

- Lo haré. Buenas noches.

Suspirando me metí dentro del vehículo. En cuanto cerré la puerta nos quedamos los dos, ahí, en la oscuridad apenas iluminada por los controles del salpicadero, aislados del mundo por los vidrios ahumados.

Vicente arrojó la bolsa con su ropa sucia al asiento trasero, mi madre había intentado convencerlo de que ella se la lavaría.

- Así que no voy a verte mañana- articulé mientras me ponía el cinturón de seguridad.

- ¿Feliz?- inquirió dándole marcha al motor-. Me imagino que sí- se contestó a sí mismo sacando el freno de mano-. Esta noche te dejaré tranquila para que puedas festejarlo sola-. Puso un cambio y las ruedas avanzaron sobre los adoquines suavemente-. Si todo marcha como debe, dentro de poco ya te

habrás olvidado de mí. Tú podrás seguir con tu vida y yo con la mía. Vicente no subió a mi departamento, es más, tampoco se bajó del automóvil, simplemente me dejó frente a la puerta. Se marchó a toda velocidad en cuanto yo traspasé la puerta de vidrio del hall de entrada.

14. Ellos.

El día se me hizo eterno. Fue tortuoso, sobre todo porque estaba agotada, casi no había pegado un ojo en toda la noche a causa de las pesadillas que no dejaban de asolarme. En mis sueños me habían visitado otra vez esos hombres y mujeres con los que Vicente estuviera reunido en su casa, en esa particular habitación.

Eran pesadillas muy extrañas, ninguna de estas personas se me acercaba demasiado, es más, ni siquiera me dirigían la palabra, sino que simplemente me miraban; a diferencia de las pesadillas que podía tener normalmente, en las que alguien me perseguía o en las que algo horrible me sucedía, éstas eran de una calma perturbadora, allí no había monstruos terroríficos, ni muerte, ni dolor, sino una perfección anormal, una expectación cargada de ansiedad, era como soñar tener una bomba a punto de explotar entre las manos, una bomba que sabes puedes desarmar y desactivar, pero te encuentras atado de pies y manos, sin poder moverte, sin poder gritar por ayuda siquiera.

El punto culmine de mi horrible noche fue cuando antes del amanecer, en una de las últimas apariciones del grupo, me hallé rodeada de ellos en esa misma sala hundida, yo era el centro de un círculo perfecto en el que también se encontraba Vicente, quien avanzaba hasta el centro del círculo, hacia donde me encontraba yo, y sonriéndome me tendía una mano. Me desperté gritando

“¡no!”, mi “no”, era la respuesta a algo que creía que estaba pasando, tenía la impresión de que estas personas y Vicente me llamaban a su lado.

Decidí ponerle fin a la tortuosa noche cuando el teléfono sonó a las diez de la mañana; era mi madre, quería saber si podía ir un poco más temprano para ayudarla.

El almuerzo familiar se me antojó una pantomima. Mis parientes se movían a mí alrededor y no entendía ni cómo ni porqué.

Apenas si comí y bebí, nada me pasaba por la garganta, tenía el estómago cerrado y no recordaba qué era sentir apetito. Todos mis sentidos los copaba él, no podía dejar de pensar en Vicente.

Hasta ahora no se me había ocurrido nada que pudiese pedirle y que él no pudiese darme. A medida que iban pasando las horas se me antojaba que una soga se me iba enroscando al cuello, tenía la impresión de ser un condenado a la horca cuya ejecución es dilatada por un macabro verdugo que goza del sufrimiento ajeno; éste con la más calma de las parcimonias acomodaba lentamente la soga alrededor de mi garganta y con más tranquilidad aún, formaba el nudo que acabaría arrancando el oxígeno de mis pulmones, porque por supuesto, esperaba que mi cuello no se rompiera con el tirón del salto, sino que muriese lentamente por asfixia.

Al igual que todos los años, la reunión duró hasta la hora de la cena, por lo que cuando emprendí el camino de regreso a casa ya era de noche.

Admito que no reconocí el pequeño y moderno automóvil estacionado a pocos metros de la puerta de calle, en cambio sí al joven de ojos oscuros y avispados que se bajó de éste.

- Feliz año nuevo- me deseó Lucas con una de sus maravillosas sonrisas de demonio, marca registrada de todos ellos, evidentemente.

- Feliz año nuevo- le desee, al contrario de Vicente, él no me inspiraba ningún mal sentimiento-. No esperaba verte por aquí.

- ¿Llego en mal momento?

- ¡No, que va, todo está maravillosamente bien!

Lucas sonrió con los labios apretados.

- ¿Te envió Vicente? ¿Qué es lo que quiere ahora? Ya creía yo, que no iba a dejarme tranquila veinticuatro horas seguidas- solté sacando las llaves de la puerta de dentro de mi cartera-. Soy una ilusa.

- No, no me envió Vicente, vine porque quise, es más, me figuro que no tiene ni la menor idea de dónde estoy, y dicho sea de paso, yo tampoco sé dónde está él, salió esta mañana muy temprano y no me dijo a dónde iba; como te

expliqué, no tiene porque darme explicaciones.

- Sí, lo recuerdo.

Nos quedamos en silencio, así, uno frente al otro.

- Puedo pasar.

- Al menos tú tienes la decencia de pedir permiso.

- No es porque yo sea mejor o peor que nadie- entonó alzando una ceja (obviamente no se atrevía a alzar ni una sola vocal en contra de Vicente, se me ocurrió que no era del todo imposible que quizá pudiese tenerle algo de miedo o mínimamente algo respeto ya que era algo así como su jefe)-, simplemente se debe a que no estoy trabajando.

- Eso quiere decir que cuando vas tras un alma, también puedes ser insoportable.

Lucas se rió.

- Mis clientes no suelen quejarse.

- No voy a preguntarte por qué no.

- Lo bien que haces.

Lucas no tenía los caballerescos buenos modos de Vicente, tampoco sus cosas más molestas, a simple vista parecía un muchacho completa y absolutamente normal; divertido, relajado.

- Tienes un departamento muy bonito- comentó en cuanto cerré la puerta y encendí las luces.

- Gracias. ¿De veras te gusta?

- Sí, creo que te representa bastante bien- paseó su mirada por el living- si, definitivamente tiene tu personalidad.

- ¿Abarrotada, llena de cosas viejas y algo necesitada de limpieza y una buena mano de pintura?

Lucas se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y arqueado la espalda se encogió de hombros. Sin contestarme, desvió la vista hacia el pasillo que daba a la habitación y al baño.

Yo seguí su mirada sin detectar nada anormal allí.

- ¿Puedo servirte algo de beber? Sé que ustedes no necesitan ni comer ni beber pero la otra noche me dio la impresión de que... -abrí la puerta de la heladera- no tengo nada más fuerte que cerveza.

- Cerveza está bien entonces.

Saqué dos botellitas Guinness y le tendí una.

- Elección poco común para una mujer.

- Quizá yo sea un bicho raro, después de todo parece que atraigo a los demonios.

- Sí, claro, tú eres el bicho raro- exclamó con sorna-. Brindemos por eso.

Chocamos nuestras botellas y nos sentamos en los sillones alrededor de la mesa baja. No sé porqué en ningún momento se me ocurrió pensar que Lucas podía estar mintiéndome, que realmente Vicente podía haberlo mandado a tantear el terreno, a vigilarme por lo que durase su ausencia, ni se me pasó por la cabeza, el muchacho me parecía demasiado transparente.

- Bien, entonces, a qué debo tu visita- pregunté despatarrándome sobre la vieja poltrona verde-, no me mal interpretes, no es que te esté echando ni que me moleste tu presencia.

- Sé que no te molesta que esté aquí.

- ¿Lo viste en mi mente?

- No, nada de eso, más bien lo vi en tus emociones. De vez en cuando, y para variar, es agradable sentir que uno no está de más en un lugar, ni que tampoco molesta, incluso que puede llegar a considerarse bienvenido.

- No, no me molestas.

- No, de hecho, arriesgaría a asegurar que te agrada que esté aquí.

- Sí, así es, eres bienvenido siempre y cuando tú también no intentes comprar mi alma. - La verdad es que no tenía ganas de estar sola- dije bajando la vista hacia el pico de mi botella, la cual me llevé luego a la boca y bebí un trago.

- Nada de eso- hizo una pausa-.Yo tampoco tenía ganas de estar solo, además tenía ganas de conversar contigo, la otra noche fue un tanto... me quedé con ganas de más, es decir, estuvimos hablando y eso fue...- soltó aire por la nariz haciendo un amago de sonrisa-, pasó mucho desde la última vez que pude hablar así con alguien que no...

- Que no fuese uno de los tuyos- aventuré yo sin saber muy bien porqué.

- Exacto- convino él alzando su botella.

Desde que lo vi bajar del auto tenía ganas de preguntarle si había conseguido avanzar en algo con mi pedido, no me atrevía a hacerlo, no quería que pensara que lo dejaba entrar en mi casa, beberse mi cerveza y sentarse conmigo en mi living a modo de una especie de soborno por su favor.

- Vicente me dio un ultimátum- solté, no se me ocurrió un modo más cortés o con más tacto, para sacar el tema a colación.

- Me imaginé que algo así pasaba- inspiró hondo y soltó un suspiro.

- ¿Por qué?

- La otra noche, cuando viniste a casa... recuerdas a esas personas que estaban

reunidas con Vicente cuando yo te llevé hasta él.

¿Cómo olvidarlas, las veía cada noche en mis pesadillas?

Contesté que sí con la cabeza.

- Vicente se enojó- dije con voz temblorosa.

- Sí, se enojó, cuando está con ellos no le gusta que lo interrumpan.

- ¿Ellos?-

- Demonios de rango superior, son otros demonios del nivel de Vicente. Por suerte que no nos visitan muy seguido. Cada vez que lo hacen...- se movió incomodo y no a porque el sillón no fuese confortable, su incomodidad no era física-, se me ponen los pelos de punta.

- ¿Por qué?

- No tiene sentido que te lo cuente, solamente lograría asustarte más y tú ya tienes suficiente de qué preocuparte. Ellos no se te acercarán, no si podemos evitarlo, es más, estoy seguro de que Vicente dejó las cosas bien en claro la otra noche.

Despegué la espalda del respaldo de la poltrona.

- ¡Espera, espera! ¿De qué hablas?

- Lo lamento, creo que no voy a poder ayudarte-. Dijo Lucas dejando la botella de cerveza sobre la mesa.

- ¡¿Qué?!

- Que no voy a poder ayudarte con Vicente, si él te puso un ultimátum es porque...

- ¡No puedes abandonarme!

- Eliza esto se demoró mucho y...

- ¿Qué fue lo que se demoró mucho?

- Tu decisión, sé que le dijiste que le darías una respuesta... ya es tarde, eres como un ladrón arrepentido que pretende escapar de la casa a la que ha entrado a robar, después de que se haya activado la alarma, la policía ya está detrás de ti. Yo ya no puedo hacer nada por ti más que ayudarte a hacer una buena elección. Lo lamento. Está completa y absolutamente fuera de mis manos. Si intento ayudarte pondré en riesgo...- esta vez se interrumpió solo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez.

Lucas se levantó del sillón y se sentó sobre la mesita, justo en frente de mí.

- Nunca antes fui testigo de nada semejante, no tengo mucha experiencia pero déjame decirte que lo que he vivido hasta ahora es suficiente para darme cuenta de que esto es lo más grande y fuera de control que puedas imaginar.

- ¿De qué hablas?

- No puedo contártelo, simplemente no debo, es demasiado peligroso.
- Entonces tienes que ayudarme a idear un modo de engañarlo. Le dije que le daría una respuesta si él prometía darme su palabra de que me daría exactamente aquello que yo le pidiera... eso lo hice porque guardaba la esperanza de encontrar algo que él no pudiese darme, de modo que se viese obligado a irse con las manos vacías dejándome finalmente en paz- largué de sopetón, sin respirar, dando rienda suelta a mi lengua y a mis emociones que tenía atragantadas en la garganta desde hacía rato.

Lucas posó sus manos sobre las mías, rodeando la botella de cerveza.

- ¿Pretendías engañarlo?- preguntó en voz baja, sonriendo con los ojos pero procurando mantener la compostura-. ¿Quieres engañar a un demonio?

- Vicente me dio su palabra de que me daría exactamente lo que le pidiese.

- ¿Y tú crees que si él no puede darte aquello que le pides, se vea en la obligación de dar media vuelta e irse sin tu alma sin intentar nada más?

Asentí con la cabeza. Esas palabras, en su boca se me antojaron absurdamente ridículas, evidentemente mi plan era rematadamente estúpido.

- Dudo que haya algo que él no pueda darte, pero es un buen plan-. Me sonrió-. Será arriesgado- dijo, creo que se lo decía a sí mismo, ya que no me miró al pronunciar esas palabras-. No estoy seguro que de resultado, supongo que es posible que tengamos al menos una ínfima oportunidad de lograrlo.

Si para él existía una ínfima esperanza de que lográsemos para mí era más que suficiente tranquilizarme un poco.

- ¿De veras?

- Puede ser.

No cabía en mí misma de la felicidad, deshice mis manos de las suyas y lo abrasé por el cuello derramando parte de la cerveza en el piso. Se quedó rígido igual que una tabla entre mi cuerpo pero luego reaccionó y me dio unas diplomáticas palmaditas en la espalda y con delicadeza me apartó.

- Tenemos que pensar en algo- me conminó.

- Sí.

- No va a ser sencillo, tenemos que encontrar algo que de modo ninguno, él pueda darte. Algo imposible, algo realmente imposible- remarcó-, pero que realmente tenga un significado para ti, ¿lo entiendes?

- Sí.

- No puede ser algo material.

No entendía porqué no podía serlo, no es que yo deseara riqueza ni nada por el estilo y pedir ser dueña de medio mundo se me antojaba un tanto ridículo,

no sé si él podría darme tal cosa o no a cambio, pero me pareció que debía ser algo más complicado y menos vano que eso lo que lo obligase a marcharse sin nada.

- Tenemos que pensar que...- Lucas se detuvo y me miró fijo.

- ¿Qué, se te ocurrió algo?- inquirí angustiada. Necesitaba una respuesta, no quería pasar otra noche penando entre demonios mudos de miradas perforantes.

- No estoy seguro- la inflexión de su voz sufrió un cambio rotundo.

- ¿Qué es?

- Déjame meditarlo un poco.

Me dio la impresión de que algo andaba mal. Trataba de no pensar en ello pero me incomodaba la latente posibilidad de que Lucas pudiese leer algo en mi mente, ese algo que me inquietaba era puntual y que tenía que ver con Vicente. Le rogué a Dios que no lo hubiese visto, yo intentaba no pensar en Vicente de ese modo delante de él.

Lucas se levantó de la mesa.

- Quédate tranquila, encontraremos el modo de sacarte de ésta.

Me levanté tras él. - ¿Por qué continuas ayudándome, no es peligroso para ti?

Lucas se hincó de hombros.

- ¿Qué significa eso?- le reclamé.

- Ya te lo dije, me caes bien.

Nos miramos a los ojos un instante.

- No sé cómo voy a pagarte esto que haces por mí.

- Entrégame tu alma- exclamó sonriendo-. ¡Es broma, es broma!- se defendió antes de que yo le lanzara la botella de cerveza por la cabeza.

- No, de verdad que no sé cómo voy a pagarte; de en lo que dé, este plan... estaré eternamente agradecida.

- Bueno, no me vendría mal un esclava sometida a mí de por vida.

- Sí, me lo imagino.

Lucas se pasó la mano por la nuca otra vez.

- Oye, tengo que irme; te prometo que pensaré en esto, ¿sí?

Asentí con la cabeza.

- Piensa en qué puedes pedirle, no te limites a lo racional...

- No te preocupes, últimamente lo racional no es mi especialidad.

Se rió.

- Como sea, no importa por más tonto que parezca, has una lista de todo aquello que se te ocurra. Sé sincera contigo misma y no descartes nada.

¿Una lista?, si no se me ocurría ni una sola cosa, es más, sufría de un vacío mental.

- Te veré mañana en cuanto pueda liberarme-. Dijo enfilando en dirección a la puerta.

- Genial.

- ¿Te molesta si voy a tu trabajo?, es que no estoy seguro de poder regresar aquí.

- ¿Y eso por qué?

- Es largo de explicar- contestó arrugando la frente. Me sonrió y sin más abrió la puerta a la cual yo ya había pasado llave.

Revoleé los ojos.

- Sí, claro, me imagino-. Me molestaba horrores que se negara a aclararme un poco el panorama.

- Hasta mañana, entonces.

- Hasta mañana y gracias.

Alzó una mano y me saludó con cierta timidez.

- No hace falta que bajes a abrirme la puerta.

- Sí, ya sé.

Soltó una carcajada al tiempo que miraba la puerta abierta que sostenía por la manija.

- Sí, por supuesto-. Salió al pasillo-. Nos vemos.

- Nos vemos-. Yo también lo saludé con la mano. De repente me dieron ganas de pedirle que no se fuera, que se quedara conmigo un rato más, su presencia me hacía bien.

Evidentemente él también se arrepintió de despedirse, ya que dio un paso adelante. - Una cosa más- me dijo abriendo la puerta otra vez.

- ¿Qué?-. Se me escapó demasiado sentimiento en la pregunta pero no sé si él lo notó.

- Cuídate.

- Que me cuide. ¿De qué debo cuidarme exactamente?

- Simplemente estate atenta de lo que te rodea y si llegara a sucederte algo extraño...- apretó los labios-, ¡no me hagas caso!, todo va a estar bien-. Retrocedió de espaldas-. Adiós.

- Adiós.

...

Hacía frío y no llevaba puesta más que unos jeans, una remera de mangas cortas y unas sandalias bajas. Las ventanas del lateral de la casa estaban a oscuras igual que durante aquella noche, y el resto de la propiedad también parecía cubierta de una negrura insondable. Así a simple vista, la hubiese juzgado vacía, desierta, sin embargo tenía la certeza de que había alguien dentro, podía sentir su presencia igual que un corazón palpitante.

Me abrasé a mí misma para procurar entrar en calor mientras caminaba por el jardín a oscuras, avanzando sobre el camino de cemento que terminaba más adelante, en el garaje cuya puerta apenas si podía divisar debido a lo cerrado de la noche y a la falta completa y absoluta de iluminación artificial.

El pasar frío me hizo añorar el calor anormal de la piel de Vicente; deseaba tener uno de sus brazos rodeando mi espalda, sin embargo él no estaba allí y no me atrevía a llamarlo a viva voz por miedo a despertar algo que luego no pudiese detener.

Continué avanzando. Los dientes me castañeteaban y temblaba de pies a cabeza.

No sé qué era lo que buscaba, en cuanto llegué a la puerta de la cocina a oscuras me di cuenta de que no lo encontraría allí. Estaba obligada a entrar si quería encontrarlo, pero me aterraba atravesar la puerta.

Llamé su nombre en voz muy baja. Sabía que no podría oírme y no me quedaba más que esperar que presintiese mi presencia. Vicente no acudió. Yo no entendía por qué razón no venía hasta mí, sabía que él estaba dentro. ¿Es que pretendía obligarme a entrar? Lo llamé una vez más, nada cambió.

Apreté la mandíbula en un intento de contener mis temblores y empuje la puerta. Fue agradable sentir el tibio aire que emanaba de la casa; resultaba tan tentador entrar que no me pude resistir, me congelaba afuera, y si Vicente no venía a mí, iría hasta él.

La puerta de la cocina se cerró detrás de mi espalda con un ruido de succión, igual que una gran boca que se cerraba para engullirme entera sin necesidad de lastimarme. Y allí estaba la larga mesa de aspecto medieval -tan larga como podía serlo una lengua que le hiciese justicia a aquella boca-, y sobre ésta, una botella de vino que en la oscuridad se veía negro y dos copas ya servidas. Me acerqué a la mesa y tomé la botella, era una de las primeras que Vicente había comprado en el local.

Un llamado inaudible me hizo atravesar una de las puertas vaivén en dirección al pulcro y blanco living. Como si fuese un camino previamente delimitado, seguí los pasos que junto a Lucas había dado aquella primera noche en la casa, sólo que ahora, aquel espacioso ambiente estaba vacío. Al frío exterior lo reemplazó uno que se instaló en mi pecho, mucho más insoportable y condensado, como si me hubiese tragado un enorme pedazo de hielo seco.

Seguí caminando pese a que tenía miedo y ya no llamé su nombre, intuía que no había necesidad, tenía la certeza de que él sabía que yo estaba. Sospechar que quizá no quisiese verme me empujaba a ir tras él con más desesperación,

simplemente no comprendía la razón de su desprecio. ¿Cómo podía hacerme eso si yo me moría de dolor por él? Sin duda no comprendía con cuanta desesperación lo precisaba, me hacía falta para estar en paz, para continuar viviendo, para poder respirar, para poder mantenerme en una sola pieza.

- ¡Te daré mi alma!- grité a todo pulmón sintiéndome rematadamente patética. No creí que alguien pudiese obsesionarme al punto de disponerme a entregar todo por él.

Mis mecanismos de autodefensa y supervivencia ya no existían, estaba dispuesta a tirarme al agua helada para salvarlo a él aunque no supiera nadar, estaba dispuesta a entregare mi alma a sabiendas de que pasaría el resto de la eternidad sufriendo en el Infierno.

Abrí la puerta que tenía delante luego de atravesar el segundo living, el que era más acogedor y ahí sí, entré en la cuna de todos los demonios.

El espacio gobernado por la chimenea ardía con llamas tan altas que lamían el techo. Llamas de un rojo intenso desprendían un calor insoportable, sin embargo me dispuse a atravesarlas, algo me decía que Vicente se hallaba al otro lado y necesitaba verlo, tenía que verlo. Di un paso al frente y me interné en éstas. Solté aullidos de dolor. Las llamas no me quemaban no dejaban huella sobre mi piel, igualmente ardían sobre mi piel de un modo espeluznante. No podía respirar, si lo hacía el calor se me metía en los pulmones. Los ojos me lloraban y creí que iba a caerme de rodillas de un momento al otro, temí no poder alcanzar el otro lado de la sala, allí a donde lo había visto con los otros. Tambaleante y dolorida, logré dar el último paso.

El dolor y las llamas desaparecieron. Parpadeé varias veces, no lograba ver nada, temía haberme quemado los ojos, no era así, mis ojos estaban bien, mi vista se despejó en cuanto me los refregué, las lágrimas me corrieron por la piel lentamente. Todo estaba en calma, me encontraba yo en lo más alto de la sala. Bajé el mentón, mis ojos se dirigieron solos hasta Vicente. No se movía, no parpadeaba, es más, creo que ni siquiera respiraba, su pecho permanecía muy quieto, al igual que el resto de su cuerpo. Temiendo por él, bajé los escalones a toda velocidad, me detuve antes de llegar a lo más profundo, tenía la impresión de haber caído dentro de una trampa.

- Eliza.

Mi nombre no brotó de sus labios. Esa no era su voz. Alarmada, alcé la cabeza y los vi, ellos estaban allí, contemplándonos a ambos desde el borde superior. Solté un grito. Ellos simplemente me sonrieron.

Empapada en sudor, me desperté gritando. Todavía confusa y desorientada

salté de la cama y en cuanto abrí los ojos los vi: ellos estaban allí, habían traspasado la barrera de mis sueños y ahora me rodeaban. Solté otro grito, iba a morir y no tenía forma de escapar.

El despertador sonó y me caí de rodillas. Me golpeé la cabeza contra la cama y me doble una muñeca al chocar contra el suelo. Agarrándome la frente para contener la sangre que emanaba tibia del corte junto al crecimiento del cabello, levanté la cabeza, estaba sola en mi habitación, era de mañana y el despertador no dejaba de sonar.

...

- ¡¿Qué te pasó en la cabeza?!

Supuse que la cara de pánico de Susana en gran parte se debía al burdo vendaje, que con poca maña y mucho dolor, me había hecho yo misma para evitar tener que ir al hospital. Estiró una mano para tocarme la cabeza, yo me aparté.

- Me goleé con la cama; estoy bien, no es tan malo como parece- añadí al ver la cara que ponía.

- ¿Estás segura? ¿No deberías ver un medico?

- No te preocupes, mi torpeza no tiene cura- contesté con una sonrisa forzada e inmediatamente me puse a la labor de abrir los candados de la persiana para poder ingresar al local.

- Hablo en serio- se llevó las manos a la cintura, su anillo de compromiso, delicado y simple, refulgió ante el sol de la mañana, al verlo, aparté la cara, estaba feliz por ella pero esa simple pieza de joyería que sin duda ocupaba ese espacio desde hacía no más de un día o dos, me provocaba una incomodidad únicamente comparable con la picazón y el ardor que me perforaba la frente y el recuerdo de lo que me llevo a provocarme el corte. Entendía que no emitir opinión sobre éste, o siquiera mencionarlo era algo egoísta y desconsiderado, por otro lado, iniciar una conversación sobre éste, se me antojaba todavía mucho peor que la que manteníamos-. ¿No tuviste mareos?- siguió diciendo salvando el enorme y alevoso vacío que dejé.

Alcé el rostro de forma tan brusca para mirarla -ya que yo estaba de cuclillas en el suelo para quitar el último candado- que casi me desnucó. - ¡¿Por qué me preguntas eso?!- exploté yo exaltada sin saber a dónde quería llegar.

- No viste que siempre que alguien se golpea la cabeza le preguntan si no ha sufrido mareos, es para verificar que no sufrieras ningún daño interno- explicó

ella dejando atrás la incomodidad; volvía a ser la misma de siempre.

Yo ya estaba dañada por dentro mucho más de lo que ningún golpe pudiese conseguir.

- Nada de mareos-. Busqué la llave correcta y abrí la puerta.

- Aún así creo que deberías ir a un hospital, es posible que necesites puntos.

Negué con la cabeza-. No es para tanto.

De repente Susana me perforó con la mirada. - ¡¿Qué tienes en la muñeca?!

Sin duda había visto el horrible moretón morado producto del golpe.

- ¿Te la rompiste? ¿Pero qué es lo que estuviste haciendo?

- Caminando dormida creo... eso me parece que es lo que he estado haciendo...- dije en un suspiro.

- No sabía que fueses sonámbula.

- No lo soy... -me encogí de hombros- al menos creo que no lo soy, supongo que simplemente fue un caso aislado-. Entré y ella me siguió-. Estoy cansada y creo que no me di cuenta de lo que hacía, me levanté, tropecé, me di la cabeza contra la cama; me torcí la muñeca al caer al piso.

- ¡Eliza... estas cosas te pasan únicamente a ti!

- Sí, ya lo sé- murmuré por lo bajo apretando el botón que levantaba las persianas-. Estas cosas me pasan solamente a mí.

Sin decirnos nada más, pusimos manos a la obra en las ocupaciones habituales de cada día, ya era tarde y debíamos tener todo listo para la hora de apertura. La verdad es que comprendía que la prisa no tenía fundamento alguno, los meses de enero y febrero eran -casi indefectiblemente- una angustiada causa de aburrimiento, fastidio y tedio laboral. Las vacaciones de verano alejaban a la mayor parte de nuestros clientes más grandes, por lo que las ventas bajaban considerablemente, así también, nuestros quehaceres. Durante estos dos meses pasábamos el tiempo escuchando música, conversando y atendiendo algún que otro turista que quería llevarse de recuerdo algún buen vino argentino. Anteriormente, para mí, esta época del año era una verdadera bendición, ahora no sabía cómo tomarla: por un lado agradecía poder contar con el tiempo suficiente para poder pensar en aquel imposible que pudiese pedirle a Vicente a cambio de mi alma, al mismo tiempo, me resultaba exasperante tener tiempo de sobra para comprender que lo más probable es que no hallara tal cosa ni en mil años, y menos que menos, de aquí a mañana, y debo admitir, que tampoco me hacía ninguna gracia tener a Susana tan pendiente de cada uno de mis movimientos.

Era media mañana, todavía no habíamos recibido ni a un solo cliente. Matías

subió el volumen de la música y continuó pasándole un paño a las botellas de whisky importado que estaban a mi izquierda. Susana acomodaba en una gran mesa, los productos navideños que a partir de este día, entrarían en oferta, por mi parte, yo supuestamente controlaba las facturas de los proveedores; en realidad no le prestaba atención a los números, debajo de las notas de crédito, de los recibos y demás comprobantes, tenía una hoja, con una corta lista, una lista ridícula que contenía nada más que tres ítems.

Con un rápido vistazo comprobé que Susana y Matías continuaran en lo suyo y luego, puse la hoja con la lista por delante de los demás papeles y la leí mentalmente.

- “Devolverme a mi abuela”- esto primero me parecía la cosa más absurda del universo, sabía que él ni lo tomaría en consideración, resucitar a una persona que llevaba casi diez años enterrada no era algo que yo creyera que un demonio y cualquier otra criatura pudiese lograr, a todas luces Vicente no tomaría esto como un pedido real, pero yo siguiendo la recomendación de Lucas, había tomado nota hasta de lo más absurdo; lo segundo en la lista no se oía mucho mejor:- “borrar a Cristian de mi mente y mi corazón”.

Este pedido me inspiraba algo de recelos y un poco de miedo también. Mi idea era pedirle algo así como volver el tiempo atrás, si se miraba el pedido desde ese punto de vista, era algo imposible, pero si él lo malinterpretaba y decidía borrar a Cristian de un modo diferente podía conllevar serios riesgos para él y no me agradaba ni un poco la idea de ser al causante de la muerte de mi ex novio.

El tercer perdido era algo que ni me atrevía a repetirme a mí misma, algo que me ponía los pelos de punta, que me daba puntadas en el pecho. Algo que tampoco estaba muy segura de querer y por lo tanto, tenía dudas de que pudiese funcionar. Lucas me había dicho que lo que pidiera debía ser algo que deseara con toda el alma y no estaba muy convencida de hacerlo. No, sin duda no quería aquello para mí, era estúpido, infantil, incoherente y rematadamente digno de la persona más inconsciente y delirante del universo. Con furia, taché la última línea, no quería que quedara rastros de aquellas palabras. El odio que competía contra ese otro sentimiento quedó plasmado en rabiosos rayones de tinta azul provenientes de la punta de la lapicera, que a los pocos segundos perforó el grueso papel blanco.

Frustrada, apreté el papel en un puño arrancándolo del espiral que mantenía unido el block de hojas, y hecho un bollo, lo arrojé a la basura. Hubiese preferido también poder prenderle fuego, para así eliminar todo rastro de

evidencia.

Todavía contemplaba el bollo de papel, esperando que por algún milagro se incinerara o desapareciera, cuando el teléfono sonó. Di un respingo y sin aliento, atendí.

- ¿Puedes salir ahora?

- ¿Lucas?- pregunté en voz muy baja poniendo una mano sobre mis labios para evitar cualquier fuga de sonido.

- Sí, soy yo. Estoy a dos cuadras de tu trabajo, en un bar que hay en la esquina frente a la plaza. ¿Puedes venir?, tenemos que hablar.

Noté urgencia en su voz.

Miré la hora en mi reloj, era poco más del medio día.

- Creo que sí.

- Tienes que poder, yo no puedo ir allí.

- Nos vemos en quince minutos, ¿te parece bien?

El ruido de un automóvil se coló por su celular, la señal soltó todo tipo de chirridos. Pensé que se había cortado la comunicación.

- ¿Lucas?- mi voz salió estrangulada.

- Sí, estoy aquí. Óyeme- interferencia otra vez-, tiene que ser antes- otro corte, sonaba como si alguien estuviese friendo algo en la línea-, no puedo esperar, tienes que salir ahora.

- Pero...

- ¡Ven ya!

- ¿Estás bien? ¿Ha sucedido algo?- La comunicación se cortó y el corazón empezó a darme de patadas contra el pecho, tal si quisiese romper mis costillas para liberarse de su prisión. Abrí el cajón del mostrador, arrojé todos los papeles dentro barriéndolos con el brazo, manoteé mi cartera de debajo y salí prácticamente corriendo.

- Voy a buscar el almuerzo- exclamé intentando sonreír- vuelvo en quince minutos.

Matías asomó la cabeza por encima de las góndolas, supongo que su intención era encargarme aquello que tenía ganas de comer; no le di tiempo a nada, es más, siquiera hice caso de las preguntas de Susana. Cerré la puerta de un golpe detrás de mí, el carillón sonó estridentemente. En cuanto supe que ya no podían verme, me eché a correr por la calle en dirección al bar desde el que Lucas me había llamado.

Iba tan fuera de mí, que al cruzar la primera calle casi me atropella un automóvil. Haciendo caso omiso de los insultos del conductor, y de las

bocinas que sonaban enardecidas en mi contra y en contra del conductor que se detuvo para no pisarme, seguí corriendo. No sé de qué tenía tanto miedo; una gran culpa se cernía sobre mí, semejante a una pesada capa, una vez más temía haber puesto a Lucas en peligro y lo más grave de todo era que Lucas no era sólo Lucas para mí, sin darme cuenta, el joven muchacho se había convertido en mi amigo, en mi único cabo de salvación en un ecosistema completamente desconocido y oscuro.

Chorros de sangre golpeteaban en mis oídos. Otro semáforo me atrapó en la siguiente esquina. Sí antes atravesé la calle desobedeciendo las señales de tránsito, ahora no podía hacerlo, lo que tenía delante era una transitada avenida por la cual no dejaban de pasar automóviles, colectivos, taxis y motos. Parada entre la multitud que esperaba para cruzar me puse terriblemente ansiosa, tanto que no me estaba quieta. La preocupación me carcomía por dentro y lo peor de todo es que tenía la impresión de que me extralimitaba, ¿por qué no lograba controlarme?, en mi cerebro no entraban razones, ni siquiera las que afirmaban a gritos que me preocupaba absurdamente por un demonio, un demonio que de ocupar el lugar de Vicente no se habría molestado en intentar impedir que mi alma fuese a caer en manos del Diablo.

Cuando finalmente el semáforo se puso en verde para los peatones salí disparada cual cohete por entre la gente, di unos cuantos pisotones y empujones -sin querer, por supuesto-. Pedí disculpas a nadie en particular y me separé del grupo. La herida de la frente comenzó a latir, sentía la sangre acumulándose allí, provocando una extraña presión. Tenía la sensación de que se me iba a escapar el cerebro por el corte y el corazón por la boca si no veía a Lucas en este instante. Atravesé la plaza a toda velocidad; la gente que almorzaba allí tranquilamente, sobre el césped y en los bancos de piedra, interrumpió su comida para echarle un vistazo a la desquiciada que pasó a toda velocidad igual que si la persiguiese un asesino imaginario, invisible. Sin que me importase lo que pudiesen pensar de mi, apreté el paso todavía más, luego de traspasar el aérea de juegos en la que se divertían un par de niños; los zapatos se me llenaron de arena.

Al dejé atrás los arbustos que dividían el verde interior de la plaza del concreto de los edificios de la calle de enfrente, divisé el pintoresco café en el que me citara con Lucas; no lo vi; demasiada gente andaban por la calle y las mesas dispuesta en la vereda se hallaban tan concurridas que resultaba en extremo difícil reconocer a alguien entre todo ese gentío camuflado con

anteojos de sol y actitudes despreocupadas.

El tercer semáforo no me retuvo, todo lo contrario, crucé con la luz en amarillo por lo que me apuré para que los automóviles que rugían detrás de la senda peatonal no me aplastaran. Jadeando, llegué a la esquina. Estaba tan nerviosa que empecé a deambular por entre las mesas sin encontrarlo con lo cual me granjeé unas cuantas miradas curiosas y otras tantas un tanto maliciosas.

Me quedé sin aliento al imaginar que llegaba demasiado tarde para... para... no sabía exactamente para qué, ¿es que yo hubiese pedido hacer algo por ayudarlo, si es que para eso me necesitaba? No se me ocurría qué podía haberle sucedido, así y todo me sentía responsable.

- ¿Puedo ayudarla en algo? ¿Quiere una mesa?

Me di vuelta con tal brusquedad que la cartera que colgaba de mi hombro describió un círculo perfecto a mi alrededor, arrastrando a su paso, las dos diminutas taza de café, los dos vasos de agua, la jarra de jugo de naranja y la medialuna de grasa con jamón y queso, que el mozo llevaba sobre la bandeja.

La vajilla no se cayó de la bandeja gracias a la pericia con la que el hombre manejaba su elemento de trabajo, pero de los bordes del círculo de metal se precipitó una cascada de color marrón claro que mojó mis zapatos, el delantal del mozo y salpicó la cartera de la mujer a mi izquierda, la cual se encontraba en una de las mesas acompañada por dos mujeres más.

- Lo siento mucho.

La mujer empezó a chillar molesta pese a que había sido la menos perjudicada de los tres.

El mozo me sonrió.

- No se preocupe, señorita, ha sido mi culpa. ¿La asusté, no es cierto?- me dijo ignorando por completo las quejas de la mujer que reclamaba por su cartera mientras la secaba con las servilletas de papel que había sobre la mesa. Sus amigas se sumaron a sus refunfuños armando un alboroto descomunal que por supuesto atrajo la atención de todos los clientes y de los que pasaban caminando.

Me quedé de una pieza, esperaba que el hombre se pusiera a gritarme para remarcarme mi torpeza, debo reconocer que hubiese sido lo más lógico. Me quedé muda de la sorpresa, sobretodo porque desconfiaba de la forma en que me miraba, sus ojos parecían ir más allá de los míos, parecían querer penetrar en mi mente y eso me recordó porqué estaba yo allí.

- ¡Eliza!

Su voz reblandeció mis articulaciones.

-¡Lucas!- proferí con una mezcla de gratitud y sorpresa.

Lucas apareció por detrás del mozo.

-¿Te encuentras bien?- me preguntó mirando por turnos, a la quejosa mujer, al mozo y a mí sin dejar de sonreír.

- Sí, creo que sí- balbuceé confusa, él se veía demasiado bien, demasiado relajado y alegre y esa imagen no condecía con las ideas que se formaran en mi cerebro de camino aquí-. ¿Tú estás...?- no pude terminar la pregunta. Lucas me miró alzando una ceja, no daba la impresión de captar mi preocupación y mucho menos de comprenderla.

- Estaba sentado, allí- completó él malinterpretando mi frase. Apuntó con el dedo una mesa vacía a tres pasos de dónde nos encontrábamos.

Me quedé con la boca abierta.

- Puede cargar eso a mi cuenta- le dijo al mozo.

- No, no hace falta- contestó éste.

- ¡¿Qué hay de mi cartera?!- berreó la mujer gesticulando como loca. Por primera vez hasta ahora me fijé en ella realmente, llevaba el pelo de un rubio extremadamente claro tal es así que casi parecía plateado, estaba maquillada en exceso con colores que se debían haber estado de moda cuando ella era joven, y por sus labios de apariencia ensangrentada asomaban unos dientes manchados de carmín. Sus ojos eran de un celeste pálido, acuoso y estaban amarillentos.

- ¿Se arruinó su cartera, señora?- le preguntó Lucas acercándose a ella al instante de que el mozo se alejara de regreso al interior del café con su bandeja todavía anegada en la mezcla de líquidos sobre la que flotaba la medialuna.

Los quejidos cesaron de inmediato.

Lucas se dirigió a ella solícito, usando un tono por demás empalagoso. Le dedicó a las tres mujeres, una de esas irresistibles sonrisas suyas, una que no tenía absolutamente nada que envidiarle a las de Vicente. Sus ojos negros brillaron con intensidad. Las tres mujeres no pudieron resistirse a los exacerbados encantos del muchacho. Debo admitir que presenciar esa imagen resultó tan hipnótico y perturbador como ser testigo de las aptitudes de un encantador de serpientes.

- Cuanto lo lamento- se disculpó cuando la mujer le enseñó el par de servilletas apenas machadas del líquido oscuro-. Mi amiga aquí presente también lo lamenta mucho- hizo un gesto y yo di un paso al frente para asentir

compungida pero la mujer perjudicada por mi torpeza, me lanzó una mirada de odio, sin duda yo no causaba el mismo efecto que Lucas.

- Lo lamento mucho- entoné en un intento de ponerme a la par de mi acompañante, eso empeoró todo, las dos escoltas de la mujer empezaron a rezongar en mi contra otra vez.

Lucas alzó las manos con la intención de calmar los ánimos. - Por favor, señoras- sonrió- no ha sido para tanto; por qué no me permiten que les invite un café.

Las tres mujeres volvieron a sonreír.

Lucas chasqueó los dedos, el mozo al que había atropellado se dio vuelta, estaba parado a unos metros de nosotros delante de una especie de aparador alto en el que había cubiertos, servilletas y manteles limpios.

- Tres cafés para las damas y cárguelos a mi cuenta.

El mozo asintió con la cabeza y partió rumbo al mostrador. Las mujeres soltaron sonrisitas tontas como si fuesen quinceañeras enamoradas y vergonzosas, lo cual resultaba impresionante y algo retorcido también, las mujeres tenían edad suficiente para ser abuelas de él sin embargo le coqueteaban.

- Fue un placer, señoras- les dedicó una pequeña reverencia con la cabeza-, que tengan buenas tardes.

- Sí, que tengan buenas tardes- dije intentando compensar mi mala reputación.

Las tres mujeres me dedicaron arpias miradas. Suerte para mí, que Lucas me tomó de un codo y me apartó de allí para arrastrarme hasta su mesa.

Con sumo cuidado avancé entre las sillas y mesas para no causar más estropicio. Lucas apartó la silla para que me sentara y casi inmediatamente alzó una mano y chasqueó los dedos para llamar al mozo.

- ¿Qué les hiciste a esas tres mujeres?- fue lo primero que solté, estaba sumamente impresionada. Giré la cabeza y les eché un vistazo, el mozo les servía los cafés cortesía de Lucas-. ¿Acaso las hipnotizaste o algo así? ¿Es un talento innato que posees?

Lucas sonrió ridiculizando mis teorías al tiempo que se ponía cómodo sobre su silla, procurando captar en su rostro, los rayos de sol que se filtraban entre las sombrillas.

- Tienes el poder de controlar la mente de otros además de poder leer...- no pude terminar la frase, el mozo llegó para preguntarnos si deseábamos ordenar. Fue entonces cuando caí en cuenta que Lucas había estado tomando café. Me pregunté cómo había estado tan relajado si se lo escuchaba tan tenso

por teléfono, yo podía haber sido responsable de todas las absurdas ideas que se me ocurrieran de camino aquí pero sin duda no había imaginado la premura con que me pidió que me encontrara con él en este lugar.

- ¿Qué puedo invitarte?- me preguntó en el mismo tono jovial de siempre, trepando otra vez por el respaldo.

La verdad es que no se me antojaba absolutamente nada.

- ¿Algo fresco... una gaseosa?

- Sí, cualquier cosa- contesté. Deseaba que el mozo nos dejara solos otra vez.

- Una coca-cola light, por favor- le pidió al mozo.

No pude pasar por alto la elección que Lucas hizo para mí, porque esa misma hubiese hecho yo.

- ¿Algo más para usted, señor?

- No, no gracias.

- Bien, enseguida regreso.

- Gracias- Lucas le sonrió y luego centró su atención en mí-. ¿Cómo estás, qué tal tu día?- preguntó poniendo cara de nada.

- ¿Perdón?

- ¿Qué?

- Te pregunté algo- le recordé.

Soltó aire por la nariz al tiempo que reía. - Sí, sí, sí- soltó otra vez sin darme una respuesta.

- ¿Y bien?

Lucas se quedó mirándome, estaba vez sin sonreír.

- No es nada...- contestó al darse cuenta de que yo no sedería hasta no obtener lo que demandaba-, es una tontería.

- ¿Una tontería?

- Es algo que básicamente todo el mundo puede hacer y no tiene nada que ver con- se detuvo en seco, supongo, después de percatarse de que las mesas contiguas y los clientes que las ocupaban hallaban riesgosamente cerca nuestro, sin duda hubiesen oído claramente lo que estaba a punto de decir- no tiene nada que ver con eso- explicó callando la palabra que no era aconsejable pronunciar en público sino quería llamar la atención o incluso, acusar un alboroto, ni que decir, ser tomado por loco-, simplemente he sido cortés y educado, eso es todo- finalizó remarcando lo pretendidamente ínfimo del suceso con un gesto de sus manos jóvenes y fuertes.

- No me vengas con eso, yo también intenté ser gentil con esas mujeres y de no ser por ti... si no las hubieses consentido con eso... sea lo que sea que hiciste,

me habrían arrancado los ojos. ¡No lo dudo!

Pretendió mostrarse sorprendido.

- Exageras- dijo desviando la mirada.

- Claro que no.

- Eliza- canturreó con la firme intención de hacerme desistir del tema.

Golpeé los apoyabrazos con las palmas.

- Está bien, no importa si no quieres contármelo... Ahora, vas a decirme para qué me hiciste venir, ¿dónde está el fuego?, ¿cuál era la prisa? ¿A qué se debe tanta urgencia y premura?, ¿sucede algo malo... algo a parte de lo obvio, me refiero?

- ¿Malo, porqué habría de suceder algo malo?

- ¿Es que no hablé contigo por teléfono o ya te olvidaste de que me llamaste? Me pediste que viniera a toda prisa y te oías preocupado, como si algo anduviese mal. ¿Le sucedió algo malo a Vicente?-. Lucas clavó sus ojos en mí, alzó una ceja y me escrutó con curiosidad; yo al instante deseé que la tierra me tragara. Procuré que el rubor no se extendiera demasiado por mis mejillas, no sé si lo logré, igual tampoco es que tuviese tanta importancia, si quería Lucas podía mirar dentro de mi mente y adivinarlo todo. ¡¿Por qué había preguntado aquello?!

Negó con la cabeza sin parpadear.

- No, todo está bien- contestó en voz baja desviando la vista en dirección al interior del café.

- ¿Entonces?- inquirí con voz entrecortada pretendiendo no darme cuenta de lo que acababa de decir-. Tu llamado me asustó, me preocupé cuando...

- Lamento haberte preocupado, no fue mi intención.

- Pero...

- Todo está bien- afirmó con tranquilidad interrumpiéndome.

- Me dijiste que debía venir...

- Sí, sé que lo hice-. Hizo una pausa-. Es que quería verte, eso es todo y te pedí que te apuraras porque no tengo mucho tiempo, Vicente regresará pronto.

Su respuesta resultó todavía más turbadora y preocupante que todas las delirantes hipótesis que se me ocurrieran de camino aquí.

En lo más profundo de mi corazón tenía la impresión de que había algo más, pero no podía dilucidar qué era aquello; simplemente no podía quedarme tranquila, la idea de relajarme resultaba remota, no sólo por lo que tenía delante, sino por todo lo otro que venía detrás de él.

- ¿Estás seguro de que eso es todo... que nada malo sucede?

Se llevó ambas manos al pecho y puso cara de dolor pretendiendo haber recibido una puñalada.

- ¿Es lo que parece?, ¿estás desmereciendo mis sentimientos?

Su respuesta apuñaló mi espalda. Todavía no había aprendido que en ocasiones es mejor no hacer preguntas ya que puedes terminar peor parado de lo que estás.

- Es... es... no... no... claro que no- balbuceé-. No fue mi intención.

Lucas entornó los parpados y sonrió.

- Entonces qué tal, cómo estás- sonrió y se inclinó sobre la mesa.

Me costaba y todavía continuaría costándome por mucho tiempo más, hacerme a la idea de poder conversar así sin más, de tú a tú, con un demonio de carne y hueso.

Me encogí de hombros.

- Bien, supongo.

- ¿Todo en orden?

- Todo donde siempre.

- ¿Ninguna novedad?

Negué con la cabeza.

- ¿Entonces a qué se debe eso y eso?- preguntó apuntando por turnos al corte de mi frente y al morado de mi muñeca.

- No es nada- mentí.

- La nada se ve muy diferente. ¿Qué te paso? ¿Has estado cuidándote tal cual te recomendé?

- ¡¿Qué se supone que significa eso?!- su tono de reto me molestó soberanamente. ¿Cómo debía cuidarme?

El rostro de Lucas se descompuso.

- Algo sucedió ¿no es así? Ese corte y ese golpe no son producto de la torpeza ni nada similar.

No pronuncie sonido.

- ¿Eliza? Tienes que contarme... debes decirme qué fue lo que pasó, porque algo pasó. No soy tonto. Dime.

- No, tú dime. ¿Qué debía haber pasado?

- No lo sé.

- Sí, sí que sabes. Anoche me pediste que me cuidara porque sabías que corría algún riesgo. - ¿Qué era lo que podía pasarme Lucas? Necesito que me des una respuesta porque yo no te puedo contestar.

Lucas apretó los labios.

- Estoy en inferioridad de condiciones tú sabes cosas que yo ni siquiera puedo imaginar y además puedes leer la mente de modo que habla de una vez, empieza a contarme aquello que debería saber o préstame un poco de tu poder para así poder ver lo que pasa por tu cabeza en este instante.

- ¡Que ocurrencias las tuyas!

- No me trates como si fuese una adolescente. Soy mayor que tú... al menos por lo que entiendo; los años que aparentas o tienes o lo que sea...- me enredé y eso le arrancó una sonrisa, evidentemente mi mente era incapaz de entender lo imposible-. Habla si no quieres que arme otro escándalo.

- Todo el mundo te mira.

- Me importa una mierda. Sabes qué fue lo que me pasó.

- Creo saberlo, sí.

- Entonces no me lo imaginé.

- No, pero no te preocupes.

- ¡¿Qué no me preocupe?!- chillé procurando no alzar demasiado la voz.

- No fue, de verdad. Todo estará bien.

- ¡¿Cómo?! Y por todos los santos deja de decir que no fue nada. Para ustedes todo parece ser rematadamente insignificante y eso me- apreté los dientes y los puños- me pone furiosa. Ellos estaban allí en mi cuarto o en mi mente, en mi sueño. ¡¿Por qué?! ¡¿Cómo?!

- Disculpa, no soy capaz de responder a esas preguntas. Todo esto está muy por encima de mí... me sobrepasa en todo sentido, ya te expliqué que...- se detuvo en cuanto lo fulminé con la mirada, odiaba que mencionara aquella presunta diferencia de rangos y jerarquías demoníacas entre Vicente y él-. Vicente me dijo que no tenemos de qué preocuparnos- soslayó delineado una línea recta en el aire y luego se dejó caer sobre el respaldo permitiendo que el sol le diera otra vez de lleno en la cara, su cabello relució más que un azabache extremadamente pulido, sus ojos se pusieron todavía más oscuros y su piel cobró un brillo perlado- y si él lo dice...

Oír su nombre provocó un estremecimiento que tomó cuenta de todo mi cuerpo, hasta entonces no había caído en cuenta cuanto deseaba volver a verlo después de casi dos días de ausencia. Ese deseo me preocupó.

- Él se quedó tranquilo creyendo que realmente le entregarás tu alma.

Lo odié por sacar el tema a colación, sin duda Vicente no demoraría mucho más en reaparecer para demandar lo que creía que ya tenía reservado a su nombre.

- ¿Qué voy a hacer?- me agarré la cabeza-. Estoy perdida.

- No, no estás perdida. Por eso estoy aquí.

La angustia empezó a acumularse en la garganta formando una bola que no permitía el paso ni de la saliva ni del aire.

- Eliza, tienes que prestarme atención.

Bajé las manos y alcé los ojos.

- Ellos sospechan de ti...

- Sospechan de mí- repetí atolondrada.

- Sí, creo que intuyen que tramas algo y no les gusta nada... es por eso que te vigilan y también vigilan a Vicente.

- ¿Vicente te mandó a decirme esto?

Lucas chasqueó la lengua, visiblemente molesto y luego se inclinó sobre la mesa.

- No, nada de eso. Vicente todavía está de viaje y además no tiene idea de que yo... de que tú y yo...

- ¿Cómo lo sabes?

- Primero porque siquiera se lo insinué y segundo porque...-ladeó la cabeza-, bien, hice lo indebido.

- ¿Leíste su pensamiento?

- Un poquito.

No me atreví a preguntar que tanto porque conocer la respuesta me haría sentir todavía más vulnerable a su poder.

- Te repito que Vicente ni se imagina que intento ayudarte y espero que nunca lo descubra o me arrancará la cabeza. Óyeme bien, solamente le dije lo que presentía que “ellos” desconfían de nosotros y de ti. Es por eso que te rondan, es por eso que estoy casi seguro, me rondan a mí y a Vicente. Te pedí que vinieras porque no quería que me vieses entrar en tu lugar de trabajo.

- Y qué diferencia hace que nos veamos aquí, si tenía a alguien custodiándome en mi trabajo sin duda me siguieron hasta aquí.

- No, no tienen tanta libertad de movimiento.

- Explícate.

- Cuando un demonio persigue un alma, cuando ese individuo le es adjudicado...

- ¿Adjudicado? ¿Qué soy yo, una suerte de premio?

- No, no quise decir eso, simplemente procuro ayudarte a comprender el modo en que funciona. El asunto es el siguiente, cuando te envían tras un alma nadie más pueden interferir, esa alma es tuya y ningún otro tiene derecho a intentar comprarla por ti y mucho menos a tratar de arrebatártela. Se supone que

ningún demonio puede meterse en terreno ajeno. Es más que nada para evitar problemas... luchas, enfrentamientos... dos demonios en una misma área pueden causar serios problemas, graves problemas y lo importante es siempre guardar las apariencias, luchar por un alma podía tornarse algo un tanto difícil de ocultar o disimular- en sus labios se dibujó una media sonrisa- podemos ser un tanto efusivos, reaccionarios, no sé si me explico.

- Creo que puedo hacerme una idea de a qué te refieres-. Si en verdad eran tan fuertes no me cabía duda de que podrían llegar a destrozar media ciudad, todavía recordaba vividamente el dolor que me causó la mano de Vicente apretujando la mía dentro de su puño de acero.

- En fin, el asunto es que ellos deben limitarse a observar desde cierta distancia y no pueden- negó con la cabeza- bajo ningún concepto, seguirte todo el tiempo.

- Entonces ellos están vigilándome porque intuyen que yo tramo algo para zafarme de Vicente.

- Exacto. Por eso y porque...

- Por eso y porque... ¿qué?

- ¡Nada! Desconfían de Vicente también, ya te lo dije, jamás le costó tanto hacerse de un alma.

- Sí, lo recuerdo.

- Eres difícil.

- Eso supongo. No creo que Vicente esté dispuesto a darme un día más para pensar en lo que deseo a cambio de mi alma y la verdad es que no se me ocurrido nada lo suficientemente imposible que pedirle.

- Contaba con que lo hubieses descubierto ya.

- Estoy en blanco, Lucas-. Admitirlo en voz alta me provocó un severo vacío en el estómago, un vacío que nada tenía que ver con el hambre.

El mozo llegó y en silencio, puso mi helada bebida sobre la mesa. Ambos asentimos con la cabeza a modo de agradecimiento y esperamos a que se retirase para continuar con la discusión.

- Hasta lo que yo sé y por lo que pude averiguar en estos días, jamás se ha permitido que un alma quede en las manos de los otros luego de que existiera un ofrecimiento formal de adquisición por parte del Infierno.

- ¿Qué? ¿De qué estamos hablando?- todo esto me sonaba ridículo-. ¿De qué “otros” me hablas?

- Me refiero al otro bando, nosotros los llamamos “los otros”.

- ¿El otro bando? ¿Te refieres al Cielo... a los ángeles?

- Sí, eso creo, nunca he visto ninguno de esos- admitió sacudiendo una mano- no sé, si existimos nosotros es posible que ellos también sean una realidad; ni modo- se encogió de hombros-, el asunto es que en teoría tu alma- frunció la nariz-, se supone que tu alma está destinada al Infierno.

Mis pulmones ardieron en busca del oxígeno que no lograba inspirar.

- Recapitulando- articule con suma dificultad- lo que dices es que no importa cuanto empeño ponga en intentar zafarme de Vicente, jamás quedaré libre. Si no le vendo mi alma a Vicente deberé vendérsela a alguien más, ¿es eso?

- Siempre hay una primera vez para todo- repuso él sonriendo sin despegar los labios.

El poco aliento que me quedaba se me escapó por la boca.

- No tengo escapatoria- musité sintiendo que me hundía cada vez más en la silla, tenía la impresión de que la tierra se abriría debajo de ésta para permitir que el hogar de los demonios, con sus ardientes llamas, me tragara así, integra y viva. El Diablo debía estar afilándose los dientes, preparando su tridente.

- Te prometo que te ayudaré a encontrar el modo de salir de esto, que “ellos” te estén rondando no es lo peor de todo. Vicente se puso como furioso por eso, es un insulto que manden a alguien a vigilarlo.

- Sí, me figuro cuan ofendido debe estar- solté en tono socarrón.

- Agradece que se ofendiera, el que a él le resulte molesto tener al alguien respirándole en la nuca te favorece a ti y solo a ti. Ayer no lo sabía pero hoy lo entendí, Vicente viajó para encontrarse con alguien, estoy seguro.

- ¿Con alguien?

- No sé exactamente con quién aunque tengo mis sospechas, sé que viajó para que ese alguien interceda por él ante “ellos”, para asegurarse de dejar en claro que todavía tiene la situación controlada. Si todo sale del modo que él espera, en unas horas, antes de su regreso incluso, los que te rondan desaparecerán del mapa y tendremos tiempo para ingeniar una solución.

- Incluso si dejan de rondarme, cómo se supone que voy a hacer para que Vicente me de más tiempo.

Lucas me miró torcido.

- No puedo ayudarte con eso, tienes que ingeniártelas por ti sola. Recuerda que Vicente no tiene ni idea de que tú y yo...

- ¿Vicente no puede adivinar tus pensamientos?

- No, no es tan perceptivo, y además yo puedo... bueno, cerrarme a otras mentes, lo cual resulta sumamente ventajoso-. Se inclinó sobre la mesa-. No tiene ni idea de que descubrí qué es lo que estuvo haciendo estos días, de

modo que te ruego seas cuidadosa con lo que le dices para intentar convencerlo, en ningún momento debes dejarle entrever que sabemos lo que pasa.

- Lo tienes todo calculado ¿no?

- No, no del todo, pero si somos cuidadosos...

- Lucas...-. Ante mi llamado me miró fijo a los ojos, creí ver en ellos algo terriblemente humano, sin duda sentía compasión por mi, compasión cuyo fundamento no me atrevía a adjudicar a una razón en particular y menos a un sentimiento-, gracias por todo... por ponerte en riesgo por mí.

- Ya te dije- sonrió-, me vendría bien una esclava de por vida, de modo que si buscas un modo de pagarme cuando lo logremos, ya sabes de qué modo puedes hacerlo-. Hizo una pausa-. Te veré mañana, sí.

- Si es que consigo hacer que Vicente me de más tiempo.

- Te lo dará y nos veremos mañana.

- ¿Por qué estás tan seguro de que así será?

Sonrió.

- Anda, vete o levantarás sospechas.

Me levanté de la silla dejando mi bebida intacta. Lo escruté procurando formarme una imagen que pudiese recordar cuando todo acabara esta noche. Sabía que no conseguiría una extensión a mi plazo y por tanto, intuía que esta era la última vez que veía a Lucas.

- Hasta mañana. Todo va a estar bien.

No pude decir más nada. Sin mirar atrás, me alejé con la impresión de que me despedía de una parte de mi alma y que ese trozo dejado atrás me tironeaba del vientre igual que un cordón umbilical invisible.

15. Periodo de gracia.

Sin meditar demasiado sobre el menú, me metí en el local de comidas rápidas y compré el almuerzo para Matías, Susana y para mí.

De regreso al trabajo, no pude dejar de escrutar con una desconfianza casi insultante, todos y cada uno de los rostros con los que me cruzaba, procurando identificar en ellos, a los demonios que viera en casa de Vicente la noche de la fiesta. Llegué al punto de ponerme terriblemente paranoica, desconfiando de cada persona cuya mirada se cruzaba con la mía.

A mi regreso las cosas empeoraron todavía más, Susana no paraba de preguntarme qué me sucedía, por qué había salido tan deprisa y yo no podía explicarle nada que satisficiera su curiosidad sin ponerla en riesgo y sin ponerme a mí en el rol de quien suelta desvaríos por culpa de una condición psiquiátrica de cuidado. En suma, el resto del día se convirtió en un insoportable suplicio. Mi mente caía en picada entre las altísimas murallas levantadas por los problemas sin resolver; intentaba hallar un modo de poner las cosas en orden, de organizar mis pensamientos para así conseguir una solución; lo único que me venía a la mente una y otra vez, como un fognazo de luz era el rostro de Vicente y cada vez que esto sucedida, se mi pecho se comprimía.

Cuando la tarde comenzó a decaer, acabé convenciéndome de que era el fin.

Decidí entregarme a mi destino, ya no quería pelear, estaba cansada de escaparme. Que sucediera lo que tuviese que suceder.

De camino a casa me di el lujo de comportarme igual que si ya hubiese acabado todo... me invadió una sensación de alivio tal que me sentí más liviana. Ya no tener que preocuparme era tan liberador.

Me relajé y permití que las cosas me pasasen por al lado sin preocuparme en lo más mínimo. El miedo quedó como un mero recuerdo del pasado... lo único que me permitía experimentar era amor, sin siquiera cuestionarme si éste era real o no. Liberarme a ese sentimiento ensordecí absolutamente todos mis pensamientos y me hizo feliz que así fuese, llevaba toda mi vida esperando por una cosa así, y aquí lo tenía, entre mis manos.

El sol daba de frente sobre mi rostro... pocos pasos me separaban de mi hogar. Al despegar los parpados vi el automóvil de Vicente estacionado en la puerta de mi departamento; al menos lo vería una vez más antes que todo acabase.

Esperando encontrarlo dentro del enorme y opulento Mercedes, me pegué a los vidrios oscuros e intenté mirar hacia adentro; no estaba allí. Eché un vistazo a mí alrededor sin encontrarlo. Disimulando, devolví el saludo a las curiosas vecinas que fingiendo barrer las veredas, no le quitaban el ojo de encima al extraordinario vehículo; ni se me pasó por la cabeza preguntarles si habían visto al conductor de aquella nave, lo más probable es que supieran dónde estaba o hacia dónde había ido; yo también creía saberlo. Alcé la cabeza, mi mirada trepó hasta las ventanas de mi departamento en el segundo piso. Podía adivinarlo a él, sentado en la vieja poltrona de pana verde, muy tranquilo, esperando mi regreso.

La certeza de encontrarme tan cerca del fin no me turbó para nada, continuaba sedada y esperaba poder seguir así hasta que todo hubiese terminado, ya tendría tiempo para lamentarme, después de todo, pasaría el resto de la eternidad en sufriendo entre llamas y ríos de azufre.

Tranquila me metí en el ascensor y esperé que éste me transportara con su lento traqueteo.

En cuanto abrí la puerta del palier percibí su perfume. Fue instantáneo, mis pulmones se llenaron de su perfecto aroma y fue glorioso, era consciente de ser víctima de lo mismo que aquellas mujeres del café a manos de Lucas y no me importó, se sentía bien, esplendorosamente bien, era mejor que tocar el cielo con las manos, como descansar sobre el suave verde del pasto en una cálida tarde de primavera, a la luz de sol, rodeada de árboles, de rosales en

flor, de narcisos dorados, de pájaros trinando y de una brisa cargada de dulzor, libre de tensiones, de problemas, relajada, muy relajada.

Metí la llave en la cerradura e hice saltar el cerrojo. Su figura quedó recortada en el brillante sol que entraba por la ventana.

- ¿Llevas mucho tiempo esperándome?- le pregunté en un susurro. Continuaba serena.

Se levantó de la poltrona. - Llevo unas cuantas horas aquí sentado- contestó sin alzar la voz más allá del volumen de la mía.

- ¿Temías que escapara o es que no tenías un mejor lugar al que ir?- mi carácter brotó de entre la calma pero no con la intensidad de siempre, fue una suerte de fuga que pronto puede contener, remontándome otra vez a mi espalda relajada sobre el verde césped, el aroma de las flores, el canto de los pájaros y el olor a algo dulce siendo cocido en el horno.

Vicente sonrió a medias, vi su sonrisa porque se puso de costado al sol. No contestó y la verdad es que me daba lo mismo cualquiera fuese su respuesta, ya nada importaba.

Arrojé mis cosas sobre el sillón y me quedé parada de frente a él. No nos separaban más que unos pocos pasos. El sol tibio ahora bañaba mi rostro también. Hubiese deseado poder quedarme ahí para siempre. Cerré los parpados por un segundo y el sol los atravesó y envolvió mi cerebro de una cortina dorada que no me permitía pensar en nada.

- Traje la ropa que me prestó tu madre- dijo arrancándome sin remordimientos de mi epifanía, de mi delirio embriagador-. Gracias.

Miré en dirección a la que él apuntaba con la cabeza, sobre la mesita del café había una bolsa con la ropa de mi padre. - Bien- fue lo único que pude articular.

- ¿Tuviste un accidente?- me preguntó mirándome directo a los ojos. Sus ojos grises lucían terriblemente oscuros, casi negros.

- Algo así- respondí casi sin aliento llevándome una mano a la frente, ya ni sentía el ardor del corte ni la hinchazón de la mano. Estaba embobada contemplándolo.

Ambos nos quedamos en silencio.

- Si quieres...- soltamos los dos al mismo tiempo, yo para ofrecerle que volviese a tomar asiento y él no sé para qué, no completó la frase, simplemente se sentó otra vez de espaldas al sol. Noté que estaba algo rígido y lo adjudiqué a la urgencia de terminar con el asunto de una buena vez. Yo también me senté y volví a enmudecer.

- Quería que supieras que la otra noche lo pasé muy bien en la casa de tus padres; disculpa las molestias que te causé. No era mi intención arruinarte la noche.

- Ya no importa.

- Bien.

- Bien.

- No pretendo resultar monotemático pero...

- Tienes que hacer lo que tienes que hacer- completé procurando sosegar la incomodidad que despedía su persona, o al menos la que creía notar en él, es probable que ese presunto malestar no fuese más que otro producto de mi imaginación, de seguro él no sentía remordimiento alguno por venir a reclamar mi alma, después de todo, era eso lo que él hacía, era esa la razón de su existencia y además dudaba que los demonios pudiesen sentirse mal por sus víctimas y mucho menos tener empatía por ellas.

- Exacto- convino él con un tono ominoso. Una fría sonrisa copó su rostro.

Otro silencio, volvimos a mirarnos. Sus ojos fijos en los míos me hicieron sentir incomoda. Me molestó darme cuenta que la anestesia se diluía en mi sangre. Muy pronto empezaría a sentir un terrible dolor.

- Sólo llévatela- solté, tenía que darme prisa antes de que el dolor que intuía lacerante y desgarrador, se tornara insoportable. Aparté la mirada. - Haz lo que tengas que hacer, no tengo nada que pedir a cambio. Hazlo- el pecho se me contrajo igual que si alguien intentase aplastarme contra el respaldo del sillón; me costó inspirar-, termina con esto de una buena vez- añadí en un jadeo, tozos de mí comenzarían a soltarse de un momento a otro-. ¡Hazlo!- le rogué, moría por lanzarme a sus brazos-. ¡Llévate mi alma y déjame en paz! ¡Llévatela y vete!

Vicente saltó de la poltrona. Se puso de pie tan rápido que no pude seguirlo con la mirada.

- ¡¿Qué dices?!- me espetó con un grito que surtió el mismo efecto que una inyección de adrenalina. La anestesia acabó por diluirse en mis venas y el dolor me atravesó el pecho atravesando mi espada.

- Ganaste- musité sin fuerzas para ponerme de pie.

- Eliza, tienes que decirme qué es lo que quieres- me apremió con una desesperación que se me contagió.

- No quiero nada- contesté con la vista fija en el borde de la mesa, ya apenas si podía distinguir el color de la madera, el sol estaba desapareciendo en el horizonte.

- No puedes no querer nada. El otro día me dijiste que...

- Sí, sé lo que dije; era mentira, no tenía ni idea de lo que decía. No quiero nada, nada...- la voz se me agotó. No me animaba a mirarlo, corría el riesgo de perderme en sus ojos si lo contemplaba una vez más. Con una desesperación insoportable, deseaba que tomara lo que le pertenecía y me dejara en paz, si dar mi alma a cambio de mi salud mental estaría bien por un tiempo, él me afectaba de un modo incontrolable y no quería volver a verlo, lo necesitaba lo más lejos de mí que fuese posible. El efecto hipnótico que causaba sobre mi persona destruía todas y cada una de mis funciones cerebrales. Si no quería quedar convertida en un vegetal por el resto de mi vida necesitaba apartarme de él lo antes posible, pero lo cierto es que tenía que ser él quien se moviera de mi lado, yo no poseía la voluntad suficiente para arrancarlo de mi vida.

Vicente se alejó de mí y se puso a caminar por detrás de la poltrona, de la pared al pasillo yendo y viniendo igual que un animal salvaje enjaulado.

- Esto no puede estar sucediendo... esto no puede estar sucediendo- gruñó otra vez.

- ¿No es lo que querías? Te estoy entregando mi alma, ahora tómala y vete. Te costó mucho más barata de lo que podías esperar-. Recordé que Lucas me había dicho que pidiera más tiempo, pero yo no le encontraba sentido a tal pedido; para qué dilatar lo inevitable.

Vicente se detuvo en seco.

Me armé de coraje y alcé la vista. Estaba tan perfecto y deslumbrante como siempre, no parecía un demonio, no me asustaba.

- Tienes que pedirme algo, cualquier cosa.- arremetió en un tono agónico.

- Lo pensé- meneé la cabeza- nada...

- ¡Pues tienes que esforzarte!- me apremió con un grito abalanzándose hacia mí.

El vozarrón que salió de su garganta acabó con mis defensas.

- ¡No puedo, no quiero!- chillé cayendo en la histeria-. ¡Ahora toma mi alma o vete!

- En estos términos no puedo hacer ninguna de las dos cosas-. Se sentó sobre la mesa. Sus rodillas quedaron pegadas a las mías-. Eliza...- murmuró en tono suplicante.

- Lo lamento, no hay nada que yo pueda hacer.

- ¿Qué tal si te doy más tiempo?

La palabra tiempo hizo sonar las alarmas contra incendio dentro de mi cabeza,

pero el sistema de control de fuego no se accionó, estaba completamente imposibilitada de reaccionar. Estaba intoxicada, dolorida y entumecida.

Vicente se puso de pie de un salto.

- Eso es, necesitas más tiempo-. Soltó lleno de una esperanza incomprensible. Los ojos le brillaban y sonreía complacido ignorando la piltrafa en la que me había convertido.

- El tiempo no me ayudará-. Dije, él no me prestó atención.

- Sí, hoy simplemente no estás en tus cabales, no sé que es lo que te sucede...

- ¿No sabes qué es lo que me sucede?

- Quizás una semana- dijo paseándose por entre los muebles, evidentemente pensaba en voz alta.

- Vicente...

- Puedo conseguir una semana, ¡es eso!, te daré una semana más-. Se detuvo-. Tienes que esforzarte un poco, es posible que necesites que te muestre algo más, es posible que yo no haya hecho las cosas bien por eso estás tan perdida. No te preocupes, encontraremos algo que puedas querer y desear con todas tus fuerzas.

- Yo...

- Te veré mañana- me dijo a modo de saludo sin dejar de sonreír. Yo parpadeé y cuando volví a abrir los ojos ya no estaba allí.

Caí inconsciente poco después de que él me dejara sola, y no me desperté hasta la madrugada, cuando perseguida por pesadillas horribles en las que pedía por Vicente a voz en cuello, perdida en medio de un bosque oscuro, sombrío, helado y húmedo en una noche sin luna, tenía la amarga convicción de que de un momento a otro, sería abordada por sus colegas, los mismo que aparecieron la noche anterior en mis sueños y en mi cuarto, pero ellos no llegaban a acercármeme lo suficiente para que pudiese verlos, sin embargo, presentía que se escondían en la penumbra, sentía sus miradas penetrantes en mi nuca y eso me hacía enloquecer de terror.

Como pude me arrastré hasta mi cama y allí continué teniendo pesadillas hasta que el despertador me rescató del tenebroso bosque con su campanilla aguda y ensordecedora.

...

- ¡Eliza!- me llamó Susana desde el mostrador, yo estaba metida dentro de la vidriera quitando los adornos navideños-. Tienes una llamada.

Asume la cabeza por detrás del esterillado que hacía las veces de fondo de la vidriera y la vi alzando el teléfono en mi dirección. Le contesté que ya iba, y desembarazándome de las guirnaldas doradas y de las cadenas de lucecitas que me colgaban del cuello, salí de la vidriera, me calcé otra vez los zapatos y fui a atender.

- ¿Quién es?- le pregunté a Susana antes de atender el llamado.

- No lo ha dicho- me contestó ella de mal modo. Creo que estaba un tanto ofendida a causa de mi impenetrable silencio, sin duda le molestaba que no confiase en ella para contarle mis problemas. En la mañana habíamos tenido una suerte de discusión sobre una tontería de dónde almacenar unas cajas, una discusión que no hubiese pasado a mayores tal cual lo hizo si yo hubiese respondido a sus preguntas y a su preocupación con otra cosa que no fuese un profundo silencio y un par de ojos huidizos.

Susana me dio la espalda de un modo más que alevoso y se alejó, con franela en mano, a quitarle el polvo a las cajas de habanos.

- ¡Lo lograste!- me gritó Lucas dejándome algo sorda, después de que yo pronunciara un escueto hola que pretendía sonar impersonal y distante en caso de que la llamada fuese de alguien con que no deseaba hablar-. ¡Lo lograste!- festejó una vez más. Se lo notaba eufórico-. ¡No sé cómo lo conseguiste, decidió darte una semana más! ¡Eres un genio! ¡El azote de los demonios! ¡Una domadora de fieras!

Pronuncié su nombre una y otra vez intentando hacer que me escuchara, él seguía soltando exclamaciones tales como: ¡lo lograremos!, o ¡sabía que lo podías hacerlo!

- Lucas, no hice absolutamente nada.

Ante mis palabras enmudeció.

- ¿Cómo dices?- preguntó sofocando la risa que le inundaba la garganta.

- Que no hice nada- repetí-, es más, le dije que se quedara con mi alma, que no deseaba nada a cambio cuando él insinuó el tema.

- ¡¿Qué hiciste qué?!- rugió con tanta fuerza que tuve que apartar el auricular de mi oreja. Su grito sonó tan fuerte que miré a mí alrededor para asegurarme de no ser objeto de miradas curiosas por parte de mis dos compañeros y de los clientes que merodeaban por el local, temía que lo hubiesen escuchado también.

- No tenía la capacidad para hacer nada más.

- ¡¿Perdiste la cabeza?! Después de todo lo que hablamos ayer... ¿Cómo pudiste hacer algo así? Eliza, lo único que no debías hacer era decirle que

tomara tu alma sin darte nada a cambio.

- ¿Por qué no?, además, parece que dio resultado; sinceramente no creo que nada vaya a cambiar de aquí a una semana; él cree que si me muestra algo más... supongo que tiene la esperanza de ayudarme a encontrar algo...

- Es raro que no lograra verlo- murmuró.

Me dio la impresión de que pensaba en voz alta.

- ¿Qué es lo que no pudiste ver?

- A ti pidiéndole que se llevara tu alma a cambio de nada.

-¿Cómo?

- Ni bien cruzó la puerta de casa tuve la certeza de que te había dado más tiempo, obviamente esperé a que me lo dijera para estar seguro, pero no tenía ni la menor idea de cómo había sucedido todo-. Silencio-. ¿Le dijiste que se llevara tu alma y él te propuso darte una semana más? ¿Fue así?

- En resumidas cuentas sí.

- Pero él qué hizo... se enojó cuando le dijiste que se llevara tu alma así sin más o...

- Sí, creo que se enojó- convine procurando no pensar demasiado en aquel momento-. ¿Lucas, qué hay de malo en que le ofreciera mi alma sin pretender nada a cambio?

- Simplemente es algo que no debes hacer bajo ningún concepto, es todo-entónó él con acritud-. No vuelvas a hacerlo- remató-, o yo mismo me encargaré de enviarte al Infierno... ¿me escuchaste?

- Sí, te escuché.

- Eso espero.

Los dos nos quedamos mudos.

- No pretendía ser rudo- dijo reanudando la conversación.

- Lo sé... Hay algo más que no deba hacer bajo ningún concepto- le pregunte medio en broma medio en serio.

- Sí, deja de sentirte miserable y derrotada, la lucha todavía no termina.

Acaso podía leer mi mente desde dónde fuera que se encontrara ahora.

- Prométeme que no bajarás los brazos.

No tenía fuerzas ni para despejar los pies de suelo para caminar de modo que cómo podía lograr tal cosa, lo único que quería era echarme a dormir hasta que todo terminara, meter la cabeza dentro de un agujero o apagar mi cerebro de una vez.

- No te oigo decirlo- me reprochó pretendiendo estar enfadado conmigo.

Su insistencia me arrancó una media sonrisa.

- Prométemelo Eliza... promete que no te darás por vencida hasta que realmente estemos vencidos.

El hecho de que nos uniera a ambos en una oración resultaba reconfortante hasta un punto inimaginable.

- Estaré contigo hasta las últimas consecuencias, te lo prometo, pero no puedo hacer nada por ti si tú no haces esto por mí. No vuelvas a intentar entregarte, por favor, no vuelvas a hacerlo.

Sonaba tan angustiada que de no estar yo envuelta en todo esto, me habría metido en este embrollo solamente por él.

- Te prometo que no volveré a hacerlo.

- Buena chica. Nos veremos pronto y no te preocupes, todo saldrá bien.

Asentí aunque me pareciera remotamente improbable que lográsemos tener éxito; el optimismo de Lucas debía ser contagioso.

...

El resto de la tarde se arrastró con pasmosa lentitud, el optimismo de Lucas me abandonó casi tan rápido cuanto sus palabras. Yo deseaba más que nada, poder largarme de allí, ya no soportaba las miradas de Susana y menos aún las de Matías quien de seguro debía preguntarse por qué nosotras dos no nos dirigíamos la palabra más de lo estrictamente necesario.

Pese a que las perspectivas que auguraba el mundo al otro lado de las vidrieras no era mucho mejores, no soportaba permanecer en ningún lado más de cinco minutos es por eso que no pude terminar con ninguna de las actividades con las que había empezado, simplemente no lograba concentrarme en nada, mi mente estaba inservible por lo que tampoco podía esperarse mucho más de mi cuerpo. El atontamiento hizo que rompiera tres botellas de vino blanco de las seis que contenía una caja que pretendía mover hasta un rincón del depósito. Por aquel acto de torpeza, rompí en lágrimas.

- ¿Eran botellas muy caras?- curioseó Matías mientras al verme juntar los destrozos de vidrios.

Negué con la cabeza.

- Arriba hay alguien que pregunta por ti.

- ¿Quién?

- Ese tipo alto que viene cada dos por tres... el del Mercedes-Benz. Ve a atenderlo, no te preocupes, me encargaré de esto, además los vidrios y tú no son compatibles. Ve o terminaremos llevándote a urgencias para que te den

unos puntos.

- Allí hay diarios y bolsas- le dije apuntando al bajo mesada que tenía a mis espaldas.

- Sí, ya lo sé. No te preocupes, creo que puedo hacerme cargo de esto.

- La escoba y la pala están...

- Sé dónde está la escoba... vete, yo terminaré aquí.

- Gracias.

- No hay porqué- respondió y se dispuso a juntar los vidrios.

Mientras iba remontando los escalones procuré recomponerme un poco de la amargura desmedida que me provocó romper estúpidamente aquellas botellas.

Las brillantes luces del local me obligaron a entrecerrar los parpados en cuanto puse en pie al otro lado de la puerta. El sol había empezado a caer por lo que todas las luminarias con las que contaba, estaban encendidas. En un principio no lo vi, de hecho tuve que buscarlo entre los clientes para encontrarlo, lo hallé paseándose entre las botellas de whisky y licor, observando las etiquetas sin prestar atención a nada más.

- ¿Puedo ayudarte en algo?

Vicente dio vuelta la cara y me miró por encima del hombro se su traje oscuro el cual acompañaba con una sencilla camisa gris claro que combinaba perfectamente con sus ojos y con los gemelos plateados que asomaban de los puños de las mangas.

- No, soy yo quien va a ayudarte a ti- aseguró y me sonrió; su sonrisa se diluyó casi de inmediato-. ¿Estás bien?

- Eso que importancia tiene, no cambia nada, además no es asunto tuyo.

- ¿Por qué llorabas?

- Dije que no es asunto tuyo.

Vicente desvió los ojos en dirección hacia la puerta de la escalera que conducía al depósito en el sótano.

- ¿Puedes salir ya?

Negué con la cabeza.

- No, mi horario de trabajo todavía no termina.

- Pídele a tu compañera que cierre por ti.

- No voy a hacer eso.

- ¿Por qué no?

- No tengo que explicarte cada cosa que hago o dejo de hacer y termina con eso de hacerme tantas preguntas, es molesto.

- Lamento ser un fastidio, es que necesito que vengas conmigo ahora.

- Y yo lo lamento, no va a poder ser.

- ¿Se llama Susana, no es cierto?- preguntó estirando el cuello para asomarse por encima de las botellas de licor de crema y whisky.

- ¿Qué vas a...?- no me permitió terminar la frase, alzando la voz llamó a Susana.

Susana nos miró por turnos a mí y a él, el desconcierto se le notaba en la cara.

- ¿Podrías hacerme un gran favor?

Vicente pasó por detrás de mí y alejó en dirección a dónde ella estaba. Lo seguí sin perderle pisada.

Susana estaba dura detrás del mostrador. Me pregunté si su aspecto embobado era efecto de eso mismo que Lucas les había hecho a esas mujeres del café y de lo que Vicente ejercía sobre mi persona con su exquisito perfume y su perfecta apariencia. Comprendí que no era así cuando ambos nos detuvimos frente a ella y nos miró torcido, con suspicacia. Los ojos de Susana se fijaron en los de Vicente con una pulsión que nunca hubiese esperado de ella, por primera vez, noté que su juicio acerca de Vicente había cambiado de un modo rotundo, sin duda ya no lo creía perfecto, siquiera para mí, su pretenciosa, distante, desinteresada y despectiva jefa que no daba el brazo a torcer a una amistad que ella ofrecía a corazón abierto.

En su mirada podía adivinarse una desconfianza profunda que socavaba su persona. Sin duda para ella Vicente ya no era más el “adonis” ni ningún otro ser magistral. Yo sabía perfectamente que no podía adivinar, ni siquiera sospechar lo que él era, pero en ese momento no hubiese apostado ni un centavo a lo contrario; ella sospechaba algo aunque no supiera qué.

- Hola- Vicente se detuvo frente al mostrador y le sonrió tan galante como siempre-. ¿Podrías hacerme un favor?- no esperó a que ella asintiera, simplemente continuó con su discurso, yo miré a Susana rogándole que dijera que no, me desviví en muecas para que me entendiera-. Necesito llevarme a Eliza conmigo ahora mismo- continuó diciendo-, nos harías el favor de cerrar el local por ella. Te estaré eternamente agradecido si lo haces.

La frase no había estado nunca mejor empleada que para este caso.

Me pareció notar que Susana pretendía no darse por aludida de modo que solté: - ¡Eso no va a hacer falta porque yo no...!

- Claro, porqué no- contestó Susana al instante, encogiéndose de hombros sin permitirme terminar. Me miró y yo le devolví el gesto con una mirada furibunda, estoy segura que con ello pretendía vengarse. No lo hizo por maldad; sin saberlo me metía en un brete del que yo deseaba zafarme a toda

costa.

- Gracias. Te estoy en deuda, cuando necesites un favor no tienes más que pedírmelo.

Susana se encogió de hombros otra vez. Le daba lo mismo lo que Vicente hiciese o dejase de hacer, y sin duda también le daba lo mismo por mí; estaba enojada y no podía culparla aunque debo admitir que en ese momento me entraron unas ganas incontenibles de propinarle un buen golpe.

El teléfono sonó y Susana atendió.

- Perfecto, busca tus cosas, nos vamos- lanzó Vicente entusiasmado.

- No voy a ir a ninguna parte.

- Sí, te vienes conmigo ahora-. Se me acercó demasiado para continuar sintiéndome segura-. No te abuses de este periodo de gracia- me susurró al oído con suavidad- podría interrumpirse súbitamente en cualquier momento-. Sus palabras sonaron dulces sin embargo el trasfondo era frío, cortante, rotundo. Se apartó, no había dejado de sonreír.

Lo miré y me miró; él no iba a ceder de modo que tendría que ceder yo.

Le di vuelta al mostrador. Saqué mi cartera y mis cosas, le indiqué a Susana dónde estaba la llaves extra de los candados y de las puertas, no hizo falta que le dijera la contraseña de la alarma, ella ya la sabía. Me despedí- ella no me hizo mucho caso- y guiada por Vicente, salí del local con aire acondicionado al calor sofocante de la tarde. Si hasta un par de minutos atrás lo único que había deseado era poder salir de allí, ahora lo único que necesitaba con desesperación era poder volver. Usualmente no sabía qué hacer o cómo comportarme en compañía de Vicente y ahora mucho menos, bajo estas condiciones de “gracia”, todavía seguía sin ver un camino de salida y me figuraba que a su lado no hallaría el modo de dejarlo atrás.

- ¿Lista para dar un paseo?- consultó en tono jocoso sacudiendo las llaves que tenía en la mano, las cuales sonaron como campanillas.

Mis ojos fueron directo a su mano, lo que había sonado no eran las manos sino un llavero de acero del cual colgaba algo que a simple vista parecía uno demonio con cuernos y todo, de acero, recortado en una placa de metal. El demonio tenía calada en su cara, una enorme sonrisa con colmillos. Supongo que pretendía resultar cómico, no lo era, el detalle me descolocó.

- Fue un regalo- explicó haciéndose eco de mis pensamientos-. ¿Vas a subirte de una vez?- alzó una ceja-. ¿No me dirás que te da miedo?

- Que me da miedo... qué cosa debería darme miedo.

Vicente apuntó con la cabeza en dirección a la calle y fue entonces cuando lo

vi.

No esperaba encontrarme con otra cosa que no fuese su pomposo Mercedes-Benz negro estacionado junto al cordón de la vereda, pero aquello era algo muy, pero muy diferente.

- ¡¿Qué es eso?!- la exclamación se me escapó al ver a aquella maquina de apariencia veloz y peligrosa. Era un automóvil pequeño, bajo y de curvas exquisitamente redondeadas. Tenía toda la apariencia de ser todavía mucho más costoso que el Mercedes negro. En el plateado de la pintura se reflejaba el cielo igual que si fuese un espejo.

Vicente me sonrió.

- ¿Te gusta?

- ¿Gustarme...? Es...

- Es veloz- completó él sonriendo satisfecho-. ¿Vamos a dar una vuelta?

- ¿En eso?- resoplé por la nariz; él podía ser eterno, inmortal, irrompible pero yo no era nada ni remotamente similar a eso.

- Además- siguió diciendo-, si quieres que volvamos antes de que sea otro día no encuentro mejor medio para viajar.

- ¿A dónde planeas llevarme?

- Es una sorpresa.

- Prefiero que no me sorprendas.

- No voy a decírtelo, ya lo verás-. Caminó hacia el automóvil, apuntó con el remoto y las trabas saltaron. Me abrió la puerta del acompañante.

Yo no me moví de mi lugar.

- Te prometo que te gustará.

- Lo dudo- rezongué mientras me metía en lo que daba la impresión de ser un espacio bastante reducido. Me llevé una sorpresa al notar que la cabina no era tan pequeña como parecía vista de afuera.

Vicente rodeó el automóvil por el frente y se metió por la puerta del conductor. Mientras me abrochaba el cinturón de seguridad él encendió el motor, el cual soltó un rugido y luego continuó ronroneado bajo la presión de su pie sobre el acelerador.

- ¿Lista?- me miró con los párpados entornados y las pupilas brillando más que los faroles delanteros los cuales acababa de encender.

- ¿Lista para qué?

Vicente sonrió sin enseñar los dientes.

La presión de la aceleración me aplastó contra la butaca de cuero al tiempo que los neumáticos chirriaban sobre el asfalto dejando una estela de humo a

nuestro paso.

Cruzamos la bocacalle una milésima de segundo antes de que el semáforo se pusiese en rojo, y así continuamos a toda velocidad abandonando el centro de la ciudad y los muchos rostros boquiabiertos de sorpresa al ver pasar por la calle aquella flecha de plata que parecía intentar quebrar el record de velocidad sobre tierra e incluso, derribar la barrera del sonido.

16. Sueño de una noche de verano.

La autopista estaba tan atascada como cualquier otro día de semana a esta hora, el regreso a casa para muchos se tornaba una tortura; aproveché el taponamiento de autos para hablarle, hasta entonces no me atreví a hacerlo por miedo a que perdiese la concentración en el tráfico por prestarme atención a mí; es que manejaba tan al filo de la navaja, pasando por entre los demás autos

a distancias milimétricamente arriesgadas y peligrosas que cualquier insignificante paso en falso nos hubiese hecho terminar aplastados contra el parabrisas delantero sin que los airbag pudiesen hacer nada para amortiguar el choque .

- No crees que es el momento de decirme a dónde nos dirigimos.

Ladeó la cabeza en mi dirección, tenía cara de fastidio, sin duda, quedarse allí quieto entre dos automóviles con toda una comitiva de estos delante y una cola semejante por detrás, lo ponía de mal humor. Repiqueteó los dedos sobre el volante y le dio un golpe a la palanca de cambios.

- Ya te lo dije antes, es una sorpresa.

- Al menos podrías adelantarme una pista, creo que me lo merezco.

Se quedó viéndome por unos cuantos segundos.

- Bien- acordó al fin-, asómate al asiento trasero-. Al ver que yo dudaba me repitió que echase un vistazo hacia atrás. Lo hice y me encontré con una bolsa del diseñador de ropa femenina que me había traído aquella primera extraña noche en mi departamento.

- Es para ti- dijo.

Dudé en agarrarla. Me incomodaba de sólo pensar en lo que pudiese estar por venir.

- No muerde- me aseguró con una sonrisa poniendo el cambio y soltando el embrague para permitir que las ruedas avanzaran los pocos centímetros que el automóvil que nos precedía, dejara libres al moverse.

- ¿Otra pomposa fiesta?

- Frío, frío- canturreó.

Nos detuvimos otra vez.

- Toma la bolsa y dime que opinas.

Manoteé la bolsa y eché un vistazo dentro, había dos cajas, una chata y larga y otra más chica, de zapatos obviamente.

- ¿No te molesta estar todo el tiempo eligiéndome cosas?, a los hombres por lo general no les gusta acompañar a las mujeres a ir de compras.

- Yo no soy un hombre común y corriente.

- De eso ya me di cuenta-. Sé que la oración en sí no implicaba demasiado, pero dentro de mi cerebro tenía un significado mucho más profundo, para mi aquello era una verdad irrefutable, una seguridad basada en los locos sentimientos que él generaba en mí, es por eso, que me ruboricé cuando él se continuó observándome fijo, procurando adivinar lo que había querido decirle.

- No es que me guste ir de compras- se defendió.
- No dije nada de eso.
- Piensas que soy...
- No pienso nada.
- Es parte de mi trabajo y creo que tengo el suficiente buen gusto para poder elegir las prendas adecuadas sin ayuda de nadie, no es más que eso.
- Bien.
- Bien.

Silencio.

- ¿No vas a ver que hay dentro?

No me alegraba darle el gusto, ni sentía suficiente curiosidad para hacerlo, sin embargo lo hice, saqué la caja más grande de dentro de la bolsa y apoyándola sobre mi falda, después de dejar la bolsa sobre mis pies, la abrí. Aparté el papel de seda y me encontré con la pechera de un exquisito vestido color gris perla, de seda, plisado hasta la locura en ínfimas tablitas que se abrían por debajo de la línea del busto en una cascada vaporosa de metros y metros de tela. El detalle de que el tono de mi vestido calzaba a la perfección con el de su camisa no se me pasó por alto. Sin duda estaba siempre atento hasta en el más ínfimo detalle, no se lo mencioné, no sé si tenía algo así a un ego masculino demoníaco, pero era evidente que antes se había sentido un poco incomodado por su insinuación, por poner en duda su hombría.

- ¿Te gusta?

Me encantaba, era la cosa más linda que hubiese visto antes. Hice un gesto de algo así como: está bien, no importa.

- ¿No crees que ya pasamos la etapa de intentar comprarme con regalos? No vas a convencerme con esto... y sin duda un vestido no va a ayudarme a decidir qué es lo que quiero a cambio de mi alma.
- Sé que el vestido no hará nada de eso, el lugar al que nos dirigimos quizá sí te ayude a decidirte.
- ¿Qué pasará si no me decido por nada?- le pregunté cerrando la caja.
- Eso no va a pasar.
- En el peor de los casos- propuse.
- En el peor de los casos haremos un esfuerzo por hallar aquello que tu corazón desee realmente.
- Y que tal si ese esfuerzo no nos da una respuesta.
- Nos la dará si estás decidida a entregarme tu alma- hizo una pausa-. ¿Estás decidida, no es así?

- No sé qué es lo que quiero- solté en vez de darle una respuesta concreta.
- Dime, de pequeña no soñabas con algo en especial... ¿no tenías un gran deseo? Algo que deseabas realizar a toda costa sin que te importara cuan imposible sonara.
- De niños nada nos resulta imposible.
- Ya lo sé, pero me refiero...
- ¿Ya lo sabes?- lo interrumpí sorprendida. ¿Es que alguna vez había sido niño, o humano? ¿Lo era ahora?

El taponamiento de automóviles se dispersó al instante como por milagro, una fila de autos se alejó por la bajada más próxima liberando un buen trecho de autopista. Vicente ignoró mi pregunta y aceleró otra vez a toda velocidad. No volvimos a tocar el tema, de hecho, no hablamos más en lo que quedó de camino hacia nuestro destino, yo volvía a dejarlo manejar en paz por miedo a que nos estrellásemos contra otro vehículo o contra el muro de concreto que dividía las dos manos de la autopista.

Llegamos junto con la noche, a una entrada de verjas abiertas de par en par, punto de inicio de un camino que se adentraba entre dos hilera de hortensias en flor y árboles frondosos. Un cartel iluminado nos dio la bienvenida a la hostería y spa “Las hortensias”.

Detrás de un recodo el campo se abrió en toda su extensión, en medio se alzaba una casa enorme, techos a dos aguas, pintados de tonos grises y lavandas sobresalían por todas partes a alturas diferentes, las paredes eran pulcramente blancas y cada una de las ventanitas brillaba iluminada por un farolito de metal plateado. En todos los balcones que pude divisar, había una planta de hortensias en flor, y sillas y mesas de hierro pintadas de blanco. El lugar era hermoso, un paraíso a menos de una hora de viaje del centro de la ciudad.

Desde el luminoso y amplio porche elevado entre plantas de hortensias que debían ser tan altas como yo, corrió hacia nosotros un joven de chaqueta gris con moñito negro al cuello.

Vicente detuvo el automóvil sobre el playón de grava blanca a unos pocos metros de distancia de la ancha escalera que conducía a la puerta principal.

El muchacho me abrió la puerta y me ayudó a bajar.

- Vicente bajó del auto y cerró la puerta. El sonido de ésta al cerrarse atrajo la atención del chico de chaqueta gris.
- Señor... buenas noches- lo saludó desviando la vista hacia él.
- Buenas noches- contestó él-. Tenemos una reservación.

- Sí, claro. Es por aquí- nos indicó como si no fuésemos capaces de encontrar el camino hasta las escaleras-. Desea que lleve eso por usted- dijo amenazando con tomar la bolsa que yo llevaba entre los dedos.

- No, estoy bien, gracias.

El muchacho me sonrió y luego me dio la espalda.

Vicente rodeó el auto y cuando llegó a mí, me tomó por un hombro y me guió unos pasos por detrás del muchacho.

- ¿Qué hacemos aquí?- le pregunté en voz muy baja, para que el muchacho no me oyera, al pasar por debajo del arco que formaban dos de los pilares que sostenían el techo color lila, iluminado por guirnaldas de lucecitas similares a las que yo había retirado esa misma tarde de la vidriera del local.

- Ya lo verás.

- No puedo quedarme a pasar la noche aquí, mañana tengo que trabajar- le advertí.

Vicente se rió.

- ¿Eso es lo que hace falta para que te decidas? ¡Si lo hubiese sabido antes!

- ¡No, no quise decir eso!- exclamé procesando el fogonazo que prendió fuego mi cuerpo.

- Sí claro- replicó en un tono insinuante al tiempo que traspasábamos la puerta.

En todo el tiempo en que Vicente permaneció arrimado al mostrador de entrada me mantuve apartada, pretendía simular que no estaba con él, no al menos en el modo que podía suponerse más evidente. Mientras tanto, me dediqué a admirar el espacio a mí alrededor...

Poco a poco me fui apartando de allí hasta llegar, guiada por la curiosidad, hasta la sala que intuía, daba a la parte posterior del hostel. Atravesé una amplia arcada engalanada de muérdago y moños plateados y entré a un salón que era más grande de lo que suponía. Allí unos enormes ventanales abiertos a la terraza, mostraba a un grupo de personas vestidas con impecable elegancia. Las mujeres llevaban vestidos largos y los hombres trajes de envidiable compostura. En los sillones que rellenaban el espacio sin interrumpir la fluidez de la circulación del aire, se acomodaban más parejas, en su mayoría sostenían todos una copa en la mano y sonreían despreocupadamente.

Mi entrada llamó la atención por lo descolocado de mi aspecto. Antes de retroceder sobre mis pasos volví a mirar hacia fuera y descubrí a lo lejos, una estructura similar a la de un escenario colocado al frente de una veintena de mesitas redondas cubiertas de manteles blancos, preparadas para una la cena.

El espacio que ocupaban las mesas y el pequeño escenario era delimitado por guirnaldas de luces que se reflejaban en el lago que estaba detrás, al fondo.

- ¿Te gusta?- me susurró una vocecita al oído derecho.

Se me erizó la piel de la nuca.

- ¿Qué es todo esto?

- Pronto lo descubrirás.

Alzó a la altura de mi nariz, una tarjeta blanca de la cual colgaba un llavero en forma de un ramillete de hortensia.

- ¿Quieres ir a cambiarte?, te esperaré aquí.

- ¿Cambiarne?

- El vestido no es solamente para que lo mires, sino para que lo uses.

Me entregó la llave.

- Primer piso a la izquierda, por la escalera que está junto a la recepción.

Con la llave en una mano y la bolsa en la otra me quedé allí sin moverme.

- Confía en mí, esto te va a gustar.

Sin contestarle me moví.

- Te estaré esperando aquí mismo- me dijo mientras me alejaba en dirección al otro salón.

Mientras subía la escalera me topé con una pareja que bajaba abrazada y muy acaramelada. Todo aquello me tenía desconcertada, no tenía ni idea de lo que estaba a punto de suceder y menos me era posible comprender en qué podía ayudarme todo aquello, a escoger algo que pedir a cambio de mi alma.

Llegué al primer piso al mismo tiempo que la pareja llegó abajo. Al pie de la escalera se besaron tal si fuese la última vez. Debo admitir que verlos tan felices y unidos me dio algo de envidia.

Tal como me lo indicara Vicente, tomé el corredor a mi izquierda, el llavero tenía el número siete. En un rápido vistazo me topé con la puerta que tenía ese mismo número. Hubiese sido imposible no verla, era la habitación del fondo del pasillo, la puerta más grande y llamativa. ¡¿Cómo esperar otra cosa?!

Introduje la tarjeta en la ranura superior de la manija y cuando la lucecita se puso verde, presioné la manija. El lujo del cuarto me llevó por delante. Tuve que contenerme para no soltar un grito de emoción. Cerré la puerta a mi espalda y di unos cuantos pasos para dejar atrás el ambiente cuadrado custodiado por dos consolas en las que había floreros con hortensias, azucenas, rosas y otras flores, todas blancas.

La habitación se abrió ante mí de un modo espectacular, al igual que los ventanales que la recorrían en toda su extensión. Aquel debía ser uno de los

extremos del edificio y tenía vista tanto al frente, como al fondo y a uno de los costados.

Frente a mí, una sala estar con chimenea, dos largos sillones y una mesa central bien aprovisionada de revistas y libros; a la derecha, el espacio que daba al frente del hostel había una larga mesa de madera oscura recorrida por un camino de gasa blanca y decorada con dos candelabros de plata. En el lado opuesto gobernaba el espacio, una cama gigantesca de cuatro postes que parecía todavía más grande gracias al espumoso acolchado gris y a los innumerables almohadones que avanzaban desde la cabecera hasta la mitad del colchón, disminuyendo en tamaño y en la intensidad de los colores de sus fundas, las cuales iban desde el más oscuro violeta hasta el blanco más nítido y crudo.

Corrí hasta la puerta ventana y salí al exterior. La terraza que se abrió delante de mí, era espaciosa, cabían aquí, maseteros con flores, una mesa con seis sillas, un par de reposeras y un sillón.

La noche era perfecta, la luna brillaba sobre mi cabeza; todo aquello habría resultado idílico de no encontrarme yo, en una situación tan retorcida.

Esperando descubrir una pista de la sorpresa que Vicente me tenía preparada me colgué de la baranda que daba a la parte posterior del edificio e intenté echar un vistazo a las mesas y al escenario; no pude ver mucho más, los techos de las otras habitaciones me ponían difícil el ángulo de visión. No descubrí nada, pero sí pude disfrutar de la hermosa vista del lago iluminado; no lo había visto antes: había una especie de muelle con un par de botecitos amarrados.

Vicente había elegido muy bien aquel lugar, me encantaba, de ser por mí me hubiese quedado a vivir allí.

La campanilla de un teléfono me arrancó de mis pensamientos. En un principio no reaccioné, ante el tercer llamado me percaté de que debía ser el teléfono de la habitación. Entré corriendo, no tenía ni idea de dónde estaba el aparato y no lo descubrí hasta que volvió a sonar por sexta vez. Estaba junto a la cama, sobre una de las dos mesas de luz.

- ¿Hola?

- ¿Tuviste suficiente tiempo para recorrerla?- me preguntó Vicente-. ¿Te gustó, no es cierto? Sabía que te gustaría.

No contesté, no iba a permitir que se diera el gusto de sentirse más satisfecho de lo que ya se sentía.

- Lamento cortarte la inspiración, debes cambiarte, no nos queda mucho

tiempo.

- Enseguida bajo- le contesté y colgué.

Parada frente al espejo de cuerpo entero que se hallaba junto a la puerta del despampanante baño contemplé mi cuerpo y el vestido. No me reconocí a mí misma vestida así, fue como ver mi cara en el cuerpo de una foto de una modelo desfilando por la pasarela.

Me calcé las delicadas sandalias me solté el pelo, y peinándome con los dedos logré recomponer un poco las hondas que usualmente lo tornaban incontrolable.

No llevaba demasiados cosméticos en la cartera... con un poco más de mascara de pestañas y un poco de brillo en los labios me veía mejor... mejor para qué, me pregunté a mí misma sintiéndome mal por lo que acababa de comprender.

- Me arreglé para él- dije en voz alta y el rostro se me descompuso como una mascara de cera al ser expuesta a un intenso calor.

Con brusquedad me aparté del espejo. Tuve que sentarme en la cama ya que las piernas se me aflojaron. Mi corazón luchaba contra mi cerebro para obligarlo a olvidar las verdaderas intenciones de Vicente, deseaba y necesitaba creer que la realidad era otra y no ésta.

- ¿Qué mal puede hacer que disfrute una noche a su lado?- me pregunté-. Si lo más probable es que sin importar cuanto me oponga o cuanto me esfuerce, el final será el mismo.

Pobre Lucas, me olvidé de él y de lo que le había prometido. Dejé mis ropas de trabajo y mi cartera sobre la cama y salí a toda prisa. Deseaba prenderme de su brazo, besarlo con la misma ansiedad con que se habían besado el hombre y la mujer con los que me topé en la escalera.

- ¿Es muy tarde?

Vicente se dio vuelta y me dedicó una mirada que se me hizo eterna. En las manos llevaba dos copas de champagne. Me tendió una.

- No demasiado- dijo-. Estas muy bella, ese color te sienta extremadamente bien.

Me ruboricé. - Gracias.

- ¿Hiciste algo con tu cabello?

- No, nada-. La saliva se me acumuló en la garganta, intenté hacerla bajar con media copa de champagne.

- Nunca te lo había visto suelto.

- Es un tanto incontrolable, por eso acostumbro llevarlo atado.

- Pues deberías llevarlo suelto más seguido.

El color me subió hasta las orejas, las sentí arder.

Vicente me tendió un brazo flexionado.

- ¿Vienes?

- ¡¿Qué demonios?!- chillé dentro de mi cráneo-. Ya tendré tiempo para arrepentirme luego-. Le sonreí y me prendí de su antebrazo esforzándome por sacarle el mejor provecho al momento.

Salimos al exterior.

Las personas que antes estuvieran rondando por la sala que acabábamos de dejar y por la terraza por la cual caminábamos, se hallaban ahora acomodadas en las mesas. Un grupo de mozos pululaban alrededor por allí. El escenario se había iluminado.

Bajamos las escaleras y en cuanto puse un pie sobre el césped mis tacos se enterraron en la tierra, casi me rompo el alma. No fue mi intención pero me agarré de Vicente, mejor dicho: me colgué de su cintura para no caerme; él por su lado me atajó aferrándome de los brazos.

Nerviosa, solté una risita tonta. Su rostro se apareció de golpe, demasiado cerca del mío como para que pudiese mantener la compostura, sobre todo, considerando que mi corazón había terminado por desconectar todas las funciones de mi cerebro.

- Disculpa, no estoy acostumbrada a estas cosas- dije haciendo referencia a los zapatos.

- No hay problema- contestó el sonriendo.

Me ayudó a enderezarme.

Resultó embarazoso, tuve que caminar igual que un pato todo el trayecto hasta nuestra mesa para no hundirme otra vez. Suspiré aliviada en cuanto pude sentarme.

- ¿Y bien, qué te parece?- me preguntó acomodando su silla junto a la mesa después de ayudarme a mí a sentarme en un gesto caballeroso que yo había creído muerto y pasado de moda hace cientos de años.

- El lugar es muy bonito... la verdad es que no entiendo para qué me trajiste aquí.

A modo de respuesta levantó la cartulina blanca que estaba apoyada sobre su plato y me la enseñó en un gesto insinuante. Levanté la que estaba sobre el mío, desplegué la tapa y leí el texto que del interior.

- ¿Vinimos a ver una obra de Shakespeare?

- Sí- convino sonriente-. “Sueño de una noche de Verano”; se supone que la comida también es muy buena.

- No entiendo que tiene eso que ver con...- no pude completar la frase. Los reflectores que rodeaban el jardín se oscurecieron y la luz del escenario se tornó más intensa. Volví la vista hacia allí justo a tiempo para ver el telón gris bordado de plata descorrerse.

Un Teseo vestido de traje claro con reminiscencias de principios del siglo veinte, acompañado de Hipólita, igualmente caracterizada, comenzó su discurso.

- Gentil Hipólita, la hora de nuestras nupcias se acerca ya, pues sólo faltan cuatro alegres días para la luna nueva; más ¡que lenta me parece menguar la vieja!

Aniquila mis esperanzas como una madrastra o una viuda acaudalada que no acaba de morir y consume las rentas del heredero.

Hipólita contestó a su amado mientras yo desviaba mis ojos en dirección a Vicente; él prestaba atención a la obra; al sentirse observado me miró. Bajé la vista y ladeé la cabeza otra vez en dirección al escenario para ser testigo de la entrada de Egeo, Hermia, Lisando y Demetrio.

Egeo se quejó de su hija ante el Teseo el duque Atenas. Su hija Hermia se negaba a casarse con Demetrio (el candidato elegido y aprobado para ella), su corazón había sido hechizado por Lisandro -según él- a fuerza de versos de amor fingido y presentes que no eran más que fruslerías y bagatelas. Y ahora reclamaba la obediencia de ella.

Hermia, separándose de la cálida mano de Lisandro anduvo medio camino hasta el trono en el que Teseo se había acomodado para presidir la sesión.

- Suplico a Vuestra Gracia me perdone. No sé qué secreto impulso me hace atrevida ni en qué grado convenga a mi pudor el abogar por mis pensamientos en presencia de tan augusta persona; pero os ruego a Vuestra Gracia se digne comunicarme lo peor que en este caso podría sobrevenirme si rehusó casarme con Demetrio- declamó la enamorada con voz ahogada y ojos cristalizados por las lágrimas.

Teseo se puso de pie y se aproximó de la bella joven de largos cabellos castaños.

- O perder la vida, o renunciar para siempre a la sociedad de los hombres. Por tanto hermosa Hermia, consultad con vuestro corazón, considerad vuestra juventud, examinad vuestras inclinaciones...

No escuché nada más de lo que Teseo le decía a Hermia porque tenía la impresión de que aquellas palabras las había pronunciado para mí y nadie más.

No nos trajeron el primer plato hasta que comenzó el segundo acto pero mi apetito se evaporó del todo en cuanto un Demetrio demasiado metido en su papel, despreció a la pobre Elena quien muerta de amor se arrastraba tras sus pasos sin que le importara con cuanta crueldad soltase él, ofensas en su contra. Me pregunté qué hacíamos allí. Solamente esperaba que todas aquellas palabras fuesen únicamente familiares para mí, y no para él, el sólo presumir que supiera lo que sentía por él me provocaba ganas de desaparecer.

La obra siguió adelante, trajeron el segundo plato; me limité a probar un ínfimo trocito de salmón, el resto del tiempo me dediqué a pasear de un lado para el otro, las verdes chauchas; mi pensamiento rebotaba entre el embrollo de amores armado por Puck y el rostro de Vicente, quién sonreía con una inocencia realmente enternecedora al presenciar el desconcierto de Elena ante la inesperada declaración de amor de Lisando y sonrió todavía más abiertamente ante el tono con que Demetrio le dijo a Lisandro que se guardara para él a su Hermia porque él ya no la quería, su amor ya no era huésped del corazón de Hermia, sino que fijaba su morada en el de Elena.

El postre llegó luego de un largo impás en el que la acción en el bosque de las hadas con su reina Titania. Mi helado terminó por derretirse cuando Teseo llega al bosque y encuentra a las cuatro víctimas del amor que ahora se han convertidos en dichosos amantes y nos trajeron más champagne antes de que la obra terminara.

Vicente, como todos los otros espectadores, se puso de pie para aplaudir a los actores; yo lo imité aunque admito que mis aplausos emergieron de mis palmas con mucha menos efusividad.

El telón no se cerró hasta que la gente retornó a sus asientos. En ese exacto momento los reflectores que iluminaban la vegetación más próxima se pusieron blancos otra vez, una suave y melodiosa música emergió de los parlantes que estaban uno a cada lado del escenario.

- Valió la pena, no crees- comentó Vicente apartando un poco más la servilleta

que había dejado doblada al costado del plato de sitio.

- ¿Cómo descubriste este lugar?

- Tengo mis fuentes de información- se jactó y luego bebió el champagne que le quedaba en la copa. En cuanto ésta quedó vacía sobre la mesa, uno de los mozos se acercó para rellenarla.

- Ahora vas a explicarme qué significa todo esto, para qué vinimos hasta aquí. No es que la obra y la comida estuviesen mal...

- Pensé que la cena no te había gustado, apenas si probaste bocado.

- La cena no importa- solté yo, comenzaba a salirme de mis casillas, tenía la impresión de que algo se me escapaba y no podía descubrir qué era-. Lo que no entiendo es qué tiene que ver todo esto en el...

- Buenas noches, ¿interrumpo?

Me sorprendió encontrarme a Lisando, entre mi silla y la de Vicente.

- No, claro que no- Vicente se puso de pie y le tendió la mano-. Nicolás.

- Vicente- entonó Lisandro estrechando la mano de éste.

- Te presento a Eliza-. Ambos se volvieron en mi dirección-. Eliza, este es Nicolás Castro, dueño de la hostería.

- Mejor conocido como Lisando- bromeó él tendiéndome una mano de piel casi blanca con uñas pulcramente cuidadas.

Me levanté.

- Es un placer-. No lo había notado antes pero Lisando tenía unos espectaculares ojos azules detrás de esa gruesa capa de pestañas negras.

Vicente se apartó de su silla.

- Bien, es hora de que vaya a recorrer un poco el lugar, hace mucho tiempo que no paseo por aquí- tomó su copa de champagne de encima de la mesa y la alzó en mi dirección.

- Sí, ve a ver lo que hicimos con la casa del lago.

- ¿Concluyeron con la remodelación?

- Sí, y quedó espectacular.

- Por lo visto, al final lograste encontrar buenos carpinteros.

- Sí, ese fue un lujo que me pude dar gracias...

- Como sea, los dejo solos para que conversen un rato.

- Tomate tu tiempo- le propuso Nicolás, alias Lisandro- el lugar es todo tuyo esta noche, te dejé una agradable sorpresa allí.

Vicente alzó las cejas, los ojos se le iluminaron. A mí en cambio se me formó un nudo en la garganta, no me gustó nada el tono en que Nicolás pronunció la palabra “sorpresa”, ésta sonó un tanto lujuriosa.

- No tenías que molestarte.
- No es molestia.
- Bien, entonces me voy, y los dejo tranquilos, no quiero perderme mi sorpresa.

Al verlo alejarse en dirección al lago, me entraron ganas de arrancarme las sandalias y correr tras él. No tuve oportunidad de hacerlo, Nicolás me invitó a sentarme otra vez.

Dos chicas de chaqueta gris se nos acercaron, una traía un balde con una botella de champagne helado y la otra: dos copas de cristal limpias. Entre ambas despejaron la mesa y acomodaron lo que acababan de atraer. Nicolás no pronunció palabra hasta que las muchachas se fueron.

- ¿Disfrutaste la velada?
- Todo lo que me fue posible- contesté con voz rasposa, mi garganta se sentía como forrada en papel de lija pero no podía beber un sorbo más de alcohol si deseaba mantenerme lo suficientemente sobria para resistir lo que seguramente estaba por venir.
- Ya veo- convino él soltando el extremo de una soga que pretendía unirnos a ambos en un nivel de complicidad que sin duda no compartíamos con ninguna de las demás personas.

- ¿Hace cuanto que conoces a Vicente?
- Un par de años- respondió tomando la copa por el pie, se llevó el cristal a los labios y la inclinó para permitir que el líquido fluyera en dirección a su garganta.

- ¿Qué tan bien lo conoces?

Nicolás bajó la copa. - Lo suficiente para saber quién es, y lo poco y estrictamente necesario para mantenerme a salvo. Desde que sellamos nuestro trato hasta esta noche no lo he visto en más de tres o cuatro ocasiones. Le doy una mano cuando me lo pide, eso es todo, no es que nos hagamos visitas sociales ni nada por el estilo.

- Entiendo...
- Según tengo entendido no es común que visiten a sus... bien, a lo que sea que signifiquemos nosotros para ellos.

Ambos nos quedamos en silencio.

- Así es que estás un tanto perdida... no te resulta fácil decidirte... a mí me sucedió lo mismo. En un principio se me ocurrieron tantas cosas que pedir a cambio, que al llegar el momento de tomar una decisión simplemente no pude hacerlo. Nunca se me hubiese ocurrido que tener al alcance de las manos

semejante oportunidad, pudiese resultar tan traumático-. Suspiró-. En fin, no me arrepiento de la elección que realicé- se sonrió- no al menos por ahora, sólo Dios sabe qué sucederá cuando pase al otro lado, si es que el otro lado existe. La verdad es que prefiero no pensar en ello.

Le devolví una sonrisa sin gracia.

- ¿Quieres oír mi historia?

- Supongo que para eso me trajo aquí.

Nicolás asintió con la cabeza.

- Fue en una noche muy parecida a esta cuando Vicente apareció en mi vida, yo regresaba a mi habitación en una pensión de mala muerte luego de actuar en un pequeño teatro para un público de menos de veinte personas de las cuales menos de la mitad nos prestaba atención a mí y a mis compañeros; recuerdo a la perfección que los ronquidos de los espectadores que se habían quedado dormidos en ocasiones eran tan fuertes que teníamos que gritar a viva voz para que se nos oyera-. Se pasó la toalla que llevaba al cuello, por la frente para secarse las gotas de sudor que le caían desde el nacimiento del pelo negro y tupido-. Definitivamente esos eran otros tiempos, por aquel entonces no ganaba ni para poder comer, por lo que llevaba tres semanas de atraso en el pago de la renta de mi habitación y me mantenía a base de pan viejo y mate; estaba más flaco que un palo de escoba y más frustrado que un ingeniero aeroespacial trabajando de taxista. Recuerdo que esa noche, para apañar el hambre y la decepción de no haber podido captar la atención de mi público, acepté de mano de uno de mis compañeros un cigarrillo de marihuana... en mi vida siquiera había fumado un cigarrillo común y corriente. En fin- volvió a suspirar-. Cuando llegué a la pensión en la que vivía me lo encontré a él, parado frente a la puerta de mi habitación. Pensé que alucinaba a causa del cigarrillo, sin duda su presencia quedaba un tanto descolocada en aquel lugar; y creí que me había vuelto completamente loco cuando lo oí decirme quién era y qué era, y para qué estaba allí-. Hizo una pausa-. En un primer momento me asusté; el miedo se fue en cuanto empezamos a conversar, él se mostró interesado por mi carrera, por las obras que yo escribía. Nunca olvidaré esa noche, no pude dormir pensando en lo que podía pedirle a cambio de mi alma, sentía que tenía el mundo al alcance de las manos pero a mi el mundo no me interesaba, lo que yo deseaba era otra cosa pero en ese primer momento no lo comprendí.

- Nunca te planteaste decirle que no.

- ¿Decirle que no a qué?

- A su oferta.

Negó con la cabeza.

- No... bueno, sí... bien, no fue exactamente así, fui a una iglesia y asistí a misa, presté atención a lo que el cura decía e intenté comprender que hacían todos los fieles allí. Procuraba encontrar una respuesta a los recelos que me provocaban entregarle mi alma a un demonio... no encontré nada, siquiera la certeza de que vaya a ir al Infierno.

- Yo también fui a ver a un cura.

- ¿A sí, y hablaste con él sobre Vicente?

- No, el hombre no llegó a atenderme.

Nicolás revoleó los ojos.

- No temo por mi alma.

- ¿No?

- No, sinceramente no creo que realmente le pertenezca al Diablo, Satán o como se llame. Yo no he lastimado a nadie, no he matado a nadie, simplemente he hecho una elección que me incluye a mí y a nadie más, eso es todo.

- ¿Cómo estás tan seguro?

- No pedí dinero, no pedí poder, simplemente pedí poder ser lo que siempre he sido, un actor, un artista, eso es todo.

- ¿Y qué es este lugar entonces?

- El resultado de mi esfuerzo. Compré esto con lo que gané en buena ley con mi trabajo. Los actores que viste en el escenario son los mismos que me acompañaban en la obra que representamos la noche antes de que conociera a Vicente, todos juntos hacemos que este lugar funcione. Gracias a la hostería, a las obras que representamos aquí y en otros teatros de la ciudad, ya ninguno de nosotros pasa hambre ni ninguna otra necesidad, y lo mejor de todo es que ya no tenemos que gritar para que nuestras voces se escuchen por encima de los ronquidos del público, ahora gozamos de la atención, el beneplácito y el respeto del público.

- Suena muy bonito; nada de esto tiene que ver conmigo, no tengo intenciones de convertirme en actriz ni de poner una hostería.

- Me alegra, no me gustaría tener que competir contigo-. Aseguró sonriente.

De un trago terminó su copa.

- ¿Con qué sueñas?

No contesté.

Nicolás se inclinó sobre la mesa, apoyó los codos sobre ésta y me miró directo a los ojos.

- ¿Por qué no quieres entregarle tu alma?

No iba a contestarle, primero, porque no sabía exactamente por qué sentía tanta aprensión a entregarle a Vicente algo que ni siquiera estaba segura de tener y segundo, porque no terminaba de confiar en él, todo lo que había dicho podía ser una gran mentira. Hasta lo que yo sabía, Nicolás alias Lisandro, podía ser cualquier cosa, incluso un demonio.

- ¿Dónde queda la casa del lago?

Nicolás enderezó la espalda.

- Más allá del muelle, detrás de esos árboles de allí- indicó apuntando hacia el bosquecillo que se alzaba a unos metros por detrás de mi espalda.

- Gracias-. Me saqué las sandalias, me puse de pie, y cargándolas en una mano, me eché a andar sobre el mullido, fresco y húmedo césped.

No me costó encontrar la casa, de hecho, fue lo primero que vi -y que copó mi vista-, en cuanto el enorme claro se abrió espacio detrás de los árboles, a la derecha del lago.

La casa del lago era una especie de cabaña alzada sobre pilotes de metro y medio de alto. De paredes blancas y techo gris, la casa era una versión en miniatura de la estructura principal de la hostería, con su propio pequeño porche, su terraza en el primer piso, y sus plantas de hortensias, era un pequeño brillante de gran valor perdido en la oscuridad de la noche.

En la escalera, alumbrado por la luz de la luna, y con el reflejo amarillento de la tenue luz de farol que colgaba del techo a sus espaldas, modificando el gris de su camisa a un verde musgo, hallé a Vicente sentado, contemplando el lago. Supongo que oyó mis pasos y por eso desvió sus ojos en mi dirección.

- ¿Qué haces aquí tan pronto?- inquirió poniéndose de pie. Tenía su saco en una mano y se había desabrochado los primeros botones de la camisa y aflojado la corbata.

- ¿No te gustó tu sorpresa?- me detuve frente a la escalera, tuve que alzar la cabeza para mirarlo a la cara.

- Hace tiempo que dejé de sorprenderme.

- ¿En que consistía?- curioseé tomando asiento sobre el escalón en el que él estaba parado.

Se sentó a mi lado. - Está dentro, si quieres verla...- dijo echando un vistazo hacia la puerta entreabierta por la cual se colaba un rectángulo de luz hacia el exterior.

Seguí su mirada sin identificar nada. Me sonrojé.

- ¿Se puede?

- Sí, claro-. Frunció el entrecejo-. ¿Qué crees que es?

- No sé, sonaba a... a como si te hubiese dejado un mujer o algo así- admití poniéndome todavía más colorada aún.

Vicente soltó una carcajada y continuó riéndose pese a mi vergüenza e incomodidad.

- ¡Qué ideas que se te ocurren! Ojala fueses tan inventiva a la hora de pensar en algo que pedir a cambio de tu alma.

- No te burles.

- Es que de verdad me causó gracia, parezco del tipo de esos que les gusta que le hagan esa clase de sorpresas.

- Si consideramos que eres extremadamente bueno eligiendo ropa femenina debería decir que no, pero no sé, no te conozco lo suficiente.

- No todo en esta vida es un extremo o el otro.

- Mira quien lo dice.

Vicente apretó los labios y resopló por la nariz, pretendió sonreír pero su sonrisa se murió antes de nacer.

- Lo que me dijo Nicolás no me fue de ayuda.

Dio un largo parpadeo.

- Este lugar es precioso- comenté. Deseaba conversar con él y no sabía por dónde empezar, se me ocurrió sacar un tema que en apariencia parecía inocente; que error, por supuesto él se aprovechó al instante de mis palabras.

- Puedo darte un lugar cien veces mucho más hermoso que éste.

- Te faltó el tiempo para volver a la carga. No puedes cruzar tres palabras conmigo que no tengan que ver con mi alma.

Vicente me miró un segundo y luego apartó la vista otra vez.

- ¿Qué, quieres que seamos amigos, pensé que lo que querías es que desapareciera de tu vida?- se levantó-. Creo que nos vendría bien un poco de mi sorpresa.

Vicente remontó los escalones que faltaban hasta el porche, se metió en la casa y menos de un minuto estaba otra vez fuera, cargando una botella de champagne y dos copas.

- Si tu intención es emborracharme para que así deje de hablar, vas por mal camino, lo único que conseguirías con eso es el efecto contrario.

- Y lástima que a mí no me produzca efecto alguno- dijo sentándose otra vez a mi lado.

- Me alegra oírlo, porque no creo poder encontrar el camino de vuelta a la ciudad si no puedes manejar y pese a tus sospechas de antes, no tengo

intenciones de quedarme a pasar la noche aquí.

Sirvió dos copas y me dio una. Bebimos en silencio.

- ¿Cuántas veces hiciste esto... es decir, cuántas almas has comprado?

- Creo perdí la cuenta.

- ¿Eres bueno en esto?

- Hasta antes de conocerte lo era.

- Lamento haber arruinado tu carrera.

Sonrió.

- ¿De veras lo lamentas?

Le sonreí en respuesta.

- ¿Por qué el champagne no te hace nada?

- Por la misma razón por la que no necesito un cinturón de seguridad.

- ¿No eres de carne y hueso?

- Pellízcame- me ofreció el dorso de su mano derecha luego de pasar la copa a la izquierda.

Lo pellizqué lo más fuerte que pude, sin duda parecía de carne y hueso pero mi apretón no le provocó ni una cosquilla.

- ¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo?

- Mucho.

- ¿Y cuanto es mucho? ¿Diez años?

Vicente negó con la cabeza.

- ¿Es más? ¿Veinte?

- Te estás quedando corta.

- ¿Cincuenta? ¡No, no pueden ser cincuenta, no aparentas más de treinta años, cómo podrías llevar veinte o cincuenta años haciendo esto!

- Te recuerdo que soy un demonio, no un simple ser humano; y gracias por eso de que no aparento más de treinta.

- ¿Son más de cien años?- la mera idea de imaginar que Vicente llevaba en la tierra más de un siglo me parecía tan ridícula como sonaba.

Me contestó con un gesto que daba a entender que sí.

- Tienes más de cien años...

- No me afecta el champagne, no me afecta el paso del tiempo- declamó como si estuviese sobre un escenario.

- Vamos, dime cuántos años llevas en esto.

- No creo que deba ser más específico que eso.

- Pero cómo llegaste aquí, es decir de dónde saliste, qué es ser un demonio...

Tienes un cuerpo pero no puedes resultar herido y...

- ¡Es momento de cambiar de tema!- dejó su copa sobre el escalón y se levantó-, es más, creo que ya deberíamos irnos. Si no emprendemos el regreso ahora llegaremos muy tarde y tienes que levantarte temprano mañana.

- No tengo sueño.

- Eso no importa, tenemos que irnos, tengo cosas que hacer.

- ¿A esta hora?

- Otro lujo de ser demonio: puedo pasar una noche de vigilia sin problemas.

- ¡Suerte la tuya!- si yo dormía menos de seis horas amanecía más tonta de lo normal.

- Andando.

- Antes una última cosa.

- ¿Qué?- resopló molesto.

Nos miramos. No me atreví a preguntarle su cuerpo no reaccionaba al igual que el de otros humanos. Toda mi piel estaba cargada de una tensión casi insoportable. Me bastó con que me mirara así fijo, para darme cuenta de que yo, al igual que Hermia, podía elegir a Lisandro sobre amenaza de ser desterrada de la sociedad de los hombres -en todo sentido, no sólo en el que explicaba la obra- o incluso de perder la vida.

Si en un principio él había sido el responsable de aquel embelesamiento, ahora eran la oxitocina y la dopamina, hormonas del amor, creadas por mi propio cuerpo, las responsables de la imbecilidad que me llevaba al deseo de arrojarme en brazos del demonio que quería apoderarse de mi alma para condenarme por siempre.

Me pregunté que opinaría si pedía, a cambio de mi alma, su amor. Podría corresponderme y podría continuar amándolo yo sin mi alma. Todo el embrollo era demasiado parecido al de la historia de la obra.

Encerrada en mis pensamientos, dejé que me llevara hasta la puerta de mi departamento en su veloz vehículo. Sabía lo que quería pero no estaba segura de si debía pedirlo o no, las consecuencias de hacerlo podían ser todavía más desastrosas que simplemente perder mi alma. ¡Necesitaba urgentemente, hablar con Lucas!

Esa noche tuve un sueño horrible, soñé que moría, veía mi cuerpo semi desenterrado en un frío y angosto poso de la tierra negra de forma rectangular. Mi boca estaba llena de tierra, mi piel, hinchada, en pleno proceso de putrefacción y de un color desagradable, sucia con costras de tierra y sangre, y desprendía un olor acre insoportable, olía a tierra húmeda y a carne en

descomposición, a desolación, tristeza y abandono.

Mi pelo revuelto y húmedo se hundía por hebras enredadas entre la tierra, igual que si fuesen raíces. Mi cuerpo sin vida enfundado en el vestido gris que Vicente me diera yacía completamente inmóvil. Me torturaba ver mi cuerpo allí, me entraban ganas de levantarlo de la tierra e intentar reanimar el corazón.

Una tortura más insufrible resultó el cambio de posición que tomó mi conciencia: en cuanto los pasos lentos y pesados se acercaron hasta el foso, mi lugar como testigo del cuerpo se mudó hasta éste, se instaló dentro de él. Los ojos del cadáver continuaban cerrados y aun así podía ver a Vicente parado a los pies de mi tumba, contemplándome con el mismo desprecio que si fuese la cáscara de una nuez pelada, una cáscara descartada por no ser importante. Quise gritarle que seguía allí... no conseguía mover la mandíbula, los músculos de este cuerpo estaban porosos, gomosos, sin tonicidad alguna y no reaccionaban a mis pensamientos por el simple hecho de que mi cerebro ya no funcionaba.

Vicente me dio la espalda sin importar cuanto yo repitiese su nombre con esta boca llena de tierra, cuantos alaridos de desesperación soltase. Me abandonó allí, en la oscuridad del foso cuyas paredes comenzaban a derrumbarse. Justo antes de quedarme a oscuras, enceguecida por la tierra negra, me vi a misma, a una proyección de mi cuerpo, translucida y nacarada, parada en el exacto lugar en el que había estado parado Vicente.

Vicente, mi cuerpo y mi alma separados, y así permanecerían por toda la eternidad.

Empecé a ahogarme, boqueaba, moría otra vez; todo se puso negro.

El despertador sonó, me despertó, me trajo otra vez a la vida.

17. Actitudes anárquicas.

- ¿Qué tal te fue anoche con Vicente?- soltó Susana con un tono áspero en cuanto me detuve frente a ella. Ya había quitado los candados y se disponía a abrir la puerta.

- Más o menos, y no es lo que parece.

Abrió la puerta pero no entró.

- ¿No están saliendo acaso?
- No en el estricto sentido de la palabra.
- Bien- gruñó y entró.

La seguí.

- ¿No vas a preguntarme nada más?
- Para qué, sé que no vas a responderme si lo hago.
- Reconozco que mi comportamiento no tiene excusas, te pido disculpas, lo de ayer fue... fue una tontería; últimamente estoy un tanto tensa y no...
- ¿Hoy ya no estás tensa?, la verdad es que no se te ve nada bien. No tienes buena pinta.
- No dormí bien.

Susana aceptó mis palabras sin emitir comentario alguno. Presionó el botón y las persianas de acero comenzaron su ascenso.

- Es probable que Vicente desaparezca de mi vida en un futuro próximo.
- Creí que te gustaba.
- Por lo visto no importa demasiado lo que a mí me pase.
- No te entiendo.
- Para él nuestra relación no es más que negocios.
- ¿Negocios?- preguntó alzando una ceja.
- Negocios que no van a llegar a ninguna parte si las cosas siguen así-completé yo.

- ¿Qué tipo de negocios? ¿Vas a dejar de trabajar para Julio?

- No, no voy a ir a ninguna parte y no te enojés, no puedo contarte nada más.

Susana con las manos en la cintura, me contempló en silencio y finalmente soltó.

- ¿Es ciego o estúpido? No me explico cómo es que no se dio cuenta de que estás loca por él.

¿Era tan obvio? ¿Vicente realmente no se había dado cuenta o fingía no notarlo?

- Como sea, pronto se irá.

- ¿No te interesa retenerlo?, ¿vas a bajar los brazos sin pelear?

- En este caso creo que lo mejor es dejar que se vaya.

- También dejaste que Cristian se fuera.

- No puedes obligar a nadie a amarte.

- ¡¿Estas enamorada de Vicente?!- soltó un silbido agudo-. ¡Eso sí que es grave!- exclamó con una sonrisa y los ojos como platos.

La mañana se pasó rápido, nos tapó el trabajo y el hecho de que hubiese reentablado la relación con Susana hizo que el tiempo resultase mucho más ameno, por lo que los minutos, a diferencia del día anterior ya no se arrastraban lastimosamente.

Esperaba de un momento a otro, tener novedades de Lucas pero no apareció en toda la tarde ni llamó por teléfono; Vicente tampoco dio señales de vida. La ausencia aparente de mis dos demonios me dejó un tanto desolada, la ansiedad de estar estancada en esta situación sin resolver, me provocaba un molesto y desagradable hormigueo por todo el cuerpo, cuyo epicentro se encontraba en mi estómago.

Cuando se hicieron las siete y media, y con Susana empezamos a cerrar el local, la preocupación ya se había apoderado de mí, necesitaba hablar con Lucas y ver a Vicente para calmarme con la ayuda del primero y sentirme bien, gracias a la compañía del segundo. Me sentía igual que un drogadicto consciente del mal que esas dos dependencias podían causarle, ni modo, los necesitaba a ambos con desesperación. A quién le importaba si mis actitudes eran de lo más anárquicas, así como estaban las cosas no lograba ver y sentir nada más allá de los límites de mi cuerpo.

...

Susana se volvió a despedir de mí con la mano, me subí al colectivo y cuando éste dobló en la siguiente esquina la perdí de vista. Durante todo el trayecto de camino a casa no hice otra cosa que pensar en Vicente, deseaba tenerlo a mi lado en este instante, quería que regresara a mi lado y no volviese a dejarme, incluso se me ocurrió la loca idea de bajarme del colectivo, tomar un taxi e indicarle al conductor la dirección de su casa. Por supuesto no lo hice, el miedo al rechazo fue más fuerte.

Mientras caminaba las pocas cuadras que separaban la parada del colectivo de mi casa, pensé en si él sería capaz de tener sentimientos similares a los míos, sabía que podía disfrutar de algunos placeres muy humanos, pero no tenía idea si lo hacía solamente para mantener una fachada o si realmente sentía algo al degustar un buen vino, una buena cena, o al manejar su auto a toda velocidad por la autopista.

En cuanto crucé la calle me encontré con el Mercedes-Benz negro frente a frente, era uno de los pocos automóviles estacionados junto al cordón, por lo que resaltaba todavía más de lo normal. Estaba a pocos pasos de éste cuando

Vicente emergió de dentro por la puerta del conductor.

- Hola- me saludó con una cotidianeidad que me impresionó, nadie que nos hubiese visto entonces hubiese imaginado lo que sucedía entre ambos.

- Hola.

- Llegas temprano- comentó empujando la puerta.

- Sí, hoy terminamos temprano, no hubo mucho movimiento.

- ¿Bajaron las ventas?

- No te preocupes por eso, mi sueldo no es a comisión.

- Me quedo más tranquilo entonces-. Bromeó sonriendo y con el remoto bajó las trabas del auto.

- ¿Hoy no vas a llevarme a ninguna parte?

Negó con la cabeza. - Pensé que podíamos subir a tu departamento a conversar un rato.

- Si puedes soportar la falta de lujos y comodidades a las que estás acostumbrado.

- Creo que puedo soportarlo- me contestó. Su sonrisa se opacó.

Yo me removí en mi lugar, nerviosa.

Vicente me cedió el paso. Los pocos metros que nos separaban de la entrada de mi departamento sentí su mirada pegada a la nuca, y cuando finalmente llegamos a la puerta, y yo no podía encontrar mis malditas llaves. La demora hizo que me viese obligada a soportar su dulce aliento en mi cuello -lo cual por cierto no ayudaba en nada a mi temblorosa mano derecha, la cual buscaba a tientas la llave por el fondo de la cartera-.

Su perfume hizo que perdiese por completo la concentración en lo que hacía , por lo que abrir la maldita puerta de calle me costó todavía más de lo acostumbrado, maldije al encargado y al consorcio por no decidirse en cambiar de una buena vez aquella condenada cerradura, la cual, ya de por sí, se trababa con mirarla.

- Déjame ayudarte-. Vicente puso su mano sobre la mía, y presionando la lleve hacia el interior del ojo de la cerradura la hizo girar, el pestillo saltó y la puerta se abrió.

- ¿Tienes experiencia forzando cerraduras?- le pregunté mientras sostenía la puerta de vidrio para dejarlo pasar.

- No necesito forzar cerraduras para entrar en aquellos lugares a los que deseo entrar.

Solté la puerta para dejar que se cerrara. - Sí, ya lo recuerdo, y hablando de eso, ¿cómo lo haces?

Vicente sonrió. En cuanto parpadeé desapareció de mi vista. Me di vuelta para buscarlo y lo encontré al otro lado de la puerta cerrada, sonriente y con los brazos cruzados sobre el pecho.

- ¡¿Cómo hiciste eso?!- miré a mi alrededor alarmada, esperaba que ninguno de mis vecinos lo hubiese visto hacer aquello.

- Muy fácil- su voz me llegó opacada por la gruesa lámina de vidrio que nos separaba. Puso una mano sobre la manija y simplemente presionando sobre ésta, abrió la puerta.

Yo me aparté para dejarle espacio. La puerta se cerró, estaba otra vez cerrada con llave.

- Alguna vez tendrías que mostrarme lo de las llamas.

Vicente sacudió la cabeza sonriendo.

- Andando, tenemos mucho de que hablar.

Pese a su facilidad para lidiar con cerraduras, me dejó a mí, arreglármelas con las de la puerta de mi departamento en un gesto muy humano.

- Puedo ofrecerte algo de tomar.

- No, estoy bien, gracias.

Arrojé mi cartera y mis cosas sobre el sillón y caminé hacia la cocina. Yo sí necesitaba de un buen vaso de agua fría. Abrí la heladera mientras él husmeaba entre mis discos compactos. Me bebí medio vaso de agua helada en tanto él contemplaba las fotografías de los marcos que plagaban la biblioteca que cubría media pared.

- ¿Estos son tus padres?- curioseó alzando un portarretrato plateado que contenía una vieja fotografía en blanco y negro.

- Sí, son ellos cuando todavía estaban de novios.

- Se ven felices.

- Pese a sus tontas e innumerables discusiones creo que todavía lo son, llevan más de dos décadas, juntos.

Vicente dejó el portarretratos en su sitio. - ¿Eso mismo esperabas para ti cuando te comprometiste con Cristian?

- No lo sé, nunca fui del tipo de mujer que sueña con casarse de blanco luego de ser entregada por su padre en el altar.

- ¿Entonces porqué ibas a casarte?

- Porque estaba enamorada- contesté al tiempo que me servía más agua- ...eso creo- dejé la jarra de agua a un lado, sobre la mesada-. No sé qué es en realidad lo que quería, no creo que mis expectativas fuesen tan lejos como han llegado mis padres, simplemente deseaba ser feliz, eso es todo.

- ¿Ahora que opinas, deseas casarte algún día?

Inspiré hondo y solté el aire.

- La verdad es que no estoy segura, supongo que hay otros modos de llegar a la felicidad-. Me llené la boca de agua para no tener que seguir hablando.

- Eso es lo que pretendo hacerte entender- disparó él aprovechándose del momento.

Dejé el vaso sobre la mesada.

- ¿Según tú, qué me haría feliz?

Vicente dio unos pasos hacia mí.

- Usualmente me resulta fácil descubrir las inclinaciones de las personas por ciertas cosas...- se detuvo-, eres un caso distinto. Tu mente es un revoltijo de ideas.

- Gracias por eso- resoplé con ironía.

- Eres la persona más perdida que he conocido jamás.

- Sí tu idea de ayudarme es insultarme...

- ¡No, no me malinterpretes!

- No creo que haya más de un modo de interpretar lo que acabas de decir.

- Sí, sí la hay y la razón es que me necesitas mucho más que ninguna de las otras personas a las que haya visitado antes.

Y no se imaginaba hasta qué punto.

- ¿Qué planeas hacer al respecto?-

- Todavía no lo sé.

Los dos nos quedamos en silencio mirándonos.

- ¿Existe un límite en lo que puedes dar a cambio de mi alma?

- ¿A qué tipo de límites te refieres? He dado las cosas más disímiles que puedas imaginar, desde las que podrían antojársete más grandes, fastuosas y valiosas hasta las más ridículamente insignificantes. Un mismo deseo puede tener un valor completamente distinto para dos personas.

- Mi pregunta es si hay algo que no puedas dar a cambio de mi alma.

Vicente se mordió el labio inferior.

- No, creo que no- soltó por fin-, por qué, qué tienes en mente.

- Nada, simplemente quería tener una idea de qué pedir.

Le di la espalda y encendí la luz de la cocina, la noche comenzaba a caer.

- Puedo darte lo que tus padres tienen...- comenzó a decir en un susurro- ... con Cristián o con alguien más.

Me aferré de la mesada.

- No creo que me haga feliz ser la otra mitad de un amor prefabricado.

- No te darías cuenta de que es un amor prefabricado, para ti se sentiría y se vería completamente normal.

- Sabría que no lo es, y la verdad es que no me interesa vivir una ficción-. Hice una pausa-. Cualquier cosa que puedas darme tendría ese mismo gusto, el de algo que no es real, el de algo por lo que no he luchado por conseguir... y eso a la larga no me hará feliz, sino terriblemente desdichada.

Vicente se quedó mudo.

- No estarías quedándote solamente con mi alma, sino con mi vida también.

Vicente dio otro paso al frente. Sus ojos se habían oscurecido y sus manos colgaban crispadas a los costados de su cuerpo.

- ¿Volvimos al punto de partida?- inquirió con un claro dejo de preocupación y enojo en el tono de su voz.

- No es mi intención, es que no logro hacerme a la idea de...

- ¡¿Tienes idea de lo que haces?! ¡¿Es que acaso no tienes instinto de preservación?! ¡¿No entendiste que no es un juego, ni siquiera estamos negociando?! ¡Simplemente no puedes decirme que no!- alzó una mano y me apuntó con un dedo rígido-. ¡Y te advierto, no empieces con eso de que no quieres nada, porque todo el mundo quiere algo!

- Vicente- pronunciar su nombre frente a él... llamarlo en voz alta y no en sueños resultó completa y absolutamente surreal. Él se dio vuelta y me miró muy serio, supongo, por el gesto en su rostro, no le agradó que lo llamara por su nombre.

- No vas a descubrir qué quieres ni en una semana ni en mil años ¿no es así?

- El problema no reside en que yo descubra lo que quiero o no, el problema es que no creo que quiera aceptarlo de manos de Infierno.

- Esta actitud rebelde y anárquica no te llevará a ninguna parte. Simplemente no puedo dar media vuelta e irme para nunca más volver.

- Entonces elige tú qué darme y terminemos con esto. Sin no puedo elegir entre darte mi alma o no, qué más da lo que me entregues a cambio-. Sacudí la cabeza-. No hace la menor diferencia.

- Sí hay diferencia y mucha. Te he dicho que pretendo ayudarte.

- No mientas, solamente te importa conseguir lo que quieres y nada más. ¡¿Qué importancia puede tener para un demonio como tú si yo soy feliz o no?!

- ¡Pues la tiene porque en realidad me agradas y no quiero verte infeliz!

- ¡¿Te agrado?!- le grité devuelta-. ¡¿Te molestaría verme infeliz pero no te importa arrebatarme mi alma?! ¡Qué extraño modo de apreciar a las personas tienes!

- ¡Por favor, Eliza, no tornes esto más grande de lo que ya es!
- ¡Disculpa por la exageración!- chillé-. Pero resulta que discutimos sobre mi alma y sobre mi vida.

Vicente se pasó las manos por el pelo.

- Va a ser mejor que me vaya.
- ¡Sí, vete!- su pasividad podía ser envidiablemente tranquilizadora bajo condiciones normales, pero en este instante resultaba insufrible.

En cuanto cerró la puerta le lancé el vaso en el que había tomado agua, el cristal se hizo añicos al estrellarse con una puntería perfecta donde debía haber estado su cabeza segundos antes.

El vaso no fue lo único que se rompió, sentí que mi corazón se rajaba.

Tan patética como puede resultar una persona locamente enamorada de otra, al ser abandonada, me dejé caer al suelo, y allí, abrazándome las rodillas, me quedé con la cara escondida entre las piernas y el pecho, dándole vueltas al asunto hasta que el teléfono sonó. No estaba de humor para hablar con nadie, por lo que lo dejé sonar. Atendió el contestador y del aparato emergió la voz de mi madre llamándome como si intuyese que yo me encontraba allí.

- Levanta el teléfono, Eliza- repitió por tercera vez y esperó en silencio-. ¿Acaso te raptaron?, ¿dónde te escondiste todos estos días? - otra pausa-. Tu padre y yo te esperamos el viernes para cenar, como siempre por supuesto. Si quieres puedes invitar a Vicente- corta interrupción, mi madre parecía debatirse entre decir algo o callarlo-, iba a invitar a tú amigo yo misma pero tu padre no me dejó, me dijo que debía preguntarte primero a ti si estabas de acuerdo en que viniera o no; lo cual es ridículo porque yo puedo invitar a mi casa a quien me plazca- soltó a toda velocidad. Sin duda tenía a mi padre en frente y se quejaba ante él-. Bien, cuando gustes llámame, a tu padre y a mí nos agradecería tener noticias de ti, o al menos saber si sigues viva. Adiós.

El tono repiqueteó en el parlante y luego la grabación se interrumpió.

Me levanté del suelo, apagué las luces, me arrastre hasta la habitación y me tiré boca abajo en la cama.

No estoy segura de si fue mi imaginación o qué, antes de dormirme, me pareció sentir a mí alrededor el perfume muy parecido al que emanaba del cuerpo de Vicente, quizá un poco más dulce, como el de las violetas.

Al igual que ocurría desde varias noches atrás, volví a tener horribles pesadillas; esta vez no soñé con mi cuerpo muerto y en descomposición, ni con los demonios que había visto en la casa de Vicente, soñé con algo que no

había llegado a ser: con mi boda con Cristian, con una vida que jamás se haría realidad.

...

Mi madre volvió a llamar en la mañana; no pude hacerme la tonta, amenazó con llamar a la policía para denunciar mi desaparición si no le contestaba el llamado y sabía que lo haría, por su voz identifiqué que no bromeaba y por más que guardara la más insignificante duda acerca de su capacidad para exagerar todo hasta el extremo, no estaba dispuesta a arriesgarme a que una veintena de policías armados irrumpiesen en mi departamento en procura de un cadáver o de pistas acerca del paradero de mí misma, la presunta desaparecida. Así es que me enjuagué los dientes a toda velocidad, me sequé la cara y corría a atenderla. Por supuesto -no esperaba otra cosa- tuve que soportar mis bien merecidos cinco minutos de tortura en los que volvió a recriminarme mi frialdad, mi alevoso desinterés por su persona, y me acusó comportarme de forma apática, insensible y displicente. En fin nuestra conversación tomó el mismo rumbo de siempre.

Pese a que la idea no me agradaba en lo más mínimo me vi obligada a comprometerme a visitarla el viernes por la noche y ante su pedido de que le extendiese a Vicente la invitación a cenar, no me comprometí a nada, es más, siquiera pensaba preguntarle si deseaba acompañarnos.

Veinte minutos más tarde depositaba otra vez el aparato sobre su base y corría de vuelta al baño para ponerme en condiciones para salir.

Debo admitir que estaba tan apurada, y tan concentrada en que llegaba tarde al trabajo, que ni me percaté de la presencia de aquel pequeño automóvil azul. Ya me alejaba a grandes zancadas de la puerta de entrada del edificio cuando me di cuenta de me que llamaba.

- ¡Eh, dónde vas tan apurada!

Me detuve en seco. Lucas avanzaba en mi dirección.

- ¿Decidiste ignorarme o...?

- Disculpa, no te vi; estoy tarde y ni me di cuenta... Hola.

- Hola, buen día-. Me saludó él. Apuntó con la cabeza en dirección al automóvil-. ¿Puedo alcanzarte a alguna parte?

- No te meterás en problemas por hacerlo, anoche...

- Ya sé lo de anoche, Vicente me contó algo... estaba fuera de sí cuando llegó

a la casa. No te preocupes, no me meteré en más problemas de en los que me metería si nos juntásemos para hablar en cualquier otra parte; aprovecharemos para charlar en el camino ¿te parece bien?

- Sí, claro, perfecto.

Abrí la puerta y me colé en el interior del pequeño automóvil deportivo mientras Lucas se subía por el lado del conductor. Había muchas cosas que diferenciaban a ambos demonios entre sí (lo cual les entregaban puntos a favor y en contra a cada uno) y una de ellas era la extrema caballerosidad de Vicente que a Lucas le faltaba, sobre éste punto no me decidía si lo consideraba algo bueno de tener, o algo malo en faltar. El trato educado y cortés de Vicente siempre marcaba una diferencia entre nosotros, era como si con sus modos finos y recatados, buscara mantenernos uno a cada lado de una línea divisoria que no se atrevía a corromper. Y por el otro lado, con Lucas todo era más normal, más suelto, más relajado; sin buscar siempre abrirme la puerta, o tratarme con delicadeza, me hacía sentir su igual y eso resultaba muy agradable.

Comencé a pensar en cómo debía sentirse ser uno de ellos; sin duda más de uno envidiaría la capacidad de Vicente de poder vivir más de cien años sin envejecer, incluso muchos desearían poder llevar aquel opulento, suelto y en apariencia chispeante estilo de vida, pero quién envidiaría hacer lo que él hacía. Por la cabeza me daba vueltas unas cuantas ideas como: ¿cómo viven?, ¿qué piensan?, ¿qué los motiva, qué esperan de su existencia? ¿Tienen remordimientos por lo que hacen o prefieren convencerse de que realmente son capaces ayudar a una persona más allá del daño que le causan al quitarle su alma? ¿Es que los demonios son capaces de sentir?; digo ¿pueden tener amigos entre los humanos?, ¿o entre los suyos?, ¿se confían sus problemas y sus alegrías si es que las tienen?, ¿pueden llegar a quererse entre sí? O cosas parecidas. ¿Es que acaso se supone que por su naturaleza todas las criaturas del Infierno se odian entre ellas?, o uno simplemente no deja de amar por estar dedicado al mal, o mejor dicho, por estar del lado del mal. Viéndolo ahora, sentada junto a Lucas me resultaba más fácil creer que sí, era posible que pudiesen albergar buenos sentimientos, después de todo, él intentaba ayudarme... ¿o no?- inhale una profunda bocanada de aire por la nariz y la exhalé por la boca. Lo contemple un instante, se lo veía tranquilo. ¿No le preocupaba meterse en problemas por mí...?

Me dio un horrible ardor en la boca del estómago. Lucas se percató que lo miraba fijo y me sonrió, luego, cuando el semáforo se puso en verde desvió

sus ojos de los míos. Se me cruzó por la cabeza que quizá lo hiciese para su propio beneficio, que pretendiese ayudarme pero en realidad, estuviese a la caza de mi alma. ¿Qué tal si hacia todo esto solamente para engañarme? Había dicho que un demonio no podía apropiarse del alma que otro demonio intentaba comprar... que tal si Vicente lo había enviado a hacerlo, en ese caso, estarían trabajando juntos y no compitiendo uno contra el otro.

Me puse nerviosa, las palmas empezaron a sudarme.

- Tu cerebro funciona a mil kilómetros por hora- me acusó sonriente en cuanto el siguiente semáforo lo atrapó pese a que pisó el acelerador a fondo en cuanto hacia la mitad de calle, vio que se ponía en amarillo.

- ¿Por qué lo dices?- le pregunté temerosa pese a que creía conocer la respuesta de antemano.

Torció la boca y luego habló.

- No oír tus pensamientos para mí es el equivalente de lo que para ti sería pretender no oír a alguien que te grita al oído a todo pulmón.

- ¿Ah sí?- murmuré nerviosa enterrándome en la butaca de cuero que me sostenía entera.

- Sí.

Nuestras voces decayeron en un profundo silencio.

Por un segundo tuve la fugaz visión de mí misma arrojándome de aquel automóvil en movimiento, arriesgándome a ser pisada por los automóviles que nos seguían, en pos de huir de sus garras o peor aún, de su excepcional cerebro, el cual era capaz de semejante proeza. Como hubiese querido yo, poder leer sus pensamientos y así obtener un par de respuestas.

Lucas le dio un manotazo a la traba de las puertas del tablero, y las cuatro trabas se bajaron con un sonoro chasquido.

- Ni se te ocurra hacerlo, los raspones que dejan las calles adoquinadas son terriblemente dolorosos, arden como mil demonios... bueno, lo sentirías solo si por milagro sales con vida de esa loca acrobacia.

El corazón se me paralizó en el acto.

- Eliza, no voy a lastimarte- canturreó.

Entré en pánico.

Me miró con afecto, al menos creo que fue eso lo que noté en sus ojos.

- No estoy del lado de Vicente... no al menos en el sentido que supones.

- ¿Estás de tú propio lado, quieres mi alma para ti?- lo pronuncié en forma de pregunta sin embargo era una acusación.

Lucas soltó una carcajada.

- ¡No, nada de eso!- me miró con el entrecejo fruncido como si no creyese que estaba hablando en serio-. Quiero ayudarte, ya te lo dije. ¿Qué es lo que te sucede esta mañana?, ¿por qué desconfías de mí ahora?

- ¡¿Por qué leíste mi mente?! Prometiste que no lo harías.

- Ya te lo dije, esta mañana es igual que si me gritaras al oído. Tu mente está completamente abierta a mí, es como si quisieras que te oyera.

¿Querer...? La garganta se me llenó de saliva.

Lucas paró en doble fila. Los que venían detrás de nosotros demostraron su enojo aturdiéndonos con sus bocinas, uno de los vehículos que nos seguía estuvo a punto de chocarnos; por suerte, con una maniobra brusca, logró esquivarnos. Lucas ni se percató, su atención estaba centrada en mi rostro.

- ¿Qué sucedió? Algo cambió desde la última vez que nos vimos ¿no es así? ¿Eliza?

No contesté, lo que provocó que se quedase mirándome con los ojos abiertos de par en par. Su mano izquierda anclada en el volante, daba la impresión de no querer perder el rumbo. Mientras tanto, su mano derecha apretujaba la parte superior de mi asiento, el cuero crujía bajo la presión de sus dedos tensionados como cuerdas de un arpa. Yo por mi parte no puede hacer más que abrazarme el estómago, sentía que tenía un agujero profundo, un vacío que podía tragarme igual que un agujero negro.

- ¡Habla!- me conminó, dejándome claro que no gozaría concesión alguna al respecto.

Bajé la vista.

- No puedo pronunciarlo en voz alta...- alcé los ojos- ...porque no lo ves por ti mismo.

- Eliza...

- Hazlo. Te doy mi permiso. Prometo no volver a acusarte de violación mental. Esto último le arrancó una sonrisa que tardó poco y nada en diluirse.

- Hazlo- le pedí con todo el vigor que me fue posible juntar.

Parpadeó lánguidamente, sus profundos ojos negros brillaron. Finalmente dejó escapar un suspiro y apoyó la espalda contra el respaldo de su asiento, soltándose del volante y de la butaca por la que yo me deslizaba igual que si me estuviese derritiendo. Sus ojos se perdieron en el fondo de la calle arbolada de un verde esmeralda.

- No hace falta- susurró.

- ¿Cómo?

- Lo sé... es decir, ya lo sabía... esperaba que lo descubrieras...- su nuca

golpeó dos veces contra el apoyacabezas.

- ¿Lo sabías?! ¿Desde cuando? ¿Cómo te diste cuenta? ¿Me leíste la mente antes?!-. Me sentí horriblemente invadida.

- No hizo falta que pretendiera internarme en tu mente para verlo. Un sentimiento así por lo general sobresalta a simple vista...- se volvió en mi dirección y me miró fijo a los ojos- ...te juro que no lo descubrí a base de invadir tu espacio personal... nunca te haría una cosa así. Simplemente lo vi... eso es todo, lo vi con la misma claridad y nitidez con la que tú me vez ahora.

- ¿Cuándo pasó eso?

- El día que viniste a casa.

- ¿El día de la fiesta?

- No, el día que viniste a entregar los vinos que Vicente había comprado donde trabajas.

- ¿Es broma?!- chillé medio fuera de control. Oír eso fue como si un temblor de grado siete en la escala de Richter sacudiese el suelo-. Tiene que ser una broma.

Lucas negó con la cabeza. - No, no es broma.

- ¡Eso no es posible! ¡Yo no lo supe hasta que...!

- Que tu no te dieras cuenta- comenzó a decir él interrumpiéndome-, o mejor dicho, que no te permitieses darte cuenta, no significa que ese sentimiento no estuvieras allí, dentro tuyo, desde entonces.

- No te burles.

- No me burlo, es cierto.

- ¿Por qué no me dijiste nada?

- ¿Sinceramente?

Asentí con la cabeza.

- Porqué esperaba que fuese algo pasajero... que fuese el producto de...

- ¿De eso mismo que tú haces?

- Exacto- admitió-; me equivoqué; ahora lo entiendo-. Hizo una breve pausa-

No se puede mantener a una persona encandilada así por tanto tiempo, es decir, a medida que los días pasan el efecto que tenemos sobre una persona va decayendo hasta que finalmente se inmunizan contra nosotros, es por eso que no podemos perder tiempo. Para nosotros cada día que pasa en el proceso de comprar un alma acrecienta el riesgo de echarlo todo a perder... de que todo termine mal. Usualmente, luego de unos días que pasan a nuestro lado, los humanos comienzan a distinguir en nosotros, rasgos de nuestra verdadera cara... rasgos que no son nada agradables de ver.

Sus me puso la piel de gallina.

Lucas sacudió la cabeza.

- Te inmunizaste y el sentimiento prevaleció, continúas experimentando lo mismo- se detuvo en seco-, bien, no lo mismo, lo que emana de ti ahora es mucho más fuerte que lo que pude ver ese día. Lamentablemente es muy distinto de aquello. Esto es amor, amor real...

Un estremecimiento me recorrió toda la espalda desde la base del cráneo hasta la parte baja de la cintura, lo que me hizo desear ser capaz de quitarme la piel. Aquel era el momento que tanto había estado evitando. El desamparo era palpable. En mi mente se formó un confuso torbellino, cada palabra pronunciada por Lucas me daba vueltas por la cabeza, en pos de emerger de aquella locura, para así poder tomar una bocanada de aire, me aferré del primer pensamiento que encontré sobre la superficie.

- ¿Cómo es eso de que a medida que pasan los días, los humanos empiezan a distinguir en ustedes sus verdaderos rasgos?

En su rostro se desplegó una sonrisa amarga que tironeó de sus labios por las comisuras sin llegar a despegarlos.

- Como en un cuento de hadas, sólo que a la inversa, el encanto del príncipe se diluye de a poco hasta que la princesa únicamente logra ver al sapo verrugoso que hay debajo de la tupida cabellera rubia, de los ojos azules, del traje de terciopelo y del brioso corcel blanco-. Ladeó la cabeza-. En nuestro caso, lo que encuentras debajo de la coraza que actúa de trampa, es algo mucho más desagradable que un sapo verrugoso... lo que se ve en nosotros es- se atoró con sus palabras- es algo que hiela la sangre, algo que hace que tu espíritu se desmoralice, que tu alma se encoja hasta el extremo de que se desate una implosión que la convierta en millones de partículas... algo que te provoca que prefieras morir antes de tener que seguir contemplándolo.

- Yo no veo nada de eso en él... o en ti- le aseguré con la intención hacer que se sintiese mejor, verlo así me horadaba el corazón; yo podía estar hecha una piltrafa, pero mientras él se mantuviese en pie, sería capaz de resistir.

- Espera y lo verás-. Su cantinela sonó funesta.

- Dijiste que todo podía terminar mal si una persona ve la forma en que realmente son, ¿qué tan mal?

- No tiene sentido discutir eso en este momento.

No insistí básicamente porque no me sentía preparada para oírlo, podía atormentarme por cuenta propia con todas las ideas que se me ocurrían al respecto, imaginación no me faltaba para este caso.

- ¿Lo que siento me condenará al Infierno definitivamente?- entoné pasados unos segundos.

Lucas sacudió la cabeza en señal de negación.

- No, nada de eso- se volvió hacia mí-, es más, puede que te ayude a salvarte de él.

Lo miré impávida.

- ¿Es eso posible...? ¿Cómo?

- Todavía no lo sé, intuyo que debe existir un modo... esto no es algo común...

- Si pudiese, le pediría que a cambio de mi alma, me haga olvidarlo. ¿Crees que él se dio cuenta de lo que me sucede?- en mi interior rogaba que no, sé que a sus ojos resultaría todavía más patética de lo que ya debía parecerle.

Lucas se encogió de hombros y luego me preguntó: - ¿realmente quieres dejar de amarlo?

No pude contestar a su pregunta, simplemente no estaba segura de querer dejar de experimentar lo que sentía.

No sé si Lucas adivinó lo que pensaba, simplemente no insistió en el tema, puso el motor en marcha otra vez y retomó el camino a mi trabajo.

- Es mejor que te deje aquí... por si acaso... tú sabes...- dijo él, interrumpiendo el silencio que había cundido entre ambos desde que me quedase muda ante su pregunta. Sin esperar a que le otorgase mi consentimiento, Lucas estacionó en la esquina, a la vuelta de mi trabajo.

Me desabroche el cinturón de seguridad y justo cuando iba a despedirme de él, me percaté de algo en lo que no había reparado hasta entonces.

- Lucas.

- ¿Sí?

- ¿Qué fue lo que viniste a decirme, de qué querías hablarme?

Desvió la mirada.

- De nada, ya no importa.

- ¿Vas a volver? ¿Voy a volver a verte?- se lo pregunté porque me dio la impresión de que entre nosotros se ensanchaba cada vez más, un abismo insondable.

Giró la cabeza y me sonrió.

- Por supuesto que sí- su mano derecha se alzó desde la palanca de cambios y se posó sobre la mía. Su piel estaba caliente-. Resolveremos esto, no sé cómo pero lo haremos, no te preocupes, no voy a abandonarte-. Su mano se cerró sobre la mía y yo le devolví el apretón-. Te prometo que permaneceré a tu lado

hasta las últimas consecuencias.

Sin meditarlo demasiado, liberé mi mano de la suya y lo abrasé tan fuerte como pude. Debajo de mi pecho sentí su cuerpo ponerse rígido. En un principio su reacción fue fría, supongo que no esperaba que le echase los brazos al cuello de esa desesperada forma, sin embargo poco a poco se relajó y sus brazos me envolvieron unas tímidas caricias en la espalda.

- Gracias.

- No hay porqué.

Me despedí de él y me bajé del automóvil, en cuanto puse un pie sobre el cordón, aceleró a toda velocidad y se perdió entre el tráfico.

No puede parar de pensar en aquello que había venido a decirme y que luego prefiriera callar. Me pregunté si tendría algo que ver con Vicente, qué le habría contado sobre lo sucedido en la noche anterior, acaso había decidido tomar alguna medida drástica y Lucas por no herirme, ante la revelación de mis sentimientos había preferido no revelarme sus planes, ¿es por eso que momentos antes de despedirnos lo sintiera tan lejano? Me dio la impresión de que con mi actitud había terminado por echar por tierra todas mis oportunidades de librarme de Vicente.

El terror se apoderó de mí. No sólo sentía miedo por mi persona, sino por mis seres queridos. Con las manos temblorosas saqué el celular de la cartera y llamé a mi mamá. Me atendió luego del segundo repiqueteo del tono y en cuanto oí su voz suspiré aliviada. Camuflé mi temprano llamado con la excusa de preguntarle si quería que llevara un vino o alguna otra cosa para la cena. Mi mamá se mostró sorprendida de que la llamara a esa hora, sin embargo luego se relajó, y después de consultarlo con mi papá, aceptó en que llevase la bebida.

El resto del día pasó sin penas ni glorias, trabajé procurando poner atención en lo que hacía, no tenía ganas de tener otro accidente con botellas y ciertamente no se me antojaba terminar en el hospital por algunos puntos de sutura. No volví a tener señales ni de Lucas ni de Vicente; admito que cada dos por tres me asomaba en dirección a la puerta esperando ver el automóvil del segundo y estaba pendiente del teléfono, por si Lucas me llamaba. A medida que mi mente se centraba en el trabajo atrasado a causa de mi volátil concentración de las últimas semanas, terminé por olvidarme de ellos, lo que hizo que en cierta forma me relajara, al menos de un modo superficial, mi interior continuaba en tensión, no tenía ni la menor idea de lo que haría, o de lo que tenía planeado hacer Vicente respecto a mí y procuré no pensar en ello.

Las horas transcurrieron en la más mundana cotidianeidad. Sorprendentemente, finalicé mi jornada laboral indemne; hasta que cayó la noche y regresé a casa, el departamento en penumbras provocó un gran vacío en mi interior que me hizo sentir el abdomen como si no hubiese comido nada en meses, contraído sobre sí mismo, pegado a la columna vertebral y los músculos lumbares. Fue instantáneo, al abrir la puerta el mundo se me vino encima del modo más opresivo que hubiese podido imaginar, tenía la impresión de que tanto las paredes cuanto el mobiliario se caerían sobre mí aplastándome.

Las extremidades me pesaban como si fuesen de plomo y las sentía igual que si estuviese recubierta de un traje hinchado de agua. Algo todavía más extraño me rondaba: mi departamento se sentía impregnado de un fuerte y empalagoso aroma a violetas con un trasfondo acre, azufrado y cuando encendí las luces del bajo mesada y de la vieja lámpara que estaba junto al teléfono, me dio la impresión de que alumbraban poco y nada, parecía que en aire había algo que no permitía que la luz se expandiera con normalidad. Fue como si el ambiente estuviese saturado de tiniebla, de maldad.

18. Desconcierto.

Por definición, la palabra desconcierto implica un estado de ánimo de desorientación y perplejidad; falta de modo y medida en las palabras o acciones, o la descomposición de las partes de un cuerpo o una máquina; es exactamente así, con todas esas cualidades, como me sentía yo esta mañana.

Ni siquiera sabía si debía levantarme o no de la cama. La noche fue un suplicio, las pesadillas no me dejaron descansar en lo absoluto; fue peor que nunca.

Tener pesadillas puede arruinar tu noche... tener pesadillas semejantes a las que había tenido hasta que el despertador me arrancase de ellas cinco minutos atrás, pueden arruinar tu vida. Si hasta ahora mis sueños obraran el miedo con una vívida autenticidad, lo de la noche pasada era más que eso. Tuve la impresión de que realmente sucedía. Soñé con el Infierno, no con el infierno bíblico ubicado en las entrañas de la tierra, de paredes cavernosas, fosos de azufre hirviente, llamas y un diluvio de gritos y aullidos de almas torturadas, sino uno mucho más real, uno que estaba instalado aquí mismo, en mi departamento.

En mis pesadillas, la oscuridad que notara la noche anterior se había tornado mucho más cerrada, ya no existía luz que pudiese disipar las tinieblas, ni sonido que fuese capaz de penetrar la opresión de una soledad desgarradora que me hacía doler el alma, porque sí, el dolor físico que experimenté (cientos de agujas clavándoseme por doquier, incluidos los ojos y un ardor interno semejante a si estuviese quemándose por dentro) no fue lo peor y ni siquiera la preocupación de no hallar la fuente de tal sufrimiento que procuré por toda la extensión de mi piel sin siquiera toparme con el menor rasguño que lo justificase.

El terror se apoderó de mí porque muy en lo profundo de mi ser, de mi mente, allí donde se alojaba la poca coherencia que me quedaba, sabía que todo estaba a punto de empeorar; sufriría todavía más, que no quedaría ni un milímetro de mi cuerpo sin ser testigo de lo que el mal era capaz de hacerme.

En mí, moraba la certeza de que el mal absoluto me rondaba y que no tardaría mucho en apoderarse de mí.

Todo resultó tan real, que al abrir los ojos me dio la impresión de que todavía continuaba experimentándolo y que esa sensación no me abandonaría hasta que mi alma fuese finalmente del Diablo.

Tenía miedo... un miedo atroz.

Me espantaba la idea de tener que despegarme del colchón porque temía que me atacaran por la espalda, igual que en las peores películas de terror, presentía que algo me atraparía por las piernas en cuanto las bajara de la cama. No sé si había demonios escondidos debajo de la cama, en el placard o dentro de las paredes, pero tenía la sensación de que cientos de ojos me observaban fijamente.

Mi piel erizada y una extraña contractura en la nuca que no sólo afectaba los músculos sino también la piel, igual que si se me hubiese puesto rígida, que si se hubiese convertido en cristal que amenazaba con cuartearse ante el más ínfimo movimiento de la cabeza, me mantenían en un estado de alerta constante.

Pegué un salto en cuanto un trueno rajó el aire cargado de electricidad.

Sin que me percatara siquiera de las pesadas nubes plomizas que cubrían por completo el firmamento, se abalanzó sobre la tierra un diluvio de espesos y gruesos gotones de lluvia que se estrellaban contra el suelo, los árboles y los techos provocando explosiones que mis oídos captaban con una claridad apabullante.

El olor de la lluvia llegó a mis fosas nasales gracias a la brisa que se levantó en el acto. La humedad del ambiente se intensificó convirtiendo el calor de la mañana en un pesado manto irrespirable y pegajoso.

Poco a poco trepé por las almohadas, manoteé el control remoto de la televisión y la encendí, en el noticiero, la estrella informativa de la mañana era la fuerte tormenta que azotaba a casi todo el país, un diluvio de proporciones épicas, según los dos periodistas que se alzaban de traje y corbata, sobre un fondo gris que era la ciudad oscurecida por las nubes de tormenta y la cortina de agua.

En unas cuantas horas de lluvia se habían anegado calles, se habían caído árboles, volado techos, y provocado cientos de miles de pesos en pérdidas materiales de todo tipo a causa del granizo del tamaño de naranjas.

Automóviles abollados igual que si les hubiese caído una lluvia de balas de cañón de esas que se usaban no sé, quizá cuatrocientos años atrás; campos sembrados totalmente arrasados, animales heridos, personas muertas. Un desastre sin precedentes. La peor pesadilla de una activista del medioambiente que lucha contra el calentamiento global.

Mientras intentaba asimilar toda aquella destrucción, la cámara del noticiero captaba imágenes de la costanera, el río embravecido chocaba una y otra vez contra los paredones de cemento, desperdigando sus aguas revueltas y marrones sobre la calle por la que intentaban transitar los automóviles, en lo que parecía un mar de denso barro brotado de las profundidades de la Tierra.

Al ver todo aquello me asusté todavía más. Sabía que nada de esto podía tener que ver conmigo y, aún así, ser testigo de tanta destrucción me hizo preguntarme hasta qué punto el Infierno podía expandirse sobre la Tierra, cuánto poder tenían los demonios enviados por Satán a comprar almas para

llenar sus oscuros dominios y cuánto podía hacer Dios, si es que realmente existía, para ponerle freno a su avance. ¿Hasta qué punto lo que sucedía en la Tierra era responsabilidad de una u otra entidad?

Me levanté de la cama de un salto temiendo enloquecer. No podía darle más vueltas al asunto. Yo que no había creído ni en el Cielo ni en el Infierno, ni en nada más que mi propia existencia y la de lo que me rodeaba, hasta hacía dos semanas atrás ahora me preguntaba por qué sucedía lo que sucedía y quién lo causaba. Simplemente era demasiado.

Procurando borrar cualquier pensamiento de mi mente, me metí en la ducha y me bañé a toda velocidad, todavía no lograba deshacerme de aquella sensación de estar siendo observada. Desayuné y me largué de mi departamento esperando poder dejar allí todos los atormentadores y monstruosos desvaríos.

La calle era un caos, la tormenta lo complicaba todo, el tránsito, la actividad normal de las personas que se dirigían a sus trabajos, incluso el respirar o moverse resultaba difícil. Caía tanta agua que era similar vivir dentro de una pecera. De nada sirvió el paraguas que procuraba mantener contra mi coronilla y que el viento se esmeraba en intentar arrancar de mis manos, llegué al trabajo empapada de pies a cabeza; no fui la única, Susana y Matías quedaron en las mismas condiciones.

El periplo de viajar en colectivo y caminar unas pocas cuadras me tomó el doble de tiempo, de hecho a los tres nos pasó lo mismo. Todos llegamos tarde, pero no creí que hubiese de qué preocuparse, quién en su sano juicio saldría a la calle con un día así a menos que no tuviese la obligación de hacerlo.

...

- Lluve todavía más fuerte que antes- sentenció Susana en un tono sombrío después de asomarse por la puerta. Descruzó los brazos y despegó la espalda de la pared contra la cual estaba recostada para avanzar en mi dirección. Era media mañana y hasta ahora no habíamos recibido a ningún cliente, como para menos, las calles estaban completamente inundadas, tanto es así, que cada vez que pasaba un coche, olas de agua de lluvia lamían las veredas amenazando con meterse dentro del local.

- Creo que es cierto- convino Matías echando un vistazo hacia fuera.

Levanté la vista de los papeles en los que trabajaba. Era cierto, el cielo ya no estaba oscuro sino completamente negro, y daba la impresión de que poco

faltaba para que se precipitarse sobre la tierra aplastándonos a todos igual que si no fuésemos más que moscas.

- Nunca había visto algo así- me dijo Susana. Volvió a cruzar los brazos por encima de su pecho y se estremeció-. No parece normal. ¿Oíste algo en la radio, que dicen los del servicio meteorológico?

- Ninguna novedad, parece que no fuese a terminar nunca.

- Sí, a mí me da la misma impresión. Es escalofriante, parece el fin del mundo.

- Vamos, no exageres- le dijo Matías a Susana-. No es más que una tormenta, ya acabará. Disfruten este momento, de no ser por la lluvia tendríamos que estar atendiendo clientes.

- Aún así no me gusta- murmuró Susana por lo bajo cuando un nuevo estremecimiento la hizo encogerse de hombros.

Nos quedamos en silencio, es decir, no hablamos más, la lluvia no permitía que el silencio se hiciese un lugar en el espacio.

El teléfono sonó. Las dos dimos un salto. Susana soltó una risita nerviosa. De un manotazo lo atendí antes de que sonara por segunda vez.

La voz de mi madre me llegó lejana y con un eco metálico. La línea chisporroteaba y apenas si podía oírla.

- ¿Mamá?- jadeé- Hola...- no hubo otra respuesta más que el sonido de interferencia que era muy similar al de la fritura-. ¿Mamá... estás bien...?- solté alzando la voz-. ¿Hola? ¿Mamá?- llamé casi a los gritos.

El sonido de la línea telefónica se aclaró de golpe y la voz de mi madre irrumpió en mi oído.

- ¡Por Dios, no grites, ¿qué quieres, dejarme sorda?!

Suspiré aliviada al escuchar su tono de fastidio, sin duda estaba bien y eso era lo único que contaba para mí en este momento.

- Quería saber si habías llegado bien al trabajo. ¿Por ahí está inundado?

- Sí, la calle parece un río. ¿Ustedes están bien?

- Todo lo bien que se puede estar con este horrible humedad.

- ¿Ninguna novedad?- No sé que esperaba oír, si que me dijera que la había visitado un demonio o que algo de apariencia sobrenatural había asaltado su sueño, en realidad deseaba que no fuese ninguna de las dos cosas; por las dudas pregunté, esta mañana todo se me antojaba teñido de un cariz sobrenatural.

- No, ninguna- contestó con un tono seco-. Y bien, ¿por la noche vendrás sola o acompañada? Te lo pregunto porque necesito saber cuanta comida debo preparar.

A quién pretendía engañar, si siempre preparaba comida para un batallón (igual que yo; de ella lo había heredado), lo único que le interesaba saber es si yo todavía estaba en contacto con Vicente.

- No lo cuentes mamá- contesté en voz baja para que Susana no me oyese, ella se había apartado del mostrador y contemplaba la lluvia con una mueca hipnótica.

- ¿Terminaste con él?

Si nunca habíamos empezado.

- Mamá, por favor.

- ¡Bien, como quieras! Pero permíteme decirte que ese muchacho es perfecto para ti. Te arrepentirás si lo dejas ir.

Me obligué a mí misma a recordarme que mi madre no tenía ni idea que quién o qué era Vicente, de otro modo, creo que le hubiese respondido con un insulto, yo jamás había insultado a mi madre... es que hoy todos mis sentimientos estaban a flor de piel.

- Nos vemos en la noche, mamá.

- Sí, hasta esta noche- me contestó ella, su voz se opacó debajo del sonido de los truenos.

Colgué y seguí mirando la lluvia caer.

La noche cayó antes de tiempo saltándose el crepúsculo. El cielo pasó del un gris plomizo de las nubes de tormenta a un negro sanguinolento, reflejo de la noche sobre esas mismas nubes que ya no descargaban agua pero que continuaban siendo campo de cultivo para relámpagos plateados y truenos ensordecedores.

Poco a poco la ciudad se iba recobrando de un día caótico.

De camino a casa de mi madre fui testigo de lo que la tormenta había dejado a su paso, me parecía ver una escena de una película de cine catástrofe, era increíble el desastre que el agua causara en unas pocas horas.

Arrebujada debajo de mi gabardina, procuré protegerme del viento frío que soplaba; el gesto no me sirvió de mucho, la temperatura había descendido unos cuantos grados desde el momento en que salí de casa en la mañana, pero la verdad es que no tenía ganas de pasar primero por mi departamento para buscar un abrigo, de hecho, no tenía ganas de volver allí para nada; esperaba poder encontrar una excusa para poder quedarme a pasar la noche en casa de mis padres.

El semáforo detuvo mi andar en aquella misma esquina en la que exactamente

nueve días atrás, me topara con Vicente de camino a la cena organizada por mi madre para sus amigos y familiares a fin de despedir el año. Ahora el mundo se me antojaba un lugar todavía mucho más diferente de lo que lo creí en ese momento.

Aparté mis ojos del brillante hombrecito rojo del semáforo de peatones y eché un vistazo a mi alrededor esperando verlo; él no estaba allí y tampoco había señales de su automóvil; la avenida estaba tranquila, apenas si la transitaban unos cuantos vehículos. El semáforo se puso en verde y mis pies se pusieron en movimiento antes de que tuviese tiempo de darme cuenta de que estaba bajando el cordón. Lo que pasó a continuación sucedió a tal velocidad que apenas si me percaté lo cerca que estuve del final.

Una enorme moto negra de pintura esmaltada en la que se reflejaban las luces de la calle, apareció literalmente de la nada en la avenida, levantando olas de agua sucia producto de lluvia estancada entre las juntas de los adoquines, todavía húmedos, a metros de distancia, avanzaba directo hacia mí.

El atronante sonido del motor que rugía igual que las voces de las almas en pena con las que había soñado la otra noche, con un tono agudo que penetraba dentro del oído atravesando los tímpanos y hasta en el cerebro provocando una punzante dolorosa vibración.

Giré la cabeza, se me venía encima. Fue como si el tiempo se congelase para mí y para el resto del mundo, menos para aquella moto que viajaba a toda velocidad igual que si volara por sobre la superficie de la piedra negra.

La luz blanca del faro frontal me dejó momentáneamente ciega. En un relámpago distinguí a sus dos ocupantes, dos personas enfundadas en chaquetas de cuero negras, con cascos negros de aspecto aerodinámico, cuyas viseras eran tan oscuras como las ropas que llevaban puestas y la propia moto; en la curvada superficie de éstas se reflejaba la calle con sus luces, los vehículos de la calle transversal a los que el semáforo había dado paso, y mi propio cuerpo.

Iban a llevarme por delante y yo ni siquiera era capaz de reaccionar. Mis pies parecían adheridos al suelo y tanto mi cerebro cuanto mi corazón, estaban paralizados. Fue entonces cuando una mano firme, también aparecida desde la mismísima nada, se cerró entorno a mi antebrazo izquierdo y rodeándome por la espalda, me empujó hacia delante. En ese momento, por el dolor que me causó el impacto en las costillas y en el codo izquierdo, creí que la moto había llegado a golpearme, pero en un fogonazo reconocí el perfil de Vicente trastornado por una mueca de furia.

Trastabille y poco faltó para que cayera de boca; él logró estabilizar mi posición. La moto pasó a unos pocos centímetros por detrás de nosotros, rugiendo todavía más furiosa, como si nosotros fuésemos su presa y renegara de no haber logrado atraparnos. Sonaba hambrienta de nuestra carne y sedienta de nuestra sangre.

El mundo volvió a girar libremente permitiendo que el tiempo retornase a su camino habitual: hacia delante y únicamente hacia adelante.

Oí frenadas, bocinas sonando estridentes, insultos, ruedas chirriar sobre los adoquines mojados y el espeluznante acelerar del motor de la moto. Las nubes se movieron rumbo al norte empujadas por el viento frío. Otro rayo surcó el cielo con un resplandor plateado.

El aire volvió a penetrar en mis pulmones en cuanto lo aspiré por la boca, involuntariamente estuve conteniendo la respiración hasta entonces. Los pulmones me dolieron al entrar en contacto con el oxígeno. Las piernas se me aflojaron al percibir el aroma del perfume de Vicente.

- ¿Estás bien?- quiso saber todavía sin soltarme. Me tenía aferrada por debajo de los hombros con tanta fuerza que sus dedos se me clavaban en la carne hasta los huesos.

Su pregunta sonó a demanda, me pareció que necesitaba que le respondiera que sí. Alcé la vista y clavé mis ojos en los suyos.

Vicente me sacudió; mi cabeza se bamboleó de un lado para el otro; debo haber dado la impresión de ser un cuerpo descoyuntado, mantenido armado solamente por el tejido epitelial, igual que un saco de huesos. Vicente tenía tanta fuerza que mi cuerpo debía ser para él lo que para mí una almohada de plumones de ganso. Ligero, maleable, frágil.

- No te alcanzaron ¿no es así?- me recorrió con sus ojos grises en busca de alguna herida.

- ¿Se encuentran bien?- nos preguntó a ambos un hombre muy alto de abundante barriga enfundada en un ajustada chomba de estridente color naranja fosforescente, cortada al medio por la ajustada cintura de un pantalón de deming. Su rostro perlado de sudor estaba desencajado por el susto que acaba de pasar, él era uno de los conductores de los automóviles que atravesaban la avenida.

Vicente me soltó en el acto.

- Sí, eso parece- le contestó.

- ¡Locos maniáticos!- exclamó el hombre girando un cuarto de vuelta sobre sí mismo para mirar en la dirección por la que se había alejado la moto-. ¡Manejan como condenados sin respetar a nadie y a nada, y luego si los pisas terminan echándote la culpa cuando los imprudentes son ellos! ¡Por un pelo no me los llevé puestos!

- ¿Todos están bien?- preguntó una mujer que bajó tambaleándose de su automóvil. Su pequeño vehículo económico había quedado atravesado en mitad de la avenida en una posición extraña y casi imposible para la circulación normal tanto de la calle como de la avenida; evidentemente, para evitar chocar con la moto había efectuado una maniobra brusca. Al mirar con un poco más de atención me percaté de que la puerta del acompañante del automóvil del que se bajó la mujer quedó a pocos centímetros del poste de luz de la esquina opuesta. Uno de los transeúntes que pasaba por la calle corrió a socorrerla justo a tiempo, la mujer se desmayó y se vino a bajo como un pesado árbol.

- ¡Malditos locos!- chilló el hombre que junto a nosotros.

Para todo esto el tránsito se había detenido en ambas direcciones, era imposible pasar tanto por la avenida como por la calle debido al desparramo de automóviles que la moto dejara a su paso.

Ví que una de las personas que se había acercado para ver qué sucedía, sacaba un teléfono celular de su bolsillo y marcaba un número presionando únicamente tres teclas -sin duda estaba llamando a la policía-.

- Es momento de irnos- me susurró Vicente al oído.

Un segundo más tarde oí la característica sirena de un patrullero irrumpiendo en el aire nocturno. El sonido retumbaba contra la gruesa capa de nubes.

Vicente me tomó de la mano y tiró de mí sin molestarse en ser suave.

El hombre de la chomba naranja no se percató de nuestra partida hasta que no alcanzamos el cordón de la vereda opuesta.

- ¡¿Eh, dónde van?!

- No te detengas- me ordenó Vicente justo cuando yo estaba a punto de echar un vistazo por encima de mi hombro- y por sobre todo, no te des vuelta.

Le hice caso y troté a su lado para seguirle el ritmo a sus apresurados pasos.

Desviándonos del camino que nos llevaría a casa de mi madre, Vicente giró en la siguiente esquina a la derecha arrastrándome a mí por la mano. Nos internamos en una cuadra que estaba completamente a oscuras, las luminarias de la calle sin duda habían resultado afectadas por la tormenta y se encontraban apagadas, y para colmo de males las copas de los árboles eran tan

frondosas que formaban una alta galería por la que no podía sucederse ni la menor filtración de claridad. Fue básicamente por eso que no me percaté de la presencia del Mercedes-Benz negro hasta que al abrirlo Vicente, la alarma sonó una vez y las luces de los faros parpadearon.

- Sube- me conminó abriéndome la puerta, la cual azotó antes de que terminara de acomodarme sobre el asiento de cuero. A toda prisa rodeó el auto por delante y se subió. Cerró la puerta y se quedó sentado muy quieto. Estábamos a oscuras, de cualquier modo me di cuenta de que lanzaba nerviosas miradas en todas direcciones por los espejos retrovisores. Iba preguntarle qué pasaba pero él me silenció justo a tiempo alzando la mano. Al instante un vehículo también negro y con los vidrios oscuros al igual que el de Vicente, pasó por nuestro lado a muy baja velocidad.

Me asusté todavía más. La sangre empezó a latirme en los oídos, mi corazón bombeaba enloquecido. Me quedé dura y él tampoco se movió ni un ápice, de repente nos habíamos convertido en dos estatuas sobre los asientos de cuero, ocultos detrás de la oscura cortina de vidrios polarizados. Muy lentamente el vehículo nos dejó atrás.

Estoy segura de que nuestras respiraciones se acompañaron con el andar de sus ruedas sobre los adoquines. Resultó insufrible seguirlo con la mirada; me sentí asechada por un hambriento león. En cuanto el automóvil tomó la segunda calle a la derecha, Vicente hizo girar la llave en el contacto. Las luces del tablero se encendieron y los faros delanteros iluminaron los adoquines mojados. Sin decir una palabra puso un cambio e hizo salir a toda prisa al Mercedes de su oscuro escondite.

No tenía ni idea de hacia dónde nos dirigíamos y dudo que él tampoco lo tuviese muy claro.

- ¿Vicente?- lo llamé, él no dio ni la menor señal de haber oído, conducía como un poseso sin prestar atención a nada más que a los eventuales vehículos con los que nos cruzábamos. ¿Acaso esperaba encontrarse con la moto que había estado a punto de atropellarnos?

- ¿Podrías decirme a dónde vamos? ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué no me hablas? Óyeme, mi madre me espera; se preocupará si no llego pronto-. Sus ojos grises no se movieron ni un ápice del camino, ni siquiera parpadecía.

No contestó; tenía toda la impresión de que su mente se hallaba muy pero muy lejos de allí.

- ¡¿Vicente?!- le grité a todo pulmón en un intento de traerlo de vuelta de dónde estuviese.

Vicente clavó el pie en el freno con tal contundencia que el auto dio una sacudida y patinó sobre el asfalto mojado para finalmente detenerse con un chirrido de gomas unos cuantos metros más adelante.

Yo, que no llevaba puesto el cinturón de seguridad me di un buen golpe contra el tablero pese que había intentado atajarme con las manos. Sin que me importase un comino solté todos los insultos habidos y por haber.

- ¿Te encuentras bien?- me preguntó con aire compungido tocándome el brazo que yo me masajaba en un intento de disipar el dolor de estrellarme contra el tablero.

Solté un grito de rabia y desesperación y a continuación le contesté. - ¡No, claro que no estoy bien!- aullé-. ¡Nada bien! ¡¿Cómo se te ocurre que podría estar bien si acabo de darme un terrible golpe y a punto estuve de ser atropellada por una moto?! ¡No, no estoy bien! ¡Estoy mal, muy mal, mucho peor que eso!- grité como loca. Lágrimas de furia se me saltaron de los ojos.

Vicente apartó su mano al tiempo que se disculpaba.

Me tapé la cara y me puse a llorar.

- Eliza...

- No quiero volver a hablar contigo- hipé por detrás del llanto.

- Eliza...

- Déjame en paz.

Su mano trepó por mi brazo izquierdo y se detuvo sobre mi hombro. Intenté deshacerme de él sacudiendo la espalda pero me fue imposible, su mano tenía la firmeza del acero. Luego ya no pude resistirme al contacto tibio de su piel que traspasaba la gabardina y dejé que se quedase allí conmigo, sin duda sería lo más cercano a un gesto de cariño que pudiese esperar de él, es más, podía ser lo último que obtuviese de su persona, sin lugar a dudas, si había vuelto después de un día entero de ausencia, era para reclamar lo que había venido a buscar la primera vez que lo vi. Sí, seguro que estaba allí únicamente por eso: quería mi alma, se haría de ella a como diera lugar... a como diera lugar...

Me quité las manos de la cara y clavé mi mirada en él. Su mano liberó mi hombro al instante.

- ¡Mandaste a los de la moto a darme un susto de muerte!- lo acusé rabiosa. Ardía de furia-. ¡Maldito tramposo! ¡Cobarde! ¡Un hijo de puta! ¡Dijiste que no usabas trucos bajos!- estaba fuera de mí-. ¡¿Qué fue eso?! ¡Dime, qué mierda fue!

Vicente se apartó tanto como pudo. No tenía escapatoria. - ¡¿Qué dices?!- su perfecto rostro se ensombreció en el acto-. No sabes lo que dices.

- Sí... los que manejaban esa moto eran de los tuyos... ¡¿Querías que me diesen un buen susto?! Estás desesperado para que te entregue mi alma, es por eso que estás aquí, es por eso que estabas tan apurado en sácame de aquella avenida antes de que llegase la policía-. Estallé definitivamente-. ¡Es por eso que en este instante estoy aquí contigo dentro de este maldito automóvil!

Vicente reaccionó antes que yo bajando las trabas. Mis manos se cerraron en la manija en el exacto momento en que la traba para niños bloqueaba tres de las cuatro puertas.

El corazón se me detuvo.

- ¡Déjame salir!

- No... no puedo.

- ¡Abre la condenada puerta!-. Rogando por que mis ojos encontraran a alguien en la calle para pedirle ayuda, miré hacia fuera, la calle estaba desierta. Comenzaba a llover otra vez.

Me volví y él se quedó mirándome tal si nada sucediese.

- ¡Abre la maldita puerta, ahora mismo!-. Tironeé de la manija con todas mis fuerzas, la puerta no se abrió-. Déjame salir o empezaré a gritar.

- Eliza, se razonable...

- ¡Razonable un cuerno!- los dedos me dolían de hacer tanta fuerza con la manija que seguro se rompería antes de abrir la puerta-. ¡Déjame salir!

Nada.

- ¡Que me dejes salir!- grité todavía más fuerte. Necesitaba que alguien me oyera.

El rostro de Vicente parecía esculpido en piedra en cambio yo me sentía hecha de gelatina, estaba floja, descontrolada, muerta de miedo, aterrorizada; presentía que las horribles pesadillas que padecí la otra noche no serían nada en comparación a lo que estaba a punto de experimentar.

Entendí que la única forma de salir de aquel automóvil era por la puerta del lado del conductor, lado que Vicente obstruía con todo el peso y la fuerza de su cuerpo.

No lo pensé dos veces, sabía que si lo meditaba demasiado él terminaría adivinando mis planes. Inspiré hondo y esquivando sus ojos (aquellos ojos que me hacían sentir débil, predecible e insignificante) me arrojé sobre él con la vista fija en la traba de la puerta. Mi otra mano fue directo a la manija. Caí con todo el peso de mi cuerpo sobre él. Mi mano derecha alcanzó la manija pero la izquierda no logro levantar la traba de la puerta. Vicente me agarró por la muñeca y yo, en respuesta, lancé unos cuantos rodillazos que tenían como

blanco su ingle. Forcejamos y acabamos revueltos sobre el asiento del conductor. En el intento de escapar de sus garras me caí sobre mi lado derecho, mi espalda dio de lleno sobre el volante. El golpe me dejó sin aliento. Mi cabeza golpeó contra el vidrio de la ventanilla. Todo se me puso negro.

...

- ¿Eliza? Eliza, despierta... ¿Eliza?

- Estoy muerta- me dije a mí misma-, muerta, oigo las voces de ángeles que me llaman. Por lo visto, después de todo, me había equivocado, sí existe el cielo... me encuentro en él. Morí y mi alma ha ido al cielo, el Diablo perdió, Vicente no podrá recolectar mi alma para él... Todo terminó.

- Eliza, despierta... ¿Eliza me oyes? Necesito que abras los ojos. ¿Crees poder abrir los ojos para mí?

¿Qué abra los ojos? Un destello blanco de dolor me atravesó la cabeza de la frente a la nuca. ¿No podía sentir dolor si estaba muerta, o sí? ¿Qué sucedía? Entre tanta confusión me di cuenta de que los párpados me pesaban y que, aparte de la cabeza, me dolía la espalda. Tenía la impresión de que mi cuerpo giraba como loco dentro de un gigantesco lavarropas.

- Está muy pálida- comentó con preocupación la voz del otro ángel.

Supongo que hacía cada vez más consciente de mi cuerpo porque noté bajo mi espalda y piernas una superficie blanda extremadamente confortable.

- ¿No sería mejor que la llevásemos a un hospital?

- ¡¿A un hospital?! ¡Lucas, piensa antes de hablar, por favor!

¿Lucas? Intenté despegar los párpados, me fue posible, en parte por el dolor de cabeza pero más que nada porque no deseaba regresar a la realidad. No había muerto, esas voces eran las de Lucas y Vicente.

- Está bien, no necesita ir a un hospital, solamente se desmayó al golpearse contra la ventanilla, eso es todo.

- Está bien, disculpa, sólo digo que podría tener una contusión o algo así- replicó Lucas.

- No te preocupes, realmente está bien, el golpe no fue tan duro- explicó Vicente en un tono mucho más calmo.

Evidentemente el golpe no había sido duro según sus cánones, sí según los míos, tenía la impresión de que alguien había usado mi cráneo de tambor. El dolor del golpe sobre la sien derecha se reflejaba por cada rincón de mi

cerebro.

Intente abrir los ojos una vez más y lo logre; volví a cerrarlos una milésima de segundo después, cuando una fuerte luz me atravesó las corneas reintensificando el dolor de cabeza.

- ¡La luz!- exclamó Lucas. Oí unos pasos y luego a través de los parpados noté que el brillo de la fuente de luz que me había cegado antes, disminuía en gran medida; sin dudas nos habíamos quedado en penumbras-. ¿Está mejor así?- me preguntó. Entendí, no sé exactamente porqué, que me hablaba directamente a mí y no ha Vicente.

- ¡¿Despertó?!

- Sí- le contestó Lucas.

Mi mano derecha antes helada por el bajón de presión, se entibió de inmediato en cuanto dos palmas cálidas la envolvieron por completo.

Hice un esfuerzo y abrí los ojos otra vez. Pude mantenerlos así para darme cuenta que menos de un metro me separaba del rostro de Vicente. Me hallaba acostada sobre un sillón y él estaba sentado junto a mí en el borde del almohadón. La distancia que me separaba de Lucas no era de más de dos pasos de nosotros. Parpadeé y al alzar la vista me topé con el blanco cielorraso, de un hueco negro colgaba un cable y de este una simple bombilla.

- ¿Te encuentras bien?- me preguntó Vicente.

Reconocí su mano rodeando la mía por lo que en mi cerebro una reacción en cadena que me hizo recordar lo que había sucedido en su auto, nuestra discusión, la pelea, el forcejeo... la moto.

Con un brusco movimiento me deshice de su mano.

Vicente se levantó del sillón de un salto, él y Lucas se apartaron de mí. Intenté incorporarme pero me moví demasiado pronto y la cabeza me dio vueltas. Así, confundida y todo, sin poder ver nada porque todo se me había puesto blanco, logré bajar los pies al suelo. Me agarré del respaldo e intenté pararme. Las piernas me fallaban.

- Quédate quieta, no te muevas- me dijo Vicente con su suave y dulce tono.

Meforcé a mí misma a no prestarle atención, a no caer en la trampa de sus melosas palabras. Tenía que escaparme. Debía luchar hasta las últimas consecuencias.

- Nadie va a hacerte daño- añadió.

- ¡Mentira!- rugí agarrándome la frente con una mano. Tenía la impresión de que iba a vomitar en cualquier momento-. ¡Eres un mentiroso!- me deslicé sobre el sillón hasta que se me acabaron los almohadones y mi cadera chocó

contra el apoyabrazos duro.

- No te miento- dijo.

Lucas intentó dar un paso hacia mí pero él le cortó el camino estirando un brazo que usó a modo de barrera. Lucas nos miró por turnos, primero a él y luego a mí. Me hubiese gustado poder saber en qué pensaba, qué planeaba, si esperaba poder ayudarme a librarme de aquello. Por el su gesto ceñudo adiviné que esto no le gustaba ni en lo más mínimo.

- No te miento, Eliza, nadie aquí va a lastimarte- entonó enseñando la palma de la mano izquierda como si quisiese demostrar que iba desarmado (su mano derecha aún le cerraba el camino a Lucas)-. Estás a salvo. Quédate quieta, por favor, estuviste inconsciente más de quince minutos, es evidente que te diste un buen golpe. Tómatelo con calma, no quieres volver a desmayarte.

No, no quería; tampoco estaba dispuesta a hacerle caso, que ni se le ocurriera que iba yo a obedecerle, éramos enemigos sin importar cuanto locamente enamorada estuviese de él.

- ¡Apártate de mí!- le grité a todo pulmón mientras buscaba con la mirada una puerta por la cual escapar.

Vicente se apartó un poco.

- Bien... bien, pero quédate sentada un momento más.

Me senté sobre el apoyabrazos y me tomé un segundo para intentar recuperar la estabilidad, de a poco mi visión se recuperaba luego del bajón me que había hecho ver sobre un fondo blanco, destellos de colores. Creí reconocer aquel ambiente casi desprovisto de cualquier mobiliario, me resultaba familiar el color claro, casi blanco con el que estaban pintadas las paredes, y aquella desolación... ¡era la casa de Vicente!

A mi izquierda encontré la lámpara de pie de moderno diseño, de la cual debía emanar la fuerte luz que me molestara cuando intentaba volver de mi inconsciencia. El tubo de tela color hueso emitía ahora nada más que un tenue reflejo ambarino. Al final localicé la única puerta, pero había un problema, quedaba al fondo del salón, justo por detrás de Vicente y Lucas; y las dos ventanas en las que reparé -una a mi izquierda y la otra a mi espalda- estaban cerradas con celosías. Afuera estaba oscuro.

No tenía por dónde escapar.

- Bien, eso es- susurró Vicente- tranquila.

Inspiré hondo una y otra vez, tenía que hacerme de las fuerzas necesarias para combatirlo.

- ¿Quieres un vaso de agua o alguna otra cosa?- me ofreció, le contesté que no

negando con la cabeza, no tenía pensado darle la oportunidad de drogarme ni de llevar a delante ningún otro sucio truco del estilo del de la moto-. Está bien- articuló en un tono que sin duda tenía como fin tranquilizarme. Bajó el brazo que mantenía a Lucas a raya por detrás de su espalda y me enseñó ambas palmas a medida que avanzaba un paso.

Me pregunté si había alejado a Lucas de mí porque sabía lo que estábamos tramando juntos, ¿acaso había logrado derribar las barreras que Lucas había alzado en su mente para mantener sus pensamientos ocultos de miradas indiscretas?

- Lucas, déjanos solos.

Los labios de Lucas se arrugaron igual que si hubiese probado algo muy ácido. Me miró y luego se volvió en dirección a Vicente.

- Pero...

- Lucas...- lo atajó éste mirándolo por el rabillo del ojo, su rostro estaba de frente a mí.

- Podrías necesítarme- insistió mi joven amigo demonio luego de mirarme con cara de perro apaleado. Sin duda no quería dejarme a solas con Vicente y yo le agradecía sus esfuerzos enormemente, pero por la firme posición del primero, dudaba que lograse mucho.

- Lucas, sal.

El tono que usó Vicente dejó en claro que aquello era una orden que esperaba no fuese desacatada. Vicente estaba rígido cual tabla, su rostro se había ensombrecido de un momento para el otro, no parecía el mismo Vicente de siempre. En este momento tuve la certeza de que lo que yo conocía de él, no era más que una fachada agradable (la carnada), sin duda todo aquello de lo que era capaz de hacer por lograr obtener lo que quería, no era ni agradable ni placentero de ver, era un demonio, con todo lo que eso implicaba, tan sólo bastaba usar un poquito la imaginación para adivinar los horrores y el dolor de los que era capaz de engendrar si así lo deseaba.

- ¿Lucas, qué parte de que te he dicho que te fueras, no has entendido?

Lucas se quedó de piedra. Me miró una vez más, sé que no quería dejarme y se debatía entre lo que debía y lo que quería hacer.

- ¡¿No me has oído decirte que te fueras?!- exclamó Vicente alzando la voz tanto que esta sonó igual que un trueno.

Lucas me miró. Yo le devolví la mirada, con esta pretendía liberarlo de su promesa, no quería que se pusiera más en riesgo, ya se había puesto en peligro más de lo debido por mí.

- ¡¿Lárgate de aquí ahora mismo?!- rugió Vicente completamente fuera de sí. Sé que Lucas se sorprendió tanto como yo de oírlo gritar así.

Pegué un salto y Lucas retrocedió.

- Vete- dijo en un tono seco y bajo.

Lucas dio otro paso atrás, parpadeó y bajando la cabeza me dio la espalda. Dos segundos más tarde desaparecía por detrás de la puerta de doble hoja.

- Me quedé sola... estoy sola- me dije a mí misma-. Este sí es el fin.

Vicente se movió hacia delante y yo me aparté del sillón.

- Eliza... lamento haberte asustado. No debí gritar así, es que... créeme... éste no soy yo...

¿Qué demonios quería decir con eso?

- Lo que ha pasado esta noche me ha...- hizo una pausa, parecía no encontrar la palabra adecuada- ...todo esto me ha alterado-. Dejó escapar un suspiro-. Lo siento mucho, no pretendía asustarte-. Dio un paso adelante y yo retrocedí otro tanto-. No voy a hacerte daño... no quiero lastimarte ni causarte mal alguno.

- Sí, seguro- repliqué en un tono más que sarcástico.

- Es cierto, no miento.

- No soy tan ingenua. Si creíste que iba tragarme cada cosa que me dijeras te equivocaste. ¡Quién podría confiar en un demonio! ¡Hay que estar loco para hacerlo!- exclamé. De hecho, lo que le dije no era tan así, yo confiaba en Lucas, pero no permitiría que lo supiera.

- Pues deberías confiar en mí.

De tanto avanzar él, y retroceder yo, terminé acorralada contra la pared. Me crucé de brazos intentando parece más fuerte, que creyera que era capaz de enfrentarlo sin caer en el pánico y sin que me causase efecto alguno el aroma que destilaba su piel.

- ¿Por qué debería confiar en ti?- le espeté de mal modo alzando la frente.

Vicente se detuvo a menos de un paso de mi cuerpo y clavó sus ojos grises en los míos. Me di cuenta de que no iba a poder resistir mucho tiempo a aquella mirada y a la cercanía de su cuerpo.

Apretó los labios y luego los despegó, se quedó con la boca abierta exhalando su aliento sobre mí, lo que hizo que se me erizaran los pelos de la nuca, el aire que salía por su boca rozaba mis labios. Creí que iba a perder la cabeza si eso duraba mucho más tiempo.

- Deberías porque soy el único que puede ayudarte ahora.

- ¿Qué?- balbuceé. Me estaba desmoronando ante él.

19. Absolución.

Vicente meneó la cabeza con los ojos cerrados. - No fui yo quien envió a esos demonios a asustarte o a matarte, o a lo que fuera que hayan ido a hacer a aquella avenida.

- No te creo. ¡Mientes!

Me miró a los ojos.

- Si regresé esta noche a ti no fue para otra cosa que para ayudarte...

- Es mentira.

- No, no es mentira, no tenía pensado volver a entrometerme en tu vida- tragó saliva-, te lo juro, tenía decidido a desaparecer para siempre.

Mi corazón intentó escaparse por mi garganta. ¿Era posible que aquello fuese cierto?

- Lo dices para engañarme. ¡Quieres engañarme! ¡Harías cualquier cosa con tal de quedarte con mi alma!

- No, no es así... no intento engañarte. Eliza, por favor, por lo que más quieras, tienes que confiar en mí, todo esto se me fue de las manos. Corres grave peligro; intuyo que lo de esta noche no fue más que una advertencia, sin duda va a ponerse todavía más peligroso para ti, y soy el único que puede ayudarte. Solamente tienes que confiar en mí... aunque sea un poco. Si no pones un poco de voluntad en creer en lo que te digo es difícil que pueda sacarte de este embrollo.

- No sé cual es el embrollo al que te refieres... te recuerdo que fuiste tú quien me metió en esto. Yo no te pedí que te metieras en mi vida, que pusieras todo de cabeza ni que trajeras contigo a toda una horda de demonios.

- ¡No vamos a volver sobre lo mismo!

- ¡No, claro que no!

- Hazme el favor de no comportarte de forma tan obtusa.

- Y tú hazme el favor de desaparecer de mi vida.

- Ya te dije que pensaba hacer precisamente eso, pero cuando me di cuenta de lo que planeaban no me quedó más remedio que volver. Te juro que ya no pensaba pelear por tu alma, estaba dispuesto a dejarte en paz...es que las cosas cambiaron, ya no soy solamente yo...

- No te sigo. Podrías ser más claro.

Vicente retrocedió un poco y bajó la vista, sin duda esquivaba mis ojos.

- Ya no voy a intentar comprar tu alma, decidí renunciar a ella.

No esperaba sentirme así ante tan buena noticia, lo cierto es que cuando pronunció las palabras, me dio la impresión de que volcaban encima de mí, un balde de agua helada.

- Repítelo-. Le exigí, no podía creer que me absolviese, necesitaba oírlo otra vez y que me lo dijese mirándome a la cara y no a mis pies, o al suelo o a lo que fuese que estuviese mirando.

Levantó la frente.

- No quiero comprar tu alma para el Diablo. ¿He sido lo suficientemente claro?- hizo una pausa-. ¿Ahora me crees?

Lo vi en sus ojos, decía la verdad.

- ¿Por qué... es decir, qué pasó... qué fue lo que motivo semejante cambio de actitud?

- Eso no importa, además pensé que tendrías suficiente con saber que ya no te perseguiré- al decirlo sus labios desplegaron una amarga sonrisa.

Quise decir algo y desgraciadamente no se me ocurrió nada, la mera idea de no volver a verlo me perforaba el pecho; el dolor se acercaba peligrosamente a mi corazón. Me odié a mí misma por no sentirme aliviada y extremadamente agradecida.

- El problema es que con mi decisión de dejarte en paz, se puso en movimiento una maquinaria todavía mucho más peligrosa que mi persona, algo sin precedentes, algo de lo que no tenía ni idea que pudiese suceder.

Le permití hablar, apenas si podía respirar y ni que pretender articular nada medianamente razonable.

- Lamentablemente ahora tienes a unos cuantos demonios más rondándote. Es por eso que necesitas mi ayuda- completó-. No solamente tu alma está en peligro... tu vida también y lamentablemente es probable que así mismo estén en riesgo todos aquellos que quieres.

El dolor me llegó al corazón. Involuntariamente me llevé las manos al pecho.

- ¿Estás bien?- sonrió amargamente otra vez-. Perdón... una pregunta estúpida.

- Algo- musité-. ¿Qué va a suceder ahora?

- La verdad es que no lo sé... no estoy seguro; no tenía ni idea de que nada semejante pudiese pasar pero- se encogió de hombros-... esto no es usual, tampoco es común que un demonio renuncie a...- se interrumpió y me miró-. No creo que tu alma deba pertenecer al Infierno, es por eso que quiero ayudarte a salir de esta situación. Como te expliqué, no creo que lo logremos si no colaboras, debes confiar en mí... tienes que confiar en mí...

- Necesito sentarme- fue lo único que pude decirle. Mi mente era un lío, no podía parar de preguntarme qué había provocado su renuncia, ¿es que acaso Lucas había influido sobre su decisión?

...

Acepté creer en lo que me contó; no sé por qué me fue tan sencillo hacerlo; bien, miento, sí sé por qué tomé como verdaderas todas y cada una de las palabras que salieron de su boca. También sé que en el exacto momento en que me dijo que renunciaba a comprar mi alma, se encendió en mí la llama de la esperanza y no solamente de la esperanza de poder salir de esta locura con todas mis características de ser humano, sino también con la sensación de que quizá existiese la remota posibilidad de que mi amor fuese correspondido. Le dije que intentaría confiar en él y me prometió que se quedaría a mi lado hasta que todo se resolviera y que luego me dejaría en paz.

Vicente me guió hasta la cocina sin tocarme, es más, tuvo la amabilidad de mantenerse a una distancia prudencial de mí. En cuanto traspasamos una de las dos puertas vaivén, nos encontramos con Lucas, quien hallaba sentado a un lado de la larga mesa, reclinado sobre ésta, con la cabeza baja con las manos entrelazadas. Noté que tenía los nudillos blancos de la fuerza con que apretaba el aire entre sus palmas, ansioso.

En cuanto nos oyó, levantó la cabeza y nos miró; imagino que no esperaba vernos entrar tan tranquilamente lo cual me hizo preguntarme si estaba al tanto de lo que sucedía. Me dieron ganas de preguntarle si todo lo que me había dicho Vicente era cierto.

- Toma asiento, te serviré un poco de café- me dijo Vicente al dejarme junto a la mesa.

Le agradecí. Lucas me siguió con la mirada mientras me acomodaba justo frente él.

Vicente se alejó y desapareció por detrás de la isla sobre la que colgaba un marco rectangular del cual pendían al menos una docena de sartenes de todos los tamaños y materiales, además de ollas, asaderas y todos los implementos que completaban una batería de cocina digna de un profesional de las artes culinarias; luego de pasar junto a dos enormes heladeras que eran casi tan grandes como el armario de mi habitación se detuvo al llegar a la pared del fondo, sobre la mesada estaba lo que me pareció, era una maquina de café

expreso, giró la cabeza, nos lanzó una mirada y luego nos dio la espalda para ponerse a preparar mi café. De inmediato volví los ojos a Lucas, éste adivinando mis pensamientos me indicó que guardase silencio cruzando un dedo sobre los labios.

- Luego- susurró en un tono apenas audible.

Intenté preguntarle con la mirada si debía creer en lo que Vicente me decía, y me concentré en esa pregunta esperando que pudiese leerme la mente. Para mi sorpresa, Lucas asintió con la cabeza. ¿Me abría oído?

- ¿Es cierto?- le pregunté articulando las palabras con los labios pero sin emitir ni el más mínimo susurro; él volvió a asentir. ¡Sí!, me había oído antes. ¡Era increíble, no tenía que hablarle para que me entendiera!

- ¿Qué le hizo cambiar de idea sobre mi alma?- pensé con fuerza hasta que me dio dolor de cabeza.

En respuesta Lucas se encogió de hombros.

Suspiré aliviada por no haber cometido un gran error al ceder frente a Vicente. Mientras mi corazón se tranquilizaba, oí a Vicente trajar en la cocina, hizo sonar la porcelana de la taza y el plato que preparaba para mí, a eso sonidos le siguieron los extraños ruidos que emitió la cafetera al moler el café y lanzar el agua sobre los granos triturados.

- ¿Leche... azúcar, edulcorante?- me preguntó desde el otro lado de la cocina.

- No, nada, gracias- contesté yo. Me resultaba tan extraño hablar con él en términos tan mundanos que nada tuviesen que ver con mi alma ni con demonios.

Vicente regresó a nosotros cargando la taza de café sobre la palma de su mano, utilizando ésta de fuente. Se notaba que tenía un perfecto dominio de su cuerpo. A mí se me hubiese ido la taza al cuerno si hubiese intentado aquello.

Colocó la taza frente a mí, se sentó en la cabecera de la mesa y me contempló expectante.

Bebí un sorbo y me quemé la lengua, el café era extremadamente fuerte y caliente, olía espectacularmente bien y sin duda me sentaría de maravillas. Bajé la taza con cuidado de que no se me resbalase de las manos en el camino hasta la mesa, era demasiado bella.

Vicente arrimó su silla a la mesa y apoyó los antebrazos sobre esta.

- Bien...- entonó interrumpiendo el silencio que moraba en la cocina. Había dejado de llover; por las amplias ventanas se podía ver el césped mojado brillando a la luz de los reflectores y parte del cielo todavía plomizo-. Tenemos que hablar... los tres...- aclaró.

Lucas, que estaba con el rostro vuelto en dirección a Vicente me lanzó una rápida mirada por el rabillo del ojo; sé que al igual que yo, se preguntaba si había descubierto lo de nuestras charlas secretas.

- Lucas...

En cuanto Vicente pronunció su nombre se me puso la piel de gallina. Todavía me sentía recelosa, ¿y si todo se daba vuelta? Decir que intentaría confiar en él sin duda era mucho más fácil que hacerlo.

- Tengo que pedirte un gran favor.

¿Sería momento de relajarme o estaba malinterpretando el significado de sus palabras? No noté nada raro en el tono de su voz, aun así, no estaba segura.

- Eliza necesita ayuda... nuestra ayuda...- recalcó.

Lucas lo miró en silencio y luego me miró a mí.

- Decidí renunciar a la compra de su alma- dirigió sus ojos grises hacia mí-, no creo que su alma deba padecer en el Infierno por el resto de la eternidad- completó fijando ahora sus ojos en él.

- Tampoco yo- aseguró Lucas abriendo la boca por primera vez.

- El problema, es que mi renuncia provocó ciertas consecuencias. Algo extraño sucede...

Lucas recibió sus palabras asintiendo con la cabeza.

- El alma de Eliza está siendo acechada por otros demonios. Creo que se pusieron de acuerdo para obligarla a que les entregue su alma.

- Eso si que es raro- murmuró Lucas.

- Lo es.

- De cualquier modo, estoy con ustedes.

- Sabes... si te pones de nuestro lado es probable que corras un gran peligro.

- ¡¿Qué es lo peor que nos puede suceder?!- exclamó sonriendo.

- Lucas, no es un juego, eres mi responsabilidad...

- Ya lo sé, Vicente; quiero ayudar. Lo que haces me parece completamente justo. ¡Claro que los ayudaré!

Vicente suspiró.

- Bien-. Su rostro se relajó.

- ¿Entonces, qué es lo que vamos a hacer al respecto de esos que nos rondan?

Vicente giró la cabeza tan bruscamente en dirección a Lucas que creí que se descoyuntaría el cuello.

- ¿Los escuchaste?

Lucas asintió con la cabeza.

- Iba a advertirte sobre ellos justo cuando saliste a buscarla, no me diste

tiempo para decírtelo. Te llamé al celular pero no contestabas-. Una pausa-. Son los mismos que la rondaron, los oí todo el día... no logré comprender lo que tramaban hasta ahora. Tendría que habértelo dicho antes... temía meter la pata, no logro escucharlos con la claridad suficiente, son muchos y muy fuertes, están enojados- alzó las cejas- mejor dicho: furiosos- tragó saliva-, con ambos- añadió.

- ¿Con Eliza y conmigo?

- No, contigo y conmigo- contestó Lucas.

Al instante y por la mueca de arrepentimiento en su rostro entendí que Lucas se había ido de lengua. Al final, los demonios que él había estado intentando evadir para encontrarse conmigo en pos de ayudarme, habían descubierto su traición.

Me dio ganas de soltar a los gritos, que se mantuviesen al margen, que no intervinieran; en este momento temía más por ellos que por mí.

- ¿Contigo?- inquirió Vicente con los ojos entornados.

Lucas esquivó el peso de la pregunta con una sonrisa.

- Sí, soy tu discípulo ¿no?, supongo que se figuran que estoy de tu lado... después de todo, eso es lo que cualquiera haría.

- No, no es lo que cualquiera haría, bien sabes que entre los nuestros el engaño es moneda corriente.

Se hizo un silencio.

- Ni modo, es evidente que al menos me conocen bien, jamás te dejaría solo en algo así.

Otra vez silencio.

- Gracias- pronunció Vicente-. Estoy en deuda contigo, y disculpa lo de...

- No tienes porqué disculparte, te entiendo- lo interrumpió Lucas.

Ambos me miraron, enrojecí.

- ¿Cuál es el plan?- pregunté, necesitaba que la atención se centrara en otra cosa que no fuese mi rostro.

- Por lo pronto simplemente nos concentraremos en evitar que vuelvas a tener accidentes similares al de esta noche.

- ¿Y cómo piensan lograrlo?

- No te dejaremos sola- respondió Vicente.

- ¿Van a estar conmigo las veinticuatro horas del día?

- Estaremos vigilándote.

- ¿Y qué hay de mis padres?, dijiste que era probable que también estuviesen en peligro.

- Es cierto; no te preocupes, nos encargaremos de velar por ellos.
- ¿Cómo lograrás que me dejen en paz? Sinceramente dudo que puedan cuidarme eternamente y la verdad es que no quiero...
- No tengo intenciones de permitir que esto dure mucho tiempo, solamente necesito unas cuantas horas, y en el peor de los casos unos par de días para aclarar este maldito enredo.
- ¿Vas a llamar a Ariel?- le preguntó Lucas a Vicente.
- Sí.

- ¿Quién es Ariel?

Vicente giró la cabeza hacia mí.

- Cuanto menos sepas mejor- contestó-, así podrás regresar a tu vida normal sin haber sufrido demasiadas influencias que no te harán ningún bien.
- Es un poco tarde para intentar evitar que todo lo que sucede influya sobre lo que solía ser mi vida normal.
- Confía en mí, realmente no necesitas saberlo.
- Me pides que confíe en ti pero no eres capaz de confiar tú en mí, explicándome quién demonios es ese tal Ariel y cómo hará para salvarme de ésta.
- Te lo repito, no necesitas saber más, de este modo podrás dormir tranquila en la noche.
- Sí, seguro que después de lo que terminas de decir hará que pueda dormir mejor- gruñí en tono socarrón.

Vicente resopló y se pasó ambas manos por el pelo.

No sé por qué, de repente me acordé que mi madre debería estar esperándome para cenar.

- ¿Dónde está mi cartera?- solté mirando a mi alrededor, esperaba encontrarla por allí.
- Quedó en la otra habitación, ¿por qué?
- Tengo que llamar a mi madre, Vicente; me esperaba para cenar- miré mi reloj, faltaban ocho minutos para las diez- debe de estar en pánico.
- No, no lo creo- contestó muy tranquilo-. Ha llamado hace un rato, cuando todavía estabas inconsciente, le dije que estabas conmigo.
- ¿Qué estaba contigo?

Lucas frunció la boca en una mueca de disgusto.

- ¿¿Atendiste mi celular?!
- Empezó a sonar poco después de que te desmayaste, ¿qué querías que hiciera, qué dejara que a tus padres los carcomieran los nervios? Además

también me estaban llamando a mí. Le dije que te había pedido que me acompañaras a un sitio y que habías estado intentando llamarla para cancelar pero que no te habías podido comunicar.

- Eres increíble, que fácil te resulta inventar una mentira para cada cosa.

Vicente se apartó. Sin duda lo dejé algo descolocado.

- Disculpa, no pretendía insultarte. Y bien, qué excusa le diste por haber atendido mi celular. ¡No, mejor ni me lo digas, ya me vinieron unas cuantas ideas a la cabeza!

- No te preocupes, no le dije nada sórdido o descabellado; cuando me preguntó por ti le respondí que habías ido al baño...

Enrojecí otra vez.

- Le dije que la llamarías en unos minutos.

- Ya pasaron muchos minutos desde ese momento.

- Lo sé, pero para que se quedara tranquila le di el teléfono de aquí, para que te llamara cuando quisiera, le expliqué que te quedarías a dormir y si todavía no ha llamado, es porque se quedó tranquila al saber que estás conmigo.

- ¡¿Qué?!- solté yo.

- ¡¿Cómo?!- exclamó Lucas.

Vicente y yo lo miramos.

- Me pareció lo más seguro- explicó Vicente dirigiéndose solamente a Lucas como si yo no tuviese el derecho de cuestionar sus decisiones-. Aquí podremos cuidar mejor de ella.

- Sí, eso es cierto pero...

- No te preocupes Lucas.

- Lucas puede no preocuparse pero yo sí me preocupo, mañana tengo que trabajar y además no puedo quedarme a pasar la noche aquí, no tengo ropa...

- Nos las arreglaremos bien- me cortó Vicente-. Mañana por la mañana uno de nosotros te llevará hasta tu casa para que te cambies, si es que es seguro que entres allí, y luego al trabajo. Nos turnaremos para cuidarte en tus horas de trabajo, y si por la noche, las cosas no han cambiado, volverás a quedarte a dormir aquí.

Abrí la boca para replicar, Vicente no me dejó pronunciar ni una sola letra.

- Confía en mí, es lo más seguro para ti. Si te quedas aquí nadie podrá hacerte daño.

Bajé la vista y la clavé en la oscura superficie del café que luego me llevé a los labios, me bebí media taza de un tirón. El fuerte brebaje me perforó el estómago. El hambre y los nervios no colaboraban con mi estómago.

Quince minutos más tarde, Lucas nos abandonaba para ocuparse de unos asuntos que le había encargado Vicente, referentes a mi seguridad y a la de mis seres queridos. Había empezado a llover otra vez y el estomago me crujía de hambre pero no creí que fuese posible probar bocado, estaba demasiado nerviosa, tenía la impresión de que incluso, luego de todo lo que me sucediera en el transcurso de estas dos semanas, aún no era completamente consciente del riesgo en que me encontraba. Vicente había sido muy claro: esos demonios no se detendrían ante nadie ni ante nada, tenían decidido apropiarse de mi alma, y no necesariamente comprándola, más bien arrebatándomela por la fuerza, si no cooperaba entregándola de buen grado. Supongo que para esta hora de la noche ya deberían haberse dado cuenta de que yo no iba a entregarla así nomás, es más, supongo que también debían saber que Vicente y Lucas intentaban protegerme.

Angustiada me cuestioné cuál sería su futuro si lograban hacer que mi alma quedase libre.

Vicente volvió a la mesa, Lucas y él habían estado cuchicheando sus planes junto a la puerta que daba al jardín.

- ¿Tienes hambre, quieres que te prepare algo de comer?

- Tengo hambre sin embargo no creo poder comer.

- Te entiendo... - meneó la cabeza- no es conveniente que te vayas a dormir con el estómago vacío...

- Con respecto a eso- lo interrumpí yo.

- No insistas, no te permitiré regresar a tu departamento, no al menos esta noche; te quedarás aquí, está decidido.

- ¿Y dónde se supone que voy a dormir?

- Tenemos suficiente espacio.

Hice una mueca. La idea de pasar la noche en la misma casa que Vicente me perturbaba, sabía que no iba a poder pegar un ojo.

- ¿Tienes sueño?

En cuanto me lo preguntó se me escapó un bostezo. Vicente me sonrió.

- No creo que pueda dormir.

- Deberías intentarlo. Quédate tranquila, todo se resolverá, además aquí estarás más segura que en ninguna otra parte.

- ¿Sí quien va a venir a buscarme a la mismísima boca del lobo?

- Es cierto, las cosas todavía no están tan fuera de control para que se atrevan a irrumpir en mi casa.

- ¿Por qué no?, me refiero, a que si están dispuestos a quedarse con mi alma,

¿qué les impide venir aquí?

Vicente me contempló por un instante.

- Eres extraña.

- ¡¿Yo, extraña?! El demonio aquí eres tú- en cuanto pronuncié la palabra el rostro de Vicente se ensombreció-, no lo tomes como un insulto- me apuré en añadir-, me refiero a que yo soy una simple mortal y tú un demonio con una gran intuición y poderes por demás espectaculares. No te burles, ¿qué puedo tener yo de extraño?!

- Es que lo lógico en esta situación sería que tú me tuvieses miedo...

Bajé la vista.

- ...y no me temes. Pese a que según tú yo soy un demonio con grandes poderes- comenzó a decir repitiendo mis palabras- no creo poder haberte convencido tan rápido de que confíes en mí. Además me estás haciendo preguntas sobre cosas que no necesitas saber, cosas que solamente complicarían tu posición.

- Sí vas a ser quien me defienda de los otros, creo que no es tan descabellado que me interese saber cómo se supone que lo harás.

Vicente inspiró hondo y soltó el aire apoyando los antebrazos sobre la mesa.

- No pretendo dar la impresión de estar dándome aires de gran cosa, no soy tan engreído como seguro piensas que soy...

- Te jactas de poder hacer frente tú solo a todos esos demonios...

- Eso es porque no soy simplemente uno del montón.

- Modestia aparte.

- Modestia aparte- convino él-. Es cierto. No eres la única cosa extraña y especial en esta cocina.

- ¿Qué te hace diferente a los demás?

- No es que sea único- comenzó diciendo-... es muy largo de explicar...- completó echándose atrás.

- Tengo toda la noche.

- Te dije que cuanto menos sepas mejor será para ti.

- Cuéntame. ¿Es porque tienes un discípulo? ¿Acaso eres alguna suerte de maestro o guía?

- Algo así. Existen otros como yo. Cuando te dije que jamás se me escapaba un alma era cierto, soy uno de los mejores en lo esto, por eso tengo un aprendiz a mi cargo y por eso me merezco algo de respeto, por eso, no se atreverán a irrumpir en mi casa.

- ¿Y ese respeto no se esfumará en cuanto se sepa que haz decidiste

absolverme de mi eterno castigo en el Infierno?

- Espero que dure lo suficiente para tener tiempo para que alguien más poderoso que yo ponga en claro que tu alma no le pertenece al Infierno.

- Alguien más poderoso...- me quedé pensando-. ¿Ese tal Ariel?

- Por lo visto no necesito explicarte nada más.

- Sí, si es necesario que me expliques quién es él.

Vicente apoyó las palmas sobre la mesa.

- No solamente los hombres se han emperrado en dividir al mundo con categorías y escalas para todas las cosas, los demonios también lo han hecho y lo siguen haciendo, nosotros no somos todos iguales, no estamos todos mezclados dentro de la misma bolsa. Existen niveles y rangos que deben ser respetados.

- Eres el maestro de Lucas y...- lo comprendí- ¿Ariel es tu maestro?

- Eres rápida.

- Y ese tal Ariel... ¿él tiene también algún maestro al que deba convencer?

Vicente negó con la cabeza.

- No, por encima de Ariel...- se interrumpió súbitamente.

Se me puso la piel de gallina, entendí que sobre Ariel no existía nada más que una única fuerza superior, una fuerza maligna que lo regía todo.

- No es buena idea que continuemos hablando de esto.

Por primera vez estuve de acuerdo. Hubiese querido preguntarle cientos de otras cosas pero me asusté.

- Te ves cansada; te mostraré dónde dormirás.

Vicente se levantó y yo lo imité. Pensando en qué consistirían esas categorías en que se dividían los demonios, y según que parámetros se utilizarían para medir a sus integrantes, me dejé guiar por las salas y pasillos hasta que llegamos a la habitación en la que había despertado de mi inconsciencia luego de desmayarme.

La luz estaba todavía encendida. Junto al sillón estaba mi cartera y no había nada más.

- Voy a conseguirte unas sábanas y una manta, la casa es algo fría por las noches.

Le lancé una mirada al sillón, la verdad es que no parecía muy cómodo para dormir.

- Disculpa- dijo dándose por aludido-, este es el lugar más seguro.

- No te preocupes, el sillón estará bien.

- La verdad es que por lo general no nos quedamos en ninguna parte más que

un par de semanas, con lo cual no necesitamos acomodarnos demasiado en ninguna casa, solo lo justo y necesario para cubrir las apariencias; por lo general nos lleva más tiempo la preparación previa que el proceso mismo de...- se cortó cuando nuestras miradas se encontraron-. No debería contarte esto.

- No te preocupes, me interesa oírlo. ¿Cuánto tiempo llevan en esta casa?

- Un poco más de dos meses, lo cual no es nada prudente, los vecinos empiezan a sospechar. Como te dije, usualmente no permanecemos mucho tiempo en ninguna parte, se suponía que debíamos habernos largado de aquí el fin de semana pasado.

- No es necesario que me expliques porqué no se fueron.

Vicente negó con la cabeza al tiempo que sonreía.

- ¿La cocina y los otros cuartos están así arreglados para hacer de fachada?

- Sí, en la fiesta a la que tú asististe aquí, había otros humanos y otros como yo... no sé si me explico.

- Te explicas bien, no te preocupes, no es necesario que estés todo el tiempo cuidándote de decir cosas frente a mí, ya me figuro que ni soy la única ni que tú eres el único.

- No, no lo somos.

- Entonces ¿qué hacen ustedes por las noches?- me dejé caer en el sillón-, ¿no descansas?, ¿ni siquiera te recuestas en un sillón como este?

- De hecho sí, sí lo hago, esto es lo que podríamos llamar “mi habitación”.

Di un involuntario respingo sobre el sillón al comprender que él se recostaba aquí mismo, donde yo estaba sentada, para descansar.

- ¿Éste es tú cuarto?

- Sí.

- ¿Dónde están tus cosas?- eché un vistazo buscando a mi alrededor algún placar o la puerta de un vestidor en el que él guardase sus efectos personales.

- ¿Mis cosas?- preguntó como si no comprendiese a qué me refería.

- Tu ropa y lo demás.

Alzó las cejas.

- Ah... mis cosas, como tú dices, están en el piso de arriba, en otro cuarto- contestó apuntando al techo sobre nuestras cabezas.

- ¿Y porqué no duermes allí?

- No duermo en lo absoluto- respondió con algo de amargura.

- Sí, bien, ya lo dijiste, a lo que me refiero es porqué no descansas aquí y no allí.

- Este cuarto me gusta más.

- ¿Te gusta más? ¿Bromeas? ¿De esta enorme casa éste es el cuarto que más te gusta? - inquirí incrédula, la habitación parecía un lugar abandonado, no porque estuviese descuidado, sino porque estaba casi vacía, no había decoración alguna, las paredes estaban en blanco y el piso daba sensación de frialdad (no le hubiese sentado mal una linda alfombra); ni cortinas, ni efectos personales, ni recuerdos de ningún tipo, es más, resultaba todavía más triste si uno reparaba en la boca de luz del techo con el cable colgando y en las celosías cerradas a rajatabla. Me dio la idea de que aquello parecía una celda monacal.

- Me gusta, no bromeo. Tiene el tamaño justo, no es muy grande ni muy pequeño y aquí tengo todo lo que necesito. Estoy a gusto en este cuarto.

- ¿Pero si aquí no hay nada más que este sillón esa lámpara?

- Sí, cierto, y así está muy bien para mí.

Aquello me dejó pensando.

- Bien, iré a buscar algo para que te arropes, necesitas que te deje dormir-soltó él haciendo el ademán de echarse a andar en dirección a la puerta.

Me puse de pie de un salto.

- ¡No, no te vayas!

Vicente se volvió.

- Charlemos un rato más, no tengo sueño.

- De qué quieres charlar.

- No sé, de cualquier cosa... ¿Dónde viviste antes?

- En muchos lugares.

- ¿Podrías ser más específico?

- Sí, pero no debo.

- No te cansas de estar mudándote a cada rato, se supone que luego del divorcio y de cambiar de trabajo, mudarse es una de las cosas más estresantes que le puede pasar a una persona.

Vicente se rió de mi comentario.

- No te aflijas por mí, hace mucho que me acostumbré a eso.

- ¿Lucas va siempre contigo?

- Eliza...- canturreó en un tono cansino.

- Contestarme no va a matarme.

- No, no lo hará pero no tiene sentido que te lo diga, de verdad, no necesitas saber nada más-. Al decir esto me miró igual que si estuviese contemplando a una criatura indefensa e imposibilitada de comprender la realidad. Parte de su

gesto me molestó tremendamente, por otro lado resultaba agradable su cuidado.

- Ya lo sé, es sienta curiosidad y además- me mordí el labio inferior-, no quiero quedarme sola.

Vicente inspiró hondo y soltó el aire por la nariz. Sin decir palabra, caminó hasta el sillón y se sentó en la otra punta.

- ¿La casa es tuya o es alquilada?- le pregunté, necesitaba que nos mantuviésemos hablando para no pensar. No podía ni quería pensar en todas las cosas que en este instante me atormentaban. Deseaba que en este instante, mi mundo se limitara a estas cuatro paredes blancas y al demonio que tenía en frente.

- Es alquilada- admitió en un tono relajado que me infundió confianza.

- ¿Y los automóviles?-. Estaba consiguiendo olvidarme de todo lo demás.

- Míos- dijo golpeteando el apoyabrazos de cuero con las yemas de los dedos.

- De dónde sacas el dinero para tener algo así-. Mientras la conversación continuase superflua todo seguiría bien.

Vicente ladeó la cabeza y me miró sonriendo.

- Siguiete pregunta.

- ¿Los robaste?- inquirí en broma, sabía que si no me respondía era porque seguramente yo no querría oír la respuesta que tenía para darme.

- No te preocupes, la policía no me busca.

- ¿Qué es lo que sospechan tus vecinos? ¿Crees que hayan descubierto qué eres en realidad?

- Ni remotamente, supongo que deben pensar que soy traficante de drogas o algo así, pero de todos modos no es bueno que la gente si fije demasiado en ti cuando eres lo que nosotros somos.

- ¿Pueden llegar a descubrirlo?

Vicente se puso serio otra vez, me arrepentí de habérselo preguntado.

- Sí, supongo que eso podría suceder.

- ¿De veras?! ¿Cómo?- me sorprendió su respuesta-. ¿Te pasó alguna vez?

- Estamos entrando otra vez en terreno cenagoso y no deberíamos.

- ¿Qué sucedería si alguien lo supiese... me refiero a alguien que no deba saberlo, a alguien cuya alma no estés intentando comprar?

- Intentas hacer que vuelva a infundir miedo sobre ti o quieres acumular más razones para odiarme todavía más.

- Yo no te odio.

Nos quedamos en silencio mirándonos.

- ¿Por qué, porque resolví no comprar tu alma?

Lo miré torcido. - No soy tan volátil como para cambiar de opinión así tan rápido, además, odiar es una palabra demasiado fuerte.

- El odio es un sentimiento bastante común, igual que amar y definitivamente se puede dar con la misma intensidad.

- No creo haberte odiado nunca- sonreí- supongo que un par de veces tuve ganas de borrarle de un golpe esa sonrisa tuya... pero no, no te odio.

- Entonces con más razón, no pienso darte motivos para hacerlo.

- Una vez me dijiste que pretendías ayudar a aquellos a los que les comprabas sus almas...

- Y es cierto.

- Pero ahora hablas de lo que eres y de lo que haces de un modo muy diferente.

- No puedo evitar ser lo que soy, Eliza. La realidad es una sola.

- Intentas ayudarme.

El tono de voz de ambos bajó hasta quedar en susurros.

- Eso es porque creo que contigo se cometió un error.

- Eres justo.

Vicente sonrió sin despegar los labios, dejó que el aire de sus pulmones se le escapara por la nariz.

- No soy un ángel, ni busco la absolución, Eliza. Lo que soy ahora es lo que siempre he sido, esto...- sacudió la cabeza- ...esta situación, no va a cambiar lo que soy-. Hizo una pausa-. No somos amigos ni nunca podremos serlo, podemos conversar pretendiendo que nada más existe pero nada de esto es cierto, sigo siendo el mismo que intentó comprar tu alma, el mismo que se metió en tu vida por la fuerza, el mismo que mintió a tus padres, el mismo que irrumpió en tu departamento en la noche buena, el mismo que te obligó a ver aquello que hubieses deseado no tener que volver a ver.

Supe que con esto último se refería a Cristian.

- El mismo que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de quedarse con tu alma-. Completó y se puso de pie-. Tú y yo somos muy parecidos pero también muy distintos. Tú perteneces a un lugar y yo a otro. Que tenga la suficiente inteligencia para verlo no quiere decir que sea ni justo ni bueno, sino simplemente...

- ¿Simplemente qué?

- Nada, no me hagas caso. Voy por las mantas, enseguida regreso.

- ¿Vicente?

Vicente abrió la puerta y me lanzó una mirada por encima de su hombro.

- Todo va a estar bien- me aseguró y luego me dejó allí sola, en su cuarto.

...

Vicente regresó menos de quince minutos más tarde con un juego de sábanas, una almohada y una manta. Me deseó buenas noches y volvió a abandonarme no sin antes repetirme que todo saldría bien, que nada me sucedería ni a mí ni a mis padres y que me relajara, allí estaba segura. Como del dicho al hecho hay un largo trecho, no me resultó tan fácil relajarme. Armé una improvisada cama sobre el sillón y me recosté luego de bajar la intensidad de la luz de la lámpara de pie todavía un poco más.

Mis parpados se negaban a mantenerse cerrados, mis ojos estaban empecinados en fijarse en el angustioso cable negro que colgaba de la boca de luz en el techo; y mis oídos estaban al pendiente hasta del más ínfimo sonido. A cada rato me sobresaltaba y le lanzaba un vistazo a la puerta esperando que por ella penetrase una horda de demonios sedientos de mi sangre.

En fin, una hora más tarde, y luego de dar muchas vueltas sobre los almohadones de cuero marrón en los cuales no conseguía acomodarme a gusto, terminé con mi improvisada cama completamente desarmada. Estaba terriblemente incómoda. Por supuesto había permanecido vestida de pies a cabeza, no se me antojaba tener que salir huyendo de esa habitación en paños menores -si los demonios, a pesar del respeto que merecía Vicente dentro de su comunidad, lograban entrar en la casa- y muchas menos ganas tenía, que Vicente me viese así.

La noche se hizo larga, casi eterna. Pasada la media noche me armé de coraje y apagué la luz, no me quedé por completo a oscuras, por suerte, entraba algo de luz por las rendijas de la celosía. De a poco, el cansancio terminó vencéndome, no estoy segura de a qué hora me quedé dormida, pero a las tres y media de la mañana volví a despertarme. El rugido del motor de un automóvil me arrancó de mis ya acostumbradas pesadillas (esta vez soñaba que intentaba huir junto a Vicente de lo que parecía una caza de brujas de la edad media, hombres y mujeres con antorchas nos perseguían por un bosque completamente a oscuras, Vicente y yo acabábamos de separarnos por accidente) cuando el automóvil entró en los terrenos de la casa, y por lo que me pareció, estacionó en el camino lateral. Supuse que Lucas estaba de regreso. Me levanté del sillón e intenté espiar por la ventana; no vi nada más que el jardín del frente de la casa, y lo distinguí apenas, porque justo delante

de la ventana había una frondosa planta cuyas ramas la tapiaban casi por completo.

De la ventana corrí a la puerta esperando escuchar voces, pero la casa estaba en calma. Era de esperar que si Lucas y Vicente tuviesen que hablar, no lo hiciesen justo delante de mi puerta. Por un instante estuve a punto de salir a buscarlos, pero me limité a regresar al sillón y esperar, si había noticias, vendrían a contármelas.

En síntesis, esperé y esperé hasta que volví a quedarme dormida.

20. Invasión.

Me desperté en cuanto llamaron a la puerta por primera vez, sin embargo estaba tan cansada que no pude contestar, no tenía fuerzas ni para despegar los párpados.

- Eliza, soy Lucas, ¿puedo pasar?

Su voz me llegó opacada por el espesor de la puerta.

- ¿Eliza?

Lucas abrió la puerta y asomó la nariz dentro. La habitación se llenó de la luz del sol que bañaba el pasillo.

- ¿Estás presentable? ¿Puedo pasar?

Me refregué la cara y los ojos, suponía que no tenía muy buena pinta.

- ¿Si no tienes miedo del monstruo de ojos hinchados y cabello revuelto?

- No te preocupes- su rostro apareció por el marco de la puerta-, he visto cosas mucho peores que un humano con cara de dormido.

- Eso es porque todavía no me has visto a mí al despertar- bromeé. La voz me salió ronca.

Lucas abrió la puerta del todo y entró cargando una bandeja repleta de comida.

- Te traje el desayuno.

- Me doy cuenta- trepé sobre la almohada y la acomodé contra el apoyabrazos. Mi espalda crujió asquerosamente, estaba toda entumecida, había dormido pésimamente mal. En toda la noche no había encontrado una posición cómoda en la que descansar-. ¿Qué hora es?- le pregunté cuando se agachó junto a mí para dejar la bandeja en el suelo.

Lucas manoteó mi reloj de al lado de la lámpara y lo movió para que un rayo de luz que entraba por la celosía iluminara el cuadrante.

- Siete y treinta y dos minutos, exactamente.

Yo me había sacado el reloj en plena madrugada, en uno de esos momentos en que todo me molestaba.

Lucas dejó el reloj a un lado y se incorporó.

- ¿Cómo está todo? ¿Se solucionó algo? Dime que mis padres están bien.

- Tus padres están perfectamente bien, no te preocupes- contestó y se alejó en dirección a la ventana. La abrió y apartó las celosías para permitir que entrase el sol, el cual penetró a raudales junto con el aroma a jazmines.

Me tapé la cara con las manos y me acurruqué contra el respaldo.

- Y lo demás, qué sucedió, todavía tengo a esos demonios pisándome los talones.

Lucas regresó en silencio y levantó la bandeja del suelo. Apartó mis piernas y se sentó en el sillón con la bandeja sobre sus muslos-. Lo lamento- me dijo- todo sigue igual, pero no te preocupes, Vicente lo solucionará.

- ¿De verdad hay esperanza para mí?

- Sí Vicente cree que la hay pues entonces sí, sí la hay.

- ¿Dónde está él ahora?

- Salió, no sé a qué hora regresará, me pidió que te preparara el desayuno y que te llevara al trabajo; esta mañana es mi turno de cuidarte-. Hizo una breve pausa-. ¿Café con leche?

- Gracias-. Me llevé la taza a los labios y bebí un buen sorbo. En cuanto el aroma del café con leche impregnó mis sentidos me entró un hambre furibunda. El perfume de las tostadas con manteca y dulce que estaban en uno de los tantos platos que contenía la bandeja, reavivó todavía más el apetito con el que me había ido a acostar en la noche.

Lucas me tendió el plato sin que mediara palabra.

- Fue una combinación entre ver lo que había dentro de tu mente y escuchar los crujidos de tu estómago.

- Tu don es muy útil.

- Sí, en ocasiones lo es.

- ¿Qué tan lejos puede llegar con el?
- Depende.
- ¿De qué depende?
- De la mente dentro de la cual esté intentado mirar.
- ¿Qué tan profundo dentro de la mente de Vicente puedes llegar?
- A qué viene esa pregunta.
- Quiero saber por qué cambié de opinión sobre mí.
- ¿No se lo preguntaste?

Negué con la cabeza.

- Dijo que simplemente no creía que tu alma debiese pertenecer al Infierno.
- Yo tampoco creo que tu alma deba ir a parar al Infierno- acotó.
- Gracias por eso, pero tú siempre lo has creído y él no, él estaba empeinado con intentar comprar mi alma, es por eso que me intriga que cambiara de parecer. ¿No puedes ver...?

Lucas me fulminó con la mirada.

- No voy a espiar entre sus pensamientos-. Hizo una pausa-. ¿Acaso esperas que vea dentro de él lo mismo que vi en ti? ¿Realmente esperas que te diga que perdonó tu alma porque te ama?- inquirió con expresión ceñuda.

Casi se me tiro el café con leche encima.

- ¡Despierta, somos demonios!- soltó alzando la voz tanto que me hizo doler los oídos.

- Yo... yo...- balbuceé. Me entró pánico, algo no andaba bien, lo presentí al instante.

- Sí necesitas saber algo pregúntaselo a él- estalló-; ten cuidado- me advirtió apuntándome con un dedo acusador-, puedes recibir una respuesta que no te guste nada. Óyeme bien, lo mejor que puedes hacer es olvidarte de él- apretó los labios-. Y también de mí.

- Es más fácil decirlo que hacerlo.

- Te recomiendo que te esfuerces. Esta historia no terminará bien, no es un cuento de hadas. Somos demonios con todo lo que el término implica. ¿Necesitas que te lo ponga más claro?

- ¿Qué...?- empecé a asustarme de veras. Algo en la mirada de Lucas me preocupó, sus ojos tornaban cada vez más oscuros y su rostro comenzaba a desfigurarse por lo que me pareció, era, una furia contenida.

- Necesitas que te muestre el modo en que realmente son las cosas...- bramó con una voz que no era la suya. El eco de sus palabras retumbó en las cuatro paredes. La puerta se cerró de un portazo sin que nadie la tocara.

- ¿Lucas?

Lucas cerró los ojos, cuando los abrió y me miró me di cuenta de que se habían vuelto rojos y brillaban igual que los ojos de un gato en la oscuridad, para ser más precisos igual que los ojos del gato siamés que mi madre tenía cuando yo era una niña.

Lentamente bajé la taza y la apoyé en el suelo. Lucas siguió cada uno de mis movimientos con su mirada; ya no parecía él y eso me asustó todavía más.

- Lucas lo lamento...- me disculpé otra vez; la voz me temblaba-. De verdad lo siento mucho. Somos amigos... tú y yo... no quise... te aprecio mucho y...- Lucas soltó un gruñido que me hizo dar un salto. La habitación se llenó de un repulsivo olor sulfuroso que tapó por completo el perfume de los jazmines que traía la brisa que entraba por la ventana.

El corazón empezó a latirme a toda velocidad.

- No volveré a pedirte que hagas nada malo por mí...- continué con voz temblorosa- ...fue egoísta de mi parte pedirte que penetraras en los pensamientos de Vicente...- en cuanto pronuncié el nombre, Lucas saltó del sillón, la bandeja y todo lo que ésta contenía voló por los aires. Los platos se hicieron añicos contra el suelo, la fruta rodó por el suelo, el yogurt dejó un reguero blanco por media habitación, y las tostadas y las rodajas de budín se mezclaron con todo lo demás.

Me apreté cada vez más contra el sillón, Lucas no me quitaba la vista en encima, no parpadeaba, es más, creo que ni siquiera respiraba. Sus labios estaban separados como si preparase su dentadura para lanzar un mordisco.

Empecé a trepar por el sillón y en cuanto me moví el cuero lanzó un crujido que alertó a Lucas.

- Lucas, soy yo, no me recuerdas... ¿Lucas?

Habría sucedido algo durante la noche y yo ni siquiera me había percatado. Como si me pegaran con un golpe en la nuca, la idea impactó sobre mi cráneo, qué tal si mientras yo dormía, los demonios de los que Vicente y Lucas pretendían defenderme, habían logrado llegar a mí, es decir, a ellos.

Ni terminé de pronunciar su nombre cuando él dio un salto hacia mí. No tengo ni idea de cómo lo logré: me tiré del sillón una fracción de segundo antes de que él cayese sobre éste, en el exacto lugar en el que yo había estado sentada. Caí toda despatarrada en el piso, me doblé un tobillo y en el intento de impulsarme para escapar de Lucas, di un salto que me provocó un tirón en mi cintura rígida de dormir sobre el sillón. El agudo dolor me retrasó por lo que en cuanto giré la cabeza para mirar por encima de mi hombro descubrí que

Lucas se me venía encima. No sé de dónde saqué fuerzas, con un patinazo conseguí escapar de él por segunda vez, ahora, no de todo en realidad, en mi intento de huida los dedos de la mano derecha de Lucas se cerraron alrededor de mi antebrazo izquierdo, sus uñas me dejaron cinco arañazos sangrantes a todo lo largo del brazo hasta la muñeca. Sin hacer caso del ardor salí disparada en dirección a la puerta.

No sé porqué fui tan estúpida de creer que la encontraría abierta.

En vano tironeé de la manija.

Cuando me di vuelta para ver dónde se encontraba mi perseguidor, me topé frente a frente con él. Su nariz y la mía quedaron a menos de un centímetro de distancia. De sus labios entreabiertos brotaba un nauseabundo olor, el mismo que había captado antes. Sus ojos continuaban rojos y brillaban más que el fuego. No despegaba su mirada de encima de mí. En pánico, pegué la espalda contra la puerta. No tenía escapatoria.

- Lucas... Lucas soy yo... Eliza... escucha...

La mano izquierda de Lucas se estrelló contra la puerta justo al lado de mi oreja derecha. La puerta se estremeció detrás de mi espalda.

- No era mi intención hacerte sentir mal. Soy yo... la misma de siempre...

- Sé quien eres- afirmó con esa extraña voz que sonaba metálica, profunda y con un eco anormal.

- Vicente y tú intentaban ayudarme- me interrumpí ante la descabellada sonrisa que formó la boca de Lucas enseñando unos dientes que parecían más filosos de lo normal-. ¿Por qué estás haciendo esto?

Su respuesta fue un gruñido.

- ¿Lucas son ellos... son ellos los que provocan que esto pase?-. Lo pregunté porque no se me ocurría qué otra cosa podía motivar que se comportase así.

La madera de la puerta crujió debido a la fuerza que ejercía con su mano. Le iba a hacer un agujero a la madera con el solo uso de su carne.

Lucas no me respondió.

- ¿Lucas?

Nada.

- ¿Lucas, dónde está Vicente?-. Mi voz salió entrecortada a causa de saliva acumulada en mi boca y que no podía tragar-. ¿Dónde está él, acaso le hiciste algo?-. El corazón me latía desacompañado.

Lucas avanzó pegándose todavía más contra mí. El horrible olor me hizo dar vueltas la cabeza. Los labios de Lucas me rozaron la mejilla y se detuvieron junto a mi oído.

- Él no vendrá por ti- me susurró lentamente haciendo breves pausas ente palabra y palabra. Su nariz se hundió en mi nuca, entre mi cabello enredado y me olfateó con largas inspiraciones-. No vendrá- repitió y luego rompió a reír; no lo hizo con una sola voz, sino con muchas. Las macabras carcajadas hicieron eco una y otra vez.

Lucas me plantó cara otra vez.

- ¿No te advirtieron que este juego podía ponerse algo peligroso?- Sus ojos atravesaron los míos... tuve la certeza de que ya no era él y que fuese quién fuese que estaba allí conmigo, quería una única cosa: mi alma, a como diese lugar, incluso si debía quitarme la vida.

- ¿Quién eres? ¿Qué hiciste con Lucas y con Vicente?

La mano izquierda de Lucas se separó de la puerta unos cuantos centímetros para luego volver a golpearla con tanta fuerza que terminó por perforar un agujero.

- ¿Esto responde a tu pregunta?- dijo a modo de respuesta y luego se echó a reír otra vez.

No puede evitarlo se me escapó un grito de horror. Ni lo pensé, con todas las fuerzas que me fueron posibles juntar alcé la rodilla y apunté directamente a donde creí que más le dolería el golpe. Lucas o quién fuese el que ocupaba su cuerpo ahora, ni se inmutó, simplemente me sonrió.

- ¡Vicente!- grité a todo pulmón. Iba a volver a llamar su nombre cuando las manos de la criatura se cerraron alrededor de mi cuello estrellando mi nuca contra la puerta. Sus ojos no se despegaron de los míos mientras me apretaba quitándome el oxígeno.

- Quieres jugar, entonces juguemos- rió.

Las celosías se cerraron de un golpe, la habitación quedó en penumbras, pero no por mucho, un segundo después todo quedó invadido por llamas que lamían el techo. La habitación se tornó un infierno al instante.

- ¿Esto te gusta?- me preguntó con una sonrisa aflojando lo suficiente sus dedos como para que yo pudiese contestar, por supuesto no lo hice, le escupí la cara y aproveché el momento para intentar liberarme. Mi intento no sirvió de mucho.

- ¡Maldita!- gruñó limpiándose la mejilla con el dorso de la mano-. Por lo visto eso no fue suficiente para ti.

Igual que si yo no pesase nada, me lanzo a través de la habitación.

No pude hacer nada para evitar salir rodando por el suelo. No tenía de qué aferrarme, además con el golpe contra el piso quedé aturdida. Resbalé sobre

el yogurt, las tostadas y el café con leche derramado, hasta estrellarme contra la lámpara de pie que finalmente se me vino encima. Las llamas habían desaparecido, en su lugar la habitación se había llenado de sombras y con esto no me refiero a oscuridad, sino a una especie de niebla negra, densa e irrespirable. Los ojos se me anegaron de lágrimas.

- ¿Qué tal ahora?- me preguntó agachándose a mi lado-. ¿Te diviertes? Porque yo sí.

- ¡¿Lucas?!- grité lo más fuerte que pude.

- ¡Deja de llamarlo!- chilló-, no te aburres de estar todo el día llorisqueado.

- ¡Lucas, soy yo!

- ¡Cierra la boca!

La patada sobre las costillas me quitó el aliento.

- Lucas- repetí entre sollozos a lograr que mis pulmones absorbiesen aire otra vez.

Todo quedó a oscuras y en silencio, lo cual me asustó todavía más, estaba segura que iba a morir y a perder mi alma y nada ni nadie podría salvarme.

Los segundos empezaron a pasar y nada sucedió.

Nada.

Como pude me arrastré hasta el sillón y me senté sobre el suelo aferrándome de los almohadones mientras con la otra mano me agarraba el costado sobre el que había recibido la patada, me dolía igual que si tuviese algo clavado entre las costillas. El dolor me hacía saltar las lágrimas. Intentaba llorar en silencio para no delatar mi posición entre la opaca niebla sin embargo me fue imposible.

Lo peor pasó, escuché los pasos. Un par de pies aplastaban los restos de vajilla y venía directo hacia mí.

Con una mano tanteé el piso en busca de algo con lo que defenderme. Mis dedos se toparon con el asa de la taza, la cual estaba rota. La taza había perdido una mitad y al romperse había quedado expuesto un borde filoso. ¡Perfecto!- pensé-. Esto servirá.

Contuve el aliento. Los pasos se acercaban, lo sentía cada vez más cerca de mí.

Aguardé apretando los dientes, no tendría dos oportunidades de modo que me veía en la obligación de hacerlo bien al primer intento.

Lo sentí detenerse junto a mí. El aire se movió, se estaba agachando a mi lado otra vez.

Tomé envión y lancé el golpe.

Mi mano y la taza chocaron contra algo, supongo que fue su cabeza. Lo que quedaba de la taza se partió y me cortó la palma. Solté un alarido de dolor pero no fui la única.

- ¡Ahhh! ¡Mierda Eliza, soy yo!

Era la voz de Lucas, del verdadero Lucas.

- ¿Lucas eres tú?

- Sí, soy yo, con el cráneo partido-. Soltó un quejido-. Sí que tienes fuerza. Perfecto, estoy sangrando. Por lo visto no necesitas de nadie que te defienda.

- ¡Lucas!- exclamé y me le eché encima rodeándole el cuello con los brazos, lo cual hizo que mi dolor se pusiese de manifiesto en forma torrencial. No puede evitar quejarme.

- ¿Estás bien?

- No estoy segura.

- Salgamos de aquí, apenas si puedo verte.

Lucas me puso de pie levantándome por las axilas y me sacó de la habitación viciada de maldad.

En cuanto salimos a la luz del pasillo noté que le caía un hilo de sangre por la frente desde el cuero cabelludo.

- Lo lamento.

- No te disculpes. Estoy bien- se llevó una mano a la frente ensangrentada- sanará en un momento.

- Sí, eso sí, pero... ¿Seguro...? ¿Qué fue lo que sucedió allí dentro?

Lucas apartó la mirada. - Me tengo bien merecido el golpe que me diste.

- No digas eso...

- No tuve la fuerza necesaria para resistirme...

- Resistirte a qué.

- Invadieron mi mente... mi cerebro es tanto una puerta de acceso a otras mentes, cuanto entrada a la mía.

Nos quedamos en silencio hasta llegar a la sala.

- Supongo que ellos sabían sobre mi don y se aprovecharon.

Detuvo su andar y yo me detuve con él.

- No quiero ni pensar en lo que hubiesen podido hacerte si no los hubiese obligado a irse... mírate...- me recorrió con la mirada-. ¿Cómo pude permitir que esto sucediera? Lo siento Eliza, lo siento muchísimo.

- Lucas, está bien, no es tu culpa-. Le toqué la mejilla pero el apartó la cara.

- Sí, sí lo es, Vicente te dejó bajo mi custodia y mira cómo terminó todo.

- Voy a estar bien- intenté sonreír sólo para él, para hacer que se sintiera un

poco menos mal-. Lograste sacarlos de tu mente y eso es todo lo que importa. Me salvaste.

- Olvidas que fui yo quién en primer lugar los dejó entrar.

- Nada de eso...

- Tengo que llamar a Vicente, debo advertirle.

- Lucas...

- Eliza, no los saqué de mi cabeza solamente gracias a mi fuerza, sé que algo pasó, algo provocó que se fueran, algo que no fui yo...

- ¿Entonces qué fue?

- No lo sé, no estoy seguro, lo que sí sé es que no estás a salvo conmigo, lo que pasó recién podría volver a suceder y todo podría terminar mucho peor.

Lucas me llevó hasta la cocina, allí, me ayudó a limpiarme la herida de la palma, me dio unos cubos de hielo para mis costillas doloridas y luego se apartó de mi lado; parado junto a la maquina de expreso sacó un teléfono celular del bolsillo de sus pantalones y se lo llevó al oído luego de apretar un botón.

- ¿Vicente?

Lucas me miró mientras escuchaba en silencio lo que le contestaban del otro lado de la línea.

- Creo que se pondrá bien- dijo en un tono áspero y enmudeció-. Estoy bien, no tengo más que un corte.

Lo miré a los ojos pero él me rehuyó.

- No creo que esa sea una buena idea, qué tal si vuelve a suceder-. Apretó los labios con una fuerza tal que se le pusieron blancos- no tengo ni idea de dónde pueden estar, no puedo oírlos y eso me preocupa, lo mejor va a ser que vengas y te encargues de ella- me dio la espalda-, faltó poco para que la matara... lo sé-. Se agarró del borde de la mesada y alzó la cabeza en un gesto de abatimiento-. No Vicente, no voy a poder...

Me levanté de la silla y caminé hasta él.

- Te agradezco la confianza pero me parece que incurres en un error, si Ariel ya está al tanto lo mejor es que regreses y...- bajó la cabeza y con la frente golpeó la puerta de la alacena-. No- jadeó.

- Lucas- posé mi mano sobre su hombro y él dio un respigo. Me miró desconcertado-. Quiero que te quedes conmigo.

Lucas se quedó mudo por un momento.

- Sí, yo también la oí- le dijo al teléfono-. Ella no sabe lo que dice, no tiene ni

idea de lo que pide, soy un peligro.

- Sé que no va a volver a suceder- entoné.

- Bien- nos contestó a ambos-. Lo haré. Adiós-. Se metió el celular en el bolsillo otra vez-. Vamos, terminemos con esto; te llevaré a tu departamento y luego al trabajo, allí estarás más segura que conmigo.

No sé quién lo necesitaba más, si él o yo, la cuestión es que lo abrasé con todas mis fuerzas.

Lucas no abrió la boca en todo el tiempo que permanecimos sentados juntos dentro su pequeño y veloz automóvil codo a codo, separados apenas por la palanca de cambio; es más, ni siquiera apartó los ojos del camino.

Reconozco que aún estaba algo turbada por lo sucedido en la habitación de Vicente, sin embargo comprendía que el ataque no era su responsabilidad, no había querido lastimarme, es más, en este momento se esforzaba por evitar hacerlo, por eso no me miraba, ni me tocaba, por eso me ignoraba.

De lo que Lucas no se daba cuenta era que al ignorarme me lastimaba todavía más hondo de lo que podía herirme con un golpe de su potente puño, porque en lo que tenía de conocerlo, sin querer se plantó en mi vida como mi amigo, mi compañero. Creo que nunca antes me sentí tan a gusto con una persona como con él.

Hasta pocos segundos atrás el sonido del motor rellenara el espacio que el silencio había dejado entre ambos, pero ahora que éste estaba apagado -Lucas acababa de estacionar frente a la puerta de mi departamento- el silencio, y la distancia, resultaban insoportables.

- No fue tu culpa- repetí por enésima vez-... sé que hiciste lo que pudiste para defenderme y te lo agradezco más de lo que imaginas.

Lucas giró su cabeza hacia mí.

- ¿Cómo estás tan segura de eso?- hizo una pausa-. Apenas me conoces y lo único que sabes de mí es que soy un demonio... ¡Como si eso no fuese suficiente!- soltó visiblemente enojado consigo mismo.

- Lucas...- mi mano atrapó la suya, fui más rápida, no le di tiempo apartarla o bien no lo intentó; cerré mis dedos alrededor de los suyos- ...no digas eso, eres simplemente mi amigo.

- Sí tan solo pudiese...- su voz se extinguió en un profundo silencio.

- Nada va a suceder si te quedas a mi lado.

Lucas cerró los ojos y apretó los parpados. Su rostro se descompuso.

Apreté todavía más su mano.

- Te arriesgas por mí y a cambio yo te hago sentir así de mal... pobre manera de pagarte la mía- lancé a modo de broma para intentar levantarle el ánimo-. Supongo que al final voy a tener que convertirme en tu esclava de por vida.

Abrió los ojos y sonrió a medias. - Lo que más me molesta es que sé que no puedo hacer lo suficiente por ti.

- ¡¿Qué dices?!

- “Ellos” estaban en mí pero yo también estaba allí como algo más que un simple testigo: podía verte tal como te veo ahora, podía oírte ahogándote bajo la presión de mis manos alrededor tu cuello, sentía el dolor de tu cuerpo, la lucha de tus pulmones por inhalar oxígeno y el miedo que emanó tu piel cuando comprendiste de lo que pasaba...

Se me erizó la piel.

- ...todo eso me llenaba de placer, me deleité experimentando ese momento, y lo peor de todo es que... lo peor de todo es que la furia y el odio de “ellos” me invadió, me contagió... la experimenté hasta el punto en que se hizo mía... quería lastimarte, quería arrancarte el alma- bajó la vista-, la necesitaba para mí...- se volvió hacia mí otra vez- todavía me siento así, aún continuo necesitando que tu alma sea mía.

Sin querer solté su mano en ese instante. Fue un error, estoy segura de que Lucas malinterpretó mi gesto, no le temía a él, sino a lo que “ellos” pudiesen hacerle con tal de llegar a mí.

Sus manos se colgaron de la parte baja del volante en un gesto de agobio.

- Haces lo correcto- entonó en voz muy baja-, soy débil, peligroso y lo mejor que puedo hacer es apartarme de tu lado antes de que sea demasiado tarde-. Ni bien terminó de pronunciar esas palabras arrancó las llaves del encendido de un tirón y se bajó del automóvil azotando la puerta. Lo seguí a toda prisa.

- Toma lo que necesites, debemos largarnos de aquí cuanto antes- dijo mientras remontaba los escalones en dirección a la puerta.

Corrí tras él. - Lucas, por favor.

- No tenemos nada más que hablar- gruñó mientras abría la puerta sin necesidad de las llaves que yo todavía buscaba dentro de la cartera.

- Es ridículo, no fue tu culpa.

- ¡Deja de decir eso!

- Pero si es cierto-. Podía sentir su pena igual que si fuese mía.

- ¡No, no lo es!- replicó enfrentándome-. Mira- me espetó apuntándome con un dedo mientras que con la otra mano sostenía la puerta abierta-: no tienes ni la menor idea de lo que está pasando dentro de mi mente ahora- apretó los

dientes y sacudió la cabeza- de saberlo no te pararías junto a mí...- murmuró por lo bajo. Alzó los ojos, todavía conservaban la negra y dura mirada que se instalara en ellos unos segundos atrás-. Y lo que menos necesito en este momento es que me tengas piedad, no me la merezco, ninguno de nosotros nos la merecemos. Lo más sano es que nos quisieras fuera de tu vida cuanto antes.

- Pues no quiero eso-. De verdad que no quería, no sé exactamente cómo, ni porqué, mi vida sin Vicente y sin él se me antojaba inconcebible.

- ¡Estás loca!

Entré tras él. La puerta se cerró. Lucas fue directo a los ascensores y presionó los botones de ambos de manera casi histérica, todavía no entiendo cómo no hundió las placas de metal sobre las cuales estaban ensamblados los botones.

- ¿Loca por no querer perderlos a ninguno de los dos?

Lucas me miró de reojo.

- Sí, exactamente.

Uno de los ascensores llegó a la planta baja. Lucas se quedó sujetando la puerta por la manija pero no la abrió.

- Esto no es normal- dijo sin mirarme-, es más, ni siquiera debería estar sucediendo.

- Es probable que algo no funcione bien en mí.

- Ya no digas más bromas tontas.

- Disculpa, es lo que hago en momentos de tensión.

- No hay nada de malo en ti... ese es el problema- susurró todavía aferrando la puerta.

No sé si fue la forma en que me miró, o lo que dijo, o la combinación de ambas cosas, me dio la idea de que atisbaba algo que no esperaba ni deseaba ver, al menos no en él, ¿no sé si me explico?, algo que no tenía idea de cómo manejar.

Lucas no me permitió seguir pensando en eso, abrió la puerta y me ordenó que entrara en el ascensor. Cuando llegamos a mi piso me pidió que esperase en el pasillo, entró en el departamento y salió menos de un minuto después.

- Todo en orden, puedes entrar.

- Gracias.

- Cámbiate rápido y recoge lo que necesites para pasar el fin de semana en la casa...

Lo miré con ojos desorbitados.

- Será solamente en el peor de los casos- me consoló- si todo sale bien se terminará en unas cuantas horas.

- ¿Y luego qué?

Lucas me contempló por unos segundos, su mirada se había ablandado levemente.

- Luego habrá terminado. Lo que tú... nada de esto es posible y tiene que terminar.

- ¿Se irán?

- Es lo mejor. En unas semanas no te haremos falta y en unos meses ya ni lograrás recordar si esto de verdad sucedió.

No iba a olvidarme de esto ni por más que viviera mil años, simplemente no podía arrancarlos a ninguno de los dos de mí.

- Ve, date prisa o llegarás tarde al trabajo.

No pude replicar. Arrastrando los pies llegué a mi habitación. Me colé dentro de mi limpio uniforme de trabajo. Mecánicamente, manoteé una cartera más grande, eché dentro todo lo que llevaba en la que había tenido colgada del hombro hasta segundo atrás y a eso añadí una muda de ropa. Me moví de manera inconsciente, la verdad es que no tenía ni la menor idea de lo que guardaba. ¿Sería de mí cuando Vicente y Lucas desaparecieran de mi vida, cómo iba a seguir a delante? Volvería a mi vida vegetativa de unas semanas atrás, terminaría más amargada de lo que estaba entonces. ¿Lo resistiría? Presentía que no, por eso esa posibilidad me asustaba tanto.

Atontada y dolorida caí sobre la cama... no podía perder a Vicente, la mera idea de no volver a verlo, de no tener la oportunidad de percibir su aroma nunca más, de no volver a oír su voz... de no contar con su compañía...- el pecho se me cerró-. ¿Cómo? ¿Cómo iba a resistirlo? Si perder a Lucas se me antojaba un suplicio, perderlo a él era peor que la muerte, peor que perder mi alma, peor que perderlo todo...

Tardé tanto en salir que Lucas terminó viniendo por mí. No logré explicarle lo que me sucedía y él no insistió con preguntas.

El tiempo pasó rápido, en cuanto me di cuenta, nos deteníamos frente al local.

- Vicente te cuidará.

- ¿Qué?

- Vicente va a cuidarte bien, él puede hacerlo mucho mejor que yo.

- No sigas con eso Lucas- me agarré la cabeza, empezaba a dolerme.

- Me voy.

- ¿Cómo que te vas?, ¿a dónde? ¿A qué te refieres?- mi cerebro atascado no podía procesar lo evidente.

- Me despido de ti ahora, sea que lo que sea que suceda con la reunión que

está teniendo Vicente ahora...- apretó los dientes-. No volveremos a vernos. Es la despedida. Lamento muchísimo todo lo sucedido, lamento que hayamos invadido tu vida de este modo, espero puedas recomponerla lo más pronto posible, ojala seas muy feliz.

- No tienes que irte.

- No esperabas que nos quedásemos aquí eternamente ¿o sí?, sin importar que Vicente renunciara a tu alma o no- sacudió la cabeza negando-, no íbamos a quedarnos aquí para siempre. Bórrame de tu mente, bórralo a él de tu corazón, es lo mejor que puedes hacer por ti.

- No puedo ni quiero... ustedes...- Lucas no me dejó terminar, me tomó por el cuello y me estampó un beso en la frente-. Bájate ya, tu amiga viene en camino y no querrás tener que darle incómodas explicaciones.

No me moví.

- Sal de aquí.

No pude.

- ¡Sal ya!- me gritó.

Di un salto y bajé del auto.

Lo perdí de vista cuando dio vuelta en la esquina.

No volvería a verlo.

21. Tiempo.

- Hola.

- Hola- le contesté a Susana sin darme vuelta, mi mirada no se corría del punto detrás del cual desapareciera el automóvil de Lucas. Allí restaban brumosos rayos de sol que se colaban por la espesa capa de hojas de los árboles de refulgente verde, que le otorgaban un cariz fresco y delicado a la luz, solamente allí, en ese punto en que los rayos formaban columnas de delicado brillo, podía encontrarse algún rastro de la tormenta del día anterior, por lo demás, el resto del espacio resultaba sofocante.

- ¿Qué miras?

- Nada- gemí apartando la vista del resplandor acuoso de las hojas al mecerse.

- ¿Estás bien?- su tono de voz cambió rotundamente, le preocupaba el estado catatónico en el que yo me sostenía en pie junto al cordón de la vereda, contemplando la nada.

- Sí.

- ¿Segura? ¿Sucedió algo?

- No, todo está bien. Vamos, entremos.

Odié que no tuvieses nada de trabajo, así me quedaba demasiado tiempo para pensar y pensar me torturaba con un malestar amargo que me dejaba un regusto metálico en la boca y sensación de vacío en el estómago. Seguía sin poder concebir el tener que despedirme de Vicente. Arrancarlo de mi pensamiento era tarea imposible, recordé sus visitas al local, las veces que visitó mi casa, sus palabras, sus rasgos, cada uno de sus gestos y la insondable profundidad de sus ojos grises.

Se hallaba demasiado anclando en mi corazón para intentar solucionar su presencia en mí, con una operación tan racional y pragmática como poner empeño en lanzar al olvido cada recuerdo.

A cada minuto que pasaba contemplaba mi reloj y me preguntaba dónde estaría.

Se me antojaba terriblemente absurdo no haber tenido el tiempo suficiente para confesarle lo que sentía. Fue inquietante darme cuenta que después de dos semanas de enfrentarlo, de negarme a darle mi alma, lo único que me importaba ahora era asegurarme de tener más tiempo en su compañía.

Que contradicción, hasta hace tan solo tres meses atrás lo único que yo deseaba con todo mi ser, era que el tiempo pasase lo más rápido posible; ahora me desesperaba la idea ver verlo avanzar así de rápido.

Susana soltó una caja de chocolates suizos sobre el mostrador provocando un alevoso estrépito que me hizo dar un salto. Me di vuelta y al hacerlo me percaté de que me miraba torcido desde su pose reclinada sobre la caja con los brazos cruzados sobre ésta, parada del otro lado del mostrador.

- Tenías razón... Tenías razón sobre mí- solté, necesitaba descargar al menos una parte de la presión de mi pecho o estallaría.

Se cruzó de brazos enfrentándome.

- ¿Sobre qué?

- Sobre Vicente y yo; es decir, sobre mí, no él, bueno, no sé qué le suceda a él, la verdad es que no creo que esto sea reciproco, por lo que me parece él se va a ir muy pronto y dudo que pueda convencerlo de quedarse...- recité a toda prisa sin detenerme a respirar.

- ¿Por qué no, cuál es el problema?

- Hay muchos.

- Nómbrame uno.

- Vicente no es una persona común y corriente.

- Eso se le nota- se encogió de hombros-; que va, tu tampoco lo eres. ¿Qué más?

Meneé la cabeza. - Supongo que lo más importante de todo: no creo que él sienta lo mismo por mí.

- ¿Pero si te invitó a salir en más de una ocasión? Y a mí no me vengas con eso de que fue por negocios.

- Bien, eso se terminó y dudo que quede mucho más entre nosotros.

- ¿Y qué fue lo de anoche?

A su pregunta le siguió una larga y profunda inspiración mía.

- No fue nada... me quedé a dormir en su casa pero él no... nosotros no... fue una tontería. Nada pasó, que me quedara a dormir en su casa no tiene nada que ver con lo que siento y por lo que creo, nada con lo que él pueda llegar a sentir.

- La verdad es que no entiendo nada... ¿cómo puedes estar tan segura de que él no siente lo mismo por ti?, es decir, fui testigo del modo en que te mira y ciertamente no parece el de alguien a quien le seas completamente indiferente.

Ojalá así fuera- pensé-, sin embargo no podía engañarme a mí misma en ese sentido, las veces que Susana lo había visto fueron ocasiones en las que Vicente estaba mucho más interesado en convencerme de que le vendiese mi alma que cualquier otra cosa; sin duda esas miradas eran las mismas que Lucas, y sin duda todos los otros demonios que rondaban por la tierra, incluidos los que habían estado muy cerca de matarme esta mañana utilizaban para convencer a sus víctimas de concertar el intercambio.

- ¿No vas a hacer nada al respecto?

No contesté.

- ¿De qué tienes tanto miedo?

Se me escapó una sonrisa medio torcida de costado. Ni se imaginaba.

Sin duda mantener semejante conversación resultaba más difícil de lo esperado, no podía esperar que ella fuese capaz de darme ningún buen consejo si no tenía ni la menor idea de cual era la realidad.

- ¿No vas a pelear por él? ¿Te rendirás así, sin más? ¡Vamos Eliza, no desperdicies la oportunidad de ser feliz!, el tiempo no perdona y cuando menos te des cuenta...

El teléfono sonó.

- Cuando menos te des cuenta el tiempo se habrá acabado- completó y el

teléfono volvió a sonar.

De un manotazo lo atendí.

- Soy yo, Vicente.

Oír su voz hizo que se me aflojasen las rodillas y me diesen palpitaciones. Susana puso cara de entender quién estaba del otro lado de la línea: enderezó la espalda sonriendo y se quedó así, contemplándome.

- Ah... hola- tartamudeé.

- ¿Todo está bien por allí?

- Sí, ningún problema, todo está muy tranquilo- decodificando: no había demonios a la vista.

- Mejor así- comentó Vicente con voz tirante después de unos segundos en los que llegó a mi oído el sonido del que presumí, era el motor de su automóvil acelerado a toda velocidad-. Entonces... ¿estás bien?

- Supongo...

- Bien...

- ¿Hay novedades?- consulté -girando levemente hacia mi derecha para apartarme un poco de Susana-, esperaba que comprendiese que necesitaba saber si su escapada por ayuda había dado buenos resultados, si ese tal Ariel podía interceder por mí, por mi alma ante el Diablo o quién fuese a quien se debe recurrir.

- No es algo que debemos discutir por teléfono... Pasaré por ti a las ocho en punto...- pausa- preferiría que estuviese lista para entonces.

Intuí lo peor.

- ¿Eliza? ¿Me escuchaste, estás ahí?

- Sí, aquí estoy.

- Crees que puedas estar lista para las ocho. - Sí, eso creo.

- Bien, nos veremos más tarde entonces.

- Sí.

- Todo saldrá bien- me susurró en un tono tan dulce que me hizo recordar su perfume-. No te preocupes, nos vemos a las ocho.

- Sí- volví a musitar, evidentemente no podía pronunciar ninguna otra palabra.

- Puedes confiar en mí. Sé que si te basas en lo que sabes de mí... en lo que demostré ser hasta ahora es probable que no creas conveniente fiarte de lo que te digo; te prometo que no permitiré que nada malo te suceda.

- Gracias- entoné en voz alta haciendo eco de lo que sentía.

- No tienes que agradecerme nada, después de todo es lo menos que puedo hacer por ti, soy en parte responsable de que esto te esté sucediendo

¿recuerdas?

- Estaré allí a las ocho en punto sin falta.

Esperó a que yo dijese algo pero nada salió de mis labios. Quería decirle cientos de cosas y preguntarle otras tantas pero no era el momento ni el lugar, ni quería hacerlo por teléfono tampoco.

- Hasta esta noche.

- Hasta esta noche- contesté yo y colgué luego de que él lo hiciese, al oír la señal de tono.

Me volví y vi que Susana se estaba conteniendo de soltar un alarido de felicidad, supongo que la idea de hacerlo se le borró de la mente al ser testigo de la mueca, que sin duda, aún perduraba en mi rostro.

- Y bien... ¿qué pasó? ¿Qué te dijo, para qué llamó?

- Vendrá por mí esta noche...

- Sí, eso lo escuché. ¿Van a hablar... es decir, le vas a contar lo que te pasa con él?

- No sé si esta noche sea un buen momento para eso.

- ¡¿Por qué no?! De nada sirve demorar este tipo de cosas, no existe mejor momento que el tiempo presente para confesarlas, además...- se detuvo un segundo-, ¿por qué tienes esa cara, pasó algo malo?

Sacudí la cabeza para relajar mis facciones. - No, nada- intenté sonreír, mis labios todavía se sentían tirantes, me figuro que no me salió nada que fuese agradable de ver.

- Te sugiero que se lo digas esta noche, no pierdas el tiempo, alguien más podría intentar quedarse con él; te advierto, yo estoy comprometida pero no ciega, y todo pude darse vuelta, si no te lo quedas tú me lo quedaré yo- lanzó a modo de broma. Se estiró hacia mí y me dio una palmadita en el hombro-. ¡Vamos, arriba el ánimo! El “adonis” está muerto por ti y tú por él, seguro las cosas tomarán el curso que deben tomar: los dos vivirán el resto de sus vidas juntos y tendrán lindos bebés con sus ojos, su cara, su cabello- canturreó y luego se detuvo- y tu genio- añadió poniendo cara de picara.

- Agradezco que intentes levantarme el ánimo...

- Para eso están los amigos.

- La verdad es que no creo que resulte.

- ¡Que pesimista que estás hoy!

- No, no es pesimismo, simplemente soy realista.

- ¡Al cuerno con tu realismo!-. Me apuntó con un dedo acusador y desafiante. - Te apuesto una botella del champagne más caro que vendemos aquí a que

terminan juntos.

- Vas a perder- le advertí sonriendo a medias. Toda esta tontería me hacía sentir ligeramente mejor.

- Yo nunca pierdo- aseguró con sus manos clavadas en la cintura del pantalón.

- Después no me digas que no te lo advertí.

- Ve ahorrando dinero porque me aseguraré de que pagues esa botella, de ningún modo permitiré que le pidas a Julio ni un descuento sobre su valor ni nada. Ya lo verás...

La puerta se abrió y entró un cliente.

- Tendrás que comprar esa botella- canturreó con una sonrisa picara.

- Susana...

Exageraciones aparte, las cinco horas que me separaba de las ocho de la noche, se me hicieron larguísimas, me dio la impresión de que el reloj que llevaba en la muñeca me jugaba una broma pesada y de mal gusto, sin duda avanzaba más lento de lo normal o incluso en sentido contrario. De todos modos, descartar cada minuto y seguir viva y sin novedades de los demonios que querían mi alma era un alivio; no entendía muy bien qué los detenía a meterse en el local y reclamar mi alma, sobre todo considerando la suerte de posesión sobre Lucas con la que se habían acercado a mí en la mañana. Sin dudas, toda esta incertidumbre era el resultado de mi ignorancia sobre un mundo que desconocía casi por completo, poco y nada sabía de los demonios, incluso de Vicente, más el hecho de que eran mucho más resistente físicamente, que tenían ciertas reglas con respecto a sus zonas de trabajo y que tenían poderes fuera del alcance de los seres humanos.

...

Susana apareció dentro de mi campo visual ya lista para irse.

- Me voy.

- Sí- me levanté del mostrador- bien... nos vemos el lunes entonces...

- Si quieres algo de compañía puedo quedarme hasta que él llegue.

- No hace falta, gracias igual, voy a estar bien.

Susana se acomodó la cartera sobre el hombro.

- Sé que hay algo... sobre todo esto de Vicente, que no quieres contarme.

Hice el intento de empezar a decir algo para quitarle esa idea de la cabeza pero ella ni siquiera me dejó articular ni una sílaba.

- No hace falta que me digas qué es, de verdad, después de todo por lo que pasaste me parece bastante coherente priorizar la privacidad de tu vida amorosa... pero si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en llamarme, no importa la hora que sea, sólo llámame, te oiré sin hacer preguntas, lo prometo, me comportaré.

- Gracias... por todo, de verdad.

- No hay porqué-. Sacudió los hombros-. Bien, es hora de que me vaya- dijo apuntando en dirección a la puerta-, Sebas y yo vamos a ir a cenar a un lugar elegante que por lo visto está muy de moda últimamente, reservó una mesa hace una semana, de modo que no puedo llegar tarde.

- Que lo pases bien- le deseé sonriendo lo mejor que pude.

- Gracias. Nos vemos el lunes.

- Sí, claro, hasta el lunes-. Esperaba poder llegar al lunes.

Susana dio media vuelta y se alejó por el corredor central, salió no sin antes girar un cuarto de vuelta, saludarme con la mano y desearme suerte para la noche.

En cuanto me quedé sola me sentí completamente desprotegida, fue una horrible sensación de desamparo, tanto es así que me senté sobre una de las banquetas que se encontraban detrás del mostrador y pegué la espalda contra la pared, arrinconándome tal si fuese un pequeño roedor asustado procurando por un refugio inexistente ante el predador que ese acercaba.

Por suerte no tuve que esperar ni cinco minutos para ver aparecer por detrás de la vidriera la reluciente carrocería negra del Mercedes-Benz de Vicente.

Salté de la banqueta al suelo, manoteé mis cosas de debajo del mostrador, apagué las luces desde la consola que tenía a mi espalda y apreté el paso hacia la calle. En el ínterin Vicente se bajó del automóvil y echando antes un vistazo en ambas direcciones avanzó directo hacia mí.

Alcanzó la puerta antes de que yo llegase a poner mi mano sobre la manija para abrirla.

Las persianas ya estaban bajas de modo que tuve que agacharme para salir. Vicente me tendió una mano para ayudarme a pasar, me aferré fuerte de ella no porque me hiciese falta para poder salir, sino porque era indispensable que me sostuviese de algo para no caer al suelo de espaldas, su presencia tenía el poder de tumbarme.

- Hola- lo saludé apartando mi cara de la suya para no quedar en evidencia.

- ¿Todo en orden?

- Eso creo... tú me dirás.

Vicente hizo una mueca de disgusto.

- ¿Tan mal están las cosas?
- No fue lo que esperaba... no pierdo las esperanzas.
- ¿Es que todavía quedan esperanzas para mí?
- Eliza, esto aún no termina; lo resolveremos, no te preocupes.
- Quisiera no preocuparme...
- Ven, larguémonos de aquí, la calle no es un lugar seguro para ti.
- Sí, quiero irme a casa- admití algo derrotada.
- Lo lamento, eso no será posible, tal como te dije: si no lograba ponerle un fin a esta situación deberías pasar otra noche en casa y eso es lo que harás.
- Creo que esta mañana quedó demostrado que tu casa tampoco es un lugar muy seguro.
- Sí, lo es... ahora lo es.
- ¿Eso que significa?
- Lucas es joven, todavía no logra un completo control sobre...

No lo dejé terminar. - ¿Realmente se fue?

- Sí- contestó apartando sus endurecidos ojos grises de los míos. Las llaves que llevaba

sonaron cuando las estrujó dentro de su puño.

- ¿Le pediste que se fuera?
- No, fue su elección y me parece que hizo lo correcto, no sólo por ti, sino también por él-. Hizo una pausa-. Por qué te importa tanto lo que él haga, no tiene nada que ver contigo. Esto se terminará pronto y ni él ni yo volveremos a aparecer en tu vida. Grábate esto Eliza: lo mejor para ti es que te olvides de nosotros cuanto antes.

Pretendí hacer oídos sordos pero esperar que sus palabras no derrumbasen mis esperanzas resultaba un poco complicado, sobre por lo rotundo de su sugerencia.

En silencio me dejé guiar hasta el automóvil negro.

De una corrida Vicente rodeó el automóvil y llegó junto a mí. Yo ya llevaba el cinturón de seguridad puesto antes de que él tuviese tiempo siquiera de lanzarme una mirada para comprobar si debía regañarme por no llevarlo. Se quedó con la boca abierta, soltó un suspiro y metió la llave dentro de encendido.

- ¿Quieres pasar por tu departamento a buscar algo más para esta noche?

Ni había pensado en eso se me antojó una buena idea, no tenía idea de qué había metido dentro de la cartera en la mañana.

- Sí, gracias, es buena idea.

Las primeras cuerdas las recorrimos en silencio, pero yo no pude contenerme mucho más y acabé preguntado lo que necesitaba saber.

- ¿Qué fue exactamente lo que fuiste a hacer esta mañana?

- Fui a hablar con alguien para que intercediese por ti- masculló a regañadientes.

- Sí, me dijiste que irías a hablar con ese tal Ariel.

Me miró de reojo.

- Eso hice.

- ¿Y bien, qué sucedió? No lograste convencerlo de que mi alma no debería arder en el Infierno o es que él simplemente no le importa lo que a mí me suceda... o quizá él también quiera intentar quedarse con mi alma, ¿es eso?

Vicente soltó aire por la boca. - No, no es ninguna de las cosas que has dicho.

- ¿Entonces?

Puso tercera y aceleró para luego soltar la palanca de cambios con un gesto de enfado.

- Las cosas no son tan simples, ni tampoco siempre es o negro o blanco.

- Bien, entonces mi estado no es completamente irreversible.

- ¿Tu estado?

- Creí que estaba perdida.

- No, todavía no estás perdida-. Entonó con la vista fija en el semáforo que estaba en amarillo, volvió a tomar la palanca de cambios y desaceleró-.
Simplemente necesitaremos algo más de tiempo, eso es todo.

- Y qué va a suceder mientras tanto... digo, qué se supone que voy a tener que pasar todas las noches en tu casa hasta que esto se resuelva.

Ladeo la cabeza sin quitar la vista del semáforo que todavía estaba en rojo. -
Todo esto me gusta tan poco como a ti.

Otro golpe bajo.

- ¿Volverás a ver a ese tal Ariel?- consulté después de un momento.

- Eso creo.

- ¿Ya estás teniendo problemas por mí... por esto?

El semáforo se puso en amarillo y luego cambió a verde.

- No te preocupes por mí, voy a estar bien.

Llevar adelante esta conversación resultaba tan difícil como intentar remar contra corriente en un río caudaloso y revuelto.

- ¿Hay algo que pueda hacer para...?- Vicente no me dejó terminar.

- Sí, sí hay-. Noté que echaba un vistazo por el espejo retrovisor-. Cierra la

boca.

- ¡¿Qué?!- solté ofendida por el tono que usó para hablar.

- Tenemos compañía- anunció espiando por el espejo retrovisor que pendía de la mitad del parabrisas entre nosotros dos. Yo no vi nada.

- ¡¿Qué?!-

Un grito se quedó atragantado en mi garganta cuando Vicente aceleró a toda velocidad después de rebasar un camión de basura que maniobraba para detenerse junto a los contenedores que estaba unos metros pasando la esquina. Como frenético atravesó la calle sin desacelerar ante el lomo de burro que estaba casi llegando a la bocacalle por una muy buena razón, por un pelo no chocamos contra los autos que aparecieron inesperadamente por nuestra derecha. Las ruedas del Mercedes-Benz se hundieron en la cuneta y pegaron un salto al salir de ella, el auto se despegó de la calle adoquinada y salió despedido por encima de un parche de asfalto hundido y resquebrajado.

- ¡Por Dios Vicente!- chillé asustada.

- Lo lamento pero no pienso discutir en este preciso momento, mi forma de conducir contigo-. Dicho esto, volvió a mirar por el espejo retrovisor que pendía del techo entre ambos, masculló algo entre dientes, supongo que fue un insulto, no estoy segura, podría haber dicho cualquier cosa.

Ladeé la cabeza para ver una moto negra haciéndose cada vez más grande en el espejo retrovisor de mi lado.

- Son ellos otra vez- jadeé.

- Sí-. Vicente volanteó hacia la izquierda en un claro y evidente intento de perder de vista a la moto y sus dos ocupantes-. Tal parece que no haremos escalas. Si salimos de ésta iremos directo a mi casa.

El cinturón de seguridad se me clavó en el hombro y en la base del cuello cuando el Mercedes patinó sobre los adoquines con las gomas chirriando. Me golpeé un poco contra la puerta pero no fue realmente nada, seguramente peor sería que los que nos seguían en aquella moto, nos dieran alcance.

- ¿Estás bien?- preguntó tendiéndome una mano en un intento por atajarme. Sus ojos no se despegaban de la concurrida calle por la cual pretendía colarse lo más rápido posible mientras su mano izquierda, firmemente asida al volante provocaba zigzags en nuestro avance al esquivar los otros vehículos que circulaban tranquilamente ajenos a nosotros y a la moto que nos perseguía.

- Sí, estoy bien-. Me masajeeé el codo y volví a posar mis ojos en el espejo retrovisor, no debía haberlo hecho, la moto seguía detrás de nosotros ahora todavía más cerca-. Se están acercando- exclamé asustada.

- Sí, ya los vi-. Vicente puso quinta en cuanto el automóvil que iba delante nuestro tomó una calle lateral, clavó el pie en el acelerador y las ruedas esta vez prácticamente saltaron de una esquina a la otra por sobre las cunetas por las que todavía corría algo del agua de lluvia de la noche anterior.

- Sostente con fuerza-. Me aconsejó.

Mis uñas se clavaron en el asiento y casi me muerdo la lengua cuando aterrizamos de forma poco sutil al otro lado de la calle. La carrocería chocó contra el asfalto y todo el automóvil cimbró. El rugido de la moto se oía con suma claridad pese a que los cuatro vidrios se encontraban levantados.

El corazón se me subió a la garganta. Vicente pisó el freno y giró a la izquierda una vez más, casi atropella a una pareja que cruzaba; no se inmutó, a mí casi se me escapa el corazón por la boca.

- Si no nos matamos antes vamos a terminar matando a alguien.

- Sí algo sucede- volvió a acelerar, la calle estaba vacía, yo ya no sabía hacia dónde nos dirigíamos, estaba completamente desorientada- ...si algo sucede- repitió, si chocamos o lo que fuere, si te quedas sola, llévate mi celular, aléjate lo más que puedas de mí y busca en el directorio el número de Ariel, llámalo y haz exactamente lo que él te diga- lanzó a toda velocidad sin dejar de prestar atención a la calle por la que circulábamos a ciento veinte kilómetros por hora.

- ¿Qué?- balbuceé entrando en pánico-. Creí que nada podía sucederte si salías volando por el parabrisas... no entiendo...

- Hay muchas cosas que no comprendes ni debes comprender- lanzó haciendo una mueca que le deformó el rostro después de esquivar una camioneta parada en doble fila. Vicente giró bruscamente el volante, casi chocamos contra los autos estacionados en la vereda de enfrente.

Mis ojos se desviaron en dirección al espejo adosado a la puerta, la moto venía detrás nuestro mucho más cerca que antes, evidentemente ellos tenían mucha más libertad de movimiento en el tráfico y, por eso, no les afectaba en lo más mínimo la cantidad de automóviles que se movían junto a nosotros; ahora nos separaba menos que la distancia de un automóvil. Sus dos ocupantes estaban inclinados para adelante, el primero casi pegado a la estructura del tanque de combustible, el segundo, un poco por encima del primero, con la cabeza inclinada hacia mi lado, tanto así que me dio la impresión de que me miraba por el espejo, lo que hizo que me estremeciera. Me estaba mirando sin duda.

- Se nos vienen encima-. Aparté la vista del espejo, no podía sostener la

mirada del demonio.

Vicente gruñó y volvió a dar un volantazo. La moto cortó la curva adelantándose todavía más en nuestra dirección. Por un segundo salieron del campo de reflexión del espejo de mi lado, por desgracia en cuanto giré la cabeza para mirar a la izquierda, comprobé que se nos venían encima, la rueda de la moto apuntaba directo a la puerta trasera del lado de Vicente.

El caño de escape de la moto soltó un rugido ensordecedor, tanto es así que no alcancé a oír lo que dijo Vicente.

Vicente hizo girar el volante, el auto se lanzó bruscamente hacia la izquierda, poco más las ruedas delanteras se comen el cordón. La moto dio un frenazo, estuvimos muy cerca de chocar. Noté que los que iban en la moto se incorporaban. Al instante Vicente corrigió la marcha y volvió a pisar el acelerador. Su arriesgada maniobra -es lamentable admitirlo- no dio el menor resultado, fue momentáneo el alivio que tuvimos, casi al instante la moto se nos puso a la cola otra vez y en menos de un segundo volvió a acelerar, esta vez, remontando terreno por el lado derecho del Mercedes. Venían directo hacia mí.

- ¡Por Dios!- exclamé casi sin aliento.

Vicente echó una mirada hacia atrás.

- ¡Mierda!

La moto se puso a la par nuestro, iban pegados al baúl.

- No te asustes- me advirtió Vicente y luego sacudió el volante. El auto apenas zigzagueó, sin embargo eso sirvió para que los que iban en la moto creyesen conveniente apartarse un poco. Dos segundos después los teníamos otra vez pegados a la reluciente carrocería negra y uno más tarde, algo que pareció como si nos golpease un rinoceronte, sacudió el Mercedes. Miré para atrás y hallé la fuente del impacto poco antes de sentirlo otra vez, el hombre que iba en la moto detrás del que conducía, le propinó un puñetazo al costado de la tapa del baúl, justo por encima de las luces traseras.

Me quedé de piedra, debía tener un puño de acero.

- ¿Qué intenta hacer?

- Supongo que es una advertencia para que nos detengamos- me contestó Vicente luego de espiar fugazmente hacia atrás.

- Y si no lo hacemos, qué.

- Mejor no preguntes- me recomendó volviendo a centrar su atención en la calle.

- ¿Cómo vamos a hacer para perderlos de vista?- gemí. No quería morir, de

verdad que no, y tampoco me hacía gracia pensar que Vicente pudiese llegar a morir antes que yo, sabía que no lo resistiría, lo que me unía a él era demasiado fuerte como para soportar semejante experiencia.

Fue de repente, en lo que tardé en preguntárselo, lo que le tomó al conductor de la motocicleta llegar a la ventanilla de mi lado, y una fracción de segundo la distancia entre éste y el codo de su acompañante incrustándose contra la ventanilla de vidrio polarizado que tenía a menos de treinta centímetros de mi cara.

Di un respingo y me aparté tan bruscamente que el sistema del cinturón de seguridad se activó y cortó en seco, mi intento de huída hacia ninguna parte; la tira se me incrustó otra vez en el pecho.

El vidrio no llegó a romperse pero se astilló casi por completo. Un horrible manchón rojo de forma circular quedó a modo de epicentro del craquelado de vidrio que antes había sido la ventanilla. No con poco asco comprobé que el codo del que le propinara el golpe a la ventanilla había quedado destrozado. Se veían ambos huesos y la articulación asomando por la desgajada carne y la rasgada chaqueta de cuero. Sin duda el demonio tenía el brazo roto; no se inmutaba por ello, evidentemente no sentía dolor alguno. Con la velocidad y el viento que circulaba por los costados de nuestro vehículo, la sangre comenzó a esparcirse por los rayos concéntricos del vidrio roto formando una horripilante telaraña roja que brillaba con las luces de la calle que comenzaban a encenderse gracias a que la noche empezaba a ganar terreno sobre el día.

Vicente clavó la quinta marcha dando un pisotón sobre el embrague, conducía demasiado rápido para la ciudad y sus callecitas de barrio tranquilo. Prácticamente se colgó del volante para girar a la derecha. Los de la moto tuvieron que apartarse o mejor dicho, algo más que eso, se subieron a la vereda por la bajada de cordón de una entrada de garaje, y se lanzaron directo a la esquina por entre la hilera de árboles y las casas. Nosotros por nuestra parte pasamos demasiado justos al cordón también, al llegar a la esquina. Vicente mantuvo el volante derecho lo que nos guió directo al cordón de la vereda contraría, eso ayudó a que nos apartáramos un poco de la moto que al fin y al cabo, no tardó ni un parpadeo en plantarse otra vez junto a mi ventanilla. Fue en ese momento cuando comprobé que el acompañante del codo destrozado ya estaba otra vez perfectamente bien, la única evidencia del choque de su codo contra mi ventanilla era la chaqueta de cuero destrozada.

- Cúbrete el rostro- me ordenó Vicente.

- ¡¿Qué?!

- Que te cubras el rostro- me gritó-. Y apártate de la ventanilla.

Fue instantáneo, me puse la campera de jean sobre la cara y me encogí de hombros milésimas de segundos antes de que Vicente lanzara el Mercedes-Benz sobre la moto y a su vez a la moto sobre los vehículos que se encontraban estacionados sobre la mano derecha.

Solté un grito de horror al ver que los dos ocupantes de la moto quedaban aplastados entre la carrocería del nuestro automóvil y de los que estaban estacionados.

Hubo ruido de aceros, chirridos, frenadas y una explosión. La distancia entre el Mercedes y los otros autos se achicó todavía más, entonces comprobé que los dos demonios estaban siendo aplastados entre los coches. Aparté la vista, bueno, no del todo a tiempo, por desgracia tuve que contemplar como pasaban a transformarse en una masa de carne informe para luego salir despedidos, uno por encima de nuestro capó, y otro, el conductor, por el techo de un viejo y herrumbroso cacharro abandonado junto al cordón de la vereda.

Vicente volanteó hacia la izquierda y la moto, ya sin sustento, se cayó y continuó avanzando un par de metros soltando chispas sobre la calle de adoquines.

Me dio la impresión de que estar a punto de vomitar... iba a vomitar. Me puse lívida.

- Los matamos- balbuceé horrorizada con ambas manos sobre la boca-. Miré por el espejo retrovisor que milagrosamente se mantenía en pie-. Por Dios Vicente, los matamos.

- Quédate tranquila- dijo con un tono seco que denotaba una sangre fría que yo ni remotamente poseía.

- ¡¿Cómo puedes pedirme que me quede tranquila?! ¡Acabamos de matar a dos personas!

- No son personas... y no los matamos.

- ¡¿Cómo que no?! ¡¿No los viste?! Sin duda...- no pude terminar la frase, entonar en voz alta que creía que sus cuerpos deberían estar, como mínimo con serías heridas internas me revolvía el estómago todavía más.

- ¡No están muertos!- bramó Vicente con furia.

Hice una mueca, yo había visto sangre, mucha sangre.

- Velo tu misma- terminó diciendo para responder a mi rostro cubierto de culpa.

Miré por el espejo retrovisor y vi lo imposible. El hombre que había caído

sobre los adoquines estaba en pie y caminaba tranquilamente en dirección a la moto que había quedado tirada en el medio de la calle, el otro estaba haciendo lo propio sobre la vereda, su reflejo negro invadió el espejo en cuanto Vicente giró a la derecha para retomar el camino hacia su casa -según comprendería unos minutos después-.

22. Bajo presión.

Vicente sacó un pequeño aparatito negro del bolsillo interior de su saco, y presionó el botón verde. El portón de la entrada de autos comenzó a abrirse, una hoja para cada lado. Ya era de noche y las luces exteriores iluminaban la fachada, sin embargo, se notaba que la casa aún estaba desierta.

El portón empezó a cerrarse ni bien la cola del Mercedes se alejó lo suficiente.

- Aquí estarás a salvo- me susurró Vicente. No habíamos cruzado ni una sola palabra desde el incidente con la moto veinte minutos atrás.

Asentí con la cabeza pero me costaba creer aquello.

Vicente guió el auto por el camino que llevaba a la parte trasera, más precisamente al anexo de la casa: el enorme garaje; no llevó el Mercedes hasta allí, sino que lo estacionó junto a la puerta de la cocina a oscuras.

Apagó el motor. Ninguno de los dos se movió o siquiera hizo el menos ademán de salir del vehículo, no tengo ni idea de cuál era el motivo de su quietud, el mío: todavía estaba demasiado impresionada, demasiado asustada para reaccionar.

Vicente se inclinó sobre mí y desabrochó el cinturón de seguridad. Sin decir nada, se bajó del auto, dio la vuelta por delante y me abrió la puerta luego de forcejear un poco, supuse que el choque contra la moto la había dañado.

- Ven- me tendió una mano.

Me mordí el labio para procurar una reacción de mi cuerpo.

- ¿Vas a desmayarte? Estás pálida. ¿Eliza?

Su voz sonó distante, con eco. Todo se oscureció.

Abrí los ojos y me agarré la cabeza, la habitación me daba vueltas.

- Bienvenida-. Me saludó Vicente sonriéndome.

Escalé por el respaldo del sillón hasta sentarme.

Vicente se removió sobre el borde del almohadón. - Lamento que tuvieras que

pasar por... por eso- completó-. Sé que debe haber sido extremadamente fuerte para ti, pero créeme, esos dos deben estar perfectamente bien ahora.

- Fue horrible- admití apretando los parpados, sabía que vería una y otra vez la imagen de los dos demonios apretujados entre los autos.

- Olvídate de ellos ya. ¿Quieres que te prepare algo de comer?

- No, gracias.

- ¿Puedo traerte algo de beber?

- Dame un momento ¿si?- cerré los ojos y apoyé la frente sobre el borde del respaldo. Se me llenaron los ojos de lágrimas que por suerte logré contener. Lo difícil de manejar, era el miedo y el aturdimiento, necesitaba un abrazo y uno de sus brazos me habría calzado como anillo al dedo, se me encogió el corazón al recordar que no podía pedirle nada y mucho menos eso. Me sentía bajo una horrible y sofocante presión, no podía controlar nada de lo que sucedía a mi alrededor y eso me enloquecía, el mundo y mi vida eran irreconocibles, pensar en lo que podía suceder en los próximos cinco minutos era desconcertante.

- Hey... está bien... - susurró y me tocó un hombro.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

- Es demasiado para mí.

- Lo sé... quisiera poder evitarte todo esto, créeme que lo intento.

Nunca antes me pareció tan sincero ni tan profundamente compungido por algo... ni tan humano, nunca...- inspiré hondo su perfume lo invadió todo.

Tragué saliva y con esta se fueron las lágrimas.

No sé si leyó mis intenciones en mis ojos, en mi rostro o en mi mente, pero antes de que tuviese tiempo para abrazarlo se levantó del sillón.

- Voy a buscarte un vaso de agua. ¿Cómo está tu codo?, quieres que te traiga una aspirina o algo.

- No... no, estoy bien, no fue nada-. Ya casi me había olvidado que mi codo se había incrustado contra la puerta. Más tarde comprobaría que tenía un perfecto moretón color púrpura del tamaño de una ciruela.

Un par de minutos más tarde Vicente regresaba con un vaso de agua, un blister de aspirinas y un plato con un sándwich.

- Por las dudas te de hambre- me dijo haciendo referencia al platito con el sándwich.

Me tomé el agua y dejé a un lado las aspirinas.

Bajé el vaso vacío y lo coloqué en el suelo. Me acurruqué contra la esquina que formaba el respaldo y el apoyabrazos y me masajé la base del cuello -me

ardía, supuse que el cinturón de seguridad me había dejado un buen raspón-. Vicente estaba muy quieto, cual estatua, en la otra punta del sillón, de su sillón, con la vista perdida en alguna parte del piso de parquet; tenía los dedos entrelazados y el rostro desencajado.

- ¿Qué va a evitar que intenten entrar aquí?

Me miró como si lo hubiese arrancado de la más sublime de las contemplaciones. Enderezó la espalda y se reclinó sobre el sillón.

- Este aún es mi territorio... la situación no alcanzó el punto para que se atrevan a irrumpir aquí sin temer por las consecuencias.

- ¿Por cuánto tiempo más respetarán este lugar?

- Resolveremos esto antes de que eso suceda.

Meneé la cabeza, empezaba a entrever las implicancias de esto. - ¿Significa que no voy a poder salir de aquí hasta que todo se resuelva?

Vicente se pasó una mano por el pelo.

- Que salgas de aquí implica un gran riesgo, lo que pasó no los detendrá, todo lo contrario, deben estar más enojados que antes... no te preocupes, hablaré de nuevo con Ariel.

- Vicente, no sé cómo son las cosas en tu mundo, pero no crees que si ese tal Ariel hubiese querido detener esto ya lo habría hecho.

- Eliza, ya te dije que no es tan fácil. Tienes que calmarte.

- Disculpa, no puedo- de pronto tomé conciencia y enloquecí-. ¡Tengo que llamar a mi madre, necesito saber si está bien! Si fueron tras ella y mi padre...- me quedé sin aliento-, no me perdonaría jamás si algo les sucediese por mi culpa. ¿Qué voy a hacer? ¡Necesito mi celular! ¿Dónde está mi cartera?

- Cálmate. Seguro que están perfectamente bien.

- ¡Deja de decirme que me calme!- estallé.

- Tu cartera quedó en el auto, pero ten- sacó su celular y me lo tendió-. Llámalos, te aseguro que ambos están bien, sé que todavía quedan ciertas leyes en pie que ellos deben respetar, aún no ha llegado el momento en que puedan moverse con total libertad, te lo dije: todavía no...

- ¡¿Mamá?!- exclamé cuando mi madre atendió el teléfono (había estado marcando el número de la casa de mis padres mientras Vicente me instaba a calmarme)-. ¿Estás bien?- mi mamá se oía perfectamente pero tenía que asegurarme.

- Sí, estoy bien, ¿por qué lo preguntas?- rezongó.

- Nada, no es nada. Dije que llamaría en la noche para ver cómo iba todo y eso hago- intenté relajar un poco el tono de mi voz-. ¿Papá está bien?

- Sí, mira televisión, estábamos a punto de sentarnos a cenar.
 - Ah... bien...
 - ¿Dónde estás tú?
 - ¿Qué?- la pregunta me descolocó. Qué hacer, era obvio que tarde o temprano se iba a dar cuenta de que no estaba en mi departamento, el teléfono sonaría allí alegremente durante una eternidad si intentaba llamarme.
 - Dile que estás conmigo- me susurró Vicente.
 - No puedo- contesté yo entre dientes tapando el celular con la otra mano. Vicente insistió con una mueca.
 - ¿Eliza?- me llamó mi madre.
 - Estoy en casa de Vicente.
 - ¡Ah! Bien- comentó intentando guardarse la agradable sorpresa que sin duda sentía-. Me llamas mañana, si quieren podemos organizar algo para la noche, puedo hacerles algo de cenar.
 - Mañana veremos, mamá. Tengo mi celular encima, no dudes en llamarme, por cualquier cosa y a cualquier hora.
 - ¿Qué es lo que te sucede hoy, Eliza?, estás rara.
 - No es nada, sólo llámame si necesitas algo.
 - Buenas noches Eliza- se despidió mi madre fastidiada.
 - Buenas noches.
- Corte y le devolví el celular a Vicente.
- Te lo dije.
- No le contesté, ya ni ganas de pelear con él me quedaban.
- Por un momento nos quedamos los dos en silencio hasta que no me aguante más, estoy convencida de que de ser por él hubiésemos permanecido así por horas.
- ¿Cuándo hablarás con ese tal Ariel?
 - Estoy esperando que me devuelva el llamado- contestó sopesando su celular-. Si no me contesta lo llamaré otra vez en un rato, no te preocupes. Me abrasé las piernas y apoyé el mentón sobre mis rodillas, mis ojos se perdieron en el zócalo de la pared de enfrente.
- Otra vez nos quedamos en silencio.
- ¿A dónde fue Lucas?
- Vicente resopló.
- Ya te dije que no tiene sentido que conversemos sobre éste tipo de cosas.
 - ¿Va a estar bien?
 - Sí, no te preocupes; pasará unos días con alguien de confianza, serán como

unas merecidas vacaciones para él.

- Bien- murmuré, todavía me angustiaba ser la responsable de su exilio.

Vicente hizo una mueca con la boca y apartó su mirada de mí.

- ¿Qué voy a hacer mientras tanto?

- ¿Mmmm?-. Me dedicó una mirada lánguida.

- Es que... no quiero ser una carga, bueno, no más de lo que ya soy... no necesitas estar atendiéndome todo el tiempo, puedo ocuparme de mí misma yo sola.

Me miró sin entenderme.

- No te lo tomes a mal pero...- me mordí el labio-, ¿tengo que pasar todo el tiempo encerrada en esta habitación?

Parpadeó y sacudió la cabeza.

- No, claro que no, lo siento, es que a mí me gusta pasar el rato aquí.

- Y sigo sin entender porqué- murmuré en voz baja, aquella habitación era demasiado austera, fría y sin gracia para mi gusto y no se porqué, me hacía poner los pelos de punta; había demasiada soledad encerrada en aquellas cuatro paredes.

- ¿Perdón?- inquirió alzando las cejas.

Puse mi mejor cara de nada.

- No, nada.

- Bien. Puedo enseñarte el resto de la casa.

- Eso me agradecería.

Vicente se quedó boquiabierto.

- Sí, por supuesto- dijo levantándose. Me abrió la puerta-. Después de ti.

Le agradecí y salí al pasillo.

- Segura que puedes andar- me preguntó observándome de reojo.

Asentí con un movimiento de cabeza, no sentía que estuviese acuciándome ninguno de esos malestares típicos previos a los desmayos. Recapitulando rápidamente sobre estos días, caí en cuenta que durante toda mi vida me había desmayado menos veces que en estos últimos quince días, evidentemente, no estaba en pleno control de mi cuerpo.

- Es por aquí- me indicó guiándome por el corredor hacia su derecha-. Te mostraré el piso de arriba primero.

- Tú mandas.

- Como si contigo fuese tan fácil hacerlo.

- Al menos te lo estoy permitiendo ahora.

Se dio vuelta.

- Sí, gracias por eso.

El pasillo desembocó en una especie de hall dominado en gran parte por una bella escalera de madera oscura iluminada por la luz de la luna que entraba por un alto vitral. En la pared opuesta el corredor continuaba hacia el otro lado de la casa; no alcanzaba a ver mucho más allá.

Si bien en el hall no había muebles ni cuadros ni nada que adornase el ambiente, la escalera con sus exquisitos barrotes torneados y un pasamano íntegramente labrado con flores y hojas era suficiente para adornar el lugar con un gusto impecable.

- Sígueme-. Enfiló en dirección a la escalera y comenzó a subir.

Yo no pude ir muy lejos, me tropecé con el primer escalón. Vicente, moviéndose increíblemente rápido me atrapó antes de que tuviese tiempo de caerme y romperme el alma o mínimamente, algunos huesos.

- ¿Estás bien?-. Tironeó de mí para levantarme.

- Después de lo de hace un rato, esto no es nada-. Me acomodé las ropas y enderecé la espalda.

- Es mi culpa, me olvido que ustedes no ven bien en la oscuridad.

- ¿Ustedes? ¿Te refieres a nosotros los humanos?

- Eso es- bajó los escalones que subía y se alejó hacia la pared opuesta. Encendió la luz. Bien, llamar a la magnífica lámpara que colgaba sobre nuestras cabezas como “luz” es prácticamente un insulto.

- Es muy antigua- explicó Vicente regresando a mí evidentemente quería hacerme olvidar lo que acababa de decir.

- ¿Ah sí?-. lo miré de reojo y luego alcé la cabeza-. Es hermosa-. La contemplé otra vez embobada: una cascada de cristales que se despeñaba hacia abajo espléndidamente desde el segundo piso, los había en forma de gotas, esferas y delgadísimas cadenas de pequeñas piezas cortadas en forma de diamantada que dividía la luz en los siete colores del arco iris.

- Aquí parece haber encontrado su lugar- comentó al pasar.

Reflejos de colores brillaron en su rostro con implacable intensidad.

- ¿Cómo?-. la lengua se me trabó tanto que si me creyó atolondrada no podía culparlo, me había quedado abstraída en su rostro.

- La tengo desde hace algún tiempo, jamás había contado con un lugar adecuado dónde colgarla- sonrió- es demasiado larga.

- Te debe haber costado un ojo de la cara- comenté sin más que decir.

Vicente soltó una risita amarga mientras meneando la cabeza.

- Algo así... la heredé.

- No te entiendo.
- Es una historia muy larga de contar.
- Pues no puedo ir a ninguna parte al menos por esta noche, de modo que...
- ¡Te dije que contigo no era difícil ser el que manda! Atengámonos al plan inicial, ¿quieres? Te mostraré la casa.
- Como ordenes.

Subió los primeros escalones y lo seguí preguntándome de quién podría haber heredado aquella preciosidad, y si lo que él entendía por heredar era lo mismo que figuraba en el diccionario. Me olvidé del asunto de la lámpara bastante rápido. Seguimos subiendo por la escalera, dejamos atrás un hall exactamente igual a de la planta baja, con la única diferencia que los corredores que se abrían en ambas direcciones estaban los dos a oscuras.

- ¿En este piso tienes tus cosas?- curioseé antes de que nos alejásemos.
- Me miró.

- Lo comentaste el otro día.
- Sí, así es; luego bajaremos.
- Bien. ¿Qué hay arriba?- Esta nerviosa y se me escapaban las palabras.
- Quizás te interese.
- ¿Qué es?
- Básicamente es dónde vive Lucas. No hagas más preguntas- se atajó.
- ¿Por qué vas a mostrármelo?
- Lucas es joven como tú, quizá compartan los mismos gustos, y como tendrás algo de tiempo libre... bien, ya verás.

Otro sutil -al menos en apariencia- desplante, que sin duda tenía por objetivo apartarme un poco más de él.

- Aquí estamos- anunció llegando al último escalón.
- Yo no veía nada más que su espalda, lo tenía adelante.

Vicente se apartó y me permitió pasar.

Lo que se abrió delante de mis ojos me quitó el habla.

Era un espacio enorme y si bien se hallaba en penumbras (había una única ventana, en la pared opuesta y no era más que un ojo de buey) me animo a arriesgar que debía tener unos doce metros de ancho por no sé, quizá veinte, de profundidad, al que se accedía bajando una escalinata de tres peldaños.

- ¡Guau!
- Sí- concordó Vicente-. Lucas tiene buen gusto y no le molesta alardear.

Bajé los escalones. En cuanto pasé por debajo de la viga que estaba sobre mi cabeza y debajo de la que seguramente hasta hace algún tiempo debía haber

una pared (sin duda este lugar era una remodelación bastante actual) se encendieron las luces y empezó a sonar una música un tanto estridente que yo ya había oído en la radio, era el tema de moda del verano, casi inmediatamente mis ojos detectaron la fuente del sonido: en la pared a mi derecha había un equipo de música con aspecto de ser una de esas moles tecnológicas de última generación secundada por más de media docena de parlantes.

Vicente corrió hasta el equipo y apagó la música.

Avancé y sobre mi cabeza quedó un hermoso techo de madera a dos aguas sostenido por cuatro columnas de acero en crudo y tres vigas de madera que formaban una “hache”. El piso era una alfombra de madera muy clara suave, sobre el que mis zapatos se deslizaban igual que si estuviese untado en manteca. En el centro de la habitación había un colchón que debía ser tamaño *king* cubierto por un edredón negro y unos cuantos almohadones dispuestos así nomás, había algo de ropa y unas zapatillas tiradas junto a lo que pretendía ser la cama. Al verla no pude evitar preguntarme porqué me había hecho dormir abajo en el sillón la otra noche en vez de dormir aquí, suponía que sí él no dormía, Lucas tampoco; no creía que fuese porque este último se hubiese negado a cederme su habitación. Le lancé a Vicente una mirada y él no se dio por aludido.

En la pared de la izquierda había una pantalla de televisión del tamaño de un ventana bien amplia, debajo de ésta, en una estructura de acero y vidrio, se encontraban apilados todo tipo de aparatos, uno de ellos, si no me equivoco era una consola de juegos y lo demás no tengo ni la menor idea. Enfrentado a la pantalla descansaba una poltrona de cuero negro parecida a las de los cines pero amplificadas al menos por cuatro, sobre el respaldo de ésta, Lucas había dejado colgado un pantalón de jean muy gastado, una remera blanca y un jersey gris.

Vicente se me apareció por la izquierda, tomó uno de los controles remotos que estaban sobre todos aquellos aparatos de aspecto intimidante, y encendió la televisión en un canal de videos; el brillo de la pantalla nos iluminó a ambos.

- Tienes con que entretenerme aquí- me dijo bajando el volumen del televisor.

- Dudo que sea capaz de utilizar la mitad de esas cosas - bajé la vista, a mis pies había pilas y pilas de cajas de películas y de juegos-, no soy muy amiga de la tecnología.

Vicente apretó el mismo botón que antes y apagó el televisor.

Continué mi recorrido. Junto al equipo de música había otros cientos de cajas de CD's, a las cuales no les presté demasiada atención, me dio más curiosidad echar un vistazo a las cajas de cartón que con su nombre escrito en marcador estaban apiladas alrededor de una de las columnas que rodeaban el colchón. Unas cuantas prendas de ropa sobresalían de éstas, se notaba que alguien las había revuelto en busca de algo, probablemente apresuradamente.

- Tengo que comprarle unas valijas- dijo Vicente en voz baja. Creo que fue un pensamiento que se le escapó.

- ¿Ya están listos para irse o todavía él no desempacó desde que llegaron?

Antes de que Vicente tuviese tiempo de contestar noté que en la penumbra, en una de las esquinas de la habitación había más cajas de embalajes vacías, y bolsas con lo que daba la impresión de ser alguno de esos materiales de relleno que se usa para proteger las cosas delicadas que deben ser transportadas.

Vicente siguió la dirección de mi mirada.

- Supongo que la compañía de mudanzas deberá empacar el resto de sus cosas; me encontraré con él en nuestro próximo trabajo.

No supe que comentar a eso, tener la confirmación de que ya no volvería a ver a Lucas nunca más, y de que pronto debería despedirme de él también me dejaba sin palabras. Preferí no pensar en eso del “otro trabajo”.

- ¿Segura que no quieres ver televisión?- preguntó interrumpiendo el tobogán depresivo por el que me deslizaba a toda velocidad hacia una cajón de arenas movedizas de las que no podría salir.

- No, gracias.

- ¿Seguimos?

- Sí, claro-. Me eché a andar tras sus pasos.

- Por lo visto me equivoqué con eso de que podían llegar a compartir los mismos gustos- entonó mientras la luz se apagaba.

Volvimos a bajar la escalera. En el hall del primer piso tomamos el pasillo que corría en la misma dirección que el que utilizásemos en la planta baja para llegar al hall y a la escalera.

- ¿Por qué Lucas tiene semejante cuarto y tú duermes en esa habitación de abajo?- inquirí mientras me guiaba en silencio por el corredor sobriamente ambientado al mejor estilo inglés. La casa tenía estos contrastes, había sectores que parecían abandonados y otros que desbordaban de exquisitez y buen gusto.

- También tengo un cuarto así- me contestó apenas girándose- es que no lo

uso... igual no es como el de Lucas, yo tampoco me llevo muy bien con la tecnología-. Se detuvo-. Este es-. Presionó las manijas de la puerta de doble hoja y la abrió. Las luces se encendieron en el acto.

La habitación de Vicente era considerablemente más pequeña pero mucho más acogedora, todo era claro allí, desde el piso de madera, hasta la alfombra que sobresalía por debajo de la enorme cama con cabezal de capitoné, pasando por el acolchado, los almohadones, las cortinas y los sillones, las pinturas que decoraban las paredes... todo.

- ¿Tenías esta cama y la otra noche me hiciste dormir en ese sillón?- solté pretendiendo estar ofendida, todavía no conseguía comprender cómo podía sentirse a gusto allí abajo y no aquí arriba, con todas estas comodidades, sin duda su cuarto no era un despliegue de dinero en artilugios tecnológicos de avanzada pero no por eso era menos bonito; era perfecto, prolijo, delicado y al mismo tiempo de líneas fuertes, igual que él.

- Disculpa- dijo compungido.

- No te preocupes, bromeaba; pero ahora, en serio, ¿porqué me hiciste dormir abajo?- pregunté mientras avanzaba por la habitación impregnada en su perfume, perfume que me guió hasta otra puerta de doble hoja forrada con boiserie que formaba cuadrados y rectángulos.

- Porqué yo siempre me sentí más cómodo abajo... creí que te pasaría lo mismo-. Alzó una mano y con un dedo apuntó hacia las puertas-. Es el vestidor- explicó.

Yo ya las estaba abriendo.

Su perfume, el cual emanaba de sus ropas, me noqueó.

Si Lucas despilfarraba sumas siderales de dinero en artículos de tecnología Vicente hacía lo suyo enfocándose en su guardarropa. El vestidor era enorme y si bien parte de la ropa parecía yacer ya, en las innumerables valijas que esperaban abiertas como amenazadoras bocas de tiburón que podían devorarme de un mordisco si me les acercaba demasiado; el resto estaba aún colgado, apilado y guardado.

Di un paso atrás arrastrando las puertas conmigo, las cuales cerré de inmediato para no tener que seguir contemplando aquello.

- ¿Quieres dormir aquí esta noche?

Solté las manijas, ardían en mis manos.

- No...- tragué en seco-, creo que voy a estar mejor abajo.

- Qué tal si suspendemos la visita aquí, creo que sería mejor si bajamos a la cocina, necesitas comer algo.

Mi falta de fuerzas para seguir adelante no se debía a que no tenía nada en el estómago, sino a que se me estaba formando un hueco en el corazón, un hueco de vacío, uno que me consumiría cuando el vestidor quedase vacío, cuando él se fuera.

- Buena idea-. Necesitaba salir de aquel cuarto-. ¿Qué pasará con todo esto cuando ustedes se vayan?

- ¿A qué te refieres?

- Hablo de todas estas cosas- musité paseando la mirada por los objetos que me rodeaban.

- Viajamos ligero, bueno- cerró la puerta-, viajo ligero, Lucas arrastra consigo un poco más de peso, seguro que con el tiempo aprenderá que no hay mucho más de lo que llevas encima, que realmente importe.

- Es así cómo funciona.

- Es ese él único modo en que puedes hacer que funcione: debes procurar no aferrarte demasiado a nada...

- Ni a nadie- completé interrumpiéndolo.

Vicente apartó su mirada de mí.

- ¿Qué otras cosas debes hacer para que funcione? ¿Qué clase de vida llevas?

- ¿Qué objeto tiene que te cuente estas cosas?

- Míralo de este modo, no puedo estar peor de lo que ya estoy.
- Siempre se puede estar peor.

Insistí con la mirada.

- Esta vida tiene sus cosas buenas también.
- Sí, vives en una casa increíble.
- No me refería a eso, y te recuerdo que yo uso la habitación de abajo.
- Sí, es cierto, disculpa.
- He viajado mucho.
- ¿Y vale la pena hacer lo que haces por unos viajes?

No contestó y no puedo culparlo, no pretendía sonar tan tajante y tan acusadora, pero la verdad era una sin importar cuanto él o yo intentásemos disfrazarla de otra cosa.

- No tiene que gustarte ni lo que soy ni lo que hago, el mundo está lleno de cosas que nos desagradan, lleno de cosas que preferías no tener que ver o vivir; de nada sirve negarlas. La vida no es ni justa ni perfecta, y la mayor parte de las personas vive su vida como puede o como lo dejan. Yo solamente soy una de esas cosas de este mundo que preferirías no tener que ver ni experimentar. No soy bueno, nunca afirmé serlo- se detuvo en el descanso de la escalera- pero sin duda no soy lo peor que a cualquier persona, ni a ti, podría pasarte.

- No dije eso... no quise decirlo... estás ayudándome.

- No porque sea un alma caritativa- gruño y siguió bajando-. Esto no tiene nada que ver con ser bondadoso.

- No te entiendo; no me permites entenderte. Es decir: eres un demonio y ni siquiera sé qué es lo que eso significa. Si alguien me hubiese preguntado hace dos semanas si creía en la existencia de los demonios le habría dicho que no, pero aquí estás tú, parado en frente mío y ni siquiera sé si...

- ¿Si qué?

- Dime algo que no sepa que pueda aclararme un poco esta locura. En ocasiones tengo la impresión de que nada de esto es real.

- Soy de carne y hueso... soy real... y en cuanto esto termine continuaré haciendo lo que he hecho por las últimas décadas: comprar almas para el Infierno, en el que sé tarde o temprano acabaré pudriéndome.

Me dejó momentáneamente muda.

Vicente iba a continuar bajando la escalera cuando lo detuve poniéndole una mano en el hombro. Se volvió y me miró.

- Quizá- apreté los labios- después de esto, no vayas al Infierno.

Se sonrió.

- Te agradezco el gesto... No soy un simple pecador, soy responsable de demasiadas cosas que ni quiero recordar ni puedo pronunciar en voz alta, y esto...- bajó la mirada-. Esto no es lo que parece.

- ¿Qué quieres decir?

- Nada- soltó en respuesta y siguió bajando.

- ¡¿Vicente?!

- Soy un demonio Eliza, tenlo presente a cada minuto- entonó en voz alta dándome la espalda mientras bajaba a toda velocidad, yo corría tras él intentando no matarme-. Puedo ser egoísta, cruel, frío, y muy malo, es más, soy así la mayor parte del tiempo.

- Este no es un gesto malo o egoísta, lo que estás haciendo por mí...

- ¡Basta!

Me asustó, su rostro estaba deformado por el enojo.

- Basta.

- Lo quieras o no te lo voy a agradecer por toda la eternidad.

- No sabes lo que dices, estás bajo presión y tu cerebro...

- Jamás tuve nada tan claro en toda mi vida, te voy a estar eternamente agradecida.

- No necesito que me lo agradezcas, lo que hago no lo hago por ti, grábatelo en esa cabeza tuya. No necesito ni tu lástima, ni tus buenas intenciones y mucho menos que insinúes que puedo ser bueno-. Cerró la boca súbitamente.

Nos miramos.

- Es mejor que llamé a Ariel. ¿Crees que puedas encontrar la cocina tu sola?

- Ya no tengo hambre.

- No te culpo- dijo en un tono frío e hiriente.

- Voy a recostarme un rato-. La puerta de su cuarto estaba a unos pasos pero se me antojaba a una distancia insondable. Tenía una bola de angustia atorada en la garganta y prefería estar sola cuando finalmente pudiera vomitarla.

Vicente se hizo a un lado.

- Te buscaré cuando tenga novedades.

No le contesté nada, me lancé en dirección a la puerta sin mirar atrás. En cuanto me quedé a solas me desplomé al piso patinando sobre la puerta, quedé acurrucada contra esta llorando desconsoladamente, me sentí tan estúpida que hasta me daba vergüenza que pudiese oírme hipar de ese modo tan patético.

Vicente corría detrás de mí junto con los otros demonios que me perseguían, él

iba a la cabeza, apenas a medio metro de mí y se me acercaba cada vez más. Sus dedos arañaban el aire nocturno intentando alcanzarme; rugía con furia y gritaba mi nombre como si fuese una mala palabra, no contestaba a mis ruegos, ni siquiera me oía, es más, diría que ni siquiera me reconocía. Yo ya no significaba nada para él, no era más que un alma más, un alma que cazar, que conseguir para recuperar su estatus de buen demonio... de demonio de negocios, frío, calculador, insensible.

Me desangraba de tanto llorar, de tanto pedirle que intentara al menos por un segundo, permitir que lo que yo sentía, impregnara su piel, que lo hiciera darse cuenta que no tenía porqué andar por la tierra sin aferrarse a nadie, que lo quisiera o no yo ya estaba aferrada a él con un nivel de compromiso y entrega que probablemente de un momento me llevaría a detenerme en seco para permitirle quedarse con mi alma, después de todo, ya era suya... era suya desde el primer día que lo vi.

Creí que no podría hacerlo pero mis pies se detuvieron en el suelo cubierto de púas de pino secas, en aquel bosque oscuro. La noche se tragó a los demonios y simultáneamente él, se detuvo ante mí. Jadeaba y por la boca expulsaba ese repulsivo olor a azufre y podredumbre.

- Está bien- le dije temblando de miedo-, es tuya... puedes llevártela.

Sus ojos no sufrieron ni el más mínimo cambio, siquiera cuando mientras tendía su mano hacia mí, le dije que lo amaba. Mi confesión no le causó el mínimo efecto.

Me tragué las lágrimas y cerré los ojos. Sus dedos se posaron sobre mi mejilla, al instante la piel me ardió, el dolor se puso de manifiesto en forma torrencial.

Solté un profundo alarido que reverberó una y otra vez en la verde cúpula del bosque.

Me desperté jadeando, empapada en sudor, tenía el pelo pegado a la cara y la camisa a la espalda.

Abrí los ojos, todavía era de noche, pero las aves que tenían como morada los árboles del jardín de enfrente y del parque trasero habían empezado a cantar, supuse que debían ser entre las tres y las cuatro de la madrugada.

Parpadeé un par de veces antes siquiera de intentar incorporarme; las lágrimas me corrían por el rostro y caían algunas al sillón, otras sobre mi cabello mojándolo, no mucho más de lo que ya consiguiera el sudor. Me pasé las manos por la cara e intenté calmarme, aquello no había sido más que un mal sueño. Lentamente me incorporé, me dolía todo el cuerpo, el dolor de mis

sueños había traspasado la barrera de la conciencia y por eso me sentía así, o quizás hubiese sido al revés, el dolor real había impregnado mi subconsciente metiéndose en mi sueño, haciéndome creer que aquello era real.

Luego de haberme tomado unos segundos para recomponer el ritmo de mi respiración me incliné a buscar el vaso de agua que aún continuaba en el suelo y bebí su contenido de un único trago, estaba sedienta. Me quedé allí sentada en la oscuridad no sé por cuanto tiempo, sólo sé que llegó un momento en que no pude permanecer más allí, quieta, sola. Me levanté, llegué a la puerta en un par de zancadas y salí al corredor. Empecé a caminar en la dirección que me pareció la correcta para llegar a la cocina, uno de los pocos lugares medianamente humanos de la casa. Un par de veces me equivoqué de puertas a abrir y terminé en habitaciones oscuras y vacías; finalmente logré encontrar el camino correcto a la cocina.

En cuanto atravesé la puerta levantó la cabeza y me miró.

Estaba sentado a la mesa inmóvil, pensativo, bajo la suave luz que pendía sobre su cabeza. Salvó él y otros dos puntos focales sobre la mesa, todo lo demás se encontraba a oscuras, incluso el parque; tal era la oscuridad de afuera, que al estar él iluminado, su imagen se reflejaba en el amplió ventanal que daba a parque. Su espalda curvada y reclinada sobre la mesa, sus manos entrelazadas sobre ésta, el celular a un lado, y su saco colgado sin cuidado en el respaldo de la silla que tenía a su derecha.

Debo admitir que lo que más me llamó la atención fue percatarme de cierto desaliño en su aspecto: llevaba la camisa remangada hasta los codos, los primeros botones del cuello desabrochados y su cabello parecía haber pasado por un huracán.

La puerta se bamboleó a mi espalda.

- ¿Estás bien, sucedió algo?- inquirió poniéndose de pie sin levantar la voz, los pájaros seguían cantando afuera. El reloj del microondas marcaba las cuatro cero cinco.

Encogiéndome de hombros, me cursé de brazos.

- Estoy bien. Vine por más agua- añadí moviendo el vaso que tenía en la mano.

- Yo te sirvo- exclamó apartando la silla sobre la cual había estado sentado.

- No, está bien, me figuro que debe haber agua en la heladera- dije apuntando al los enormes refrigeradores al otro lado de la isla central.

- Sí, por supuesto, sírvete lo que deseas.

Le agradecí; él regresó a su silla mientras yo cruzaba la cocina.

Abrí la puerta de la primera de las heladeras, la luz interior de ésta, iluminó

buena parte de la cocina y todos los alimentos y las bebidas que estaban almacenados en su interior. Si era verdad que los demonios no necesitaban ni comer ni beber aquello era un desperdicio y sin duda una exageración si estaba concebido simplemente para hacer las veces de pantalla de una vida humana que no existía, preferí pensar eso antes de arriesgar ni por un segundo que todos aquellos alimentos estaban allí por mí.

Saqué una jarra de agua que estaba entre un montón de botellas de gaseosas de todos los sabores y marcas, y cerré la heladera. Todo quedó en penumbras otra vez.

Apoyé el vaso sobre la mesada y lo llené de agua una, dos veces; bebía el tercer vaso cuando sentí su mirada sobre mí, soy consciente de que esto suele decirse a la ligera, pero qué él me mirara, se sentía igual que si estuviese rozándome la nuca, el cuello y la espalda con su aliento, hacía que se me pusiesen los pelos de punta del modo más agradable que se pueda imaginar.

Posé el vaso otra vez sobre la mesada y me volví para asegurarme de que en realidad no estaba detrás de mí.

- ¿Qué te despertó?- soltó en cuanto lo miré, debía haber estado esperando el momento para preguntármelo, supongo que le debió llamarle la atención mi aspecto.

- Un sueño.

- ¿Una pesadilla?

Rellené el vaso hasta el borde y guardé el agua en la heladera.

- Sí- contesté escondida detrás de la puerta.

- ¿Quieres contarme?

Me subieron los calores al rostro pese a que me daba de lleno el aire frío que emanaba de la heladera. Empujé la puerta y me aseguré de esconder mis enrojecidas mejillas y orejas en la oscuridad.

- ¿Quieres que te cuente mi sueño?- pretendí simular que mi sonrisa de nerviosismo e incomodidad no era otra cosa que una muestra incredulidad e inteligencia, como si lo que él me pedía fuese una niñería. Creo que no me salió muy bien.

- Imagino que fue lo suficientemente feo, ¿o me equivoco? Se te nota en la cara.

Sus palabras me frenaron a unos pasos de la mesa.

- No me hagas caso, no tiene importancia.

- No tienes que contarme todo, dime someramente de qué se trataba.

Aparté una silla y me senté frente a él.

- Eran esos demonios- con un dedo barrí lo empañado del vaso- me perseguían-. Sacudí la cabeza apartando la vista de sus ojos- no es la primera vez que me persiguen en sueños- sonreí falsamente-, pero está bien, todavía no logran atraparme-. Levanté la mirada justo a tiempo para ser testigo del súbito desfiguramiento del rostro de Vicente, obviamente no le causó gracia lo que dije.

- ¿Por qué no me lo dijiste antes?

- ¿Para qué?

- Necesitaba saberlo, debías habérmelo dicho- me regañó enojado.

- Nunca me pediste que te contara con qué soñaba y la verdad es que me hubiese parecido un tanto extraño que me lo pidieras, no me agrada discutir mis sueños con nadie.

- Pues esto era importante- lanzó fastidiado manoteando su celular.

- ¡¿Cómo iba a adivinarlo?! Soy humana, ¿o acaso lo olvidaste?, no soy tú y si no me cuentas nada no puedo ni siquiera deducir qué podría llegar a ser importante y qué no. Eres como una tumba y cada vez que intento discutir contigo...

Marcó un número, como no le contestaban lo arrojó otra vez sobre la mesa sin replicar nada.

Se hizo un silencio.

- La verdad es que no entiendo por qué enloqueces así, no fue más que una pesadilla.

Se levantó de golpe y se alejó de la mesa.

- Qué importancia pueden tener unas tontas pesadillas, admito que son bastante feas y que parecen muy reales... no son más que eso, créeme, es mucho peor estar despierta y saber que esto es real.

Vicente se agarró de la isla.

- ¿No vas a decirme qué importancia tienen mis pesadillas?

Vicente ni se inmutó.

- ¡Perfecto!- resoplé-. En tanto y en cuanto sigamos así esto no va a mejorar, si no me cuentas nada, si me mantienes en la oscuridad jamás sabré qué debo decirte por mi bien o por el tuyo o porque sea lo que sea que supuestamente debí contarte lo de mis pesadillas-. Me levanté, la sangre comenzaba a hervirme-. ¡¿Sabes qué?!
Me miró.

Me miró.

- ¡Dudo que puedas hacer nada por mí!- chillé medio enloquecida. No me lo esperaba, pero eso lo golpeó duro, igual que si le hubiese disparado un

cañonazo, por supuesto no había hecho más que herirlo superficialmente, aun así, el dolor permaneció plasmado en su rostro por un par de segundos más-. No sé porqué estoy aquí, debí haberlo comprendido antes, ya hiciste todo lo que podías-. No entendía porqué estaba haciendo aquello, porqué lo agredía así, si unas horas atrás yo le había expresado cuan agradecida le estaría por toda la eternidad. Lo único que quería era golpearlo con toda la artillería pesada que estuviese a mi alcance-. Realmente creí que podías, es obvio que no.

- ¿Qué podía qué?

- Realmente creía que podías ser bueno- negué con la cabeza- ...pero no. Me lo advertiste, debí prestar más atención a lo que decías: no eres bueno y por más que te esfuerces no puedes hacer nada bueno. Hasta ahora todo lo que hiciste por mí fue arruinarme la vida y arrastrar por tierra lo poco que quedaba de mí. Resumiste mi existencia a una patética dependencia de tu persona para sobrevivir y no voy a perdonarte eso-. Acabé gritando a todo pulmón. Lo entendí, me vengaba por lo que me había hecho en sueños, era patético, pero para mí esta enloquecida escena era la única forma de emparchar el hueco que me dejara su doble de sueños.

Susurró mi nombre y creí que me iba a derretir. En otro momento hubiese sido la sensación más placentera para experimentar, ahora tener más evidencias del efecto que causaba en mí, me enfurecía.

- ¡Ojalá te pudras en el Infierno!- y me lancé a toda prisa hacia la puerta. Creí que la encontraría cerrada pero me equivoqué. En cuanto salí, el reflector que estaba sobre mi cabeza se encendió. Hubiese seguido corriendo hasta el portón de la calle pero delante de mí se presentó un espectáculo poco agradable: el Mercedes de Vicente continuaba estacionado en el camino. Se me revolvió el estomago al ver las manchas de sangre coagulada en la puerta abollada y los jirones de tela negra colgando de la manija. Los rayones en la pintura negra me guiaron hasta la parte posterior del automóvil, dónde un puño inhumanamente fuerte había hundido la curva entre el baúl y el lateral con una perfecta forma circular.

- Eliza no...-. Vicente se detuvo inmediatamente al ver que yo no me había ido a ninguna parte.

Oí como inspiraba el aire a su alrededor. Me dio la impresión de que lo absorbía todo para sí, dejándome a mí sin aliento, al borde de la asfixia. Lo que me dejaba sin aire no eran sus hondas respiraciones, sino su presencia.

- ¿Qué? ¿Qué es lo que tienes para decirme?- lo desafié.

- No puedes irte...

- ¿Por qué no?-. Lo pregunté esperando una respuesta que a sabiendas nunca recibiría.

- Dame la oportunidad de corregir lo que hice.

- Para qué, dijiste que esto no te salvaría.

- Pero te salvará a ti... es lo único que importa-. Dio un paso más hacia mí-. Sé que puedo ayudarte. No me perdonaría jamás ser responsable de nada malo que pudiese sucederte-. Sacudió la cabeza-. Nada de esta locura tiene que ver contigo ni tiene cabida en tu mundo, tan solo permíteme un poco de tiempo para hacer que todo desaparezca, para desaparecerme a mí mismo-. Hizo una pausa-. Regresa a la casa... por favor.

No le contesté, me eché a andar. Cuando pasé por su lado rumbo a la cocina, volvía a sufrir un escalofrío, uno agradable; él ni siquiera me miró pasar. Regresé a la cocina, a la silla que había estado ocupando, y él a la suya. En silencio me bebí el agua mientras él contemplaba su celular con la mente perdida en un mundo que distaba galaxias del mío.

23. Algo bueno.

Casi me da un infarto cuando sonó el teléfono celular de Vicente, todo estaba tan quieto y silencioso que aquel aparato diminuto chirriando y temblando encima de la mesa no cuadraba con la escena. Vicente lo atendió antes de que sonara por segunda vez.

- ¿Sí?- contestó levantándose de la mesa. Me lanzó una mirada por el rabillo de ojo y se alejó en dirección a la oscuridad.

- Sí, aquí está...

Por supuesto habla de mí.

- No mucho, luego lo discutimos- pausa-. Eso está bien, por fin algo bueno- otro silencio, éste un poco más largo que el anterior- ah... entiendo- se pasó una mano por el pelo despeinándose todavía más-, sí, gracias, hablaremos mañana.

A pesar de la oscuridad me di cuenta de que me miraba otra vez.

- Claro, como digas... no, no creo que sea problema, a mí también me parece una buena idea sin embargo dudo que...

Vi que sonreía.

- No, está bien, me las arreglaré. No te preocupes. Gracias otra vez... sí, adiós.

Vicente se metió el celular en el bolsillo del pantalón. Avanzó hasta la luz y se detuvo a unos pasos de mí.

- Esto no te va a gustar.

- ¿Qué, qué es, creí que había buenas noticias?

- Sí, hay buenas noticias.

- ¿Entonces... también hay malas noticias?

Ladeó la cabeza.

- Algo así.

- Podrías ser más claro. ¡Dios que tienes problemas para expresarte!

- Es tu culpa- me acusó.

- ¿Disculpa?

- Es que contigo no hay forma fácil de decir nada sin caer en una trampa mortal formada por mis propias palabras. Eres...- apretó la mandíbula, sus dientes chirriaron.

- No es mi culpa que hables siempre dando vueltas sin decir nada.

- ¡Pero si es eso mismo lo que me estás haciendo hacer!

- Yo no...

- ¡Terminemos con esto! La buena noticia es que momentáneamente tu alma esta fuera del mercado.

Me entusiasmé al oír eso, pero la palabra “momentáneamente” no me agradaba demasiado.

- ¿Qué significa eso?

- Significa que cabe la posibilidad de que tu alma sea definitivamente absuelta, si todo sale bien esos demonios no te perseguirán más.

- ¿Si todo sale bien? ¿Qué es lo que debe salir bien? ¿Y qué si no?- me levante-. ¿Tiene que ver con la mala noticia que todavía no me dices?

Asintió con la cabeza lentamente.

- ¿Qué es?

- Ariel consiguió que se ponga en discusión tu futuro, pero si su apelación no resulta...- apretó los labios poniendo cara de que aquello que estaba a punto de explicar no le agradaba en lo más mínimo- bien, si no resulta esta casa ya no será un lugar seguro para ti y es posible que tampoco para mí.

- ¡¿Cómo?!
 - Si las cosas no resultan como esperamos, es probable que también salgan tras de mí. Eso no va a pasar- se apresuró en asegurar.
- Lo único que salió de mis labios fue un resoplido tras otro.
- Nos iremos de aquí esta noche, solamente por precaución.
 - ¿Irnos... a dónde?
 - A un lugar seguro.
 - ¿Y se puede saber dónde queda ese lugar seguro?
 - Es mejor que no te lo diga.
 - Y eso por qué...
 - Por tus pesadillas.
 - ¿Por mis pesadillas?- repetí-. Por qué, qué tiene que ver una cosa con la otra.
 - Te lo explicaré en otro momento, ahora tenemos que irnos.
 - Yo no voy a ir a ninguna parte hasta que me des una explicación razonable que pueda entender.
 - La única explicación razonable que voy a darte es que quedarse un solo minuto más en esta casa, es tentar al Diablo.

Me quedé boquiabierta.

- ¡Bien por lo visto lo has entendido!- soltó-. Ahora iremos por tus cosas y por unas cosas que yo necesito y nos largaremos de aquí.

Cerré la boca y lo seguí por la casa mientras buscábamos mi cartera y unas cosas, no especificó qué, de su habitación en el segundo piso. Supuse que era algo de ropa. El cargando un pequeño bolso de mano y yo mi cartera, salimos de la casa y nos dirigimos hacia el garaje. Parado frente a la puerta de éste, Vicente utilizó un control remoto, similar al que utilizara para abrir el portón principal cuando llegamos a la casa unas horas atrás, para abrir la puerta que se levantó dejando a la vista una impecable y llamativa colección de relucientes vehículos, todos ellos, último modelo.

En el garaje había dos espacios vacíos, uno supuse correspondía al Mercedes-Benz negro con el que no podíamos andar por la calle sin llamar la atención sobre nosotros, el otro me figuré debía corresponder al pequeño automóvil deportivo de Lucas.

El resto del lugar lo ocupaban el auto con el que Vicente me había ido a buscar el día de la obra de teatro: un Porsche, además estaban estacionados una moto muy grande (demasiado parecida a la que casi me atropella la otra noche - motivo por el cual me dio un escalofrío-), una monstruosa camioneta negra de la misma fabrica que el automóvil plateado y además otro auto que parecía tan

lujoso como todos los demás pero no tengo ni idea de qué era.

- Tal parece que tienes cierta debilidad por los vehículos de lujo.

- Por los veloces- me contestó-, y estos no son los mejores tampoco. Qué tal si dejamos para otro momento esa conversación en la que me juzgas por tener autos costosos y demás. Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes.

Vicente manoteó unas llaves del tablero del cual pendía toda una colección y fue directo hasta la camioneta para abrirme la puerta del acompañante.

Subí y me abroché el cinturón de seguridad, él hizo lo propio después de arrojar su bolso en el asiento trasero, lo cual me llamó la atención ¿no era que no lo necesitaba? Puso el motor en marcha y sacó la camioneta del garaje. La puerta levadiza bajó sola. Avanzando marcha atrás a muy baja velocidad, tal es así que el motor apenas si se oía por encima del sonido de la grava al ser presionada por las grandes llantas de la camioneta; pasamos junto al Mercedes chocado y ensangrentado.

En cuanto dejamos atrás la casa, dio una vuelta por la rotonda que había en el jardín del frente alrededor de las plantas y árboles y salimos por el portón que ya estaba abierto esperándonos.

Mientras el portón de entrada se cerraba, le eché un último vistazo a la casa, no sé porqué se instaló en mí la certeza de que no regresaría allí, para ser sincera, sus paredes me hacían experimentar una sensación de seguridad que en este instante, estando fuera, mudaba a una completa y absoluta susceptibilidad a todo mal. Evidentemente Vicente no tenía ese apego a la casa, ni siquiera se fijó si el portón había terminado de cerrar antes de poner segunda para sacarnos de allí.

A toda velocidad atravesamos la ciudad en mitad de la noche. Tomamos la autopista. Yo no tenía ni idea de hacia dónde íbamos y él se negó dos veces más a darme explicación alguna sobre nuestro destino. Me quedé dormida, el cansancio y el aburrimiento me vencieron (digo el aburrimiento porque Vicente no se dignaba a corresponder a mis intentos de entablar conversación con otra cosa que no fuesen monosílabos -en el mejor de los casos, ya que por regla general, a cualquier pregunta mía, respondía con un insondable silencio-).

Cuando me desperté, luego de haber vuelto a tener pesadillas sobre los demonios que me perseguían y él que me ignoraba rotundamente, ya era de día y estábamos en medio de ninguna parte, rodeados de campo, de cultivos de girasoles, de vacas pastando tranquilamente. Supuse que debía ser media mañana ya, por la posición del sol y por el crujido que soltaron mis tripas en

cuanto me moví sobre el asiento.

- Buen día- me saludó apartando ligeramente la vista del camino vacío.

Se me escapó un terrible bostezo.

- Buen día- contesté cuando pude cerrar la boca.

Mi gesto arrancó una sonrisa de los labios de Vicente.

En el aliento me rebotó en las palmas de las manos me percaté de que olía espantoso, tenía la lengua pastosa y la garganta más seca que el desierto, sé que puede sonar banal pero deseé que no se diese cuenta, es estúpido: en este momento me preocupaba el estado en que debía verme después de haber estado durmiendo en el asiento de la camioneta, medio retorcida contra el respaldo y con la mejilla pegada a la puerta. Disimuladamente pegué la cara al vidrio de la ventanilla para intentar ver mi reflejo en el espejo retrovisor, no pude ver demasiado pero lo poco que vi no me gustó. Me pasé las manos por la cara y el pelo intentando recomponer mi aspecto.

- Atrás está el desayuno- dijo en un tono divertido-, tu estomago ha estado crujendo un buen rato, deberías comer algo.

Espió hacia el asiento trasero y vi una bolsa de plástico repleta de víveres. Me estiré un poco y tomé una por la manija para llevármela a la falda.

- ¿Cuándo compraste todo esto?- inquirí revolviendo entre los paquetes de galletitas y los cartones de jugo.

Sus ojos grises se movieron rápidamente hasta su muñeca derecha en la que llevaba un importante reloj de esos que parecen que siguen hasta los movimientos de los planetas.

Sus dos manos estaban posadas sobre la parte superior del volante, llevaba la camisa remangada hasta los codos y el viento que entraba por su ventanilla abierta arremolinaba su cabello dorado cobrizo con ráfagas polvorientas.

- Pasado exactamente dos horas y cuatro minutos desde que me detuve.

- ¿Y por qué no me despertaste?- inquirí reprimiendo un nuevo bostezo.

- Necesitabas dormir, ni si quiera te inmutaste cuando me detuve en esa ruidosa parada de micros.

- Sí, pero- le eché un vistazo a mi propio reloj-, ¡son las once y cuarto!

Asintió con la cabeza tranquilamente repiqueteando con los dedos sobre el volante.

- Dormí demasiado- rezongué agarrándome la cabeza que empezaba a dolerme.

- El descanso te sentará bien.

Resoplé mientras le clavaba la bombilla al cartón de jugo de naranja.

- ¿Dónde estamos?

¡Qué sorpresa, no me contestó!

- Lindo lugar- exclamé en un tono más que irónico.

- No te preocupes, no tardaremos mucho más en llegar.

- ¿En llegar a dónde?

En respuesta, Vicente encendió la radio, la cual chisporroteó al no poder captar ninguna señal. Evidentemente nos encontrábamos en medio de la mismísima nada.

Molesto cambió al modo de reproductor de CD, con lo que una estridente música rugió enloquecida dentro de la cabina. Vicente pulsó de inmediato el botón de *stop*.

- Lucas fue el último en usar la camioneta- dijo a modo de explicación.

Con otro botón cambió de cd hasta encontrar el que quería escuchar, no fue una sorpresa lo que brotó de los parlantes escondidos en los lugares más recónditos. Una suave música clásica sonó aligerando el peso del aire y el andar de las ruedas de la camioneta sobre el asfalto. La melodía era tan dulce y suave que como si estuviese en el cine, me dio vergüenza el hacer ruido con el paquete de galletitas para abrirlo.

- ¿Qué es ese lugar al que nos dirigimos?

- Es un lugar seguro... muy tranquilo- explicó en voz muy baja con un tono sumamente relajado que hacía parecer nuestra apresurada huída como unas agradables vacaciones planificadas con calma y sin tensiones-. Te agradará, ya lo verás.

Después de examinar el interior de la puerta de mi lado, encontré el controlador del cristal de la ventanilla y lo bajé. Dejé que el viento barriera mi rostro, así, con los ojos cerrados, la música de fondo y el calor que rebotaba en el asfalto entibiando mi rostro me sentía en otro lugar, en un mundo idílico y perfecto; mis problemas no se alejaron demasiado, en cuanto despegué los párpados busqué mi cartera, recordé que la había dejado bajo mi asiento, la levanté y fui directo a mi celular. Lo encendí y esperé a que diera señal pero antes de saber si estábamos en aérea de cobertura o no, Vicente me lo arrancó de las manos con un movimiento muy poco delicado.

- ¡¿Qué crees que haces?!

- Quería llamar a mi madre para ver cómo está.

- Tu madre está perfectamente bien- aseguró guardándose mi celular en el bolsillo del pantalón.

- ¿Por qué haces eso?

- No puedes ni debes usar tu celular.
- ¡Por favor! Acaso tus amigos están rastreando mi celular o algo así, qué, tienen contactos con INTERPOL, o es que poseen su propia agencia de investigaciones.
- No hagas bromas tontas- me reprendió en un tono seco-. El hecho de que seamos demonios no quiere decir que vivamos en cuevas alumbradas por velas y estemos al margen de lo que sucede en el mundo, como cualquier otra entidad que cuenta con la suficiente cantidad de dinero, nosotros también tenemos nuestros métodos para alcanzar lo que queremos a como dé lugar, y eso implica cualquier cosa que te puedas imaginar, incluso, los contactos con la INTERPOL. Tus padres estarán perfectamente bien, te lo aseguro.
- Pero yo quiero hablar con ellos, y además tengo que llamar a Susana, no sé ni dónde estoy pero intuyo que es poco probable que mañana no llegue al trabajo.
- No, no irás a trabajar pero no te preocupes por eso...- se quedó pensativo y acto seguido se llevó la mano al bolsillo en el que se guardara mi celular, lo sacó y ante mi mirada impávida, lo arrojó por la ventana.
- ¿Te volviste loco?! ¿Por qué hiciste eso?! ¡Mi celular!
- Si salimos de esto te compraré uno mucho mejor y más moderno.
- No quiero ningún otro celular, quiero el mío.
- Lo lamento, no puede ser, es mejor así.
- ¿También arrojaste el tuyo?
- No, lo dejé en la casa.
- Entonces estamos incomunicados.
- Cuando haya algo que debemos saber lo sabremos.
- Ah... ¡perfecto! Eso suena completa y absolutamente coherente. Claro, si resulta que todo sale mal nos enteraremos de eso cuando tengamos a esos demonios encima.
- Existen cosas para las que no necesito un celular.

Le puse mi peor mala cara.

Los minutos continuaron pasando, un campo sembrado le sucedió a otro hasta que el terreno llano y verde quedó limpio de cualquier evidencia de civilización.

Justo cuando creí que nos caeríamos del mapa, Vicente giró a la derecha por un camino de una sola vía que se bifurcaba de la ruta principal. El camino también de asfalto no tenía señalización alguna y daba la impresión de no tener fin, además estaba polvoriento, por lo que deduje no se transitaba desde hacía

un buen tiempo.

Por un par de minutos anduvimos por debajo la sombra de altos y curvados cipreses que nos brindaban un agradable fresco. Me terminé el jugo y el paquete de galletitas de chocolate y luego abrí una botella de agua. Me recogí el pelo en una coleta, me remangué la camisa y me puse los anteojos de sol. Terminé la botella de agua y me dieron ganas de sacarme los zapatos y caminar un rato descalza por el prado verde que llegaba hasta el horizonte, sentía mis piernas hinchadas y pesadas.

Al poco rato mi vejiga acusó todo el líquido que había bebido. Pensé que tendría que hacerle un incómodo pedido sin embargo me ahorró la vergüenza.

- Ya casi llegamos- me dijo apuntando hacia la derecha.

Yo seguí la dirección de su dedo, un precario camino de tierra iba directo hacia una verja oxidada, el camino seguía mucho más allá de ésta y lo que supuse era una estancia o algo similar apenas si se veía por entre las copas de muchos árboles de todos los tonos de verde.

No nos llevó mucho tiempo llegar a la verja, aunque sí terminamos bastante empolvados por recorrer ese tramo. Vicente se bajó de la camioneta, abrió la verja luego de quitar el candado y la cadena que la mantenían cerrada, adelantó la camioneta hasta que quedara dentro de la propiedad luego se bajó otra vez y realizó el procedimiento inverso.

- Bien- entonó- éste es el lugar... hogar dulce hogar.

Estiré el cuello para intentar divisar algo más, no pude hacer demasiado.

La espera y la intriga no duraron mucho más. Vicente llevó la camioneta hasta los árboles que yo viera antes, y luego, traspasándolos como a una muralla de defensa, me llevó hasta el caserón enorme que éstos ocultaban.

Nos detuvimos justo frente a la puerta principal.

La casa era una estructura de líneas simples, muy sencilla; a todas luces, una estancia de campo igual que cualquier otra.

Me percaté de que todas las ventanas estaban cerradas y no se veía absolutamente ninguna evidencia de vida allí, ni animal, ni humana y tampoco demoníaca, vale la pena aclarar.

Vicente se bajó y lo seguí.

- ¿Qué es este lugar?

- ¿Qué parece?

Lo miré torcido.

- No soy idiota, sé lo que parece. ¿De quién es esta casa?

- ¿Acaso importa?

- A mí me importa.

- Es mi casa y todo el campo que alcanzas a divisar también es mío. No estamos usurpando propiedad privada. ¿Más tranquila?-. Sacó unas llaves del bolsillo trasero de su pantalón y metió una en la cerradura. Unos segundos más tarde la puerta estaba abierta. Del interior de la casa brotó una ráfaga de aire frío y húmedo.

- Llevo un tiempo sin venir, de modo que habrá que ventilar todo un poco-explicó antes de entrar en la casa.

Lo seguí, de inmediato me perdí. El sol y su luz afuera eran tan intensos que la oscuridad del interior se me hizo todavía más cerrada de lo que en realidad era. Me quité los anteojos de sol y caminé teniendo mucho cuidado de no tropezar.

- ¿Vicente?- lo llamé, me dio la impresión de que me había quedado sola.

Un rayo de luz atravesó la oscuridad y así, de repente, una amplia estancia se materializó ante mis ojos. Vicente había abierto una de las tantas ventanas, apartando el postigo. El sol entraba a raudales.

Vicente fue hasta la segunda ventana y la abrió, lo mismo hizo con una tercera y una cuarta; de a poco el aire caliente del exterior comenzó a templar el frío helado y húmedo del interior, así también, poco a poco, empezaron aparecer los muebles, los cuadros y los demás objetos que poblaban la casa, incluidas puertas, escaleras, columnas y unas vigas de madera que atravesaban el techo, las cuales tenían todo el aspecto de ser antiquísimas.

Pasó por detrás de mí para abrir las ventanas del otro lado enseñándome al completo, las dimensiones del lugar.

Estaba yo, parada sobre un hermoso piso de baldosas rojas, en el centro de un inmenso living, a unos metros justo en frente de una chimenea muy grande.

- ¿Todo bien?

Me volví, estaba justo detrás de mí. Asentí con la cabeza.

- Voy a buscar las cosas que están en la camioneta. ¿Te quedas aquí?

- Te ayudo- me ofrecí.

- No, está bien, puedo solo, enseguida regreso-. Dio un paso atrás-. Recorre la casa si quieres, es segura... me refiero a que estamos solos.

- Es bueno saberlo... digo, que no hay demonios por los alrededores.

- No te preocupes, ve y echa un vistazo, y si tienes tiempo abre las demás ventanas.

- Claro, por supuesto.

Lo primero que hice en cuanto salió fue dirigirme directo a la escalera. Los

escalones crujían bajo mis pies. La escalera terminó en un pequeño rellano con dos puertas, una a cada lado. Abrí la de la izquierda, la habitación estaba casi a oscuras, apenas unos hilos de luz se filtraban por la conjunción entre los dos postigos, caminé directo hacia ellos, por suerte, sin chocarme contra nada. La ventana no me lo puso fácil, tuve que forcejear y tironear un poco para abrirla; al lograrlo me sentí satisfecha de tener el privilegio de gozar de una vista espectacular. La ventana daba al frente de la casa. Aparté las viejas cortinas de encaje y me asomé hacia fuera, Vicente caminaba en dirección a la casa cargando un pack de botellas de agua mineral en una mano y en la otra unas cuantas bolsas con alimentos. Si se percató de que lo miraba no dio señales, fue directo hacia la puerta de entrada sin alzar la vista en dirección a donde yo me encontraba. Cuando salió de mi campo visual me apoyé contra el marco de la ventana y le eché un vistazo a la habitación. No había demasiado que ver.

Era una cuarto sencillo, las paredes estaban pintadas de un celeste, bueno, por de decirlo de algún modo, lo cierto es que no quedaba demasiado de la pintura que en su mayor parte estaba descascarada; una enorme cama de bronce ocupaba la mayor parte del espacio. A los pies de la cama había un viejo colchón enrollado. Dos mesas de luz sobre una de ellas había una lámpara de aceite cubiertas por una gruesa capa de polvo y en la otra una jofaina con una jarra de esas que se usaban en tiempos inmemoriales para la asistir a la higiene personal -en iguales condiciones que la lámpara, debo añadir-, y un viejo y apolillado diván completaban el mobiliario.

Salí de la habitación y caminé hasta la otra puerta, intenté abrirla, no hubo caso, la puerta parecía clavada al marco. Terminé rindiéndome y como no me quedaba ningún otro lugar que inspeccionar regresé a la planta baja. Vicente no estaba por ninguna parte. Me asomé hacia el frente de la casa y tampoco lo encontré allí. Miré a mi alrededor y noté que una de las dos puertas que había visto cuando se hiciera la luz, estaba abierta y de ella provenían ruidos de alguien trajinando.

Era la cocina, y Vicente se encontraba allí, terminando de acomodar las bolsas sobre una larguísima mesada. La cocina era muy sencilla. En un ambiente rectangular, sobre las dos paredes más largas estaba emplazadas las mesadas en las que se repartían el espacio la piletta de lavar -tan vieja que parecía de la época de la colonia-, con una canilla que sobresalía de la pared con un caño de plomo, y una cocina de cocinar de esas que no funcionan a gas sino a leña o a carbón.

En el espacio central se acomodaba una larga mesa de madera y media docena de sillas todas distintas y una con aspecto más endeble que la otra, y en un rincón había una heladera de aspecto antiguo, eso, era todo lo que había allí. Lo maravilloso de ese modesto ambiente eran las ventanas abiertas de par en par que daban al exterior; también había una puerta pero estaba cerrada.

- ¿Qué opinas?

- Es bonita, le falta algo de cuidado pero parece prometedora.

- Sí, llevo un tiempo sin venir aquí- explicó mientras sacaba un bolsa de pan en rodajas de entre las compras-, la descuidé mucho.

- Aquí no hay electricidad, ¿no es así?

Vicente le lanzó una mirada a la lámpara de aceite que estaba sobre la mesa.

- No- frunció los labios- llevo tiempo queriendo comprar un generador y hacer la instalación eléctrica pero... tendremos que conformarnos con lo que hay.

- Está bien, por mí no hay problema.

- Tampoco hay gas.

- Podemos conseguir algo de madera- dije apuntando con los ojos en dirección a la vieja y tiznada cocina con la esperanza de que funcionara para poder cocinar, llegado el caso.

- Sí, supongo que sí.

- Y...- él me interrumpió.

- No hay agua caliente, el baño es la otra puerta que da al living- anunció siguiendo el lineamiento del examen de la casa que yo había estado haciendo.

No me gustó mucho oír eso, tenía ganas de darme un buen baño, pero no se me antojaba bañarme con helada agua de pozo.

- Podemos calentar algo de agua en unas cacerolas- propuso.

- Eso suena aceptable. Gracias por hacerte eco de mis mundanas necesidades humanas.

- No hay por qué-. Sonrió.

Nos quedamos en silencio.

- Abrí la ventana de uno de los cuartos de arriba, pero del otro siquiera he podido abrir la puerta-. Dije para remontar la conversación, cuando la última palabra la tenía él, usualmente la charla moría allí.

- Está bien, no importa, es el desván-. Entonó sin hacerme demasiado caso, continuaba entretenido sacando los alimentos de las bolsas.

- Ah...

Otra vez en punto muerto- rezongué yo para mí misma.

- Quieres empezar por el baño- me preguntó algo incómodo iniciando,

sorprendentemente- un nuevo intercambio de palabras.

- Sí, eso sería genial-. Era genial la idea de poder tomar un baño y de verlo esforzarse por sondear nuestros silencios.

Se agachó y de detrás de la cortina descolorida y llena de agujeros que colgaba todo a lo largo de la mesada sacó dos altas y enormes cacerolas renegridas que colocó dentro de la pileta.

- Llénalas, iré por algo de carbón o lo que sea para encender el fuego y calentar el agua. Ni bien terminó de darme las indicaciones pertinentes del caso salió por la puerta que había estado cerrada hasta entonces. Lo vi caminar hacia una especie de cobertizo que distaba a pocos metros de la casa. Debo admitir que la propiedad, y los desafíos que presentaba para poder llevar a cabo acciones que normalmente son tan fáciles y cotidianas que uno siquiera las tiene en cuenta, lograron hacerme olvidar el motivo de que estuviésemos allí. Una de esas cosas que mantuvo mi mente en otra sintonía fue que cuando abrí la canilla, la casa se llenó de unos horribles ruidos metálicos, borboteos y quejidos; me aparté a tiempo. El caño empezó a temblar y lo primero que salió de la canilla fue una cosa viscosa de color rojizo que salpicó para todos lados. Tuve que dejar corriendo el agua un buen rato antes de poder juntarla en la cacerola. El agua terminó saliendo increíblemente cristalina, también horrorosamente fría, al borde del punto de congelación, diría yo.

Vicente regreso cuando cambiaba de lugar la cacerola llena por la vacía.

Por suerte él tenía más pericia que yo en eso de la supervivencia en medios más o menos adversos, no le costó mucho encender el fuego. Sobre el cual colocó, con suma facilidad, la cacerola llena de agua, la cual me arriesgo a decir, debía pesar más de quince kilos.

Mientras el agua se calentaba nos ocupamos de poner en condiciones unos vasos de vidrio que de tan gastados estaban casi opacos, unos platos de metal enlozado, cubiertos y tazas, además de una vieja cafetera de émbolo, una pava y unas asaderas.

Fue toda una odisea bañarme. A pesar de que contaba con jabón, champú incluso con crema de enjuague para el pelo (que Vicente había tenido la delicadeza de comprar cuando se detuvo en busca de comida), me sentí como en el tiempo de las cavernas. Bañarse tirándose agua con un jarro, a la poca luz que entraba por un miserable ventanuco en un lugar frío y con una humedad que calaba los huesos, es algo que no le deseo a nadie.

Terminé destemplada más razonablemente limpia. Como fuese, se sentía

agradable llevar ropa limpia y tener el cabello libre de enredos. En fin, cuando dejé el baño el sol ya comenzaba a avanzar sobre el horizonte, en un par de horas sería de noche.

En la cocina me encontré con Vicente sentado a la mesa con un celular en las manos.

- ¿No dijiste que habías dejado tu celular en la casa?- le recriminé de mal modo colocando a desgano, las cacerolas sobre la mesada a un lado de la comida. Un mal humor me entró súbitamente otra vez; así era yo desde que lo conocí, un cambio de humor tras otro.

Alzó la cabeza.

- Sí, eso dije- admitió con suma tranquilidad, tal es así que me dio ganas de darle un buen golpe.

- Y qué es lo que tienes entre las manos.

- Otro celular, uno reservado para urgencias.

- Creí que esto no te sucedía a menudo.

- Y así es. Es un celular nuevo, solamente Ariel tiene el número. Pero no lo podemos usar, ni lo vamos a usar- remarcó poniéndose de pie.

- ¿Para qué lo tienes entonces?

- Espero que Ariel se contacte conmigo, es todo-. Regresó la silla a su sitio y se metió el celular en uno de los bolsillos del pantalón en una actitud que me aclaraba que no debía intentar arrebatárselo al menos que tuviese ganas de arriesgarme a sufrir las consecuencias-. Acondicioné lo mejor que pude el cuarto de arriba, tienes la cama lista, además llené de aceite las lámparas, te dejé una caja de fósforos arriba y allí hay otra- apuntó a la cocina-. Es mi momento de ocupar el baño; si algo sucede llámame.

- ¡Un momento!

- Eliza, no me hagas más preguntas que no puedo responder- recitó en tono cansino-. Quédate tranquila, enseguida estaré contigo otra vez.

No repliqué, me senté a la mesa y me quedé allí, mirando bajar el sol por el horizonte.

Con la oscuridad de la noche también llegó el frío.

La luna y las estrellas nos encontraron sentados a la mesa, yo devorando un sándwich, acurrucada debajo de mi campera de jean, la cual no me abrigaba demasiado, y a Vicente, sentado en frente mío, básicamente viéndome comer; él no necesitaba alimentarse y supongo que tampoco encontraba nada digno de degustar en lo que para mí, a causa del hambre que sentía, era todo un festín.

Bajé mi último bocado del sándwich de jamón y queso con un trago de agua y subí los pies descalzos a la silla, me abracé las piernas y me lo quedé mirando, él estaba muy ensimismado contemplando el celular.

- ¿Tienes miedo de lo que pueda sucederte?- le pregunté masacrando el silencio que arrullaban los grillos y los sapos ocultos entre la hierba.

Soltó aire por la nariz sonriendo de costado sin enseñar su perfecta dentadura.

- No- contestó.

- ¿Eres valiente o demasiado vanidoso de tus poderes y tu fuerza?

- Ninguna de las dos cosas, simplemente no me importa lo que me suceda.

- Estás entregado, nunca creí que fueses del tipo que se rinde.

- Voy a pelear hasta las últimas consecuencias, sin embargo no me preocupa lo que pueda sucederme a mí en tanto y en cuanto te saque de esto a ti. Es lo menos que puedo hacer.

Ante sus palabras, mi piel se calentó al instante.

- Lamento lo que te dije antes de salir, la verdad es que no creo que seas malo.

Supongo que la tensión hablaba por mí.

- No te disculpes, tienes toda la razón del mundo para decir lo que dijiste, incluso para creerlo. Nadie te culparía por eso.

- No, no es cierto, habría sido sumamente fácil para ti desentenderte de mí, dejar que me sucediera lo que tuviese que sucederme, continuar con tu vida tranquilamente, y en cambio continúas arriesgándote por mí.

Vicente apartó la mirada.

- Eres mejor de lo que crees.

Vicente sonrió a medias otra vez.

- No lo soy. Mi conciencia es más pesada de lo que aparenta. No soy bueno y nunca lo he sido.

- Puede que tengas razón en eso de que no has sido bueno, yo no lo sé... lo que estás haciendo por mí es algo bueno. No puedes cambiar el pasado, en cambio sí tienes el poder de modificar el futuro y lo haces.

- Nada que haga va a cambiar lo que soy.

- Sé que no sé nada sobre demonios, es evidente que esto... que el hecho de que estés aquí conmigo lo cambia todo. ¡No me mires con cara de que ridícula ingenua soy!- protesté en cuanto me dedico una de sus miradas de superioridad que me sacaban de quicio-. No soy ni ridícula ni ingenua, es obvio que las cosas no son como crees que son.

- Eliza, soy un demonio y no puedo dejar de serlo, no importa cuanto empeño ponga en ello.

- Las personas no se definen por lo que son sino por lo que hacen.

- Sí, por eso mismo: compro almas para el Infierno.

- Pero intentas ayudar a la gente.

- ¡¿Cuándo te convenciste de eso?!- exclamó burlándose de mí.

- No seas cruel, ni conmigo- se me escapó un suspiro-, ni contigo mismo. Porqué insistes en martirizarte.

- Por qué es lo que me merezco, no importa cuanto me empeñe en intentar hacer...- se interrumpió súbitamente-. Una vez leí en un libro una frase que no he podido olvidar pero que recién ahora acabo de asimilar por completo-. Meneó la cabeza-. La frase decía que la verdad es algo indivisible, resplandece por luz propia y no admite particiones dictadas por nuestros intereses y por nuestra vergüenza-. Tragó saliva-. La verdad es que soy un demonio- sentencio-. Me ayudaste a entenderlo de una buena vez. Me dedicó la sonrisa más triste que yo hubiese visto jamás.

Se me puso la piel de gallina y no por el frío de la noche, sino por el frío que emanaba de su corazón, el cual si bien su piel ardía como el fuego, estaba congelado. Simplemente me di cuenta de que me encontraba frente a una persona que reunía en un único cuerpo los caracteres de las cosas más horrosas, así como también de las más hermosas.

- No me enorgullece haber hecho semejante cosa. No me agrada ser la fuente de desdicha de nadie.

- Mis sentimientos no importan.

- Sí, claro que importan, si los tienes y te afectan me importan.

- Si me afectan...- sacudió la cabeza cerrando los ojos-. Como te dije, lo que suceda cuando todo esto acabe ya no me preocupa.

No estoy segura de si fue un acto de valor y la cosa más estúpida que haya hecho en mi vida, pero estiré un brazo y posé mi mano sobre las suyas.

- No lo hagas- me dijo en claro tono de advertencia, apartando ambas manos. Se levantó-. No necesito que sientas pena por mí porque yo no la siento. Eliza, la verdad es que por momentos, tu ingenuidad me aburre. Madura de una vez, quieres- escupió entre dientes.

Y así, le dio un pisotón a mi corazón en ruinas.

- Me voy a dar un paseo. Buenas noches.

Abandonó la cocina llevándose su celular, mi tranquilidad y mis esperanzas. Sé que lo que hice a continuación no fue la cosa más inteligente, pero después de que me dijera que era ingenua e inmadura me pareció que no importaba demasiado si realmente me comportaba igual que una adolescente

irresponsable. Vicente había comprado dos botellas de vino tinto. Manoteé una de encima de la mesa y me la llevé conmigo a la habitación. El primer trago de alcohol descendió por mi garganta cual lava, abrazándome la laringe, incluso los pulmones me ardieron, los siguientes pasaron cada vez más desapercibidos. Todo se tornó borroso, confuso.

Me dormí abrazada a la botella vacía y de madrugada me desperté para vomitar en la bonita jofaina que estaba sobre la mesa de luz junto a la jarra que le hacía juego.

24. Crímenes.

El ruido me despertó, es decir, me arrancó de la inconsciencia en la que me dejara la borrachera de la noche. Entreabrí los parpados; la luz del sol que entraba por la ventana, cuyos postigos estaban abiertos de par en par -no había tomado la precaución de cerrarlos antes de tirarme a la cama abrazada de la botella de vino tinto-, pronunciaba el dolor de cabeza que no me permitía ni pensar.

Las sienas me latían, me dio la sensación de que el cerebro se me iba a escapar por allí. Apreté los parpados y hundí la cabeza en la almohada, por desgracia eso no ayudó a hacer desaparecer ni la migraña ni el ruido.

Desesperanzada, sabía que ya no volvería a conciliar el sueño, me eché boca arriba. Al voltearme empujé la botella de vino con la pierna y ésta rodó por la cama, se precipitó del colchón al piso y allí se hizo trizas.

Solté una palabrota, allí se agotaron mis fuerzas por lo que no tuve la voluntad suficiente para asomarme a ver en qué estado quedara el piso. Mi propio estado era seguro mucho más calamitoso y más urgente de cuidar que el del piso, el de la casa, o el de aquello que estuviese provocando ese insoportable ruido que retumbaba dentro de mi cráneo.

Mis manos hinchadas barrieron mi rostro y mi cabello buscando arrancar el baño de sopor y malestar que me cubría igual que un sudario. Mi estómago se quejó y no precisamente de hambre, mi boca pastosa emitió un chasquido en cuanto despegué los labios para tomar una bocanada de aire.

Me tomó un par de minutos poder sentarme y luego incorporarme.

Andando con paso tambaleante igual que si todavía estuviese bebida, salí de la habitación procurando no pisar los restos de la botella. El ruido de los

golpes sonó cada vez más fuerte a medida que bajaba cada uno de los rechinantes escalones. Desde el descanso de la escalera, cuando me detuve para reacomodar mis ideas dentro de mi cerebro confuso, busqué a Vicente. El living estaba vacío. La puerta de entrada cerrada apenas si colaboraba contra la ceguera que la luz del sol que se colaba por las ventanas, me provocaba.

Lo llamé una y dos veces, no contestó, los golpes seguían.

En la cocina no lo hallé, pero si me encontré con la puerta que daba al exterior, abierta. Por ésta entraba en toda su plenitud, el sonido que le adjudicaba a lago metálico siendo atacado con furia.

Sobre la mesa de la cocina había un paquete de galletitas, un cartón de leche abierto y una taza vacía. La cafetera de émbolo todavía estaba sobre la hornalla de la cocina.

El café podía esperar un par de minutos más.

Caminé hasta la puerta, el reflejo del sol me obligó a parpadear unas cuantas veces antes de poder salir mirando donde pisaba.

- ¿Qué se supone que haces?- inquirí al encontrarlo a la sombra del cobertizo, aporreando lo que parecía ser una bomba de agua con una llave inglesa. Alrededor de sus piernas estaban desparramadas un montón de herramientas y otras tantas yacían todavía, muy sucias y oxidadas, dentro de una vieja caja de metal a unos pocos pasos por detrás de él. Su frente perlada por microscópicas gotas de sudor brillaba, y su camisa (la cual llevaba remangada y fuera de los pantalones) estaba empapada y algo sucia.

En respuesta a mi pregunta, pero más que nada, creo que al mal modo que usé para dirigirme a él, me lanzó una mirada fulminante y siguió golpeando el herrumbroso mastodonte de metal fundido sin hacerme caso, todavía con más fuerza que antes. La bomba soltó metálicos y agudos chillidos de indefensión.

- ¿Podrías parar un poco? Se me parte la cabeza.

Desvió fugazmente la mirada hacia mí, pero no se detuvo.

- ¿Acaso no me escuchaste o es que tienes algún problema?- solté en el mismo tono feo de la primera vez. Vicente alzó ambas manos por sobre su cabeza en un gesto desafiante y las precipitó sobre la bomba; la cual de repente algo hizo clic. Una gota de agua cayó de la gran boca hasta entonces seca, la cual fue absorbida por la plataforma de cemento.

Vicente sonrió satisfecho.

- Buen día- me saludó igual que si recién notara mi presencia, y luego arrojó la llave dentro de la caja-. ¿Dormiste bien?- preguntó con educación haciendo gala de su porte de caballero. Hacía tiempo que no se dirigía a mí de aquel

modo, debo reconocer que si bien esa misma actitud me había derretido cuando recién lo conocí, ahora se me antojaba un trato algo distante.

- Más o menos.

- ¿Lo haces a menudo?- curioseó sin que se le borrara su perfecta sonrisa del rostro.

- ¿Qué cosa?

- Embriagarte- contestó simultáneamente levantando las herramientas del suelo para arrojarlas dentro de la caja.

- Únicamente cuando me provocan- terminé diciendo para enfrentar la cara con la que se quedara viéndome en espera de una respuesta. No estoy segura de que me haya oído, el sonido que emitían las herramientas al caer dentro de la caja, era de un volumen considerablemente más alto que el tono de mi voz. Me impresiono que no necesitase mirar la caja para arrojar las herramientas dentro, era como si tuviese ojos en la nuca. Vicente sonrió resoplando; me había oído después de todo, por lo visto además de una fuerza incalculable tenía un oído particularmente sensible.

- Ya veo...- dijo imperturbable; se relamió los labios y luego los apretó-, entonces debo entender que es mi culpa.

- Entiéndelo como quieras.

- Oh...- se levantó limpiándose las manos en los pantalones luego de cerrar la caja de herramientas- será otro crimen con cuya culpa y responsabilidad deba convivir. No hay problema con eso-. Manoteó un viejo balde de latón y la colocó debajo de la boca de la bomba e hizo presión sobre la manija, un torrente de agua cristalina brotó salpicando en todas direcciones.

Di media vuelta y me largué a la casa.

Debo haber estado allí sola una media hora rumiando lo sucedido; en un par de ocasiones intenté espiar a ver qué era lo que hacía, pero por más que estiré el cuello no logré verlo. Pasado ese rato, cuando me encontraba enjuagando la taza que había usado, debajo del agua helada que salía de la canilla, regresó.

Cerré la canilla y me aparté de la pileta dejando la taza boca abajo sobre la mesada para que se escurriese. Vicente ocupó mi lugar, abrió la canilla otra vez e ignorándome rotundamente, se echó agua sobre la cara y se lavó las manos.

- ¿Hay novedades?- pregunté distante sentándome otra vez.

Cerró la canilla y se secó.

- No- contestó arrojando el desteñido repasador sobre la mesada-. Qué no haya novedades también es una buena noticia, por lo menos tenemos la certeza

de que las cosas no empeoraron.

- Lindo consuelo.

- Antes de que empecemos a discutir otra vez...- me atajó.

- ¿Discutir otra vez? Nosotros no discutimos.

- Anoche...

- Anoche me insultaste... me ofendiste, pero no discutimos- lo corregí.

- ¿Vas a empezar otra vez?

- Yo no estoy haciendo nada- solté. Empezaba a enojarme.

- Sí, sí lo haces- apretó los dientes-, todo el tiempo.

- ¿Qué cosa?

- ¡Esto!

- No entiendo a qué te refieres.

- A ponernos en esta situación.

- No sé de qué hablas.

- De esto...- dio un paso al frente aproximándose a la mesa- de pretender que nosotros podemos tener una conversación normal, como si esto fuese una situación normal, como si fuésemos...

- ¿Cómo si fuésemos qué?- le espeté ansiosa, aterrorizada.

- Dos personas normales.

- No somos dos personas normales- bromeé.

- Yo no lo soy, tú sí.

- Sí, claro, seguro- remusgué entre dientes a modo de chanza.

Se agarró del respaldo de la silla que estaba frente a él. Creo haber oído la madera crujir cuando la apretó entre sus dedos. - Podrías cooperar por favor- me pidió en un tono de fastidio-. Apartó la silla y se sentó-. Quizá debamos aclarar las cosas de una buena vez para que lo comprendas.

- ¿Aclarar qué?

- Algo sobre mí que todavía no entiendes... algo que no sabes.

Sus ojos grises se tornaron se solidificaron casi hiriente, igual que siempre se ponía serio. Verlo a los ojos era como tener agujas clavadas en el cerebro. No sé si pretendía herirme, mas la distancia que puso entre ambos con aquella mirada, no tenía nada que ver con una medida física, sino con algo completamente insondable, era una distancia infinita y desgarradora a más no poder.

- No me interesa saber qué es.

- Creí que tenías curiosidad por saber qué soy, y qué es ser lo que soy- entonó en un tono terriblemente calmo. El café trepó por mi garganta en una ola ácida.

- Ya no- tartamudeé-, sé todo lo que necesito saber.

- No, por supuesto que no.

Hice el ademán de levantarme, me dolía demasiado la cabeza para poder soportar aquello, además no me gustó ni un poco lo que auguraba su rostro, tenía cara de sentirse demasiado culpable, demasiado malo, de alguien que está colmado de remordimientos, de alguien que no puede más con el peso de su conciencia, de alguien que no se perdona lo que ha hecho, de alguien que necesita castigarse a sí mismo a cada minuto, de alguien que de hecho, lo está haciendo y saber que sufría me hacía sentir infeliz.

- Quédate sentada.

- Vicente...- musité. No quería escucharlo, comprendí que ya me había convencido a mí misma que si en algún momento él había obrado mal había sido por ignorancia o por ingenuidad, no por maldad, eso seguro. Yo no podía ver maldad en él, había intentado encontrarla en vano; sentía que si realmente hubiese algo malo en su persona yo no me habría enamorado así de él. Me pregunté cuanto modificaría mis sentimientos por él, oír lo que estaba a punto de confesarme... Nada- me dije a mí misma, o mejor dicho, intenté convencerme de que no lo haría, no quería perderlo ni perder lo que sentía, eso era lo único que me mantenía en pie.

- Silencio. Por los próximos minutos permanecerás así sentada, con la boca cerrada y prestarás mucha atención a todo lo que te diga, y por sobre todo, tomarás muy en serio cada una de mis palabras; las asimilarás y luego me juraras no repetir las jamás a nadie, por nada del mundo. No volveremos a hablar sobre esto después de que te lo cuente... no me harás preguntas y sobre todo no intentarás hacer lo que has intentado hacer hace unos minutos... de hecho, dudo que te queden ganas de intentarlo nuevamente.

- No tienes que contarme nada...- fue prácticamente un ruego- dijiste que cualquier cosa que me contaras sobre ti o tu entorno me pondría en más peligro del que ya corro.

- Quizá tú tuvieses razón. Te contaré lo que necesitas saber sobre mí, para que cuando esto termine, puedas regresar a tu vida y recomponerla en paz.

¿Cómo iba a lograr yo eso?

- Voy a confesarte mi mayor crimen.

El café llegó hasta mi boca. Con asco, volví a tragarlo.

Vicente se agarró del borde de la mesa.

- Nací el catorce de febrero de mil ochocientos cincuenta y nueve.

- ¡¿Qué?!

- Creí haber dejado claro que no harías preguntas- me frenó.

- ¡No me vengas con eso!- chillé-. ¿Naciste...?! No entiendo... un momento. ¿Eres humano? Creí que...- ya ni sabía lo que creía-. Tienes una fuerza inimaginable y si te hieren... cómo es que...

Vicente barrió mis palabras con un movimiento de su mano izquierda. En su reloj se reflejó la brillante luz del sol que entraba por la puerta.

- Lo era... ya no- me aclaró bajando los ojos.

Balbuceé unos cuantos sonidos sin sentido, la cabeza me daba vueltas y no podía articular palabra.

- No entiendo nada.

- Como podrías entender, si no me permites explicártelo-. Me reprendió. Hizo una breve pausa-. Nací tan humano cuanto tú lo eres ahora. Viví así por veinticinco años, y créeme que realmente viví esos veinticinco años... los exprimí, mejor dicho, abusé de ellos hasta el punto en que llegó un momento que ya nada me emocionaba, divertía o causaba sensación alguna. Hasta entonces había sido un juerguista, un aprovechador, un vividor... era insaciable, mis padres siempre me dieron demasiado, me amaban demasiado y yo me aproveché de ellos descaradamente sin que me importase si los lastimaba con mi actitud, de hecho, lo único que contaba para mí por aquel entonces, era mi persona y nada más que mi persona. El egoísmo era mi marca distintiva, no podía ver nada más allá de mí... lo único que hacía era tratar de saciar mis propias necesidades sin tomar en consideración nada más- bajó la vista-, y en esto incluyo los sentimientos de mis padres...- alzó sus ojos otra vez- seguí así incluso después de que ellos intentaran ponerle un fin a mi vida de desenfreno, pero ni siquiera así lograron detenerme, no tenía control sobre mí mismo. Yo no podía vivir si no era al límite... esa era la única forma en que podía sentir algo- dejó escapar un suspiro- siempre creí que del mundo me separaba una dura coraza que tornaba todos los sentimientos y sensaciones apenas perceptibles... en fin, como te dije, llegó el momento en que a pesar de dejarme llevar por las actitudes más desenfrenadas quedé incapacitado para sentir. Me convertí en una roca.

Inspiré y no sirvió de nada, mi cuerpo se mostraba incapaz de asimilar el oxígeno.

Vicente inhaló profundo y soltó el aire por la boca; el ambiente se llenó de ese olor azufrado tan nauseabundo que el poco aire que logré inhalar me revolvió las tripas.

Los dos nos quedamos en silencio por un par de segundos, yo porque no sabía

qué decir y supongo que él, porque no le agradaba tener que pronunciar en voz alta, aquellas palabras.

- Incluso siendo humano, hice cosas que...- apretó los labios y sonrió a medias sin despegarlos- es gracioso, ni siendo humano tenía características de humano, abusaba de la gente sin que me importase lo que les sucediese a causa de mis actos- se detuvo-. Me voy por las ramas-. El asunto es que estaba así, perdido, sin que nada me importase, me había despilfarrado todo mi dinero, vivía de fiesta en fiesta... mi existencia se limitó a una bruma tóxica de la cual no lograba escapar. Había perdido el gusto por todo, la sensación de todo... estaba vacío... esa coraza que me rodeaba fue lo que quedó de mí y nada más... y entonces cometí mi peor crimen.

- Creo que voy a vomitar-. Maldije la hora en que me serví la taza de café con leche.

Vicente me ignoró por completo.

- Así, sin más, me entregué a lo que soy ahora porque necesitaba algo sacudiese mi vida para quitarme de encima el adormecimiento- apretó los dientes y estos le rechinaron- necesitaba poder volver a sentir... a sentir... repitió con un hilo de voz-, necesitaba poder estar otra vez por sobre las personas, quería volver a sentirme fuerte, indestructible-. Hizo una pausa. Tenía los nudillos blancos de tanto apretar los puños-. Necesitaba volver a sentir algo...- repitió-. Y lo logré más allá de lo imaginable.

- No...

- Tienes que permitirme terminar- dijo en un tono que sonó a ruego.

Me agarré del asiento de la silla.

- Me entregué al Infierno porque quería hacerlo.

Creo que en un primer momento no comprendí la exacta proporción del significado de sus palabras.

- ¿Qué?- balbuceé.

- No pedí nada a cambio de mi alma.

Cerré los ojos y solté un gemido, se me antojaba que ese detalle tenía una relevancia suprema. En mi cabeza iban cayendo las fichas de una realidad que no hubiese atinado a adivinar, si quiera a fantasear; jamás me había planteado su origen, para mí solamente importaba que estuviese allí conmigo.

- Entregué mi alma a voluntad... a conciencia me entregué al mal... cedí mi cuerpo y mi alma, me entregué por entero.

Me llevé una mano a la boca, la ardiente bilis trepaba por mi garganta una vez más.

- Me agradó ver en lo que me convertí... ser esto es como ser miles de personas al mismo tiempo...- entonó con cierto fanatismo- lo que ves, lo que oyes, lo que sientes, lo que percibes, es como... como explotar de vida, es similar a vivir dentro de un volcán a punto de hacer erupción, como ser ese volcán que está a punto de estallar. Es lo más intenso que puedas experimentar jamás. Es... es... es sentir que tienes el mundo al alcance de tus manos.

Sus manos se crisparon en un gesto brusco, casi como si se estuviese conteniendo de retorcerle el cuello a alguien, o de destrozar la mismísima cocina en un abrir y cerrar de ojos. Entrecerró los parpados y se quedó contemplándome.

- Me estás diciendo que... te gustó convertirte en esto-. Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Incluso a pesar de su actitud y de las palabras que brotaban de sus labios, yo quería estrecharlo entre mis brazos, besarlo y asegurarle que todo estaría bien si permanecía a mi lado.

Vicente asintió con la cabeza dando un lánguido parpadeo.

- ¿Y qué hay de la parte en que debes comprar las almas?- inquirí estremeciéndome.

- Lo que hice, significó para muchas personas lo mejor que les ha sucedido en la vida. Debes pensar que me creo un dios o algo así, y lo cierto es que es una sensación agradable poder hacer semejantes cosas. Cuando nada puede lastimarte ya, cuando eres capaz de lograr lo inimaginable...

Sus ojos empezaron a brillar.

- Convertirme en esto es lo mejor que podía sucederme.

Iba a tener que salir corriendo para vomitar, la bilis y el café trepaban como un torrente desbocado por mi ardiente garganta.

- No me molesta ser lo que soy, de hecho me gusta serlo, y no tengo ningún inconveniente en hacer lo que hago, como ya te dije soy uno de los mejores en esto-. Meneó la cabeza-. No, sin duda no me arrepiento de haberme entregado. Supongo que para los ojos humanos... para los tuyos, ese es el peor de mis crímenes.

Me levanté y salí corriendo en dirección al baño, iba a vomitar. Lo que provocara aquella revolución en mi cuerpo no tenía nada que ver con lo que él admitiese, sino con lo que su afirmación provocaba en mí: me importaba poco y nada que él no sintiese remordimiento alguno, que estuviese feliz de ser lo que era, porque simplemente por el hecho de haberse convertido en lo que era, de hacer lo que hacía, me había llevado a conocerlo, a enamorarme de él.

Sin duda no era víctima de una falsa moral, sino de una sinceridad aberrante y

de un amor demasiado fuerte y supongo que también demasiado incoherente para juzgarlo con seriedad y de un modo imparcial. Tenía los ojos cerrados a conciencia. Yo también me había convertido en una egoísta por anteponer mi tan deseada felicidad a la eterna condena de muchas almas.

Mi estomago se retorció y contrajo hasta que no quedó nada dentro de mí.

...

Me quedé tirada en el piso del baño un buen rato sin poder reaccionar.

En lo profundo de mi alma esperaba que él viniese por mí, que llamase a la puerta de aquel rudimentario baño para preguntarme si me encontraba bien; Vicente no se molestó en averiguar si continuaba con vida.

Como pude me arrastré otra vez hasta la cama; en mi camino no me crucé con él, ni percibí señales de su presencia, creo que fue mejor así, verlo hubiese acabado conmigo.

En cuanto mi cabeza cayó sobre la almohada quedé sumida en una inconsciencia tan profunda que las pesadillas que tuve resultaban difíciles de diferenciar de la vigilia. Fue como soñar en voz alta, como viajar a un mundo paralelo y experimentar en él una vida que pudiese haber sido la mía. Soñé que Vicente reemplazaba a Cristian en todos y cada uno de los recuerdos que guardaba de mi vida con él: en vez de abandonarme tres meses antes de la boda me dejaba plantada justo en el altar, en vez de decir “sí, quiero”, soltaba un rotundo “no” que reverberaba en mis oídos una y otra vez para alejarse de mí a toda velocidad, y la mitad de su carrera hacia la puerta se detenía para extraer de la mitad de los concurrentes a la joven con la que Cristian me había engañado, era entonces cuando todo el mundo comenzaba a reírse de mí, cuando yo me volvía hacia el altar, desesperada en busca de ayuda, el párroco también se estaba riendo a carcajadas y detrás de él, me esperaban con sus manos tendidas hacia mí, los demonios que me perseguían para quedarse con mi alma. Luego soñé que el propio Vicente me arrancaba el alma para entregársela a los otros demonios después de perseguirme por un oscuro, frío y húmedo bosque.

Soñé que le confesaba mi amor y se reía de mí, soñé tantas cosas y tan feas que no creo ni quiero poder recordarlas, solamente sé que cada vez que una pesadilla terminaba me despertaba con la cara bañada en lágrimas y con una sensación de vacío en el pecho que sin importar cuanto me abrasase a mí misma, siempre tenía la impresión de que iba a desarmarme en cientos de

trozos rotos.

Este proceso de soñar y despertar llorando se repitió demasiadas veces durante las horas en las que dormí, tanto es así, cuando me desperté en mitad de la noche, estaba agotada, terriblemente triste y dolorida, igual que si me hubiesen aporreado todo el cuerpo con una llave inglesa como la que Vicente utilizara para destrabar la bomba de agua.

Trepé sobre las almohadas y barrí las lágrimas que derramaba con las palmas de mis manos. Le lancé una mirada a mi reloj, eran la una treinta, debía haber dormido casi doce horas seguidas.

Salté al suelo. Los cristales, restos de la botella rota, crujieron debajo de mis pies.

Arrastrando las plantas sobre el piso, llegué hasta la puerta y la abrí.

El pequeño hall era un túnel de oscuridad, di un paso más y me percaté de que el resto de la casa también se encontraba sumida en la noche. El silencio era supremo, ni siquiera se oía el canto de los grillos, ni de las chicharras. El mundo parecía muerto al igual que yo. Bajé la escalera; todos y cada uno de los escalones crujieron.

El desprendimiento que experimentaba para con mi propio cuerpo era tal, que el dolor del corte que sabía, me había hecho en el talón derecho, no lograba subirme por la pierna, solamente sentía la húmeda y pegajosa sensación de la sangre cada vez que pisaba y despega el pie de la madera pulida de los escalones.

No sé muy bien cómo, llegué abajo, es como si todo hubiese sucedido en el intervalo de un único parpadeo. El living estaba desierto. No causó ninguna reacción en mi creer que me había abandonado; si hasta lo esperaba.

De repente me estremeció un escalofrío y los cortos cabellos que nacían de la parte baja de mi nuca, se erizaron igual que los pelos de un gato enojado. Me sobrevino la certeza de que no estaba sola tal cual había creído.

Mi nombre en sus labios fue material corrosivo en mi piel. Lentamente di media vuelta. Me moví despacio, temía que su voz y su imagen se desvanecieran si me movía demasiado rápido, es más tampoco parpadeé, necesitaba mantener en mí, la experiencia de volver a sentir su presencia aunque fuese un mero delirio de mi perturbada mente.

No desapareció ni desaparecería. Estaba allí parado en la penumbra creada por la luz de la luna, justo debajo del marco de la puerta. Llevaba puesta la misma camisa sucia que en la mañana, incluso todavía le colgaba fuera de los pantalones, y con las mangas arremangadas. Era como si el tiempo no hubiese

transcurrido para él desde que nos separamos en la cocina unas horas atrás. Amagué dar un paso hacia él pero en cuanto noté que retrocedía, reculé alarmada.

- Eliza.

Mi nombre en sus labios sonaba irreal, sobre todo, porque lo usaba para llamarme a mí, Eliza ya no era solamente un nombre, sino la representación de mi persona, lo que yo podía llegar a significar para él si es que significaba algo en realidad. Mi cuerpo cimbró con una descarga de electricidad que detonó una tormenta de sensaciones en cada una de las millones de terminales nerviosas de mi cuerpo. Yo era la tormenta eléctrica en la nube de material lanzada al aire por un volcán en erupción.

- Mi peor crimen no fue entregarme al Infierno para convertirme en esto- empezó a decir con una voz muy suave y baja- sino arrastrarte a esto... eso que nunca me perdonaré- completó con voz estrangulada.

Creí que iba fundirme y desparramarme por el suelo a sus pies, creí que todavía seguía soñando y rogaba por no despertar.

- Lo lamento tanto- añadió. Su rostro era el semblante propio de un hombre consumido por el sufrimiento.

Inhale una vez, dos y tres veces y ya no pude contenerme más, cada una de mis células me lo pedía a gritos; ya no tenía que ver con que si lo quería o no, simplemente lo necesitaba para respirar, para vivir. Jamás podría volver a vivir sin él. Corrí hacia él, choqué contra su cuerpo y el golpe me dolió igual que si me hubiese estrellado contra una pared de concreto a toda velocidad; no me importó en lo absoluto, sentía otra vez y eso era glorioso. Lo abracé y cuanto nuestros cuerpos entraron en contacto se puso rígido. No me alcanzaba el cuerpo para sentirme todavía más cercana a él, ni los brazos para rodear el deseo y la necesidad que me provocaba.

Mis brazos rodearon la parte más angosta de su espalda. Me apreté contra su pecho duro y tibio, lo más que pude, hundiendo mi cara en su camisa, sintiendo los latidos de mi corazón rebotando contra su carne firme, sintiendo su respiración en mi coronilla.

- Está bien, quedas perdonado- le susurré apretándome contra él todavía más. Estar allí, pegada a él era lo más sublime del universo, por lo que hubiese entregado mi alma y mi cuerpo... todo, incluso hasta lo que no tenía.

Respiré su perfume e intenté registrar cada una de las formas de su torso y de su espalda; si hubiese podido me habría metido dentro de su cuerpo para estar más cerca de él. No quería moverme de allí, tendría que arrancarme de su lado

usando toda su fuerza sobrenatural si quería separarnos, estaba decidida a no soltarme jamás.

Vicente no me apartó de su lado, todo lo contrario. Erguido y tieso como estaba, con la espalda tensa, aflojó uno de sus brazos y con el me rodeó los hombros. Ese escueto gesto me abrumó, me dejó sin aliento, otra vez tuve que recordarme a mí misma que debía respirar, esta vez, por una buena razón y le agradecí a mi cerebro hacerlo, el aire que llegó a mi nariz estaba saturado de su perfecto y delicioso aroma.

Me encontré a mí misma, en el cielo, en el paraíso. Había conseguido que Dios, el destino o lo que fuere que guía nuestras vidas se apiadara de mí, brindándome algo más que cinco segundos de felicidad.

25. Si a mí no me importa...

Debo admitir que dormir tanto no me hace ningún favor. Estaba atontada y me sentía inflada como si durante la noche me hubiese convertido en un globo.

Abrí un ojo y volví a cerrarlo casi de inmediato soltando un gemido; era de día, demasiado de día, quizá media mañana, y el sol entraba a raudales por las ventanas del living. El sol me arrancó un enorme y grosero bostezo que cuando acabó, me llevó a desperezarme todavía un poco más.

En un rápido repaso por mis extremidades me percaté de que estaba por completo entumecida y que me dolía todo, hasta el cuero cabelludo; el sofá era más duro que una roca, casi tan duro como el cuerpo de Vicente. Me removí y me di cuenta que estaba sola. Me había dormido rodeada de unos cálidos brazos que ya no me acompañaban y eso hacía que me sintiera mucho peor. La presión en mi talón derecho se intensificó. Flexioné la piernas y eché un vistazo, tenía medio pie vendado, evidentemente Vicente se había encargado del sangrante corte mientras dormía, más bien, mientras yacía prácticamente inconsciente, ya que ni siquiera me había percatado de ello, tampoco me percaté del momento en que se fue, y eso reavivó la llama de la angustia que su abrazo aplacara al punto de casi extinguirla, de convertirla en nada más que ascuas. Evidentemente yo poseía ciertas características inflamables que hacían de mi comportamiento y mis cambios de humor, un peligro para todo lo susceptible a arder.

Me senté demasiado rápido, la cabeza me dio vueltas. Aferrada al respaldo del sillón cerré los ojos y esperé a que el malestar se disipara, en cuanto estuve segura de sentir cierta mejoría, volví a abrir los ojos y eché un vistazo a mí alrededor, no había señales de vida.

- ¿Vicente?

La puerta del baño se abrió a mi espalda.

- Buenos días- me saludó con una sonrisa calma y en extremo cálida, tanto es así que mi alma se llenó de alegría otra vez.

- Buenos días- le contesté sin poder evitar que se me escapase una mueca de feliz cumpleaños; la verdad es que ya no le encontraba demasiado sentido a mis intentos de ocultar lo que sentía.

Vicente caminó hasta mí cargando un bollo de ropa sucia en su mano derecha.

Había tomado un baño, su cabello estaba mojado y vestía ropas limpias y perfumadas.

- ¿Cómo te encuentras?

Me pareció notar lo un poco incómodo.

- Bien, gracias... y gracias por lo de...- apunté en dirección a mi pie vendado.

- No hay por qué, era un corte feo, supongo que te dolerá al caminar por unos cuantos días, deberías evitar pisar sobre ese pie, para que no se vuelva a abrir el corte, era bastante profundo.

- Haré lo que pueda, no prometo mucho, si ya soy algo inestable sobre dos pies imagínate sobre uno.

Me sonrió.

Se inclinó y dejó las prendas sucias sobre el sillón que estaba a su espalda.

- Eliza... -. Soltó aire por la nariz y se sentó a mi lado, a una distancia que me dio la impresión, le parecía prudencial.

- Sé que...- se pasó la mano por el pelo mojado y luego por la cara-, desde que te conozco... no sé ni por dónde empezar. Una vez más te pido disculpas por lo que te he hecho pasar. Ayer fui muy rudo contigo- se volvió y me miró por encima de su hombro- pero continuo creyendo que fue lo mejor... necesitabas saber la verdad sobre mí... tú siempre...

- Yo siempre qué- balbuceé, otra vez me estaba costando horrores respirar. Mi corazón se desataba en frenéticos latidos por tenerlo tan cerca.

- Deberías estar aterrada, deberías temerme, a esta altura tendrías que odiarme, creo haberte dado razones suficientes para que lo hagas. Lo que soy...

- Si a mí no me importa, a ti tampoco debería importarte.

- El asunto es que lo que soy lo cambia todo, yo soy...- se quedó mudo, su rostro se tornó severo, supongo que esperaba encontrar una palabra la bastante denigrante para definirse.

- No me importa, no me importa en lo absoluto- solté para interrumpir sus cavilaciones, si le permitía pensar mucho más lo perdería y no podía permitirme retroceder ahora que habíamos llegado a este punto en el que al menos podíamos discutir con cierta tranquilidad-. Si dijiste todo eso para asustarme o para hacer que te odie, fue en vano.

- No digas eso- negó con la cabeza. Su rostro estaba descompuesto de mortificación-. Por Dios no digas eso. No lo hagas.

- Yo te...

- ¡No!- exclamó poniéndose de pie de un salto-. No digas nada más.

- Vicente...

- No. No sabes lo que dices, todo esto te tiene confundida. No engañes, lo que te conté ayer no fue un invento para poner distancia entre ambos, es la verdad, una verdad de la que no puedo escapar y en la que no debes involucrarte. Te guste o no, tendrás que olvidarte de mí. Hagamos esto por las buenas, sé que podemos convivir en paz hasta que todo termine, quiero convivir en paz contigo hasta que esto termine, y lo más importante es que terminará y por lo que creo, el fin llegará muy pronto. Es preciso que te hagas a la idea de que no volverás a verme, de que me iré. No me lo pongas más difícil de lo que ya es, te hice suficiente daño y no quiero cargar con esto también.

- Es la verdad, no puedo evitar sentir lo que siento.

- ¡No digas eso!- Se le escapó un tinte de desesperación con las palabras-. Por lo que más quieras no digas eso.

- No pronunciarlo en voz alta no cambiará en nada el hecho de que me...

Un teléfono celular empezó a sonar.

Vicente sacó el celular del bolsillo de su pantalón y se lo llevó a la oreja mientras se apartaba de mí.

Hablaba en voz tan baja, y tan rápido, que no pude entender ni una sola palabra de lo que decía. Dio vueltas por el living una y otra vez durante unos cinco minutos sin detenerse.

Cuando cortó, se paró en seco. Ladeó la cabeza y me miró. Me miró por un largo minuto.

- ¿Qué, qué sucede?- me entró un miedo atroz, el hecho de que no se animara a dirigirme la palabra no me parecía un buen signo-. Vicente, qué pasó.

- Ariel debió llevarse lejos a tus padres- escupió de pronto y sin anestesia.

- ¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¿Qué les paso a mis padres?- intenté ponerme de pie pero me olvidé de mi talón lastimado, en cuanto pisé sobre él, me atravesó la pierna un dolor lacerante, juro que sentí como volvía a abrirse la carne bajo el peso de mi cuerpo. Vicente me atrapó antes de que me estrellase contra la mesita del café que nos separaba. Con cuidado me sentó sobre el sillón mientras a mí se me empañaban los ojos de lágrimas de dolor y angustia.

- Tus padres están bien-. Me limpió las lágrimas de las mejillas con sus manos y tomó con firmeza mi cara entre ellas-. Eliza, tus padres están perfectamente bien, las cosas descontrolaron un poco, por lo que Ariel, como medida precautoria, envió a tus padres a un lugar seguro. No te preocupes por ellos, creen que ganaron un viaje o algo así. Con suerte, cuando estén de vuelta en unos días, todo habrá terminado-. Me pasó las manos otra vez por las mejillas,

barriendo mis lágrimas con sus pulgares-. Tranquila- me susurró-. Óyeme...
No podía dejar de llorar.

- Mírame.

Alcé los ojos. Nuestras miradas se juntaron.

- ¿Ves lo que te hago?- articuló con dificultad-. Prométeme, si de verdad sientes algo por mí, por ínfimo que sea, harás tu mayor esfuerzo por borrar me de tu mente.

Mi mente no era el problema, sabía que llegado el caso me esforzaría por intentar borrar su recuerdo de mi cerebro, olvidando primero el tono de su voz, luego el color de sus ojos, la forma de sus manos y así hasta no recordar como se veía ni en lo más mínimo, pero con mi corazón... con mi corazón no sería tan sencillo.

- Prométemelo... por favor.

Me tragué las lágrimas, me supieron amargas.

Vicente me soltó, creí que me desparramaría por el sillón; milagrosamente me mantuve entera.

- Voy a pedirle a Lucas que venga. Necesitamos refuerzos y no tenemos a más nadie a quién recurrir. Confío en que podrá controlarse- concluyó más para sí que para mí, tenía toda la apariencia de ser un pensamiento que se le había escapado en voz alta.

Se levantó y se llevó el celular otra vez al oído antes de que pudiese tener reacción alguna.

En un parpadeo acordó con Lucas, encontrarse un pueblito cuyo nombre jamás había oído nombrar y que de seguro, no podía ubicar en un mapa; se verían allí en un par de horas.

Fui consciente que con la llegada de Lucas, mis posibilidades eran nulas, y que ciertamente, las condiciones en que estaba derivando mi situación, resultaban cada vez más adversas para lograr siquiera aproximarme a lo que anhelaba con todo el corazón.

...

No me permitió levantarme del sofá, al poco rato emergió de la cocina cargando una taza de té en una mano y un plato con tostadas untadas en dulce en la otra. Prácticamente me obligó a comer y a beber e hizo hasta lo imposible para que no abriera la boca si no fuera para sorber un poco de té o para arrancarle un morisco sin ánimo a uno tostada.

Cuando terminé se largó de vuelta a la cocina, lo escuché trajinar por un par de minutos en los que me la pasé deliberando si debía o no, lanzarme a la carga una vez más. Tenía tantas cosas en la cabeza que gastar más energías en algo que a todas luces era imposible, me daba cargo de conciencia. No comprendía cómo no estaba más preocupada por el bienestar de mis padres, ellos podían correr serio peligro, y yo mientras tanto, intentaba convencer a un demonio de que no me importaba un rábano lo que fuera, que yo lo quería igual.

El celular de Vicente volvió a sonar interrumpiendo y auto infligido flagelo.

Oí que hablaba pero no entendí ni una palabra de lo que decía. Apuntalándome en el respaldo del sillón logré levantarme; a pesar de que pisé con las puntas de los dedos, el corte del talón me hizo ver las estrellas. Dando saltos desacompañados sobre una sola pierna -supongo que debía verme como un flamenco borracho-, llegué a la puerta de la cocina. Vicente dirigió sus ojos a mí de inmediato y los apartó al tomar aliento para pronunciar las siguientes palabras.

- No empieces otra vez con eso...- se interrumpió o lo interrumpieron. Dio media vuelta y caminó hasta la cocina dándome la espalda alevosamente. Sobre el fuego borboteaban unas cacerolas con agua a punto de entrar en ebullición.

Vacilé en el quicio de la puerta sin saber qué hacer. Al final decidí quedarme a oír de qué se trataba.

- Olvida que dije eso, confía en mí, yo confío en ti.

Una pausa.

- Te necesitamos aquí. Sé que puedes hacerlo Lucas, ahora eres más fuerte, lo controlarás... sé que lo lograrás.

Vicente me echó una fugaz mirada por encima de su hombro.

La pausa siguiente se extendió más de lo que mis nervios podían tolerar. Me amargaba comprender que Lucas no quería venir porque le daba miedo lo que pudiese hacer.

- Está bien- concedió volviendo la vista al frente-. Te prometo que acabaré contigo si noto alguna señal de que algo anda mal.

En el tono de su voz noté que sonreía.

- Ven aquí sin desviarte. Te estaré esperando en el punto convenido- una breve pausa-. Desde este momento no vuelvas a usar tu celular al menos que sea una urgencia-. Dio media vuelta apoyándose en el borde de la cocina-. Todo está tranquilo pero lo mejor es que tomemos todas las precauciones posibles-.

Apretó los labios-. Gracias, te debo una- le dijo mirándome a mí-. Si salimos de ésta podrás pedirme lo que quieras- le aseguró sonriendo y a los pocos segundos soltó una carcajada-. Sí, seguro- rió-. Nos vemos más tarde.

- ¿Qué sucedió?- le pregunté después de que se guardó el celular en el bolsillo.

- Lucas sufrió un momento de flaqueza, creyó que en vez de ayudar complicará todo un poco más pero no es así- se apuró en asegurarme-. Lo que sucedió no volverá a sucederle.

- ¿Cómo estás tan seguro? No es que desconfíe de Lucas, él me cae muy bien, sin embargo no entiendo cómo...

- Yo sí lo entiendo, no volverá a pasar. Quédate tranquila, con él aquí, estarás todo lo segura que puedes estar... dadas las circunstancias, me refiero.

- Claro... será bueno volver a ver a Lucas-. La sonrisa que se había dibujado en mi rostro por aquel arrebatado de efímera felicidad, tembló hasta desaparecer-. ¿Las cosas empeoraron, no es así? ¿Cuán mal están?

- Nada malo va a pasarte.

- ¿Cómo vas a evitarlo? Todos esos demonios... No podremos con ellos-. Me incluí, como si pudiese ayudar en una lucha contra criaturas que si las atacabas con un cuchillo no tardaban ni treinta segundos en sanar.

- No te tocarán- me aseguró sin despegarse del borde de la cocina.

- No estoy lista para morir, todavía no estoy lista para que me maten... ni para ir al Infierno- susurré. Por sobre todo, no quería apartarme de él.

Vicente caminó hasta mí y me abrazó.

- No va a pasarte nada. Lo que sucede fue a causa de mi error, y si alguien ha de pagar por ello, seré yo el que lo haga.

Lo que dijo me sonó a muerte, poco importaba si moría él o yo, la diferencia era insignificante, no quería separarme de su lado, sería igual de doloroso continuar viva y que el muriera o morir y que él continuase con vida.

- Eliza- Vicente me apartó con delicadeza-, no pienses en cosas feas- evidentemente había captado atisbos de lo que yo sentía-. Te prometo que todo estará bien.

- Si te quedas conmigo todo estará bien- dije al tiempo que levantaba la cabeza para mirarlo a la cara-. No quiero que me dejes nunca.

- Esa es la estupidez más descomunal que podrías haber dicho, cuanto más tiempo permanezca a tu lado será peor para ti y lo sabes.

Le bufé a modo de respuesta.

- Eres un suplicio. Por qué te cuesta tanto entrar en razón.

Le sonreí, necesitaba que se le borrara del rostro aquella cara de culpabilidad y dolor.

- Me resulta un poco complicado pensar con claridad cuando estoy a tu lado.

- Entonces con más razón, debo salir de tu vida cuanto antes.

- Cierra la boca- le espeté mientras me ceñía contra su pecho. Creo que lo intentó, pero no pudo oponer demasiada resistencia a mi abrazo. Le hubiese resultado sumamente fácil romperme los brazos para apartarme de su lado; no se molestó en hacerlo. Me permitió quedarme allí junto a él, en silencio.

Un triunfo para mí... para ambos.

...

Al final me enteré para qué era el agua que hervía sobre las hornallas. Media hora más tarde me encontraba yo medio sumergida en la bañera, retozando tranquilamente en agua cálida jabonosa, con el pie lastimado fuera del agua, apuntalado sobre el borde redondeado de loza blanca.

Llamó a la puerta.

- El almuerzo está listo- anunció a través de la puerta.

La mención de comida hizo crujir mis tripas.

- Enseguida salgo- contesté alzando la voz.

Me dio algo de trabajo lograr salir de la bañera sin meter el pie lastimado dentro del agua y sin pisar sobre éste lo suficiente como para que no se desatase una cadena de dolor por todo mi cuerpo.

Me contorsioné de forma extraña y al fin lo logré... bueno, a medias, el piso estaba mojado, me resbalé -se oyó un fuerte patinazo húmedo- y casi me mato, pero por suerte pude atajarme del borde de la pequeña ventanita por la cual entraba la luz de la tarde.

- ¡Eliza! ¿Te encuentras bien?- jadeó al otro lado de la puerta. Su voz estaba cargada de desesperación-. ¡¿Eliza?!

No me dio ni dos segundos para responderle.

¡Por Dios, que no abriera la puerta ahora!

- Estoy bien- le dije a los gritos mientras manoteaba la toalla de encima del lavatorio sobre el que habían quedado el shampoo, la crema de enjuague y el peine con los que intentara poner un poco de concierto a mi desmarañado cabello. Las cosas salieron volando, las recogería más tarde. A toda velocidad me envolví en la toalla.

- ¿Segura? ¿No necesitas ayuda?

- ¡Mierda!- solté al ver que mi pie sangraba otra vez.

- ¿¿Qué?! ¿Qué pasa?

- Mi pie sangra otra vez.

- Quizá necesites puntos.

- No, gracias, nada de agujas para mí.

- No, por supuesto, nada de agujas, tú prefieres estar rodeada de demonios antes de permitir que alguien te suture el pie.

- Eso.

- Segura que no necesitas que entre.

- ¿Quieres entrar?- le solté en un tono insinuante a modo de burla.

- No seas tonta- masculló enfadándose.

- No te preocupes, enseguida salgo- contesté preguntándome cómo iba a hacer para vestirme sin manchar todo de sangre.

Finalmente lo logré, o más o menos, la sangre paró de manar de mi pie luego de hacer mucha presión con un bollo de papel higiénico sobre el corte, sólo así pude ponerme la ropa.

Cuando abrí la puerta Vicente me esperaba al otro lado.

- Permíteme ayudarte.

Me agarró el brazo derecho, lo pasó por encima de sus hombros y me rodeó la cintura con el brazo izquierdo. Así, yo dando saltitos, él sosteniéndome con firmeza, llegamos a la cocina, sobre la mesa me esperaba un plato de pasta que olía maravillosamente.

- ¿Cocinaste?

- ¿Ves algún otro demonio por los alrededores?

- No, por suerte no, pero podrías haberte escapado al pueblo más cercano para comprar comida hecha mientras yo me bañaba.

- El pueblo más cercano queda demasiado lejos para eso, y dudo que allí exista algún lugar en el que sea posible comprar comida para llevar.

- Entonces... ¿te gusta cocinar?

- Me defiendo bien en la cocina- me aseguró con cierto orgullo contenido.

Hundí el tenedor entre la pasta. El vapor que se dispersó en el aire me dio más hambre.

- ¿Cocinas seguido?

- Sí, es decir, desde hace un tiempo lo hago, más precisamente desde que vivo con Lucas cocino casi todos los días o por lo menos cuando tengo tiempo de hacerlo.

Le puse cara de no entender a que venía el comentario y captó de inmediato

que me había quedado en ascuas.

- ¿Le cocinas a Lucas?

- A Lucas le gusta comer, todavía no pierde las costumbres, y no sabe preparar ni un huevo frito.

- ¿Las costumbres?

- Creo que todavía no se acostumbra al hecho de que no necesita comer y si no se sienta a la mesa como un humano cuatro veces al día se pone hecho un fastidio.

Se me escapó una risita pero la corté de inmediato cuando me puse a cavilar sobre el contexto que rodeaba aquello que me había resultado gracioso.

- ¿Ya no comes?

Paseó la mirada por la mesa en la que había un único plato, el mío.

- ¿Qué tanto te acostumbraste a ser un... un demonio? Digo... ¿perdiste las costumbres humanas?

- No todas. Llevo más tiempo siendo esto de lo que fui humano, aun así, por melancolía supongo, todavía me gusta conservar algunas cosas- apretó los labios- cosas que me hacen...

- Qué te hacen qué...

Apartó sus ojos de mí.

- Sentir más normal-. Resopló-. Lo cual es casi imposible- sonrió a medias- soy un...

- ¿Qué costumbres mantienes?

- Es una pérdida de tiempo discutirlo, son cosas ridículas y sin importancia.

- Quiero saberlo.

Me miró de reojo. Dejó escapar un suspiro y después de pedirme que comiera comenzó a hablar.

- En las noches, cuando no tengo trabajo, me acuesto y cierro los ojos y pretendo que duermo; no puedo dormir, ya lo sabes, pero eso me ayuda.

- No te agota no dormir.

- No siento cansancio físico si a eso te refieres.

- No, no me refería a eso, más bien a... debe ser agotador no dejar nunca de pensar, es decir, para mi significaría una tortura no poder despegarme de las cosas que me preocupan, al menos por unas cuantas horas.

Me sonrió. Su sonrisa me desarmó.

- Al principio fue difícil, muy difícil... con el tiempo se aprende a soportarlo todo. Es más, pude desarrollar una técnica, como no tengo sueños- se removió en su silla algo incómodo.

- ¿Qué?
- Te reirás de mí.
- No, claro que no.
- Sí, sí lo harás. Vas a pensar que soy un pobre diablo... tan patético.
- No me atrevería a juzgarte.
- Intento dejar que mi mente y mi imaginación vaguen sin control- explicó-, eso es lo más parecido a soñar que puedo hacer.
- No le veo nada de malo a eso, no mientras no lo hagas todo el tiempo, me refiero a las horas diurnas también.
- No te preocupes, todavía no enloquezco, cuando eres lo que yo soy es casi imposible olvidarte de cual es la realidad.
- Quisiera que pudieses olvidarte de eso al menos por un rato.
Esquivó mis palabras de un modo alevoso. - Cocinar es algo muy humano. Una costumbre agradable.
- Sí, eres como la mamá de Lucas- lancé a modo de chanza, para cortar el aire que se estaba poniendo demasiado cargado para mi gusto.
- ¿También le lavas la ropa?
- No te burles, todavía me cuesta hacer que no deje su ropa sucia tirada por todos lados.
- Yo vi su cuarto y estaba bastante ordenado.
- Eso fue porque...
- Porque ya habían empacado para irse.
Asintió con la cabeza.
Me resigné, por lo visto no había modo de esquivar la verdad, ni con mis intentos, ni con los suyos.
- En un par de horas tendré que ir a buscar a Lucas al sitio en el que quedé con él y debemos decidir que hacer contigo mientras tanto.
- ¿Mientras tanto?
- No sé qué es más peligroso, si llevarte conmigo o dejarte aquí sola.
- ¿Ya tienen vía libre para buscarme?
- No, todavía no. Las cosas no están tan mal. Quizá lo mejor sea que te quedes aquí.
- No me agrada la idea de que te vayas.
Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Le había molestado mi alusión a lo que causaba en mí la idea de separarnos.
- Estaré de vuelta en una hora y media como mucho.
Allí murió la conversación. Simplemente se limitó a mirarme mientras yo

limpiaba el plato.

26. Los optimistas.

En cuanto lo oí llegar levanté la vista de la papa que pelaba y la dejé en la piletta con las demás para luego secarme las manos en el antiquísimo y descolorido delantal, repleto de bordados de flores que subsistían al paso del tiempo.

Me había ofrecido para preparar la comida ya que Vicente me había contado que Lucas tenía un apetito voraz y como llegaría justo para la cena me pareció una buena idea esperarlo con la cena lista, además me parecía un buen modo de darle la bienvenida, deseaba hacerle olvidar lo sucedido y demostrarle que confiaba en él.

La cena consistía en echar a una bandeja, un corte de carne y unas verduras.

- Ya me voy- anunció apretando las llaves de la camioneta dentro de su mano derecha. Avanzó hacia mí y me tendió su celular, mejor dicho, extendió el brazo y dejó su mano, con el celular aferrado dentro de ella, sin soltarlo sobre mi mano-. No lo uses a menos que sea en caso de vida o muerte-. Me advirtió todavía con el apuro encerrado dentro de su puño-. Si algo sucede marca el

número de Lucas. Está guardado en el directorio. Pero no lo uses para nada más. Prométemelo.

- Está bien. No lo usaré para nada, te lo prometo.

Me contempló por un instante con un mohín dubitativo.

- ¡Te lo juro!- solté algo ofendida-. No voy a usarlo a menos que los demonios vengan por mí, en dicho caso, dudo que sirva de algo advertirte ya que será demasiado tarde.

- No juegues con eso- replicó enojado-. Estaré de regreso en hora y media.

- Bien, la comida estará lista para entonces.

- Eso hará feliz a Lucas.

Me guardé para mí la desilusión que me causó no escuchar lo que hubiese querido oír, tanto le costaba admitir que también le haría feliz regresar para cenar conmigo ¡aunque no tuviese la necesidad de comer!, creo no estar equivocada en asegurar que le pasaba algo conmigo más allá de todo lo que saltaba a la vista.

Soltó el celular dentro de mi mano. - Es una simple precaución, nada sucederá. Todo va a estar bien. Estarás de regreso en tu departamento en unos días y ya no tendrás que preocuparte por el desproporcionado apetito de Lucas.

- Bien- fue lo único que pude articular sin que se me desfigurase el rostro.

- ¿Quieres que te traiga algo del pueblo?

Negué con la cabeza, no necesitaba para mí, nada más de lo que ya tenía a mi lado.

- Bien... entonteces yo...- retrocedió apuntando en dirección a la puerta principal con su pulgar.

Me quedé mirándolo, mejor dicho, no podía quitarle la vista de encima ni aunque me lo propusiese. El corazón se me rasgaba en dos ante la mera idea de permanecer separada de él por hora y media. Sabía que era una ridícula exageración pero no lograba hacérselo entender a mi corazón.

- Ya me voy- me avisó retrocediendo otro paso más-. Estarás bien.

- Claro.

Caminado medio de costado llegó hasta la puerta que daba al living.

- Procura no quemarte ni cortarte mientras estoy fuera, ¿si?

- Lo intentaré.

- No te preocupes por nada.

- Está bien.

- Cuando menos te des cuenta ya habremos regresado.

- Sí- le sonreí.

Sacudió las llaves dentro de su mano.

Me agarré de la mesada. Las ataduras que unían mi cuerpo al suyo tironeaban de mis extremidades, mi pecho y mi abdomen.

- ¿Vas a irte o no?

Me miró algo confundido, ni yo sabía porqué le había preguntado aquello y a cuenta de qué iba, si por el presente o por el futuro.

No me contestó, apretó las llaves otra vez dentro de su puño y me dio la espalda. Se escapó de mí a toda velocidad. Lo vi desaparecer por el living en penumbras y cuando cerró la puerta del frente se me convulsionó el estómago. De haber tenido su fuerza habría hecho trisas el celular de tanto apretujarlo en mi mano almidonada a causa del jugo de la papa. No pude moverme de mi sitio hasta que el ruido del motor de la camioneta se disolvió por completo entre los agradables sonidos campestres de la noche que ya caía, con sus sombras grises azulinas y con un cielo azul celeste que comenzaba a cuajarse de estrellas por un lado mientras que por el otro aún estaba de un dorado anaranjado en el horizonte.

Mi estado se conservó bajo control mientras me mantuve ocupada con la preparación de la cena, sin embargo, a medida que se me acababan las tareas, se incrementaba la ansiedad. Poco a poco el celular cobró más y más peso dentro del bolsillo de mi pantalón, y al final, cuando terminé de acomodar el último tenedor sobre la mesa puesta para tres, tomé conciencia de que estaba realmente sola, que no había ni un alma en kilómetros a la redonda.

No sé por que absurda razón me puse a pensar en lo que sucedería si me atacaban, sabía que por más que llamase a Vicente al teléfono de Lucas, ellos no lograrían llegar a tiempo para salvarme.

¿Hacia dónde correr si esos demonios atravesaban el umbral de la puerta? Había un bosque no muy lejos del cobertizo, a pocos metros de dónde estaba la bomba que Vicente aporrearía con todas sus fuerzas para repararla; quizá fuese una buena idea esconderme allí, ¿pero cuánto tardarían en encontrarme?, seguro que no mucho.

Ya era de noche. Miré de refilón hacia la puerta principal y luego a la que estaba a escasa distancia de mí, todo se hallaba en la más completa calma. Demasiado tranquilo para mí gusto. Algo lívida, aparté la silla más cercana y me senté. Le eché un vistazo al reloj, habían pasado nada más que cuarenta minutos desde que Vicente se fuera, pero se me antojaban una eternidad.

No tenía más nada para hacer que pensar.

- ¡Qué tortura!- exclamé en voz alta soltando conjuntamente un suspiro de desilusión.

De repente, el peso en el bolsillo de mis pantalones me recordó que tenía algo más con que entretenerme.

Saqué el celular y lo abrí. La pantalla se encendió iluminándome el rostro. Aquel rectángulo brillante iluminaba más que las lámparas de aceite que estaban sobre la mesa. Bendito fuese el cargador adaptable al enchufe de la camioneta, de otro modo, ya que no teníamos electricidad, nos hubiésemos quedado completamente incomunicados.

Fui directamente a los contactos, me desilusioné al ver sólo dos entradas: Ariel, Lucas. Salí del directorio y aparté la vista de la pantalla, me quedé mirando el vacío por un momento. No sé por qué creí que encontraría algo allí, era la única cosa personal de Vicente que había caído en mis manos hasta ahora, y sobre la cual yo tenía completo control, y guardaba esperanzas de aprender algo de él al verla, sin embargo el celular era lo más impersonal que se pudiera esperar, evidentemente o era muy nuevo o él no conservaba tantas costumbres humanas como yo creía.

No tenía guardadas ni imágenes, ni mensajes de texto, ni ningún otro tipo de mensajes. No tenía cargado juegos, ni páginas de Internet preferidas, ni música ni nada. El celular era una gran página en blanco, la misma que él insistía en enseñarme a cada momento como si su existencia no tuviese ni pasado, ni presente, ni futuro.

Me metí otra vez el celular dentro del bolsillo del pantalón y me recliné sobre la mesa, sosteniendo el peso de mi cabeza sobre las manos. Empecé a aburrirme... a aburrirme soberanamente. Volví a mirar la hora, habían pasado exactamente siete minutos.

Resoplé de fastidio.

Los jugos de la carne chirriaban sobre la bandeja al abrasador calor del horno que me llegaba por la espalda. La cocina ya estaba impregnada en los aromas de la cena.

El calor y los perfumes me adormilaron. Cerré los ojos pero no me dormí sino que simplemente me relajé, dejé, al igual que Vicente lo hacía, que mi imaginación vagase a gusto y placer por dónde quisiese. Al principio no pude coordinar ni dos imágenes; a medida que pasaban los minutos la sucesión de eventos que veía con mi mente, y no con mis ojos, se me antojaron muy reales, supongo que no hubiese podido diferenciar lo que vivía en aquel sopor, de la realidad, no al menos hasta despertar, no hasta que Vicente estuviese de

regreso para devolverme a la vida.

El pie ya no me dolía, no me sentía cansada, ni amodorrada ni asustada, todo lo contrario, estaba muy despierta y alerta, me sentía refortalecida, igual que si hubiese comido algo terriblemente energizante pero sin el peso del atracón de comida en el estómago.

Notaba otra cosa diferente en mí... era como si me hubiese librado de una suerte de lastre que hasta entonces me dificultara el andar. Mis piernas se movían con seguridad, mis pies se plantaban sobre la tierra a cada paso, marcando el ritmo de mi respiración, la cual era profunda y calmada.

El bosque, aunque sumido en la oscuridad, no me dificultaba distinguir lo que me rodeaba. En la realidad me habría arrancando un ojo o una oreja si me hubiese atrevido a adentrarme en un bosque tan cerrado como este, para echarme una paseadita; no ahora... Era terriblemente consciente de las proporciones de mi cuerpo, de cuanta distancia me separaban de los objetivos más cercanos, es más, ni siquiera necesitaba mirar el suelo sobre el que andaba para estar segura de no meter un pie en un poso y romperme un tobillo, era como si un sexto sentido, un radar metido dentro de mi cabeza, hiciese un análisis topográfico del terreno que luego mi cerebro procesaba para al final, guiar mi cuerpo sin problemas.

No están lejos, dijo una voz dentro de mi cabeza.

Se dispersaron, pero no se alejaron demasiado, andan por ahí, agregó con un tono astuto, casi alegre, emocionado y expectante.

No vamos a perderlos de vista- anunció la voz que no conseguía identificar.

¡Los cazaremos igual que a ratas!- exclamó extasiado.

Mis pasos aceleraron y mi corazón les siguió el ritmo. Podía oír la sangre que cada latido bombeaba, repiquetear en mis oídos igual que un redoble de tambor.

La adrenalina de desparramó por todo mi cuerpo. Me invadió una emoción mucho mayor a la que hubiese experimentado jamás. Me sentía fuerte, indestructible, capaz de derrumbar un árbol de un puñetazo. Me figuré que debía ser así como se sentía Vicente y eso era agradable. El celular no había querido contarme mucho, pero ese delirio mío estaba, de a poco, rellenando un hueco que hasta hoy no había hecho más que profundizarse más y más con el pasar de los días.

¡Ya casi los tenemos!- soltó la voz que recién caigo en cuenta, era la mía, pero sonaba especialmente extraña, más fuerte y decidida, o quizá estuviese fundida con alguna otra voz, una que hablaba sabiendo exactamente lo que decía.

¡Son nuestros!- exclamó con júbilo.

Mi pecho estallaría de gozo.

Seguía corriendo a toda velocidad sin tener ni la menor idea de a dónde me dirigía. Era como si algo tirase de mí hacia delante, era una sensación similar a la que me invadiera cuando Vicente estaba a punto de partir para ir en busca de Lucas, sólo que movida por una premura muy distinta, una que no tenía nada de glorioso; aquello no era amor sino algo muy distinto que rayaba en una furia desesperada; no era enojo precisamente... por un momento me dio la impresión de que aquello debía aproximarse mucho a lo que sucede cuando un animal salvaje sale de caza. Yo no podía pensar en otra cosa que no fuese mi presa, eso que iba delante de mí, eso a lo que me sentía atada por hilos invisibles, que más que hilos, se me antojó tenían la dureza y resistencia de un cable de acero de esos que se usan para mantener a un puente en pie.

Me maravilló ver que mi mente tan terriblemente clara, solamente focalizada en mi objetivo, fuese cual fuese éste, y que mi cuerpo no acusaba cansancio alguno; mi respiración se había acelerado pero no jadeaba, era como si simplemente mi corazón estuviese reaccionando a una exigencia que no superaba... que ni se acercaba al máximo del rendimiento de mi organismo.

Estaba llena, poseída de una energía irreconocible e indescriptible y se sentía condenadamente bien.

¿Adónde crees que vas?

¿Qué?- contesté sin tener idea de a quién le hablaba.

¿Qué haces?, vuelve a la casa- me apremió la voz que ahora sí estoy cien por ciento segura, no era la mía.

No bromeo, este no es lugar para ti. Regresa ahora mismo- gruñó la voz cargada de enojo y decepción-. *Te volviste loca, da media vuelta y regresa en este instante o te juro que...*

Gradualmente los cables de acero se soltaron de uno en uno. No me agradó dejarlos ir, pero la voz me había dicho que lo hiciera y no sé por qué obedecí. Me despabilé y abrí un ojo, solamente para percatarme de que la cocina se había llenado de humo.

- ¡Maldita sea!

Me levanté de un salto. Manoteé la agarradera de encima de la mesada y me agaché delante del horno para abrir la puerta. En cuanto lo hice se me vino encima una nube de humo gris oscuro que olía a quemado.

- ¡Mierda!

Metí la mano dentro de la nube hirviente y tanteando con la agarradera llegué a

la bandeja que contenía la cena, que según me figuré, debía haberse convertido en carbón.

No fue para tanto, la carne se había dorado un poco de más pero todavía conservaba su apariencia comestible, en tanto las papas, zanahorias, batatas... bien, no todas se habían salvado, las que había cortado más pequeñas estaban casi negras, de las cebollas y morrones ya no quedaba nada. El horno siguió humeando incluso después de que saqué la bandeja, parte de los jugos de la cocción se habían derramado y ahora terminaban de incinerarse sobre el infernal piso del horno.

- ¡Eliza!

El grito desgarrador me hizo dar un salto.

- ¡¿Eliza?!

Vicente corría hacia mí haciendo cimbrar el piso bajo sus pies. Era tanta la potencia con la que pisaba que me supuse que en cuanto fuese al living me encontraría con sus pisadas marcadas en las baldosas del suelo.

Abaniqué con la agarradera delante de mi nariz para apartar el humo.

- Aquí estoy-. Tosí.

- Lástima- soltó una voz que reconocí al instante y la cual me alegré de escuchar- con lo que me gustan los morrones y las cebollas.

Lucas había leído en mi mente que las cebollas y los morrones se habían consumido al punto de conformar una masa informe y pegajosa, supongo a causa de los azúcares que contenían, en el fondo de la bandeja.

- ¡Lucas!

- Me debes los morrones y las cebollas para la próxima- me dijo poniendo un pie en la cocina-. Tosió un poco, supongo que más por hacer una escena que otra cosa, dudaba que un poco de humo pudiese afectar los pulmones de un demonio que a todas luces parecía indestructible.

- Lo lamento, creo que me quedé dormida.

El rostro de Lucas se cubrió con una máscara de recelo.

Vicente avanzó hacia mí.

- ¿Te encuentras bien?

- Perfectamente, pero no puede decirse lo mismo de la cena.

- Está bien, no hay problema- echó un vistazo por encima de mi hombro- creo que se puede rescatar lo suficiente para que comas.

- ¿Y qué hay de mí?

Vicente le lanzó una mirada fulminante.

- Puedes comerte lo que se quemó- le contesté intentando ponerme seria, lo

cual no conseguí por mucho tiempo. Estaba que refulgía de felicidad y no comprendía muy bien por qué era eso. Había logrado, primero, hacerme a la idea de que Vicente y yo tendríamos compañía, luego como segunda etapa, me emocioné con la idea de volver a ver a Lucas, de tener la oportunidad de charlar abiertamente de todo y sobre todo sin reparo alguno, pero esto que sentía ahora, lo superaba todo. Lo que me pasaba con él era mucho más grande de lo que realmente ameritaba la corta relación que nos unía.

Experimentaba lo que más se semejaba a un reencuentro con mi mejor amigo, no, mejor dicho a mi hermano, a mi hermano del alma, a un trozo de mí.

Me percaté de que estaba abrazándolo cuando él me devolvió el gesto con movimientos un tanto incómodos.

- Que bueno que estés aquí.

- ¿De verdad te alegra tanto?

Me aparté de él dándole un empujón, en realidad no logré moverlo ni un ápice de donde estaba parado, más bien fui yo la que rebotó contra su cuerpo a causa del empujón.

- Claro que sí- le contesté sonriendo-, tanto es así que te cederé parte de la comida no chamuscada.

- Qué honor, y qué hay de él-. Apuntó en dirección a Vicente con la cabeza, el cual se había quedado a mi espalda, al margen de nuestro festivo reencuentro.

- Yo paso, pueden comerse todo ustedes dos, no tengo hambre

- ¡Pues yo sí!- exclamó Lucas dedicándome una amplia sonrisa que le abarcaba el rostro de oreja a oreja-. Me muero de hambre.

- Primero tenemos que hacer algo con este humo.

- Yo me encargo- dijo Vicente.

Me pregunté si su fuerza también se aplicaba a unos pulmones superpotentes con los cuales arrastraría fuera, a base de soplidos, el humo. No hizo tal cosa, simplemente abrió bien la puerta y las ventanas para permitir que el aire circulase libremente.

- ¿Cómo está tú pie?- me preguntó en voz baja.

Miré a Lucas y luego a Vicente, preguntándome que tanto le habría contado éste último, en fin, me ruboricé.

- No me lo ha dicho él- susurró.

Eso era todavía peor.

- No te preocupes, no fue tu cerebro sino tu cojera, el resto lo deduje; tienes un problema de convivencia con los vidrios y demás objetos punzantes y cortantes.

- Lucas- lo reprendió Vicente. No sé a cuento de qué vino eso, si por la alusión a las leídas de mente o por tratarme de tonta y torpe, pero con cariño, por supuesto.

Lucas no replicó, simplemente se limitó a ayudarme a tomar asiento.

- Entonces... ¿Qué tal todo?- le pregunté a Vicente, él se había quedado apoyado contra la mesada de la pared opuesta, con cara de perro, mientras Lucas se encargaba de rellenar mi plato y el suyo, rescatando de la bandeja todo aquello que todavía era comestible.

- Sin novedades. Todo ha estado muy tranquilo. Continúo optimista con respecto a tu futuro.

- ¿A sí?- sus palabras me sonaron tan tirantes y falsas que no parecían tuyas.

- Vicente tiene razón- intervino Lucas apareciendo por detrás de mi espalda con los dos platos cargados con la suficiente comida para cuatro personas. Me puso el plato delante y luego fue a sentarse en la cabecera que estaba a unos cuantos pasos de la puerta que conectaba la cocina con el living-. Mientras estuve fuera, todo estuvo tranquilo, las cosas no cambiaron en lo más mínimo cuando ustedes se fueron. No al menos que yo lo notara.

- No sé si Vicente te contó que ese tal Ariel debió enviar a mis padres de viaje... si es que realmente están de viaje- completé mirando a Vicente de refilón.

- Están de viaje- confirmó Lucas-, no voy a decirte dónde porque no lo sé con certeza, por razones de seguridad. Te aseguro que ellos están bien.

- ¿Entonces, por qué los enviaron de viaje? ¿Qué fue lo que motivó esa súbita escapada?

Lucas miró a Vicente y Vicente le devolvió la mirada.

Pasaron unos largos segundos de silencio.

- No es nada- soltó Vicente por fin.

- ¿Cómo? Dijiste que las cosas se habían descontrolado un poco.

- Sí, pero no es algo que tenga que ver contigo.

Lucas se puso a comer como un muerto de hambre, me figuro más para tener la boca ocupada y así no poder hablar.

- ¿No tiene que ver conmigo, entonces con qué?

- Es el momento de terminar con esta conversación. Por tu seguridad dejemos esto aquí- zanjó el asunto con su mano derecha.

Le lancé una mirada a Lucas.

- No insistas- me espetó Vicente.

- Ya me contaste algunas cosas, qué tiene aquello que escondes, de diferente

con eso.

- Buen provecho- nos dijo a modo de respuesta y se fue.

No lo seguí no porque no tuviese ganas de arrancarle a golpes, lo que escondía, sino porque no me apetecía armar un escándalo delante de Lucas, además...

Un nuevo plan fraguó dentro de mi cabeza. Me acomodé sobre la silla.

- ¿Lucas?

- ¿Sí?- preguntó con cautela alzando sus ojos del plato.

- ¿Qué es eso que...?

- Deja eso, quieres- me reprendió todavía masticando un gran trozo de carne.

Realmente era tan malo aquello que me ocultaban como para que los dos se complotaran en el silencio.

- Termina ya con tu afán de pensar en esas cosas. No tienes que darle ninguna vuelta a esto.

- Yo...

- Sé por qué te lo digo.

- Vicente te pidió que no me digas nada.

- No todo lo que hago es a pedido de Vicente, por ahora me resta un poco de voluntad propia, creo que puedo tomar algunas decisiones por mi cuenta.

- No pretendí insinuar nada de eso.

- Sé que no-. Le clavó el tenedor a un buen trozo de papa y se llenó la boca con él.

Lucas devoró con una avidez digna de cualquier fiera salvaje; yo por mi parte me limité a pasear la comida de un lado para el otro del plato, picando ocasionalmente un poco de esto y un poco de aquello.

La mala cara no se borró del rostro de Lucas hasta que engulló una segunda tanda de comida. Si existían personas en este mundo, a las que el hambre las pone de mal humor, él debía ser uno de ellos.

- ¿Quedaste satisfecho?

- Sí, gracias- se dio unos golpes en la panza-. Estaba muy bueno.

- No hay de qué-. Me levanté e hice el ademán de retirar los platos pero él se me adelantó. Me obligó a sentarme otra vez y se ocupó de retirar la bajilla sucia.

- Entonces, cómo va todo por aquí.

- ¿Qué tanto sabes?

- No me paso los minutos intentado leer las mentes de los que me rodean.

- Pero percibes algo.

- Tendría que ser idiota para no hacerlo.

- Bien, soy optimista al respecto.

Lucas frunció el seño y luego me dio la espalda para ponerse a lavar los platos.

Eché un vistazo hacia el living para cerciorarme de que Vicente no andaba por ahí. No había señales de él, es más, no tenía ni la menor idea de dónde se había metido.

- ¿Qué?

Negó con la cabeza sin volverse.

- Escúpelos ya.

- No es nada- remusgó entre dientes.

- Mentiroso.

Soltó la esponja y el plato y se volvió lentamente. Tenía cara de querer arrancarme la cabeza.

- Una cosa es ser optimista, otra muy distinta es ser inconsciente.

- ¿Perdón?

- ¡Qué lo tuyo es una locura! ¡¿En qué cabeza cabe?!- soltó alzando sus largos brazos.

- Es una locura pero...

- ¡Lo bien que haces en reconocerlo!

- Es una locura pero es lo mejor que me sucedió en la vida.

- Esa sí que es buena- exclamó con sorna.

- No te parece que te estás pasando de la raya.

Negó con la cabeza al tiempo que se cruzaba de brazos.

- Puedes odiarme todo lo que quieras; ¿no te has detuviste a pensar en lo que realmente es bueno para ti? ¿Qué podría traer de bueno a tu vida semejante relación? ¡Mira a tu alrededor!

- Ahí afuera no hay nadie- contrapuse yo.

- Mi intención no es interponerme entre ustedes dos sino...- se detuvo quedándose con la boca abierta-. Es un error, está mal.

Que tildara lo que yo sentía de erróneo y malo me hizo sulfurar. En ese momento me importó poco y nada si decía aquello porque pretendía defenderme; si era una actitud sobreprotectora que se la guardara donde mejor le cupiera, y si era otra cosa que se tragara sus palabras.

- Te atizaría un buen puñetazo de no tener la certeza de que me rompería la mano si lo hiciera- gruñí.

- Lo sé.

- No te molestas en comprender lo que no valoras.
- Eso no es cierto.
- No es la primera vez que contraigo una deuda de gratitud contigo por algo que haces por mí, pero ciertamente no voy a agradecerte esto de recién. Ojala las cosas no hubiesen llegado a este punto... ojalá no hubieses tenido que venir a modo de refuerzo en caso de que algo malo suceda.

Lucas apretó los labios.

- No te preocupes por mí, nunca me gustó ser el refuerzo de nadie pero creo que podré soportarlo por unos cuantos días. Si Vicente pregunta por mí, dile que fui a dar una vuelta para ver si escucho algo.

¿Escuchar algo? ¿Se refería a otras mentes... a las mentes de otros demonios? No me dio tiempo a preguntárselo ni a intentar llegar a un acuerdo con él sobre mi optimismo con respecto a lo que nos unía a Vicente y a mí, simplemente se dio media vuelta y me dejó sola en la cocina. Bueno, sola no, estábamos yo y una pila de platos para lavar.

Me llevó un par de segundos reaccionar, como no lograba tranquilizarme, opté por abandonar los platos sucios donde estaban; solamente me limité a arrojar la comida chamuscada a la basura y me largué de la cocina.

Así, fuera de mí como se sentía, me costó un tanto concentrarme en subir la escalera, tuve que colgarme del pasamanos, igual que un mono para poder trepar cada escalón. No paré de rezongar todo el rato. La súbita desaparición de Vicente me enloquecía todavía un poco más; ¿tan poco le había costado olvidarse de mí? Se me antojó que tal vez lo de recién lo hubiese planeado él, y eso me cayó como una bomba.

Dando un portazo me encerré en la habitación. La única luz que guiaba mis pasos y evitara que me llevara el mobiliario por delante, era la luz de la luna que entraba por la ventana. Resoplando me derrumbé en la cama con tal mala suerte que al tirarme sobre mi lado derecho me clavé el celular de Vicente en la cadera. Me había olvidado que todavía lo tenía conmigo.

Gruñendo por lo bajo, lo saqué del bolsillo, y arrastrándome de espaldas, trepé por las almohadas hasta apoyar la cabeza sobre la cabecera de bronce. Me quedé contemplando el celular casi con un gesto hipnótico, tal es así, que cuando empezó a sonar creí que aquel chillido agudo y molesto no era otra cosa que un delirio de mi imaginación. Pero el celular además de sonar también vibraba y dudé que mi cerebro, en el estado en que se encontraba, pudiese ser capaz de semejante libertad creativa.

Pulsé el botón y me llevé el aparato al oído.

- ¿Sí?

- ¿Hola?- una voz profunda, un tanto rasposa, seca pero fuerte, retumbó en mi oído derecho. Se me puso la piel se heló, no podía ni imaginar quién se encontraba del otro lado, es decir, lo suponía, conocía su nombre pero hasta ahora este no me había dicho demasiado, en cambio su voz... su voz se transformaría en la primera perturbadora evidencia de la profunda peligrosidad de un mundo que intentaba comprender, pero que se me antojó, a mis ojos de humana, estar viéndolo con los ojos entrecerrados o teniendo un velo delante, el cual realmente no me permitía ver nada con claridad.

- Hol...

- ¿Eliza?

¡Por Dios, sabía que era yo! La voz del más allá había pronunciado mi nombre.

- Sí- contesté atragantándome con mi propia saliva.

- Necesito hablar con Vicente, dile que se ponga al teléfono de inmediato.

- Vicente...- me quedé con la boca abierta sin poder pronunciar nada más.

- ¿No está allí contigo?

- No... no tengo ni idea de dónde está- admití. Esta conversación se me antojaba algo muy bizarro, este era el tercer demonio con el que yo hablaba en mi vida, ¿cuántos más iba a conocer? Esperaba que no muchos, si simplemente percibir la voz de Ariel me había hecho estremecer de ese modo, siquiera podía imaginar el efecto que causaría en mí, tenerlo frente a frente.

- ¿Sucedido algo?

Pude percibir un dejo de tensión en su voz cavernosa.

- No... es sólo que, cuando salió me dejó su celular y al volver olvidó pedírmelo y yo ni me acordé de que lo tenía encima.

- Pero... ¿Todo está bien?

- Sí, eso creo.

La señal chisporroteó.

- En cuanto lo veas dile que quiero que me llame.

- Sí, claro, por supuesto.

- Y no vuelvas a atender este celular, ¿entendido?- me recalcó con un tono de voz que jamás me hubiese animado a desobedecer.

- Sí.

Sin despedirse, Ariel me cortó dejándome boquiabierta.

Me levanté de la cama y a saltitos, con el celular en la mano, llegué hasta la

puerta, la abrí y me asomé al hall, la casa estaba sumida en un profundo silencio e impregnada todavía en el olor de la cena quemada.

- Vicente- llamé alzando la voz-, Vicente- repetí casi gritado pero procurando no infundirle a mis gritos, ningún tinte que denotara terror o alerta-. Vicente- pronuncié su nombre una tercera vez, en vano, tenía la impresión de que estaba completamente sola en aquella casa tan grande y vieja centrada en el ombligo la mismísima nada.

Agarrada de la baranda, la cual balconeaba sobre el hall junto a la escalera, me quedé en silencio estudiando lo que me rodeaba. No estoy segura de si fue un levísimo sonido o qué, lo que llamó mi atención. Giré lentamente la cabeza. Mis ojos se clavaron en la manija de la puerta al otro lado del corredor, aquella que no había podido abrir.

27. Juegos de niños.

Procuré no armar un escándalo con mi desacompasado avance. En cuanto llegué frente a la puerta, me recorrió todo el cuerpo, un estremecimiento muy poco placentero.

- ¿Vicente? ¿Estás ahí?

Mi mano se posó temerosa sobre la manija. Con el otro puño llamé a la puerta y repetí su nombre.

- ¿Estás allí, puedo pasar?

Silencio.

- Tengo tu celular... me quedé con él por error... ¿Vicente?

Con suavidad, no con los tirones que le había dado antes, logré abrir la puerta. Me asustó no ver nada, el interior de la habitación era tan negro que ni siquiera alcanzaba a visualizar las proporciones del ambiente, lo que sí notaba era un cierto vacío que no tenía que ver con lo que Vicente había planteado que era aquel lugar, sin duda no era ni el altillo, ni un depósito abarrotado de cachivaches, sino más bien parecía el destrozado corazón de alguien, un cuerpo vacío de alma, un alma vacío de sentimientos.

- Vicente- susurré muy bajito. El corazón me latía dentro del pecho a dos mil kilómetros por hora-. Vicente soy yo.

La “o” todavía vibraba en mis labios cuando las llamas brotaron de la nada, arrancando bramidos del suelo y las paredes que lamían con ardiente poderío. El fuego había obtenido la soberanía sobre aquel cuarto y se estaba apoderando de todo, incluso del aire que flotaba muy cerca de mi rostro. Trastabillé al intentar retroceder, el celular se me escapó de las manos y pisé con tanta fuerza sobre el pie derecho que ante la punzada de dolor se me escapó un grito agudo desde lo más profundo de mi garganta. Me fui de espaldas a pesar de que manoteé con los brazos en un estúpido intento de asirme de algo; no había nada de qué sostenerme.

El tiempo que duró mi caída pasó en cámara lenta, por lo cual pude observar con suma claridad el modo en que la habitación rotaba a mi alrededor; primero: una ventana tapiada con tablones, segundo: el ángulo entre la pared y el techo con su capa de pintura descascarada y manchada por el paso del tiempo, luego el techo iluminado por la luz anaranjada de las llamas. Todo pasó por delante de mis ojos como si estos vieses por primera vez. Pasó tan lento que hasta pude detenerme a pensar en el buen golpe que me daría en la cabeza si no lograba atajar la caída con las manos.

No fueron mis manos las que me salvaron del suelo y de las abrasadoras llamas que rugían a mis espaldas, sino otras mucho más firmes y decididas, otras que eran duras cuanto rocas y casi tan calientes como las llamas.

En cuanto me tocó quedarnos sumidos en la oscuridad, tan abruptamente cuanto habían aparecido, las llamas desaparecieron sin dejar rastro.

Me quedé jadeando en sus brazos en un intento por recuperar el resuello.

No me di cuenta de que temblaba hasta que mi temblor hizo eco contra su cuerpo de mármol el cual retumbaba igual que una caverna ante el terremoto que tenía epicentro en mi pecho.

- Cuanto lo lamento. Lo siento tanto. ¿Te encuentras bien?

Su perfume se metió a la fuerza por la nariz y me llegó al cerebro y cortó por completo las conexiones entre las neuronas. Ya no podía pensar en otra cosa que en él, si hasta me había olvidado del condenado celular que probablemente yacía hecho pedazos en algún rincón oscuro.

Me estiré en puntas de pies intentado adivinar dónde estaban sus labios, guiada por el tenue soplido tibio y dulce que emanaba de su nariz. Mi corazón se disparó otra vez con latidos descoordinados. Sufría palpitaciones o algo así, no tenía ni idea de cual era el término médico exacto para describir aquello. A lo único que podía adjudicarle mi afección cardiaca era a la mezcla de amor, pasión y locura que sentía por Vicente.

Podía ser que las llamas exteriores se hubiesen extinguido así sin más, sin embargo las que ardían dentro de mi cuerpo, las que me achicharraban viva, las que me hacían vivir un calvario, serían tan fáciles de apagar.

Me lancé directo a sus labios sin escala previa, ciega y sorda. Por desgracia con lo único que me encontré, fue con el aire que él puso de por medio entre ambos apartándome para atrás con un sacudón mientras me clavaba los dedos en la carne de los antebrazos con una fuerza descomunal. Se me escapó un gemido de dolor. Estuve a punto de caerme cuando me soltó sin previo aviso. Al instante en que sus dedos se desarmaron de mis brazos, el dolor, al igual que la sangre que se me estaba acumulando ya en las manos, empezó a correr libremente, extendiéndose por mi pecho en una ola de calor que lo consumía todo, incluidas las llamas que moraban en mí, igual que la ponzoña virulenta de una serpiente terriblemente mortal. Por unos cuantos segundos me encontré a mí misma confusa y perdida. ¿Por qué estábamos otra vez en este punto dubitativo e indefinido?

El aire se movió a mi alrededor, también oí sus pasos. Se detuvo. Silencio.

La habitación se iluminó con el brillo de la pantalla del celular que tenía en sus manos. Vi su rostro crispado. Vicente tenía los ojos coronados por unas cejas fuertes y espesas, y unos rasgos muy duros marcados por huesos de proporciones perfectas, pero en este momento, parecía que el resto de su rostro estaba intentando tragárselos, ya ni se podía ver que estos eran grises.

- ¿Llamó Ariel?- me preguntó alzando una ceja y bajando el celular que hasta entonces escrutara con incredulidad.

- Sí. Pidió que lo llamas- añadí masajeándome allí donde supuse que sus dedos habían sentado las bases para unos moretones que mañana tendrían muy mala pinta.

- ¡¿Contestaste?!

- El celular sonaba y... no sabía dónde estabas- dije haciéndome cada vez más chiquita dentro de mi propio cuerpo.

Se metió el celular en el bolsillo moviéndose a una velocidad pasmosa, tal es así que por unos segundos su brazo se transformó en un manchón borroso.

- ¿Qué hacías aquí, en la oscuridad?

- Disculpa lo de las llamas, es que me sorprendiste.

- Estuve llamándote.

- No te oí.

Asentí con la mirada.

- Vicente yo...

- Creí que habíamos quedado en que no...

- No quedamos en nada.

- Ya no lo intentes. Es imposible y no está bien. Acabarás con el corazón destrozado y no es mi intención lastimarte todavía más.

- Solamente me lastimarás si quieres hacerlo, no tienes porqué irte cuando acabe, si realmente no quieres hacerlo.

- ¿Y quién te dijo que no quiero irme cuando todo termine? ¿Quién te aseguró que quedarme aquí, es lo que deseo? ¿Por qué abría de querer semejante cosa! No sabes nada de mí. No entiendes absolutamente nada. Insistes en llamar a esto por un nombre que no le pertenece.

Sentí que me apuñalaba. Si no me hubiese dicho aquello mirándome fijamente a los ojos no se lo habría creído, pero así... así era otra cosa, mi seguridad empezaba a temblar y a flaquear ante esto.

- ¿A qué estamos jugando? ¿Al gato y al ratón? Estos no son más que juegos de niños; sabes tan bien como yo, que esto no nos llevará a nada.

- No juego, te amo, lo tengo bien claro, lo que no queda claro es lo que tú sientes. Primero me insinúas una cosa, me haces sentir segura, y luego me apartas de como si fuese la cosa más desagradable y mala- le solté con una angustia tal que me costó horrores hilvanar la frase. Las lágrimas se me agolparon todas en los ojos, pero no estaba dispuesta a derramar ni una sola-. ¡Deja de hacer eso!- le grité.

Vicente se quedó de piedra.

- Yo no siento nada- entonó con un tono monocorde-, no al menos eso que esperas que sienta, simplemente no quiero que acabes mal por mi culpa. Lamento haberte dado la impresión errada, en esos momentos, a los que te refieres, no pretendía darte ánimos, sino apoyarte para que esto te resulte lo

menos doloroso y traumático posible. Hice mal, lo siento.

- Eres insufrible, lo único que sabes hacer es disculparte. ¡Lo siento! ¡Lo lamento tanto! ¡Disculpa!- le grité a la cara intentando imitar el tono de su voz, pero mi voz chillona no le llegó ni a los talones a su esplendido modo de articular cada palabra-. Guárdate ese palabrerío para alguien más, ahórrate la saliva. No lo necesito. Y tampoco te molestes en intentar hacerme sentir mejor. No me siento bien y no voy a sentirme bien hasta que esto acabe de una maldita vez-. Tragué saliva y con ella corrieron por mi garganta unas cuantas lágrimas. No sé muy bien de qué modo logré que mis mejillas se mantuviesen secas, de lo que sí estoy segura era de que mi rostro no tenía la misma expresión de piedra que el suyo, sin duda yo no era tan fuerte para que todo me resbalara igual que a él-. Supongo que a partir de ahora podrás descansar de tu labor.

- ¿A qué te refieres?

- Me trajiste una nueva niñera.

Captó al vuelo que me refería a Lucas de modo que no tuve que explicárselo.

- Ustedes dos se llevan bien.

- Sí, gracias por el detalle. Me voy a dormir-. Di media vuelta y pisando firme, ya no sentía el dolor del pie, me largué en dirección a mi cuarto. Allí mordí la almohada hasta que se me fueron las ganas de gritar y llorar, allí me quedé dormida.

...

Escuchaba que alguien llamaba a la puerta de mi cuarto y así y todo, no podía despegar los parpados, no quería despertarme, mi intención era seguir durmiendo hasta que todo terminara.

- Eliza, tengo tu desayuno.

La voz de Lucas me hizo abrir un ojo.

- Eliza- canturreó mi nombre con voz alegre-. Intento compensarte mi desplante de anoche con mucha y buena comida. Aceptas el tratado de paz que te ofrezco o tendré que arrodillarme para infundir en ti, un poco más de pena.

Me arrancó una sonrisa. Despegué la mejilla de la almohada y me incorporé.

- No, no hará falta que te arrodilles, derramarás todo mi desayuno y tengo hambre.

- ¿Con quién me confundes?- se burló de mí.

- ¿No que querías la paz?

Abrió la puerta, su cara sonriente apareció dentro de mi cuarto.

- ¿Puedo?

- Es un poco tarde para preguntar eso.

- Si es cierto, pero en mi defensa debo decirte que ya sabía que no estabas desnuda ni en paños menores.

- Que leas mi mente es suficiente desnudez.

- Necesitaba saber si era una pésima idea presentarme aquí.

- ¿Y qué viste?

- Disculpa la intromisión.

- Está bien, así me ahorro tener que contarte todo.

Terminó de empujar la puerta. En sus brazos cargaba una bandeja repleta de comida. Era un desayuno más que copioso.

- No es que lo haya visto todo... solamente la decepción y la... vi tu corazón.

- Lo que ha quedado de él, mejor dicho.

Lucas torció la boca en una mueca de disgusto.

- Me lo advertiste y no te hice caso.

- Eso ya no importa, no me agrada tener la razón en ese tipo de cosas-. Entró en el cuarto y cerró la puerta a su espalda empujándola con un pie. El dominio que tenía de su cuerpo me parecía sorprendente.

Se sentó en el borde de la cama y me tendió la bandeja.

- ¿Podemos volver a ser amigos?

- Nunca dejamos de serlo.

Me sonrió.

- Lo que me dijo anoche... ¿es cierto?

Lucas suspiró. - Se cerró igual que una cripta. No veo nada en él.

- ¿Es la verdad?

- Sí. Anoche cuando te dejé en la cocina intenté ver dónde estaba y qué hacía, no pude captar nada, ni una sola palabra y así continua. Hace una rato me lo encontré en la cocina noté que no había habido cambios con el correr de las horas, simplemente me di cuenta de que había pasado algo porque tenía mala cara y un humor de perros.

Nos quedamos en silencio.

- La culpa es mía, supongo que en el fondo sabía que terminaría dándome contra la pared.

- En ocasiones ese sentimiento resulta demasiado tentador, es como practicar deportes extremos, eres consciente a cada momento, de que tienes muchas posibilidades de matarte o como, mínimo de romperte un brazo o una pierna.

- Me siento como una idiota-.Tomé la taza de café con leche entre mis manos y bebí un poco.

- La razón y el amor jamás se llevaron demasiado bien, es más, dudo que puedan convivir dentro de una persona sin intentar matarse una a otra.

Su comentario me arrancó una sonrisa, él también rió haciéndose coro de mí.

- Cómo está tu pie esta mañana.

Me hiqué de hombros, ya no me dolía mucho sin embargo bastaba con pisar mal para me hiciera ver las estrellas.

- Crees que puedas caminar. Necesitas salir de aquí, tomar un poco de aire. El encierro no le sienta bien a nadie.

- No estoy inválida y ciertamente me encantaría salir de aquí por un rato-. Lo contemplé por unos segundos, sus oscuros ojos negros brillaban de entusiasmo-. ¿De verdad podemos salir?

- Tenemos permiso para pasear un poco-. Contestó evitando explicarme que por lo visto le había pedido a Vicente su permiso para que saliéramos por un rato de la casa.

A toda velocidad bebí el café con leche, tragué unas cuantas galletitas de chocolate y le dije que no tenía espacio para nada más en mi estomago. Lucas me dejó sola para que acondicionara mi persona para nuestra salida, yo prácticamente lo había obligado a que partiésemos ya mismo, necesitaba salir de aquella casa cuanto antes.

Diez minutos más tarde estaba lista para salir.

Mientras esperaba a Lucas, quien revolvía en la cocina cosas, intenté no pensar en Vicente, no preguntarme dónde estaba ni que hacía, es más, procuré no darle vueltas al llamado de Ariel.

- ¡Listo!

Lucas apareció ante mí cargando una mochila a punto de explotar de tan cargada.

- Son provisiones para más tarde.

- ¿Vamos de picnic?

- No, esto solamente es un aperitivo para mí- soltó con cara de póquer.

Le sonreí. No estaba feliz, de hecho me sentía pésimo, peor que si me hubiesen aserrado al medio con un serrucho oxidado, pero no quería arruinarle su buen humor ya que esperaba que se me contagiara un poco. En mi antigua vida, cada dolor tenía una respuesta simple, un fin que tarde o temprano llegaría, pero ahora no lograba imaginar cómo sobrellevaría aquello. Cualquier persona en sus cabales, ante un rechazo semejante, intentaría dar vuelta la página y seguir

con su vida, yo simplemente no podía moverme de mi lugar, me había quedado atascada en una página del libro de esta historia sin poder moverme de allí. Tenía la impresión de que lo único que podría hacer de aquí en adelante era amarlo, amarlo cada día más. No tenía ni idea de cómo haría para volver a trabajar, para convivir con mis padres, para mirar a Susana a los ojos sin envidiar su dicha. Me había alejado demasiado de todo aquello, es más, esa parte de mi vida ya se me antojaba que era la vida de alguien más.

Esto me había cambiado por completo y este cambio no era reversible, solamente podría aprender a vivir con esto y nada más. Sufriría por esto hasta el día de mi muerte. Por mi mente cruzó la imagen de una viejita arrugada, consumida y triste, dentro de un cajón, en una sala vacía; nadie asistiría a mi entierro, moriría sola, así como viviría el resto de mi vida.

- Las únicas dos indicaciones que tenemos son:- contó con un dedo arrancándome de mis delirios- no alejarnos demasiado- y dos- estiró otro dedo- regresar antes de que anochezca.

- ¿Entonces tu plan es que pasemos todo el día fuera?- Quizá eso ayudara.
- ¿Te molesta?
- Para nada.
- Perfecto. ¡Larguemos de aquí!

Lucas no me esperó, por cada una de sus largas y gráciles zancadas yo tenía que dar tres de mis inestables y torpes pasos.

- Espérame, no puedo caminar tan rápido como tú- le grité cuando ya estamos lejos de la casa.

- Débil humana- entonó pretendiendo ponerse serio-. ¿Quieres que te cargue?- me preguntó al regresar a donde me encontraba. Me ofreció su espalda luego de quitarse la mochila de los hombros.

- Voy a partirte en dos.

Negó con la cabeza. - No eres lo suficientemente pesada-. Me tendió la mochila la cual me colgué de los hombros, pesaba una tonelada y media. Di un saltito y me trepé a su espalda, él me atrapó prácticamente en el aire; no acusó el menor esfuerzo cuando yo le rodeé la cintura con mis piernas y el cuello con mis brazos. Me agarró de los muslos y se echó a andar tranquilamente. Me dio la impresión de que no notaba la diferencia entre cargarme a mí o a la mochila de comida.

Lucas enfiló en dirección al oeste, por lo que el sol reflejaba nuestras sombras por delante de sus pies, parecíamos un monstruo de dos cabezas y él también lo notó, por lo cual soltó una broma tonta, dijo que éramos un mutante medio humano medio demonio, una nueva raza, una nueva especie, una mucho más fuerte y mejorada.

- ¿A dónde vamos?

- Hay un río por aquí en alguna parte.

- ¿A sí? No tenía ni idea.

- Escuche el agua correr cuando veníamos hacia aquí en la camioneta.

- Yo ni me había percatado, no lo oí.

- No tienes mi oído- me recordó.

- Otra bendición de ser un demonio.

- Esa ha sido una afirmación un tanto paradójica, pero sí, podríamos decir que es otra bendición de la cual podemos tomar provecho. ¿Te agrada la idea?-ladeó la cabeza y me miró por el rabillo del ojo.

- Sí, claro. Por qué preguntas.

- No a todo el mundo le gusta el agua... el agua que corre, como en los ríos.

- ¿Eh?

- Si quieres espantar a un demonio acércate a un río, arroyo o a una playa donde rompan las olas. El sonido del agua altera a muchos de los de mi especie.

- ¿Y a ti no?

- No, yo soy un engendro mutante medio humano medio demonio- soltó entre carcajadas.

Esa fue la primera vez que pude distinguir las notas en el aroma que emanaba de Lucas, olía a miel, a chocolate, a fresas, con un dejo picante del jengibre recién rayado.

Lo que primero fue un andar tranquilo y despreocupado se tornó una carrera a toda velocidad ni bien dejamos atrás el cobertizo. Corrió como un loco desenfrenado conmigo sobre su espalda sin dar, en ningún momento, ni el menos síntoma de cansancio o esfuerzo físico; todo lo contrario, parecía lleno de energía y emoción por cargarme en aquella carrera endiablada.

El paisaje pasaba a mi lado borroneado por sus largas zancadas. Antes de que pudiese darme cuenta, mucho antes de lo que hubiese esperado en un humano, incluso en él, que no lo era, dejamos atrás el campo abierto y nos internamos en el bosque que hasta entonces yo había admirado solamente de lejos.

A la luz cegadora y brillante del sol de la mañana le siguió un súbito cambio: la fresca sombra de los árboles. El sonido de las púas secas de los pinos al ser estrujadas por las zapatillas de Lucas me dio una clara idea de la velocidad a la que se movía. Era impresionante, estaba maravillada, pero la sorpresa no se limitó a la rapidez con la que sus piernas recortaban la distancia hacia nuestro destino, sino la destreza, gracilidad, facilidad y seguridad con la que se movía dentro del tupido bosque, esquivando árboles, ramas, matas de helechos y otras plantas, troncos caídos y los desniveles del terreno.

Su pericia para moverse cual felino me recordó a mi sueño - delirio- o lo que fuese, de la otra noche, en el que yo experimentara algo similar. No pude negar que comparar ambas experiencias me dejó un tanto... cómo decirlo: espantada, intrigada. Pero la adrenalina del momento barrió de un plumazo todas mis dudas y temores.

Fue simplemente espectacular, algo suicida -debo admitir-. Estar sobre la espalda de Lucas fue como montar una motocicleta, bien, eso creo, nunca había montado una; supuse que debía de experimentarse algo muy parecido: el corazón latiendo a mil por hora al ritmo de su andar, el viento rompiendo en

mi cara cual olas sobre la playa, la sensación de que iba a estrellarme de un momento a otro sin importar cuanto me apretase a su cuerpo. Increíble... simplemente increíble.

Poco a poco el sol fue quedando fuera del bosque; las tupidas copas de los árboles, en su mayoría pinos, vedaban el ingreso de los rayos, lo único que iluminaba el lugar era un reflejo blanco, azul verdoso. Así como la luz fue mermando en intensidad, también lo hizo el calor y los pasos de Lucas. El que no azotara el piso de forma frenética con sus pies me permitió percibir algunos sonidos, entre ellos el canto de los pájaros y el arrullo de una fluida corriente de agua que hasta en su sonido era pura y cristalina. Lucas dejó de correr para andar tranquilamente igual que al principio.

- Estamos muy cerca- me dijo con voz completamente normal-. ¿Y qué, te gustó el viajecito?

- De ahora en más te llamaré para que me lleves al trabajo cada vez que se me haga tarde.

- Sólo no me vomites encima.

- No te preocupes, estoy perfectamente.

- ¿A sí?- me desafió.

Lo cierto era que estaba un poco mareada pero no iba a vomitar. Le di una cachetadita con las puntas de los dedos y él se quejó, fingiendo que le había dolido una barbaridad.

- Si fuera un caballo me encabritaría y te derrumbaría de mi lomo. Agradece que sea persona y que me apiade de tu fragilidad humana. Hablando de eso...- canturreó.

Me estremecí de agrado el percatarme del puro sonido del agua. Alcé la cabeza y vi el río. El agua fluía suavemente a unos cuatro metros de nosotros por un angosto cause que dividía el bosque en dos, en el lugar en el que éste se abría en un claro-. Es hermoso, perfecto.

- Sabía que te gustaría- se jactó complacido al tiempo que me bajaba a tierra con suma delicadeza. Me tendió su brazo derecho para ayudarme a caminar y antes de que pudiese dar un único paso, me arrebató la mochila de mis hombros y se la colgó de los suyos.

- Por qué no les gusta el agua- pregunté sin poder comprender cómo era que aquel sonido tan glorioso, pacífico y relajante pudiese disgustarles de modo alguno.

- El problema no es el agua en sí, sino las grandes cantidades de ésta corriendo.

Lo miré por un momento y luego contemplé fijo, casi embobada, la superficie rizada y cristalina del río que corría suavemente casi con pereza.

- No sé a ciencia cierta porqué es, ya que a mí nunca me molestó.

- Entonces parece apropiado que me pase los días a horillas de este río hasta que todo acabe.

- ¿Te parece que nos acomodemos por ahí?- dijo apuntando en dirección al viejo y reseco tronco de un árbol caído.

Lucas se quitó la mochila de los hombros y empezó a sacar todo lo que ésta contenía dentro. Desplegó algo que no sé si era una sabana o un mantel y sobre ella colocó una botella de agua, algo de fruta, unos paquetes de galletitas y algo de pan, y me invitó a sentarme para luego quitarse las zapatillas y estirarse contra el tronco del árbol caído cerrando los ojos y desplegando su rostro al sol.

- ¿Qué haremos ahora?- Estaba un poco ansiosa, creo que la adrenalina de la carrera todavía circulaba por mis venas.

Lucas abrió un ojo y me miró con desconfianza.

- ¿Qué te apetece hacer?

- Conversemos- propuse.

- ¿Sobre qué?

- No sé, cualquier cosa. Cuéntame algo de tu vida, intuyo que sabes más de la mía de lo que yo sé de ti.

- No arruinemos este lindo momento- soltó en tono burlón volviendo a cerrar los ojos.

No le hice caso.

- Vicente me contó que conservas muchas costumbres humanas.

Abrió los dos ojos de par en par y me miró fijo por un par de segundos, no parecía decidirse a hablar.

- Así es- convino al fin-. Me resulta difícil despegarme de ciertos vicios; para muchos esto no es normal, lo creen una debilidad; a mí me agrada hacer ciertas cosas como comer, no necesito la comida pero no veo porqué no pueda disfrutar de ella, todavía me sabe bien, así es que le sacaré el jugo a mi apetito todo lo que pueda.

- ¿Cómo es eso de que todavía te sabe bien?

- Otra de las gracias de convertirse en un demonio es que con los años vas olvidándote de lo que es ser un ser humano, oí por ahí que aquellos que sobrepasan los tres o cuatro siglos pierden el gusto y la comida les sabe a tierra. Espero eso no me pase.

Por la cabeza se me cruzó preguntarle cuánto tiempo llevaba siendo un demonio, no sé porqué no se lo había preguntado ni por qué no me había cuestionado su origen así como lo hiciera con Vicente, supongo que para mí él todavía era demasiado humano, por eso mismo, preferí no tocar el tema.

- ¿Qué otras cosas se pierden con el paso del tiempo?

Se encogió de hombros.

- No sabes o no quieres decírmelo.

- No soy un experto en la materia. Creo que con el tiempo también te resulta difícil conservar tus recuerdos humanos, la verdad es que no hay una regla para eso, todos somos distintos en algún punto, al igual que los humanos.

- Y lo de los poderes... siempre pudiste leer la mente o es algo que ganaste al...

Lucas no me dejó de mirar.

- ¿No se te antoja un chapuzón?

No estoy segura de si me estaba invitando al agua, o si me amenazaba con arrojarme de cabeza al río.

Le lancé una mirada al agua.

- No todavía- contesté-. ¿Acaso no lo sabías ya?

- Lo supe en cuanto lo pensaste- admitió con una media sonrisa.

- Dijiste que leer la mente no era tan sencillo, pero conmigo adivinas todo lo que estoy pensando a cada momento.

- Sí, y eso hasta ahora, nunca me había sucedido con nadie.

- ¿A qué se debe?

- Tu mente es débil- se burló.

Manoteé una manzana de encima del mantel y se la revoleé por la cabeza; la atrapó en el aire antes de que impactase sobre su nariz.

- La verdad es que no lo comprendo. Sé que soy capaz de mantener una conversación contigo sin tener que pronunciar ni una sola palabra en voz alta.

Poco más se me cae la mandíbula.

- ¿¿En serio?!

- Eso creo.

- ¡Intentémoslo!

Puso cara de horror.

- No, no me parece. No sé si voy a ser capaz de controlarme, una vez que esté dentro de tu cabeza, estás demasiado abierta a mí y no quiero abusar de tu hospitalidad; es probable que tu mente resulte demasiado tentadora para mí.

- ¿Crees que podrías ir más allá de lo que estoy pensando en un determinado

momento?- Aquello era tan extraño cuanto emocionante, me entusiasmó que semejante relación nos uniera-. ¡Inténtalo!

- Mejor no.

- Haz un esfuerzo. Además no creo que pueda pasar más vergüenzas contigo de las que ya pase-. Se quedó mirándome muy serio-. Vamos... por favor- le rogué.

- ¿Acaso eres masoquista?

- Inténtalo.

Lucas resopló, se incorporó y luego se arrastro hasta donde yo estaba sentada-. Puede ser un juego peligroso- me advirtió-. ¿Estás segura?

- Sí- mi corazón se desbocó. No comprendía exactamente la razón por la que me emocionaba tanto abrirle mi mente a sabiendas de que era probable que no pudiese ocultarle nada.

Lucas alzó una mano y la acercó a mi mejilla pero no me tocó.

- ¿Completamente segura?

Le contesté con la cabeza.

- Esto es para tener una mejor conexión- me explicó haciendo referencia a la mano que sostenía alzada muy quieta, como congelada, a escasos centímetros de mi rostro.

Lucas posó su mano sobre mi mejilla y de inmediato sentí el abrasador calor que manaba de su palma. Era muy extraño aquel calor, aquel contacto.

- *¿Estas bien?*- me preguntó. Su voz retumbó dentro de mi mente pero él no despegó los labios.

- *Sí*- le contesté también sin pronunciar palabra-. *¡Guau!*- exclamé maravillada; él soltó una carcajada-. *Podemos hablar.*

- *Sí.*

- *Impresionante.*

- *Qué hay de mis otros pensamientos, de mis recuerdos.*

- *Voy a intentar limitarme a ver lo que quieras mostrarme. Bien, qué quieres mostrarme.*

Elegí uno de mis recuerdos favoritos: mi décimo cumpleaños en el que se reuniera toda la familia a pleno.

Lucas sonrió un par de veces mientras compartíamos mi recuerdo.

- *¡Genial!*- exclamé-. *¿Hacemos otra prueba?*

- *No sé si sea una buena idea.*

- *No seas cobarde.*

Frunció el entrecejo. - *Bueno*- se rindió.

Al principio todo discurrió con normalidad, emocionada intenté encontrar algún otro recuerdo grato que mostrarle, pero los segundos pasaban sin que pudiese dar con ninguno, comencé a tener la sensación de que mi mente se estaba vaciando de recuerdos y pensamientos. Todo se me puso negro y la cabeza empezó a darme vueltas.

- Te dije que no era buena idea.

Abrí los ojos y me encontré con la verde copa de un árbol hondeando al viento.

- ¿Te encuentras bien?- me preguntó apareciendo dentro de mi campo de visión.

Sentí una intensa fuente de fresco sobre la frente y luego hilos igual de helados, cayendo por mis sienes y por entre el pelo. La cabeza me dolía y el frío era agradable.

Le pedí que me ayudara a sentarme. Al incorporarme, todo me dio vueltas.

- ¿Qué fue lo que pasó?

- Te desmayaste. Fui demasiado lejos- admitió compungido.

- ¿Qué viste?

Desvió sus ojos negros en dirección al río.

- No estoy seguro, todo estaba demasiado borroso.

- Vamos.

- Vi a Vicente en mayor medida.

- ¿A sí?

- Sí, por lo visto piensas mucho en él, lo tienes presente a cada momento.

- Qué patética ¿no?

- A mí no me molestaría que nadie pensara en mí así como tú piensas en él.

Aparté el rostro.

- Eliza, hay algo que tenemos que discutir, más bien, hay algo que tengo que confesarte.

Mi primera impresión acerca sobre su confesión no fue muy halagüeña, para decirlo claro y fuerte, después de lo que acabara de decir acerca del modo en que yo pensaba de Vicente, me dio mala espina.

- Anoche...- arrugó la cara y se rascó sobre la ceja derecha-. Hoy no fue la primera vez que entro en tu mente y hablo contigo.

- ¿Cómo?

- La otra noche mientras soñabas, me metí en tus sueños... en realidad quería saber si realmente deseabas verme o no- soltó alzando las palmas hacia mí en

una clara actitud defensiva-. No pude resistir ver... tu sueño no parecía muy...

- Muy qué.

- Muy normal, había algo extraño, parecía más que un sueño, por eso te pedí que regresaras a la casa.

- ¿Fuiste tú el que pronunciaba esas palabras?!

- Sí. Disculpa la intromisión, es te quería otra vez de vuelta en la casa sana y salva.

Me quedé muda por un momento y él tampoco dijo nada.

- ¿Qué crees que fue?, porque también lo sentí extraño.

- No tengo idea.

- ¿No se lo contaste a Vicente?

- Me hubiese arrancado la cabeza si le confesaba que estuve hurgando en tus pensamientos, además no tiene ni idea de que tú y yo podemos lograr semejante cosa.

- ¿Tengo que contárselo?

- No sería una mala idea.

- Dudo que siquiera quiera oír el tono de mi voz.

- No importa si le agrada o no, puede ser algo serio, tiene que escucharte.

- ¿Tan malo es?

- Solamente sé que no es algo común.

Por suerte Lucas no me obligó a regresar a la casa, cuando me recompuse de mi malestar almorzamos y pasamos toda la tarde tendidos al sol cual lagartijas. Aquel lugar era increíble, fresco, tranquilo, parecía un mundo a parte. Allí se perdía la noción del tiempo con suma facilidad y sinceramente no me hubiese molestado en lo más mínimo pasar el resto de mis días en aquel lugar y con la compañía que tenía ahora; junto a Lucas nada más me importaba, él lograba que me olvidase de todos y de todo, era como si además de tener la capacidad de leer mi mente y hablar conmigo sin pronunciar una sola palabra, pudiese tomar control de los pensamientos que motivaban mis emociones, guiándolos igual que la tierra lo hacía con el río en aquel perfecto claro, por parajes mucho más amenos y agradables.

Tan placentera resultaba nuestra estancia en el claro, que ninguno de los dos nos dimos cuenta de que el sol ya se ocultaba por el horizonte. Levantamos campamento algo tarde, por lo que se hizo de noche en mitad del camino de regreso a la casa.

Cuando llegamos a la altura del cobertizo, vimos a Vicente parado delante de

la puerta de la cocina, la luz de las lámparas de aceite temblaba a su espalda. Estaba de brazos cruzados y aunque no llegaba a ver su rostro adivinaba en él, una mueca de enojo.

Lucas hundió la cabeza entre sus hombros al tiempo que se metía las manos en los bolsillos. Me sorprendió su actitud sumisa frente a Vicente; ¿era posible que le tuviese miedo?, o era sumisión basada en un profundo respeto derivado del “rango superior” de Vicente.

- La cagamos- murmuró entre dientes para que solamente yo pudiese oírlo, me pregunté porqué no me lo había dicho mentalmente para así evitar cualquier riesgo-. No lo hagas enojar todavía más.

Estaba yo a punto de decirle que no era para tanto, que recién empezaba a anochecer cuando Vicente se nos vino encima avanzando a largas zancadas al tiempo que nos gritaba igual que si fuésemos dos críos que cometieron una travesura.

- ¡¿Esta es hora de llegar?! ¡¿Es que perdieron la cabeza?! ¿Ninguno de los dos puede pensar con claridad? ¡Son unos irresponsables!

- Vicente...- entonó Lucas con suavidad.

- ¡Cierra la boca!- le espetó Vicente con un amenazador dedo en alto y luego se volvió hacia mí-. ¿Por qué intuyo que en parte fue tu culpa?- me gruñó.

Casi me lo como.

- ¡¿Culpa?! ¡No pasó nada! Estábamos en el río, pasándolo muy bien; regresado sanos y salvos. No entiendo qué te sulfura tanto, ¿es que acaso te molesta que los demás disfruten de un buen momento, que sean felices? Si es así pues entonces sí, es mi culpa- le escupí a la cara con toda la furia que me fue posible liberar.

Vicente le echó una mirada a Lucas.

- Es mi culpa, ella era mi responsabilidad.

- No, no lo es, yo soy adulta y puedo responsabilizarme de mis actos.

Lucas siguió tal si no me hubiese oído. - Debí darme cuenta de que anochecía... me distraje. No volverá a suceder.

- No, claro que no porque no volverán a salir de la casa, ¡ninguno de los dos!

- ¡Eso ni lo sueñes, no pienso quedarme encerrada allí contigo hasta que todo termine!

- No tienes ni que mirarme, si mi presencia te molesta tanto.

- ¡Eres un imbécil!

- Sí, soy el imbécil que está intentado salvarte la vida y el alma.

- Para empezar, fuiste tú quien me puso en esta situación.

- Esta situación no habría sucedido si tú no hubieses estado tan dispuesta a entregar tu alma al Infierno.

- Yo jamás pretendí entregar mi alma al Infierno, además tú lo dijiste, te equivocaste conmigo, o acaso no es por eso mismo por lo que estamos aquí perdidos en el medio de la nada.

- Es posible que me haya equivocado contigo dos veces.

- ¡Perfecto!, si lo que insinúas es que debo pudrirme en el Infierno, entonces llévame de regreso a casa ahora mismo, así no tendrás que volver a verme y yo no tendré que soportarte ni un solo segundo más.

- No vas a ir a ninguna parte, no me metí en esto por nada. Me arruinaste, así que como mínimo, me aseguraré de que tengas una larga vida para poder arrepentirte de ello.

Se me cayó la mandíbula. No pude gritarle nada más. Mi mente se había quedado en cero y mi corazón no podía reaccionar. Aparté la mirada de sus ojos grises y me largué en dirección a la casa.

...

- Otra vez en el punto de partida- murmuró una vocecita amable al otro lado de la puerta.

- Puedes entrar Lucas.

- Que bien, porque te traigo la cena- dijo asomando la cabeza por entre la puerta y el marco-. La preparé yo mismo.

- A sí, Vicente me dijo que no sabías prepararte ni un huevo frito.

- Está claro que Vicente últimamente no sabe lo que dice.

Hice una mueca, él entró y cerró la puerta.

La habitación se llenó de un fuerte aroma a huevos.

- No son fritos, son revueltos- me explicó avanzando hacia la cama cargando sobre sus brazos la bandeja sobre la que había acomodado una botella de vino, dos platos rebosantes y una enorme hogaza de pan ya rebanada-. Es cierto, no sé hacer huevos fritos, las yemas siempre se me rompen, por eso hice un omelet con un poco de jamón y queso- me sonrió-. Espero te guste.

- Huele muy bien.

Apoyó la bandeja sobre la cama y se sentó a los pies, en frente mío, cruzándose de piernas. Iba descalzo, olía a jabón y todavía tenía el pelo húmedo, en suma se veía muy bien, en cambio yo me sentida como si llevase toda la tierra del campo pegada al cuerpo a causa del sudor que ya se había

secado. Desvíe la mirada en dirección a los platos para que no se sintiera tan observado y porque no quería que creyera que lo estaba examinando o algo así. Sobre cada plato había una mitad de omelet de proporciones astronómicas, debía haberse gastado por lo menos una docena de huevos en la cena.

- Es una barbaridad de comida- le dije riendo.

- Lo que no quieras me lo comeré yo para que no te sientas culpable de desperdiciar comida- me contestó forcejeando con el corcho de la botella de vino tinto que había traído. Tomó una copa, la llenó hasta la mitad y me la tendió, luego hizo lo mismo con la otra y se la quedó dejando aparte la botella de vino.

- ¿Por qué brindamos?

- No tenemos mucho que festejar.

- ¡¿Cómo que no?!- lanzó frunciendo la frente.

Intenté descubrir que podía considerar él una razón para festejar, no se me ocurrió nada.

- Por nuestra conexión, única en el mundo- entontó chocando su copa contra la mía.

Le sonreí, me llevé la copa a los labios y bebí un poco.

- Al ataque.

Una vez que nos deshicimos de los platos, las copas, la bandeja y la botella nos tiramos en la cama a oscuras a disfrutar del fresco que entraba por la ventana.

Lucas se removió a mi lado.

- ¿Estás incómodo?

- No, estoy bien- contestó con voz ronca.

- ¿Cansado?- pregunté en voz baja.

- Ni un poco- dijo sonriendo-. ¿Y tú?

- Estoy molida, tengo la sensación de que me pasó una aplanadora por encima.

- ¿Y tu cabeza cómo está?

- Perfectamente bien, tal es así que creo que podríamos volver a intentarlo.

- Ni lo sueñes, tienes que dormir, es tarde.

Nos quedamos en silencio por un momento.

- ¿Me harías un favor?

- Sí, lo que quieras- me dijo poniéndose de costado para poder mirarme a la cara.

- Te quedarías aquí esta noche... sé que ustedes no necesitan dormir y es precisamente por eso que te lo pido.

- No entiendo.

- Podrías vigilar mis sueños, tengo la impresión de que no voy a tener más que pesadillas esta noche. Crees que puedas evitar que las tenga si vigilas mi mente.

Lucas me dedicó una sonrisa espléndida, de esas que conquistan incluso la voluntad del humano más aguerrido.

- Lo intentaré- se comprometió sellando su promesa con un lánguido parpadeo.

Lucas se tendió otra vez sobre la cama y yo me pegué un poco más a él, como no se alejó, rodé sobre mi costado y trepé sobre su hombro con la cabeza y con mi mano sobre su brazo, él me agarró de la mano apretándome fuerte.

- Te morirás de calor- me dijo en un susurro apenas audible. En la voz se le notaba que sonreía.

- No me importa- le contesté cerrando los ojos al tiempo que me acurrucaba un poco más a su lado amoldándome a las consistentes formas de su cuerpo.

No tardé ni treinta segundos en sucumbir al sueño y al cansancio. Dormí a pierna suelta toda la noche sin tener una sola pesadilla, o si las tuve, no me percaté. Descansé mucho mejor de lo que pudiese recordar haberlo hecho en los últimos cuatro meses, pero sí, sí me morí de calor a su lado, su cuerpo desprendía más calorías que la mejor estufa que pudiese encontrarse en el mercado.

28. Como una roca.

Noté que la cama se estremecía, el colchón recuperó su altura normal un segundo más tarde; supuse que Lucas se había aburrido de estar tendido a mi lado sin mejor cosa que hacer que mirar el techo durante horas y horas.

Abrí un ojo -el sol entraba a raudales por la ventana- y vi la cama vacía. Las sábanas estaban casi sin arrugas del lado que había estado ocupando Lucas hasta hace un momento atrás, por lo que me dio la impresión de que no se había movido en toda la noche. Me pregunté cómo era capaz de una cosa así, de mantenerse tan quieto que podría pasar por una estatua sin demasiada dificultad.

- ¿Lucas?- rodeé sobre la cama. Lucas se encontraba de espaldas a mí, camino a la puerta.

Giró sobre sus talones y me sonrió.

- Buenos días.

- Buen día.

- No quería despertarte, dormías plácidamente... Roncabas un poco también.

- Yo no ronco.

- Sí, sí roncas y muy fuerte. ¿Quieres que te lo muestre?, supongo que podemos compartir también mis recuerdos.

- Gracias pero no, ese tipo de recuerdos no me parecen muy emocionantes.

- Mis otros recuerdos tampoco lo son.

- ¿No me vas a permitir averiguarlo por mí misma?

- No hay necesidad, confía en mí, no lo son.

Dio media vuelta y siguió avanzando hacia la puerta.

- ¿Dónde vas?

- A buscar el desayuno, el café ya debe haber terminado de colarse.

- No hace falta que lo traigas todo aquí, puedo bajar.

- ¿Segura?

Pasé las pantorrillas sobre el borde del colchón.

- No pienso pasar la eternidad metida en ese cuarto para huir de él y de todo lo demás.

- Bien...

Fue automático, en cuanto salí del cuarto clavé los ojos en la puerta de enfrente, no tenía la seguridad de que Vicente se encontrase allí, de cualquier modo, me entraron ganas de entrar, sentía curiosidad acerca de lo que había estado haciendo dentro, hasta que lo interrumpí. Lo dejaría para más tarde, incluso me parecía mucho mejor echarle a un vistazo cuando tuviese la certeza que de él no andaba cerca.

En el living reinaba el silencio, ni señales de Vicente. Era consciente de que tarde o temprano tendría que enfrentarme a su cara de piedra una vez más.

Mejor que fuese después del desayuno- pensé-, cuando ya hubiese tenido un rato para digerir el nuevo estado en el que nos encontrábamos.

Vicente estaba en la cocina, sentado a la mesa, con la vista fija en su celular, leyendo un mensaje.

Lucas trajo a la mesa, las tostadas y la cafetera mientras yo tomaba asiento sin despegar los labios siquiera para darle los buenos días. Todo esto se sucedió en el mayor de los silencios ya que por lo visto él tampoco tenía muchas ganas de dirigirme la palabra.

- ¿Alguna novedad?- le preguntó Lucas cuando éste apartó el celular a un lado. Yo continué untando mi tostada con manteca como si nada.

- Todavía no se ponen de acuerdo- comenzó a decir con una voz que daba la impresión de perderse dentro de su garganta en un sonido ronco y bajo. Vicente no solía levantar la voz, es más, yo siempre había sido muy gritona, por lo que constantemente tenía la impresión de que su voz jamás elevaba el tono que pudiese utilizarse para conversar en presencia de un bebé al que quisiese evitar despertar-. La situación es muy tirante. Si no se resuelve pronto no acabará bien.

Sus palabras me alteraron un poco, me controlé para no soltar un grito de

miedo, lo malo es que me faltó la suficiente frialdad para evitar clavarle el cuchillo con el que estaba untando la manteca, al pan.

Era la primera vez que hablaba con tanta crudeza frente a mí.

Lucas me miró y luego movió sus ojos negros hasta los grises de Vicente.

- Pensé que Ariel tenía lo que se requiere para acabar con esto con facilidad.

- Me parece que no tiene que ver con las capacidades de Ariel.

- ¿Cómo?

Vicente me lanzó una mirada por el rabillo del ojo y luego continuó hablando con Lucas pretendiendo, a las claras, que yo no me encontraba presente.

- Hay algo más, esta situación no solamente es anormal porque yo haya dejado de lado un alma.

- ¿A qué te refieres?

Vicente no le contestó de inmediato.

- No sé qué es. Es más, quizá no sea nada, anteaer las cosas no eran muy diferentes a como son hoy.

Los tres nos quedamos mudos mirándonos. Es decir, yo miraba a Lucas y Lucas nos miraba a Vicente y a mí, entre Vicente y yo no hubo contacto visual en ningún momento.

- Es momento de que Eliza te cuente algo.

Di un respingo y lo acribillé con la mirada. Lucas alzó las cejas e hizo un gesto que me daba a entender que no quedaba otra opción.

- ¿Algo?- Vicente clavó sus ojos en mí-. ¿Qué cosa?

Yo lo miré y parpadeé unas cuantas veces, era difícil sostenerle la mirada.

- La noche en que fuiste a buscar a Lucas tuve un sueño.

Arrugó el entrecejo.

Cuando terminé de hablar se quedó mirándome, con ese rostro pétreo que me había imaginado que tendría mientras bajaba las escaleras.

- ¿Qué te parece?- quiso saber Lucas.

- Si estás pensando lo que yo estoy pensando...

- ¿Qué es lo que están pensando?- los interrumpí yo.

- Que ellos tienen cierto acceso a ti- soltó Lucas.

- ¿Te refieres a ellos “ellos”?

- Sí- respondió Lucas envolviendo su taza de café con una sola mano.

- ¿Pero cómo?- inquirí sin aliento.

- ¿Soñaste con ellos más de una vez, no es así?- disparó Vicente clavando sus ojos de acero en mí. Sus pupilas se encogieron a tal velocidad que me perdí en

su mirada igual que si hubiese sido chupada o atraída por su mente hasta el interior de su cráneo.

- Sí, desde que los vi aquella noche en tu casa, suelen aparecérseme en sueños... nada comparable a lo de la otra noche, es más, la otra noche no los vi...-. Vicente me puso mala cara y yo sacudí las manos, necesitaba quitarme de encima la desagradable sensación que me cubría-. Un momento, están insinuando que “ellos” pueden entrar en mi mente.

- Si yo puedo- confesó Lucas.

- ¿Qué?- Vicente no elevó el tono de voz y no hizo falta que lo hiciera para darse cuenta de que no le gustó ni un poco lo que oyó.

- Ellos son mucho más fuertes, poderosos y experimentados que yo.

Lo que intentó ser un alegato de defensa no pasó más que por una burda excusa según los ojos de Vicente, los cuales ahora ardían más que el sol.

- ¡Eso ya lo sé!- ahora sí que subió el tono-. ¡¿Por qué no me lo dijiste antes?!- le recriminó.

Me pareció ver que sus ojos se ponían rojos de furia. Vicente había perdido la calma, no quedaba la menor duda de ello.

- Tan solo ayer, nos aseguramos de que funciona.

- ¿Es broma?- le gritó- ¡¿Qué demonios estuvieron haciendo?! Lucas, acaso te volviste loco, en qué pensabas al hacer una cosa así. ¿No prestaste atención ni una sola palabra de lo que intento enseñarte desde que estás conmigo? ¡Eres un irresponsable!- sentenció dando un puñetazo sobre la mesa, el cual hizo temblar las tazas, los cubiertos y los platos, incluso creo que la tierra debajo de nuestros pies también se estremeció un poco, igual que si hubiese habido un terremoto en algún rincón de este mundo.

Lucas se quedó quieto soportando el reto, es más ni siquiera me miró. Yo tampoco pude moverme, Vicente estaba fuera de sí.

- ¡No lo puedo creer! Me decepcionas, puedo soportar muchas cosas pero no soy idiota, veo con perfecta claridad que no me hubieses contado nada de esto, si las cosas no estuviesen así de mal-. Sacudió la cabeza-. Es simplemente increíble. Debería regresarte a donde perteneces. No eres más que un súcubo idiota que se piensa que lo único importante es pasárselo a lo grande. ¡Mierda! ¡Creí que habías cambiado!

A mi oído izquierdo llegó el sonido de unos dientes rechinando. La cara de Lucas se había vuelto de un rojo rabioso.

- Vicente- dije en voz baja llamándolo, él no me oyó.

- Te di todo lo que querías y mucho más y cómo me lo pagas: ¡engañándome!

- Vicente-. Necesitaba que se calmara, el ambiente se caldeaba y comenzaba a percibir un desagradable mal olor, que no presagiaba nada bueno.

- ¡No te metas!-. Su voz atronó el aire mientras me apuntaba con un dedo acusador. Estoy segura que los pájaros que moraban en el bosque en el que habíamos pasado horas, Lucas y yo, debían haberse echado al vuelo despavoridos.

Su grito me dejó helada; no surtió el mismo efecto sobre Lucas... para nada.

Mi joven amigo demonio se movió tan rápido que me costó seguirlo con la mirada, simplemente llegué a notar un borrón y nada más. De repente estaba sentado, muy quieto y a la siguiente fracción de segundo, pasaba a una velocidad inhumana por delante de mí, derribando la silla en la que había estado sentado, empujando la mesa en la que todavía estaban nuestro desayuno a medio consumir.

El aire estalló con un bramido parecido al de dos bloques de granito chocando.

- ¡No!- Mi grito duró más de lo que tardó Vicente en agarrarlo por el cuello para detener en seco su ataque. Le había saltado a la yugular cual león a la cebra en plena sabana.

Lucas terminó de rodillas sobre la mesa, entre los vidrios rotos del frasco de dulce, la manteca hecha puré debajo de su rodilla izquierda, y la leche derramada que comenzaba a gotear al piso desde la moldura del borde de la mesa.

- Cálmate-. Le gruñó Vicente con los dientes apretados.

Intenté recuperar el ritmo de mi respiración y no pude, contemplar aquella escena me dejó pasmada; todo esto era clara evidencia de la fuerza que tenían, la cual resultaba perturbadora.

Creí que lo iba a matar, Vicente tenía asido a Lucas con las dos manos y se notaba que apretaba con fuerza su cuello, tenía los nudillos blancos y los antebrazos tan tensionados por el esfuerzo, que sus músculos semejaban los cabos de un barco, de esos con los que se los amarra al puerto; en el interior de sus muñecas sobresalían finos tendones que tironeaban de la piel en el esfuerzo por contraer los músculos. Los dos temblaban ligeramente y se sacaban chispas por los ojos.

Una energía extraña flotaba en el aire.

- Qué te calmes- le espetó apretando su cuello todavía más. Los dos se estremecieron, ahora en un sacudón mucho más perceptible. El rostro de Lucas comenzaba a tomar un tinte morado, sin duda no podía respirar pero no por

eso no dejaba de apretar las muñecas de Vicente tironeando de ellas para que lo soltara.

- ¡Vicente, suéltalo ya!- le grité. Como era de esperarse Vicente no me prestó ni la más la mínima atención, estaba demasiado compenetrado en oprimir el cuello de Lucas.

Los ojos de mi amigo parecían a punto de saltársele de las orbitas, sus dedos intentaba arrancar los de Vicente de su piel; era evidente que no lograba demasiado. Apenas si conseguía moverse; lo tenía tan sujeto que parecía que en aire había algún tipo de arnés o soporte que lo mantenía fijo a ese lugar, y no que en realidad estuviese sobre una mesa que hasta entonces no me había parecido lo suficientemente estable para poder soportar el peso de una persona. Comprendí que lo que soportaba el peso de cuerpo de Lucas eran las manos de Vicente, además de estar asfixiándolo lo tenía colgando de sus manos como si estuviese en la horca.

No sé de dónde, pero sí puedo asegurar que no fue de su boca, Lucas soltó un gruñido profundo y feroz, y la mesa crujió. Los brazos de Vicente temblaron, y de sus manos, allí donde Lucas le clavaba las uñas, empezó a manar sangre, que formó hilos sobre su piel.

- Te parto el cuello si no te tranquilizas- masculló Vicente entre dientes y de su boca emanó un vahó que me obligó a taparme la mía para no vomitar. Sin querer me aparté de ambos.

Lucas dejó escapar otro gruñido todavía más profundo y terrorífico, y llegué a oír el sonido de sus uñas rasgando algo más que piel ahora. La sangre comenzó a brotar con mayor fluidez de las manos de Vicente; éste no demostró sentir dolor alguno. Si continuaba haciendo presión seguro terminaría por romperle algún hueso.

- Cálmate- repitió con una voz gutural y profunda.

- Suéltalo- le pedí a Vicente.

- Si lo hago lo más probable es que te mate y luego se lance contra mí- escupió sin mirarme.

- Lucas no haría semejante cosa.

- En este estado sí. ¡Vete!- me gruñó.

- No, claro que no- jadeé asustada. Sí se hacían eso entre ellos ni me imaginaba lo que pudiesen llegar a hacerme a mí.

- Vete ahora- me ordenó con los dientes apretados.

No me moví, no le hice caso, temía... por ambos, simplemente no podía dejarlos, no quería que se mataran, los quería demasiado a los dos para

permitir que se hiciesen daño entre sí.

- Sal de aquí ahora mismo. ¡Muévete!

Noté que cada vez le resultaba más difícil mantener a Lucas a raya. Su sangre ya se mezclaba con la leche que inundaba la mesa.

- No me voy hasta que lo sueltes.

- ¡Pero...!

- Lucas- éste no reaccionó a mi voz-. Lucas, todo está bien, tienes que calmarte, si... Lucas no pasa nada- la voz me tembló un poco-. Lucas- volví a pronunciar su nombre después de tragar saliva. Lucas giró sus ojos en mi dirección, ya que no podía moverse. Suspiré con algo de alivio-. Tienes que tranquilizarte- no se me ocurría que decir para hacer que dejase de comportarse como una fiera salvaje-. Oye- le sonreí- en ese estado no puedes acompañarme al río, debes tranquilizarte... todo estará bien... Lucas, por favor...

Resopló por la nariz y apretó todavía más las manos de Vicente.

- Vamos. Te lo ruego, cálmate... hazlo por mí.

- Lo que intentas es en vano, vete.

Lucas metió más presión y Vicente se vio obligado a retroceder, la mesa crujió y una de las tazas rodó desde el borde de la mesa haciéndose añicos al estrellarse contra el suelo.

- No, y cierra la boca, eres tú el que lo puso así.

Lucas sonrió con suficiencia.

- ¿Ves?

Vicente apretó los labios.

- Eso es- le dije a Lucas- tienes que relajarte, has de cuenta que en la cocina solamente estamos nosotros dos... que todo está bien, que todo estará muy bien...- susurré.

- Perfecto- remusgó Vicente entre dientes.

- ¡Cierra el pico!- le grité enojada-. Suéltalo, ya se está calmando.

Lucas había bajado las manos, ya no batallaba contra los dedos de Vicente y su cara lucía ahora de un color más normal.

El fluir de sangre se interrumpió. La mesa crujió un poco más, los restos de cristales debajo de las rodillas de Lucas también se quejaron, sin duda Vicente comenzaba a aflojar la presión. Cuando pestañee me di cuenta de que las heridas de Vicente ya estaban cerradas pero sus manos habían quedado en tal estado que parecía que se le había caído sobre éstas una lata de pintura roja.

Vicente me miró a mí y luego a Lucas.

- Si intentas algo lo lamentaras- lo amenazó. Me miró por el rabillo de los ojos y yo retrocedí un poco sólo por si acaso. Lentamente Vicente apartó una de sus manos. Lucas no se movió pero la mesa se estremeció; al soltarlo a medias, Vicente permitía que la mesa soportara casi todo el peso del cuerpo de Lucas. Esperó unos segundos más y al ver que Lucas permaneció tranquilo, despegó sus otros dedos muy lentamente y se apartó retrocediendo un paso para no darse con la silla en la que había estado sentado, la cual había quedado volcada sobre el suelo en el mar de destrucción en el que se había transformado el piso. Me hizo señas de que me apartara un poco más y lo obedecí.

Lucas se sentó sobre sus piernas, apoyó las palmas sobre sus rodillas y bajó la cabeza jadeando.

- ¿Estás bien?- le consulté.

Alzó la cabeza muy despacio y me miró.

- Sí, estoy bien- dijo con voz áspera.

- ¿Qué...?- no me dejó terminar mi pregunta, probablemente porque ya la había oído en mi mente antes de que mi cerebro le diese la orden a mi boca para pronunciarla.

- Perdí el control.

Tragué saliva y avancé temerosa un paso desoyendo las señas que Vicente me hizo con la mano para que me mantuviese alejada. Como no le hice el menor caso, él también se acercó a Lucas, supongo que para evitar que me arrancara la cabeza si volvía a perder el control, lo cierto es que yo continuaba dudando que él pudiese hacerme semejante cosa.

- ¿Te asustaste?- me preguntó con ojos de arrepentimiento y vergüenza.

- Un poco- admití procurando sonreír para darle ánimo.

- ¿Un poco?

- Intenta no volver a hacerlo, ¿sí?

- Haré mi mejor esfuerzo.

Vicente se apartó de la mesa para levantar la silla y su celular, el cual voló por segunda vez en menos de veinticuatro horas.

- No volveré a descontrolarme así- le dijo a Vicente.

- ¿En serio?- resopló él de mal modo.

- Lo juro- entonó suplicante, su voz sonaba rara, como dos papeles de lija siendo frotados uno contra el otro, me figuro que Vicente había apretado tanto su cuello que ahora sus cuerdas vocales sufrían las consecuencias.

Vicente volvió a poner cara de piedra. Sin duda se mostraba más insensible

que una roca, más de lo normal.

- ¿Qué quieres que haga?

Me pareció evidente que buscaba que lo perdonara, por lo de recién y por lo demás también.

- Haz lo que quieras- soltó de mal modo.

- Vicente...

- Vete- estalló alzando los brazos al aire-. ¡Lárgate de aquí!

- ¡¿Qué?!- chillamos Lucas y yo a coro.

- Me preguntaste qué es lo que quiero que hagas y te respondí. Vete, es obvio que me equivoqué al pensar que podías controlarte.

- No sé qué me pasó... no volverá a pasar.

- Lo de recién es clara evidencia de que no estás listo para esto. Te quiero fuera de aquí, ¡ahora!- dio un paso y se puso firme.

- Lucas no se va a ninguna parte- solté interrumpiendo una conversación en la que por la cara que me puso Vicente, obviamente no estaba invitada a participar-. Sí él se va, me voy con él.

- ¡Genial!- exclamó con una falsa carcajada alzando las cejas. Sus ojos se abrieron de par en par-. ¡Váyanse los dos!, pero si ella se muere...- se abalanzó sobre la mesa apuntando a Lucas con el celular- ...la culpa va a ser toda tuya- susurró entre dientes con un tono que le atribuía culpa de antemano.

- Tú te quedas- me espetó Lucas bajando de la mesa de un salto, al hacerlo arrastró consigo los restos de platos y el frasco de dulce.

- ¡No, ni loca!- exclamé-. No pienso quedarme aquí sola con él- dije apuntando con la cabeza en dirección a Vicente-, tú te quedas aquí... yo me quedaré aquí, ¡nadie se irá a ninguna parte!

Los dos me miraron con cara de sorpresa.

- Vamos a limpiar este asco y cuando terminemos me explicarán con claridad qué demonios está sucediendo. ¿Entendido? Estoy harta de sus ridículos secretos, como si ya no hubiese tenido suficiente de demonios. De ahora en más, hablan claro. No tengo dos años y ya no me asusta lo que puedan contarme.

- Eso es porque no tienes ni idea de las cosas que te ocultamos.

- ¡Vicente termina con eso!- le espeté con un grito que brotó de mi pecho con vida propia.

Me sorprendió que me hiciesen caso.

29. Tentación.

Unos minutos más tarde nos encontrábamos los tres en el living, sentados, mirándonos unos a otros.

- Perfecto, quién de los dos empieza- dije ante el silencio que ya duraba demasiado.

Vicente miró a Lucas de refilón; inhaló hondo y dejó escapar el aire por la nariz. Se preparaba para hablar.

Intenté encontrar algo de que sostenerme en los ojos de Lucas pero no encontré nada, me dio la impresión de que él no tenía mucha idea acerca de qué iba todo esto.

- No estoy seguro de cual sea la verdadera razón...- se pasó ambas manos por el pelo-. Es evidente que eres una tentación muy fuerte para muchos demonios. Se me escapó una risita nerviosa.

Vicente se levantó.

- Habría sido más fácil y más seguro que yo te enviara directo al Infierno.

- ¿Qué?

- ¿Cuanto sabes de demonios?

- Es obvio que no mucho- le contesté. Me dio la impresión de que el cielo se oscurecía, eso hizo que se me erizara la piel-. Vicente me estás sacando de quicio, dime lo que tengas que decirme, de una buena vez.

- No creo que esto vaya a acabarse, al dejarte libre abrí, sin intención, una puerta que va a ser muy difícil de cerrar.

- Por Dios, ya no hables en clave, no conozco el código para descifrar el mensaje.

- Me gustaría ser capaz de explicártelo de un modo en que lo comprendieras.

- Me parece que ni siquiera lo intentas.

- Tu alma parece tener un valor muy especial...

- Eso qué significa, por qué, qué tengo de especial.

- No lo sé- admitió-. Es evidente que vale lo suficiente para que el Infierno mismo se levante.
 - Que se levante... quieres decir: ¿contra mí?, ¿es eso?
 - No contra ti, por ti. Ese grupo, el que estaba en la fiesta en mi casa, ellos no pudieron resistirte a ti, por lo visto ya estaban resueltos a apoderarse de tu alma incluso cuando todavía no tenían ni idea de que yo iba a dejarte en paz. Ya no están apelando porque se les entregue el derecho de cazar tu alma, hay algo más, lo presiento.
 - No sé si quiero saber qué es.
 - Te dije que no querías oír nada de esto.
 - Vamos, Eliza, sea lo que sea lo combatiremos juntos- me aseguró Lucas al tiempo que venía a sentarse a mi lado, sonriendo. Usaba la misma táctica que en la cocina yo había utilizado para procurar hacer que se calmara. Su voz aterciopelada no me calmó ni un poco, sino que me puso todavía más nerviosa. Vicente dio unas vueltas por entre los muebles. Lucas me tomó de la mano.
 - Por lo visto...- se detuvo.
 - Por favor Vicente-. El corazón me martilleaba contra las costillas.
 - Por lo visto les molesta que les resultes tan tentadora.
 - ¿Qué quieres decir?- le espetó Lucas apretujándome los dedos sin querer. Solté un quejido y de inmediato aflojé la presión disculpándose.
 - Que hay algo en ella que los enoja.
 - Si yo no les hice nada.
 - Ya te dije que no sé qué es- jadeó Vicente-. Quisiera saberlo para poder cambiarlo, pero no tengo idea.
 - ¿Y Ariel no lo sabe?
 - Se rehúsan a darle explicaciones, el grupo solamente pide que se les libere el camino. Nadie dice una palabra, es por eso que le está llevando tanto tiempo terminar con esto- le contestó Vicente a Lucas.
 - Si no sabes de qué te acusan cómo puedes defenderte- solté al filo de pánico.
 - Exacto- convino Vicente.
 - ¿Entonces qué hacemos?- cuestionó Lucas estrujando mi mano.
 - No lo sé. Lo que sí sé es que tenemos que evitar que Eliza siga tendiendo esos sueños.
 - ¿Por qué?- inquirí yo.
 - Porque creo que quizá sea una trampa.
 - Intentan llegar a Eliza.
- Casi me desnucó por mirar a Lucas.

- Supongo que hay más de una cosa de ti que no podemos explicar-. Me dijo Vicente.

- Están entrando en tu mente... al igual que yo, ellos también pueden hacerlo.

- Y si logran penetrar lo suficiente es posible que averigüen dónde estoy-completé yo.

Los dos asintieron.

- Pero la verdad es que no tengo ni idea de dónde estamos, dormí todo el camino hasta aquí.

- Es probable que eso no los detenga, eres como el premio, la presa a cazar, te seguirán el rastro.

- Qué va a suceder si les dan vía libre. ¿Me atraparán no es cierto? No voy a poder escapar de ellos.

No fue Vicente quien me contestó, sino Lucas.

- Si las cosas salen mal haremos lo mismo que hicimos anoche.

Vicente puso cara de desconcierto.

- ¿A qué te refieres?- le preguntó.

- Me dijo que no quería tener pesadillas y me pidió que velara por su sueño y eso hice, custodié su mente para evitar que volviese a tenerlas. Si pude detenerlos anoche, podré detenerlos cuando sea- le explicó a Vicente.

- Anoche no tuve pesadillas, eso significa que no pudieron penetrar en mi mente.

- Puede ser- contestó Vicente.

- Sí- contestó Lucas.

- De todos modos eso no soluciona nada, ustedes dos no podrán cuidarme por siempre si les dejan lanzarse contra mí.

- No, no por siempre; hasta que descubramos qué es lo que los atrae y lo modifiquemos.

- Y qué si es algo que no puedo cambiar.

Los dos se quedaron mirándome.

- ¿Qué haremos entonces?- el pánico se apoderó de mí, aquel no era un miedo normal, estaba asustada pero tenía la sensación de que temía por la parte externa de mi persona, era consciente de que si las cosas llegaban a tal extremo sufriría mucho, intuía que ese sería un dolor físico y nada más, un dolor que tarde o temprano tendría fin.

- No pienses en eso ahora- me sugirió Lucas-. Ten fe, las cosas saldrán bien.

- Que tenga fe- jadeé.

Lucas y Vicente se miraron otra vez.

- Por favor- susurré enterrando la cabeza entre las manos-. Esto no puede ser cierto. ¿Qué es lo que encuentran tentador en mí?- alcé el mentón, me dieron ganas de reírme a carcajadas, esto era en extremo ridículo-. ¡Díganmelo y lo cambiaré a en este instante!

- Lucas tiene razón, lidiaremos con el problema cuando toque y el momento no es éste, por lo pronto tenemos otros asuntos más urgentes que resolver.

- ¿A sí, cómo qué?

Los ojos grises de Vicente se movieron en dirección a Lucas.

- Te juro que no volverá a suceder- soltó el aludido.

- Eres consciente de lo que podría suceder si vuelves a tener un arrebató de ese tipo y yo no estoy cerca para detenerte.

- No voy a tocarle ni un pelo.

Vicente sopesó las palabras de Lucas por unos segundos.

- Antes de poder tomar una decisión sobre si te quedas o no, necesito hacerte una pregunta.

- Adelante-. Lucas se ofreció voluntarioso a someterse a la prueba, tan rápido contestó que no me dio tiempo a articular nada en su defensa, me dejó con la boca abierta.

Vicente me miró y luego clavó los ojos en Lucas.

- ¿Ella es o no, una tentación para ti?

Lucas no se ruborizó, yo sí.

- Y bien- insistió Vicente al ver que Lucas no le contestaba-. ¿Lo es o no?

Lucas me soltó la mano y se puso de pie. Cuadró los hombros y enfrentó a Vicente en una posición que me resultó un tanto hostil. Si bien Vicente era media cabeza más alto que Lucas, él no dio señales de intimidación por su ventaja física.

- No, Eliza no es una tentación para mí.

Aquello sonó extraño. Noté que Vicente arrugaba la frente.

- Tu tarea será vigilarla por las noches para que no vuelva a tener esas pesadillas.

- Claro, eso haré, no te preocupes, no volverán a meterse en su mente.

- Fuera del tiempo que ella pase durmiendo no volverás a intentar penetrar en su mente.

- ¿Qué?

- No lo harás- le ordenó.

Irritada, salté del sillón.

- Por qué no, a mí no me molesta que lo haga.

- He dicho que eso se terminó. Soy yo quien está al mando y de ahora en más ustedes harán lo que les diga-. Me enfrentó con un tonito mandón que hubiese sacado de las casillas a cualquiera y por sobre todo a mí, que ya venía acumulando suficientes razones para querer partirle la cara.

- Y quién te ha puesto a ti en ese puesto- le espeté realmente enfadada-, no vas a mandarme, hago lo que me viene en gana.

- Son mis reglas o la calle.

- Te gustan los *ultimátums*, ¿no?

- Vamos, Eliza- Lucas me agarró del brazo quizá adivinando que quería comerme crudo a Vicente, últimamente en su presencia no podía razonar con claridad-, Vicente tiene razón, tenemos que organizarnos de algún modo para que esto funcione y él es que más experiencia tiene.

Le sonreí a Lucas y fulminé a Vicente con la mirada.

- Cómo sea.

- Eso significa que está de acuerdo, haremos lo que digas- le dijo Lucas a Vicente hablando por mí, en realidad yo ni pretendía sonar tan conciliadora.

- Debo llamar a Ariel, tengo que ponerlo al tanto de esto. Po qué no se van al río un rato- propuso.

No le costó convencerme, de hecho era exactamente eso lo que quería hacer, largarme de la casa para no tener que verle la cara, nada se me antojaba más que estar a solas con Lucas y más allá de lo que hubiese ordenado Vicente, en estos segundos se me había ocurrido una idea que iba al traste con sus ordenes: le abriría mi mente a Lucas para que él pudiese liberarse a la búsqueda de aquello que resultaba tan tentador para los demonios.

...

Juntos cargamos la mochila de comida y salimos de la casa por la puerta de la cocina. El sol ya pegaba muy fuerte, era casi medio día y el calor que brotaba del suelo hacía que con cada paso que daba me diese la sensación de que las suelas de mis zapatos se derretían.

No corría una gota de aire y no se escuchaba ningún sonido; no había moscas girando sin sentido por el aire, ni pájaros piando; todo parecía muerto, aplacado por las sofocantes temperaturas.

Si bien había caminado unos pocos metros, me pareció que no iba a poder resistirme a la tentación de la bomba de agua, le pedí a Lucas que se detuviese por un momento y metí la nuca debajo de la boca de la bomba; casi me muero

del impacto cuando el agua helada que emergió con un chorro exagerado que empapó mi cabeza, cuello y parte de mi espalda. Solté un alarido que hizo que Lucas se partiera de risa. Se me congelaron los pensamientos, por eso no quedé imposibilitada de intentar nada para que dejara de descostillarse de risa a mis expensas.

La primera helada sensación se fue disipando hasta dejarme un agradable fresco que me permitió andar sin problemas hasta que llegamos al bosque. Por supuesto, mi compañero de caminata no acusó el sofoco que asaba la tierra, iba tan fresco.

Esta segunda vez resultó un poco más arduo, al menos para mí, llegar al río; suponía todo un prueba no matarme de un golpe al tropezar o chocar con algo, tanto es así que por evitar una rama caída metí el pie en un pozo, de no ser por Lucas me habría estrellado de cara contra unas rocas que había más adelante.

En suma, tuve que concentrarme tanto en mi andar para no romperme una pierna que cuando llegamos al río estaba muerta de calor y agotada tanto física como mentalmente.

Lucas dejó la mochila en el mismo rincón que habíamos ocupado ayer.

- Quieres darte un chapuzón, tienes toda la pinta de estar deshidratándote o algo así.

El arrullo de las aguas calmas resultaba tentador, sin embargo yo no era una experta nadadora y tenía mis recelos sobre la profundidad del río y las corrientes que pudiesen correr por debajo de la superficie; después de todo lo que había pasado, se me antojaba un tanto patético morir ahogada a causa de un simple chapuzón.

- ¿Vienes?

Lucas me sonrió, se apoyó contra el árbol caído y empezó de desanudar los cordones de su zapatilla derecha; yo me saqué los zapatos y los arrojé a un lado, él se deshizo de sus zapatillas y medias, y se sacó la remera, sé que fue estúpido pero me dio algo de pudor contemplar su torso desnudo, tanto es así que aparté la mirada; volví a espiarlo mientras tendía su remera del tronco: su espalda no era demasiado ancha, pero podía verse con una definición impresionante, cada uno de los músculos tensos debajo de su piel, aparté la mirada una vez, más rogando que estuviese obedeciendo las ordenes de Vicente.

- ¿Te importa?- consultó llevándose ambas manos al primer botón de su pantalón de jean.

- No, está bien.

Lucas se quitó los pantalones quedándose en calzoncillos.

- ¿Vas a meterte así?

Me miró de arriba abajo, yo estaba íntegramente vestida.

- No voy a mirarte-. Me prometió-. ¿Te da vergüenza?

Sí, me daba algo de vergüenza pero no iba a admitirlo.

- ¡No, claro que no!- solté con suficiencia-. Es que no quiero ser una tentación.

- Muy graciosa, ja, ja, ja. Quítate al menos los pantalones, no puedes nadar así.

Inspiré hondo y me desabroché el pantalón, menos mal que la ropa interior que llevaba puesta era deportiva y en absoluto nada sexy.

Me saqué la remera y la dejé con los pantalones y los zapatos.

Lucas cumplió lo que prometió, no me miró nada más que a la cara, pero ahora, que ya estábamos los dos así me di cuenta que realmente no me importaba demasiado.

- ¿Es profundo?- le pregunté mientras caminábamos hacia la orilla del río.

- Déjame ver.

Dando un salto descomunal se tiró al agua levantando una tormenta de cristalinas gotas heladas que me bañó casi por completo.

- ¡Lucas está helada!

El agua se removió a su alrededor, su cabeza emergió para luego desaparecer otra vez.

Me crucé de brazos y estiré el cuello para ver qué tanto hacía.

Salió a la superficie escupiendo agua por la boca cual querubín de fuente.

- Hay algunos pozos pero no es más hondo que dos metros en ninguna parte-. Se pasó las manos por el rostro para apartar el pelo negro que le caía delante de los ojos-. No hay corrientes y parece seguro. ¿Vienes o no?

Inspiré hondo, tomé coraje y di un salto; me zambullí muy cerca de Lucas. El agua era más fría de lo que suponía, parecía agua de deshielo o algo por el estilo; comprendí que mi impresión más que seguro, debía ser a causa de lo caliente que tenía el cuerpo. En efecto cuando saqué la cabeza fuera del agua ya no me parecía tan helada, sino solamente fría.

- ¿Y bien?

- Supongo que está bien- contesté, los dientes me castañetearon un poco.

Lucas se rió de mí.

Tiré la cabeza hacia atrás y dejé que la corriente me peinara el cabello.

- ¿Quieres ver algo genial?

- ¿Qué?- dije parándome sobre una roca para no tener que estar pataleado todo

el tiempo, así, mis hombros emergieron del agua.

- ¿Tienes tu reloj puesto?

- Sí.

- Que bueno que sea sumergible.

Asentí con una sonrisa: solamente era a prueba de agua (había olvidado quitármelo), lo más probable es que después de esta zambullida dejase de funcionar.

- A que no puedes hacer esto.

- ¿Qué cosa?

Soltó por la nariz todo el aire que tenía en los pulmones, lo sé porque vi como su pecho se hundía, y luego se sumergió hasta que su pelo quedó flotando justo por debajo de la superficie del agua.

No sabía exactamente qué se proponía hasta que la aguja de mi reloj me indicó el paso de dos largos minutos. ¿Acaso practicaba submarinismo por apnea?

- ¿Lucas?- lo llamé preocupada. Él sacó una mano del agua y me indicó con el típico ademán que todo estaba OK.

Pasaron dos minutos más y me dieron ganas de sacarlo del agua tironeando su cabeza por los cabellos negros que flotaban a menos de un metro de mí. Otra vez me hizo señas de que todo iba perfectamente bien.

- Ya sal. No sé hacer resucitación.

Sacó ambas manos del agua y con sus palmas provocó una ola que me llenó la boca de agua.

- Lucas, considero que...- miré el reloj- cinco minutos bajo el agua, sin aire en los pulmones desde un principio, es lo suficientemente sorprendente-. ¡Sal de ahí, te ahogará!

Lucas sacó la cabeza del agua escupiendo chorros otra vez.

- ¡Estás más loco que yo! Intentar ahogarte no es buena idea.

- Técnicamente no puedo ahogarme.

Abrí los ojos de par en par.

- No tengo la necesidad de respirar, no necesito aire para vivir.

- ¡Mentira! Yo te he visto respirar.

- No dije que no respirara, es igual que con la comida, no lo hago por necesidad, sino por placer y bien- torció los labios- por efectos prácticos también.

- ¿Qué efectos prácticos?

- Es lo que quiero explicarte. Me parece correcto que conozcas todo lo posible sobre mi especie, para saber cómo defenderte llegado el caso de...

- ¿Defenderme?, vamos, dudo que pueda hacer nada contra uno de ustedes.
- No seas tan pesimista. Es una buena idea.

Lo contemplé en silencio por un momento, quizá tuviese razón.

- ¿Explicarme todo?
- Todo lo que necesites saber para defenderte- me corrigió.
- Te escucho.
- Una buena idea es meterte en el agua en caso de que un demonio te persiga, es posible que no sirva de nada contra “ellos” pero no lo sabemos a ciencia cierta.
- Insinúas que si llegan a aparecer debo correr hacia aquí y meterme en el río.
- Si todo lo demás no sirve...- canturreó.
- ¿Qué es todo lo demás?
- Bueno, nosotros los demonios no respiramos por necesidad, sino para olfatear, tenemos el sentido del olfato muy desarrollado y ustedes los humanos, bien, cada uno huele de un modo muy diferente.
- Ustedes también huelen de un modo distinto.
- ¿Qué?- me preguntó sorprendido.
- Vicente y tú huelen muy bien, pero de un modo diferente. Tú hueles a miel y a...- no me dejó terminar.
- ¿Lo sientes?
- ¿Si siento qué?

La mayoría de los humanos no lo percibe, no al menos de un modo consciente como para describirlo- abrió los ojos de par en par- como para decir que huelo a miel.

- Pues yo sí, lo siento. Tú hueles a una mezcla de mie y jengibre- me ruboricé- y él huele como... como a ropa limpia, a bosque, no sé, es un poco difícil de precisar qué es. ¿Qué tiene que ver los olores en todo esto?
- Te lo explicaré luego ¿sí?
- ¿Por qué no ahora?
- Mejor salgamos del agua, tus labios se están poniendo morados.

Yo me puse la remera y él se calzó sus pantalones. Y así, chorreando agua nos recostamos al sol a horillas del río.

- Todos los instintos que considerarías básicos, están muy desarrollados en nosotros- dijo como si la conversación no se hubiese interrumpido en ningún momento-. El olfato, como te expliqué, la vista, el oído, el gusto, se agudizan con el pasar del tiempo. Cuando llegas a cierto nivel, te haces muy bueno en

esto porqué te tornas casi invencible a los ojos de los tuyos e irresistible para los humanos. En lo que se considera la edad adulta de un demonio -por explicártelo de alguna manera- te vuelves una máquina bien calibrada, una máquina que no falla jamás. Hasta hace un tiempo Vicente era eso, pero por lo visto hay algo en ti que ha hecho que esa maquina deje de funcionar tan bien como lo hacía hasta ahora.

- Yo no hice nada particular para que dejase de intentar comprar mi alma.

- Nada consciente, querrás decir.

- Ni consciente ni inconsciente, Lucas.

- Te equivocas, es obvio que algo en ti, anula todos esos sentidos. Algo en ti es más fuerte que todo eso.

- Dudo ser capaz de doblegar la voluntad de nadie.

- Puede que me equivoque; es posible que lo mismo que le pasó a Vicente contigo le pase a otros demonios.

Alcé las cejas.

- En teoría, como yo soy demasiado joven en esto, tendrías que haber sido para mí una tentación insoportable, debí haber querido tu alma para mí pero esa tentación derivó en algo más. En cuanto te vi aquella noche en la que viniste a la casa a entregar las botellas de vino, me desarmaste por completo-. Hizo una pausa-. No sé qué fue lo que me hiciste pero dio resultado. Se suponía que mi reacción más lógica si no ponía el suficiente empeño en contenerme era que te forzara a entregarme tu alma y no fue así, no tuve que esforzarme ni un poco. Esa noche, recibirte era una prueba para mí, una prueba que Vicente me había puesto- negó con la cabeza-; no hubo nada que probar porque ni siquiera se me cruzó por la cabeza apoderarme de tu alma.

- Vicente sabe eso.

Negó con la cabeza.

- Me pareció correcto primero explicártelo a ti, además no es agradable admitir ante alguien como él, que eres así de débil. Se lo diré en cuanto regresemos si estás de acuerdo.

- Sí, creo que sí...

- Es evidente qué más que una simple tentación, eres algo especial. No te mereces todo esto, es obvio que ninguno de nosotros puede vivir en paz contigo pisando la Tierra porque eres demasiado especial. Sé que no hubiese podido resistirme a nadie más que a ti de un modo tan decidido... tan seguro, por eso estoy convencido de que si algo como lo de esta mañana vuelve a sucederme, no te haré daño así como pude frenarme y serenarme la otra vez en

la casa de Vicente cuando “ellos” intentaron gobernarme. Me resistí y volveré a hacerlo.

- ¿Entonces cuál es tu propuesta?

- No intentes cambiar lo que eres, eso mismo es lo que te mantuvo con vida hasta ahora.

- Pero evidentemente es lo mismo que los atrae hacia mí.

- Son muchos demonios pero ninguno de ellos es más fuerte que Vicente, se doblegarán ante ti. Si las cosas se precipitan, contemos con poder engañarlos para que puedas escapar.

- Y cómo voy a hacer eso.

- Ya lo discutiré con Vicente, tengo un par de ideas... lo que quería hacerte entender es que creo que realmente existe la posibilidad de que esto realmente termine bien para ti.

Resoplé, me sentía agotada, eran demasiadas cosas para un solo día.

- Bendita soy, que tenía que resultar una tentación para un grupo de demonios enloquecidos.

Lucas soltó una carcajada y se recostó de espaldas sobre el pasto.

Como dos niños obedientes -bueno, yo me comporté un tanto rebelde- emprendimos el regreso a la casa en cuanto el sol empezó a bajar.

Hice sufrir un poco al pobre de Lucas, le llevó un buen rato convencerme de que me levantara del suelo y me vistiera. Al final cedí, realmente no deseaba meterlo en problemas. Habíamos pasado una tarde tan agradable que volver a la casa me angustió incluso antes de llegar, admito que extrañaba a Vicente, quería verlo con desesperación; al mismo tiempo esperaba no tener que cruzármelo, sus constantes rechazos no me ayudaban a quitármelo de la cabeza, su presencia para mí era una tentación, tal vez incluso más fuerte de la que yo causaba en los demonios. Para mi desgracia, otra vez estaba esperándonos en la puerta de la cocina; por suerte no nos gritó, mi reloj se había muerto a media tarde, pero por la posición en la que se encontraba el sol, me percaté de que aún faltaba un buen rato para que empezara a anochecer, de modo, que no tenía motivos para reprendernos al menos que los inventara.

En cuanto nos acercamos a la casa llegó a mi nariz un agradable aroma de la cena cocinándose en el horno, no pude distinguir con exactitud qué era, lo que fuese hizo crujir mi estomago.

Estaba cansada y muerta de hambre, tenía la impresión de que el sol y el agua

me había absorbido todas las fuerzas y que al mismo tiempo me habían recargado de una energía que si bien no me ayudaba físicamente, había actuado de modo sanador para mí mente, ahora veía ciertas cosas con un poco más de claridad, con más calma incluso; no puedo decir que con frialdad, porque verlo a él hizo que mi cerebro soltase las amarras de la cordura.

Lo vi con una claridad con la que nunca antes lo había conseguido, ya no sólo percibía su imagen, sino también atisbos de su interior. Si bien Vicente seguía tan cerrado a mí como siempre, ahora que Lucas me había contado ciertas cosas sobre los suyos y otras tantas las había adivinado yo de pasar horas a su lado, tenía una percepción distinta, mucho más completa.

Las cosas iban encajando poco a poco, cada una en su lugar; por supuesto todavía existían ciertos huecos pero me consolaba comprender que no estaba tratando con criaturas desalmadas ni insensibles, sino todo lo contrario, Lucas y Vicente veían el mundo de un modo mucho más complejo, de un modo que a mí me hubiese enloquecido a los cinco segundos de tomar posesión de los poderes que ellos tenían, supongo que me hubiese partido la cabeza y me hubiese dejado ciega ver las cosas del modo en que ellos las percibían.

Lucas me explicó que sus ojos captaban la luz de un modo muy particular y esta hacía que todo para ellos llegara a su cerebro como imágenes de alta definición, según me dijo aquello era espectacular, pero si no se concentraba lo suficiente en procesar todas las imágenes que le llegaban, se embotaba y se le ponía la vista en blanco por el exceso de luz.

El olfato era otra de sus gracias y esta no necesitaba desarrollo, podía rastrear con su nariz casi cualquier cosa, mejor que el mejor perro sabueso que existiese jamás.

El tacto era otro sentido que alcanzaba nuevas dimensiones siendo un demonio, dijo que con las yemas de sus dedos notaba hasta las mínimas imperfecciones de la piel y la trama de los papeles, pero sin duda lo más sorprendente de ser lo que eran, era gozar de una mente en expansión para la cual ya no había límites, él podía ver lo que otros demonios pensaban, Vicente tenía sus llamas y otras cosas más que no me quiso contar, y otros demonios lograban cosas inimaginables para los humanos, cosa que podían llegar a resultarme tan maravillosas como escalofriantes. En suma, los demonios eran seres dotados de una capacidad perceptiva tanto física como psíquica ilimitada, sentían miles de veces más que cualquier humano en todos los aspectos, estaban bendecidos y al mismo tiempo condenados, y si bien eran libres hasta lo inimaginable dentro de sí mismos, vivían encerrados dentro de

una realidad de la que jamás podrían escapar.

Alcé los ojos y miré a Vicente, él me devolvió la mirada. Pude ver en él toda esa desesperada fuerza, toda esa libertad encerrada y comprendí lo angustiante y frustrante que debía ser tener todo aquello para aplicarlo a una tarea tan desagradable... ¿Era por eso que él siempre repetía que intentaba hacer lo mejor posible, que procuraba siempre hacer el cambio de almas por el precio más justo?

Sin duda mis pensamientos no alcanzaban a comprender las repercusiones de ser lo que él era, sin duda mis sentimientos no le llegaban a los talones, lo que yo percibiera en toda mi vida, debía abrumarlo a él en un segundo. ¿Cómo no estaba agotado de ello luego de más de cien años? ¿Cómo lo soportaba?

- ¿Cómo les fue?- nos preguntó poniéndose de pie.

- Bien- contestó Lucas- todo estuvo tranquilo.

- La cena estará lista en media hora.

- Que bueno, porque me muero de hambre- soltó Lucas palmeándose el estómago.

Lucas se metió en la casa, Vicente me cedió el paso sin dedicarme una palabra.

- ¡¿De dónde sacaste lo necesario para preparar lasaña?!- soltó Lucas agradablemente sorprendido.

- Tuve que ir al pueblo mientras estaban fuera y aproveché para hacer unas compras, tú comes lo que cuatro así que ya nos estábamos quedando sin provisiones.

- ¿Viste a Ariel?- le preguntó Lucas abriendo la puerta de la antigua heladera que funcionaba con hielo, mientras yo sacaba dos vasos de la alacena

- Agua, gaseosa, ¿una cerveza?- me ofreció alzando las cejas al pronunciar esto último. La heladera estaba tan abarrotada de productos cuanto lo había estado las dos que estaban en la espectacular cocina de la casa de Vicente.

Antes de que pudiese contestarle nada, sacó la botella de gaseosa y comenzó a servir un poco en cada vaso. Es gracioso, en ningún momento nos habíamos dicho que teníamos sed, y yo ni siquiera había llegado a contestarle que se me antojaba un buen vaso de Coca Cola, bien fría.

Vicente se nos quedó mirando todo el rato, o al menos me dio la impresión de que lo había estado haciendo, cuando me senté y mis ojos barrieron la cocina para accidentalmente cruzarse con los suyos.

Lucas se sentó a mi lado esperando su respuesta.

- No, no fue con Ariel con quién me reuní.

Lucas no insistió en preguntar a quién había visto y eso me resultó sospechoso, quién más estaba metido en esto, o era que su salida no había tenido nada que ver con la situación y mucho menos conmigo. Fue entonces cuando me recordé a mí misma que poco y nada conocía yo, de su vida de antes de que nos conociéramos.

- Te compre ropa- me dijo, esa fue la primera vez que me habló desde que regresamos y en la que realmente me puso atención-. No es nada del otro mundo, creo que te servirá. Dejé la bolsa sobre la cama.

- Gracias.

- ¿Alguna otra novedad del mundo exterior?- curioseó Lucas. No entendí muy bien su pregunta, no había habido ninguna otra novedad. Me dio la impresión que gracias a los poderes de Lucas me estaba perdiendo de algo de lo que probablemente jamás me enteraría.

- Sí, de ello quería hablar con ustedes-. Hizo una pausa en la que apartó la silla que tenía delante, tomó asiento y nos enfrentó-. La discusión sobre la liberación del alma de Eliza se traspasó todos los límites conocidos. El debate se movió a esferas más altas, pero también se abrió a todos, por supuesto no todos tienen voto en esto, pero como el asunto denota ser de un calibre bastante importante, nadie ha querido quedarse fuera.

- ¿Y qué gano yo con eso?- le pregunté. Parecía animado por la noticia y yo no le veía el lado bueno.

- Podemos conseguir más aliados.

- Es que acaso hay alguien más a quién le interese que mi alma no vaya a parar al Infierno.

- Podría ser.

- ¿Podría ser o es?

- Tenemos una chance más de sacarte de esto.

Dejé escapar un suspiro.

- Si tú lo dices.

- Al menos, el hecho de que haya tantos demonios metidos en esto calma un poco las cosas- comentó Lucas.

- ¿Cómo es que puede calmar las cosas tener en vez de una docena de demonios pelando por mí, que puedan convertirse en cientos?

- Somos una comunidad cerrada, para el mundo no existimos y debemos seguir así, si no logran ponerse de acuerdo en quién deba quedarse con tu alma lo más probable es que la dejen libre, no se arriesgarían a permitir que un centenar de demonios salgan a la caza de tu alma, eso implicaría que por ahí

empiecen a suceder cosas que a los ojos de los humanos serían un tanto extrañas. Los demonios enojados dejan detrás de sí una estela de destrucción un tanto difícil de disimular y eso mismo es lo que sucederá si esto queda inconcluso de un modo que no nos favorezca, es posible que cientos de demonios comiencen a luchar unos con otros por quedarse contigo.

Lucas me lanzó una mirada que decía: ¡ves!, eso mismo quería explicarte.

- Entonces tengo que sentirme aliviada.

- Al menos un poco más tranquila, lo más probable es que a partir de ahora todo comience a enfriarse un poco, ¿no es así?

- Exacto- convino Vicente sin demasiada efusividad.

30. Perfume versus pestilencia.

Me puse de pie para terminar de calzarme mis nuevos pantalones de campo color negro, eran una especie de bombacho de esos parecidos a los que usan los gauchos, pero con ciertos toques ciudadanos, me quedaban un poquito holgados de más, por lo que se me resbalaban hasta quedar justo sobre los

huesos de la cadera, aun así, resultaba un cambio agradable, me sorprendió que Vicente no le atinara al talle pero no le di mayor importancia, tenía ropa fresca, suave y limpia para vestir y eso era lo que contaba.

La remera blanca me calzaba perfectamente bien al igual que la ropa interior. Agradecí haber estado sola cuando abrí la bolsa que él me había dejado sobre la cama y me encontré con dos cajas de conjuntos de ropa interior, sé que me puse roja como un tomate, ningún hombre, siquiera Cristian, me había comprado antes ropa interior.

En síntesis, lo más importante que ahora, con el baño y la ropa nueva, olía a limpio, al perfume del jabón y a sol.

Me acerqué al viejo espejo que tenía amplios manchones marrón dorado allí donde la película que sirve para que el espejo en sí refleje, se había saltado a causa de los años, ayudada por la humedad; eché un vistazo para contemplar qué aspecto tenía, no me veía del todo mal: tenía las mejillas y la nariz rojo fuego y los ojos brillantes aunque algo hinchados. Mi aspecto final era de ese que todos tenemos luego de pasar un agradable jornada vacacional en alguna playa, ciertamente no la de quién corre riesgo de morir, o la de estar amenazada por el Infierno.

Recogí mis cosas y salí del baño. Lucas esperaba su turno para pegarse una ducha.

- Ahora pareces un ser humano otra vez- me dijo en cuanto abrí la puerta del baño y me lo encontré de frente-. Me dedicó una mueca de dolor. Eso va a doler mañana- soltó refiriéndose a mi quemadura de sol.

- No mañana, esta noche- lo corregí-. No te explico como tengo los hombros y la espalda, soy una idiota, no debí quedarme tanto tiempo al sol.

Lucas se encogió de hombros al no tener nada mejor que decir de mí. En respuesta a su silencio le di un manotazo en el hombro y casi me pulverizo los dedos-. Me imagino que a ti no te duele ni un poquito.

- Ni un poquito, convino él- con una sonrisa de oreja a oreja.

Nos quedamos en silencio.

- ¿Me esperas arriba? Enseguida salgo.

Sonreí ante aquello. Sonaba raro. Lucas dormiría en mi cuarto -bueno, no dormiría- se quedaría conmigo mientras yo lo hacía, para intentar evitar que tuviese otra vez, las pesadillas que les permitían a los demonios llegar a mí.

Asentí con la cabeza todavía sonriendo.

Él frunció el entrecejo sin comprender lo que pasaba dentro de mí mente, obviamente cumplía al pie de la letra la orden de Vicente, y luego se encerró

en el baño. Yo me fui directo a la cocina para lavar mi ropa sucia. Trajiné en paz en la cocina vacía que todavía olía a la lasaña que Vicente nos preparara de cenar, de la cual no sobrara ni un solo bocado ya que evidentemente tanto aire libre, despertaba un apetito voraz en Lucas.

La noche era perfecta, tranquila, soplaba una suave brisa no demasiado fresca como para que uno se viese obligado a abrigarse, pero sí para tornar más soportable el calor.

Retorcí la ropa limpia hasta que no chorreó más agua y salí por la puerta de la cocina para colgarla en el improvisado tendedero que había armado unos días atrás para colgar estas mismas prendas.

En cuanto dejé atrás la luz del interior divisé a Vicente caminando, en apariencia sin rumbo fijo, cerca del cobertizo. Arrastraba los pies, tenía la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

Tendí la ropa esforzándome por ignorarlo ya que él tampoco se había dado vuelta ni para dedicarme una mirada de reconocimiento, era obvio que no la necesitaba para saber que era yo, ya que contaba con un montón de ventajas en forma de sentidos mucho más desarrollados que los míos. Hubiese sido un gesto agradable que al menos, diese cuenta de mi presencia.

Concluí con mi tarea y me quedé parada junto a mis pantalones que goteaban sobre la tierra seca formando lamparones oscuros, sin saber qué hacer. El aire nocturno se sentía cargado de un montón de perfumes diferentes, incluido el suyo, el cual no podía evitar reconocer como algo demasiado cercano a mí, algo a lo que jamás me tornaría inmune, ya que prevalecía por encima de todos los demás como la nota dominante de un perfume.

Caminé hasta él y me detuve a su lado.

Vicente contemplaba el horizonte. El cielo allí era un majestuoso despliegue de estrellas que brillaban más que brillantes engarzados en platino a la luz directa de una lámpara dicróica. Allí no había luces que pudiesen opacar su brillo, por lo que podían verse incluso las más lejanas, tan diminutas como cabezas de alfiler. La luna estaba increíble, enorme y brillaba todavía más que las estrellas, tanto es así, que nuestras sombras oscuras nos cuidaban la espalda.

Dio un leve respingo cuando me paré junto a él, acomodándome sobre el suelo a la par de su cuerpo que ahora estaba inmóvil.

¿Eso era lo que yo causaba en su persona? No me dejé amedrentar, venía en son de paz.

- Hola- lo saludé.

- Hola- me miró por una milésima de segundo-. No le atiné al talle.

Ese tiempo, por ínfimo que me pareciese a mí, le bastó para examinar mi aspecto.

- Está bien, son un poco grandes pero al menos no se me caen- contesté con una tímida sonrisa mientras tironeaba de una de las presillas de la cintura del pantalón-. El resto me queda todo bien. Gracias otra vez.

- No de qué.

Inspiré hondo hasta que mis pulmones se saturaron de oxígeno y solté el aire por la boca.

- Huele exquisito aquí. Este lugar es precioso, si tuviese agua caliente y buenos colchones le daría la calificación perfecta... un hotel cinco estrellas; bueno, con unos cinco mil millones- me corregí a mí misma apuntando con la cabeza al horizonte.

Me sonrió sin demasiadas ganas.

- A mí siempre me pareció perfecto, y sí, huele maravillosamente bien aquí.

Sobre el lado de mi cuerpo que estaba más cerca de él se me puso la piel de gallina.

- Supongo que no te va herir que te diga que este lugar pertenecía a mi familia. Entonces realmente lo había heredado.

- ¿Venías aquí antes de...?

- ¿De convertirme en esto? Sí, sobre todo de pequeño, cuando crecí ya no me interesó, el campo me aburría rematadamente. Regresé aquí mucho tiempo después de cambiar.

- Hummm...- apreté los labios.

- ¿En qué piensas?

- Si este lugar siempre fue tuyo, no crees que sospechen que estamos aquí.

- Nadie más que Ariel sabe de esta casa, no te habría traído aquí si fuese de otro modo.

- Y dónde estamos exactamente.

- Es mejor que no te lo diga, será más seguro así.

- Sí, tienes razón.

Nos quedamos callados, yo, contemplando todo aquello que me rodeaba, incluido él, y él, no sé, me dio la impresión de que cavilando algo, pero era difícil saberlo.

- Lucas me contó algunas cosas mientras estabas bañándote.

- Ah... Qué cosas.

- Que nunca le tentó quedarse con tu alma y aquello de lo que estuvieron

conversando mientras estaban fuera, en el río.

Asentí con la cabeza.

- Me explicó algunas ideas bastante buenas que se le ocurrieron.

- ¿Cuáles?

- Que te enseñemos lo necesario para que puedas sino defenderte, al menos lograr huir en caso de que nos ataquen y...- me miró fijo- ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Me incomodó su pregunta porque no tenía la certeza de a qué se refería.

- ¿Qué cosa?

- Lo de tu olfato.

- Mi olfato... a sí- desvié la mirada- eso-. Sentía el rubor subiéndome por el cuello hasta las mejillas.

- Jamás lo mencionaste.

- Esperabas que te dijera que hueles muy bien para mí.

Ahora fue su turno de apartar la mirada.

- No, claro que no. No te habría gustado nada. Sin embargo esto era importante.

- No podía adivinar que lo era.

- No pretendía reprenderte.

Acepté sus palabras con una media sonrisa.

- Lucas me dijo que te había explicado algo sobre eso.

- Sí, me dijo que normalmente los humanos no consiguen describir con exactitud a que huelen ustedes, creía que ya había quedado probado que no soy muy normal.

- No, no eres muy normal pero ese “no muy normal” no debieras emplearlo a modo de insulto, es todo lo contrario.

Parpadeé.

- Usualmente el humano promedio se siente atraído por el olor que desprendemos, es una forma más para atraerlos hasta nosotros. No es común que alguien pueda definir ese aroma comprándolo con ciertos perfumes conocidos, lo más normal es que sientas una sensación agradable un tanto confusa.

- Lo que tengo de fineza de olfato lo perdí en balance, estabilidad y motricidad.

Resopló.

- Pero si es cierto.

Vicente no me lo discutió más.

- En fin, yo no le veo la utilidad a esto- la verdad era que no me parecía ni útil ni agradable ser tan condenadamente susceptible a su perfume.

- Pues tiene su utilidad, una que te servirá de mucho en caso de que las cosas no salgan tan bien como esperamos.

Lo dejé seguir sin interrumpirlo.

- Tú ya reconoces mi olor y el de Lucas...

Lucas le había contado gran parte de nuestra conversación, esperé para ver hasta dónde le había dicho la verdad sobre nuestra tarde en el lago.

- ...pues bien, es probable que los otros demonios que rondan por ahí no huelan tan bien para ti.

- Por qué, cómo huelen ellos.

- No sé si lo sabes, pero al Diablo, desde tiempos inmemoriales, se le ha adjudicado el perfume de las violetas, como un olor muy propio, como una forma de reconocer su presencia, así como se dice que para Dios, su perfume es el de las rosas, los jazmines.

- Por qué las violetas, qué tiene de malo éstas, siempre me gustaron, huelen exquisito.

Vicente hizo una mueca cuyo significado no comprendí. Sacudió la cabeza y continuó con su explicación.

- Eventualmente, todos nosotros, con el correr de los siglos acabamos oliendo a violetas y ese dulce perfume, se torna cada vez más fuerte hasta que se convierte en algo empalagoso y en algunos casos, desagradable, en una pestilencia que lo impregna todo, tornando el aire irrespirable.

- No hueles a violetas.

- No me falta mucho para eso.

- Es que hay una edad promedio para empezar a oler así.

- No exactamente, tiene que ver con cuanto lleves siendo un demonio ejemplar y que tan lejos logres llegar en esto.

- Eso significa que...

- Si eres muy bueno en lo que haces, lo más probable que antes de los dos siglos huelas condenadamente mal.

- Eras bueno en esto- me interrumpí- no quise decir eso, supongo que eres bueno, lo mío fue algo especial, no cuenta- me sonrió- y aun así hueles bien.

- Quizá no debiéramos confiarnos tanto de tu olfato.

- No te mofes de mí.

- Disculpa, lo que intento hacerte entender es que la mayoría de los demonios que puede venir en tu búsqueda, huele a violetas o de un modo muy dulce, algo

que sin duda te llamará la atención en cuanto lo captes en el aire, y lo que quiero de ti es que estés atenta a eso.

- ¿Quieres que esté pendiente del perfume del aire?

- Exacto, y si percibes cualquier cosa, se lo dices a Lucas o a mí... a quien tengas más cerca.

- Entendido.

- Y en el caso que debamos separarnos...

- ¡¿Separarnos?!- lo interrumpí soltando un gritito que me salió desafinado.

- Sí, es probable que si todo sale mal tengas que partir tu sola.

Me quedé mirándolo. ¿Tendría que dejarlo? Si ya no podía concebir mi vida sin él.

- Vamos Eliza, alguien debe intentar detenerlos mientras escapas.

- Mientras yo escapo... y a dónde se supone que voy a ir para estar a salvo.

Sacó un papel de su bolsillo y me lo tendió. Lo desplegué, era el número de un celular.

- Si algo sale mal, te pondrás algo de mi ropa, te subirás a la camioneta y te largarás de aquí- a continuación me dio las llaves de la camioneta-. Quiero que las tengas contigo. Si las cosas se ponen feas no tendrás tiempo de correr a pedírmelas. Ten esto también.

Me dio un fajo de dinero lo suficientemente grueso para que se me cayera la mandíbula.

- ¿Para qué todo esto?

- Ese número es el del celular de Ariel, el dinero es para que puedas escapar sin problemas. El plan es que te pongas algo de mi ropa para aplacar tu propio olor, la camioneta también huele a demonio, de modo que ese olor los confundirá. Te largarás de aquí y cuando estés lo suficientemente lejos llamarás a Ariel, él te ayudará.

- Ayudarme a qué, si todo sale mal como para que yo me vea obligada a hacer todas esas cosas ridículas, qué podrá hacer él por mí.

Vicente no me contestó.

- Sólo hazlo, quieres- me pidió en un tono que sonó claramente a ruego.

En señal de asentimiento me metí las llaves, el fajo de dinero y el papel con el número anotado en los amplios bolsillos de mi pantalón bombacho.

- Lucas me había recomendado que corriera hacia el río.

- Haz eso sólo si no puedes hacer lo que yo te he indicado, pero ten como prioridad mi plan, es posible que el agua los mantenga alejados de ti, pero no por el tiempo suficiente para que Ariel pueda venir a rescatarte.

- ¿Qué otra cosa puedo hacer para defenderme de una visita indeseada?
- El agua bendita y las iglesias no funcionan, luchar no creo que de resultado tampoco, no podrías ganarle a ninguno de ellos...
- Entonces básicamente estoy perdida si todo lo demás no resulta.
- Puedes intentar convencerlos de que te dejen en paz.

Lo miré de reojo.

- Me convenciste a mí.

Resoplé.

- Puede que Lucas tenga razón es eso, quizá lo mejor sea que no intentemos cambiar eso que tanto atrae a los demonios en tu dirección, es probable que eso mismo sea lo que nos torna tan vulnerables a tu persona- susurró con suavidad aterciopelada que hizo que se me pusiese la piel de gallina sobre todo el cuerpo.

Estaba atenta a sus palabras y no se me pasó por alto el “nos”.

- ¿Tienes miedo?- me preguntó después de un rato.
- Ya no le temo a la muerte si a eso te refieres- le contesté en un tono tan bajo como el suyo.
- Me consta- resopló molesto.
- Hay otras cosas que me molestan más- le sonreí- prefiero no morir pero no por las razones obvias.

Me gruñó.

- Eliza.

La voz de Lucas nos resultó igual de inesperada a los dos. Yo di un salto y Vicente se dio vuelta con un movimiento algo brusco.

- Ya voy- le grité para evitar que bajara el escalón de la puerta de la cocina. Funcionó, Lucas no se movió de su sitio, supongo que se percató que estaba interrumpiendo algo.

Giré hacia Vicente, él todavía miraba a Lucas.

- No te enojas- le pedí.
- Preferiría que no dijeras esas cosas- replicó en un tono apenas audible.
- Tendrás que soportarlo hasta que se me pase, si es que algún día se me pasa, cosa que dudo. Después de más de un siglo de vida, debieras saber ya, que no puedes controlar todo lo que te rodea.
- ¿Lo haces para torturarme, para hacerme sentir mal conmigo mismo?
- Eres idiota o el tiempo atrofió tu cerebro.

Me miró torcido.

- Es todo lo contrario- le expliqué.

- Todo esto se trata de salvarte a ti, no a mí... no necesito que me salves, no puedo ser salvado. Soy parte de esta enfermedad, ¿recuerdas?

Se apartó de mí de forma involuntaria, como si realmente no quisiese contagiarme, me dieron ganas de tomarlo por un brazo para que no se apartara pero no quería provocar que saliese disparado con tal de alejarse de mí.

- Buenas noches- le deseé, por el momento no valía la pena seguir insistiendo, me daba la impresión de que había encontrado una nueva veta sobre la cual avanzar me frené al comprender que si lo presionaba más, terminaríamos discutiendo.

Me dio las buenas noches y yo me alejé.

Había recorrido la mitad del camino de vuelta a la casa cuando me di cuenta de que no podría contenerme de decirle algo más, tenía que saberlo, porque yo lo sabía, era muy consciente de ello sin importar cuanto pronunciara en voz alta lo contrario. Quizá era por eso por lo que estábamos aquí, por lo que yo me había envuelto en semejante embrollo. Sonaba cursi hasta para mí, pero era sí: había encontrado el amor de mi vida, mi alma gemela o como quisiera llamarlo, y lo amaría todo la vida y toda la eternidad también sin importar cuanto él se opusiera a ello.

Me di vuelta y sin que me importase un cuerno tener a Lucas a menos de tres metros de mi espalda se lo dije muy claro y en voz alta.

- Siempre olerás bien para mí... siempre lo sentiré como perfume, jamás como pestilencia.

Su rostro se contrajo en una mueca de mortificación. ¿Por qué le resultaba tan difícil aceptarlo si para mí estaba bien, más que bien?

Lucas se quedó mirándome cuando pasé por su lado y lo llamé para que subiera conmigo, creo que incluso, igual que cuando estuvimos en el río, se quedó sin respirar por largo rato, pero a los pocos segundos corrió tras mis pasos y me alcanzó.

En silencio subimos la escalera y nos metimos en mi cuarto. Yo me sentía leve, ligera como el viento, como un perfume que flota arrastrado por la brisa y sus designios, preferí dejar que mi mente divagara en esta agradable sensación en vez de ponerme a pensar en que Lucas estaba allí conmigo para evitar que los demonios que pretendían mi alma pudiesen meterse dentro de mi cabeza para desordenar todavía un poco más mis ideas.

Me tiré boca arriba sobre la cama y me quedé contemplando el techo. Lucas me siguió con menos entusiasmo, se acomodó a mi lado reclinado sobre la

cabecera de la cama y se quedó muy quieto, cruzado de brazos con una mueca de disgusto.

Pasaron unos cuantos minutos en los que ninguno de los dos dijo nada. Yo me sentía demasiado extasiada y jubilosa no sabía muy bien porqué, y él porque evidentemente, estaba enojado por algo -tampoco sabía porqué-.

- Hey...- lo llamé mirando hacia atrás, yo estaba totalmente acostada.

Me miró pero desvió sus ojos negros casi de inmediato.

- ¿Estás bien?

- Sí.

Escalé sobre la almohada y luego sobre la cabecera.

- ¿Qué te pasa?

- Nada.

- ¿Nada?

- Estoy bien- me contestó entre dientes-. Simplemente estoy algo cansado, es todo.

- Esa es una excusa humana que no cuenta para ti.

- No se trata de cansancio físico.

- Ya veo. ¿Te hartaste de mí?

- No.

- ¿Entonces qué es?

Se despegó de la cabecera y se acomodó para quedar justo de frente a mí. - Suponiendo que todo esto resulte bien, que esos demonios te dejen de perseguir, qué crees que sucederá.

- ¿Con qué?

- Con Vicente y contigo.

Me removí incomoda. Había imaginado ciertos aspectos de un futuro a su lado, como tener la posibilidad de pasar tiempo con él sin discutir sobre demonios o sobre si me convenía o no tener una relación con él, además de lo inmediatamente evidente, como mis ganas de besarlo o de que me abrazara, pero la verdad es que no me había puesto a pensar en otras cosas a las que Lucas se refería, como lo más obvio, que él era un demonio y yo una humana, y el alcance de eso.

- Supongamos que él te dice que te ama, te libras de esto y luego qué.

Me encogí de hombros.

- Vicente no va a envejecer nunca.

Ya lo sabía, de todas maneras su declaración me turbó igual que si me tiraran un balde de agua fría en la cabeza.

- ¿Y qué me dices de su trabajo? ¿Cómo sobrellevarás eso? ¿Vicente no puede dejar de hacer aquello para lo que existe?- hizo una breve pausa como para darme tiempo para responder pero yo no puede articular palabra-. ¿Y qué harás con respecto a su fuerza?

- No sé, qué importa eso.

Torció la boca.

- Por cortesía estoy procurando no ser demasiado explícito.

Me relamí los labios nerviosa, ni se me había cruzado por la cabeza que pudiese llegar a lastimarme de modo alguno y menos... me frené en seco-. Vicente no me haría daño.

- Por qué estás tan segura de ello.

No pude hacer nada para no sonrojarme, si realmente Vicente y yo llegábamos un día a ser algo, estaba segura que él no me lastimaría, aunque no tuviese base alguna para asegurarlo.

- Ah... vamos Lucas- resoplé.

- No me refiero a que te lastime de un modo intencional... dudo que pueda pensar con demasiada claridad en un momento así... simplemente puede perder el control y...

- Ya te entendí.

- Simplemente procuro ayudarte a ver las cosas que no quieres ver.

- Yo no te pedí que hagas eso.

- Tienes que sopesar todos los aspectos. Qué harás cuando tú tengas ochenta y él siga viéndose como alguien de veintitantos.

Una horrible imagen me vino a la mente, la aparté de inmediato.

- ¿Y bien? Puede que sea lindo y agradable por un tiempo, que logres soportar sus viajes de trabajo y el hecho de que sepas que está enviando a otras personas al Infierno, incluso que jamás te des cuenta del pestilente olor a violetas que empieza a soltar con el tiempo, luego qué... ¿Qué es lo que vas a hacer, Eliza?

Sus palabras me hicieron empequeñecer.

Lucas se bajó de la cama.

- Soy un entrometido, no es mi problema. Olvida lo que te dije.

Me encogí sobre la cama, y acabé hecha un ovillo contra las almohadas. Tuve una idea que jamás antes hubiese querido plantearme, que ahora parecía tan clara y sensata que no comprendí cómo no había tomado conciencia de ello antes.

- Nunca te pasó sentir que darías todo lo que tienes por alguien más, incluida

tu vida o incluso tu alma.

Los ojos de Lucas me atravesaron con la contundencia de certeros flechazos.

- ¡No te dije todo esto para que se te ocurriera semejante barbaridad!- me gritó como un desaforado. Subió tanto la voz que estuve segura de que Vicente lo había escuchado desde afuera, desde el cobertizo-. ¿Qué tienes en la cabeza?!
¡Estás rematadamente loca, no sabes lo que dices!

Se abalanzó sobre la cama, creí que me saltaría encima.

- ¿Realmente crees que esa es la solución?

- Vicente no puede dejar de ser lo que es pero yo sí.

- ¿Te convertirías en un demonio por él?

Asentí con la cabeza. Asentí con el alma porque me di cuenta de que sí, daría cualquier cosa por él.

- ¡Genial! Entonces eso significa que no te molesta en lo más mínimo tener que salir a comprar almas, ni vivir la eternidad sin amigos, sin familia, sin un hogar, sin nada.

- Lo tendría a él.

- Sí, claro... lo tendrías a él...- masculló con un tono socarrón.

- Si lo hago, además sería el fin de toda esta locura, ya nadie me perseguiría para quedarse con mi alma, y ustedes quedarían libres de toda persecución y sospecha también.

- Gracias por tu acto de arrojo- chilló-. ¿Para qué mierda le dijiste a Vicente que no querías venderle tu alma, así sí, que todo habría sido mucho más sencillo?!

- Es un buen plan.

- ¿De verdad?, a mí me da que no- soltó escupiendo las palabras al aire.

- Lucas...

- No, hablo en serio.

- ¿Cómo lo hago?- le pregunté después de que su respiración volvió a ritmos más normales.

Soltó una carcajada burlona.

- Puede que no aprecies el valor de tu alma, pero para mí, es demasiado importante para vivir con el peso de condenarla una eternidad infernal.
¡Olvídalo, no pienso decírtelo!

- Lucas, por favor.

- No, por lo que más quieras, ¡piensa en lo que me pides!

- Vicente es lo que más quiero, y lo vale, lo justifica todo.

- Se te soltó un tornillo o te insolaste, no lo sé. Es obvio que esta noche no

eres tú misma. No pienso seguir discutiendo esto-. Se alejó de mí para finalmente sentarse debajo de la ventana abierta con la espalda contra la pared.

- Nunca antes he sido tan yo misma como esta noche.

- Estás loca- masculló entre dientes-. Duérmete, tengo trabajo que hacer.

Algo decepcionada por su rotunda negativa, apagué la lámpara y me acosté dándole la espalda. Caí rendida casi de inmediato. No recuerdo haber soñado nada.

...

La mañana llegó extrañamente silenciosa, ninguno de los tres pronunció más que un “buenos días” o las palabras de cortesía para ofrecer café, pasarnos el dulce o la leche. Saltaba a la vista que cada uno de nosotros estaba muy ocupado con sus propios pensamientos. Era raro, quien nos hubiese visto de fuera habría pensado que aquella era una escena cacera completamente normal y tranquila; en realidad la tensión flotaba sobre nosotros como una burbuja difícil de explotar.

Otra cosa muy particular -al menos para mí- sucedió esa mañana: Vicente desayunó con nosotros, y no me refiero a simplemente sentarse a la mesa, se sirvió una taza de café y remoloneó con una tostada untada en manteca y dulce hasta que finalmente la terminó. Aquel hito quedaría marcado como la primera vez que probaba bocado desde que llegamos a la casa. Sé que podía no tener nada que ver con lo que yo estaba pensando, que quizá estuviese bebiendo café y comiendo pan con dulce porque simplemente tenía ganas de hacerlo, pero a mí me dio la impresión de que tenía otras razones de más peso para hacerlo. Desayunar, en suma, comer, era un acto muy humano, uno que demostraba que podía rebajarse a mi estatus de ser humano, incluso bajo aquellas condiciones de tensión y peligro.

Suena ridículo hasta para mí, sin embargo el pecho se me llenó de alegría al verlo comer. Tanto es así que le sonreí, él me miró sin comprender mi felicidad y siguió con lo suyo.

Lucas también reparó en la rodaja de pan que Vicente sostenía con las yemas de los dedos mientras con la otra mano jugueteaba con el celular.

- Viene la lluvia- comenté despreocupadamente.

Un trueno sacudió la atmósfera. Se levantaron ráfagas de aire que iban en todas direcciones levantando nubes de polvo. El aire polvoriento se coló por

las ventanas y la puerta de la cocina, trayendo el olor a tierra y madera mojada. Otro trueno retumbó de manera espectacular. Nos miramos entre los tres y menos de un segundo después la lluvia se desató con una fuerza espectacular. Caía agua en forma de gruesos gotones.

Un rayo iluminó el interior de la cocina con un resplandor blanco y una fracción de segundo más tarde, sonó el trueno; ese rayo sí que había caído muy cerca de la casa.

- Hoy no habrá excursión al río- bufó Lucas desilusionado.

Con Vicente nos miramos por un momento, yo le sonreí y él me devolvió la sonrisa.

El ambiente se llenó de una humedad pegajosa, se notaba cómo la lluvia liberaba el calor contenido en el hirviente campo.

Con la lluvia a modo de música de fondo, terminamos de desayunar. Yo no tuve problema en quedarme sentada a la mesa compartiendo aquel espacio con Vicente, pero por lo visto, para Lucas eso era insoportablemente aburrido; se levantó de la mesa arrastrando la silla de mal modo mientras intentaba hacer mucho ruido, incluso armó un escándalo para levantar su taza de la mesa y luego lavarla.

Nos dejó entre bufidos.

- ¿Qué tal dormiste anoche?- me preguntó Vicente en cuanto nos quedamos a solas.

- Muy bien, no tuve pesadilla alguna, supongo que mi mente no presenta ningún reto para Lucas.

Vicente me puso cara de pocos amigos.

- Quisiera que existiese otro modo de mantenerlos lejos.

- Ya te dije que no me preocupa que Lucas entre en mi mente. No causa daño alguno, todo lo contrario, creo que veo las cosas con más claridad desde que él me permite descansar tan bien.

- Me tranquiliza que lo tomes de ese modo- dijo con cierto cinismo.

- No te preocupes, no es algo de lo que voy a culparte luego.

Torció la boca.

- ¿Tienes las llaves, el dinero y lo demás contigo?

Me palmeé el bolsillo del pantalón.

- Muy bien, lleva todo siempre contigo.

- No tienes miedo de que me robe tu camioneta para largarme de aquí.

Revoleó los ojos.

- No soy muy buena conduciendo, ¿no te asusta que le haga un bollo si la

conduzco?

Ahora los puso en blanco.

- De ahora en más es tuya, puedes hacer lo que gustes con ella, menos huir antes de tiempo, claro está.

- Hablas en serio, ¿me regalas tu camioneta?

- Es tuya.

- ¿Y eso por qué?

Se encogió de hombros.

- Te la devolveré sana y salva cuando todo esto termine.

Me miró sin parpadear por más tiempo de lo humanamente posible, tanto es así que me dio tiempo para admirar sus increíbles ojos grises. Cuanto más los veía más me convencía de que no existía palabra alguna lo suficientemente buena que pudiese hacerles justicia.

- ¿Puedo hacerte una pregunta?- susurré cuando me fue posible desprenderme de su mirada.

Como el que calla otorga, tomé su silencio como un sí.

- Lucas me explicó que ustedes también tienen muy buen olfato, probablemente uno que funciona mucho mejor que el mío.

Asintió con la cabeza y parpadeó un par de veces para luego apartar la mirada.

- Sólo por curiosidad, a qué huelo yo.

La frente de Vicente se tensó de golpe. Sus ojos grises cobraron una profundidad inconmensurable, tanto es así que sentí que podría perderme en ellos. De repente todo lo ajeno a nosotros dos, incluida la mesa, las sillas en las que estábamos sentados, la cocina y hasta la mismísima casa desapareció. Apretó los labios; le llevó una buena cantidad de segundos decidirse a articular palabra.

- Tú hueles a la ternura del pétalo de una rosa, al frescor del anís estrellado, a la cálida vainilla... a la suavidad del azahar y al picor del jengibre. Tienes un aroma refinado, rico, dulce y fuerte, casi satinado y algo fresco- su voz fue muriendo poco a poco hasta que nada más quedó nuestro silencio y el sonido de la lluvia cayendo.

En cualquier otra situación lo que acababa de oír me hubiese resultado de lo más cursi y tonto, no era del tipo de mujer a la que le gusta que le reciten poesía ni nada por el estilo, pero no lo puedo negar, sus palabras fundieron mi cuerpo.

- ¿Huelo a todo eso para ti?

- Sí- respondió sin despegar sus ojos de los míos.
- Mi olfato no le llega a los talones al tuyo- jadeé quedándome sin aire.
- Eso no importa, tú hueles mejor que yo.

Creí que el corazón iba a salirse por la boca de la emoción.

Despegó los labios, creí que iba a pronunciar algo pero no lo hizo.

- Eres mejor de lo que crees. Eres perfecto para mí.

No pegó ningún grito ni salió corriendo, simplemente se quedó muy quieto sobre la silla, me figuro que procesando e intentado asimilar mis palabras una a una.

- Te amo- le dije y lo soportó con una entereza que no había mostrado antes. Solamente faltaba, para que el momento fuese completo, que me contestara que él también me quería.

- Yo no podría hacerte feliz ni en mil años, no tanto como acabas de hacerme feliz a mí. Y sin duda no puedo darte lo que te mereces-. Hizo una pausa-. Creía que ya no era capaz de sentir nada parecido y por eso te estaré eternamente agradecido, me devolviste a la vida; lamentablemente...

- No, no digas nada más. Sé que soy capaz de convencerte de lo contrario.

- Eliza...

- No, es cierto, tiene que haber una oportunidad en alguna parte para nosotros. Si logramos estar juntos, en el lugar que sea, del modo que sea, ese será un buen final feliz para mí.

- Ese lugar y ese modo no existen. Quisiera poder crearlos para ti pero no tengo la capacidad, soy un simple demonio, uno que te ama más de lo que ha amado jamás a nadie, incluso a sí mismo, es por eso que estoy dispuesto a arriesgar todo por ti... vales eso y mucho más, pero nosotros- negó con la cabeza-, nosotros no tenemos futuro.

- Entonces, a quién le importa el futuro si el presente es lo único que tenemos.

- Yo no tengo futuro; tú sí, es por eso que no pienso hacer nada que vaya a lastimarte más tarde. Si dejamos las cosas como están, te resultará más sencillo retomar tu vida. Dejémoslo así y de este modo siempre será lo más maravilloso que hayamos tenido nunca, al menos yo lo recordaré así, tú siempre serás lo mejor para mí... encontrarás alguien mucho mejor que yo, alguien normal que pueda hacerte feliz, que te dé una vida que puedas vivir. No es más sencillo para mí de lo que es para ti.

- No, no es fácil oírte decir las cosas que dices; si me amas...

- Que no te quede duda de eso- soltó interrumpiéndome.

- Si me amas, no me dejes.

Vicente estiró un brazo y con su mano, cubrió las mías.

- Siempre cuidaré de ti y créeme, mi corazón estará siempre contigo, pero por tu bien, cuando todo se resuelva, te dejaré en paz-. Me apretó las manos-. El perfume no tiene nada que hacer junto a la pestilencia- soltó sonriendo a medias.

31. El natural desarrollo de las cosas.

El resto del día transcurrió de un modo muy extraño, no paró de llover y a medida que pasaron las horas, fue refrescando tanto que acabé acurrucada en el sillón, abrigada con mi campera de jean, intentando concentrarme en el libro de amarillentas páginas que tenía entre las manos, el cual encontrara de casualidad en un cajón de la vieja cómoda del living. Lucas estaba sentado a mí lado sin hacer otra cosa que mirarme. Algo más, aparte del aire, se enfrió. Desde nuestra charla en la cocina, Vicente se desvivió por mantenerse lo más alejado de mí que le fue posible, ocupando su tiempo en cosas que a todas luces, no tenían importancia alguna. A sus intentos de evitarme, se sumó, para complicar el ansiado momento a solas, que deseaba tener con él para completar nuestra charla, que estábamos encerrados en la misma casa con Lucas y él parecía negarse a separarse de mí por más de dos minutos.

- ¿Es interesante?

- No mucho- le respondí y lo cerré-. ¿Quieres algo de la cocina?- le pregunté al levantarme. Ya estaba anocheciendo, supuse que Vicente estaba en la cocina preparando la cena y quería aprovechar la oportunidad para seguir con lo nuestro.

- No, gracias. Quédate aquí leyendo, me dices que quieres y te lo traigo.

- No, está bien, quiero estirar un poco las piernas, llevo mucho rato aquí sentada-. Intuí que Lucas no quería dejarme ir, por eso no le di tiempo a replicar y me largué directo hacia la cocina lo más rápido que me permitieron mis torpes piernas.

Acerté en un cien por ciento a mi suposición, Vicente estaba en la cocina preparando la comida.

Como quien no quiere la cosa, me le acerqué con la excusa de sacar un vaso de la alacena y luego me serví un poco de agua.

- Necesitas ayuda-. Me ofrecí después de beber unos sorbos. Él picaba unas cebollas a toda velocidad; desvió sus ojos de la cebolla para mirarme pero siguió picando-. No puedo hacer eso pero puedo ayudarte con alguna otra cosa.

- Pon un poco de manteca y aceite en la cacerola para rehogar el arroz.

Hice lo que me pidió, el fuego ya estaba encendido así es que puse la cacerola sobre la hornalla para que él pudiese echar las cebollas y el arroz dentro. En la pava bullía el agua de modo que la aparté un poco del calor.

Nos distribuimos las tareas moviéndonos por la cocina a un ritmo perfectamente acompasado que casi podía decirse que hubiese estado coreografiado de antemano.

Así, tranquilos, y con la verdad ya dicha, fluíamos libremente, por eso es que me dio la sensación de que el natural desarrollo de las cosas, no se detendría por su oposición y miedo, y ni siquiera por la incertidumbre que causaba en mí, un futuro que ni siquiera lograba imaginar.

Parecía no importar nada más que el ahora y para mí estaba bien con eso, era sumamente agradable tenerlo a mi lado y no sentir que le pesaba mi compañía ni que se sentía culpable por tenerme aquí, en el medio de la nada, en la penumbra de las lámparas de aceite, con una tormenta fuera de serie, cayendo afuera, sin tregua.

- Por qué casi siempre nos veíamos en las noches.

Vicente revolvió el arroz y me miró.

- Te refieres a las veces que salimos juntos para que yo te mostrara...

- Sí- solté cortándolo.

- Tú eras mi trabajo nocturno- me explicó.

- ¿Era tu trabajo nocturno? ¿Y cuál era tu trabajo diurno?- curioseé yo ya más repuesta del atolondramiento de la mañana, el perfume de la tierra humedecida por la lluvia que nos rodeaban resultaba revitalizante.

- No querías saberlo- dijo esquivando mi mirada y destapó la cacerola en la que se cocinaba las albóndigas en la roja salsa de tomate que soltaba un fuerte aroma a laurel.

- Te lo estoy preguntando.

- No quieres oír la respuesta.

- Sí, sí quiero. Quiero saber todo de ti, sin importar cuan malo a ti te parezca, permite que yo me haga cargo de juzgar si es apto o no para mi débil persona.

Puso cara de fastidio.

- ¡Bien! Entonces soy yo quien no quiere oírlo- tapó la cacerola y se dio vuelta

para tomar la sal de encima de la mesada.

- ¿Por qué?

- Porque no- soltó tajante.

Dejó que se relajara un momento y luego perseveró con una mirada.

- No voy a decírtelo. No me gusta discutir esas cosas contigo.

- Vamos, estoy curada de espanto. No me importa lo que sea, solamente quiero saber qué hacías cuando no estabas conmigo y qué fue lo que hiciste durante estos últimos cien años antes de conocerme.

- Si ya sabes lo que he estado haciendo- entonó en tono cansino.

- Sí, has ayudado a muchos lo mejor que pudiste.

- Por lo visto eres muy influenciable- echó sobre la salsa un puñado de perejil fresco-, me pregunto porqué no logro convencerte de otras cosas.

- Porque no lo soy tanto- desplegué una sonrisa que no tenía otro objetivo que hacerle frente-, ahora que te conozco mejor puedo comprender tu punto de vista. Puedo soportarlo.

- No, no creo que puedas.

- No soy tan débil.

- No es eso, además ya me percaté de que eres dura como una roca.

Obvie lo último que dijo.

- ¿Entonces por qué es?

- Todo va a cambiar si te lo digo, seguro que no vas a continuar mirándome de ese modo y no quiero perder eso.

Se me aflojaron las piernas.

- Además, creo que ya tuviste suficiente por una vida con las cosas que sabes- añadió muy apurado intentando tapar lo que acababa de pronunciar, lo cual era un salvo conducto completamente obsoleto, ni más ni menos que pretender tapar el sol con una mano.

- ¿De qué modo te miro?

Vicente se cerró por completo.

- Fin de la discusión. No pienso decírtelo.

- Estoy en desventaja contigo en ese sentido y lo sabes... o al menos tendrías que saberlo, conoces de mí mucho más que yo de ti. Dudas que lo que siento sea lo suficientemente fuerte para poder soportar lo que tengas para decir.

Me lanzó una mirada de reojo.

- Al menos podrías contarme algo de tu vida humana.

- Mi vida humana tampoco me enorgullece demasiado.

- Deja de estar todo el tiempo menospreciándote, al menos por respeto a lo

que siento por ti. Para mí eres lo mejor que he tenido en la vida, de modo que si dices que eres malo, eso significa que mi vida realmente es una porquería y eso me ofende. Yo te quiero y te necesito.

Vicente clavó sus ojos en mí, cada vez que hacía eso yo me estremecía de pies a cabeza.

- No quiero que me adores con esos ojos embelesados de quien admira la más increíble de las obras de arte, quiero que me ignores como si yo fuese la cosa más horrorosa de este mundo, la más repulsiva...- jadeó. Apretó los párpados y con los talones de las manos se apretó la frente en un gesto desesperado-. No quiero que me necesites, quiero que me odies con toda tu alma- masculló entre dientes. Apartó las manos y me miró a los ojos. Súbitamente sus ojos grises habían cobrado ese aspecto de hierro al rojo vivo. Estaba enojado conmigo sin duda, pero consigo mismo también, yo comprendía la razón de lo primero, sabía que podía ser exasperante, por lo segundo... por lo segundo no encontraba motivo alguno-. Te lo ruego, Eliza...- dijo con voz estrangulada apartándose de mí-. Estoy intentando resistirme a esto pero dudo poder continuar haciéndolo. ¿No ves que soy malo, que pido mucho más de lo que puedes dar?! Terminaré arruinándote y eres la cosa más maravillosa que haya conocido jamás-. Negó con la cabeza-. No quiero eso para ti. No me perdonaría jamás, ser el responsable de eso y vivir la eternidad con semejante carga, sería insoportable.

- Si lo que te preocupa es que yo muera, pues ya no lo hagas, no tengo miedo de morir, tú lo dijiste una vez, hay cosas peores en este mundo.

- Sí, yo soy eso... lo peor de este mundo.

- No digas ridiculeces, por favor.

- Alguno de los dos tiene que actuar con sentido común y si no puedes, entonces debo ser yo quien tome la decisión correcta.

- No te auto condecoras con laureles, no tienes toda la razón.

- ¿Es que acaso se me escapa algo?

- Sí, hagas lo que hagas, no puedes borrar lo que pasó. Por más que te alejes de mí en este mismo instante, nada va a cambiar- avancé un paso hacia él-. Lo que yo siento va a seguir estando allí, estés tú aquí o no. No va a cambiar...- repetí suavemente.

- No sabes lo que dices- gruñó sin mirarme, alejándose para recuperar la distancia que antes impusiera entre ambos.

Avancé hacia él con la intención de tomarle la mano pero se apartó. Mi segundo intento lo dejó entre la mesada y yo, no tuvo dónde escapar y me

figuro que ya no tenía más voluntad para hacerlo. Estiré mi mano y la posé sobre la suya, estaba tan cálida como siempre, más cálida que la de cualquier ser humano. No hizo ni el más mínimo ademán de apartarse, aun así, continuó esquivando mis ojos. Levanté la otra mano y la apoyé sobre su mejilla, por un instante ladeó la cabeza para evitar que lo tocara pero ya no podía ir muy lejos. Acaricié su piel, era suave, perfecta, lisa y tersa como el brillante más puro.

Mi mano se quedó allí instalada, nunca lo había tocado así, adrede; resultó una experiencia más que extraña y placentera, era como palpar algo increíblemente vivo, como estar junto a un volcán a punto de hacer erupción, tan excitante como meter las manos en el fuego con la certeza de que no te quemaras. Era absolutamente glorioso.

Me miró directo a los ojos. El hierro de su mirada ya se había enfriado.

Poniéndome en puntas de pies, me estiré un poco más y lo besé primero muy lentamente, hasta que finalmente el perfume que emanaba de sus labios apenas entreabiertos me hizo perder la cabeza. Fue más que el contacto de sus labios contra los míos. Si antes se había opuesto a mí, ahora estaba dispuesto a recibirme de brazos abiertos. En cuanto despegó los labios, la cabeza empezó a darme vueltas, por suerte, que puso sus manos en mi cintura y las instaló allí con fuerza, de otro modo me hubiese caído de espaldas. Fue indescriptible, algo imposible de traducir con palabras porque simplemente, no tenía con qué compararlo. Al instante se me antojó mucho más que esto, se me antojó tenerlo todo y por siempre; Vicente era lo que me faltaba, lo que necesitaba, lo que siempre había buscado sin creer que realmente llegaría a tenerlo un día.

Mis manos se hundieron en su cabello y las suyas apretaron la carne de mi espalda buscando mis costillas.

Desesperada me colgué de su cuello. Llevaba demasiado tiempo deseando esto. Lo quería para siempre conmigo. Su perfume se transformó en sabor en mi lengua y el calor de su cuerpo hizo arder las partes del mío que se apretaban en busca de su piel.

No quedó parte de mi cuerpo que no resultase afectada de la locura que provocaba en mí.

Tuve la impresión de que el alma se me escaparía del cuerpo.

Vicente hizo que me sintiese a un paso del Cielo, a un paso del Infierno mientras sus labios se apartaban de los míos para recorrer mi mandíbula y luego mi cuello.

Un jadeo se me escapó de los labios. ¿Sería mi alma?

Si así se sentía ser lo que él era, deseaba serlo por siempre a su lado.

Sus labios volvieron a los míos haciéndome saber que lo nuestro no haría más que mejorar a cada segundo.

Con una eternidad por delante, el universo quedaría pequeño en comparación con el tamaño de aquello que nos unía, de lo que nacía de nosotros cuando estábamos juntos.

Nos separamos, no pude dejar de sonreír, estallaba de felicidad; él se rió de mí, o conmigo, no lo sé, el caso es que su sonrisa iluminó la cocina y me convenció de que hacíamos lo correcto. Si esto era así de bueno no podía y sin duda, no debía, terminarse en un abrir y cerrar de ojos.

- Puedo acostumbrarme a esto- le dije todavía con la cabeza dándome vueltas y él volvió a taparme la boca con sus labios.

Esta vez me colgué de su cuello y él se apretó contra mí haciéndome sentir que mi cuerpo y el suyo se fundían en uno solo. Ni mis manos ni las suyas, lograron quedarse quietas, evidentemente yo no era la única que llevaba demasiado tiempo reprimiendo lo que sentía. Quise aprenderme su cuerpo de memoria y me entregué a que él reconociese en mí disfrutando de cada caricia.

Mi necesidad se hizo suya y la suya mía. Creí que no iba a poder separarme de su lado.

- Sí, definitivamente puedo acostumbrarme a esto- balbuceé atontada cuando con suma delicadeza, me apartó de su lado. Instintivamente me llevé la mano a los labios, tenía la impresión de tener el alma en la boca. Estaba fuera de mí. Mis pies no tocaban el suelo.

Vicente meneó la cabeza sonriendo, pero de repente, se le borró la sonrisa de la cara y me apartó de su lado, me dio la espalda y removió el arroz.

Oí los pasos deteniéndose, giré la cabeza y vi a Lucas parado bajo el dintel de la puerta.

- Huele a quemado- dijo poniendo mala cara.

- El arroz, se pegó un poco al fondo- le explicó Vicente al tiempo que vertía agua con la pava sobre el arroz pegado sin dejar de removerlo.

- ¿Necesitan ayuda?

Por el tono que usó para decir aquello me pareció que realmente no se ofrecía para nada, nos había visto, y lo que había visto, no le agradaba ni un poco.

- No, no hace falta, ustedes dos pueden regresar al living, yo terminaré aquí, no se preocupen, los llamo cuando la cena esté lista.

Yo no me moví de mi sitio, lo que provocó que Vicente me hiciera una mueca

que a todas luces, tenía pinta de ser un ruego para que me largara de allí con Lucas. Su actitud me hizo preguntarme a qué le tenía miedo ahora; si Lucas y él convivían en la misma casa y obviamente tenían una relación lo suficientemente buena como para que accediera a meterse en problemas por mí, qué tanto podía preocuparle su opinión sobre nosotros dos, es más, las cosas se hallaban en un punto en que realmente, si nosotros estábamos decididos a seguir adelante, qué derecho tenía él a objetar.

Me fui, lo dejé; no de buen grado, ya se lo haría saber, aunque creo que adivinó que algo de eso había, cuando le devolví una cara de perro que no tenía intención de borrar cualquier atisbo de duda sobre mi enojo.

Suspirando me tiré sobre el sillón; abrí el libro por la mitad, buscando alguna frase que atrajera mi atención para desviar mi cerebro de los agradables recuerdos de unos momentos atrás. Pasé las páginas de atrás para adelante y luego de adelante para atrás. Finalmente me detuve en una página cualquiera y comencé a leer; iba por la mitad de la hoja cuando el nítido y claro efluvio llegó a mi nariz. Alcé la mirada por sobre el contorno del libro y me encontré con Lucas, perforándome con sus ojos negros, de brazos cruzados y con la frente fruncida en un momento de arrugas, que no habían estado allí un momento atrás.

- ¿Estás enojado?

El olor era demasiado característico.

- Acertaste.

Cerré el libro.

- No tienes por qué estarlo.

- Pues lo estoy, no entiendo cómo es que puedes hacerte a ti misma una cosa semejante.

- No hago nada malo, solamente intento ser feliz.

- No sé si enojarme más contigo o con él.

- Lucas por favor, no podrías alegrarte por mí aunque sea un poquito.

- No, no puedo porque sé perfectamente bien que esto no va a durar.

- Gracias- rezongué.

- Es en serio.

- Yo también hablo en serio. Te estoy pidiendo que seas mi amigo.

- Los amigos están para ayudar y es eso mismo lo que pretendo hacer aquí.

- Diciéndome que lo que siento está mal no es ayudar. Ya no sé si me importa cuanto vaya a durar, quisiera que fuese para siempre pero sabes... no pensé

que iba a tener la posibilidad de sentirme así nunca, ni siquiera con Cristian me sentí así. Esto es mucho más de lo que yo haya tenido posibilidad de experimentar antes... es como tocar el cielo con las manos, igual que tenerlo todo, absolutamente todo. Con Vicente es como si hubiese encontrado la pieza que faltaba en mí.

Lucas sacudió la cabeza.

- Ponte en mi lugar, intenta comprender. Por favor, no quiero que esto se convierta en un tema de discusión entre nosotros. Prométeme que intentarás aceptarlo.

- No sé si soy capaz de tanto, mi capacidad reflexiva no es la de un demonio adulto, soy simplemente un chiquillo en esto.

- ¡Tonto!

- ¡Loca!

No lo discutimos más. Me guardé para mí la esperanza de que al menos intentara ver las cosas del modo en que yo las veía, quizá fuese conveniente no fomentar demasiado mis esperanzas, lo cierto es que en el estado en que me encontraba: exultante de felicidad, todo, absolutamente todo me parecía posible.

Resultó en extremo complicado encontrar un segundo de paz para darle las buenas noches a Vicente y despedirme de él aunque fuese con un rápido beso, milagrosamente lo conseguí. Luego de eso, Lucas me escoltó a mi cuarto y en cuanto me dejé caer sobre el colchón, se sentó a mí lado, por suerte -y como se había comprometido a intentarlo- no volvió a la carga con sus intentos de convencerme de que no debía continuar soltando cada vez más rienda a lo que sentía.

Lo cierto es que las cosas nunca paran de desarrollarse, todo está en constante movimiento, y así también mi amor, que ya corría libremente igual que un caballo desbocado. Por primera vez no me preocupaba sentir que tenía el pecho abierto en dos, que estaba por completo al descubierto, porque sabía que ahí estaría Vicente para evitar que perdiese ni una gota de sangre, para evitar que ojos indiscretos me viesan así al desnudo. Sinceramente en este momento no lograba tener ni un solo pensamiento racional, eso me hacía sentir algo culpable, porque aquí estaba yo, muy enamorada y feliz mientras mi mundo literalmente se caía a pedazos.

Me dormí abrazada a la almohada rememorando una y otra vez nuestros besos, y las palabras con las que me dijo que me amaba.

...

Abrí los ojos, bostecé y me desperecé. Había dormido tan bien y tan profundo que tenía la impresión de haber marcado un profundo surco en el colchón y roto la cama. Ya era pleno día y el sol brillaba otra vez, por suerte no hacía tanto calor, la lluvia había servido para otros fines que para darme el día más perfecto de toda mi existencia.

Recorrí la habitación con mis ojos hinchados y no encontré a Lucas por ninguna parte, supuse que ya habría bajado a desayunar.

Antes de entrar a la cocina, me tomé mis diez minutos humanos y pasé por el baño a intentar recomponer mi aspecto. Me peiné el cabello, me lavé la cara y los dientes, y procuré estirar un poco las ropas con las que había dormido. La llave, el dinero y el papel con él número de teléfono de Ariel todavía se encontraba en el bolsillo de mi pantalón.

A medida que me fui aproximando de la puerta de la cocina, me percaté del silencio que rondaba en la casa, me pregunté si éste se debía a que ésta estaba vacía o a que sus otros dos ocupantes no se dirigían la palabra.

Antes de poner un pie dentro, Vicente ya había dirigido sus ojos hacia mí.

- Buenos días- me saludó con una grandiosa sonrisa. Evidentemente, él, así como yo, con el pasar de las horas se sentía cada vez más a gusto con lo nuestro.

- Buenos días- le contesté mientras avanzaba directo hacia él para caer en sus labios. Lo besé y me devolvió el beso con ganas y sin remordimientos.

- Una vez alguien me dijo que no se sabe lo que es la sed hasta que no se bebe por primera vez- soltó al separarnos.

- La frase nos cae maravillosamente bien-. Me acomodé en la silla vacía que tenía a su izquierda.

- ¿Café?

- Sí, gracias-. Tomé una tostada-. Quien te enseñó esa frase.

- Fue Ariel- explicó parpadeando nervioso, sin duda le temía a mis preguntas-. Y antes de que me pidas más explicaciones permítame decir que utilizó esa frase para describir algo mucho menos placentero que esto... algo a lo que en realidad en todo este tiempo, no he llegado a acostumbrarme.

Dejó la taza frente a mis manos inmóviles y se sentó a mi lado.

- Esa sed es la tentación que provocan las almas.

Respondió que sí, con un movimiento de cabeza.

- Fue una de las primeras cosas que me dijo y aún hoy, no logro borrarlas de mi mente.

- ¿Te provocó sed en más de un sentido?

Me miró y sonrió.

- Al principio, cuando recién te conocí, sin embargo en cuanto me di cuenta que había algo más en medio de tu alma y yo... dejé de sentirlo, simplemente así.

- ¿Y cuando fue eso? Exactamente.

- ¿Tienes que saberlo todo?

- Qué te cuesta decírmelo, simplemente quiero saber cuándo te percataste de que estabas enamorado de mí.

Vicente se rascó la nuca.

- ¡¿Qué?! ¿Te da vergüenza admitirlo?

- No estoy acostumbrado a llevar adelante este tipo de conversaciones.
- Ni yo, esto es tan nuevo para mí como para ti, es la primera vez que conozco a alguien tan extraordinario.
- Esto te está afectando más de lo que pensé que te afectaría.
- No te preocupes por mi salud mental y dímelo. ¿Cuándo fue?
- Lo supe el veintinueve de diciembre. Eso es lo suficiente exacto para ti.

Le sonreí.

- No fue accidental que me topara contigo cuando ibas de camino a pasar la velada en la casa de tus padres, fue allí, en esa avenida en la que casi más te matan más tarde, que me di cuenta de que me había enamorado. Esa noche, cuando te dije que no estaba trabajando, era en serio. Me encontraba ahí porque necesitaba verte, nada más. No me fue fácil aceptarlo, sabía lo que sentía por ti y de todas maneras continuaba creyendo que debía limitarme a hacer mi trabajo y punto. Y al final terminé dándome cuenta de que no podía seguir adelante así, y que tampoco podía dejar que te acercaras más a mí, por tu seguridad, debía hacer que me odiarías.

- No te resultó.

Resopló por la nariz al tiempo que sonreía sin despegar los labios.

- No, no resultó-. Se pasó las manos por el cabello-. Mejor no hablemos de esto.

- Esto no tiene nada de malo.

- Sí, me recuerda lo que estoy haciendo-. Me contestó él con un susurro todavía más suave y bajo que el mío.

- Me estás haciendo feliz, nada más- extendí una mano y le acaricié la mejilla; tenía que tocarlo para asegurarme que era real, de carne y hueso-. Todavía no puedo creer que esto esté pasándome a mí- se me escapó una sonrisa.

- ¿Qué voy a hacer contigo?

- Lo que se espera de estas situaciones- le contesté con picardía.

Vicente soltó una carcajada.

De pronto necesité que alguien me diese un buen pellizco para demostrarme que no soñaba, que era real, que así como yo lo amaba él me amaba; no mejor no, que nadie me pellizcara porque si realmente estaba soñando me despertaría y no quería que este sueño tan agradable, terminase.

Me dieron unos calambres en el estomago porque me asustó ver que realmente era cierto y no cualquier basura con la cual se intenta enmascarar la soledad del corazón. Me aterrorizó pensar que, con mis antecedentes de desaciertos y malas elecciones, esto fuese a terminar mal también, o que por el contrario,

como iba tan bien, alguien intentase arrebatármelo. En ese momento me dieron ganas de abrazarlo y no soltarlo jamás, por eso me estiré y lo besé.

Lucas entró a la cocina por la puerta que daba al lateral de la casa echándonos una mirada de reprobación que me cayó terriblemente mal.

- Tuve el motor en marcha un par de minutos, creo que logré repararlo- soltó medio de mal modo al tiempo se enjabonaba las manos para quitarse lo negro (supuse que debía ser aceite, grasa o algo así).

- Bien, gracias, me alegra oír eso, pensé que tendríamos un problema.

- ¿La camioneta se averió?- me metí yo.

- Cuando fui al pueblo hizo un ruido raro, es por eso que le pedí la Lucas que le echara un vistazo, por las dudas- se encogió de hombros y me acarició el dorso de la mano con la yema de su dedo gordo- no quiero que te deje a pie si llegas a necesitarla- añadió sonriéndome.

- No se preocupen- nos cortó Lucas- no va a volver a fallar.

Esta vez fui yo la quien le agradeció, necesitaba que Lucas cambiase la cara, me miraba con la misma desesperación con la que puede verse a alguien que se ha recostado sobre las vías del ferrocarril a la espera de que un tren le pase por encima.

Admito que el hecho de que me machacase constantemente con gestos y palabras cuanto creía que yo me equivocaba con querer a Vicente, comenzaba a resultar muy molesto. Tenía que aflojar las cosas con él para poder vivir en paz el tiempo que tuviera junto a Vicente.

- Oigan- Vicente se levantó en busca de más café-, porqué no van al río hoy.

Le lancé una mirada de indignación pero no sé si llegó a verla, me dio la espalda tan pronto como lo fue posible.

- Es eso necesario- consulté-. No es que no quiera salir a dar un paseo después del encierro de ayer, pero todavía intento reponerme de las quemaduras de sol del otro día.

- Aún no te encuentras fuera de peligro- me recordó Vicente sin mirarme; extrañamente llenar su taza de café, le estaba llevando mucho tiempo.

Lucas acusó la verdad cruzándose de brazos y sonriendo satisfecho. Le enseñé los dientes cual perro que gruñe y él en respuesta, me enseñó todos sus perfectos dientes desplegando todavía más su sonrisa.

- Lo mejor es que pasen el día en el río, y si te preocupa el sol, procura mantenerte en la sombra.

Mi buen humor comenzaba a extinguirse. ¿Qué soy yo, una cazurra

descerebrada que no puede darse cuenta de eso sola? Yo no quería decir exactamente lo que le dije.

- Vayan, pásenlo bien- entonó Vicente al acomodarse otra vez a mi lado-. Los estaré esperando con la cena lista.

A regañadientes ayudé a preparar la mochila para nuestra expedición, no quería separarme de Vicente y que fuese él mismo quien me empujaba a hacerlo me predisponía a lo peor.

En fin, con mis pocas ganas, intenté demorar la partida lo más que pude, por eso fue que salimos a medio día, con el sol bien alto ardiendo sobre nuestras cabezas.

En silencio, anduvimos todo el camino hasta el bosque. El fresco de la yesca todavía húmeda y los perfumes reavivados por la lluvia, ayudaron para que me calmara y dejase de sentirme tan enojada con Lucas; por desgracia no fue suficiente para que me olvidara de la razón de nuestra expedición. En cuanto arribamos a nuestro claro junto al río, Lucas no esperó ni dos segundos, se zambulló después de desprenderse de sus ropas -dejándolas así nomás tiradas hechas un bollo contra el tronco caído- y anduvo deslizándose por el agua cual pez durante un buen rato.

Yo me abstuve de alejarme de la sombras, no se me apetecía tener que dormir colgada para evitar al dolor de las quemaduras de sol. No tenía mucho para hacer, de modo que pasé el tiempo observándolo.

Lucas tenía toda la pinta de ser un chico que acaba de terminar el secundario pero que aún no encuentra un rumbo para su vida, un joven que quiere ser hombre... que lo es por momentos, y en otros se comporta como un niño. En cierto modo, yo también era igual que él, quería terminar de madurar de una buena vez y al mismo tiempo me aterrorizaba hacerlo, en los momentos en los que era feliz me sentía como una niña, y si una cosa iba ligada a la otra, prefería continuar siendo una inmadura en algunos aspectos con tal de seguir teniendo momentos de felicidad completa similares a los que viví en la cocina de la casa que abandonáramos ese mediodía.

Pero no estaba aquí, recostada sobre este viejo árbol caído para psicoanalizarme a mí, sino para estudiarlo a él. Con Lucas tuve la oportunidad de conversar sobre muchas cosas, pero realmente nunca hablamos de él, quizá si supiera algo más de su vida, lograría comprender porqué le molestaba tanto que Vicente y yo estuviésemos juntos.

32. La historia de Lucas.

Lucas se sacudió igual que un perro para escurrirse el agua (me mojó a mí y a todo lo que se encontraba en un radio de tres metros) y luego se sentó junto a mí, contra el árbol, del lado del sol, justo en la línea en la que se terminaba la sombra del angosto pino que me protegía a mí, de convertirme en un camarón. Se recostó y cerró los ojos para captar todo el sol sobre su persona. Las gotitas de agua que le quedaron sobre la piel al sacudirse, brillaban cual gotas de cristal partiendo la luz en una infinidad de vibrantes colores. Él era un imán para la luz, parecía atraerla y condensarla toda sobre la superficie de su piel.

- ¿Cómo te convertiste en esto?- solté. La bomba explotó en sus ojos negros en cuanto los abrió para mirarme con cara de sorpresa. La honda expansiva del estallido lo hizo separarse del tronco.

Le devolví la mirada a la espera de mi respuesta.

- ¿No puedo saberlo?

- Le vendí mi alma a un demonio- contestó sin más.

- ¿Fue a Vicente a quien le vendiste tu alma?

Lucas soltó una carcajada al tiempo que sacudía la cabeza negando. Se recostó otra vez sobre el tronco.

- No, no se la vendí a él, ojala hubiese tenido esa suerte- cerró los ojos-. No recuerdo si te lo dije, pero tú fuiste una afortunada, no muchos tienen la posibilidad que se te ha presentado a ti.

- No lo entiendo.

- Con el tiempo lo comprenderás.

- Ya deberíamos ir quemando esa etapa en la que ustedes intentan mantenerme al margen de todo, compré un boleto para este viaje, y no es de ida y vuelta.

- Es que realmente no lo entenderías, es todo muy complicado... mi mundo, nuestro mundo- se corrigió marcando una diferencia a su modo de ver, evidentemente sustancial- es muy diferente a lo que estás acostumbrada por más que creas que ya lo viste todo.

- No soy una adolescente inexperta, de hecho, creo que tengo unos cuantos años más que tú, y ciertamente no voy a desplomarme horrorizada por lo que puedas contarme.

Lucas revoleó los ojos.

- ¿A qué se debe ese gesto?-inquirí yo malhumorada.

- Te lo dije, hay muchas cosas que todavía no comprendes, que no sabes, oficialmente, en lo que respecta a demonios, tienes el conocimiento que puede

tener un niño de cinco años sobre el mundo real.

- Si ustedes dos dejasen de hablar en código y con medias palabras, sin explicarse y ocultando la mitad de las cosas que deberían decir, yo no tendría el conocimiento de una niña de cinco años.

- Todo a su tiempo.

Me dieron ganas de sacarle la lengua, me contuve para no parecer todavía más infantil a los ojos de un muchacho que no debía tener más de dieciocho años.

Solté un suspiro de resignación que hizo brotar una sonrisa en el rostro de Lucas.

- Espero no parecer entrometida, ni demasiado inocente para tu gusto pero...- Lucas se giró la cabeza y me miró-, puedo preguntarte por qué le vendiste tu alma a ese demonio, y no me digas que no voy a entender tus razones, creo que tengo un cerebro que puedo usar y algo de experiencia en el tema, y si no lo entiendo, quizá puedas, en un acto de arrojo y compasión, iluminarme.

- Vicente tiene razón sobre ti.

- ¿Por qué, qué es lo que dice sobre mí?

Meneó la cabeza y sus cabellos se movieron con el viento.

- Nada... nada- canturreó.

- Bien, no me interesa saber lo que él opine sobre mí.

Lucas me devolvió una mirada llena de incredulidad.

- ¿Vas a contarme sobre ti o voy a tener que pedirle a Vicente que lo haga?

- Realmente no hay mucho que contar y es una historia un tanto deprimente y no está provista de un final feliz.

- Ninguna historia puede ser más patética que la mía.

- No estés tan segura.

- Cuéntame.

Lucas se acomodó sobre el pasto y empezó a hablar. - Por la época en que comencé yo era un drogadicto, había abandonado, mis padres insistían en llevarme a un centro de rehabilitación tras otro, aseguraban que me querían y que estarían conmigo hasta el final, que harían lo imposible por alejarme de las drogas. En resumidas cuentas, yo, a cambio de su amor y dedicación por mí, hice lo imposible por alejarme de ellos. No soportaba a nadie, ni a ellos ni a mí mismo. Amaba más a las drogas y al modo en que éstas me hacían sentir, que a ellos. Así que finalmente, un día...- hizo una breve pausa- ...robé los ahorros de mi madre y me fugué de casa con ese dinero y lo que llevaba puesto-. Lucas me miró a la espera de que comentara algo pero no me atreví a decir nada, me había quedado sin aliento ante semejante catarata de

información que se me vino encima de sopetón sin que hubiese tenido tiempo de prepararme para recibirla. Ante mi silencio, continuó-. Viví en las calles por un tiempo. Pasaba la mayor parte del día completamente fuera de mí- se quitó unas basuritas que se le habían pegado en el pecho a causa del agua-, y de noche, me dedicaba a frecuentar bares, me quedaba en ellos lo suficiente para emborracharme hasta perder el conocimiento. Esa fue mi rutina no sé por cuanto tiempo, en ese estado es un poco difícil tener noción alguna del tiempo o de lo que sucede a tu alrededor.

El silencio tomó el lugar de sus palabras.

- Vivías todo el tiempo en la calle... digo, ¿dónde dormías?

- Donde fuera, no me importaba. No tenía absolutamente ninguna obligación para con nadie más que para mi consumo, mis únicas prioridades eran conseguir la dosis del día y en la noche tener suficiente alcohol para entrar en calor.

- Qué sucedió después.

- Después- Lucas soltó un suspiro y dejó que su cuerpo resbalara por el tronco hasta que nada más le quedó la cabeza apoyada contra éste-. Lo que pasó fue que el dinero se acabó-. Se reclinó sobre el césped verde esmeralda apoyándose en los codos y con la mirada perdida en el paisaje y en el cause del río, y continuó adelante con su relato-. Sin dinero para drogas o alcohol, empecé a enloquecer. No sabía qué hacer. Tenía la certeza de que si regresaba a casa me recibirían con los brazos abiertos pero no deseaba la compasión de mis padres, deseaba dinero para poder drogarme y nada más-. Efectuó otra pausa-. ¿Patético no? Te advertí que lo era.

- Por qué lo hacías- fue lo único que atiné a decir.

Lucas se encogió de hombros a modo de respuesta.

- Bien, sin dinero y sin drogas, mi perfecto mundo comenzó a amenazar con desaparecer. Por aquel entonces tenía unos amigos que sin el privilegio de tener una familia a la cual poder sacarle dinero para mantener el vicio, se dedicaban a robar para hacer algo de dinero, de modo que me uní a ellos.

- ¿Robaste?

Lucas sonrió. - No, es decir, lo intenté; era pésimo- admitió arrugando la nariz. No nací para carterista y menos para robar casas, casi me atrapan una vez y eso fue suficiente para mí. Estaba desesperado por dinero pero sabía que si me atrapaban y me encerraban, no valdría ningún dinero del mundo para tener drogas a mi disposición, no al menos en la cantidad a la que estaba acostumbrado.

- ¿Y qué hiciste entonces?

- Algunos de mis amigos me debían favores, con eso me refiero a que yo había comprado drogas en el pasado para ellos, por lo que ahora, se veían obligados a echarme una mano-. Parpadeó lentamente-. Lo malo es que lo que ellos me proveían no era más que una simple limosna para mí, necesitaba más, cada vez más, comenzaba a pasar demasiadas horas sobrio lo cual no me hacía ningún favor, si estás sobrio puedes pensar, si puedes pensar, corres el riesgo de perder la cabeza-. Se interrumpió y me miró-. Pero no me volví loco.

- Eso significa que conseguiste drogas... o dinero.

- Conseguí droga, de la mejor y en cantidades nunca vistas para mí, eso que yo consumía mucho.

- ¿Quién...?- no terminé de pronunciar la frase. La pregunta era quién le había dado la droga. Ya conocía la respuesta, no tenía ninguna duda de que lo que por aquel entonces Lucas más deseaba en el mundo era droga, toda la droga que pudiese tener a su disposición y seguro, que él, por aquel entonces estaba dispuesto a entregar lo único que realmente poseía a cambio de ésta.

- ¿Lo entendiste no?- me preguntó mirándome con sus brillantes ojos negros. Asentí con un movimiento de cabeza.

- Ese demonio se apareció frente a mí, así de la nada y sin más preámbulos me ofreció toda la droga que quisiera, a cambio de mi alma. Debo añadir que no titubeé, es más, ni siquiera cuestioné su existencia ni lo que me decía. Si juraba ser el mismísimo Diablo le hubiese creído con tal de que me diera la droga. Estaba desesperado, al borde de la locura, llevaba un día sin probar nada y todo mi cuerpo estaba en crisis. Sellamos el trato en medio de la calle, frente a un bar lleno de gente.

- ¿Y cómo fue... es decir, de dónde sacó la droga él, cómo...?

- Me gustaría poder decírtelo, lo que sucede es que no lo sé, supongo que la droga salió del mismo lugar del que sale el dinero para pagar la casa, los autos, la ropa, los viajes, la comida y la bebida, y todo lo que tenemos y lo que vamos a tener.

La procedencia de todo aquello era incuestionable, resultaba imposible explicarlo, sólo me restaba suponer que el Diablo tenía sus modos.

- En fin, cinco minutos después mi demonio y yo estábamos parados junto al baúl abierto de un herrumbroso auto que parecía a punto de destartarse-. Abrió muy grande sus ojos oscuros-. La droga que había dentro del baúl debía valer un dineral.

- ¿Te lo dio todo?

- Todo, incluido el auto, lo que básicamente me ponía el mundo a los pies, tenía toda la droga que necesitaba y quizá más que eso.

- ¿Más que eso?

Cuando mi demonio se fue, tuve una grandiosa y estúpida idea. Podía convertirme en proveedor, tenía con que iniciar mi nueva carrera y lo hice. Mis amigos, esos de los que te hablé, conocían a mucha gente y ante la perspectiva de hacer suficiente dinero como para no pasar necesidad alguna jamás otra vez, y con necesidad me refiero a falta de droga, me puse en contacto con esa gente-. Lucas soltó una carcajada seca, sacudió la cabeza y se quedó en silencio.

- ¿No sigues vendiendo droga o sí?

Lucas se recostó en el pasto con las manos por debajo de la cabeza.

- Es irónico, ya no me hace falta. Llevo años sin probar droga y no, no vendo ni trafico. Eso fue hace mucho y ya no me interesa, es más, ya no comprendo siquiera porqué lo hacía.

- ¿Hace mucho?- ¿cuántos años tenías?, para mí no era más que un adolescente.

- Sí, mucho- respondió dando un lánguido parpadeo.

- Cómo fue que llegaste al lado de Vicente- le pregunté más tarde, luego de que dejásemos pasar por sobre nuestras cabezas una bandada de pájaros que no tengo idea de que especie eran, pero que pasaron chirriando estruendosamente en una formación de “v” perfecta.

- Es una larga historia.

- No tengo ningún apuro, no tenemos que volver a la casa hasta antes de que empiece a anochecer y para eso faltan unas cuantas horas.

Lucas sonrió y cerró los ojos.

- Fui un idiota al creer que mi idea daría resultado. Nadie te recibe de brazos abiertos para que le robes su negocio, si hacen tal cosa, es para estafarte y robarte, y eso fue lo que me pasó. Me reuní con estos tipos y les mostré lo que tenía para vender, yo ya había probado la droga, era buena, pura, la mejor que hubiese probado antes. Les di a probar a ellos; no lo podían creer, aseguraron que todos nos volveríamos ricos, pero sabes qué- frunció la nariz- ningún drogadicto puede vender drogas por mucho tiempo, el vicio siempre es más fuerte.

- No vas a decirme que consumiste todo lo que tenías.

Soltó una carcajada.

- No, no- me miró-, toda esa droga podría haberme durado años.

- Entonces qué fue lo que pasó.

- Los negocios con esta gente en un principio, se veían bien, llevábamos semanas comerciando cuando una noche, me invitaron a su antro, era un bar de mala muerte en el que se vendía más droga que alcohol. Yo llegué en mi auto, ellos conocían mi auto, habían visto que yo tenía la droga dentro. No fui lo suficientemente precavido para evitar que se dieran cuenta que no tenía dónde caerme muerto, mi auto destartado y herrumbroso era mi depósito de drogas y mi hogar. Bueno, como te decía, esa noche llegué en mi auto, lo estacioné frente al local y entré sin preocupación alguna, es más, estaba feliz porque sabía que cobraría mucho dinero de una cantidad de droga que habíamos vendido a alguien en no sé dónde. El festejo empezó ni bien entré. Bebí una cerveza tras otra, intercalando con tequila y copas de champagne, whisky, y terminé tan borracho que no sabía ni dónde estaba ni cómo me llamaba, ni qué demonios hacía allí...

Lucas apretó los dientes, los oí rechinar y eso que yo no tenía su oído.

- Me dieron a probar una pastillita que dijeron que era algo nuevo... me volaría la cabeza. Yo no era de esos que les gustan probar cosas nuevas, siempre le desconfío a eso, nunca sabes qué demonios te estás metiendo dentro; supongo que en ese momento no gozaba de una gran lucidez. Me tomé la pastilla y allí acabó todo.

El corazón se me encogió en un puño, me dio la impresión de que Lucas acababa de envejecer diez años frente a mí, en un instante. - A qué te refieres-balbuceé.

- A que morí allí mismo. Supongo que era exactamente eso lo que esos cretinos querían. Me tiraron en un terreno baldío y se quedaron con mi droga y con mi auto.

- ¿Y cómo es que... no estás...?

Lucas se sentó.

- ¿Qué?, ¿vivo?

- Sí, yo creí que...-. No sabía lo que creía, lo cierto era que no tenía ni idea de cómo definir el estado de Vicente y Lucas, eran demonios pero no sabía cómo era que habían llegado a serlo después de ser solamente simples humanos. Uno se había entregado, el otro vendido, esto no parecía tener patrón alguno, y mucho menos, razón alguna.

- No sé qué fue lo que sucedió, pensaba que en cuanto muriese vendrían por mi alma, eso no sucedió. Y desde ya, que no vi ninguna luz, ni me sentí alegre ni nada. No me fui a ninguna parte, no sé cómo explicarlo pero sé que morí y no

fui a ninguna parte, me quedé aquí- arrancó un yuyo y lo lanzó lejos-. Estaba aquí, muerto en vida e insensibilizado a lo que más me gustaba, viviendo en compañía de un demonio, del mismo que me había conducido hasta eso.

- Tú demonio reapareció.

- Sí, fue él quien me sacó de ese terreno baldío poco antes del amanecer de mi primer día siendo demonio, y me explicó lo que me sucedía; bien, eso no es así de preciso, me explicó solamente parte de mi nueva realidad, lo demás, lo aprendí a los golpes, a fuerza de buscar en los demás, respuestas que él no me podía dar. En mi defensa tengo que añadir que con quien hice tratos, no es, ni nunca será nada parecido a Vicente. Existen distintos niveles en éste negocio, y al que yo accedí en un principio, es uno de los más bajos. En fin, mi demonio me llevó a vivir con él a su mugroso departamento. Me convertí en algo parecido a un asistente, se suponía que debiera aprender el oficio- en su rostro de formó una mueca amarga-. Al menos por el momento no iría al Infierno y eso estaba bien para mí. Me costó acostumbrarme a ser inmune a las drogas y al alcohol. Ser consciente de las veinticuatro horas del día, los siete días a la semana, no fue fácil para mí sobre todo luego de haber vivido tanto tiempo semi inconsciente. Las primeras semanas se me tornaron una eternidad, me costó mucho acostumbrarme a esto de no tener la necesidad de dormir. Los primeros dos meses en esta nueva vida fueron una vigilia interminable, la peor de las pesadillas, tenía demasiada lucidez y fuerza, y nada en que emplear la primera y gastar la segunda; lo superé al cabo de ese tiempo, dicen que a muchos les cuesta al menos seis meses, y cuando no un año, acostumbrarse a esto.

- No pensé que fuese tan difícil- admití.

- Sí. Es horrible, no se lo recomiendo a nadie- clavó sus ojos en mí, con esto hacía referencia a mi idea de convertirme en lo mismo que ellos, para acabar con esta persecución y asegurarme un lugar al lado de Vicente por toda la eternidad-. Cada cosa tienes sus ventajas, ser un demonio evita que sufras de ciertas necesidades humanas que te hacen débil y vulnerable. No necesitas comer, no necesitas beber, ni descansar, ni dormir, eres fuerte a niveles imaginables, todo el mundo teme a lo que eres y representas, y no hay arma en este mundo que pueda dañarte ni matarte.

- ¿Cómo?-. Me atraganté con mi propia saliva, si ellos eran indestructible, cómo iba yo a librarme de esta en caso de que Ariel no pudiese detenerlos antes de que se lanzaran sobre mí.

- ¿Vicente no te lo dijo?

Lo miré torcido, cada cosa que Vicente me confesaba era porque yo lograba sonsacárselo a la fuerza de mucha insistencia. Había hecho ciertas insinuaciones, como lo de que no le pasaría nada si salía volando por el parabrisas el automóvil y la cuchillada que me obligó a darle aquella noche en mi departamento, pero yo ni sospechaba que fuese para tanto.

- Veo que no- murmuró Lucas más para sí que para mí.

- En fin, viví un tiempo con mi demonio, y nos llevábamos peor que perro y gato, simplemente no podíamos compartir el mismo espacio. Nos peleábamos todo el tiempo y con peleas no me refiero a cruce de palabras o insultos, ni siquiera a simples riñas. Técnicamente los demonios no pueden matarse entre sí, como te dije no hay nada humano que pueda destruirnos, no al menos que yo sepa y sinceramente espero que no exista nada realmente, pero igual- inspiró hondo y continuó-, cada vez que nos peleábamos temblaba la tierra. Creo que derrumbamos unas cuantas paredes en nuestras peleas aparte de romper muebles y abollar autos, incluso una vez nos peleamos en la calle y tumbamos un árbol de un puñetazo. Yo lo tumbé- añadió con orgullo-. Y no era cualquier arbolito, era un plátano con un tronco grueso y de dos pisos de alto.

- Tiraste un árbol de un golpe, no me lo creo-. Aquello sonaba todavía más ridículo saliendo de mi boca.

- ¿Te enseño cómo se hace?- lanzó incorporándose.

- No, gracias.

- Disculpa, cuando conversamos me emociono demasiado y olvido que eres humana y que no estás acostumbrada a esto, es por eso que te dije que no te convenía que discutiésemos este tipo de cosas. De antemano sabía que no podría contenerme de hablar más de la cuenta- hizo una breve pausa en la que planto sus ojos en mí-, es que contigo puedo hablar así como si nada... bien, eso ya lo sabes- añadió con voz suave y se quedó mirándome fijo sin que le incomodara mi repentino ataque vergüenza.

Me removí sobre la manta sin saber hacia dónde escapar con la mirada, su sinceridad había traspasado el límite de las palabras, creía empezar a ver porqué le molestaba que Vicente y yo estuviésemos juntos, y esto sin miedo a equivocarme, como creí haber hecho antes cuando las cosas se pusieron igual de peliagudas.

- En fin, habremos convivido dos años antes de que Ariel apareciera.

- ¿Ariel? ¿El mismo Ariel que...?- pregunté yo ansiosa por cambiar el rumbo que llevaba la conversación.

- Sí, el mismo. Es un tipo muy inteligente, algo pedante y mandón. Lo que

nadie puede negar es que tiene los pies bien plantados y siempre sabe lo que se debe hacer, lleva siglos en esto. Todo el mundo lo respeta, es una eminencia en nuestro mundo. En suma, Ariel me sacó del antro en el que vivía con mi demonio y me llevó a vivir con quien se convertiría en mi mentor. Fue así que conocí a Vicente. Esa mudanza fue un cambio radical para mí, hasta entonces solamente conocía un único lado de todo esto, el lado más miserable dónde comprábamos almas a desesperados por menos que nada- meneó la cabeza- tentándolos con minucias. Conocer a Vicente, entrar en su entorno, me cambió para siempre. Me enseñó que es posible tornar la vida que llevamos un poco menos sórdida y sucia de lo que es, que puedes ofrecer a la gente algo que de otra forma, nunca alcanzaría- inspiró hondo-. No sé qué hay más allá de este mundo, es más, no estoy seguro de creer que existe nada más allá de la Tierra, no sé si creo en el Cielo, en el Infierno y en las almas, únicamente sé lo que pasa aquí, lo que se sufre y lo que se vive aquí. Esa siempre ha sido mi realidad y es la realidad de las personas con las que tratamos cada día. Yo, lo veo como una oportunidad.

- Ustedes no son dadores de bondad- aquello se me escapó. Lucas me miró con ojos de perro abandonado y herido-. Lo lamento, no quise decir eso, es que todo esto- me mordí el labio y luego alcé la vista otra vez hacia él súbitamente enmudecida. Miré a Lucas a los ojos y él me devolvió una mirada que me pareció algo sospechosa ya que de inmediato me rehuyó, acaso estaba minando mis sentimientos con su desconfianza, ¿sus poderes y sus sentimientos lo hacían capaz de eso?

- ¿De quién esperas bondad?- bufó exasperado-. ¿De Dios, de los ángeles? ¿Dónde estaban Dios y los ángeles cuando ese demonio me ofreció droga a cambio de mi alma? ¿Dónde estaba Dios cuando a mis quince años un tipo se me acercó en la calle y me regaló, así sin más, lo que se convertiría en mi boleto de ida hacia la drogadicción sin avisarme antes que jamás podría regresar? ¿Explícame que hacía Dios cuando tuve que asistir al entierro de mis padres y luego al del resto de mi familia?

El aire se cargó de mal olor.

- Lo lamento, no tenía ni idea de que tus padres...- Lucas no me escuchó ni me permitió terminar de explicarle cuánto realmente lo sentía.

- ¡Explícame dónde ha estado Dios en los nueve años que llevó convertido en esto!

¡Nueve años!- si hubiese estado sentada en una silla y no en el mismísimo suelo, me habría caído. Entonces, técnicamente era más grande que yo. Me

resultó raro conocer aquel dato no sé exactamente porqué, supongo que porque desde el primer momento, lo había adoptado como el hermano menor que nunca tuve. Y resultaba que él llevaba en este cochino mundo, mucho más tiempo que yo.

Lucas se puso de pie de un salto. - ¡¿Dónde mierda estaba cuando Vicente se presentó en el local en que trabajas y dónde mierda se metió cuando llegaste a la casa con esas botellas de vino y explícame- el tono de su voz fue ascendiendo hasta transformarse en gritos desgarradores que me atravesaron el pecho como dagas al rojo vivo, e hicieron que los pájaros que estaban en los árboles que nos rodeaban se echaran a volar despavoridos-: dónde está ahora?!- bramó a viva voz.

Lo único que pude hacer fue pronunciar su nombre.

- ¡¿Quieres bondad?!- rugió en mi cara. Sus facciones descompuestas se acentuaban cada vez más, por lo que parecía estar a punto de convertirse en un monstruo de película de terror. Las venas en sus sienes hinchadas, latían, y sus ojos parecían estar a punto de salirse de las orbitas. De su garganta brotó aquella horrible pestilencia conocida que quemaba más que la llama que pudiese emerger de las fauces de un mitológico dragón.

Me levanté despacio. No podía reconocer al viejo Lucas en el hombre que tenía en frente, jadeando y con los ojos cargados de ira, tanto es así, que me daba toda la impresión de que podía tirar un árbol abajo en este mismo momento y sin mayores preámbulos, o incluso, destrozarme a mí en partes tan pequeñas que nadie podría reconocer mi cuerpo ni con la tecnología forense más avanzada.

- Yo... yo...

Fue un relámpago, Lucas cortó mi balbuceo al tomarme con ambas manos, por el cuello, justo debajo de la mandíbula. La piel de sus manos inflamada a causa de su temperatura corporal, la cual debía de haber subido unos cuantos grados, me quemó. Me sujetaba con firmeza pero sin hacerme daño. Lo que sí me hizo daño, fue que sus labios se juntaran a los míos. Lo que lo dañó a él, fue que no aceptara su beso.

Lucas me soltó con brusquedad y se apartó de mí. Su empujón casi me tira contra el tronco; todavía no entiendo cómo hice para mantenerme en pie.

- Apártate de él antes de que sea tarde. Ese es mi acto bondadoso- continuó diciendo en voz baja- te recomiendo que te alejes de su lado antes de que ya no te quede opción.

Lucas salió corriendo dejándome sin aliento y muda.

Esto había estado todo el tiempo delante de mis ojos y yo había pretendido no verlo, era mi culpa que se hubiese desentendido de mí así como a sí, era mi culpa haberlo hecho llegar a ese horrible estado, era mi culpa que en este instante corriese solo por el bosque.

Debo haber pasado una hora deambulando por los alrededores gritando su nombre, lo hice hasta que me quedé sin voz de tanto berrear. Lucas jamás no me contestó, debía oírme y me ignoraba a adrede.

Angustiada y más confusa que nunca, emprendí el regreso a la casa, cargando la mochila llena de comida y las ropas que Lucas había dejado atrás.

Entré por la puerta de la cocina y solté la mochila y las ropas sobre la mesa. Todavía no terminaba de reaccionar a lo sucedido, me sentía horriblemente angustiada y estaba algo asustada también.

La casa exhalaba calma. Me figuré que Vicente se encontraría en el piso superior o habría salido, porque sino ya habría venido a mi encuentro. Fui yo la que salió en su búsqueda. No fui consciente de hacia dónde iba hasta que me encontré a mí misma, alzando el puño cerrado para llamar a la puerta de la habitación en que lo encontrara la noche que Ariel llamó. Vicente no me dio tiempo a nada. Abrió la puerta y me miró con los ojos desorbitados.

- ¿Qué sucedió? ¿Dónde está Lucas?

No pude contestarle, me avergonzaba la responsabilidad que pesaba sobre mis hombros y además intuía que Vicente no se iba a poner muy feliz cuando le contara que había insistido tanto, hasta finalmente lograr que Lucas me relatará la historia de su vida -bueno, al menos una parte de ella-.

- ¿Estás bien?-. Posó sus manos sobre mis brazos-. Qué tienes, qué fue lo que sucedió-. Me preguntó con una urgencia que hizo que su aliento ya no oliese tan bien como siempre-. ¡¿Llegaron, nos encontraron?!- soltó y luego se detuvo a olfatear el aire, o por lo menos a mí me pareció que eso hacía.

- No, nada de eso- tragué saliva- Lucas...

- Sí, dónde está Lucas- me dijo él en un intento de guiarme por donde quería que fuera.

- Se fue...- solté mortificada- Lucas se fue, hice que se fuera, es mi culpa. Lo presentía pero preferí no verlo- las palabras empezaron a brotar de mi boca cada vez más rápido-, estaba demasiado ocupada con otras cosas y no le presté atención, debía haberlo hablado con él... le di la espalda y no me preocupé por lo que todo esto pudiese estar haciéndole. Seguro lo lastimaba.

Lo hice hablar, lo presioné, le saqué cosas que supongo no quería confesarme y luego...- me detuve ante la cara que me puso Vicente.

- ¿Que hiciste qué?

- Le pedí que me contara sobre su vida y luego una cosa llegó a la otra y él...

Vicente me soltó. Fue como si algo se rompiera, como si de repente una barrera de grueso acero cayera entre nosotros dos, guillotinando la cabeza de lo que viviéramos hasta hoy.

Retrocedió un paso y se llevó la mano al bolsillo del pantalón y así se quedó, contemplándome. En el bolsillo tenía el celular, seguro que estaba meditando si debía llamar a alguien o no.

- Lo siento, lo lamento tanto. Lo arruiné todo.

Vicente continuó observándome sin pestañear.

- ¿Vicente?

Puso una expresión huraña en su rostro.

- ¿Qué es eso?- inquirió.

- ¿Qué es qué?

Bajó la mano, de hecho, para exprésalo mejor, debo decir que su brazo cayó inerte al costado de su cuerpo.

- Lo otro, hay algo más- soltó en un tono que me sonó acusador-. ¿Qué es lo que no has acabado de decir?- disparó. Su voz atravesó mis tímpanos-. ¡Mierda!- gritó con todas sus fuerzas antes de que yo pudiese tomar aliento para contestar nada-. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!- gritó apartándose de mí en un violento sobresalto-. ¿Por qué tenías que hacer eso?

- Yo no hice nada, te lo juro, fue él quien me besó y me tenía agarrada tan fuerte que...

- No me refiero a eso. ¿Por qué demonios tenías que pedirle que te hablara de él? No te he dicho cientos de veces que no es un juego, que mientras menos sepas mejor. No has entendido nada de lo que he intentado explicarte hasta ahora. ¿Necesitas que te lo diga en otro idioma? Porque tenías que insistir, qué es lo que quieres lograr, que finalmente te maten y arrástranos a todos contigo.

- No, claro que no, no quiero ninguna de las dos cosas, simplemente...

- Eres increíble- zanjó con un ademán.

- No era mi intención-. Mi voz me pareció neurótica y llena de culpabilidad. Ciertamente, cualquier cosa que dijera en este tono iba a sonar mal y no serviría de nada para demostrar cuan apenada me sentía, por todo, y cuanto me arrepentía de haber tironeado tanto de la cuerda, supongo que nunca me imaginé que era tan delgada, y sin duda no esperaba que se quebrara con

Lucas.

Pasaron unos segundos sin que ninguno de los dos pudiese pronunciar palabra alguna.

Fue Vicente, para no perder la costumbre, fue quien se recompuso más rápido.

- ¿Dónde se separaron?

- En el claro que hay junto al río. Lucas salió corriendo río arriba. Lo llamé y lo busqué, si me oyó pronunciar su nombre no hizo caso.

- Saldré a buscarlo.

- ¿Crees que sea buena idea? Me dio la impresión de que...

- ¿De qué?

- Terminó recomendándome que me alejara de tu lado-. Vicente me puso una cara imposible de describir-. Supongo que no lo decía en serio, se nota que te aprecia y te respeta... es que acabó diciéndome que el mejor consejo que podía darme es que- me mordí el labio inferior-, que me alejara de ti lo antes posible.

- Y tiene toda la razón del mundo. No salgas de la casa, regresaré lo más pronto que pueda.

- Pero Vicente...

- Sí te mueves de aquí, seré yo mismo quien te mande al Infierno- me amenazó mientras se lanzaba a toda velocidad escaleras abajo.

No me quedó más remedio que sentarme a esperar, bien, no me tomé la frase tan literalmente, bajé a la cocina y allí anduve de un lado para el otro intentando mantener mi mente y mis manos en algo más que no fuese entregarme a la culpabilidad y retorcerme los dedos hasta descoyuntarme las articulaciones.

Hubiese deseado tener a Lucas aquí conmigo para officiar de traductor. Necesitaba que alguien me explicara lo que realmente pasaba dentro de la cabeza de Vicente. ¿Estaba jugando conmigo o realmente algo de todo esto tenía sentido?

33. Pandemónium.

Me harté de esperar y con la ansiedad también llegó el miedo, la confusión y la certeza de que lo que creyera perfecto comenzaba a dejar de serlo, la capital imaginaria del reino infernal plantaba su primera embajada, aquí mismo. Lo intuía, si bien en un momento pensé que exageraba, que me estaba dejando llevar por la circunstancias y que realmente no era para tanto, terminé por convencerme de que la situación no iría para mejor, nunca me caractericé por ser demasiado optimista y bajo estas condiciones mi pesimismo floreció alegremente a base de buen riego y mucho abono.

Se hizo de noche. Me pregunté por qué tardaban tanto en regresar. Hasta dónde había llegado la persecución, sabía que Lucas podía correr a una velocidad bestial, ¿hasta dónde había llegado su huida? Vicente no había tomado la camioneta, supongo que él al igual que Lucas no la necesitaba, y además todavía yo tenía las llaves en el bolsillo de mi pantalón “sólo por las dudas”.

Encendí unas cuantas lámparas y me senté a la mesa vacía. Poco a poco fui derrumbándome en ésta, hasta recostarme sobre mis brazos cruzados, clavándome el borde en el pecho. Tenía hambre y ninguna voluntad de comer, sentía sed pero morirme deshidratada se me ocurrió que podía ser un buen castigo por ignorar los sentimientos de mi mejor amigo.

Terminé medio adormilada y con el cuerpo adormecido de no moverme. Los ojos me escocían a causa del lento ritmo de mis parpadeos.

Cuando oí sus pasos acercándose primero pensé que soñaba.

Vicente entró en la cocina y se paró al otro lado de la mesa.

- ¿Dónde está?- la pregunta brotó de mis labios sin que me diese cuenta.

- Afuera... me ha costado mucho encontrarlo, estaba muy lejos.

- ¿Cómo está? ¿Por qué no entra?

- Déjalo tranquilo un rato ¿sí?

Bajé la vista.

- Sí, por supuesto.

- Es probable que se vaya- soltó Vicente.

Alcé la cabeza.

- No debí haberlo obligado a venir, con nosotros dos ya bastaba para este embrollo.

- Es mi culpa.

- Esto está tan mal. Muy mal. Pensé que lograría controlar las consecuencias de la situación, lo cierto es que no puedo- me miró a los ojos- no puedo, la lamento.

- Ya te dije que es mi culpa. Soy consciente de que es muy probable que Lucas no quiera volver a verme a la cara pero me disculparé con él.

- No me refería a eso.

Se me heló la sangre.

- Desde el principio supimos que no era buena idea, que no estaba bien.

- ¿Cómo?

- Que se terminó, no debía haber llegado tan lejos contigo. Llamé a Ariel, alguien de confianza vendrá a quedarse contigo hasta que todo termine.

- ¿Vas a dejarme?- jadeé, no podía respirar mis pulmones habían colapsado y no respondían a la necesidad de oxígeno de mi sangre.

- Es lo mejor- articuló y yo seguí el movimiento de sus labios intentando leer lo que decía.

Lucas apareció por la puerta y fue como si una tromba marina nos llevara por delante.

- ¡No puedes darle la espalda ahora!- rugió Lucas fuera de sí. Se me puso la piel de gallina al oírlo-. ¿¿Acaso no la conoces?!

- Tú parece conocerla lo suficiente- replicó Vicente con el rostro desencajado de furia.

- ¡Cobarde!- le espetó Lucas escupiéndole a la cara.

Vicente se limpió la mejilla con la manga de la camisa y no contestó a la ofensa, siquiera con una mirada.

- Sal. Acabemos con esto.

- No seas ridículo Lucas, por favor, tuve suficiente por un día.

- ¡Eres un maldito cobarde! Siempre lo supe, no sabes hacer otra cosa que pasar el tiempo entre lamentos, culpándote de todo, tanto de lo que has hecho

como de lo que has dejado de hacer. ¡La metiste en esto, de modo que te quedarás aquí hasta que todo se resuelva como debe!

- ¿Qué quieres que haga? ¡Ya no sé qué hacer! Tú mismo lo dijiste: fue un error, es un error y no sé cómo resolverlo.

- ¡Idiota! Si querías huir debieras haberlo hecho mucho antes.

- Me habría apartado de ella si hubiese podido.

- ¡Sí, claro!- soltó Lucas con sorna.

- No entiendes lo que es.

- Lo entiendo perfectamente, lo que no logro comprender es tu jodida cobardía y tu egoísmo. La trajiste hasta aquí a sabiendas de lo que podía llegar a suceder y ahora vas a abandonarla, ¿qué otra cosa debo comprender?!

- Lucas cierra la boca, tú también te irás de aquí conmigo en cuanto los demás lleguen.

- No me voy a ninguna parte-. Rugió Lucas alzando su voz muy por encima de la de Vicente-. Tal vez yo sea capaz de lograr lo que tú nunca podrás.

- Cierra la boca-. Le espetó con una mirada asesina en los ojos.

- Vamos- lo llamó con una mano- arreglemos esto afuera.

- No seas infantil quieres; no voy a pelear contigo.

- Lucas, por favor- le pedí, pero él se limitó a lanzarme una mirada poco amable.

- Sal o te saco a la rastra.

- Lucas-. Vicente entonó su nombre como una advertencia.

- Nada importa ya, todo está perdido. ¡Sal!

- No seas ridículo, ¿quieres atraerlos a todos directo hacia aquí? Porque eso es lo que conseguirás con todo esto.

- No, quiero partirte la cara- le retrucó con una sonrisa plena.

- ¡Lucas!- le grité yo.

- Por mí está bien- sacudió los hombros-. Podemos hacerlo aquí si gustas-. Me apuntó con la cabeza-. Le daremos un espectáculo que no olvidará jamás.

- Lucas es suficiente. Si quieres partirle la cara a alguien pártemela a mí, fui yo quien provocó esto- le dije tomándolo del brazo.

No sé ni cómo pasó, a mí me pareció que tan solo sacudió su brazo para deshacerse de mí: salí despedida. Lo cierto es que acabé incrustada contra la heladera y con la gran manija de acero de ésta, clavada en mi columna vertebral. El golpe me quitó la respiración. Todo lo demás se desprendió de esa situación con una velocidad pasmosa. Lucas me miró desconcertado, evidentemente no había querido hacerme eso. Su rostro era la viva imagen del

arrepentimiento. Se dio vuelta, su intención supongo, debe haber sido intentar disculparse también con Vicente, pero no llegó a moverse ni medio centímetro cuando Vicente le cayó encima por la espalda. Ambos fueron a parar contra la mesada, chocaron contra las puertas de la parte baja de la alacena, las cuales se convirtieron en astillas. La mesada de piedra se rajó con un sonoro chasquido al tiempo que Lucas soltaba una retahíla de malas palabras que sus propios gritos luego opacaron. Resultaba complicado designar que puño era de quién o quién llevaba la peor parte en la pelea. Se movían tan rápido que sus dos cuerpos eran un torbellino que amenazaba con destrozar la cocina y la propia casa también.

Por una milésima de segundo desaceleraron sus movimientos, vi a Vicente agarrando a Lucas por el cuello de su remera para alzarlo y luego lanzarlo por el aire en dirección a la pared contraria.

La espalda de Lucas impactó contra la pared y toda la casa se estremeció. Les grité que pararan, ninguno de los dos dio señales de haberme escuchado.

Lo siguiente en mi lista de cosas extrañas fue Lucas despegando su espalda del revoque cuarteado de la pared; tozos del arenoso cemento se cayeron en cuanto se movió. Lucas se enderezó plantándose sobre el piso, cuadró los hombros y cuando lo hizo algo soltó un desagradable ruido a huesos rotos o a alguna articulación que recuperaba su posición normal; con el dorso de una de sus manos se limpió la sangre que emanaba chorros de su nariz para por último fulminar a Vicente con la mirada. Tenía los ojos encendidos y no solamente metafóricamente hablando, sus ojos eran color rojo sangre.

- Basta Lucas, no quiero hacerte daño- jadeó Vicente.

Lucas no le contestó. En cambio soltó un rugido tan fuerte que hizo que los platos y los vasos guardados en la alacena, temblaran. De milagro no estallaron.

Saltó por el aire igual que un felino, impulsándose sobre sus piernas y le cayó encima a Vicente con todo el peso de su cuerpo. Creo que el peso de ambos estampó en el suelo un gran hueco.

- ¡Terminen ya con eso!

Otro rugido rajó el aire en dos.

No tengo ni idea del modo en que llegaron a eso: terminaron de pie junto a la puerta de la cocina, tironeando uno del otro.

- Lucas, no me hagas enojar- masculló Vicente con los dientes apretados.

- Creía que ya lo había conseguido- se burló Lucas dedicándole una amplia sonrisa.

Vicente que lo tenía otra vez agarrado por el cuello, estampó su cabeza contra el marco de la puerta reventándolo. Las astillas de madera volaron para todos lados.

- ¡Ya!

Lucas lo enfrentó con una nueva sonrisa.

- ¡Cálmate!- le advirtió estrellándolo otra vez contra el marco que comenzaba a vencerse soltándose de la pared.

- Dormí a su lado- soltó en un tono empalagoso sin que se le borrara la sonrisa de la cara; sangraba por la cabeza y por el oído, pero de su nariz ya no caía ni una gota-, he podido entrar en su mente- dijo casi con deleite, a mí se me puso la piel de gallina-, sé de ella mucho más de lo que tú nunca llegarás a saber- le escupió a la cara una mezcla de saliva y sangre sin otro motivo que enojarlo-, conozco absolutamente todos sus secretos-. Pronunció esas últimas cinco palabras tan lentamente que el placer malsano que éstas destilaban, me provocó arcadas.

El cuerpo de Lucas se convirtió en un borrón cuando Vicente lo arrojó hacia fuera con todas sus fuerzas al tiempo que gruñía furioso. Un sonido tan fuerte como un trueno, me paralizó. Vicente había salido corriendo tras Lucas y yo tras él. Cuando lo vi no lo pude creer, Vicente había arrojado a Lucas contra el cobertizo y éste había caído sobre el techo, las cuatro paredes evidentemente se le habían venido encima una a una, escondiéndolo debajo de todos los destrozos.

- Déjalo en paz, Vicente.

- Apártate- me ordenó-. Todavía no termina.

Un pedazo de la pared de madera del cobertizo pasó volando por sobre nuestras cabezas o mejor dicho por el lugar en dónde nuestras cabezas habían estado un segundo atrás, antes de que Vicente me derrumbara de un empujón para evitar que la pared voladora me degollara.

- Está fuera de sí- me dijo Vicente y yo no logré comprender la real dimensión de sus palabras.

Lucas gritó, y su grito retumbó contra el cielo nocturno e hizo eco una y otra vez.

- Vete- me ordenó Vicente mientras se ponía de pie y me ayudaba a levantarme.

- No me voy a ninguna parte- le contesté jadeando, estaba asustada pero no pensaba dejarlo solo con esto en las manos.

Vicente iba a replicar sin embargo se quedó con la boca abierta, algo lo tacleó

por detrás agarrándolo de la cintura, algo cuya fuerza se hallaba completamente desatada, y cuya mente ya no diferenciaba absolutamente nada. Vicente se cayó encima de mí y por poco me aplasta, pesaba una tonelada y era tan duro cuanto podía serlo una barra de acero. Ahora fue mi turno de oír y sentir en carne propia el ruido y el dolor de los huesos rompiéndose. Solté un grito de dolor y siquiera eso sirvió para detener el ataque de Lucas.

Pisándome la pierna derecha tironeó de Vicente y lo arrastró contra la parte exterior de la casa. Vi de refilón el modo terriblemente cruel con que estrellaba la cabeza de Vicente contra la pared externa de la cocina, igual que si fuese un ariete con el que intenta derrumbar un portón.

Como pude, sosteniendo mi dolorida muñeca, me levanté del suelo para ver a Vicente caer boca abajo, inconsciente o muerto, no lo sabía. Creí que me moriría allí mismo. No morí, y no terminaba allí tampoco toda esta locura.

Lucas se dio vuelta y me miró. Sus ojos todavía estaban rojos. Sonriendo se agachó, sacó el celular del bolsillo del pantalón de Vicente y lo destrozó apretándolo dentro de su puño; los pedazos de plástico y tozos de metal cayeron con la levedad de delicados copos de nieve sobre la tierra caliente.

Di un paso atrás y él uno adelante.

Lucas soltó un rugido más digno del Infierno que de la Tierra.

- ¡No, aún no termina!- soltó fuera de sí luego de leer mis pensamientos.

Retrocedí un poco más y tropecé con un trozo de tabla que evidentemente se había desprendido del cobertizo o de una de sus paredes voladoras.

- Lucas...- tragué saliva-, éste no eres tú, no sé qué es lo que te sucede... sé que no eres así, nunca lastimarías a Vicente, es tu amigo, lo fue durante todos estos años y sé que no tienes la suficiente sangre fría para...- no pude decirlo, no podía creer que fuese a morir allí mismo, en unos segundo tal vez-. Estoy segura que en ti hay más grandeza de espíritu humano de la que hay en mí, sé que habrías dado todo por ayudarnos, sé que de hecho viniste para eso, arriesgando tu propia seguridad... Lucas, por favor no hagas esto.

Lucas levantó del suelo el pedazo de madera con el que yo acababa de tropezar y lo abanicó por delante de su cuerpo cortando el aire con la fuerza de sus movimientos.

- Te lo dije, no tendrías que haberte metido con él- me dijo con el listón de madera colocado sobre su hombro derecho igual que si este fuese un bate de béisbol.

No esperé a que se moviera otra vez, salí corriendo a toda velocidad en dirección a la camioneta. Todavía no me explicó cómo es que no me alcanzó

antes, cerré la puerta del lado del conductor y le di un golpe a la traba de la puerta para encerrarme dentro. Lucas llegó una milésima de segundo después y se echó contra la puerta con la misma furia con la que un toro se lanzaría contra una capa roja. La puerta resistió y así mismo el vidrio cuando Lucas le dio un puñetazo gritando y rugiendo. El vidrio debía ser blindado porque resistió el golpe. Por suerte ya no tenía el trozo de madera en sus manos, debía haberlo arrojado en la corrida.

Con mi única mano sana, la cual no paraba de temblar del miedo, saqué las llaves de mi bolsillo e intenté encender la camioneta. Le di vuelta a la llave, el motor sonó ahogado y no terminaba de tomar contacto.

Al otro lado de la ventanilla alguien me sonrió.

- Abre la maldita puerta.

Lo intenté de nuevo, el motor tampoco reaccionó.

- ¿Qué hiciste?- le grité.

Lucas soltó una carcajada.

Miré a mi alrededor buscando algo, no sabía qué. No se me ocurría qué hacer.

- Sal de ahí ahora mismo. Si abres la puerta en este instante te prometo que no te dolerá tanto.

- Lucas por favor- le pedí para entretenerlo.

- ¡Abre la puerta!- Rugió dándole un empujón a la camioneta con el costado de su cuerpo.

- ¡Mataste a Vicente!- lo acusé. Estaba muerta de miedo y terriblemente dolorida, me rehusaba a creer que realmente acabaría... que había acabado; Vicente estaba muerto y yo moriría también.

- ¡Ábreme la puerta ahora!- bramó enloquecido.

- ¿Vas a matarme?

- ¡Primero te arrancaré el alma a los golpes!

Lucas le dio un codazo al vidrio y éste resistió luego tironeó de la manija y siguió por darle patadas a la puerta con toda la furia. La camioneta se sacudía y estremecía con cada uno de sus embates bestiales.

- Mejor yo que “ellos”- me dijo cuando se percató de que lo que intentaba no iba a dar resultado. Evidentemente no solamente el vidrio era blindado, sino toda la camioneta también.

- Tienes que calmarte- necesitaba lograr que volviera en sí antes de que el blindaje cediera-. Es lo mismo que te pasó en la cocina... Lucas, intenta relajarte.

Lucas pegó su cara al vidrio y me gruñó separando los labios y apretando los

dientes.

- ¡Mierda!- solté, obviamente no iba a calmarse y yo iba a morir, y lo peor de todo era que todo esto sería en vano, mi alma terminaría en el Infierno.

Lucas tomó envión y le dio un cabezazo a la ventanilla, el vidrio se astilló y en su frente se formó una estrella, como las que se ven cuando se pone un copo de nieve bajo un potente microscopio, sólo que esta era roja y hecha no de agua, sino de sangre.

No acusó dolor alguno, enderezó la espalda y alzando una pierna lanzó una patada de karate contra el vidrio, el cual se astilló un poco más, pero no se rompió. Lucas resopló frustrado.

- ¡Sal de ahí maldita!

Me aparté del vidrio, sabía que no me quedaba mucho tiempo.

- No que eres lo suficientemente valiente para querer enfrentarte a esto. ¡Entonces sal y hazlo!- me gritó con todas sus fuerzas, pese al vidrio y los blindajes lo escuchaba perfectamente bien.

Lucas desapareció de mi vista, se había agachado.

¿Qué hace?- me pregunté y de pronto me resbalé desde el asiento del conductor hasta el del acompañante. Lucas pretendía voltear la camioneta.

El vuelco me hizo chocar contra la palanca de cambios, mi muñeca rota me recordó lo doloroso que resulta romperse unos cuantos huesos.

Me agarré la mano dolorida para procurar contener el dolor. Lo que no pude contener son las lágrimas que se me escaparon y volví a ver las estrellas cuando la camioneta terminó de caer sobre su costado derecho. Solté un grito de pánico.

- ¡Lucas!- quien gritó su nombre no fue mi voz, sino la de Vicente.

- ¡Vicente!- exclamé inmensamente feliz de oír su voz, no podía creer que estuviese vivo.

- ¡Déjala!- le ordenó.

- Su alma va a ser mía.

- No, no será tuya ni de nadie más- contrapuso con una decisión tan tajante que cortaba el denso aire nocturno.

- Si tú no la quieres entonces permite que alguien más la tenga.

- No- soltó Vicente con decisión-. No. ¡No!

No me lo esperaba. La camioneta terminó con las ruedas apuntando al cielo y yo tirada y adolorida sobre el techo de ésta, con un montón de trocitos de cristal enredados en el pelo. La ventana del lado del conductor había terminado por ceder.

- Este no eres tú y lo sabes. Vamos Lucas, no eres tú. El Lucas que yo conozco jamás le haría daño a nadie. Recuerda a tus padres, por lo que más quieras recuerda cómo te sentiste cuando ellos murieron. Sabes que esto no es justo, sabes que esto no debe ser así. Nos equivocamos... nos equivocamos todos pero aún estamos a tiempo de recomponer las cosas. Para nosotros nunca mejorarán, pero al menos, si te detienes ahora, no empeorarán. Si la matas... si la matas sé que terminarás sintiéndote tan mal por ella que maldecirás cada día, cada hora y cada minuto de tu condenada existencia. No hagas nada de lo que sabes que mañana te arrepentirás- una breve pausa-. No lo hagas Lucas... no lo hagas.

Aprovechando la distracción me arrastré panza abajo, sobre el techo y salí por la ventana rota procurando no cortarme con los trocitos de vidrio.

En cuanto la brisa nocturna llegó a mí, lo adiviné en el aire. El perfume era demasiado dulce, demasiado particular. El alma se me cayó al los pies. En muy poco tiempo seríamos más de tres.

Vicente y Lucas interrumpieron su discusión. Los tres nos sumimos en un profundo silencio que pareció ser capaz de detener el tiempo. Me puse de pie y los miré por encima del piso de la camioneta. Casi me caigo desmayada cuando me llevé por delante la cabeza ensangrentada de Vicente. La sangre le había empapado el pelo y la cara, así y todo, no podía ver ni un solo rasguño ni en su cuero cabelludo ni en la piel de su rostro. Todas las heridas habían sanado ya, sin embargo tenía el aspecto de haber sido víctima de un maquillador de efectos especiales contratado para caracterizar a los personajes de una película de terror de lo más sangrienta y asquerosa.

- Vienen- fue lo único que llegué a articular cuando logré recuperar el aliento.

- Dios...- balbuceó Lucas mirándome con cara de horror-. Qué hice-. Se agarró la cabeza y se partió al medio igual que si fuese a vomitar.

Vicente parecía congelado.

- Lo siento.... Lo lamento... te ruego me perdones, no pude controlarme, soy demasiado débil, demasiado vulnerable, es mí culpa. Lo siento, por Dios, sé que jamás vas a poder perdonarme Eliza...

- ¡Lucas!- lo cortó Vicente con un grito.

- ¿Qué vamos a hacer ahora?- Mi voz sonó estrangulada.

- La camioneta- balbuceó Lucas.

- No, no hay tiempo para eso.

- Les juro que no fui yo, yo no los llamé. No quería que esto sucediese. No tengo nada que ver. Nunca la entregaría y lo sabes- le dijo a Vicente

volviéndose hacia él.

- Qué demonios le hiciste a la camioneta- inquirió Vicente.

- No lo sé, no lo recuerdo- admitió horrorizado.

Vicente vino por mí y me tomó en sus brazos-. Tienes que largarte de aquí- me dijo mientras me ayudaba a caminar-, vete al río y espera allí.

- Pero si dijiste que...

- No importa lo que haya dicho, el otro plan ya no existe, tienes que irte ahora. Lucas y yo los detendremos para darte el tiempo suficiente de ponerte a salvo antes de que Ariel venga por ti.

- Pero...cómo lo sabrá... el celular...

- No te preocupes por eso, él ya debe estar al tanto de todo. Le pedí que se hiciera cargo de ti si algo me sucedía y sé que lo hará, él vendrá por ti.

- No sé si pueda llegar al río.

- Tienes que poder. Me oíste, tienes que poder- me dijo sacudiéndome.

Yo me removí indecisa.

Vicente me tomó por los hombros e hizo que lo enfrentara.

- Óyeme bien, tú no vas a morir, tu alma no irá al Infierno.

Intenté pasar a través de una cortina de dolor pero no pude, mi mente caía libremente hacia un pozo del que creía no saldría jamás.

- Ahí afuera no hay nadie... ahí afuera no pasa nada....- me susurró.

Lo único que pude ver fue el sonido de sus palabras.

- Confía en mí, no te tocarán. Lo entiendes, ellos no te tocarán.

Asentí con la cabeza.

- Tienes que irte, apenas si hay tiempo.

- No quiero dejarte... no me hagas dejarte- gemí en un tono lastimero.

- Andan por ahí, están cerca- nos avisó Lucas.

- No voy a irme, no puedo- era cierto, no podía ni levantar los pies del suelo, no quería moverme ni un milímetro.

- Vamos- nos apuró Lucas-. ¡Haz que se largue de aquí!- le gritó a Vicente.

- Eliza, por favor, por lo que más quieras, vete-. Me soltó.

- Lo que más quiero es que no vuelvas a intentar dejarme otra vez, prométeme que saldrás bien de esto y que me buscarás.

- Por Dios, Eliza, no es momento para discutir esto.

- Prométemelo- le urgí. Necesitaba oírlo.

Vicente miró a Lucas como buscando ayuda.

- A mí no va a escucharme, no después de esto.

No era cierto, a este Lucas que hablaba ahora yo podía soportarle cualquier

cosa, incluso que me dijera que era un rematada estúpida por no salir corriendo.

Lucas se encogió de hombros.

- No puedo decirle nada que tú no le hayas dicho antes- añadió-. Pero tú puedes ofrecerle algo que ella quiere.

Miré a Lucas agradecida.

- Prométeme que volverás por mí insistí clavando mis ojos en los suyos.

Vicente, enojado, se pasó las manos por el pelo empapado de sangre.

El dulce y pesado perfume se condensó en el aire en una intensidad insoportable, tornándolo más pesado y casi irrespirable.

- Entonces, ¿tenemos un trato?

- No, para nada. Y ahora lárgate de aquí, no me obligues a decir cosas que no quiero.

- Vicente...- la voz de Lucas sonó ominosa. Cuando cayó oí el rugido de motores de autos, acercándose a la casa a toda velocidad.

- ¡Está bien, te lo prometo, ahora lárgate de aquí! ¡Ya!- exclamó esto último después de una breve pausa en que compartimos una mirada que me supo a despedida, lo cual no me gusto nada.

No me sentí ni feliz ni satisfecha de que me prometiera nada. Me estiré sobre las puntas de los pies y lo besé. Ese segundo lo recordaría por siempre, lo miré procurando guardar en mis retinas su imagen.

Vicente se hartó de mi demora, me dio un suave empujón y me repitió que corriera.

Salí disparada rumbo a la oscuridad del bosque al tiempo que ellos salieron despedidos cual rayos en dirección al camino para intentar detener a los demonios antes de que llegasen a la casa y por consiguiente, a mí.

34. La cacería.

Nunca fui demasiado veloz para correr, sin embargo en este instante me daba la sensación de que nunca antes había corrido tan lento.

Las piernas me pesaban una tonelada y media cada una. Mis muslos estaban

endurecidos, oxidados, como si llevaran siglos fuera de uso, y les costaba reaccionar a las órdenes de mi cerebro de moverse más rápido, incluso, tenía la sensación de que un poder extraño, tironeaba de mí hacia atrás, frenando mi avance.

Me amargué todavía más al recordar la carrera colgada de los hombros de Lucas; comparado con eso, mis pies se movían tan insufriblemente lentos.

Esos pocos segundos que llevaba huyendo fueron suficientes para darme cuenta de que no lo conseguiría a menos que sucediese un milagro. Incluso sabiéndome derrotada, seguí corriendo. Sobreexigí tanto mi cuerpo que al poco mis pulmones se encendieron al rojo, la sensación era de un ardor cáustico corroyéndome por dentro, el cual desembocó en un horrible dolor en el lado izquierdo por debajo de las costillas y en un desparramo de ácido láctico por mis músculos.

Lo único que oía eran mis propios pasos y el jadeo de mi respiración; aun así, sabía que no estaba sola. No podía ni verlos ni oírlos, ni falta que hacía, la miasma que se extendió a las puertas del bosque arremolinándose sobre la superficie y por alrededor de los troncos de los árboles igual que la niebla entretejida por cientos de aromas distintos, todos ellos perturbadores y muy dulces. El bosque nunca antes me había dado miedo, ni siquiera me había causado la mínima aprensión, pero nunca antes estuve a punto de entrar en éste cuando la noche cubría todo con un manto oscuro y sombrío. Contemplado en la oscuridad tenía todo el aspecto de una necrópolis con sus monumentos fúnebres y todo.

Con que ésta sería mi morada final.

No lo puede evitar, mis pies se frenaron en seco allí en la línea donde la luz de la luna delimitaba los confines de lo conocido a punto de precipitarse en el abismo de lo desconocido. Me volví y eché un rápido vistazo hacia atrás: la casa daba toda la impresión de ser un remanso tranquilo. Todo estaba en silencio, en aparente calma, ya no se oía el motor de los autos y no se registraban signos de pelea en el aire, era como si nada estuviese sucediendo. Pero el tufo dulce estaba allí, era palpable. El peligro continuaba latente.

Di un paso adelante y la oscuridad me tragó. Se me puso la piel de gallina, la piel se me heló. En la oscuridad, el dulce y demoníaco aroma se entremezclaba con el fresco de los pinos tornando más respirable el aire.

No están lejos, dijo una voz dentro de mi cerebro. Me quedé helada, estaba sucediendo otra vez, pero ahora era real, no un sueño.

Se dispersaron, pero no se alejaron demasiado, andan por ahí, agregó con un

tono astuto, casi alegre, emocionado y expectante la personificación sonora que no me pertenecía.

No vamos a perderlos de vista- anunció la voz.

¡Los cazaremos igual que a ratas!- exclamó extasiado destilando dentro de mi cráneo una secreción aceitosa y densa que empastaba mis pensamientos.

Me sacudí de pies a cabeza igual que si hubiese recibido una descarga eléctrica a causa de la impresión que me causó y de la cual no pude deshacerme, tenía la sensación de que esa secreción comenzaba a recorrer mis venas sin mezclarse con la sangre.

Me eché a correr dentro del bosque, sosteniendo mi mano rota con la sana, procurando no chocar ni tropezar con nada. Los árboles pasaban frente a mis ojos pero yo realmente no lograba distinguir nada más que manchones oscuros que procuraba esquivar lo mejor posible. No fue como en el sueño, mi mente estaba confusa, a mis ojos les costaba mucho enfocar con tanta oscuridad, y cada paso que daba era tembloroso e incierto. Salté obstáculos y aterricé mal cientos de veces, me doblé el tobillo derecho y después de eso empecé a correr medio coja; no podía detenerme a examinar de los daños causados por mi torpeza, procuré no prestar atención a los dolores físicos, sí permitía que se me acercaran todavía más, sufriría mucho más que esto, de eso estaba absolutamente convencida.

Tengo que llegar al río, tengo que llegar al río- me repetí una y otra vez (lo cierto es que estaba oscuro y yo había perdido el rumbo por completo). No tenía ni idea de dónde me encontraba, es más, estaba cien por ciento convencida de que en mis excursiones en compañía de Lucas jamás había pasado por allí.

Fue caótico. Me di un par de golpes y lo peor de todo se dio cuando mi hombro derecho pasó demasiado cerca de la rama rota de un pino, la madera dura y afilada igual que un cuchillo destrozó la manga de mi remera y me dejó unos buenos desgarrones en la piel. La sangre tibia resbaló por todo mi brazo. Sabía que venían pisándome los talones porque podía oír el murmullo rodeándome, no era específicamente el sonido de los pasos, sino como el de poderosas ráfagas de viento colándose por entre los árboles.

Igual que en el sueño, mis pasos aceleraron y mi corazón les siguió el ritmo. Podía oír la sangre que cada latido bombeaba, repiquetear en mis oídos.

Apreté el paso todavía más, el abrasivo efluvio maligno compuesto de vapores humorosos de cuerpos en descomposición, materias corruptas y aguas estancadas, ya era tan fuerte que me nublaba la vista; pensé que iba a

ahogarme con mi propio vomito si no inspiraba algo de aire fresco en los próximos segundos.

La adrenalina se desparramó por todo mi cuerpo. Me invadió una emoción mucho mayor a la que hubiese experimentado jamás. Me sentía fuerte, indestructible, capaz de derrumbar un árbol de un puñetazo. Me figuré que debía ser así del modo en que se sentía Vicente y eso era agradable, pero no eran mis sensaciones las que experimentaba, sino las de aquellos que deseaban cazarme.

Me asusté, si yo podía oír sus pensamientos, ellos podían oír los míos. Entonces estaban avisados de mi plan de dirigirme al río.

¡Ya casi los tenemos!- soltó una voz dentro de mi cabeza.

¿Los tenemos?, obviamente no me estaban siguiendo solamente a mí. Se me achicó el corazón cuando caí en cuenta que también perseguían a Vicente y a Lucas, ambos habían supuesto que podrían hacerles frente a “ellos” pero evidentemente el plan no había resultado y corrían por sus propias vidas, lo más penoso de todo es que a pesar de sus esfuerzos los demonios se habían dividido en dos grupos: uno dándome caza a mí y otros a ellos.

¡Son nuestros!- exclamó con júbilo.

¡No!- grité yo para mis adentros.

Mi pecho iba a estallar de gozo, pero la pena lo mantenía unido a modo de una firme coraza que no consentía que nada se escapara, para así asegurarse de hacerme padecer hasta las últimas consecuencias. Otra vez, las sensaciones ajenas invadiendo mi mente; era similar a tener dos corrientes completamente opuestas recorriéndome el cuerpo. Seguí corriendo a toda velocidad sin tener ni la menor idea de a dónde me dirigía. Algo tiraba de mí hacia delante, una furia desesperada; necesidad, duda, sed, ansiedad y puro instinto. Yo no podía pensar en otra cosa que no fuese mi presa, en vez de en mi propia huida.

Mi mente se hallaba en un estado de completa confusión, no me era posible focalizar ni un solo pensamiento; notaba esa calma ajena, pero yo, al contrario de mis cazadores, me sentía acosada por el cansancio y el miedo. Mi respiración se había acelerado al punto que inhalaba y exhalaba tan rápido que mis pulmones no llegaban a llenarse nunca.

Otra ola cubrió mi mente, por un instante me poseyó algo irreconocible e indescriptible que se sentía condenadamente bien.

- *¡Se repliegan!*- gritó una voz conocida dentro de mi cerebro. Era Lucas.

Su alivio me pareció tan mío que cuando volví a recuperar mi cerebro, me di cuenta de que algo no andaba del todo bien. Derrapé sobre la yesca seca y casi

me voy al demonio. Miré a mí alrededor, me encontraba en medio de una zona un poco más despejada de troncos y plantas pero igualmente oscura, estaba sola.

Lo que no llegaba a ser un claro, tenía forma rectangular; de la hojarasca y otros detritos vegetales emergían las bases de troncos cortados hacía mucho tiempo ya, por lo que la superficie de la madera se había puesto oscura. Jadeando en procura de un alivio para mis pulmones y mi corazón, me quedé quieta intentando oír algo. Todo estaba silencioso, muy silencioso. Agucé el oído y de repente capté el tenue sonido del río. ¡Tenía que correr hacia allí! Moví los hombros para dame impulso y allí quedó todo. Sentí como si alguien hubiese puesto concreto en los pies.

- ¿Adonde crees que vas?- canturreó una voz andrógina.

Pegué un salto, la voz había salido de mi cabeza y estaba allí, a unos siete metros de mí al otro lado de la espesura, era una mujer vestida con unos simples jeans y un par de zapatillas, todo con aspecto de recién estrenado. Mientras no se la contemplara a la cara, podría pasar por una mujer completamente normal, pero cuando se la veía de los hombros para arriba se notaba que había algo más allá de lo humano en ella. Estaba parada muy erguida y tenía aspecto de gacela, sin duda era consciente de cada uno de sus músculos y articulaciones. La piel de su largo cuello era de un tono rosado muy tenue, salpicado de pecas color canela, su rostro parecía tapizado en terciopelo de ese mismo color ya que tenía un lustre satinado digno de la seda de mejor calidad. Sus rasgos eran absolutamente perfectos y de proporciones impecables. Su cabello rubio ceniciento, ensortijado en tirabuzones muy pequeños le caía por los hombros hasta los codos y no tenía ni una sola hebra fuera de lugar pese a la corrida.

La mujer posó su mirada sobre la mía, y allí se quedó petrificada.

- Hola, Eliza- me saludó uno de los dos hombres que apareció por detrás de ella.

Sentí las pisadas rodeándome por todas partes y me supe acorralada.

Una docena de rostros, entre femeninos y masculinos, todos ellos exquisitos en su tipo, se quedaron contemplándome con un anhelo que helaba la sangre.

El olor se tornó insoportable.

Un grito silencioso emergió de mi boca.

- ¿Te asustamos?- me preguntó inocentemente mientras avanzaba en mi dirección brindándome una sonrisa que me indigestó.

- ¡Apártese de mí!- le grité dando un tembloroso paso hacia atrás, pero me

volví sacudiendo la espalda en cuanto sentí la presencia de los demás detrás de mí. Despacio me moví de costado procurando encontrar el lugar en que estuviese lo más alejada posible de los demonios que me rodeaban; aun así, no me quedé quieta, tenía la impresión de que si lo hacía todos saltarían sobre mí como lobos hambrientos que acaban de encontrar a una gallina fuera de la seguridad del gallinero.

El demonio me siguió sin perderme de vista, andando tranquilamente, es obvio que él se sentía muy confiado de sus poderes y dudaba que yo pudiese escapar en dirección alguna. Era cierto, yo no tenía sus poderes y además estaba rodeada por sus silenciosos compañeros que no hacían otra cosa que seguirme con la mirada, juntándose cada vez más, en un círculo a mí alrededor.

- Qué te parece si empezamos de nuevo. No hicimos las cosas correctamente y gran parte de la responsabilidad es nuestra. Nadie nos presentó formalmente, mi nombre es Horacio-. Me tendió una mano que bajó medio segundo después de echarle un vistazo a mi mano rota la cual yo sostenía contra mi pecho-. Sí, claro, lo había olvidado. ¿Duele mucho, no?

- ¡¿Dónde están Vicente y Lucas?!

- Me temo que tus amigos no podrán ayudarte- contestó con una placida sonrisa alzando sus pómulos.

- ¡¿Qué hicieron con ellos?!

- Debieras preocuparte más por lo que puede sucederte a ti... pero claro-ladeó la cabeza-, el amor es una cosa extraña ¿no te parece?

El hombre estiró una mano hacia mí y yo pegué un salto, no llegó a tocarme pero en la mano sana sentí como si una llamarada me hubiese lamido la piel.

- Eliza, Eliza, Eliza...- canturreó con un tono de voz que no excedía el de un susurro-. Tú no nos conoces, no entiendes bien nuestro mundo. Como te dije, las cosas comenzaron con el pie izquierdo. Aquí estamos nosotros para reparar el daño-. Hizo una pausa-. Vicente cometió muchos errores contigo. Él no está capacitado para comprender el verdadero valor que tú tienes, solía ser muy bueno; es obvio que no tanto como todos creíamos. Es débil- soltó casi con asco-, y esa debilidad le hizo perder el rumbo... nosotros somos más fuertes y no vamos a perder el rumbo. Nosotros continuamos con la mirada fija en nuestro objetivo.

Me costó tragar la saliva que se acumulaba en mi boca. Con que así se sentía uno cuando está a las puertas de la muerte.

- Eres diferente... eres especial- susurró siguiéndome siempre de frente por aquel claro. Nos movíamos como si bailásemos un lento vals.

- Eres un tesoro inestimable, un misterio que nos embrujó a todos desde el primer momento en que te vimos.

Un escalofrío me recorrió toda la espalda al sentir sus miradas sobre mi nuca. El hombre dio un paso al frente y yo por retroceder caí sobre uno de los árboles cortados. Me golpeé la espalda y la nuca, y mi mano rota me recordó que mi resistencia al dolor no era nada meritoria.

El demonio se arrodilló a mi derecha y se inclinó sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo.

- ¿No quieres resolver el misterio, Eliza?

El pestilente aliento que salió de su boca se me metió por la nariz.

- No voy a entregarles mi alma- jadeé incorporándome lo más que pude para arrastrarme sobre mi codo derecho-. ¡Nunca! ¡Pueden matarme pero jamás se las daré!

Mientras yo le gritaba sin dejar de apartarme, el demonio se había quedado contemplándome desde el lugar en el que hincara las rodillas; cuando llegué casi al otro lado del claro gateó hasta mí y me agarró del pelo, por la nuca obligándome a sentarme.

- Permíteme que te dé un consejo- me gruñó al oído mientras yo procuraba no quejarme de dolor para no demostrarle debilidad alguna, en el momento no se me ocurrió que con apenas asomarse a mi mente, le hubiese bastado para darse cuenta de que estaba aterrada y dolorida-: no digas que no, hasta que no te expliquemos los pros y los contras de nuestra propuesta.

Junté saliva y le escupí a la cara. El demonio me soltó para limpiarse y aproveché mi libertad para levantarme; en cuanto estiré las rodillas algo tironeó de mi talón izquierdo haciéndome trastabillar, caí de boca sobre las hojas secas dándome un golpe de muerte. Primero que todo, sentí una terriblemente dolorosa punzada en la mano rota, ya que no pude hacer nada para evitar golpearme en la caída, con una sola mano no era mucho lo que podía absorber del impacto. Lo siguiente que percibí, fue el gusto de la sangre en mi boca mezclado con el mentolado de las púas de los pinos y el terroso gusto del suelo húmedo a causa de la lluvia.

Las mismas manos que me aferraran por el tobillo me dieron vuelta para que quedase boca arriba.

- Sí que eres tonta- soltó el demonio-, y yo que creía que podría razonar contigo.

El demonio se quitó el saco negro que llevaba puesto, desabrochó el primer botón del cuello de su camisa blanca y luego se remangó los puños. Otro de

los demonios hombres tomó su saco y se lo colgó del brazo en un gesto servicial, por un segundo éste me miró con los labios entreabiertos, sus ojos brillaban y su lengua escapó de su boca como la de una serpiente, sin duda olfateando el rastro de mi aroma.

Los otros demonios se mantenían a distancia.

- ¿Vas a escucharme o vamos directamente a la acción?

La sangre que manaba de mi labio cortado me provocó todavía más náuseas.

Temblando de pies a cabeza, me puse de pie.

- ¡Púdrete! Todos ustedes púdranse, no pienso entregarles mi alma.

Horacio apretó sus parpados al tiempo que fruncía la frente.

- Respuesta equivocada. Niña, niña... en unos segundos estarás tan arrepentida de haber dicho eso que me rogarás que tome tu alma de una vez y te mate para acabar con tu sufrimiento.

- Van a pagar por esto, si me tocan un solo pelo, lo pagarán muy caro, Ariel...

- ¡¿Ariel?!- alzó una ceja y dio un paso al frente-. Ariel no podrá hacer nada por ti cuando nosotros terminemos contigo y luego... bien, luego ya nada importará realmente. Estamos aquí y él no puede evitarlo... y tú tampoco.

Jamás hubiese previsto ese primer golpe que fue directo a la boca de mi estómago y me dejó sin aire y tirada en el suelo boqueando cual pez fuera del agua.

- ¿Creías que no iba a poder tocarte, no es así? ¿Pensabas que eras lo suficientemente especial para poder repelernos?

Hice un esfuerzo para evitar que la cortina negra que se abalanzaba sobre mi cerebro, continuar obstaculizando todo. No podía desmayarme, no ahora.

- Pues te equivocaste- le oí decirme-. No eres tan especial.

El segundo golpe lo adiviné en cuanto escuche las pisadas aproximándose por mi lado derecho.

No sé si me rompió alguna costilla o más de una, el dolor era tan fuerte que todo mi lado derecho quedó completamente dormido. La patada de Horacio, me lanzó por lo menos a metro y medio de donde había estado tirada. Caí sobre mi lado izquierdo lastimándome todavía más.

Ahora ya no podía parar de llorar y quejarme. Estaba a un paso de la muerte y ni siquiera podía respirar.

Alguien me tomó por las axilas y me levantó en vilo igual que si no pesara nada, pero para mí, mi cuerpo jamás había sido tan pesado, sabía que si me soltaban no podría mantenerme en pie.

- Dulzura, cuando esto termine, yo me quedaré con lo que quede de ti- me

susurró una voz casi angelical al oído. La voz era en extremo dulce y sin embargo por detrás de ese tono agradable y plácido, supuraba maldad.

Abrí los ojos tanto como me fue posible, me latía la frente (mi cabeza amenazaba con estallar de un momento a otro), y espié hacia atrás por el rabillo de mis ojos: era el joven demonio que había atajado el saco de Horacio. Tenía toda la apariencia de no pasar de los treinta o treinta y pocos años, olía a perfume francés reconcentrado, llevaba puesta una chaqueta de cuero negra y en el dedo del corazón lucía un enorme anillo de oro con un sello tallado sobre una piedra azul del tamaño de un caramelo.

- Apuesto a que nos convertiremos en muy buenos amigos los dos- me ronroneó en un tono libidinoso que destilaba ansias de cosas que ni me animaba a imaginar-. Pero no todavía-. Su lengua áspera dejó un surco húmedo y maloliente sobre mi mejilla-. Todavía no eres mía- me susurró pegando sus labios al lóbulo de mi oreja y allí exhaló su insoportable aliento.

Un profundo grito de dolor emergió de mi garganta e hizo eco en las copas de los árboles cuando Horacio retorció mi muñeca rota entre sus dos manos. Ahora sí, ahora quería desmayarme, el dolor era tanto que siquiera me animaba a espiar el estado en que había quedado mi mano. No me explico cómo es que no caí inconsciente.

- ¿Todavía no estás lista para discutir los términos del trato conmigo?- inquirió Horacio cuando pude volver a erguir la cabeza después de recuperar algo de lucidez.

- No tenemos trato. Nunca haría tratos contigo- articulé con un dejo de voz. El dolor me agotaba.

- ¡Vamos!- exclamó-. Intentas hacerme sentir mal-. Me tomó del mentón clavándome los dedos con fuerza-. Puedo ser tan bueno como tu querido Vicente y quizá mucho más también. Has tenido la desgracia de no conocerme primero. Llevo trescientos años más que él en esto, y créeme, tengo mucha más experiencia, Vicente ascendió muy rápido gracias a sus dudosos méritos y todavía no logra acumular la experiencia suficiente que se requiere para ser realmente bueno en esto. Además- sus labios se fruncieron como si hubiese probado algo en extremo ácido-, él todavía tiene tantas cosas de humano que siento pena por él. Es un pobre diablo que no tiene ni idea de lo que hace, jamás logrará pensar como uno de nosotros, es por eso que él nunca podría hacer algo así.

- Algo como qué: torturar a sus víctimas- le recriminé yo.

- No niña, el dolor es algo muy humano, algo pasajero algo que sana con el

tiempo, en cambio, existen otras heridas que imprimen una marca mucho más profunda y duradera.

Acercó su rostro al mío hasta que nuestras narices se rozaron.

- Yo puedo ir directo a dónde más te duele- articuló lentamente-. ¿Quieres ver que puedo?- me preguntó alzando las cejas-. Si no me das tu alma, los partiré a ambos en pedacitos y los arrojaré al fuego hasta que de sus carnes no quede más que cenizas.

- Los demonios sí pueden morir, dulzura- me susurró él que me sostenía en pie.

- Irónico ¿no? Los demonios deben temerle al fuego.

- Que retorcido es el Infierno- suspiró el otro en mi oreja.

- ¡Déjalos en paz! Ni Lucas ni Vicente tienen nada que ver con esto, el problema que ustedes tienen es conmigo, nada más.

- Pues resulta que ellos se inmiscuyeron y no se apartaron cuando debieron hacerlo. Si no nos das tu alma te juro que cargarás con su sufrimiento y muertes, por el resto de la eternidad, y como al igual que él, eres demasiado humana para poder convivir con esa culpa, te sugiero que lo hagas en este instante.

- No te creo- le espeté. No podía creerlo, sin duda era una treta para que hiciera lo que me pedía y nada más. Lucas me había dicho que los demonios no podían morir-. ¡Vicente! ¡Lucas!- grité sus nombres desgañitándome la garganta. No obtuve respuesta alguna. Temí que ya fuese tarde para ellos.

- Me temo que en este momento no pueden responder a tu llamado- soltó Horacio riéndose en mi cara.

- Maldito, si les tocas un solo pelo te juro que...

- ¡¿Qué?!- soltó echándose atrás con los brazos por delante como si quisiese protegerse de mí-. ¿Qué es lo que me harás?- se burló pretendiéndose asustado, para luego soltar estridentes carcajadas. En una zancada se plantó otra vez delante de mis pies-. ¿Qué me harás tú a mí maldita perra?- me gruñó en la cara soltando frente a mi nariz una fétida nube azufrada que no me dejó respirar por unos cuantos segundos hasta que se disipó-. ¿Quieres jugar un poco?- me propuso dedicándome una mirada libidinosa que me hizo sentir asco de mí misma. Se apartó chaqueando los dedos-. Ignacio- con solo pronunciar su nombre pidió algo.

El demonio que me sostenía de pie, me soltó. Mis rodillas dudaron por un momento, finalmente logre mantenerme en vertical aunque no demasiado erguida, me dolía todo, desde el pelo hasta los pies.

- ¡Juguemos entonces!-exclamó Horacio alzando los brazos cual presentador

de circo-. Juguemos todos a que tú eres la presa y nosotros los cazadores. Veamos hasta dónde puedes llegar- entonó muy despacio pronunciando cada palabra con una claridad que asustaba por lo rotunda.

Intenté enderezarme y una nueva cadena de dolores se entretejió todo a lo largo de mi cuerpo, anudando mi cabeza, mis labios, mi muñeca, mis costillas y mi pierna derecha en un siniestro grillete que me tenía fija al suelo.

- ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!- gritó subiendo el tono cada vez más, y lo único que pude ver desde ese instante, fue el río. El río era mi última oportunidad de sobrevivir. No tengo ni idea de cómo hice para dejar el claro sin que me atraparan antes de dar dos pasos; supongo, que adrede y para su diversión, me permitieron correr libremente los primeros metros. De verdad se divertían conmigo. Sin duda ellos no tenían problema en jugar con la comida antes de comerla y me paseaban como un trozo de carne fría de un extremo a otro del plato.

Sus gritos y carcajadas de lujuria estallaron una y otra vez en mis oídos. Vislumbré su cuerpo y rostros aquí y allí, emergiendo de la oscuridad y por entre los árboles para desaparecer súbitamente una y otra vez. Eran espectros malditos. Avanzaban y permitían que los dejase rezagados con el único objetivo de extender un poco más la diversión. Insinuaban querer tocarme y se esfumaban un segundo antes sin siquiera rozar mi piel con sus dedos ardientes. Gritaban mi nombre, el cual en ocasiones sonaba dentro de mi cabeza y otras, rebotando muy lejano en el horizonte nocturno.

Corrí y corrí sin tener idea de en qué dirección lo hacía, no era capaz de reconocer nada a mi alrededor, por lo que cuando noté que la vegetación comenzaba a disiparse a unos cinco metros, creí que era víctima de una alucinación causada por los demonios que me perseguían. Luego lo entendí el claro era real y el sonido del río también. ¡Había llegado! ¿O no?

- ¡Te tengo!- exclamó la voz angelical al tiempo que me derrumbaba sobre el suelo aferrándome por la cintura. El cayó debajo de mí, pero hubiese sido más cómodo caer sobre el suelo, todos los demonios eran un bloque de músculos compactos, tan duros cuanto rocas. El impacto me cortó el aliento-. Otra vez juntos- me dijo Ignacio apartándose el cabello castaño de la cara con una sacudida de cabeza-. Me temo que no puedo permitir que te alejes mucho más, no es conveniente que te des un chapuzón ahora-. Me sonrió-. Lo siento mucho, dulzura, se te acabó el tiempo.

Cerré los ojos y apreté los párpados lo más que pude. Intenté convencerme a mí misma de lo que estaba a punto de decir. Sonaba ridículo pero si eso era, y

eso los tentaba, entonces intentaría ponerlo de mi lado. No supe si lo estaba haciendo bien hasta que vi como los ojos rojos de Ignacio se apagaban. - No puedes tenerme- le dije y él soltó una carcajada burlona-. No puedes tenerme-repetí-. No sé porqué escogí esas palabras, sólo sabía que yo resultaba demasiado apetecible para ellos y que no quería que ninguno se apoderara de mí-. No- entoné en el tono más firme que me fue posible emplear cargando sobre mi espalda con el terror y el dolor acumulado durante todo este tiempo.

Los ojos de Ignacio se tornaron de un marrón opaco y dejaron de brillar. Dudó por un segundo y yo me aproveché de esa duda para propinarle una patada en la entrepierna. En cuanto me soltó quejándose me puse de pie; ni bien estiré la rodilla con la que lo había golpeado casi me derrumbó del dolor. No me permití concentrarme en eso, la superficie del río brillaba a menos de diez metros de mí bajo la luz de la luna, tan bellamente y con tantos colores que lucía idéntica a una pintura de estilo impresionista.

- ¡Sí que eres divertida!- soltó Ignacio frenándome de un tirón de pelo, cuando solamente me faltaban tres metros para llegar al agua. Me hizo recular hasta que quedamos otra vez muy cerca del bosque. Una mano me tironeó del brazo derecho y otra del hombro lastimado, una tercera me tomó por la pantorrilla y unos dientes me mordieron en el cuello del lado derecho mientras que en el izquierdo la lengua de Ignacio delineaba todo el largo de mi músculo trapecio. Horacio apareció dentro de mi campo visual escoltado por la mujer rubia quien tendía ambas manos hacia mí deseosa por agarrarme. Fueron las del hombre las que se posaron sobre mi mandíbula sosteniéndome con tal fuerza que sus uñas se me clavaban en la carne casi hasta el hueso. Intenté soltarme y no lo logré, estaba como emparedada en el aire sin poder moverme ni un ápice.

- Apuesto a que no querrías participar de la prueba que tengo en mente para comprobar si lo del agua funciona o no contra nosotros- me canturreó apenas moviendo los labios.

De repente el aire empezó a faltarme, no porque no pudiese respirar, sino porque lo que estaba entrando en mis pulmones no parecía ser aire sino agua. Sentí algo frío recorriéndome todo el cuerpo. Apreté los parpados y en cuanto los abrí vi alejarse la superficie del río en la que mi cabeza había estado sumergida hasta recién. Abrí la boca y tragué todo el aire que pude.

- ¿Qué me dices ahora, probamos con un poco más de agua?- curioseó Horacio con sumo placer.

Tironeó de mi pelo hacia atrás puramente para darme empujón y sumergirme en

el agua otra vez. Abrí los ojos dentro del agua pero no pude ver nada más que las brujas de aire escapándose por mi boca y mi nariz, y algunas hebras de mi cabello flotando alrededor de mi rostro en ninguna dirección en particular igual que si allí abajo las leyes de gravedad no contasen en lo más mínimo. No quería dejar el aire ir, tampoco era capaz de contenerlo dentro para resistir lo más posible.

No quería morir ahogada, no quería morir así.

El demonio me sacó del agua otra vez y empecé a boquear en busca de oxígeno, los pulmones me ardían y mi corazón ya latía sin concierto.

- Dámela ahora- me apremió sentándome sobre la orilla.

El agua me corrió por todo el cuerpo desde la cabeza.

- ¡Dámela o te convertirás en comida de peces!

Abrí los ojos y busqué a nuestro alrededor percatándome de que estábamos solos. Si esto no era una alucinación, algo debía haber sucedido, dónde estaban todos los demás y porqué se habían ido, acaso realmente el agua los había alejado.

- Tus compañeros de viaje están muertos y tú morirás también-. Me sacudió por él pelo con saña-. Dame tu alma ahora o te juro que te retorceré el cuello tan lentamente que podrás sentir como poco a poco te abandona la vida.

- No- jadeé.

- ¡Dámela!- ladró con una mirada asesina en sus ojos rojos.

- No.

Pensé que me arrancaría del cuero cabelludo cuando tironeó de mí para ponerme de pie. Así, me arrastró hasta el árbol caído y me lanzó contra él.

- Voy a romperte todos tus lindos huesos, uno a uno hasta que me digas que me entregas tu alma- bramó hinchado su pecho.

- ¿Eliza?

Esto sí, definitivamente era una ilusión. La voz de Lucas otra vez en mi cabeza simplemente no podía ser.

- Experimenta esto- ladró Horacio alzando su pierna derecha para incrustarla contra la izquierda mía sin mayores preámbulos.

Sonó igual que cuando se parte un cajón de frutas de una patada. Mi pierna quedó doblada en un modo muy extraño pero no soporté mirarla por mucho. Se me escapó un grito de dolor desde las entrañas. La cabeza empezó a darme vueltas, todo se me puso negro y las yemas de los dedos se me helaron, el frío comenzó a extenderse por todo mi cuerpo a una velocidad pasmosa. Caí pesada sobre el pasto y ya no pude ver más, lo único que recibía era dolor, un

insoponible dolor.

- Horacio- la voz elegante, sobria y de un tenor altisonante, perfectamente contenida que seguramente jamás necesitaba sobrepasar los decibeles de una voz calma para imponerse por entre los gritos más apabullantes y el estruendo más ensordecedor iluminó mis oídos igual que campanas sonando en la lejanía.

- No te metas en esto, no es asunto tuyo- masculló Horacio.

- Sí, sí es asunto mío- repuso con tranquilidad-. Hiciste algo que no debías, no actuaste según los procedimientos. Has roto varias reglas esta noche, Horacio. Tú y los demás se han metido en serios problemas.

- ¡Al cuerno con las reglas, somos demonios! Cada quien hace sus propias reglas.

- No, eso no es así y lo sabes perfectamente bien, llevas muchos años en eso Horacio, sabes muy bien lo duramente que se cobra cada falta.

- ¡¿Quién te crees tú para amenazarme?!

- Me debes respeto.

- ¡No, no te debo nada!- gruñó.

- Los demás recapacitaron a tiempo, vete tú también.

- ¡No, es mía!- rugió Horacio cada vez más fuera de sí-. ¡Es mía!

- Comportarte de este modo no te reportará ningún beneficio. No fuerces la situación o me temo que tendré que interponerme entre tú y ella.

- Puedo vencerte a ti también.

- Sabes bien que eso no es cierto, Horacio- articuló con tranquilidad la armoniosa y suntuosa voz que se movía por el espacio formando florituras de una elegancia extrema.

Horacio gruñó.

- ¿Te pondrás del lado de la humana?- inquirió repugnado-. ¡También estás próximo a tocar fondo Ariel! No eres distinto a esos dos pobres diablos.

Las voces me llegaron cada vez más lejanas y opacas. ¿Moría?, y si no por que tenía esta sensación de ingravidez y paz por la cual no podía evitar dejarme llevar.

- ¡Déjala en paz o serás tú, quien termine ardiendo en llamas!

Sí, definitivamente estaba muriendo, podía oír la voz de un ángel, podía oír la voz de Vicente dentro y fuera de mi cabeza, por todos lados, retumbando en cada rincón de mi cuerpo maltratado.

- No te tengo miedo ni a ti ni a tus presuntos geniales poderes, es mía y no voy a compartir su alma con nadie. ¡Es mía!- gritó.

- No, no lo es- lo contradijo Ariel-, vete ahora y quedemos en paz- su voz perdió la gentileza cobrando un indiscutible tinte de autoridad

- No, jamás estaremos en paz él y yo, Ariel; pagará por lo que le ha hecho, pagará por su sufrimiento.

- Vicente, mantente al margen de esto, por favor- pidió Ariel con su tranquilidad restablecida.

- Sí, escoria, has lo que te dice tu maestro y termina de aprender de una buena vez lo que significa ser un demonio.

- Voy a arrancarte la piel con los dientes- bramó Vicente.

Oí el sonido de los forcejeos, de pasos machacando el suelo con furia.

- Apártate ahora y nadie tomará represalias contra ti- le propuso Ariel.

- No.

La negativa sonó categórica hasta para mí, pero realmente ya no me importaba, yo estaba como en otro mundo, es más, ya siquiera sentía dolor alguno, esto sin duda era lo más parecido al limbo y me hallaba perdida en él, mi alma estaba perdida sin saber a dónde ir.

Alguien me levantó del suelo.

- Es y siempre será mía- las palabras llegaron a mi al tiempo que el aliento de quien las pronunciara, rozara mi rostro cubriéndome de su vaho pútrido.

- Horacio, no me hagas enojar, ya tuve suficiente de ti y los demás, por hoy, bájala en este instante.

- ¡Suéltala!- la voz angustiada de Vicente llegó a mis oídos estrujándome el corazón de tristeza, sus temores se hicieron míos. Me sentí culpable por ser la razón de su desasosiego, por ser la causa de que se sintiera tan vulnerable, por ser su vulnerabilidad, deseé nunca haber existido, si hasta entonces me había resistido a aceptar la cercanía de mi muerte, ahora simplemente me arrepentía de haber nacido.

- Despierta- me sacudieron, entreabrí los párpados y me encontré frente a frente con Horacio-. Dámela... dámela ahora- me apremió. Creí notar en sus ojos cierta preocupación, seguro temía no poder alzarse con lo que tanto deseaba. Si se hubiese molestado en leer mi mente entonces hubiese comprendido que yo estaba completa y absolutamente entregada a un destino que para mí, era imposible de modificar.

- No- contesté igual pese a la sensación de derrota, algo más que mi voluntad me empujó a hacerlo, pero no creo que mi voz haya salido de mi boca, ya no tenía voz.

- Suéltala- rugió Vicente una vez más.

- Sí tanto la quieres... ve por ella.

Sentí el aire rodeándome y luego la fría y dura superficie chocando contra mi espalda igual que una pared de concreto sólido. Mi cuerpo se hundió en el agua tan rápido como si fuese un yunque. Semi inconsciente, con una pierna y una mano rota, no pude hacer otra cosa que dejar que la negrura del río me tragara de un único sorbo.

Con que así se sentía morir... no sentía nada.

Solamente la calma, la paz y una inmensa tranquilidad que supiese nadie podría arrebatarme ni con golpes, ni con amenazas, ni siquiera, arrancándome el corazón.

- Me encuentro perfectamente- me dije a mí misma-. Todo está bien, ya terminó. La pesadilla se acabó... finalmente acabó... volveré a casa, descubriré que sigo sola, que nada a cambiado y que todo el mundo sigue sintiendo lástima por mí, por haber sido abandonada a las puertas del altar. Nada de esto sucedió realmente. Los demonios no existen, el Infierno no existe. No hay ángeles que puedan salvarte ni amores por los cuales entregar la vida. Algo peor que el Infierno mora en la tierra, y la vida, en vez de ser un agradable camino por el cual andar es como una tortura, una dolorosa tortura, que por suerte, nunca dura demasiado... pero para mí ya ha terminado. Suspiré aliviada.

35. Fragmentos de vida.

El dolor empezó a brotar de todas partes al mismo tiempo. Tenía epicentro en puntos específicos, sin embargo las réplicas me hacían sentir en todo mi cuerpo igual que si me hubiese pasado un tren por encima -un tren de carga, para ser más específicos-.

Involuntariamente me moví y eso me hizo ver las estrellas. Perdí la conciencia y reviví todo, otra vez, desde el primer día; me sorprendí, sufrí y me alegré por turnos para caer siempre en el mismo desenlace de dolor físico y finalmente la paz.

La densa nube de humo que me impedía pensar se despejó un poco y los dolores volvieron a la carga con más intensidad. No lo resistí, me dejé arrastrar para contemplar igual que una espectadora en un cine, los fragmentos de una vida que semejaba ser digna del puño del más creativo y enrevesado de

los guionistas.

No sé por cuanto tiempo permanecí así, yendo y viniendo por un camino insensible que no me permitía identificar la realidad. Por momentos pensé que finalmente sí había ido a parar al Infierno, y que toda esta confusión era la tortura que me tocara en gracia.

Poco a poco, a pesar de que no era capaz de abrir los ojos, ni de moverme, tomé conciencia de que mi alma, mi mente o lo que fuera que tenía como seguro era mío, continuaba siéndolo. Los momentos de lucidez de tornaban cada vez más largos, permitiéndome así volver a ocupar mi lugar dentro de un cuerpo que por lo pronto, no era más que una cáscara un tanto reblandecida y en extremo dolorida.

Así, de a poco, me extendí todo a lo largo y a lo ancho de mi ser, igual que si acomodase los dedos dentro de un guante.

Fue extraño, no quería volver allí, a aquel lugar que tanto me hacía sufrir. Flotar dentro de la brisa difusa era mucho más agradable que encerrarme allí dentro, dónde los dolores no daban tregua.

Llegó a un punto en que comencé a percibir algo más que el dolor. Percibí la gruesa tela debajo de las palmas de mis manos, la cual parecía un cartón, y logré olfatear un desagradable olor a desinfectante, a productos químicos, y a remedios o algo similar. Ese olor me desagradó tanto, que adrede, regresé a mi profundo sopor.

En otro lapso de lucidez, noté la presión sobre mi pierna y en mi muñeca izquierda, también tenía la sensación de que sobre mi pecho se sustentaba una pared de ladrillos. Algo ardía en el dorso de mi mano derecha y mis pulmones soltaban un silbido agudo y casi imperceptible cada vez que el aire entraba y salía por mi nariz.

Empecé a percibir sonidos poco después de eso, al principio no era más que un murmullo de fondo, luego las voces fueron cobrando intensidad y definición. Al principio no logré reaccionar a ellas, es decir, sabía que las conocía pero no podía adjudicarlas a un rostro y mucho menos a un nombre ni tampoco a un sentimiento en particular.

Esta vaguead de existencia en que las imágenes regresaban a mí sin orden alguno, se terminó súbitamente cuando la nubarrón que hacía mi cerebro resbalar de un pensamiento inconexo a otro, se fue, igual que las nubes que opacan un día claro al ser arrastradas por la brisa, para permitir que el celeste del firmamento se luzca en todo su esplendor.

- ¿Eliza? ¿Eliza puedes oírme?

El sonido entonado por sus cuerdas vocales fue el primero que identifiqué y con eso volví a ser un ser completo. Todo se aclaró de golpe. Me dio pena abandonar la tranquilidad y la paz de la inconsciencia, pero su voz era una tentación demasiado fuerte de resistir; al menos para mí que era una simple humana, una simple humana enamorada hasta el límite de la estupidez y la sinrazón.

- Eliza, necesitamos que abras los ojos... Puedes abrir los ojos para mí.

Podía hasta intentar tirar una pared abajo por él, pero la verdad era que me estaba costando demasiado despegar los párpados.

- Intente usted- dijo una voz que estaba segura, jamás había escuchado antes.

- Eliza, soy papá... Eliza, el doctor necesita que abras tus ojos ahora, tienes que intentarlo... tienes que regresar con nosotros, corazón. Necesitamos que vuelvas.

Alguien me tomó la mano que me ardía.

- Eliza, soy mamá, necesitamos que despiertes.

Mi mano quedó otra vez sobre la cama, huérfana. Las voces se entremezclaron en una conversación que se tornó demasiado complicada y concurrida para mi confuso cerebro. La mano caliente que recogió la mía adoptándola entre las suyas después de ser abandonada, me rescató de lo incierto. Unos dedos suaves me acariciaron con cuidado. La piel cálida se aproximó a mi rostro.

- Te amo- me dijo-, te amo y tienes que volver. Hazlo por mí, te lo ruego... vuelve a mí. Eres mi alma y sin ti no puedo existir.

No tengo idea de dónde saqué las fuerzas, supongo que de sus palabras. Despegué los párpados y me encontré cara a cara con sus ojos grises relampagueando sobre los míos. Sonrió con su perfecta boca y se apartó un poco. - Bienvenida. No sabes el alivio que me provoca verte despierta otra vez.

Le sonreí como pude y su sonrisa se hizo todavía más amplia.

Me en un hospital, las paredes pintadas de un deprimente color crema subido de tono, el tubo de luz fluorescente en el techo, el pitido de las maquinas a mi derecha y el desagradable olor de los desinfectantes mezclados con el de la enfermedad lo delataban. En un rápido vistazo identifiqué los rostros de mi madre y de mi padre, ambos estaban parados a los pies de mi cama, de manos dadas y extrañamente bronceados.

Mi papá tenía uno de sus brazos por alrededor de los hombros de mi madre. Pude leer la preocupación en los ojos de ambos.

Vicente se hallaba sentado junto a mis piernas con sus dos manos cubriendo la

mía, la que no estaba enyesada de un horrible verde fosforescente que absorbía el color de todo lo demás.

El cuarto rostro era el de un hombre de unos cuarenta años de edad, que vestía las típicas ropas de médico color celeste, semi cubiertas por un guardapolvo blanco de cuyo bolsillo colgaba una credencial de identificación, un celular y un estetoscopio.

- Eliza- el hombre dio un paso al frente sobrepasando a Vicente, quien se levantó de la cama de inmediato para dejarle lugar-, soy el doctor Farro, tu médico, te he atendido desde que te ingresaron aquí hace cuatro días- explicó tomándome por la muñeca para controlar mi pulso, el cual estaba segura, se encontraba un tanto desbocado a causa del contacto de la piel de Vicente contra la mía.

Llevaba todo ese tiempo inconsciente. ¿Qué había sucedido? No me había ahogado, Vicente me había salvado del agua, ¿dónde estaba Ariel, qué había pasado con Horacio y dónde estaban todos los otros demonios?, y por sobre todo, dónde estaba Lucas.

- ¿Cómo te sientes? ¿Puedes hablar?- consultó el médico sonriéndome para después espiar por el rabillo del ojo la cara de preocupación de Vicente.

Todos se quedaron expectantes. A mi garganta le costó reaccionar.

- Siento como si me hubiese pasado una aplanadora por encima-. Oí mi voz emerger rasposa, sonó igual que si todavía tuviese la garganta llena de agua de aquel río frío.

El comentario arrancó una sonrisa cariñosa de los labios de mi padre, pero nadie más sonrió; el rostro de Vicente se opacó igual que si hubiese caído el velo negro de una viuda, sobre él.

- Se justifica después de lo que te sucedió- convino mi doctor dándome una palmadita en el antebrazo-; no te preocupes, te repondrás muy pronto y podrás regresar a tu casa.

El doctor comprobó mi pulso y luego controló los datos que le proporcionaban las máquinas a mi izquierda, finalmente leyó y tomó notas en lo que supuse debía ser mi historia clínica; se despidió avisándome que regresaría en un par de horas para ver cómo seguía, también le recomendó a mis padres y a Vicente que no se quedaran mucho tiempo aduciendo, que debía descansar puesto que todavía estaba muy débil.

Mi padre fue el primero en acercarseme.

- Nos tenías muy preocupados. Cuando Vicente nos llamó para comunicarnos lo del accidente, nos asustamos mucho. Temimos lo peor- añadió y los ojos se

le llenaron de lágrimas.

¿El accidente? No tenía ni la menor idea de qué excusa les había dado Vicente a mis padres para justificar mi deplorables condiciones, de modo que guardé silencio, si me preguntaban algo fingiría no recordar nada. Dirigí la mirada hasta Vicente y el bajó sus ojos clavándolos en el piso.

- Volvimos lo más rápido pudimos- agregó mi papá-. No nos fue fácil organizar el regreso, estábamos prácticamente en el medio de la nada y no teníamos planeado volver hasta pasado mañana. Vicente nos contrató una avioneta y un avión privado para que pudiésemos volver cuanto antes.

Vicente me miró sin parpadear. ¿Un avión privado? ¿Qué? Les había pagado un avión privado para que pudiesen regresar. ¿A dónde había mandado Ariel a mis padres? Supuse que debía ser algún lugar muy soleado y caluroso, mis padres tenían todo el aspecto de haber pasado unos cuantos días en una playa paradisíaca o algo así.

- Estaremos en deuda con él por el resto de nuestros días con lo que ha gastado en traernos de vuelta y en tus cuidados.

- No, nada de eso. Hice lo que debía hacer, eso es todo.

- Estamos muy enojados contigo por haberte ido sin darnos una explicación- soltó mi madre poniéndose a tiro de mi mano sana-. Debiste avisarnos que te ibas a ir de vacaciones- agregó en tono de reprimenda-. Te fuiste así sin más y nosotros no entendíamos nada. Imagínate, si hasta tuvimos que llamar a Julio para ver si sabía algo de ti-. Hizo una pausa-. Fue embarazoso.

Me quedé con la boca cerrada, sabía que si la abría aunque fuese para soltar el comentario más vano y simple, lo arruinaría todo, ellos no podían ni debían saber la verdad nunca.

- Julio no entendía porqué no nos habías puesto al corriente de que le habías pedido unos cuantos días para irte de vacaciones con Vicente. Y cuando llamaste a casa y dejaste el mensaje en el contestador sin dar más explicaciones que: que estabas fuera y que regresarías en un par de días, nos pusimos muy ansiosos- mi madre ladeó la cabeza y contempló a Vicente: no es que desconfiemos de ti ni nada parecido...

Vicente asintió con la cabeza y sonrió a medias.

Mi madre le palmeó el hombro.

- De no ser por ti, nuestra Eliza probablemente estaría muerta ahora.

Vicente apartó la mirada y la clavó ahora en la pared de la cabecera de mi cama, obviamente que le recordaran lo sucedido era una tortura para él, debía sentirse culpable aunque nadie le echase la culpa de nada.

- Nos preocupamos mucho, ni siquiera sabíamos si realmente estabas con Vicente. Tu padre quiso que llamásemos a la policía, temía que te hubiesen raptado o algo así. Yo le dije que eso era un disparate.

Mi papá apretó los dientes, todavía no confiaba del todo en Vicente, me figuré que no se sentía muy seguro de creer que él era lo suficientemente bueno para mí, o simplemente bueno en general.

- Y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para convencerlo de que teníamos que aprovechar el viaje. ¿Quién sabe cuando volveremos a tener una oportunidad semejante?- me apretó la mano-. Nos ganamos un viaje al Caribe con un concurso de la tarjeta de crédito de tu padre. No te imaginas lo fabuloso que era aquel lugar... un hotel cinco estrellas de súper lujo con unas cabañas preciosas e inmensas, playa privada... toda una isla a nuestra disposición... fue precioso, ya verás las fotos más tarde.

- ¿Se fueron al Caribe? Cuanto me alegro por ustedes.

- Tienen que visitar esa isla algún día, es perfecta para las parejas de enamorados; tranquilidad, paz, mucha intimidad y un escuadrón de empleados para servirte-. Mi madre nos sonrió a Vicente y a mí por turnos-. Tan solo no permitas que vuelva a subirse un caballo otra vez- soltó mi mamá a modo de broma.

Con que eso les había dicho, entonces supuestamente me había caído de un caballo.

- Sí, qué se te cruzó por la cabeza. Creí que no te gustaban los caballos.

Vislumbré en el rostro de mi padre la viva imagen de la desconfianza. Se quedó contemplándome en búsqueda de una respuesta que no podía darle. No, nunca me habían gustado los caballos para algo que no fuese admirarlos de lejos -bien de lejos-, me parecían criaturas preciosas pero jamás había aprendido a montar, ni se me ocurriría hacerlo, obviamente Vicente no conocía ese rasgo mío.

- ¿Cómo se te ocurrió salir a galopar junto a un río?- me increpó mi padre perforándome con la mirada.

- Me temo que fue mi culpa- dijo Vicente dando un paso al frente igual que si estuviese entregándose a la justicia, en realidad, además, estaba saliendo a mi rescate, yo no podía explicar aquello pese a que sobre mi espalda cargaba un fardo bastante pesado de tanta insensatez cometida-. Eliza me dijo que no le gustaban los caballos y yo insistí en que no tenía por qué temer. Todo fue bien hasta que de repente el caballo se encabritó y derribó a Eliza. Es mi culpa, debí asegurarme de que el terreno era seguro antes de llevarla hacia allí, ni

siquiera noté las rocas que bordeaban el río, contra las que ella cayó-. Me miró de reojo y apartó la mirada enseguida.

- Te comportaste como todo un héroe- lo felicitó mi mamá. Te arrojaste al río y la salvaste. Te debe su vida, nadie puede echarte culpa alguna por eso.

- Es que no debí insistir en que fuésemos a cabalgar juntos, sabía que ella no quería hacerlo y aceptó solamente por mí.

- Nadie debiera temerle a los caballos, hiciste lo correcto, son criaturas preciosas.

Mi padre soltó un gruñido de disgusto.

- Cuando se recupere debes llevarla a cabalgar otra vez, ya sabes lo que dicen, tienes que volver a subirme al caballo lo antes posible después de haberte caído.

- ¡Noemí!- estalló mi papá que venía conteniéndose.

- ¡¿Qué?! ¡Es cierto, eso dicen!

- Casi se mata y tú quieres que vuelva a subirse un caballo, ¿qué esperas, comprobar si puede romperse el cuello o morir ahogada?

- Papá, mamá, por favor- todavía no estaba lo suficientemente fuerte para soportar una de sus interminables e injustificadas peleas-. Voy a estar bien. Mamá tiene razón, volveré a subirme a un caballo, no creo que eso vaya a suceder demasiado pronto pero no tengo miedo de volver a hacerlo, fue un accidente y nadie puede evitar esas cosas, probablemente me hubiese sucedido lo mismo aunque fuese una experta jinete-. Esto último no era para ellos, sino para Vicente, y no tenía nada que ver con caballos. Vicente captó mi intención al vuelo y frunció el entrecejo.

- Disculpa corazón, el médico dijo que no debíamos alterarte, que teníamos que permitirte descansar y nosotros nos ponemos a discutir por cosas que ya no importan, lo único que cuenta aquí es que estás bien, que te repondrás y que pronto podremos llevarte a casa.

- Es cierto- convino mi madre- todo estará bien. En un mes ya ni recordarás cómo fue que esto pasó.

- Es cierto- acepté yo, iba a dar mi mejor esfuerzo para olvidarme de todo lo sucedido, es decir, de las partes malas de lo que pasara, lo antes posible para así poder seguir adelante, después de todo, realmente no todo había salido tan mal, Vicente todavía continuaba a mi lado, y unos segundos atrás me había recordado que él también me amaba. ¿Qué podía ser mejor que eso?

- Creo que es hora de que nos vayamos y te dejemos dormir.

- Si ya dormí lo suficiente- le contesté a mi papá.

- Corazón, son las diez de la noche, tienes que descansar.
- Sí, además, antes de que despertaras Vicente acababa de invitarnos a cenar, hizo reservaciones y todo.
- Es que no quiero que se vayan, no hacer falta que se vayan a ninguna parte. No tengo sueño, no quiero dormir.
- El doctor Farro se enojará si encuentra con que todavía estamos todos aquí cuando regrese- articuló mi madre recogiendo su abrigo y su cartera de una de las sillas que estaba alrededor de la pequeña mesita de formica al otro lado del cuarto. Fue entonces cuando me percaté que detrás de las gruesas cortinas floreadas que cubrían la ventana, se extendía una noche oscura.
- Tu madre y tu padre tienen razón, al médico no le gustará nada encontrarnos a todos aquí metidos, además ya terminó el horario de visitas, consintió que nos quedásemos un rato más solamente porque tenía decidido quitarte los sedantes que te mantenían dormida y supuso que despertarías muy pronto.

Vicente me apretó la mano y me sonrió.

- Además es cierto, invité a tus padres a cenar a un restaurante aquí cerca, seguro alguno de ellos regresará a pasar la noche contigo.
- Porqué no mejor te quedas tú a pasar la noche conmigo.
- De hecho- comenzó a decir mi madre- Eliza ya está bien, no veo la necesidad de que nadie se quede aquí esta noche. Ninguno de nosotros ha dormido demasiado en las últimas noches, y menos todavía Vicente. Deja que se vaya a su casa esta noche, Eliza, el pobre no ha pegado un ojo desde que toda esta locura empezó.

Vicente no pegaba un ojo nunca para dormir, pero mi madre nunca sabría aquello.

Vicente me guiñó un ojo, se me acercó y me dio un beso en la mejilla. - Regresaré muy temprano en la mañana, tengo algunos asuntos que resolver- me susurró al oído- además hay alguien que quiere verte- volvió a besarme- nos veremos luego, intenta descansar, has pasado mucho.

No le pregunté quién era ese alguien porque ya lo sabía.

Los tres se despidieron de mí con besos y abrazos y se fueron a cenar. Me quedé sola en la penumbra de mi cuarto, esperando la llegada de Lucas.

La espera se hizo larga y me quedé dormida. Hubiese preferido no dormirme, experimenté otra vez todo el calvario del bosque, vi a Horacio, escuché otra vez las maliciosas palabras de Ignacio y reviví los dolores de huesos rotos y de un corazón que creía que no volvería a compartir jamás, la compañía del objeto de su amor.

El ruido de la puerta de la habitación al abrirse me despertó en el exacto momento en que Horacio me lanzaba otra vez al agua.

Al principio no distinguí más que su figura, todo estaba demasiado oscuro y yo demasiado confundida a causa de mis pesadillas y del efecto de los calmantes que mantenían los dolores a raya. En cuanto percibí su perfume me tranquilicé, era él.

- Shh- siseó para que me quedara callada mientras él cerraba la puerta. Nos quedamos otra vez a oscuras, ya no entraba la luz blanca del corredor. Igual pude seguir sus pasos hacia mí gracias al levísimo reflejo de la luz de la luna que traspasaba las cortinas.

Lucas extendió un brazo por encima de mi cabeza y encendió el velador. Por suerte tuvo el tino de apartar el brazo articulado de encima de mi rostro, la luz me había enceguecido.

- Hola- me saludó en voz muy baja en cuanto dejé de parpadear. Comprendí que evidente se había colado en mi cuarto, sin duda no tenía permiso alguno para estar allí.

- Lucas- le sonreí.

- ¿Puedo?- preguntó apuntando hacia la cama con la cabeza.

- Por supuesto.

Lucas se sentó sobre la cama y se acomodó a mi lado con mucho cuidado.

- Te ves pésimamente mal.

- Gracias, es genial saber que puedes contar con alguien que siempre te dirá la verdad.

- Pensé que no ibas a sobrevivir-. Soltó poniéndose serio-. Cuando te vi... por Dios, creí que estabas muerta.

- Casi.

Silencio.

- Me alegra que vinieras a verme-. Estiré los dedos de la mano sana e intenté tocar los suyos pero él apartó la mano-. ¿Estás bien?

- Me veo mejor que tú, supongo.

- Seguramente, si luzco como me siento, lo más probable es que tenga un aspecto fatal; no me refería a eso y lo sabes.

La sonrisa se le borró del rostro de un plumazo.

- Sé que toda mi existencia no me va a alcanzar para pedirte perdón por lo que hice.

- No seas tonto.

- Fue mi culpa, casi te matan y se quedan con tu alma debido a mi debilidad-.

Se agarró la cabeza-. Lo que le hice a la camioneta, y el modo en que atacé a Vicente, si él no se hubiese repuesto tan rápido de los golpes que le di, probablemente hubiese sido yo quien rematara tu existencia.

- No lo hiciste, eso no pasó y estoy segura que tú jamás llegarías a hacer algo así. No fuiste tú, eran ellos, Lucas.

- Ese justificativo no es válido, debía detenerlos por ti.

- Termina con eso o vas a hacerme enojar.

Lucas sonrió por lo bajo ocultando su rostro en las sombras.

- Se terminó y no quiero que nadie vuelva a pronunciar una sola palabra acerca de lo sucedido. No me interesa saber más nada de eso.

- Eliza...

- Es en serio- insistí con voz temblorosa, la saliva comenzaba a acumularse en la boca. Quería olvidar, necesitaba olvidar.

- Perdóname por haber sido un idiota.

- Vas a hacer que te saque a patadas de aquí si sigues con eso.

Lucas bajó la mirada.

- No me refiero a eso- levantó el mentón-, sino a lo que hice esa tarde en el bosque.

Se me puso la piel de gallina.

- Vicente es muy afortunado por tenerte.

- Lucas...

- No, tan solo óyeme- sacudió la cabeza-, sé muy bien el lugar que me toca y lo acepto, si tu lugar está con él, pues entonces bien, seré tu amigo, tu mejor amigo si me lo permites y logras olvidar lo que te he hecho.

- No creo estar en posición de exigir nada más de ti, es más, no sé si merezco eso.

- No quieres volver a verme.

- Pienso en ti desde que abrí los ojos, no seas tonto... es que no quiero...- no pude seguir, sus ojos oscuros desbordaban sufrimiento, hubiese querido ser capaz de terminar con eso en este preciso instante-. Soy consciente de cuan egoísta es el pedido que voy a hacer tomando en consideración las circunstancias-. Tragué saliva-. No te vayas... no quiero perder lo que tengo contigo, para mí eres como un hermano... mi mejor amigo, sé que contigo puedo hablar de todo sin miedo a quedar en ridículo o a que pienses que soy una idiota.

- ¿Quién te dijo que no pienso que eres una idiota?

- ¡Lucas!

Lucas soltó una carcajada.

- Tan solo prométeme que jamás te irás.
- Te lo juro por mi condenada existencia que jamás, pero jamás te dejaré.
- Gracias.
- No hay porqué.

Extendí los dedos otra vez y ahora si me permitió tocarlo, pero él se quedó quieto como si temiese moverse.

- Qué sucede- curioseé dándole un suave apretón.
- Tengo miedo de lastimarte- admitió acongojado.
- No te preocupes por mí, ya no quedan en este cuerpo huesos que romper.

Logré arrancarle una risita suave.

Lucas se quedó haciéndome compañía hasta que me quedé dormida. Cuando abrí los ojos en un momento, supongo que era plena madrugada y yo acababa de despertar de mi pesadilla en la que Horacio me rompía una pierna pero ya no era él quién me tiraba al agua sino el propio Vicente, me encontré con que ya no estaba conmigo. Me costó volver a dormirme pese a que puse todo mi empeño en ello. Necesitaba que la mañana llegara lo antes posible para volver a ver a Vicente. El tiempo no me lo puso fácil, la noche se me antojó eterna y horrible.

...

Antes de abrir los ojos, siquiera, sentí el perfume. Inspiré hondo, olía a jazmines pero detrás de la nube de la penetrante y fresca fragancia, flotaba un perfume mucho más dulce que hizo que me sintiese igual que si estuviese en el cielo. Mi cerebro se despabiló por completo, inhalé lo más profundo que me fue posible, es más, le pedí más de lo conveniente a mis maltratados pulmones por lo que sentí un fogonazo de dolor atravesándome el pecho. No me importó, aspiré hondo por tercera vez y dejé que su presencia me conquistara por completo. Abrí los ojos y allí estaba él, mirándome fijo sin pestañar con sus hermosos ojos grises que yo no podía dejar de mirar. Me agradó ver que estos se encontraban en calma.

- Buenos días bella durmiente- susurró para mí sonriendo despreocupadamente.
- Buenos días, mentiroso- le contesté alzado una mano para acariciarle la mejilla, el torció la boca en una mueca de disgusto antes mis palabras, me di cuenta de que lo suyo pretendía ser un elogio, no necesitaba eso de él-.

¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado?-. Había arrastrado una de las sillas que rodeaban la mesita y la había pegado a mi cama, allí se acomodó con el torso inclinado sobre el colchón para estar más cerca de mí.

- Un par de horas, nada del otro mundo. Dormiste como un tronco toda la mañana; el doctor Farro me dijo que en la madrugada vino a verte y te notó algo molesta por eso te administró unos calmantes para que así pudieses descansar mejor. Llevas horas roncando a pierna suelta.

- No ronco.

- Sí, si roncas, gracias a Dios que yo no necesito dormir, de otro modo jamás podríamos compartir...- se detuvo en seco quedándose con la boca abierta, por un segundo había permitido que sus esperanzas se apoderasen de su cerebro y evidentemente eso era demasiado para él, jamás se permitía ser feliz o siquiera poder imaginar un segundo de felicidad, yo sabía muy bien que por motivos que todavía no alcanzaba a comprender llevaba mucho -quizá demasiado tiempo- castigándose a sí mismo, privándose de felicidad completamente adrede.

Puso cara de enojo. Se arrepentía de lo dicho y no lo disimulaba.

- Al menos tenemos algo de nuestro lado, mis ronquidos no van a despertarte en mitad de la noche.

- ¿Todavía quieres seguir con esto?- inquirió con cautela e incredulidad.

- Que pregunta más estúpida.

- Eliza- bufó exasperado- por poco te mueres. Te saqué del agua a tiempo pero estabas tan herida, tan débil que creí que no sobrevivirías. Ni quiero imaginar todo el dolor que experimentaste por mi culpa.

- Ya me olvidé de eso- mentí cortándolo, no tenía ganas de oír eso de sus labios. El dolor parecía tan real en mis pesadillas que recordarlo a la luz del día también, era demasiado para mí.

Vicente tomó mi mano y la despegó de su rostro para aferrarla con cuidado entre las suyas.

- Te quiero aquí conmigo.

Vicente se quedó observándome por unos segundos.

- Entonces aquí voy a quedarme hasta que me pidas que me vaya.

- Nunca voy a hacer eso- le aseguré. Mi corazón estaba que explotaba de felicidad.

- Bien, me alegra oírlo porque no tengo intenciones de dejarte nunca... ya había olvidado lo que significa estar vivo y tú me lo devolviste. Si puedes perdonarme todo por lo que te he hecho pasar, te juro que intentaré hacerte feliz

todos y cada uno de mis días.

- No tengo que perdonarte nada, sabía que esto no sería fácil.

- Es probable que nunca lo sea.

- Por que lo dices, “ellos” todavía...- una cuchillada fría me paralizó el corazón.

- ¡No!, no, no tienes que preocuparte por “ellos”, no volverán a molestarte jamás. Eso ha terminado, Horacio ya es historia y Ariel se aseguró de que los demás no vuelvan a molestarte. Tu alma es libre de ir dónde quiera y ciertamente, no le pertenece y jamás le pertenecerá al Infierno.

- No, porque es tuya desde el primer día que te vi.

- Debieras habérmelo dicho antes, nos hubiésemos ahorrado un par de problemitas por el camino.

- Es probable que si te lo hubiese dicho antes no estarías aquí ahora.

- Es posible- admitió bajando la mirada.

- Entonces, ¿cómo vamos a hacer esto?

Vicente me sonrió.

- Pensé que lo sabrías, eres la humana, se supone que debieras tener más experiencia que yo en esto.

- Eres más viejo que yo, pensé que la experiencia era tu fuerte. Vivir tanto tiempo debiera contar para algo.

- En la vida de demonio no sueles vivir este tipo de cosas.

- Bien, entonces tal vez sí sea posible que pueda enseñarte alguna que otra cosita- le dije riendo.

- Sorpréndeme- me provocó.

Lo agarré del cuello de la camisa y tironeé de él hacia mí y lo besé. La cabeza empezó a darme vueltas y no causa de los golpes ni tampoco de los calmantes, fue su beso lo que me dejó atontada. Me convencí de que nunca podría inmunizarme a él al punto de que su boca me fuese completamente indiferente. Yo estaba terrible y perdidamente enamorada de él y ese amor de proporciones descomunales acarreaba muchas cosas consigo, entre ellas, un desprecio total por la razón y una pasión que sin duda me haría cometer más de una estupidez, no me importó ni me importaría nunca perderme a mí misma por él, porque estaba convencida de que él también estaba dispuesto a perderse por mí. Si este tipo de amor solamente vive en las novelas románticas pues entonces mi vida se convertiría en un largo y gran escrito sobre papel que sin duda iba a arrasarse con todas las reservas de bosques naturales del mundo.

- Todo en ti es tan fácil de amar- me susurró en la boca.
Creí que iba a caer sobre la almohada inconsciente otra vez. Pero lo resistí
como toda una humana.

Estuve una semana más internada en la clínica, que después supe, era una de las más costosas de la ciudad y por la cual Vicente pagó una fortuna por cada día de mi estadía allí sin dejar que mi padre o yo pusiésemos ni un centavo.

Durante cada uno de esos siete días en los que estuve vegetando en esa incómoda cama que apestaba a desinfectante, mi cuarto estuvo siempre lleno de gente. Susana venía a visitarme casi todos los días después de salir del local para ponerme al tanto de las novedades en los preparativos de su boda, los cuales ahora yo soportaba sin el menor esfuerzo, es más, los oía gustosa. Las cosas con ella no fueron sencillas de manejar, fui yo, y no Vicente, la que tuvo que soltarle la mentira de que me había caído de un caballo y ella no se la tragó así sin más de buenas a primeras, porque principalmente, tenía muchas dudas sobre mi loca escapada con Vicente. Al final, logré que se tranquilizara un poco, sabía que la calma no llegaría sino con el tiempo, cuando todos se diesen cuenta que lo mío con Vicente iba en serio y que no volvería a sufrir este tipo de accidentes, bueno, no podía asegurar que no terminase con alguna que otra cortada o quemadura, podría haber perdido algunas mañanitas, pero no la torpeza, eso llevaría muchos años de trabajo fino en el intento de emular la gracilidad y certeza con la que Vicente se movía; tan solo me restaba esperar que al tenerlo tanto tiempo cerca de mí se me pegaran todas sus cosas buenas.

Otro que no fue un hueso fácil de roer, fue mi padre, quien continuaba mirando con profunda desconfianza a Vicente; cada vez que los dos se juntaban conmigo en el cuarto, el ambiente se llenaba de una carga eléctrica muy extraña. Su enojo, porque eso estaba: enojado conmigo y con Vicente, por todo lo sucedido, incluyendo el viaje, el accidente y los raros días que antecedieron a ambos incidentes, sería difícil de aplacar.

Otros en cambio me visitaron sin hacer demasiadas preguntas.

Lucas se limitaba a hacerme compañía evitando tocar temas escabrosos y complicados, lo importante para mí era su presencia y cercanía, y eso me brindaba, incluso de un modo más cercano que todos los demás, solía suceder, que cuando él estaba solo conmigo, y de repente caía alguien a visitarme, se metía en mi mente, pidiendo permiso antes siempre, y hablaba conmigo desde allí, por lo cual, me figuro, todos los demás debían creer que él era medio mudo o muy tímido.

Resultó algo complicado explicar a familiares y amigos su presencia y lo que nos unía, pero acabaron aceptándolo como un amigo de Vicente, el cual yo había tenido oportunidad de conocer antes que todo pasara.

Matías también vino a verme y me trajo un ramo de flores, no estuvo mucho, pero su visita me alegró y sorprendió.

Bromas aparte, en esos siete días acumulé tantas flores que mi cuarto terminó pareciendo una florería, tanto es así, que el perfume de Vicente quedó completa y absolutamente cubierto por el de las flores. Resultaba angustiante no poder olerlo; por suerte, cada vez que me besaba o me abrazaba lo percibía de primera fila, muy cerca y tan nítido como siempre.

Vicente me explicó más tarde que un par de llamadas se efectuaron en mi nombre, y más precisamente con mi voz, para facilitar mi huida, de todo lo que eso encierra, no tengo ni la menor idea y la verdad es que ni lo quiero saber, no tenía ganas de imaginármelo a él, hablando con mi voz para mentirles a todos sobre mi súbita desaparición. No se lo recriminé ni lo haría, no le dimos demasiadas vueltas a ese asunto, ya era parte del pasado, uno que prefería dejar atrás.

No pude moverme demasiado, pero a esos días les saqué el jugo, creo que jamás fui tan feliz, y eso que esto era sólo el comienzo.

Tras las primeras horas de duda en las que temí perder todo otra vez, me convencí de que ésta era mi revancha, mi desquite contra la vida luego de tantos malos pasos. Sería mi oportunidad y no iba a desperdiciarla, incluso si tenía que luchar por ella con uñas y dientes, qué podía ser peor de lo que ya había experimentado, nada más podía sorprenderme, había conocido a un par de demonios y me había enfrentado a otros tantos, me rompieron dos huesos, me fisuraron varias costillas... Lo que tenía ahora me lo había ganado en buena ley y me aseguraría de seguir dando lo necesario para conservarlo.

...

Si es de por sí complicado presentar a tu novio a tus padres, lo es todavía más, cuando tu novio no es lo que cualquier padre quisiese para su hija, y con esto no me refiero a que Vicente no fuese lo suficientemente bueno para mí, ni para ellos, él era eso y mucho más, pero ciertos aspectos de su vida y de su existencia no eran sencillos de manejar, ni de justificar. Su dinero, su falta de una profesión que pudiese yo explicar, su errática vida de nómada, la completa ausencia de más amigos o familia aparte de Lucas; y sobre todo, nuestros arrebatos tan difíciles de controlar. Estos eran una victoria para mí, pero también una fuente de incomodidad para mis padres y digo esto porque por mi

incapacidad -todavía seguía con el brazo y la pierna enyesados y con una venda que apenas si me dejaba respirar recubriéndome las costillas- acabé yendo directo del hospital a casa de mis padres para que ellos me cuidaran. La verdad es que no sé cómo me las hubiese arreglado sola, si apenas podía llevarme la comida a la boca por mi cuenta.

Vicente se pasaba todo el día en la casa de mis padres haciéndome compañía, y por las noches, medio a regañadientes, se iba a su casa. Yo no me cansé de insistirle que no tenía porque irse, pero su alma de caballero era más fuerte, y siempre, indefectiblemente, después de cenar, de elogiar la comida de mi madre, y de asegurarse de haber ayudado con los platos y acostarme, se retiraba calladamente para regresar a la mañana siguiente cargando consigo con algo para el desayuno. Debo haber engordado una barbaridad en esos días, siempre traía cosas ricas para comer y yo que podía moverme poco y nada para gastar las calorías...

Vicente también fue responsable de que no gastara demasiadas calorías aduciendo que en mi estado no era conveniente que hiciese esfuerzo alguno (y a que estábamos en casa de mis padres: - si ellos están aquí a tres metros del otro lado de la pared- me soltó un día en el que ignorando todos los dolores me arriesgué a ir un poco más allá). Sin embargo, progresamos al explorar a fondo otras áreas en las que ya teníamos experiencia: nuestros besos me dejaban cada vez más perdida y aturdida.

Regresé a mi departamento cuando corrían los primeros días de febrero por el almanaque, entré por mis propios medios (arrastrando el yeso de mi pierna, por supuesto).

Todo estaba tan ordenado y limpio que era imposible ignorar la mano de mi madre en ello. Ella se había asegurado de pasarse por allí cada semana para mantener todo en orden y para regar las pocas plantas que había sobrevivido a mi ausencia.

Algunas cosas parecen no cambiar jamás y eso es bueno. .

Estar en casa fue un verdadero alivio, allí podía recibir a Vicente y a Lucas todas las veces que quisiera sin tener que dar explicación alguna a nadie.

Esa primera noche, y todas las que les siguieron, Vicente se quedó conmigo, pero esta vez, a causa de una estúpida y ridícula recomendación del medico, ya que mis costillas estaban tardando mucho en soldarse, se limitó a abrazarme mientras yo dormía. Lo más patético de todo, es que Vicente me daba tanto calor -dormir abrazada a él era como dormir abrazada a una estufa-, y considerando que por las noches apretaba un calor de treinta grados,

terminaba casi deshidratada de tanto transpirar, por lo que tenía que pedirle que me soltara para refrescarme un poco a la brisa del ventilador de techo que la verdad, no lograba hacer mucho por mí.

Esa semana regresé al trabajo. Me angustió bastante tener que separarme de Vicente, me había malacostumbrado a tenerlo a mi lado las veinticuatro horas del día; él se las ingenió para visitarme todos los días con la excusa de traerme el almuerzo, de comprar tal o cual vino, o simplemente porque supuestamente estaba de pasada por allí. El pobre tuvo que enfrentarse con Susana, ella ya no le adoraba tan ardorosamente como al principio, es más, ahora apenas si le hacía gracia verlo.

No estoy segura de si sospechaba algo o qué, pero así fue, quedé mediando entre ella y él cuando antes era justamente lo contrario. Se hizo complicado lograr que compartieran el mismo espacio por mucho tiempo, sin embargo luego de aclararle a Susana que Vicente no se iría a ninguna parte porque yo así lo quería, ella hizo un intento por soportar su presencia.

Insertar a Lucas fue un poco más sencillo, supongo que eso se debía a que él no se sentía tan culpable de estar allí cuanto Vicente, a quien le jugaba en contra, su propia conciencia.

...

- ¿Cómo que no? Debían entregar ese pedido hace una hora- le grité al repartidor que se encontraba al otro lado de la línea-. Pues si usted no hace esa entrega le juro que no volverá a trabajar con nosotros. Le encomendé especial atención en ese cliente. Y por supuesto que estoy enojada.

Susana me miró y se sonrió. - Cuidado con la fiera salvaje- murmuró por lo bajo.

Le hice señas a Susana para que guardase silencio. - Más le vale que lo entregue ahora- le contesté al hombre que me prometió llevar el pedido en cuanto cortase conmigo, procurando no reírme de mi amiga, quien me dedicaba todo tipo de muecas ridículas.

- Sí, hasta mañana- me despedí del hombre y corté.

- ¡Susana!- le grité para que dejase de ponerme caras.

- El golpe te afectó para bien.

Últimamente mi accidente era tema de bromas y a mí no me molestaba eso me ayudaba a sobrellevar las pesadillas nocturnas que esperaba, algún día desaparecieran; mientras tanto me las guardaría para mí. Por ahora había

logrado ocultárselas a Vicente, lo cual era todo un logro, no sé cómo nunca me desperté gritando, ya que solía gritar de dolor y miedo en esos sueños.

- Ahora, nadie se atreverá a contradecirte jamás, estás hecha un demonio.

Que cerca pasó eso.

- Vamos, cerremos de una vez, este día se me hizo eterno.

- Por qué, porque Vicente no vino a verte.

Era totalmente cierto, Vicente, por primera vez en esta nueva vida, no había pasado a verme, se limitó a llamarme por teléfono, lo sentí muy raro, pero hice un esfuerzo por no preocuparme. Nada malo podía, ni debía suceder ahora.

Yo todavía le daba vueltas al asunto, cuando una delicada corriente de aire me trajo un perfume que ya empezaba a impregnarse en mis ropas y en mi propia piel como si fuese un perfume común y corriente que uno se echa para oler bien.

El carillón no sonó y por eso terminé por adivinar su llegada.

La cara de Vicente apareció por detrás de un inmenso ramo de nardos de un blanco níveo.

- Hablando de Roma- murmuró Susana por lo bajo.

- Buenas noches- saludó Vicente.

- Hola- le correspondió Susana sin demasiada efusividad y luego se volvió hacia mí-. No te preocupes, yo cierro- me dijo dedicándome una sonrisa torcida.

- Gracias, te debo una.

- Ni que lo digas.

Vicente me tendió las flores al tiempo que yo salía de detrás del mostrador cojeando.

Inspiré su perfume mientras le daba un rápido beso. - Gracias, son preciosas.

- Vamos, lárguense de aquí, se supone que la que debería estar gozando de gestos melosos, arrumacos y todo ese romance soy yo- exclamó Susana-. ¡Donde demonios está mi futuro esposo que no me trae flores!

Vicente y yo nos reímos.

- Lárguense ahora- nos dijo Susana con una sonrisa en los labios.

Vicente recogió mis cosas y me tendió su brazo para que me fuese más fácil andar. Los yesos de pierna y yo nunca nos llevaríamos bien.

Abrió la puerta del Mercedes Benz para mí y me ayudó a acomodarme sobre el asiento.

- Son realmente hermosas- le dije cuando se acomodó a mi lado-. Son para

saldar tu ausencia de hoy.

- No sabía que debiera hacer tal cosa- me dijo con su mejor cara de nada mientras calzaba la llave para darle encendido al motor.

- ¿Dónde te metiste todo el día y por qué estabas tan raro cuando hablamos por teléfono?

El motor rugió, puso primera pero mantuvo el auto quieto presionando con su pie izquierdo el pedal del embrague.

- Estabas... estabas trabajando-. Me costó mucho articular esas palabras.

Vicente me sonrió sin despegar los labios.

- No, he decidido tomarme unas vacaciones.

- Me alegra...- que alivio, suspiré por dentro-; no sabía que pudieses hacer tal cosa.

- Ha sido una excepción, pero no hablemos de eso ahora ¿sí?

- Sí, por supuesto-. En cuanto más apartásemos de nosotros el momento de poner ese tipo de discusiones sobre la mesa, mucho mejor-. ¿Entonces?- le sonreí-. ¿Qué hiciste todo el día?

A modo de respuesta, recibí una carcajada suya.

- ¿Qué, qué es lo que te parece tan gracioso?

- Nada- respondió dejando que el automóvil se pusiese en marcha.

- ¿Cómo que “nada”?

- ¿Estás enojada?

- Me estoy enojada- lo corregí-, te ríes de mí y no me dices porqué, estuviste todo el día fuera haciendo no sé qué cosa y...

- Me encanta que estés celosa- soltó sonriendo de oreja a oreja.

- ¿Te encanta que esté celosa?

- Es una buena señal.

- Una señal de que voy a partirte la cara ¿quizá?

Soltó un silbido. - Yo que tú no lo intentarías.

- Puedo arremeter contra tu lindo Mercedes.

- No importa, estaba pensando en cambiarlo- replicó como si tal cosa.

- ¡Vicente!- chillé fastidiada, bueno, no realmente fastidiada, no creo que pudiese enojarme con él por nada del mundo, salvo si me engañaba con otra, pero debemos partir de la base de que estaba más que segura que me amaba tanto como yo a él, así es que no, no estaba enojada-. ¿Qué te traes entre manos?

- Es una sorpresa.

- ¿Una buena?

- Si no fuese buena no sería sorpresa.

- ¿Eso es lo que hiciste todo el día?

Asintió con la cabeza.

- ¿Y en qué consiste?

- Si te lo digo va a dejar de ser sorpresa.

Recorrimos a buena velocidad un par de calles, al final no pude contenerme más y se lo pregunté. - Así que creíste que estaba celosa.

- Para algunas cosas, contigo, no necesito tener las capacidades de Lucas, se te notaba en la cara, es por eso que me reí de ti, en qué cabeza cabe que yo pueda darte razones para estar celosa.

Si tenía alguna duda, sus palabras la borraron de un plumazo.

- No vuelvas a dejarme así en ascuas- le pedí en un susurro.

- Está bien, disculpa.

- Estás disculpado, las flores te ayudaron.

- Espero que me ayuden para lo que viene ahora.

- ¿Por qué, dónde vamos?

- Hoy estuve de compras.

Le sonreí. - Yo trabajo y tú vas de compras. Esta relación si que es rara-exclamé.

- Sí, pero lo que compré es para ti.

- Eso me gusta menos.

- Creí que pensabas que tengo buen gusto para regalarte cosas.

Las anteriores cosas que él me había comprado yo no las consideraba regalos, es más, siquiera las consideraba como algo mío; aquellos vestidos y zapatos habían ido a parar a un rincón muy oscuro de mi placard.

Nos miramos por un momento, él comprendió lo que pasaba por mi cabeza. Intenté olvidarme de todo y solamente así le sonreí, la tirantez que le daba forma a su gesto se desvaneció.

- No tienes que comprarme nada. Tú eres mi regalo- le dije estirándome para besarlo aprovechando que el semáforo nos tenía retenidos frente a la senda peatonal.

- Pero ya te compré algo... bueno, de hecho son dos cosas y las dos de uso práctico y la verdad es que no se me antoja devolverlos. Además, para que te quedes tranquila, no son ni vestidos, ni zapatos, ni nada parecido.

- Mientras no me hayas comprado un auto- bromeé.

Vicente me puso cara de quien es atrapado haciendo algo malo.

- ¡¿Me compraste un auto?!- rugí. Por un momento se me cruzó por la mente

darle con el ramo de nardos por la cabeza pero eran demasiado lindos y no quería arruinarlos.

- Bueno, para ser más específicos no es un auto, es una camioneta. Y no es que la haya comprado ahora para ti, bueno... ni siquiera es un regalo solamente de mi parte.

- ¿Qué? No entiendo nada.

- Intenta sonreír- me pidió apuntando con el volante directo hacia el cordón de la vereda.

Vi la camioneta y me pareció conocida, sólo que ésta era de un color diferente a aquella negra en la que yo me había encerrado para defenderme de Lucas. Lo siguiente que vi, fue a Lucas parado en el borde de la vereda sonriéndome satisfecho.

- ¿Qué es esto?- le pregunté a Vicente.

- Ya lo verás- me contestó bajándose del auto.

Lucas me abrió la puerta y me ayudó a bajar.

- ¿Vas a explicarme que significa esto?- le espeté a Lucas después de saludarlo con un abrazo y un beso.

Vicente se sentó sobre el capó todavía abollado del Mercedes y se cruzó de brazos. - Es toda tuya- le dijo a Lucas.

Clavé mis ojos en Lucas y él me sonrió con toda la intención de aplacar mis ánimos un tanto exaltados. Un torbellino de confusas sensaciones se había apoderado de mí. Creí reconocer la patente de la camioneta pero no estaba segura.

- Bien- Lucas se rascó el mentón- me imagino que recuerdas la camioneta dentro de la cual casi te aplasto.

- Perfectamente- contesté cruzándome de brazos al tiempo que me apoyaba sobre mi pierna sana para no perder el equilibrio.

- Bueno, lamento eso... el asunto es el siguiente: Vicente y yo creímos que después de lo que sucedió quedó comprobado que la camioneta es lo suficientemente resistente.

- ¿Resistente?

- Sí, resistente contra todo. Por lo visto el blindado funciona para algo más que balas.

- Entiendo- murmuré.

- Como te decía, la camioneta demostró que puede aguantar unos cuantos golpes y Vicente y yo creímos que sería buena idea que...

- ¿Que qué?- le espeté fingiéndome enojada.

- Que te la quedés-. Hizo una pausa-. Te la ganaste.

Se me escapó una sonrisa.

Le lancé una mirada a la camioneta y de paso, crucé otra con Vicente, quien sonreía tranquilo.

- ¿Y cómo es que se ve tan bien después de todo lo que pasó? Pensé que la pobre había quedado reducida a puré.

- No tengo tanta fuerza- me susurró Lucas.

Las manos de Vicente me tomaron por los hombros.

- La verdad es que la camioneta había quedado bastante mal, pero Lucas se encargó de reconstruirla con la ayuda de unos amigos suyos.

Alzo hizo que alzara los ojos hacia el cartel que colgaba en lo más alto de la pared del local que teníamos en frente: era un taller de autos especializado en blindajes.

- El merito es de Lucas- me susurró Vicente al oído-. Fue él quien la dejó así tan bonita como la ves ahora.

Lucas revoleó los ojos y se encogió de hombros.

- Así que arreglaron la camioneta para mí.

- Que tengo que decir, la pobre ha demostrado estar a tu altura- canturreó Lucas.

Vicente me soltó y yo me lancé directo a darle un abrazo a Lucas. Le agradecí más de una vez, y nunca fui demasiado sentimental, es que su gesto hizo que se me saltaran las lágrimas de los ojos.

- No llores blandengue- me dijo Lucas dentro de mi cerebro-, no es un gran gesto, simplemente lo he hecho para tener siempre presente que debo cuidarte, porque te lo prometí, nunca voy a dejarte.

- Gracias, gracias, gracias...

- ¡Y para mí qué!- rezongó Vicente.

- No entenderé nada arreglo de automóviles pero me ocupé de ir a comprar todos los repuestos y elegí el color de la pintura.

- Me encanta el color de la pintura- exclamé exageradamente por lo que Lucas se carcajeó sin timidez alguna.

La camioneta, de por sí enorme y llamativa lo era ahora todavía más, Vicente había elegido un color similar al de los ópalos, con sus tornasoles y todo. La pintura brillaba como la piedra misma bajo la luz de sol.

Estuvimos allí en la calle, mientras Vicente y Lucas me mostraban todo los nuevos adminículos que le habían hecho agregar, entre ellos un equipo de sonido que sólo podía usarse gracias a que los vidrios de la camioneta eran

blindados, de otro modo los hubiese hecho estallar por los aires; un sistema de GPS con una mini computadora de abordo que no tenía ni idea de cuándo ni cómo la iba a usar; un reproductor de BlueRay, y no sé cuantas otras cosas más que se me escaparon en cuanto las nombraron.

- Gracias a los dos, la camioneta es preciosa, no hacía falta que me la regalaran.

- No te preocupes, no fue un gasto realmente, Vicente la iba mandar directo al basural, creo que está pensando en cambiar todos sus autos.

- Eso no es cierto- soltó Vicente-. No lo es, yo quería comprarte algo nuevo pero Lucas insistió en que podíamos arreglar esta para que quedase como nueva.

Sin duda la camioneta se veía flamante.

- Ustedes saben que no esperaba que me regalaran ni lo uno ni lo otro... y me encanta mi nueva camioneta. No sé cuando voy a poder manejarla pero se los agradezco, al los dos, de verdad, quedó preciosa.

Vicente me aferró de la cintura. - No es más que una tontería, por lo que pasaste debería comprarte el mundo.

- Paso, apenas si puedo con esto que tengo entre manos- le contesté en voz baja para que Lucas no me oyera.

Vicente me dio un beso y me apretó contra su cuerpo.

Lucas se aclaró la garganta a todo volumen completamente adrede. - Ese es mi aviso para partir- anunció.

- Los veo luego.

- Adiós- se despidió Vicente arrojándole las llaves del Mercedes, las cuales Lucas atrapó en el aire sin la menor dificultad, sin duda a mí se me hubiesen escapado por entre los dedos.

Lucas se subió al Mercedes y se alejó a toda velocidad mientras nosotros nos despedíamos de él con la mano.

- ¿Lista para ver tu otro regalo?

Vicente me susurró la pregunta al oído y su perfume rozándome la piel hizo que me estremeciera toda.

- ¿Ahora?

- En este preciso instante- confirmó

Casi me caigo cuando me soltó.

Vicente abrió la puerta del acompañante de la camioneta y se estiró, no entendí que estaba haciendo hasta que salió con la llave en la mano. Levantó la puerta trasera y a la vista, quedó una enorme caja blanca.

- ¿Qué es eso?- ni bien terminé de formular la pregunta me di cuenta de lo que era-. ¿Un aire acondicionado?- inquirí extrañada.

- Sí, un aire acondicionado. Bueno, el regalo supongo es más para mí que para ti.

No le entendí.

- Lo instalaremos en tú habitación, en el departamento, es para que no tengas que volver a separarte de mi mientras duermes... espero que funcione.

En mi cara se dibujó una amplia sonrisa. Si hacía falta iba a poner el aire acondicionado a más diez grados bajo cero para poder dormir apretada contra su cuerpo toda la noche sin tener que morirme de calor.

No hizo falta bajar la temperatura a menos de dieciocho grados. Dormí abrazada a Vicente toda la noche sin que me molestase ni un poco el tremendo calor que emanaba de su cuerpo. Este era el mejor regalo de todos. Y justo cuando yo creía que nada podía ser mejor de lo que ya era.

37. Un día de sol en paraíso.

Libre de mi yeso verde loro, pero con una bota negra igual de horrible, me puse al volante de la camioneta por primera vez. Supongo que el resto de los conductores no festejaría mi primer día de conductora como algo para recordar. Creo que en ningún momento pasé de los cuarenta kilómetros por hora, me asustaba acelerar demasiado, la camioneta era tan grande y pesada que tenía la sensación de que si pisaba mucho el acelerador terminaría por llevarme por delante a todos los otros autos.

Por suerte no maté a nadie, ni choqué ningún automóvil. Suspiré aliviada cuando las puertas dobles de la entrada de vehículos de la casa de Vicente, se abrió permitiéndome así, ingresar a la propiedad.

Me pareció curioso que nadie viniese a recibirme.

Las puertas que daban a la calle se cerraron solas justo cuando bajaba de la camioneta colgándome de la puerta para evitar pisar demasiado sobre mi pierna mala. Todavía me parecía extraño poder recargar algo de mi peso sobre ella, tenía la constante sensación de que el hueso se rompería otra vez de un

momento a otro.

Cerré la puerta y me encaminé directo al fondo de la casa. Las pocas veces en las que había vuelto a visitar la casa de Vicente después de haber regresado del hospital me alcanzaron para percatarme que ninguno de los dos usaba la parte principal del caserón. Casi siempre estaban en sus habitaciones, bueno, Lucas usaba su habitación, Vicente no, ya que casi siempre dormía conmigo; además de eso, solamente usaban la cocina, la cual era centro de reunión, el amplio parque y el garaje, en el que podía encontrarse a Lucas sino estaba en su cuarto.

- ¿Vicente?- lo llamé cuando casi alcanzaba la puerta de la cocina.

Salió a recibirme al instante.

- Feliz día de los enamorados- me dijo a modo de saludo.

- Feliz día para ti también- le dije tendiéndole la bolsa con el regalo que le había comprado-. Me siento tan cursi- añadí luego de que me besara.

- No te preocupes, no eres la única; y no tenías por qué comprarme nada.

- Pero quise hacerlo.

- ¿Qué es?- me preguntó asomándose dentro de la bolsa.

- No es un perfume- le contesté sonriendo, cientos de veces ya le había dicho que adoraba la forma en que olía.

- Sí- rió- claro, no es un perfume. Tú tampoco lo necesitas.

Fue una estupidez pero me sonrojé.

Vicente sacó la botella, la desenvolvió y se quedó mirándome.

- Es de la misma marca y la misma cosecha que la que compraste en el local el día en que nos conocimos... cuando te conocí, Susana y yo hicimos una apuesta, me dijo que si terminábamos juntos tendría que comprarle una botella de éstas, y eso hice, compré dos, una para ella y otra para nosotros, me pareció que merecía el gasto.

En los labios de Vicente se desplegó una sonrisa cómica. Bajó la botella y se rascó la nuca.

- ¿Qué, qué pasa?

- Es que resulta que tengo la otra botella en la heladera esperando por ti. La verdad es que la había comprado para festejar el día en que me vendieses tu alma.

Algo se me atragantó en la garganta.

Resopló. - Supongo no podemos escapar a la verdad, pero si vamos a estar juntos, tenemos que admitir lo que ha sucedido entre nosotros, lo que también debo admitir es que me hace infinitamente más feliz abrirla por esta razón, que

por cualquier otra razón.

- ¿Y qué razón es esa?

- Porque te amo y me amas.

Me derretí ahí mismo.

- Esta otra botella la usaremos para festejar algo más- entonó meciéndola suavemente.

- Algo como qué.

- Como que hoy es mi cumpleaños- contestó con timidez.

- ¡¿De verdad?!

- Bueno, no pasa nada, como sea, llevo un buen tiempo sin festejarlo. Antes, el paso del tiempo no era algo que quisiese recordar, ahora es diferente. Ahora que estás conmigo quiero festejar cada uno de mis días.

- Y bien, abuelito, cuantos años cumples.

- No me hagas decirlo en voz alta. Puedes sacar la cuenta tú sola, ya te dije cuando nací.

- Puedes escribirlo en un papel- le propuse acercándome a él.

- No va a ser falta, Lucas me dejó un regalito antes de irse.

- ¿Qué regalo?

- Ven a ver- me propuso apuntando la puerta con la cabeza.

La torta recubierta de chocolate estaba sobre la mesa de la cocina.

Lucas le había clavado más de un centenara de velitas encima, eran tantas que los soportes de las velas estaban apretujados uno contra otros. No pude evitar reírme.

- Esas son muchas velitas.

Vicente dejó escapar un suspiro.

- ¿Tanto te pesan los años?

- No, ya no- me contestó y después me besó.

Me perdí dos veces, una en las ciento once, otra en las ciento veintidós; sin duda eran muchas más. Me dio la impresión de que Lucas sin duda había puesto una velita por cada uno de los años de Vicente. Dejé de intentar verificar esto cuando Vicente llegó con dos copas y la botella de champagne frío, aquella que había comprado en el local la primera vez que vino a verme.

- Tenemos que hacer algo antes de brindar.

- ¿Qué quieres que hagamos?- alguien iba a tener que juntarme con una pala cuando terminara el día, me estaba deshaciendo igual que un médano al ser arrastrado por el viento.

Vicente se curvó sobre una de las sillas que estaba arrinconada a la mesa y

sacó con sus dos manos, utilizándolas como la concha de un molusco para cubrir una cajita, que a todas luces parecía de una joyería.

Me bajó la presión y casi me desmayo. Lo amaba y lo amaría siempre pero algunos recuerdos de mi vida pasada todavía estaban demasiado presentes.

- No entres en pánico- me susurró al tenderme la caja.

La abrí, y por suerte, encontré algo muy distinto a lo que esperaba ver. Era una delicada cadena plateada, con un espléndido brillante facetado hasta lo imposible, el cual corría libremente a través del delicado listón, yendo y viniendo de un rayo de luz a otro, llenando la cocina de un millón de astillas de arco iris.

- ¿Te gusta?

- Es hermoso- jadeé sin aliento-. Es precioso...

Vicente tironeó delicadamente de la cadena para sacarla de la cajita, abrió el gancho y me pidió que me recogiera el cabello. Rozando mi cuello con sus manos, lo rodeó, cerró la cadena y el brillante quedó colgando entre medio de mis clavículas.

Sin querer acaricié la piedra y me dio un escalofrío. Creí que el peso de la joya me pesaría, no fue así, se sentía leve, yo me sentía leve, flotaba a unos cuantos centímetros del suelo y nada me haría caer.

Su rostro apareció al lado de mi cara. Ví que sus ojos brillaban con una intensidad solamente comparable a la del brillante. - Las soplas conmigo- me propuso.

- Claro, no podrías con tantas velas.

Vicente sonrió.

- Pero cómo vamos a hacer para...

No me dejó terminar la pregunta, extendió su mano derecha y pasando los dedos apenas por encima de las mechas, las velas se encendieron. Sin duda que sus dones eran mucho más que un toque de feria. La torta parecía un Infierno, uno muy dulce, recubierto de chocolate.

- A la una... a las dos... y a las tres...

Soplamos juntos. Con ese simple soplado, así de fácil, exorcicé a todos mis demonios para convertirme en el ser más completa y absolutamente feliz del universo.

Este sin duda, era un día de sol en el paraíso.